

LA RECONCILIACIÓN
ENTRE
DIOS Y EL HOMBRE

La Reconciliación Entre Dios Y El Hombre

**Una Guía
Para
Los Cristianos**

ESTUDIOS DE LAS ESCRITURAS

**“La senda del justo es como la luz de la
aurora, que aumenta en resplandor
hasta el Día Perfecto.”**

SERIE V

La Reconciliación Entre Dios Y El Hombre

“Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre, el cual se dio a sí mismo en rescate por todos, de lo cual se dio testimonio a su debido tiempo.” “También nos gloriamos en Dios por el Señor nuestro Jesucristo, por quien hemos recibido ahora la reconciliación.” —1 Tim. 2:5,6; Rom. 5:11

Traducido e impreso en EEUU por la

ASOCIACIÓN DE LOS ESTUDIANTES DE LA BIBLIA “EL ALBA”

PO Box 521167

Longwood, Florida 32752-1167

AL REY DE REYES Y SEÑOR DE SEÑORES

EN INTERÉS DE

SUS SANTOS CONSAGRADOS

QUE ESPERAN LA ADOPCIÓN;

— DE —

“TODOS LOS QUE EN EL MUNDO INVOCAN AL
SEÑOR,”

“LA FAMILIA DE LA FE,”

— Y DE —

A CREACIÓN QUE GIME EN ESPERA
DE LA MANIFESTACIÓN DE LOS
HIJOS DE DIOS

SE DEDICA ESTA OBRA

“Para hacer que todos vean cuál es la administración del misterio que Por edades ha estado encubierto en Dios.” “Según la riqueza de su gracia, que él hizo abundar para con nosotros en toda sabiduría e inteligencia; habiéndonos dado a conocer, según su beneplácito, el misterio (secreto) de su voluntad que previamente se forjó en sí mismo con relación a la plenitud de los tiempos de reunir todas las cosas bajo Cristo.”
Efe. 3:4, 5, 9; 1:8-10

Escrito en 1899 por el Pastor Russell

PREFACIO DEL EDITORIAL

Al reimprimir este libro, *La Reconciliación Entre Dios y el Hombre*, los editores están convencidos de que están haciendo disponible a los estudiantes de la Biblia un verdadero tesoro de conocimiento sobre las diversas fases de la doctrina de la expiación en la Biblia. En un tiempo en que la doctrina bíblica de un “rescate por todos” está siendo cuestionada por los altos críticos, los evolucionistas e, incluso, por los ex–creyentes es particularmente apropiado que este baluarte de la “fe que ha sido una vez dada a los santos” se vuelva a colocar en circulación.

Sirviendo como agentes de la reimpresión de este tomo nos complace reconocer la cooperación de sus muchos amigos en todo el mundo y agradecerles por ayudar a hacer posible la empresa.

LOS PUBLICADORES

LA RECONCILIACIÓN ENTRE DIOS Y EL HOMBRE

PREFACIO DEL AUTOR

Este tomo en su primera edición fue publicado en 1899. Ahora está disponible en diversas lenguas de los países civilizados, en manos de un gran número de hijos de Dios. Una multitud de cartas nos dicen el gran socorro que prodigaron sus páginas en la elucidación de la Verdad divina—en la explicación de la Biblia. Algunos han encontrado una ayuda especial sobre un punto, otros sobre otro y otros aun sobre todos los puntos. El capítulo titulado: “El que fue sin mancha”, y relativo a las exigencias terrestres que nuestro Señor aceptó cuando nació como niño en Belén, ha captado especialmente la atención y muchos han declarado que proyectaba una luz viva sobre gran número de temas bíblicos y científicos.

Para un sistema de teología que reconoce su propia falibilidad, solicita y espera la dirección y la iluminación divinas hasta el fin de la peregrinación de la Iglesia, parece notable que este tomo escrito hace diecinueve años (prefacio escrito en 1916 —*Trad.*) reclama pocas correcciones para estar de acuerdo plenamente con la opinión más reciente de los que estudian la Biblia tocante a las enseñanzas de la Palabra de Dios.

La idea dominante de este tomo es el precio del Rescate. Aparentemente esta doctrina, de la cual derivan todas las demás que interesan a nuestra salvación, en gran medida, se perdió de vista, se oscureció desde el tiempo en que los apóstoles durmieron en la muerte hasta ahora. Los que estudian la Biblia han encontrado que el Rescate es la llave que abre la Biblia entera y distingue inmediatamente lo que es la verdad de lo que es error.

No es sorprendente que al apreciar el tema y estudiarlo con sumo cuidado nuestras perspectivas relacionadas con él se hayan vuelto cada vez más claras. Las afirmaciones de la Biblia concernientes al Rescate no han cambiado en ningún modo, al

igual que nuestra confianza en ellas; pero son más luminosas y las comprendemos mejor. Sostenemos que la exposición de la Biblia sobre el tema es infalible, y es porque no lo somos, que nuestras perspectivas son susceptibles de profundización al sondear las Escrituras y guiarnos en su comprensión, como se nos prometió, por el Espíritu Santo. No objetamos nada a la idea de que el Plan divino se revela gradualmente, más bien al contrario, nos regocijamos en ello. No tenemos nada que lamentar. El Rescate se aparece con más distinción ante nosotros con cada nuevo rayo de la luz divina.

Ahora vemos que nuestro Señor Jesús dejó la gloria celestial con el fin de cumplir el rescate por Adán y su raza. Comprendemos que Su cambio de naturaleza de ser espiritual a ser humano Le permitió ser el precio del Rescate, hombre perfecto por hombre perfecto—*Antilutron*—un precio correspondiente. Ahora discernimos que Jesús se consagró para ser el precio de Rescate para todos a la edad de treinta años en el Jordán, al momento de Su bautismo Y continuó dando este precio del Rescate sacrificando Su vida, la cual, al debido tiempo, constituiría el precio del Rescate de Adán, el padre, y su raza. Y terminó la obra al dejar Su vida, abandonarla, sacrificarla y permitiendo que Le fuera quitada al exclamar sobre la cruz: “¡Consumado es!” Nada más pudo darse que Él diera—un Rescate (un precio correspondiente) por Adán, el padre. Pero no se pagó con vistas a realizar la liquidación de la cuenta de Adán, de otro modo Adán y toda la raza pecadora habrían sido, entonces e inmediatamente, transferidos a Jesús. El precio fue simplemente colocado en manos de la Justicia divina como depósito, para el crédito de Aquel que había muerto, con el fin de poder aplicarlo más tarde de acuerdo con el Plan divino. Nuestro Señor Jesús pasó del estado de muerte al de ser espiritual de naturaleza divina en recompensa a Su fidelidad y a Su lealtad hacia Dios por el abandono que hizo en sacrificio de Su vida terrestre. “Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre.”

Jesús no podía hacer ningún uso del precio del Rescate mientras estaba en la tierra; ni tampoco podía traer a Sus discípulos

a la comunión con el Padre. Es por eso que declaró: “Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios” y “Si no me fuera, el Consolador no vendría a vosotros.” Diez días después de la Ascensión de nuestro Señor, Sus discípulos, reunidos según Sus instrucciones en el aposento, recibieron la bendición del Pentecostés, prueba de que habían sido aceptados por el Padre gracias a los méritos del sacrificio de Jesús, quien había empleado en calidad de *imputación* los méritos del Rescate que había depositado en las manos de su Padre; pero no se los *dio* a Sus discípulos. No es a ellos a quienes estaban destinados como posesión, sino al mundo—“un Rescate por todos.” Todos los discípulos de Jesús han renunciado a participar en las bendiciones del Rescate que se difundirán por el mundo en el Segundo Advenimiento de nuestro Señor con el fin de que puedan probar con el Redentor una bendición más grande aún—la honra y la inmortalidad. El precio del Rescate está destinado a traer, a Adán y a su raza, la vida en la tierra y los derechos y los honores terrestres que fueron perdidos por Adán el padre, cuando, por su desobediencia, se hizo pecador; esta pérdida, por vía de consecuencia, la sufre luego toda su familia, toda la raza humana. El tiempo de sacar provecho de los resultados del Rescate, es decir, de la Restauración de Adán y de su raza, comienza después del Segundo Advenimiento del Señor, cuando establezca Su Reino cuya misma intención es de devolver a la raza rebelde a la comunión total con el Padre y la vida eterna para todos los que la quisieran.

El llamamiento de la Iglesia no tiene por objeto dar un precio de Rescate suplementario ni de aumentar, por consiguiente, el que Jesús dio, porque lo que dio es suficiente. La invitación se hace a los miembros de la Iglesia para demostrar que tienen el mismo espíritu, la misma disposición que Jesús de hacer la voluntad del Padre a toda costa—hasta la misma muerte; los que tal demuestran pueden ser aceptados por el Padre como miembros de un sacerdocio real del cual Jesús es Cabeza, Jefe, como miembros de la clase de la Esposa, de la cual Jesús es el Glorioso Esposo celestial. Se exige de los que regresan a Dios bajo el mismo pacto

hecho por Jesús: “Juntadme mis santos, los que hicieron conmigo pacto con sacrificio.” —Sal. 50:5

No será antes de que éstos hayan sido llamados, escogidos y encontrados fieles y que hayan sido glorificados que vendrá el momento para Cristo y la clase de la Esposa de tomar la dirección del mundo para levantarlo: y no es antes que será legítimo para el Señor transferir a la Justicia divina los méritos de Su muerte, méritos que colocó como depósito en las manos del Padre al morir. “Padre, en tus manos encomiendo [griego: deposita] mi espíritu”—mi vida y todos sus derechos. Cuando se pague este precio del Rescate con todos los requisitos a la Justicia divina al fin de la Edad no será en lo sucesivo más un *depósito* en la disposición del Salvador, sino que se habrá dado a cambio de Adán y de su raza, que serán transferidos inmediatamente al Hijo por el Padre, con el fin de que el Reino milenario del Redentor pueda comenzar y a fin de que todas las familias de la tierra le sean sometidas para ser elevadas por él de las condiciones del pecado y de la muerte a todo lo que estuvo perdido por Adán—a todo por el cual Jesús murió con el fin de restituir al hombre.

Pero los miembros de la clase de la Iglesia, cuya elección se efectúa después de cerca diecinueve siglos, no podían constituir sacrificios aceptables a Dios, como el del Redentor Jesús porque Él sólo era santo, inocente, sin mancha, mientras que nosotros somos imperfectos y pecadores, y Dios no puede aceptar sacrificios imperfectos y defectuosos, mancillados de pecado. ¿Qué podríamos hacer entonces para ser sacrificios aceptables y permitirnos asociarnos con Jesús sobre el plano espiritual? Se hizo lo que convenía—la Justicia divina concedió una imputación de los méritos de Jesús a favor de todos los que quisieran entrar en un Pacto de Sacrificio y para los cuales Jesús sería el Abogado, o el Feador. Esta imputación por Jesús de los méritos de Su sacrificio a favor de la Iglesia podría compararse a una hipoteca, o a una oposición, en el sacrificio para el Rescate que retrasaría su aplicación en provecho del mundo hasta que se acabara su aplicación a la Iglesia.

El Pacto de los miembros de la Iglesia se funda en el sacrificio de toda su vida y sus derechos terrestres con el fin de que puedan hacerse Nuevas Criaturas en Cristo y Sus coherederos en el plano espiritual.

Fue sobre la base de esta imputación de nuestras futuras bendiciones de Restauración y de nuestra propia consagración personal al Señor, que nuestro Redentor, actuando para nosotros como Sumo Sacerdote y Abogado, nos puso en relación con el Plan del Padre, lo que nos permitió ser engendrados del Espíritu Santo, de dejar de formar parte de la familia humana y de hacernos miembros de la familia espiritual de la cual Jesús es el Jefe. Todos los miembros de la Iglesia toman parte por lo tanto con Jesús en esta obra de sacrificio de sí mismo, en lo que nos presentamos al Señor, y Él, en calidad de Sumo Sacerdote de Dios, nos ofrece como una parte de Su propio Sacrificio. Así “cumplimos en nuestra carne lo que falta de las aflicciones de Cristo.” También sufrimos con Él a fin de poder también reinar con Él. Es sólo cuando todos los engendrados del espíritu hayan pasado por la muerte que los méritos de Cristo, puestos a Su muerte en depósito en las manos de la Justicia y empeñados en interés de la Iglesia, serán liberados de esta coacción y listos para servir en el rescate de Adán y de toda la raza humana, bajo los términos del Nuevo Pacto.

Si escribiésemos de nuevo este tomo haríamos algún retoque aquí y allá de poca importancia en la expresión y en armonía con lo que presentamos aquí. Rogamos a nuestros lectores que lo recuerden. Estas diferencias en la expresión no son bastante importantes para permitirnos considerar las expresiones de este tomo como inexactas—son simplemente menos precisas y menos claras como lo serían si esta obra se redactase hoy.

Para los comentarios más recientes sobre el Nuevo Pacto invitamos a los nuevos lectores a referirse al Tomo VI de los "ESTUDIOS" en el prefacio del autor.

Su siervo en el Señor,
Charles Taze Russell

Brooklyn (N.Y.)
1 de octubre de 1916

CONTENIDO

ESTUDIO I

REALIDAD Y FILOSOFÍA DE LA RECONCILIACIÓN

SU CALIDAD DE FUNDAMENTO DE LA DOCTRINA CRISTIANA DESDE EL PUNTO DE VISTA BÍBLICO—TRES VISIONES DEL TEMA—LA “VISIÓN ORTODOXA”; LA “VISIÓN HETERODOXA”; LA VISIÓN BÍBLICA, QUE UNE Y ARMONIZA AMBAS—LA TEORÍA DE LA EVOLUCIÓN COMO ANTAGONISTA DE LA VERDAD SOBRE EL TEMA—RECONCILIACIÓN YA REALIZADA DE LA JUSTICIA DIVINA—ACTUAL RECONCILIACIÓN DE LA IGLESIA—FUTURA RECONCILIACIÓN DEL MUNDO—LOS GRANDES RESULTADOS FINALES CUANDO EL REINO Y EL TRONO DEL MEDIADOR QUEDEN VACANTES 1

ESTUDIO II

EL AUTOR DE LA RECONCILIACIÓN

EL TODOPODEROSO, JEHOVÁ—EL SALVADOR DE LOS PECADORES, POR CRISTO—“DIGNO ES EL CORDERO”—“EL QUE EXISTE POR SI MISMO”—EL “YO SOY”—UNA TRADICIÓN FALSA—BASADA EN UNA FALSIFICACIÓN—LA UNIDAD DEL PADRE Y DEL HIJO VISTA BÍBLICAMENTE—EL USO BÍBLICO DE LA PALABRA JEHOVÁ Y DEL TÍTULO SEÑOR—LA PALABRA DIOS EN EL ANTIGUO TESTAMENTO—EN EL NUEVO TESTAMENTO—EL TESTIMONIO ARMONIOSO DE LA BIBLIA—“EL QUE ME HA VISTO A MÍ, HA VISTO AL PADRE”—“NO TUVO POR RAPIÑA SER IGUAL A DIOS”—“PARA NOSOTROS, SÓLO HAY UN DIOS, EL PADRE, Y UN SEÑOR, JESUCRISTO” 19

ESTUDIO III

EL SUMO SACERDOTE DE LA RECONCILIACIÓN

EL UNIGÉNITO

“¿QUIÉN ES?”—EL LOGOS, UN DIOS—EL UNIGÉNITO DE JEHOVÁ—EL TESTIMONIO DE LA BIBLIA—“EL QUE ERA RICO”—“ANTES QUE ABRAHAM FUESE, YO SOY”—“EL PRIMERO Y EL ÚLTIMO”—“JEHOVÁ ME POSEÍA EN EL PRINCIPIO”—EL LOGOS SE HIZO CARNE—NO FUE UNA ENCARNACIÓN—ÉL SE HUMILLÓ—“EL QUE ERA RICO Y QUE, POR NOSOTROS, SE HIZO POBRE”—NINGUNA HIPOCRESÍA EN ESTE TESTIMONIO—LA CONDUCTA DE NUESTRO SEÑOR NO FUE ENGAÑOSA—EL SANTO, INOCENTE, SIN MANCHA Y SEPARADO DE LOS PECADORES 69

ESTUDIO IV

EL SUMO SACERDOTE DE LA RECONCILIACIÓN "SIN MANCHA"

ACUERDO ENTRE PASAJES BÍBLICOS EN APARIENCIA CONTRADICTORIOS—LA DOCTRINA CATÓLICA ROMANA DE LA INMACULADA CONCEPCIÓN DE MARÍA ES SIN FUNDAMENTO—EL NACIMIENTO DE JESÚS SEPARADO DE LOS PECADORES ES ESENCIAL PARA EL ARREGLO DIVINO—NINGÚN RESCATE POSIBLE DE OTRO MODO—LAS ÚLTIMAS DEDUCCIONES DE LA CIENCIA SOBRE LA UNIÓN DE LA VIDA Y DEL PROTOPLASMA—EL LOGOS HECHO CARNE—NACIDO DE UNA MUJER Y SIN EMBARGO SIN MANCHA—¿CÓMO MADRE IMPERFECTA PUDO Y DIO A LUZ AL QUE FUE "SIN MANCHA?"—EL MISMO PRINCIPIO OBRA EN OTROS RASGOS DEL PLAN DIVINO ASÍ COMO LO DEMUESTRAN LAS ESCRITURAS. 84

ESTUDIO V

EL SUMO SACERDOTE DE LA RECONCILIACIÓN HECHO "SEMEJANTE A SUS HERMANOS" PUEDE "COMPADECERSE DE NUESTRAS DEBILIDADES"

¿QUIÉNES SON "SUS HERMANOS?"—¿EN QUÉ CONSISTIÓ LA SEMEJANZA?—¿CÓMO "FUE TENTADO EN TODO SEGÚN NUESTRA SEMEJANZA, PERO SIN PECADO?"—LAS TENTACIONES EN EL DESIERTO—SU SEMEJANZA A NOSOTROS—ALGUNAS DE ELLAS "ENGAÑARÁN, SI FUERE POSIBLE, AUN A LOS ESCOGIDOS."—¿EN QUÉ SENTIDO FUE NUESTRO SEÑOR HECHO PERFECTO POR LOS SUFRIMIENTOS?—AUNQUE ERA HIJO, APRENDIÓ LA OBEDIENCIA—¿CÓMO FUE HECHO EN SEMEJANZA A CARNE DE PECADO Y, SIN, EMBARGO SIN PECADO?"—"ÉL MISMO TOMÓ NUESTRAS ENFERMEDADES"—¿CÓMO "SE COMPADECÍÓ?" 95

ESTUDIO VI

EL SUMO SACERDOTE DE LA RECONCILIACIÓN HIJO DE DAVID Y SEÑOR DE DAVID

¿CÓMO ES EL HIJO DE DAVID?—GENEALOGÍA DE JOSÉ A TRAVÉS DE SALOMÓN—GENEALOGÍA DE MARÍA A TRAVÉS DE NATÁN—"SEA EXALTADO LO BAJO Y HUMILLADO LO ALTO"—¿DE DÓNDE LE VIENE A CRISTO EL TÍTULO DE SEÑOR DE DAVID?—¿CÓMO FUE TANTO LA RAÍZ COMO EL RENUOVO DE DAVID?—SIGNIFICADO DE SU TÍTULO "PADRE ETERNO"—¿CÓMO OBTUVO ESTE TÍTULO Y CÓMO SE HARÁ UNA REALIDAD?—¿QUIÉNES SON LOS HIJOS DE CRISTO?—LA IGLESIA, SUS "HERMANOS"—LOS HIJOS DE DIOS Y PADRE DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO 116

ESTUDIO VII
EL SUMO SACERDOTE DE LA RECONCILIACIÓN
"EL HIJO DEL HOMBRE"

LO QUE NO SIGNIFICA ESTE TÍTULO—SU SIGNIFICADO—NADIE MÁS PUEDE REIVINDICAR LOS HONORES INDISCUTIBLES QUE IMPLICA—EL HIJO DEL HOMBRE VISTO POR EL MUNDO—LAS OPINIONES DE PILATO, DE ROUSSEAU, DE NAPOLEÓN—SIGNIFICADO DE LAS EXPRESIONES: “NO HAY PARECER EN ÉL, NI HERMOSURA; LE VEREMOS, MAS SIN ATRACTIVO PARA QUE LE DESEEMOS”; Y “DE TAL MANERA FUE DESFIGURADO DE LOS HOMBRES SU PARECER”, “SEÑALADO ENTRE DIEZ MIL”, “TODO ÉL CODICIABLE” 134

ESTUDIO VIII
EL CANAL DE LA RECONCILIACIÓN
EL ESPÍRITU SANTO DE DIOS

EL OPERAR DEL ESPÍRITU SANTO—AHORA Y EN EL MILENIO—DIVERSOS NOMBRES DESCRIPTIVOS DEL ESPÍRITU SANTO, “ESPÍRITU DE AMOR”, “ESPÍRITU DE VERDAD”, ETC.—EN CONTRASTE, EL ESPÍRITU NO SANTO, “ESPÍRITU DE ERROR”, “ESPÍRITU DE TEMOR”, ETC.—PRONOMBRES PERSONALES APLICADOS—EL SIGNIFICADO DE LA PALABRA ESPÍRITU—“DIOS ES UN ESPÍRITU”—“AÚN NO HABÍA VENIDO ÉL ESPÍRITU SANTO”—DONES DEL ESPÍRITU—EL PODER TRANSFORMADOR DEL ESPÍRITU SANTO—EL ESPÍRITU CON MEDIDA Y SIN MEDIDA—“EL ESPÍRITU DEL MUNDO”, ANTICRISTO—LA BATALLA ENTRE ÉSTE Y EL ESPÍRITU SANTO—LUCHAS DEL ESPÍRITU FUERA Y DENTRO DE LOS SANTOS—EL ESPÍRITU QUE NOS ANHELA CELOSAMENTE—ENSEÑANZAS DEL ESPÍRITU—EL PARAKLETOS, EL CONSOLADOR—EL OS GUIARÁ A TODA LA VERDAD Y A UNA PLENA RECONCILIACIÓN—LA SUPERVISIÓN DEL ESPÍRITU NO ES MENOR DESDE QUE LOS DONES MILAGROSOS CESARON 148

ESTUDIO IX
EL BAUTISMO, EL TESTIMONIO Y EL SELLO DEL ESPÍRITU DE
RECONCILIACIÓN

EL BAUTISMO DEL ESPÍRITU: SOLO UNO EN TRES PARTES—EL SIGNIFICADO DE ESTE BAUTISMO—“LAS LLAVES DEL REINO DE LOS CIELOS”—OTRO BAUTISMO DEL ESPÍRITU PROMETIDO “SOBRE TODA CARNE”—SU SIGNIFICADO—ORACIÓN PARA [RECIBIR] EL ESPÍRITU—EL TESTIMONIO DEL ESPÍRITU—SU IMPORTANCIA—NINGUNA PAZ CON DIOS SIN EL ESPÍRITU—POCAS PERSONAS SABEN SI LO POSEEN O NO—“ES UN PUNTO QUE YO QUISIERA ENTENDER”—CÓMO RECONOCER EL TESTIMONIO DEL ESPÍRITU—DIFERENCIAS DE ADMINISTRACIÓN—EL TESTIMONIO DEL ESPÍRITU—“SANTIFICADOS POR EL

ESPÍRITU”—“LLENOS DEL ESPÍRITU”—“EL SELLO DEL ESPÍRITU”—“LA PROMESA”
QUE ÉL SELLA—HASTA EL DÍA DE LA LIBERACIÓN—ALCANZAR EL GRADO MÁS
ALTO DE ARMONÍA CON EL PADRE Y MANTENERSE ALLÍ, HE AQUÍ LA META:..... 192

ESTUDIO X

EL ESPÍRITU DE BUEN JUICIO

EL ESPÍRITU DE DIOS, ENTRE SUS HIJOS, ECHA FUERA EL ESPÍRITU DE TEMOR—LA
HUMANIDAD EN GENERAL ESTÁ ENFERMA MENTAL Y FÍSICAMENTE—SENTIDO EN EL
CUAL EL ESPÍRITU SANTO ES EL ESPÍRITU DE BUEN JUICIO—OPERACIONES QUE
PRODUCEN ESTE RESULTADO—LAS PRUEBAS DEL ESPÍRITU DE BUEN JUICIO..... 232

ESTUDIO XI

EL ESPÍRITU SANTO DE RECONCILIACIÓN

EXAMEN DE PRESUNTAS OBJECIONES

EXAMEN DE TEXTOS DE LAS ESCRITURAS EN APARIENCIA CONTRADICTORIAS—NO
APAGUE EL ESPÍRITU—NO CONTRISTÉIS AL ESPÍRITU SANTO—EL ESPÍRITU DE LA
VERDAD—EL CONSOLADOR—LLENOS DEL ESPÍRITU SANTO—MENTIR AL
ESPÍRITU SANTO—TENTAR EL ESPÍRITU DEL SEÑOR—PECAR CONTRA EL ESPÍRITU
SANTO—“EL ESPÍRITU DICE”—“HA PARECIDO BIEN AL ESPÍRITU
SANTO”—“PROHIBIDO POR EL ESPÍRITU SANTO”—“EL ESPÍRITU SANTO DA
TESTIMONIO”—“EL ESPÍRITU SANTO OS HA PUESTO POR OBISPOS”—EL ESPÍRITU
SANTO QUE ENSEÑA—“VOSOTROS TENÉIS LA UNCIÓN DEL SANTO”—EL ESPÍRITU
INTERCEDE CON GEMIDOS INDECIBLES—CÓMO EL ESPÍRITU SANTO REPRUEBA AL
MUNDO—“EN ESTO CONOCED EL ESPÍRITU DE DIOS”, DEL “ESPÍRITU DE
ANTICRISTO” 245

ESTUDIO XII

OBJETO DE LA RECONCILIACIÓN:

EL HOMBRE

¿QUÉ ES EL HOMBRE?—LA RESPUESTA “ORTODOXA”—LA RESPUESTA DE LA
CIENCIA—LA RESPUESTA DE LA BIBLIA—EL CUERPO DEL HOMBRE—EL ESPÍRITU
DEL HOMBRE—EL ALMA HUMANA—CONFUSIÓN A CAUSA DE MALAS
TRADUCCIONES—LA PROPAGACIÓN DE LAS ALMAS—¿QUÉ ES “SEOL”? ¿“HADES”?
¿ADÓNDE VAN TODAS LAS ALMAS EN EL ÍTERIN ENTRE LA MUERTE Y LA
RESURRECCIÓN?—EXPOSICIONES BÍBLICAS EXAMINADAS POR SEPARADO 283

ESTUDIO XIII

LAS ESPERANZAS DE LA VIDA ETERNA Y DE LA INMORTALIDAD SON ASEGURADAS POR LA RECONCILIACIÓN

EL DESEO ARDIENTE O LAS ESPERANZAS VIVAS DE LA CREACIÓN GIMIENTE—NO SON PRUEBAS—LAS PROMESAS Y LAS OBRAS QUE REALIZAN LA RECONCILIACIÓN SÍ LO SON—UNA DISTINCIÓN Y UNA DIFERENCIA—¿ES EL ALMA HUMANA INMORTAL O TIENE ESPERANZA DE LLEGAR A SERLO?—¿SON LOS ÁNGELES INMORTALES?—¿ES SATANÁS INMORTAL?—LA VIDA Y LA INMORTALIDAD PUESTAS EN EVIDENCIA POR EL EVANGELIO—LOS TÉRMINOS GRIEGOS VERTIDOS POR INMORTAL E INMORTALIDAD EN LAS ESCRITURAS—¿EN QUÉ DIFIERE LA ESPERANZA DE LA IGLESIA DE LA DEL MUNDO SALVADO? 367

ESTUDIO XIV

LO QUE NECESITA LA RECONCILIACIÓN ES LA MALDICIÓN

LA “MALDICIÓN” ES UN MAL PRESENTE Y NO FUTURO—DÓNDE Y POR QUÉ LA MANCHA VINO SOBRE TODOS—¿CUÁNDO CESARÁ ESTA “IRA” DE DIOS CONTRA EL PECADO?—”ESCAPAR” AHORA Y EN EL FUTURO—LA RECONCILIACIÓN ES NECESARIA A CAUSA DEL PLAN ADOPTADO POR DIOS—EL HOMBRE ES UN EJEMPLO PARA LOS ÁNGELES Y PARA LAS FUTURAS CREACIONES. 391

ESTUDIO XV

“UN RESCATE POR TODOS” LA ÚNICA BASE PARA LA RECONCILIACIÓN

LA RECONCILIACIÓN ES IMPOSIBLE SIN RESCATE—PROPORCIONADA PERO NO IMPUESTA—SER EL QUE PAGARÍA EL RESCATE SE HIZO UN FAVOR—SIGNIFICADO DE LOS TÉRMINOS “PAGAR EL RESCATE” Y “REDIMIR”—¿QUÉ FUE EL RESCATE PAGADO A FAVOR DEL HOMBRE?—LA JUSTIFICACIÓN POR LA FE ASÍ ASEGURADA—“HABÉIS SIDO COMPRADOS POR PRECIO”—¿POR QUIÉN?—¿DE QUIÉN?—¿CON CUÁL FIN?—¿CÓMO COOPERÓ EL AMOR CON LA JUSTICIA?—EL “RESCATE POR TODOS” NO FUE TOMADO DE VUELTA—LOS DERECHOS DE PATERNIDAD DEL PRIMER ADÁN RESCATADOS POR EL SEGUNDO ADÁN—RESCATE, NO PERDÓN—LA MUERTE DEL HOMBRE NO ES UN RESCATE—RAZONAMIENTO FALSO DE LAS TEORÍAS UNIVERSALISTAS—LA JUSTICIA NO TIENE OBLIGACIONES POR EL HECHO DEL RESCATE—EL ÚNICO NOMBRE—EL MÉTODO DEL MEDIADOR TIPIFICADO EN MOISÉS—RESCATE, SUSTITUCIÓN—¿FUE POSIBLE UN PLAN DIFERENTE? 407

ESTUDIO XVI
EL MINISTERIO DE LA RECONCILIACIÓN O DEL REGRESO A LA
UNIDAD

ESTE MINISTERIO SE CONFÍA AL SACERDOCIO REAL—UNGIDO PARA PREDICAR LA RECONCILIACIÓN—¿POR QUÉ NO SE APRECIAN LAS NUEVAS ALEGRES? LOS RESULTADOS DE ESTE MINISTERIO—PERSECUCIÓN Y GLORIA—CÓMO SE PONE A PRUEBA LA FIDELIDAD—SÓLO LOS FIELES PODRÁN PARTICIPAR EN LA FUTURA OBRA DE LA RECONCILIACIÓN 475

ESTUDIO I

REALIDAD Y FILOSOFÍA DE LA RECONCILIACIÓN*

SU CALIDAD DE FUNDAMENTO DE LA DOCTRINA CRISTIANA DESDE EL PUNTO DE VISTA BÍBLICO—TRES VISIONES DEL TEMA—LA “VISIÓN ORTODOXA”; LA “VISIÓN HETERODOXA”; LA VISIÓN BÍBLICA, QUE UNE Y ARMONIZA AMBAS—LA TEORÍA DE LA EVOLUCIÓN COMO ANTAGONISTA DE LA VERDAD SOBRE EL TEMA—RECONCILIACIÓN YA REALIZADA DE LA JUSTICIA DIVINA—ACTUAL RECONCILIACIÓN DE LA IGLESIA—FUTURA RECONCILIACIÓN DEL MUNDO—LOS GRANDES RESULTADOS FINALES CUANDO EL REINO Y EL TRONO DEL MEDIADOR QUEDEN VACANTES

LA doctrina de la Reconciliación está ligada al fundamento de la religión cristiana. Ocupando entonces el lugar más importante en la teología, es esencial una clara comprensión de este tema, y esto es generalmente admitido entre los cristianos. Sin embargo, aunque se crea en la Reconciliación, se la entiende poco; las distintas ideas y teorías al respecto son vagas y desconectadas; proporcionalmente, la fe edificada sobre estas vagas y desconectadas ideas de la doctrina fundamental debe ser, necesariamente, inestable, débil y vaga. Por lo contrario, si este importante tema es visto con claridad, en toda la grandeza de proporción que le concede la Palabra de Dios, como el fundamento del divino plan de salvación, no sólo establecerá con firmeza la fe, arraigándola y cimentándola sobre principios correctos, sino que servirá como guía para discernir entre la verdad y el error conectados con todos los detalles de la fe. Cuando el fundamento está bien establecido y se discierne claramente, y cada ítem de fe construido sobre él es mantenido en exacta alineación con el fundamento, todo el edificio de la fe será perfecto. Como veremos después, toda doctrina y teoría debe ponerse en contacto con este criterio, con lo cual se determinará rápidamente la proporción de oro y escoria que contiene.

* “At-one-ment” —*Trad.*

La Reconciliación

Hay dos visiones usuales de la Reconciliación:

(1) La que es conocida como la visión ortodoxa, a saber, que el hombre, como un transgresor de la ley divina, está bajo condenación divina: “bajo ira”; y que Dios, aunque impedido de exonerar a los pecadores por causa de la Justicia, ha provisto una justa redención para ellos, para el perdón de sus pecados, a través del sacrificio de Cristo. Esta obra de satisfacer los reclamos de la Justicia y hacer a los pecadores aceptables a Dios, es denominada la obra de la Reconciliación.

(2) La que es conocida como la visión no ortodoxa de la Reconciliación (que antes era sostenida sólo por Unitarios y Universalistas, pero que recientemente se ha extendido con rapidez a la mayor parte de la Cristiandad), y se aproxima al tema por el lado opuesto: presupone que la justicia divina no requiere un sacrificio por la transgresión de los pecadores; ignora que la ira de Dios representa una especial sentencia de muerte; ignora la “maldición”. Sostiene que Dios busca y espera aproximarse al hombre, sin poner obstáculos en el camino, sin requerir expiación por el pecado del hombre, sino que sólo requiere que el hombre abandone el pecado y busque la justicia, y así llegue a estar en armonía con Dios: estar *reconciliado* con Dios. Por tanto este punto de vista es generalmente llamado *Reconciliación*, y se entiende que significa armonía con la justicia sin considerar los métodos por los cuales la humanidad pueda llegar a este estado: para llegar a la reconciliación el pecador realiza la expiación por sí mismo, y además Dios lo perdona incondicionalmente. Desde este punto de vista nuestro Señor Jesús y todos sus seguidores tienen parte en la reconciliación en el sentido de que enseñaron y exhortaron a la humanidad a apartarse del pecado para buscar la justicia*, y no en el sentido de ofrenda por el pecado o rescate.

(3) La visión que nosotros aceptamos como la bíblica, pero que generalmente ha sido pasada por alto por los teólogos, enlaza y

* “righteousness”: disposición y conducta conforme al modelo divino de la rectitud y de la justicia (dicc.).

combina las dos anteriores. La doctrina bíblica de la Reconciliación, como tratamos de mostrarla, enseña claramente:

(a) Que el hombre fue creado perfecto, a imagen de Dios, pero cayó de allí, por su desobediencia voluntaria, y vino a estar bajo la sentencia de ira, la “maldición”, y de este modo todos los miembros de la raza se convirtieron en “hijos de ira”. —Ef. 2:3

(b) Aún cuando Dios ejecutó justamente contra sus criaturas desobedientes la sentencia de su ley, la muerte, y sin misericordia, por alrededor de cuatro mil años, sin embargo, combinado con esta fidelidad a los principios de la justicia estaba el espíritu de amor y compasión, que proyectó un arreglo sustituto o plan de salvación, por el cual Dios podía aún ser justo y llevar a cabo sus justas leyes contra los pecadores, y, no obstante, ser el que justifica a todos los que creen en Jesús. (Rom. 3:26) Por este plan todos los condenados podían ser relevados de la sentencia sin ninguna violación de la Justicia, y tal despliegue del amor, sabiduría y poder divinos honraría al Todopoderoso, y resultaría una bendición para todas sus criaturas, humanas y angélicas, manifestando a todas, con más plenitud que nunca antes, la multiforme sabiduría y gracia de Dios. —Ef. 3:10, *Diaglotón Enfático*

(c) Nuestro amado Redentor murió para llevar a cabo este programa de Expiación por la transgresión de la ley divina del padre Adán siendo así el “rescate por todos, de lo cual se dio testimonio a su debido tiempo”. —1 Tim. 2:6

(d) Pero el sacrificio por los pecados no completa la obra de la Reconciliación, excepto en lo concerniente a satisfacer las exigencias de la Justicia. En virtud del rescate pagado a la Justicia, se ha hecho un traspaso de la cuenta del hombre, y su causa, su deuda, etc., que es completamente transferida a la cuenta del Señor Jesucristo, quien pagó a la Justicia la completa satisfacción de sus reclamos contra Adán y su raza. De este modo Jesús, en razón de “compra” con su propia y preciosa sangre, es ahora en consecuencia el dueño, el patrón, el “Señor de todos”. —Rom. 14:9

(e) Uno de los objetivos de este arreglo para Adán y su raza fue anular su *sentencia de muerte*, la cual, mientras permaneciera,

La Reconciliación

impediría al Amor recobrar a los condenados, cuyos privilegios de vida futura estaban bajo cualquier circunstancia completamente abrogados, destruidos.

(f) Otro objetivo fue colocar a la raza caída más allá del alcance de la Justicia divina, y bajo la especial supervisión de Jesús, quien como representante de los planes del Padre se propone no sólo satisfacer los reclamos de la Justicia, sino también procurar instruir, corregir y restituir a todos aquellos de la raza caída que muestren su deseo de estar en armonía con la Justicia. Tales serán finalmente vueltos a la Justicia de la ley divina, pero entonces perfeccionados hasta el punto de ser capaces de soportar sus perfectos requerimientos.

(g) Aunque originalmente la única influencia que separaba al hombre de Dios era la *sentencia* divina, ahora, después de seis mil años de caída, degradación y separación de Dios haciendo malas obras (por causa de la ignorancia, la superstición y las asechanzas del Adversario y porque el carácter y el plan divinos han sido tergiversados por el hombre), hemos encontrado el mensaje de gracia y perdón que no había sido escuchado. Aunque Dios declara libremente, desde que el rescate fue aceptado, que él está dispuesto a recibir a los pecadores que quieran estar en armonía con él, para vida eterna, por el mérito del sacrificio de Cristo, sin embargo la mayor parte de la humanidad es lenta en creer las buenas nuevas, y del mismo modo lenta en aceptar sus condiciones. Algunos han sido tan engañados por los sofismas de Satanás, con los cuales ha engañado a todas las naciones (Apoc. 20:3), que no creen que Dios existe; otros creen en él como un adversario grande y poderoso, sin amor o simpatía, ansiosamente dispuesto a atormentarlos por toda la eternidad; otros están confundidos por el Babel de información conflictiva que ha llegado a ellos acerca del carácter divino, y no saben qué creer; y, buscando acercarse a Dios, sus temores y su ignorancia se lo impiden. Consecuentemente, el número de aquellos que se han beneficiado con la oportunidad de acercarse a Dios por medio de Cristo es, en realidad, comparativamente pequeño: una “manada pequeña”.

(h) No obstante, el sacrificio por los pecados no fue para unos pocos, sino para los “muchos”, para “todos”. Y es una parte del Divino programa que aquel que redimió a todos con su propia y preciosa sangre hará conocer, al fin, a todo hombre, “a toda criatura”, las buenas nuevas de su privilegio bajo la gracia divina, para retornar a la armonía con su Creador.

(i) Hasta aquí sólo la Iglesia ha sido beneficiada con la Reconciliación, indirectamente; pero la enseñanza de las Escrituras es que esta Iglesia constituirá un Reino sacerdotal, “real sacerdocio”, con Cristo el Sumo Sacerdote Real, y que durante la Edad Milenaria esta clase Celestial del Reino, este real sacerdocio, será plena y completamente capacitado para remover la ceguera que Satanás y el error y la degradación trajeron sobre la humanidad, y llevará a una completa Reconciliación con Dios a todo el que así lo quiera, de entre todas las familias de la tierra.

j) En armonía con esto está la declaración del apóstol de que nosotros, los creyentes, la Iglesia, *hemos recibido* la Reconciliación; la Reconciliación fue hecha, en lo concerniente a Dios, hace diecinueve siglos, y para todos; pero sólo los creyentes la han recibido en el sentido de aceptar la oportunidad que la gracia de Dios ha provisto y el resto de la humanidad está cegada. “El dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios.” —2 Cor. 4:4

(k) También está en armonía con este pensamiento la declaración de la Escritura, que nos dice que la primera obra de Cristo en conexión con su reinado Milenario, será atar o refrenar a Satanás, para que no engañe más a las naciones, hasta que se cumplan mil años. (Apoc. 20:3) También las numerosas declaraciones de los profetas, a los efectos de que cuando el Reino de Dios sea establecido en la tierra, el conocimiento de Jehová llenará la tierra, como las aguas cubren el mar, y ninguno enseñará a su prójimo, diciendo: “Conoce al Señor” (Heb. 8:11); y también la petición de la oración del Señor: “Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra”, porque esto implica lo que el apóstol declaró expresamente, que Dios quiere

La Reconciliación

que todos los hombres sean salvos y *vengan al conocimiento de la verdad*. —1 Tim. 2:4

(l) La Reconciliación, en sus dos fases (la satisfacción de la Justicia y la vuelta a la armonía con Dios de aquellas de sus criaturas que bajo la plena luz del conocimiento, se benefician con los privilegios y oportunidades del Nuevo Pacto), será completada con el cierre de la Edad Milenaria, cuando todos aquellos que voluntaria y racionalmente rechacen el favor divino, ofrecido por medio de Cristo, “serán desarraigados del pueblo”, con “eterna perdición, excluidos de la presencia del Señor y la gloria de su poder”, una destrucción sin esperanza de retorno por una futura resurrección. —Hech. 3:23; 2 Tes. 1:9

(m) Entonces la gran obra de la Reconciliación estará completa y todas las cosas que están en los cielos como las que están en la tierra se encontrarán en armonía con Dios, alabándolo por toda su munificencia y gracia a través de Cristo; y ya no habrá muerte, ni lamentos, ni dolor, porque las primeras cosas pasaron como resultado de la obra de la Reconciliación, comenzada con la propiciación de la Justicia por el sacrificio de nuestro Redentor y concluida con la plena reconciliación de todos los que sean merecedores de vida eterna.

Cualquiera sea el modo en que la palabra Reconciliación sea considerada, debe concederse que en todos los casos, como entre Dios y el hombre, su uso implica una dificultad, una diferencia, una oposición existente entre el Creador y las criaturas: de otra manera estarían de acuerdo, y no habría necesidad de una obra de reconciliación, desde uno u otro punto de vista. Y particularmente aquí discernimos el conflicto mortal que existe entre la Biblia y la moderna doctrina de la evolución, que, en los últimos años en particular, ha penetrado la fe de los cristianos de todas las denominaciones y que se expone repetidamente en escuelas teológicas y en los principales púlpitos de la Cristiandad.

La teoría de la Evolución niega la caída del hombre; niega que el hombre fuera alguna vez a imagen y semejanza de Dios; niega que una vez estuviera en una condición adecuada para ser probado por el tribunal de la exacta Justicia; niega que el hombre

pecara en tal prueba, siendo sentenciado a morir. Sostiene que la muerte lejos de ser una penalidad es sólo otro paso en el proceso de la evolución; sostiene que el hombre, en lugar de caer de la imagen y semejanza de Dios al pecado y la degradación, ha estado elevándose más y más de la condición de simio hacia la imagen y semejanza de Dios. Los próximos pasos lógicos de la teoría serán evidentemente, negar que pueda haber justicia por parte de Dios al condenar al hombre por elevarse desde un plano inferior a otro más elevado, negando, consecuentemente, que la Justicia pueda aceptar una ofrenda por el pecado del hombre, ya que por parte del hombre no ha habido pecado que requiera una expiación. En acuerdo con este pensar, sostiene que Cristo no fue una ofrenda por el pecado, un sacrificio por los pecados, excepto en el mismo sentido en que cualquier patriota podría sacrificarse por su país, o sea, entregar su vida para ayudar a su raza a obtener mayores libertades y privilegios.

Pero encontramos que la Palabra de Dios se contradice absolutamente con esta teoría, de modo que no hay armonía posible entre las enseñanzas de la Escritura y las enseñanzas de la Evolución (falsamente llamada ciencia). Cualquiera que cree en la teoría de la evolución, en igual grado descreo de la teoría de la Escritura; sin embargo encontramos a un gran número de cristianos esforzándose vanamente al intentar armonizar estas enseñanzas antagónicas. A cualquier grado que ellos sostengan la teoría de la Evolución, hasta ese grado están fuera del único fundamento para la fe que Dios ha provisto; hasta ese grado están preparados para más errores, que el Adversario se asegurará de traer a su atención, errores presentados tan enérgicamente desde el punto de vista de la sabiduría terrenal que engañarán, si fuere posible, aun a los escogidos. Pero los escogidos tendrán “la fe que ha sido una vez dada a los santos”; los escogidos sostendrán la doctrina de la Reconciliación, como es presentada en las Escrituras; los escogidos serán así guardados de cada punto y rasgo de la teoría de la Evolución: porque los escogidos serán enseñados por Dios, especialmente en esta doctrina de la Reconciliación, que está

La Reconciliación

ligada al verdadero fundamento de la religión revelada y la fe cristiana.

Las Escrituras testifican inequívocamente que Dios creó al hombre a su imagen y semejanza (mental y moral); que el hombre, un ser terrenal, era la imagen o semejanza moral e intelectual de su Creador, el cual es un ser espiritual. Ellas declaran su comunión con el Creador en el principio; declaran que su Creador lo aprobó como su obra, diciendo que era “bueno” en gran manera, muy aceptable y placentero; muestran que la proposición de vida o muerte fue puesta delante del Adán perfecto, y que cuando se convirtió en transgresor fue un acto racional y voluntario, puesto que como se declara “Adán no fue engañado”. Ellas declaran el comienzo de la ejecución de la pena de muerte. Registran el curso a través de los siglos de la sentencia de muerte sobre la raza. Señalan como Dios reveló al fiel Abraham su propósito, su intención, no en ese tiempo, sino posteriormente, de traer una bendición sobre la raza humana, que él había maldecido con la sentencia de muerte. —Gén. 1:31; 2:17; 3:23; 1 Tim. 2:14; Gén. 12:3; 18:18; 3:17

Como la maldición o penalidad por el pecado fue la muerte, las bendiciones prometidas implicaban vida de entre los muertos, vida abundante: y la promesa a Abraham fue que en alguna forma inexplicada el salvador que llevaría a cabo esta obra de bendecir al mundo saldría de entre la descendencia de Abraham. Las mismas promesas fueron, con mayor o menor claridad, reiteradas a Isaac, a Jacob y a los hijos de Israel. Los profetas también declararon que el Mesías venidero sería un Cordero inmolado, una ofrenda por el pecado, alguien que “derramaría su vida hasta la muerte”, por nuestros pecados, y no por los suyos. Ellos también describen el resultado de su sacrificio por los pecados, en las glorias y bendiciones que vendrían tras ellos, narrando como finalmente su Reino prevalecerá, y, como el Sol de Justicia, él traerá al mundo el nuevo día de bendición, vida y gozo, que disipará la oscuridad, la tristeza y el dolor de la noche de llanto que prevalece ahora como resultado del pecado original y de la caída, y las malas tendencias heredadas. —Isa. 53:10-12; 35; 60; 61

El Apóstol Pedro, hablando bajo la inspiración del Espíritu Santo, lejos de decirnos que el hombre haya sido creado en el plano de un mono, y se haya elevado a su grado de desarrollo presente, y que finalmente obtendrá perfección por el mismo proceso de evolución, señala, por lo contrario, que Cristo murió por nuestros pecados, y que, como consecuencia de la redención llevada a cabo por su sacrificio, finalmente vendrán a la humanidad, en la segunda venida de nuestro Señor, grandes tiempos de refrigerio: tiempos de la restauración de todas las cosas, de los cuales declara que “habló Dios por boca de sus santos profetas que han sido desde tiempo antiguo.” (Hech. 3:19-21) Cualquiera que pueda pensar que el Apóstol Pedro estaba predicando una doctrina de evolución, cuando predicaba el evangelio de restauración, debe tener sus ojos cerrados y sus facultades de razonamiento paralizadas; porque si la condición original del hombre fue la de un mono, o si fue alguna otra inferior a nuestra presente condición, el apóstol habría sido más que necio al sostener, como una gran esperanza, *los tiempos de la restauración*, ya que restauración significa la restitución de una condición que existió previamente.

Por lo contrario, las palabras del apóstol no están en armonía con esto y son antagónicas a la teoría de la evolución, pero están en estricta armonía con la doctrina de la expiación, reconciliación y restitución: en estricta armonía con las Escrituras, que enseñan que la humanidad fue vendida al pecado, y se convirtió en esclava del pecado, y sufrió la degradación del pecado, como resultado de la desobediencia original del padre Adán y de su pena de muerte. Restauración, la buena nueva que Pedro predicó, implica que algo bueno, grande y valioso fue *perdido*, y que esto ha sido *redimido* por la sangre preciosa de Cristo, y que será *restaurado*, como resultado de esta redención, durante la segunda venida de Cristo. Y la referencia hecha por el apóstol, declarando que estos tiempos de la restauración fueron mencionados por todos los santos profetas,

La Reconciliación

claramente implica que la esperanza de la restauración es la única esperanza mantenida ante la humanidad por inspiración divina.*

En forma similar todos los apóstoles señalan en el pasado la caída del favor divino, y la cruz de Cristo como el punto de reconciliación en lo que respecta a la Justicia divina, y en el futuro la Edad Milenaria como el tiempo para bendecir a toda la humanidad con oportunidades de conocimiento y ayuda en *su reconciliación con Dios*. Todos ellos señalan a la presente edad como el tiempo para reunir la Iglesia elegida que estará asociada con el Mesías (su “real sacerdocio” y “pueblo adquirido por Dios”) para cooperar con él como su “desposada”, su “cuerpo”, en la tarea de conferir al mundo las bendiciones de la restauración aseguradas por el sacrificio consumado en el Calvario.

Note las palabras del Apóstol Pablo respecto a esto: “Por la desobediencia de un hombre el pecado *entró en el mundo*, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto [por causa del pecado heredado y la disposición pecaminosa] todos pecaron”. Es bastante evidente que el Apóstol Pablo no era más evolucionista que el Apóstol Pedro y los profetas. Note la esperanza que él señala como la verdadera esencia del Evangelio, diciendo: “Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo *murió por nosotros*. Pues mucho más, estando ya *justificados en su sangre*, por él seremos salvos de la ira.” (Rom. 5:8,9) Aquí hay una declaración específica de que la raza estaba bajo ira divina; que el poder salvador fue la sangre de Cristo, el sacrificio que él realizó en nuestro favor; y que este sacrificio fue una expresión de la gracia y el amor divinos. El apóstol prosigue mostrando la obra de la Reconciliación, y la restauración que le seguirá como resultado, diciendo: “Como por la transgresión de uno [la desobediencia de Adán] vino la condenación a todos los hombres [la sentencia de muerte], de la misma manera por la justicia de uno [lo opuesto de la sentencia] vino a todos los hombres la justificación de vida. Porque así como por la desobediencia de un hombre [Adán] los muchos fueron

* Véase *Old Theology Tracts* N° 41 (no disponible en español).

constituidos pecadores [todos los que estaban *en él*], así también por la obediencia de uno [Jesús], los muchos [todos aquellos que finalmente se beneficiarán con los privilegios y oportunidades del Nuevo Pacto] serán constituidos justos”. —Rom. 5:12,18,19

El mismo apóstol, en muchos otros de sus lógicos y magistrales discursos, presenta la idea de que la Reconciliación, en lo concerniente a Dios, es una cosa del pasado, finalizada cuando “*fuiamos reconciliados con Dios* por la muerte de su Hijo”, siendo aún pecadores. (Rom. 5:10) Evidentemente el apóstol no se refería aquí al trabajo llevado a cabo en el pecador, reconciliando al pecador con Dios, porque él expresa esto en forma contraria, y declara que fue llevado a cabo no en nosotros, sino por Cristo para nosotros, y *siendo aún pecadores*. Note también que en varios de sus instructivos y lógicos discursos él señala una obra de bendiciones para el mundo, a ser realizada por medio de la Iglesia glorificada, subordinada a Cristo, su Cabeza, mostrando que consistirá en llevar al mundo al conocimiento de la gracia de Dios en Cristo, y que *así* todo miembro del mundo redimido que lo desee puede volver a estar de acuerdo (reconciliado) con su Creador durante el Reino del Milenio: una restitución del favor divino perdido en el Edén.

Como ilustración de este punto note el argumento de Romanos 8:17-24. Aquí el apóstol marca claramente una separada salvación de la Iglesia y la subsecuente salvación o rescate del mundo, “la creación que gime”. El llama la atención sobre la Iglesia como la futura coheredera con Cristo, la cual, si es en el tiempo presente fiel con él en el sufrimiento, participará finalmente de su gloria en su Reino. Nos asegura que estos sufrimientos en el tiempo presente no son dignos de comparación con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse luego. Y después él prosigue diciendo que esta gloria venidera para la Iglesia luego que sus sufrimientos sean completados, es la base del anhelo ardiente de la creación que gime, cuyos deseos y esperanzas necesariamente esperan para poder cumplirse el tiempo cuando los hijos de Dios serán revelados o manifestados.

La Reconciliación

Ahora los hijos de Dios no están revelados; el mundo no los conoce, porque no conoció al Maestro; y aunque el mundo, realmente, mira hacia el futuro con la vaga esperanza de una época de doradas bendiciones, el apóstol señala que todos sus anhelos ardientes deben esperar la época cuando la Iglesia, los hijos de Dios, serán glorificados y manifestados como reyes y sacerdotes nombrados por Dios, que reinarán sobre la tierra durante la Edad Milenaria, para bendecir a todas las familias de la tierra, de acuerdo con las riquezas de la gracia divina reveladas por Dios en su promesa a Abraham, diciendo: “En ti serán benditas todas las naciones.” —Gal. 3:8,16,29

El apóstol prosigue mostrando que la humanidad en general, la creación terrenal inteligente, fue sujeta a *debilidad* (“vanidad”)* por herencia, por la transgresión del padre Adán, de acuerdo a la providencia divina, pero aún así no ha sido dejada sin esperanza; porque también por arreglo divino, un sacrificio por los pecados ha sido provisto, y provisión hecha para que al fin la humanidad en general pueda ser emancipada, liberada, de la esclavitud del pecado y de su pena, la muerte, y pueda alcanzar la gloriosa libertad (de la enfermedad, el dolor, los problemas, el pesar) que es la libertad de todos aquellos que son hijos de Dios. Fue desde esta condición de filiación y desde tal “libertad” que la humanidad cayó por la desobediencia, y tendrá el privilegio de retornar a la misma condición de filiación humana, como resultado de la gran ofrenda por el pecado consumada en el Calvario, y del cumplimiento en ella de la obra de la Reconciliación, reconciliándose con la ley divina por medio del Redentor, como el Gran Profeta, el arquetipo de Moisés. (Hech. 3:22,23) El apóstol también señala que la Iglesia, que ya ha recibido la Reconciliación (aceptado el arreglo divino) y entrado en armonía con Dios, haciéndose poseedora de las primicias del Espíritu, no obstante, también gime en razón de las circunstancias reinantes, y espera su parte de la obra de la Reconciliación completada, para recibir

* Romanos 8:20. —Trad.

plenamente el favor divino, el rescate del cuerpo de Cristo, la Iglesia, en la primera resurrección. —Rom. 8:23-25

Estos dos aspectos de la Reconciliación, (1) la corrección de la ofensa, y (2) el llevar a las partes enfrentadas al acuerdo están mostradas en la proposición divina de un Nuevo Pacto, cuyo mediador es Cristo Jesús nuestro Señor. Cuando el padre Adán era perfecto, en completa armonía con su creador, y obedecía todos sus mandamientos, estaba implícito un pacto entre ellos, aunque no fuera expresado formalmente; el hecho de que al padre Adán le fuera otorgada vida en perfección, y que adicionalmente le fuera dado dominio sobre todas las bestias, peces y aves, y sobre toda la tierra como el territorio de su dominio, y el hecho adicional de que le fue declarado que si violaba su fidelidad al Gran Rey, Jehová, por desobediencia, perdería su vida, invalidando todos los derechos y bendiciones que le habían sido conferidos, esto, significa un pacto o arreglo, por parte de Dios con el hombre de que su vida fuera eterna, a menos que él alterara la situación desobedeciendo, trayendo sobre sí mismo una sentencia de muerte.

La desobediencia de Adán, y su pena de muerte, lo dejaron completamente desvalido, excepto que el Todopoderoso proveyó para el rescate de la raza mediante el Nuevo Pacto, y el Nuevo Pacto, como señala el apóstol, tiene un mediador: Dios por una parte trata con el mediador, y no con el pecador; el pecador, en la otra parte, trata con el mediador y no con Dios. Pero antes que nuestro Señor Jesús se convirtiera en Mediador debió hacer por la humanidad un trabajo que, en esta figura, está representado como *sellando* el Nuevo Pacto con su propia y preciosa sangre, la “sangre del Nuevo Pacto.” (Mat. 26:28; Mar. 14:24; Heb. 7:22; 9:15-20) Esto es decir, Dios, en justicia, no puede recibir al pecador ni negociar con él, directamente, o indirectamente a través de un mediador, así como tampoco dar al pecador una exoneración de la sentencia de muerte, y una reconciliación con Dios, con sus correspondientes bendiciones (el don de la vida eterna), excepto que primero la Justicia divina sea recordada y satisfecha. Por esto fue que nuestro Señor Jesús, pagando nuestra penalidad con la muerte, hizo posible el sello del Nuevo Pacto entre Dios y los

La Reconciliación

hombres, bajo los términos del cual todos aquellos que por él (el mediador), se acercan a Dios, son aceptables.

La reconciliación con Dios fue imposible hasta que, primero, fue asegurada la redención con la sangre preciosa, y así el que buscara la reconciliación pudiera acercarse a Dios a través del mediador del Nuevo Pacto: “Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí.” (Juan 14:6) Es por esta razón que el altísimo privilegio de los más favorecidos de la humanidad, previo al comienzo del sacrificio de Cristo, fue el de “siervos” y “amigos” de Dios, y a nadie le fue concedido el alto privilegio de la filiación, de ser llamado hijo de Dios (con todo lo que esto implica en cuanto a favor divino y vida eterna), y nadie fue reconocido como tal. (Juan 1:12; Mat. 11:11) Así se verá que aquellos que ignoran la ofrenda por el pecado y el apaciguamiento de la Justicia como rasgos de la Reconciliación, están ignorando partes importantes e indispensables, rasgos primarios y fundamentales. Pero no se equivocan menos otros que, mientras reconocen el sacrificio de Cristo como el sacrificio de la Reconciliación para sellar el Nuevo Pacto, ignoran la obra de reconciliación para con los hombres, por la cual la humanidad es traída, por la acción del Nuevo Pacto, otra vez a la armonía con Dios.

Esta obra de Reconciliación, en lo que concierne a la humanidad, no puede realizarse instantáneamente y por la fe. Puede comenzar en un instante y por la fe, y puede realizarse entre el pecador y el Todopoderoso a través de la fe; pero el alcance de la Reconciliación que propone Dios es más amplio y elevado que esto. Su arreglo es que aquellos de la raza humana que deseen retornar al acuerdo con él (y su justa ley) serán aceptados a través del Mediador, pero no serán plena y completamente recibidos (por el Padre) mientras sean imperfectos. De aquí que, mientras el trabajo del Mediador (Cabeza y “cuerpo”) es proclamar a la humanidad el hecho de que Dios ha provisto una ofrenda por el pecado, para que él sea justo y aún reciba al pecador en armonía consigo mismo, y que ahora él está deseoso de conferir la bendición de la filiación y su condición de vida eterna y liberación

de la corrupción, es además su trabajo hacer claro a toda la humanidad que esta promesa de salvación es un gran regalo que debiera ser prontamente aceptado y que sus términos son un culto racional; adicionalmente a esto, es obra del Mediador, el representante del Padre, restaurar de hecho (restituir mental, moral y físicamente a la humanidad) a todos aquellos que deseen recibir su ministerio y obedecerle. Así eventualmente la obra del mediador resultará en una *verdadera reconciliación* entre Dios y aquellos a quienes el Mediador restaurará a la perfección.

A esta gran obra del Mediador se le ha adjudicado por entero la Edad Milenaria; es para este propósito que el Reinado del Mesías será establecido en la tierra, con todo poder y autoridad: es por este propósito que es preciso que él reine, que pueda humillar toda influencia maligna que impida a la humanidad llegar al conocimiento de esta benigna verdad del amor y la misericordia divina, esta provisión bajo el Nuevo Pacto, que quien así lo quiera puede retornar a Dios. Pero al mismo tiempo que el gran Mediador recibirá, bendecirá y restaurará, bajo los términos del Nuevo Pacto, a todos los que deseen asociarse con Dios a través de él, desarraigará del pueblo, con una destrucción eterna, a todos aquellos que bajo las favorables oportunidades del Reino Milenario, rechacen el ofrecimiento divino de la reconciliación. —Hech. 3:23; Mat. 25:41,46; Apoc. 20:9,14,15; Prov. 2:21,22

El fin de la Edad Milenaria sucederá después que se haya completado toda la obra de mediación para la cual fue designada y señalada. Y allí cesará el oficio mediador de Cristo porque no habrá más rebeldes, ni más pecadores. Todos los que deseen estar en armonía con Dios lo lograrán en perfección; y todos los pecadores voluntarios serán, en ese tiempo, cortados de la vida. Entonces se cumplirá la profecía de nuestro Señor: todas las cosas en los cielos y la tierra alabarán a Dios; y entonces se realizará la promesa divina de que no habrá más muerte, ni lamento, ni llanto, porque las primeras cosas (condiciones) habrán pasado. —Apoc. 21:4; Sal. 67

Cuando el gran Rey-Mediador haya entregado su obra acabada al Padre, su oficio y reinado, como el apóstol explica (1

La Reconciliación

Cor. 15:24-28), ¿cuáles son los perdurables resultados que podemos esperar de la obra de redención de la humanidad hecha por el gran Mediador?

Habrá cumplido:

(1) Sellar el Nuevo Pacto con su propia y preciosa sangre; hacer que sus benignas provisiones estén al alcance de toda la humanidad.

(2) Reconciliar o traer a la armonía con Dios una “manada pequeña”, un “real sacerdocio”, celoso de buenas obras: deseoso de entregar su vida en el servicio de Dios; aquellos, que siendo copias de su Salvador, tendrán por arreglo divino el privilegio de ser sus coherederos en el Reino Milenario y participantes de su naturaleza divina. —1 Ped. 2:9,10 ; Tito 2:14; Rom. 8:29

(3) La reconciliación, la plena restauración de una tierra llena de seres humanos perfectos y felices, encontrándose toda la humanidad deseosa del favor divino sobre los términos divinos: éstos serán entregados al Padre por el Mediador, no sólo completamente restaurados, sino completamente instruidos en justicia y control propio y llenos del espíritu de lealtad a Dios, el espíritu de santidad, y poseedores de sus benditos frutos: mansedumbre, paciencia, benevolencia, bondad y amor. En esta condición ellos serán en verdad irreprochables y sin culpa, capaces de pasar cada prueba.

(4) La destrucción de todos los demás miembros de la raza que sean indignos de un favor adicional: los opresores de la tierra*, cuya influencia no sería benéfica para los demás, y cuya existencia no glorificaría a su Creador. Así, al final de la Edad Milenaria, el mundo volverá completamente al favor divino, en pleno acuerdo con Dios, como la humanidad estuvo en armonía, en pleno acuerdo con Dios, representada en la persona de Adán, antes que la transgresión entrara al mundo pero además poseerá una valiosísima experiencia con el mal; porque habrá aprendido una lección de la perversidad del pecado, y de la sabiduría benéfica y deseable de la justicia. Además poseerá también un incremento del conocimiento

* Mateo 13:7. —Trad.

y el amplio ejercicio de distintos talentos y habilidades que eran originalmente del hombre en la creación, pero en un estado no desarrollado. Y esta lección no sólo será provechosa para el hombre, sino también para los santos ángeles, que habrán atestiguado un ejemplo del equilibrio de la Justicia, Amor, Sabiduría y Poder divinos en una medida que de otro modo no habrían concebido posible. Y la lección plenamente aprendida por todos, podemos suponer, permanecerá a través de los tiempos, aplicable a otras razas aún no creadas en otros planetas del ancho universo.

¿Y cuál será el centro de esta historia que será contada por toda la eternidad? Será la historia del gran rescate completado en el Calvario y de la reconciliación basada sobre este pago del precio correspondiente, lo cual demostró que el amor y la Justicia de Dios son exactamente iguales.

En vista de la gran importancia de este tema de la Reconciliación, y también en vista del hecho de que es comprendido imperfectamente por el pueblo del Señor, y además, por los errores sostenidos sobre otros temas que impiden una visión apropiada de este importante tema, nos proponemos, en su discusión en este volumen, cubrir un amplio rango y averiguar acerca de:

(1) Jehová, el Autor del plan de la Reconciliación.

(2) El Mediador, por el cual fue hecho el sacrificio de la Reconciliación, y por medio del cual todas sus benignas provisiones serán aplicadas al hombre caído.

(3) El Espíritu Santo, el canal o medio a través del cual las bendiciones de la reconciliación con Dios son traídas a la humanidad.

(4) La humanidad, en cuyo favor fue proyectado este gran plan de Reconciliación.

(5) El rescate, el centro o eje de la Reconciliación.

Tomando estos temas en este orden que creemos ser convenientes y lógicos, esperamos que la palabra divina los haga tan claros, tan convincentes, tan satisfactorios, que quitará nuestras mentes de la niebla, del misterio y de las concepciones erróneas

La Reconciliación

que oscurecieron hasta aquí este tema de la Reconciliación, muy importante de la opinión general. Pero para obtener estos resultados deseables, no sea necesario que abordemos estos estudios, siendo enredados en los credos y las opiniones de los hombres. Es menester que nos consideremos libres de todo prejuicio, prontos, bien dispuestos y sin inquietudes, para ser enseñados por Dios, deseoso de desaprender lo que aceptamos simplemente hasta aquí nuestras propias conjeturas o sugerencias de otros, y lo que no está de acuerdo con la Palabra de Dios; deseoso también de tener todo el consejo de Dios sobre cada detalle de este tema. A todos los que así vienen, que así buscan, los que así llaman, el gran Instructor abre el camino, y todos, “serán enseñados por Dios.” —Isa. 54:13

ESTUDIO II

EL AUTOR DE LA RECONCILIACIÓN

EL TODOPODEROSO, JEHOVÁ—EL SALVADOR DE LOS PECADORES, POR CRISTO—“DIGNO ES EL CORDERO”—“EL QUE EXISTE POR SI MISMO”—EL “YO SOY”—UNA TRADICIÓN FALSA—BASADA EN UNA FALSIFICACIÓN—LA UNIDAD DEL PADRE Y DEL HIJO VISTA BÍBLICAMENTE—EL USO BÍBLICO DE LA PALABRA JEHOVÁ Y DEL TÍTULO SEÑOR—LA PALABRA DIOS EN EL ANTIGUO TESTAMENTO—EN EL NUEVO TESTAMENTO—EL TESTIMONIO ARMONIOSO DE LA BIBLIA—“EL QUE ME HA VISTO A MÍ, HA VISTO AL PADRE”—“NO TUVO POR RAPIÑA SER IGUAL A DIOS”—“PARA NOSOTROS, SÓLO HAY UN DIOS, EL PADRE, Y UN SEÑOR, JESUCRISTO”

JEHOVÁ Dios declara ser el autor del gran plan de Reconciliación ahora en vías de desarrollo, así como acabamos de ver; esta obra comenzó en el Calvario y acabará sólo al fin de la Edad Milenaria, cuando el Señor Jesucristo, mediador de la Reconciliación, entregue al Padre el dominio de la tierra restaurada y totalmente sometida. Numerosas declaraciones de las Escrituras están de acuerdo con esto, por ejemplo: “Yo Jehová,* Dios tuyo, el Santo de Israel, soy tu Salvador.” “Yo, yo Jehová, y fuera de mí no hay quien salve.” “Soy tu Salvador y tu Redentor, el Fuerte de Jacob.” “Soy Jehová, tu Dios, desde la tierra de Egipto; no conocerás, pues, otro dios fuera de mí ni a otro salvador fuera de mí.” “Al único y sabio Dios, nuestro Salvador, gloria y majestad, imperio y potencia ante todo desde siglo, ahora y por todos los siglos. ¡Amén!” Y de nuevo: “Esperamos en el Dios viviente que es Salvador de todos los hombres, mayormente de los que creen.” —Isa. 43:3,11; 60:16; Os. 13:4; Judas 25; 1 Tim. 4:10; Tito 1:3; 2:10

Si se aceptase plenamente este pensamiento—a saber que el Todopoderoso, Jehová mismo, es el Salvador, Autor del gran plan de salvación y ejecutor del mismo por medio de sus agentes y representantes de buena voluntad—liberaría a mucha gente de las concepciones erróneas que tienen que ver con la relación existente

* Referencia Strong N° 3068 (Yehová). —Trad.

La Reconciliación

entre el Padre celestial y su Hijo celestial en la obra de la salvación de la humanidad. No dejaría ningún lugar a la opinión casi blasfema de la cuestión, sostenida por un número considerable de cristianos nominales, según la cual el Padre celestial se habría encolerizado, procurando matar o torturar al hombre pecador; el Hijo celestial, nuestro Señor Jesús, lleno de amor y de misericordia (que faltarían al Padre, según este concepto) se habría interpuesto y satisfecho el rencor y la furia del Padre recibiendo los golpes de la cólera en lugar del hombre; Jehová sería así apaciguado simplemente porque, siendo justo, no puede exigir de nuevo al pecador lo ya pagado por la sangre preciosa de Cristo. Cuanto antes se libren de esta visión errónea de la Expiación quienes la sostienen mejor será su perspectiva de progreso en las cosas espirituales, en el conocimiento, la gracia y el amor del verdadero Dios.

La visión correcta del tema que nos ocupa nos presenta al Padre celestial perfecto en todos los atributos de nobleza de carácter: perfecto en justicia, porque él mismo no puede infringir una simple sentencia de su justa ley; perfecto en sabiduría, de modo que su plan y sus disposiciones, no sólo con respecto a la creación del hombre sino también en cuanto a la salvación del mismo, la Reconciliación, etc. fueron tan completos que no ha surgido ninguna contingencia o fallo ni sea necesitado modificar el plan divino, como está escrito “porque yo, Jehová, no cambio” y “dice el Señor, que hace conocer todo esto desde tiempos antiguos”; perfecto también en amor, pues no hay amor más grande, y sin embargo este amor está en perfecto equilibrio con el resto de los atributos divinos de modo que es posible salvar al pecador sólo de acuerdo con el programa de justicia trazado por la sabiduría divina; Dios también es perfecto en poder de modo que todos sus benévolos designios, sus buenas intenciones, su justo programa y sus proyectos llenos de amor, perfectamente coordinados, sean ejecutados y produzcan los resultados previstos inicialmente pues está escrito: “Mi palabra que sale de mi boca no volverá a mí vacía, sino que hará lo que yo quiero, y será prosperada en aquello para que la envié.” —Isa. 55:11; Mal. 3:6; Hechos 15:18

El Autor de la Reconciliación

Cuando vemos desde el punto de vista bíblico cómo el gran Jehová mismo es el Autor de la salvación traída por nuestro Señor Jesús, nos lleva a honrar mejor y amar más a nuestro Dios Todopoderoso, sin reducir en nada el honor, el amor y la estima en los cuales valoramos y por los que reverenciamos a nuestro Señor y Salvador Jesucristo. Vemos, en efecto, en el Hijo celestial la imagen del Padre celestial y reconocemos en Él “el Mensajero del Pacto”, a través del cual se traen todas las bendiciones pactadas por Jehová a la humanidad y sin el cual no puede obtenerse ninguna de las bendiciones divinas. De acuerdo con el pensamiento de que nuestro Señor Jesús actúa en todo como *representante* del Padre, Jehová, en la obra de salvación, notemos las siguientes declaraciones de las Escrituras:

“Pero cuando se manifestó la bondad de *Dios nuestro Salvador*, y su amor para todos los hombres, nos salvó no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y la renovación en el Espíritu Santo, el cual derramó en nosotros abundantemente *por Jesucristo, nuestro Salvador.*” —Tito 3:4-6

“*A éste, Dios ha exaltado* con su diestra por Príncipe y Salvador, para dar a Israel arrepentimiento y perdón de pecados.” —Hechos 5:31

“Y nosotros hemos visto y testificamos que el *Padre ha enviado al Hijo*, el Salvador del mundo.” —1 Juan 4:14

“Pablo, apóstol de Jesucristo por mandato de *Dios nuestro Salvador* y del Señor Jesucristo, nuestra esperanza.” —1 Tim. 1:1

“Porque esto es bueno y agradable delante de *Dios nuestro Salvador...* porque hay un solo Dios y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre.” —1 Tim. 2:3,5

Notemos también las propias palabras de nuestro Señor Jesús acerca de este tema:

“Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por Él.” —Juan 3:17

“No puedo hacer yo nada por mí mismo; según oigo, así juzgo.” —Juan 5:30

La Reconciliación

“Como me envió el Padre, así también yo os envío.” —Juan 20:21

“Pero de aquel día y de la hora [cuando se establezca el Reino de los cielos] nadie sabe, ni aun los ángeles que están en el cielo, *ni el Hijo*, sino el Padre.” —Marcos 13:32

“No os toca a vosotros saber los tiempos o sazones que el Padre puso en su sola potestad.” —Hechos 1:7

“Las obras que yo hago en nombre de mi Padre, ellas dan testimonio de mí.” —Juan 10:25

“Yo enviaré la promesa de mi Padre sobre vosotros.” —Lucas 24:49

“Yo he venido en nombre de mi Padre.” —Juan 5:43

“Lo que yo hablo, lo hablo como el Padre me lo ha dicho.” —Juan 12:50

“Mi Padre es mayor que yo.” —Juan 14:28

“Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios.” —Juan 20:17

“DIGNO ES EL CORDERO QUE FUE INMOLADO”

El mismo Señor Jesús nos dio en el último libro de la Biblia, “La revelación de Jesucristo, *que Dios le dio*, para manifestar a sus siervos” (Apoc. 1:1), un magnífico cuadro del tema de la Reconciliación, ilustrando el plan general de la redención del hombre del pecado y su maldición. Lo encontramos en Apoc. 5. Vemos allí al Padre celestial, el Anciano de Días, sentado en el trono celestial, teniendo en su mano un rollo escrito por dentro y por fuera, sellado con siete sellos. Este rollo representa el plan divino conocido sólo por el Padre, Jehová mismo; que lo guarda en su solo poder, en su propia mano, hasta que alguien sea *probado* digno de abrirlo y de hacerse tanto ejecutor como agente y representante honrado de Jehová. El cuadro continúa mostrando que hasta el momento en que nuestro Señor Jesús sufrió por nosotros en el Calvario, “el justo por los injustos, con el fin de que nos trajera a Dios”, nunca nadie había sido encontrado (probado)

digno de encargarse del plan de Dios y hasta de comprender el contenido.

Pero cuando nuestro Señor Jesús hubo *probado* su fidelidad al Padre celestial en su obediencia no sólo humillándose al tomar la naturaleza humana con el fin de sufrir la muerte, sino también obedeciendo “hasta la muerte”, y lo que es más, “hasta muerte [ignominiosa] de cruz”, entonces y por este medio, se probó digno de toda confianza y de todo crédito. Así lo declara el Apóstol: “*Por lo cual* Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, en la tierra y debajo de la tierra.” (Fil. 2:9-11) Es en esta parte del cuadro que consideramos (Apoc. 5:9-13) donde se muestra al Señor Jesús como el Cordero que había sido inmolado, a quien se hizo reverencia y al que se le proclamó: “¡Digno es el Cordero!” “Digno eres de tomar el libro y de abrir sus sellos; porque tú fuiste inmolado, y con tu sangre nos has redimido para Dios, de todo linaje y lengua y pueblo, y nación.” Así se describe la elevación suprema concedida al representante del Padre celestial, al “Mensajero [servidor] del Pacto”. A causa de su humildad, de su sujeción completa y de su obediencia total a la voluntad del Padre, en lo sucesivo se le proclama copartícipe en el trono del Padre, y por el propio arreglo del Padre, la proclamación fue hecha a través de todos los ejércitos celestiales: “El Cordero que fue inmolado es digno *de tomar* el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza”, y finalmente “toda criatura” captará el pensamiento de que Jehová elevó muy alto a su Hijo Unigénito, hasta asociarlo con Él en el Reino y anunciar su aprobación diciendo: “Al que es sentado en el trono [del universo, Jehová] y al Cordero, sea la alabanza, la honra, la gloria y el poder por los siglos de los siglos!” No sorprenden, pues, que en lo sucesivo, según las Escrituras, todos los hombres honren tanto al Hijo ensalzado como al Padre que le elevó así tan alto. —Juan 5:23

El Apóstol declara que esta glorificación de Jesús proporciona un ejemplo de la ley divina que dice que “el que desciende será elevado”. Pero notemos también en esta figura

simbólica (v. 13) que la exaltación de nuestro Señor Jesucristo a la alabanza, a la honra, a la gloria y al poder no implica que el Padre celestial abdica el trono celestial en su favor ni que el Padre y el Hijo son una sola y misma persona, porque se identifican dos personas, el Padre, como siempre, teniendo el primer lugar en honor y en gloria. Esto de nuevo nos recuerda las palabras de nuestro Señor: “Yo, pues, os asigno un reino, como mi Padre me lo asignó a mí.” (Lucas 22:29) Y dice a sus discípulos fieles: “Al que venciere le daré que se siente conmigo en mi trono, como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono.” —Apoc. 3:21

Como prueba suplementaria de que toda la obra de redención es *del* Padre, aunque por medio del Hijo, notemos la declaración del Apóstol que Dios “en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, y por quien hizo asimismo el universo; el cual... habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados... se sentó a la diestra de la Majestad [Jehová] en las alturas, hecho tanto superior a los ángeles cuanto heredó más excelente nombre que ellos.” “Tenemos tal sumo sacerdote que se sentó a la diestra de la Majestad en los cielos [Jehová], ministro del santuario y de aquel verdadero tabernáculo que levantó el Señor [Jehová], no el hombre.” “Cristo, habiendo ofrecido una vez para siempre un solo sacrificio por los pecados, se ha sentado a la diestra de Dios.” (Heb. 1:2-4; 8:1,2; 10:12) Y nos exhorta a poner “los ojos en Jesús, el Autor* [“Starter”, el que da la salida. —Trad.] y consumidor de la fe, el cual, por el gozo puesto delante de él, sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios” y a considerar “*al Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria*” y “*la grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, según la operación del poder de su fuerza, la cual operó en Cristo, resucitándole de los muertos y sentándole a su diestra en los lugares celestiales, sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero; y*

* Véase nota de Darby. —Trad.

sometió todas las cosas bajo sus pies.” (Heb. 12:2; Ef. 1:17-22) El apóstol Pedro de nuevo dice de nuestro Señor Jesús “que está a la diestra de Dios (en el cielo), y a él *están sujetos* ángeles, autoridades y potestades.” —1 Ped. 3:22

Todos estos diferentes pasajes de la Escritura indican claramente que la destacada exaltación de nuestro Señor Jesucristo es la *recompensa del Padre* concedida al Hijo por su obediencia extraordinaria y por haber dado pruebas de que poseía el espíritu de amor del Padre sacrificándose a favor de los pecadores; pero no indican ni que era el Padre, ni que se le haya elevado para reemplazar al Padre sobre el trono celestial ni el afecto o la adoración rendidas por las criaturas inteligentes. Al contrario, muestran expresamente que el Padre celestial es superior en honor y en poder, que es el bienhechor que glorificó y exaltó al Hijo y le hizo sentar a su misma diestra, es decir, en el sitio de favor eminente, y le llamó para tomar parte en su trono o dominación del reino de los cielos, los ángeles y todos los ejércitos de los cielos que le eran sometidos. En realidad, el lenguaje algunas veces empleado respecto a la alta exaltación de nuestro Señor Jesús y a la plenitud de poder que le concedió el Padre es tan fuerte que en una ocasión el escritor inspirado consideró oportuno llamar la atención al hecho de que ninguna de estas declaraciones relativas a su alta elevación implicaba en ningún sentido que era o igual al Padre o su superior; es por eso que, hablando del reino milenar de Cristo, dice: “Porque preciso es que él [Cristo] reine hasta que haya puesto a todos sus enemigos debajo de sus pies. Y el postrer enemigo que será destruido es la muerte. Porque todas las cosas las sujetó [el Padre] debajo de sus pies [los del Hijo]. Y cuando dice [el Padre] que todas las cosas han sido sujetadas a él [al Hijo], *claramente se exceptúa aquel que sujetó [el Padre] a él [al Hijo] todas las cosas*. Pero luego que todas las cosas [terrestres] le estén sujetas [al Hijo], entonces también el Hijo se sujetará al que le sujetó [el Padre] a él [al Hijo] todas las cosas, para que Dios [el Padre] sea todo en todos.” —1 Cor. 15:25-28

“EL QUE EXISTE POR SI MISMO”

El Dios Todopoderoso se atribuyó personalmente el nombre de Jehová y lo proclamó. Jehová significa “El que existe por sí mismo” o “el Inmortal”. Así leemos en su declaración hecha a Moisés: “Aparecí a Abraham, a Isaac y a Jacob como [bajo el nombre del] Dios Omnipotente, mas en mi nombre JEHOVÁ no me di a conocer a ellos.” (Ex. 6:3) Más tarde Dios fue reconocido entre su pueblo bajo este nombre, Jehová. Éste se usa miles de veces en el Antiguo Testamento, pero está escondido en gran medida al lector inglés por un error de los traductores que le sustituyeron por “Lord” (Señor —*Trad.**). Sin embargo, cuando esta palabra designa el nombre sagrado, Jehová, podemos reconocerla fácilmente, porque “LORD”, en ese caso, siempre se imprime en mayúsculas.

Así, en el primer mandamiento dado a Israel, el Señor dice: “Yo soy Jehová, tu Dios... No tendrás dioses [poderosos] ajenos delante de mí [como mis iguales] porque yo Jehová, tu Dios, soy un Dios celoso.” —Ex. 20:2-5

Y de nuevo declara Moisés: “Oye, Israel: Jehová, nuestro Dios, Jehová uno es. Y amarás a Jehová, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas.” (Deut. 6:4,5) Y éste es precisamente el pasaje que nuestro mismo Señor Jesús elogió como esencia misma de la verdad. Cuando se le preguntó cuál era el mandamiento más grande citando este pasaje, dijo: “Amarás al Señor [Jehová], tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el primero y más grande mandamiento.” (Mat. 22:37,38); y además: “Yo Jehová; éste es mi

* En lengua francesa, las versiones Crampon, Pirot y Clamar (cat. rom.) traducen bien Jehová (Yahweh: véase nota 4 — Cr. Gén. 2:4) por todas partes en el Antiguo Testamento. Añadimos que, en el Nuevo Testamento cuando la palabra “Señor” se aplica a Jehová del Antiguo Testamento, la versión de Darby la señala por un asterisco * delante de la palabra Señor (Ex. Mat. 1:20). Véase nota: SIGNOS Y ABREVIACIONES, antes de Génesis (Darby —ed. de 1916 o la de 1908 —*Trad.*). Véase también las notas a pie de la página, por ej.: Gén. 1:1 (a); Gén. 2:4 (b); Gén. 14:18 (f), etc. —*Trad.*

nombre; y a otro no daré mi gloria [honor].” (Isa. 42:8) Que no escape a nuestra atención el contexto, porque a esta declaración positiva de que el nombre Jehová es exclusivamente el del “padre de la luz en el que no hay ninguna sombra de variación” sigue en seguida la proclamación profética del Mesías como Hijo, servidor honrado y elegido de Jehová:

“He aquí mi siervo, *yo le sostendré*, en quien mi alma tiene contentamiento; he puesto sobre él mi Espíritu; él traerá justicia a las naciones... No se cansará ni desmayará, hasta que establezca en la tierra justicia; y las costas esperarán su ley. Así dice Jehová Dios... yo Jehová te he llamado en justicia, y te sostendré por la mano; te guardaré y te pondré por pacto al pueblo, por luz de las naciones, para que abras los ojos de los ciegos, para que saques de la cárcel [la muerte] a los presos y de casas de prisión a los que moran en tinieblas. Yo Jehová: éste es mi nombre.” —Isa. 42:1-8

EL NOMBRE JEHOVÁ SE APLICA ÚNICAMENTE AL PADRE DE GLORIA

A veces se afirma que el nombre de Jehová se aplica en las Escrituras a nuestro Señor Jesús y no es, pues, el distintivo y especial del Padre celestial. Es un error; pero en interés general vamos a examinar los pasajes que parecen apoyar esta pretensión. Mostraremos que no contradicen los pasajes de las Escrituras citados anteriormente y declaran que el nombre Jehová es el nombre verdadero y exclusivo del grande “YO SOY”.

(1) El texto en el cual se apoyan principalmente para probar que Jehová puede considerarse con razón como el nombre de Cristo Jesús es: “Levantaré a David renuevo justo, y reinará como Rey, el cual será dichoso, y hará juicio y justicia en la tierra... Y éste será su nombre con el cual le llamarán: Jehová, justicia nuestra.” —Jer. 23:5,6

Se trata evidentemente aquí de nuestro Señor Jesús y de su Reino milenarío y el nombre en hebreo es *Jehová-Tsidkenu*. ¿Cómo explicarlo? Así: Los traductores, en su afán por encontrar un pasaje en donde el nombre Jehová se asociase con Jesús nos han

dado una pésima traducción. No aparecería ninguna dificultad si se hubiese traducido por: “Éste será su nombre con el cual lo llamarán: *Nuestra Justicia de Jehová*”. ¡Y cómo conviene este nombre conviene a la obra y al cargo de nuestro Señor Jesús! ¿No fue el representante de la Justicia de Dios y no sufrió el castigo infligido por la Justicia para pagar el rescate del hombre con el fin de que Dios pueda ser el justificador del creyente en Jesús? Seguramente ningún otro nombre podría ser más apropiado.

Deberíamos tener en cuenta que el mismo nombre precisamente, *Jehová-Tsidkenu*, se encuentra otra vez en los escritos del mismo profeta. Pero nuestros amigos nunca llaman la atención sobre él y los traductores, aunque lo vierten con las mismas palabras francesas, no las destacan en mayúsculas como en el otro caso. ¿Por qué? Porque los pasajes conexos muestran que *Jehová-Tsidkenu* será el nombre de la Iglesia entera, la Nueva Jerusalén: “... y se le llamará Jehová Justicia nuestra [*Jehová-Tsidkenu*].” —Jer. 33:16

Y algo que todos pueden percibir es lo apropiado de este nombre para la Iglesia glorificada: no sólo participa en los sufrimientos de su Señor por la Justicia, cumpliendo “lo que falta de las aflicciones de Cristo” (Col. 1:24; 1 Ped. 5:9), sino que según la promesa tendrá parte en toda la gloria de su Señor como una mujer participa en los honores y en nombre de su esposo, exactamente como la Iglesia lleva el nombre de Cristo como miembro de su Cuerpo. —Apoc. 3:12; 19:7; 21:9

Estos ejemplos no son los únicos en donde se emplea el nombre de Jehová para componer *otro* nombre. Note que el monte sobre el cual Abrahán ofreció Isaac y donde Dios proveyó un carnero para el sacrificio en lugar de Isaac fue llamado por él: “Jehová proveerá”, *Jehová-Jireh* (Gén. 22:14); Moisés llamó el altar que había edificado *Jehová-Nisi*, o Bandera de Jehová (Éxodo 17:15); Gedeón edificó un altar y le dio el nombre de *Jehová-Salom*, La Paz de Jehová (Jueces 6:23,24); Ezequiel profetizó una futura ciudad cuyo nombre será *Jehová-Sama*, La Maravilla de Jehová. —Eze. 48:35

(2) Se sugiere que cuando se registró la aparición de Jehová a Abrahán (Gén. 18:1), y después a Moisés (Ex. 3:3-15), se trataba de Jesús en su existencia prehumana y que, a consecuencia, éste sería su nombre. Respondemos que este razonamiento es injustificado, que si el nombre se aplica a alguien distinto que al Padre mismo sólo indicaría que tal servidor era muy estimado por Jehová y realmente tratado en esta circunstancia como un ecónomo o un representante encargado de ejercer con competencia el poder divino. En Éxodo 3:2 se nos dice claramente que quien representaba a Jehová y se presentó bajo el nombre más distinguido del Padre “Yo soy” era el *ángel* [mensajero] de Jehová. No dudamos ni un solo instante que este *mensajero* honrado era “la Palabra” de Juan 1:1, nuestro Señor Jesús, en su condición *prehumana*. Pero no debemos confundir al mensajero más elevado y el más honrado con lo que representa, en nombre de quien habla y ejercía el poder que le transmitió a Moisés.

(3) Isaías 40:3 hace alusión a la misión de Juan el Bautista: “Preparad el camino a *Jehová*.” Se nos pide si esto es una prueba de que Jesús es sólo otro nombre de Jehová. Pero de nuevo respondemos: ¡De ninguna manera! Jesús fue efectivamente el honrado servidor de Jehová y su *representante* entre los hombres en el más pleno sentido; pero él declara: “El Padre me envió”; “Juzgo según lo que oigo”; “Yo mismo no hago nada”; “Mi Padre es mayor que yo”. Debemos creer al mensajero. El hecho es, como hemos mostrado ya*, que Juan el Bautista sólo prefiguró a un Mensajero más grande, a saber: toda la Iglesia cristiana en la carne, la cual a su turno, introduciría a Cristo, Cabeza y Cuerpo, en la gloria espiritual; la obra de este Cristo glorificado será de nuevo una nueva etapa de la misma gran obra que debe preparar el camino de Jehová y rendir gloriosa el sitio de sus pies. Y esta obra, al cerrarse el fin del Milenio, será el pleno cumplimiento de esta profecía. —Véase 1 Cor. 15:24-28; Juan 6:57; 5:30; 8:18; 10:28

(4) El Apóstol habla del Señor Jesús como el “Señor de Gloria” (1 Cor. 2:8) y se nos pide considerarlo como prueba de que

* Tomo. II, cap. 8

La Reconciliación

es el Padre, Jehová, porque en Sal. 24:7-10 se le llama “Rey de Gloria”. Respondemos que argumentos mezquinos como estos prueban sólo la debilidad de la teoría que pretenden sostener. Nuestro Señor Jesús será majestuoso, Rey de Gloria, cuando, durante la Edad Milenaria, empuñe el cetro de la tierra en el nombre y en el poder de Jehová; pero el mismo Apóstol inspirado claramente muestra, en la misma epístola donde apela a Jesús como “Señor de gloria”, que cuando su Reino alcance su más alto grado de su gloria se sujetará al Padre “que le sujetó a él [al Hijo] todas las cosas, para que Dios [el Padre] sea todo en todos.” —1 Cor. 15:28

(5) En dos de las descripciones proféticas del Reino Milenario de Cristo se declara: “Acontecerá en los postreros tiempos que el monte [reino] de la casa de *Jehová* será establecido por cabecera de montes [dominará otros reinos] y muchas naciones dirán: Venid y subamos al monte [reino] de *Jehová* y nos enseñará en sus caminos y andaremos por sus veredas”. “Y él juzgará entre muchos pueblos.” —Isa. 2:2-4; Miq. 4:1-3

Aquí se sostiene que ya que Cristo debe reinar, juzgar y poseer el Reino durante el Milenio, el nombre de Jehová debería considerarse aquí como el de Cristo. Respondemos: ¡No, en absoluto! No hay que olvidar que todas las bendiciones vienen del Padre, aunque sean a través del Hijo. (1 Cor. 8:6) Así nos lo enseñó nuestro Señor Jesús en Su oración modelo: “Padre nuestro que estás en los cielos... venga *tu reino*. Hágase *tu voluntad*, como en el cielo, así también en la tierra.” (Mat. 6:9,10) Así se muestra también en otros pasajes relacionados (Miq. 4:8) donde a Cristo—“cabeza” y “cuerpo”, la Nueva Jerusalén—se le llama “Torre del rebaño” a quien volverá la primera dominación perdida por Adán en Edén y rescatada por Jesús en el Calvario.

(6) “Pero tú, Belén, Efratá,.. de ti me saldrá el que será Señor en Israel; y sus salidas son desde el principio, *desde los días de la eternidad*.” (Miq. 5:2) Se nos pide aceptar estas palabras como prueba de que Jesús es Jehová, de eternidad a eternidad, porque Moisés dice que *Jehová* “desde el siglo hasta el siglo, tú eres Dios.” —Sal. 90:1,2

Respondemos que eso es sacar una deducción irrazonable—contradictoria no sólo por los centenares de ejemplos del uso del nombre de Jehová en otros pasajes de las Escrituras, sino también por el contexto en que se encuentran estas palabras. Más adelante, en Miq. 5:4, encontramos que se dice del Mesías: “Él estará y apacentará [el rebaño de Jehová —Sal. 23:1] con poder de Jehová, *con grandeza del nombre de Jehová, su Dios.*”

Nada podría ser más explícito en cuanto a este tema. ¿Qué significan, pues, las palabras de Miq. 5:2? Pueden entenderse como sigue: “Cuyas salidas han sido [predichas] desde la antigüedad, desde la eternidad [su llegada y su papel mesiánico estuvieron previstos y preparados en el plan divino].”

(7) Se nos refiere a la profecía del Reino Milenario en Isa. 25:6-9 y se nos pide aceptarla como prueba de que el nombre *Jehová* es aplicable a nuestro Señor Jesús, porque allí se dice: “Jehová de los Ejércitos hará en este monte [reino] a todos los pueblos banquete de manjares suculentos... Destruirá la muerte para siempre y enjugará *Jehová* el Señor toda lágrima de todos los rostros.”

¡No, respondemos! ¡Está lejos de probar tal cosa! Debemos notar, en efecto, que a nuestro Señor, Cristo glorificado, se le representa como la persona que habla y su obra de la Edad Milenaria se resume brevemente en el primer versículo de este capítulo: “Jehová, tú eres mi Dios, te exaltaré [honraré], alabaré tu nombre.” Este será el resultado del reino milenario y a su fin toda cosa será sometida de nuevo a Jehová, cuyo poder, actuando por Cristo, le someterá toda cosa. El Mesías viene sobre la tierra como servidor poderoso e intendente de Jehová, Emanuel, “Dios con nosotros”. Esta opinión la confirma plenamente el apóstol Pablo, que, después de haber citado esta profecía e indicado su cumplimiento por la destrucción de la muerte adámica durante el Milenio, dice: “Mas gracias sean dadas a Dios, que *nos da la victoria* [la liberación, el triunfo] *por medio de* nuestro Señor Jesucristo.” —1 Cor. 15:57

(8) Se nos pide considerar como prueba de que el nombre *Jehová* pertenece a nuestro Señor Jesús el hecho de que se le llame

“Admirable, Consejero [o guía o modelo milagroso], Dios Fuerte, Padre Eterno, Príncipe de Paz.” —Isa. 9:6

Examinaremos el significado completo de este versículo más adelante, simplemente destaquemos ahora que nada en él justifica que apliquemos el nombre Jehová a nuestro adorable Maestro y Señor, Jesús. Observemos, no obstante, que si tal hubiese sido el pensamiento del escritor no habría habido mejor ocasión para añadir el nombre de Jehová a los otros títulos. Por el contrario, el versículo siguiente declara: “El celo de Jehová de los ejércitos hará esto [cumplirá esta profecía].” —v. 7

(9) “Di a las ciudades de Judá: ¡Ved aquí al Dios vuestro! He aquí que Jehová el Señor [*Adonai*] vendrá con poder y su brazo señoreará... Como pastor apacentará su rebaño.” —Isa. 40:9-11

Se nos dice que éste es un pasaje en el cual a nuestro Redentor se le llama Jehová. Pero respondemos: No, es llamado aquí el “*brazo*” de Jehová, como en otros lugares: el Brazo poderoso de Jehová “*dominará*”, hasta derribar toda autoridad y todo poder opuesto a Jehová y a su justa ley, hasta que “saque a victoria el juicio”, hasta hacer glorioso el sitio de los pies de Jehová [la tierra es su estribo] y sea entregado el Reino a Dios, el Padre.” —1 Cor. 15:24-28; Mat. 12:20

He aquí otros ejemplos en los cuales nuestro Señor Jesús es proféticamente designado como el “brazo derecho” o la fuerza de Jehová:

“¿Quién ha creído a nuestro anuncio [nuestra predicación]? ¿Y a quién se ha revelado el BRAZO del Señor? [Pocos reconocen el brazo del Señor durante esta Edad, “no muchos”]... “Despreciado y desechado de los hombres.” —Isa. 53; Juan 12:38

“Mis BRAZOS juzgarán a los pueblos”, “vístete de poder, oh BRAZO de Jehová.” —Isa. 51:5,9

“Jehová desnudó su santo BRAZO ante los ojos de todas las naciones [al establecimiento de su Reino]; y todos los confines de la tierra verán la salvación de nuestro Dios.” —Isa. 52:10

“Y lo salvó su BRAZO [el de Jehová]... Y vendrá el Redentor a Sión, y a los que se volvieren de la iniquidad en Jacob, dice Jehová.” —Isa. 59:15-20

(10) En Juan 12:41 leemos: “Isaías dijo esto cuando vio su gloria, y habló acerca de él”. Se nos pide reconocer que esto se aplica probablemente a Isa. 6:1. Respondemos que así es: pero hacemos ver que la palabra hebrea vertida por Señor en este versículo no es *Jehová*, sino *Adonai*.^{*} Nuestro argumento es que el nombre de Jehová no se aplica a nadie, sino al Padre celestial, aunque pueda aplicarse a sus mensajeros especiales cuando hablan o actúan en su nombre como sus representantes.

No discutimos tampoco que *Adonai* se emplea a veces como uno de los numerosos títulos del Padre Celestial. Nosotros afirmamos que este texto no se aplica al Padre, sino al Hijo. De igual forma se emplea la misma palabra *Adonai* en alusión a Cristo y a su reino milenarío en Sal. 2:4-9: “El Señor [*Adonai*] se burlará de ellos. Luego hablará a ellos en su furor, y los turbará con su ira”... *Jehová* me ha dicho: “Mi hijo eres tú, Yo te engendré hoy.”

Pero tal vez alguien podría afirmar que el *Adonai* de Isa. 6:1 concierne ciertamente a la misma persona de *Jehová* en los versículos tres y cinco. Respondemos que no: “El Mensajero del Pacto”, el representante de Jehová, bien podría ser saludado con alabanzas en nombre del Padre, a quien representaba. Observe de nuevo que en el versículo ocho no es *Jehová* quien da el mensaje y pronuncia el juicio, sino *Adonai*, porque el Padre “todo el juicio dio al Hijo.” —Mat. 23:34-38; Juan 5:22-27

Podríamos citar otros ejemplos de alusiones hechas a nuestro Señor Jesús en relación estrecha con el nombre de *Jehová*, y sin embargo es otro término empleado en hebreo pero traducido por *Señor* en la Versión Común (y en algunas versiones castellanas, por *Señor* —*Trad.*). Notemos la declaración de Malaquías: “He aquí, yo envío mi mensajero, el cual preparará el camino delante de mí; y vendrá súbitamente a su templo el Señor [*Adon*[†] de la misma raíz que *Adonai*], a quien vosotros buscáis, y el ángel (Mensajero —*Trad.*) del pacto, a quien deseáis vosotros. He aquí viene, ha dicho Jehová de los ejércitos... Limpiará a los hijos de

* Referencia Strong N° 136 — *Trad.*

† Referencia Strong N° 113 — *Trad.*

Leví, los afinará como a oro y como a plata, y traerán a Jehová ofrenda en justicia.” —Mal. 3:1-4

Otra conocida referencia de este tipo se encuentra en el magnífico Salmo Mesianico que declara: “Eres el más hermoso de los hijos de los hombres, la gracia se derramó en tus labios. Por tanto, Dios te ha bendecido para siempre... Tu trono, oh Dios, es eterno y para siempre; cetro de justicia es el cetro de tu reino. Has amado la justicia y aborrecido la maldad; por tanto, te ungió Dios, el *Dios tuyo*, con óleo de alegría más que a tus compañeros.” Luego a la Iglesia se le llama hija del Padre, Esposa, mujer del Cordero, y se le exhorta a reverenciar al hijo del rey, su Señor. “El Rey deseará tu belleza, porque es tu *Señor*, [*Adon*, no *Jehová*]: adóralo.” —Sal. 45:2-11; Heb. 1:8,9; 1 Cor. 11:3; Ef. 5:23; Juan 5:23

(11) Se nos ruega considerar la declaración de Isaías (8:13,14) como prueba de que el nombre de Jehová se aplica convenientemente a nuestro Señor Jesús. Leemos: “A Jehová de los ejércitos, a él santificad; sea él vuestro temor y él sea vuestro miedo.” Aunque el acento se apoya en el versículo siguiente que, sin especificar quién, dice: “Él será... a las dos casas de Israel por piedra para tropezar.” No lo admitimos como prueba; porque, al contrario, el contexto muestra una tercera parte (entre Jehová y el Profeta), pues nuestro Señor Jesús que dice: “Ata el testimonio, sella la ley entre mis discípulos. Esperaré, pues, a *Jehová*... He aquí yo y los hijos que me dio *Jehová*.” —Isa. 8:16-18, compárese con Heb. 2:13.

(12) El Salmo 110 se presenta como prueba de que a nuestro Señor Jesús se le llama *Jehová* en las Escrituras. Ningún argumento podría ser más descabellado o más falso, sino que prueba lo contrario: “*Jehová* dijo a mi Señor [*Adon*]: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies... El Señor [*Adonai*] a tu diestra [la de *Jehová*]...”, etc. y de nuevo: “Juró *Jehová* y no se arrepentirá: Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec.” —Sal. 110:1,4,5

Quienquiera que no vea que el personaje de quien se habla es exaltado a la diestra de Jehová, o a la posición de favor supremo, y

hecho sacerdote de un nuevo orden, ciertamente está *cegado* por su prejuicio. Recurrimos, sin embargo, a la interpretación de estas palabras por nuestro Señor Jesús mostrando que él mismo es *Adon*, el Señor de David, exaltado por su Señor, Jehová. —Mat. 22:44,45

El apóstol Pedro, bajo la influencia del Espíritu Santo en el Pentecostés, interpretó de la misma forma estas palabras y el apóstol Pablo también. —Hechos 2:34; Heb. 1:13; 10:12,13

(13) Ya que se reconoce a nuestro Señor Jesús como el Gran Maestro se afirma que es él quien cumplió la predicción: “Y todos tus hijos serán enseñados por *Jehová*.” (Isa. 54:13) En respuesta recurrimos a las propias palabras de nuestro Señor Jesús al citar estos mismos dichos del Profeta en su discurso y mostrando claramente que no era y no aspiraba a ser el Jehová de esta profecía. Sus palabras fueron: “Escrito está en los profetas: Y serán todos enseñados por Dios. Así que todo aquel que oyó al Padre, y *aprendió de él*, viene a mí.” —Juan 6:45

El Padre mismo, el gran Jehová, no es solamente el Gran Legislador sino también el Gran Maestro de su propia ley. Todos sus hijos inteligentes verán que el gran plan para la salvación del hombre encierra las más sublimes manifestaciones posibles de sus atributos de Justicia, Amor y Sabiduría en combinación y, sin embargo, combinados entre ellos, cada uno de ellos permanece perfecto e inviolado.

Nuestro Señor Jesús fue y todavía es el Gran Maestro de los hombres establecido por el Padre Celestial, el Gran maestro encima de todos. Es precisamente lo que proclamó y enseñó nuestro querido Redentor. ¿No declaró públicamente que sus enseñanzas las había aprendido ya del Padre, diciendo: “Mi doctrina [enseñanza] no es mía, sino de aquel que me envió. El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá si la doctrina es de Dios, o si yo hablo por mi propia cuenta. El que habla por su propia cuenta, su propia gloria busca; pero el que busca la gloria del *que le envió*, ése es verdadero”, “La Palabra que habéis oído no es mía, sino del Padre que *me envió*”, “Han guardado *tu* palabra”, “Yo les he dado *tu* palabra”, “Santificalos en *tu* verdad, *tu* discurso es verdad” —Juan 7:16-18; 8:38; 14:24; 17:6,14,17

La Reconciliación

Nuestro Señor también designó a maestros especiales bajo su dirección, los apóstoles; y a otros más en la Iglesia para ser instructores y ordenarles pastores subalternos del rebaño del Señor, prescribiéndoles “Apacienta mis ovejas”, “apacienta mis corderos”, “Mirad por vosotros, y por todo el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto por obispos, para apacientar la Iglesia del Señor, la cual él ganó por su propia sangre de su propio.” (Hechos 20:28) No obstante, ninguno de estos maestros debía enseñar doctrinas de *su propia cosecha* que serían forzosamente “sabiduría de este mundo”. Los miembros del pueblo de Dios deben ser enseñados por *Jehová* y ninguno puede ser un maestro verdadero si no presenta a los hombres las palabras, el plan y el carácter de *Jehová* como los ideales de verdad y de excelencia. Para ello se requiere necesariamente centrar la atención en “las doctrinas de Cristo” y “las doctrinas de los Apóstoles” que fueran sólo las expresiones e inculcaciones de la gran y eterna ley del Padre.

A diferencia de algunos que se llaman a sí mismos maestros hoy en día, ni nuestro Señor Jesús ni sus apóstoles intentaron o pretendieron *originalidad*. ¿No afirmó humildemente y de manera admirable nuestro Señor Jesús: “Nada hago por mí mismo, sino que *según me enseñó el Padre*, así hablo”? (Juan 8:28) ¿Podemos preguntarnos a quién encontrará *Jehová* tan humilde y tan leal para confiarle tan gran honor y poder y elevarle a lo alto, a la misma diestra del Padre? El testimonio inspirado nos muestra que nuestro Señor Jesús *aprendió* admirablemente las lecciones *enseñadas* por el Padre: “Aunque era Hijo, por lo que padeció *aprendió* la obediencia.” —Heb. 5:8; Fil. 2:8

Por otra parte el Señor mostró a través de los profetas que Jesús, el Gran Maestro nombrado por el Instructor Maestro *Jehová*, sería enseñado por *Jehová*; con el fin de que pudiera hacerse “un sumo sacerdote misericordioso y compasivo” para la humanidad y probado ser “jefe de nuestra salvación” era necesario que *se perfeccionase por las experiencias* de las cosas que sufrió. (Heb. 2:9,10) Note con qué claridad las profecías siguientes declararon con mucho tiempo de antelación que nuestro Señor sería *enseñado*

por Jehová, que aprendería bien las lecciones y manifestaría el amor por la ley y la obediencia al Legislador:

“Jehová el Señor [*Adonai Jehová*] me dio lengua de sabios [instruidos], para saber hablar palabras al cansado. Despertará mañana tras mañana, despertará mi oído para que oiga como los sabios. Jehová el Señor [*Adonai Jehová*] me abrió el oído y yo no fui rebelde, ni me volví atrás [de sus enseñanzas]. Di mi cuerpo a los heridores, y mis mejillas a los que mesaban la barba; no escondí mi rostro de injurias y de esputos” —Isa. 50:4-10; Mat. 26:67; 27:26,30; Isa. 53:11

Escuche de nuevo sobre este tema el testimonio del Señor concerniente a la preparación de nuestro Señor Jesús para el gran oficio de Sumo Sacerdote real para la humanidad:

“Y reposará sobre él el Espíritu de Jehová, espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu de consejo y de poder, espíritu de conocimiento y de temor [reverencia] de Jehová. Y le hará entender diligente en el temor de Jehová. No juzgará según la vista de sus ojos” pues ha sido tocado en compasión por nuestras enfermedades y es por eso que está en condiciones de socorrer a todos los que se acercan a Dios por él, a su Iglesia ahora, y al mundo durante su Reino milenar. —Isa. 11:1-10; Heb. 2:18

De nuevo proféticamente se muestra al Mesías diciendo: “Me enseñarás [hará que tenga conocimiento] saber el camino de la vida”, “Bendeciré a *Jehová* que me aconseja”. Estas expresiones se encuentran en pasajes citados por los apóstoles como aplicados a nuestro Salvador, “el hombre Cristo Jesús.” (Sal. 16:7-11) La profecía confirma así la exposición del Evangelista: “El niño [Jesús] crecía y se fortalecía (en espíritu, nota de Darby), y *se llenaba de sabiduría*; y la gracia [bendición] de Dios era sobre él... Y Jesús *crecía en sabiduría* y en estatura, y en gracia para con Dios y los hombres.” —Lucas 2:40,52

Habiendo examinado los textos más convincentes de la Biblia sobre este tema estamos seguros de que las Escrituras no autorizan el uso del gran nombre Jehová como apelativo para otro ser que no sea nuestro Padre celestial: creemos que restringen su empleo y prohíben aplicarlo a nadie más.

La Reconciliación

Todos podemos comprender la pertinencia de la decisión del Todopoderoso de ser reconocido como centro de autoridad, de sabiduría, de justicia, amor y poder: ésta es la verdad y cualquier otra cosa sería falsa y, en gran medida, perjudicial. En las citas anteriores acabamos de ver las propias palabras de nuestro Señor y las de los apóstoles, instruidos especialmente por él e inspirados del Espíritu Santo después del Pentecostés, y a ninguno se les dio nunca a entender que el Padre celestial y el Hijo celestial eran uno, en *persona* [ser], ni iguales en gloria y en poder como enseñan, sin autoridad divina, los credos y los catecismos de los hombres.

Sin embargo, el Padre celestial no se ha mostrado celoso de la grandeza de su gran Servidor Principal, el “mensajero del pacto, en quien se complace”; al contrario, lo exaltó altamente junto a él mismo en dignidad y en poder. Escuchemos las palabras de nuestro Señor Jesús mismo: “No puede el Hijo hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre; porque todo lo que el Padre hace. También lo hace el Hijo igualmente. Porque el Padre ama al Hijo, y le muestra todas las cosas que él hace, y mayores obras que éstas le mostrará, de modo que vosotros os maravilléis. Porque como el Padre levanta a los muertos, y les da vida, así también el Hijo a los que quiere da vida. Porque el Padre a nadie juzga, sino que todo el juicio dio al Hijo, para que todos honren al Hijo *como honran al Padre*. El que no honra al Hijo, no honra al Padre que lo envió.”
—Juan 5:19-23

Sólo después de haber comprendido claramente la declaración bíblica concerniente al gran Autor del Plan de Expiación, a Jehová, y haber captado la distinción entre él y su Servidor Principal, “El Unigénito del Padre”, su “Hijo bien amado”, en la obra de la Expiación, estaremos preparados para comprender la filosofía de la Expiación. Es en gran parte a causa de la confusión de ideas respecto al Padre y al Hijo que hay un creciente número de cristianos confundidos respecto a la Expiación, y como consecuencia de ello, en riesgo de perder su fe en esta doctrina fundamental y de capital importancia en la revelación divina.

El apóstol Pablo presenta la cuestión de la relación entre el Padre y el Hijo con respecto a nuestra redención clara y rotundamente al decir: “No hay más que un Dios”... “Para nosotros, sin embargo, sólo hay un Dios, el Padre, *del* cual proceden todas las cosas, y nosotros somos para Él; y un Señor, Jesucristo, *por medio del* cual son todas las cosas, y nosotros *por medio de él.*” (1 Cor. 8:4,6) Es decir, hay un solo Dios Todopoderoso y eterno, Autor y la Fuente de todas las cosas, a quien pertenecemos, y un solo Señor, Jesucristo, por el cual el Padre celestial ejecuta todas las diversas partes importantes de su plan, por quien recibimos la remisión de los pecados por la fe en su sangre; y acceso al Padre y a la gracia en la que permanecemos firmes, regocijándonos en la esperanza de la gloria de Dios. —Rom. 5:1

UNA TRADICIÓN DE LOS PADRES QUE DESCANSA EN UNA FALSIFICACIÓN—UNA INTERPOLACIÓN

Examinaremos en otros capítulos la grandeza y la dignidad de nuestro Señor Jesucristo *por quien* fue y será cumplida la obra entera de la Reconciliación y el gran honor que le corresponde no sólo desde que rescató al mundo, sino también el gran honor y la dignidad que le pertenecían antes de convertirse en el Redentor. Procuremos ahora distinguir claramente algo que concierne al gran Autor del plan; sin embargo, dado que las concepciones generales de la cristiandad están fuertemente embrolladas por la llamada “Doctrina de la Trinidad”, una doctrina que sus más acérrimos defensores admiten *no comprender* y que tampoco pueden explicar; por tanto es apropiado que examinemos los textos de la Escrituras que parecen apoyar esta *doctrina tan confusa de los hombres*, a la cual la Palabra de Dios no concede ninguna autoridad. Ya hemos llamado la atención de diversos pasajes de las Escrituras que expresan con claridad que hay sólo *un* Dios Todopoderoso y no dos, ni tres ni más. Ahora queremos recalcar que el término “Trinidad” no se encuentra en las Escrituras, ni ninguno de significado equivalente; no encontramos la menor declaración que,

aun irrazonablemente, pueda interpretarse de tal forma. De hecho quienes sostienen la doctrina de la Trinidad al intentar explicarla se enredan desesperadamente y confunden también a sus oyentes; declaran en un aliento que hay *un* solo Dios (porque las Escrituras insisten tan positivamente en este punto que no puede ignorarse) y, sin embargo, al mismo tiempo declaran que hay tres Dioses (porque están comprometidos con esta teoría por las “tradiciones de los padres” desde los orígenes del Papado).

¿Pero cómo podría haber *tres* Dioses y sin embargo haber *uno* solo? Si hay tres Dioses “iguales en poder y gloria”, tal y como enseñan los catecismos, es inexacto decir que hay sólo *un* Dios. Si hay “un Dios, el Padre, de quien proceden todas las cosas”, como afirma San Pablo; y si, como declaró Jesús, el Padre es *mayor* que su Hijo honrado, y si el Padre resucitó a su Hijo amado de los muertos y *le exaltó*, le honró, y le destinó un Reino, y si, finalmente, el Hijo entregará de nuevo el Reino al Padre para que el Padre pueda ser todo en todo; entonces no puede ser cierto que haya *varios Dioses con el mismo poder*. Sin embargo vamos a mostrar de manera concluyente en el capítulo siguiente que nuestro Señor Jesucristo es *un Dios*, pero que, aunque es verdad que debe ser honrado como el Padre y que honrándole a él honramos al Padre que le exaltó, la Escritura es unánime al afirmar perentoriamente que hay un solo Dios Todopoderoso, el Padre de todos. Así como declara el Apóstol: “Cristo es la *cabeza* de todo varón, y el varón es la *cabeza* de la mujer, y Dios la *cabeza* de Cristo, es Dios.” —1 Cor. 11:3

Encontramos en la Biblia sólo un pasaje, y solamente uno, que pareciera implicar vagamente la doctrina de una Trinidad de Dioses, y todos los eruditos suponen hoy que este pasaje es apócrifo, una interpolación, y por eso se omite en la Versión revisada (inglesa, trad.) del Nuevo Testamento, aunque hasta donde sabemos los traductores de esta versión eran trinitarios. A pesar de haberles gustado conservar este pasaje como único apoyo bíblico (aun vago en su expresión), no pudieron en conciencia hacerlo.

Los traductores de la Versión Común (inglesa) no merecen por otra parte ninguna reprobación por haber insertado esta interpolación, porque en su época era imposible reconocer su carácter apócrifo. Desde entonces se han descubierto centenares de antiguos manuscritos griegos, pero ninguno anterior al siglo séptimo contiene este pasaje. Los eruditos, sin importar sus tendencias confesionales de fe, no niegan que esas palabras espurias se insertaron para apuntalar la doctrina de la Trinidad en una época en que la discusión de esta doctrina era general en la Iglesia y donde sus defensores quedaban perplejos ante sus opositores al no tener ninguna prueba bíblica con que justificar su teoría. Estas palabras apócrifas fueron sin duda interpoladas por algún monje entusiasta que, convencido personalmente de la verdad de la doctrina, creería que el Espíritu Santo había cometido un error omitiendo esta cuestión en las Escrituras: sin duda alguna, su intención fue ayudar a Dios y vencer una dificultad a través de un fraude. Pero tales suposiciones, al efecto de que Dios no nos dio una revelación completa “con el fin de que el hombre de Dios sea perfectamente cumplido” y que fuera necesario añadir a eso, proviene del Adversario, como la sugerencia de cometer una falsificación, o interpolación, para producir un bien y rectificar el error del Todopoderoso. El monje copista o el sacerdote que cometió la falsificación, aparentemente a principios del siglo séptimo, tendrá de qué responder por su añadidura a la Palabra de Dios y por la mala influencia que ha ejercido tal sobre el pueblo de Dios que, buscando la verdad sobre este tema ha sido extraviado por su fraude.

Encontramos la interpolación apócrifa en 1 Juan 5:7 y dice: *“en el cielo: el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo y estos tres son uno. Y tres son los que dan testimonio en la tierra.”* Estas expresiones quitadas del texto, lo hacen sencillo, fácil de comprender y plenamente acorde con el resto de la Escritura; pero con estas palabras insertadas, tal como han estado durante siglos, resulta confuso, porque sostiene un absurdo. Por ejemplo, si se conserva esta añadidura en el texto el sentido sería que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo están de acuerdo en dar testimonio en el

La Reconciliación

cielo de que Jesús es Cristo. ¡Qué absurdo! ¿Quién ignora en el cielo que Jesús es Cristo? ¿Para quién sería necesario que Padre, Hijo y Espíritu Santo dieran este testimonio? A nadie. Solamente al Adversario en su empeño de corromper la Verdad que encontró un servidor dispuesto a servirle.

No sólo la Versión Revisada omite este versículo, sino todas las versiones modernas: el Diaglotón Enfático, la Biblia de Young, la de la Unión Americana de la Biblia, la Versión mejorada*. Esta última declara:

“Este texto concerniente a los Testigos celestiales no se encuentra en ningún MS griego escrito anterior al siglo quinto. No lo cita ninguno de los autores eclesiásticos griegos ni ninguno de los primeros padres latinos, aun cuando los temas de los que se trata habrían podido conducirlos naturalmente a apelar a su autoridad: es pues, a todas luces, apócrifo.”

El Comentario crítico de Lang, hablando de este pasaje apócrifo, dice:

“Este pasaje falta en todos los MSS[†]. griegos, y también en el Códice Sinaitico [el más antiguo de los MSS. griegos conocidos] y en todas las antiguas

* Versiones francesas: Crampon (cat. rom.) nota: “No encontramos las palabras entre [] en ningún manuscrito griego anterior al siglo XV, y en ningún manuscrito de la Vulgata anterior al siglo VIII.” La versión católica romana PIROT Y CLAMER (tomada también de la dicha edición del Cardenal LIENART) nota: “7b-8a. Las palabras entre paréntesis no existen en el texto original; no son anteriores al siglo IV.” El Nuevo Testamento del canónigo E. OSTY indica en nota: “Ciertos manuscritos llevan aquí un versículo considerado como auténtico por mucho tiempo: “en el cielo... tierra.”

El Nuevo Testamento católico romano del Padre BUZY declara en nota: “Las palabras entre [], que expresan de manera espléndida el dogma de la Trinidad, son tenidas hoy como no auténticas.” (¡El lector sacará la conclusión que se impone! —*Trad.*) La versión católica romana de MAREDSOUS se refiere en nota: “Unos manuscritos solamente, y **de fecha reciente**, añaden: Hay tres... cielo... Espíritu Santo.” [subrayado por *Trad.*] Las versiones cat. Saci (ed. 1759) y Glaire y Vigouroux las insertan EN el texto. DARBY, SYNODALE, SEGOND; N.T. RILLIET y N.T. de GOGUEL y MONNIER (protestantes) las omiten. Véase sus notas muy documentadas. Otras versiones prot. OST., MARTIN (1867), LAUS, las insertan. —*Trad.*

† MSS. = manuscritos —*Trad.*

El Autor de la Reconciliación

versiones, incluso las latinas, hasta el octavo siglo; [en los MSS., escritos] desde esta época encontramos este texto, bajo tres variantes. A pesar de las controversias trinitarias ni un solo Padre griego ni ninguno de los antiguos Padres latinos de la Iglesia lo cita.”

La Concordancia griega e inglesa de Hudson dice:

“Estas expresiones no se encuentran en ningún MS. griego antes de los siglos XV o XVI, ni en ninguna versión anterior.”

El pasaje en cuestión se considera una interpolación por eruditos de competencia reconocida en materia bíblica como: Sir Isaac Newton, Benson, Clark, Horne, Griesbach, Tischendorf, Trégelles, Lachman y Alford. Este último declara:

“A menos que se siga el mero capricho en la crítica del texto sagrado, no hay sombra de una base seria para admitir la autenticidad de este pasaje.”

El Dr. Constantin Tischendorf dice:

“Considero una impiedad el hecho de continuar la publicación de este texto apócrifo como si formara parte de la epístola.”

El Prof. T.B. Wolsey pide:

“¿No exigen verdad y honradez que tal pasaje sea eliminado de nuestra Biblia inglesa? Es un pasaje que Lutero no quiso insertar en su traducción y que se coló en la Biblia alemana sólo cerca de cincuenta años después de su muerte.”

El Dr. Adam Clark, comentando este pasaje, declara:

“Es probable que este versículo no sea auténtico. No existe en ningún manuscrito de esta epístola escrito antes de la invención de la imprenta, a excepción del Códice Monfortii, del Trinity College de Dublín. Otros, los que lo omiten, son en total ciento doce. Se omite en ambos siriacos, en todos los MSS. árabes y etíopes, sahídico, armenio, eslavo, etc. en una palabra, en todas las antiguas versiones, a excepción de la Vulgata; y hasta muchas copias más antiguas y más correctas de esta versión no lo tienen. No lo encontramos tampoco en ninguno de los antiguos Padres griegos, y hasta en la mayoría de los latinos.”

Juan Wesley, el fundador del Metodismo, se esforzó por defender la doctrina de la Trinidad; sin embargo, en uno de sus sermones referidos a este texto, citó las palabras de Servet: “Vacilo en emplear las palabras “Trinidad” y “persona”, porque no encuentro estos términos en la Biblia”, y a esta cita añade: “Quisiera insistir solamente en los términos exactos e inexplicados, tales como se encuentran en el texto.” Él trabajó para probar la doctrina de la Trinidad porque creía en la autenticidad de este pasaje, ya que no se tenía en ese momento la información positiva de los antiguos MSS. de la Biblia de descubrimiento más reciente. Por ejemplo, en la época de la preparación de nuestra Versión Común (inglesa —*Trad.*) del rey Jacobo en 1611 d. J.C., los traductores sólo disponían de ocho MSS. griegos y no tenían ninguno anterior al siglo décimo. Ahora existen* cerca de setecientos, entre ellos algunos, especialmente el MS. del Sinaí y el del Vaticano N° 1209, muy antiguos, que se remontan al año 350 d. J.C., aproximadamente.

LO QUE ENSEÑAN LAS ESCRITURAS RESPECTO AL PADRE, AL HIJO Y A SU UNIDAD

Debe distinguirse claramente entre una confesión de fe en una Trinidad y una confesión de fe en la unidad del Padre celestial, Jehová, del Hijo celestial, nuestro Señor Jesucristo, y del Espíritu Santo. La doctrina de la Trinidad sostiene que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo “son uno en persona, iguales en gloria y en poder”, tal y como lo encontramos en los credos de las Iglesias. La Biblia, mostrando la *Unidad* absoluta entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo en el transcurso de las diversas etapas del gran plan de salvación, se opone categóricamente en cambio a la idea que el Padre y el Hijo son uno en persona y niega que ellos sean iguales en majestad y en poder; mostramos, en efecto, anteriormente, que es el Padre quien glorificó al Hijo, le elevó soberanamente y le dio un nombre por encima de otro nombre, a excepción, no obstante,

* Escrito en 1899. —*Trad.*

del suyo, haciéndole su agente y representante para ejercer “todo poder en el cielo y sobre la tierra.” Todos los diversos pasajes de las Escrituras concuerdan que es el Padre quien *envió al Hijo* al mundo; y que el Hijo, con el gozo puesto ante él por el Padre, sufrió la cruz y despreció la vergüenza; que él era el primer y único Hijo del Padre celestial; y que al terminar el trabajo que el Padre le mandó, le devolverá el Reino de la tierra, al fin de la Edad Milenaria; todos estos pasajes muestran, además, como ya llamamos la atención, que el Hijo reconoce plenamente y con alegría que “vino del Padre” y que “no vino para hacer su propia voluntad”, sino la del Padre; que el poder que usaba no era suyo, sino el del Padre; también su declaración: “El Padre es mayor que Yo” y la declaración de profecía indican que él es el Mensajero o servidor del Pacto, y no el autor del Pacto; junto con las declaraciones repetidas del Nuevo Testamento que él es el Mediador del Nuevo Pacto, el único Mediador *entre* Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús que se dio a sí mismo en rescate por todos. Todos estos pasajes de la Escrituras enseñan de forma lógica y armoniosa que existe una distinción de personas, de gloria y de poder entre el Padre celestial y el Hijo celestial; y una más profunda y absoluta unidad de plan, voluntad y propósito; pues el Hijo era *digno* de ser el ejecutor del grandioso plan de Jehová, porque no tenía ninguna voluntad propia, porque había renunciado a ella con el fin de poder llenarse con el espíritu del Padre y hacer la voluntad del Padre en toda cosa. —Juan 6:38,39

Además, las mismas palabras “Padre” e “Hijo” implican diferencia y contradicen las ideas de la Trinidad y de la unidad de personas, ya que la palabra “Padre” significa *dador de vida* mientras que la palabra “Hijo” designa a alguien que *ha recibido la vida* de otro. El Padre celestial no recibió la vida de nadie; él es la fuente de la vida, no sólo de la de nuestro Señor, *su Hijo unigénito*, sino, a través de él, de la del resto de las criaturas. Lo cual está completamente de acuerdo con el pasaje de la Escritura que encabeza este capítulo en el que el Apóstol niega claramente que el Padre y el Hijo sean un solo y único ser e iguales en poder: “Para nosotros, sin embargo, sólo hay un Dios, el Padre, *del cual*

proceden todas las cosas... y un Señor, Jesucristo *por medio del* cual son todas las cosas.” —1 Cor. 8:6

El lector reflexivo discernirá inmediatamente la armonía y la sencillez bíblicas de la visión aquí presentada, pues todos admitirán que la doctrina de la Trinidad no es susceptible de ninguna comprensión o explicación razonable. Sus defensores más ardientes lo afirman y en lugar de hacer lo posible por explicarla, evitan el debate alegando que es “un gran misterio” insondable. Por extraño que parezca esta doctrina de tres Dioses en un solo Dios no sólo no tiene base bíblica alguna, sino que es condenada por la Biblia desde el Génesis hasta el Apocalipsis, tanto directa como indirectamente, y tan opuesta a la razón como insensata; y, sin embargo, está fuertemente arraigada entre los cristianos, incluso entre los protestantes, que afirman seguir la Biblia y protestan contra toda enseñanza que no se encuentra en ella. ¿Por qué? Es uno de los *misterios más tenebrosos* de los que se ha servido Satanás por medio del Papado para oscurecer la Palabra, el carácter y el plan de Dios. Como está escrito: “El dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios.” (2 Cor. 4:4) Satanás ha puesto en el mundo la ceguera más absoluta y velos doctrinales, oscureciendo el consejo y falsificando los misterios para impedir a los que encontraron al Señor alcanzar un *conocimiento claro de la verdad*.

¿Cómo podría tener interés Satanás en agregar brillo a la gloria de nuestro Señor Jesucristo? ¿No procuraría más bien rebajarlo? La política de Satanás siempre ha sido desnaturalizar la verdad, presentar la Biblia bajo una luz falsa y dejar ver lo irrazonable y lo contradictorio de sus enseñanzas con el fin de impedir a la humanidad ver la gran belleza, el carácter razonable y la armonía existentes en el plan divino y en la Palabra de Dios. Cuanto más pueda hacer penetrar absurdos en las concepciones humanas relativas al Creador más conseguirá alejar del servicio de Dios a los que son de espíritu razonable y lógico; y cuanto más consiga hacer irrazonables los credos de los hombres más destruirá,

en la misma proporción, la fe entre los que defienden estos credos y más favorecerá la credulidad simple en lugar de la auténtica.

Así, ha estado trabajando el gran Adversario durante siglos con éxito para eliminar de la Iglesia a la gente más razonablemente dispuesta y reunir en ella a los más crédulos, más supersticiosos e irracionales; y ha cubierto y escondido algunas de las verdades más preciosas bajo los errores más engañosos y repulsivos, impidiendo al pueblo de Dios un progreso rápido. Pero, gracias a Dios, hoy vivimos en una época en la que está difuminándose el velo de la ignorancia y donde los hijos de Dios desvían sus ojos de los credos formados durante la Edad Media para esclavizarlos y se dirigen directamente a la Palabra de Dios. Pero, por desgracia, llega demasiado tarde para muchos, sobre todo para los sabios de este mundo: ellos ya han asociado tanto los credos con la Biblia que al rechazar los primeros, rechazan también esta última y, en lugar de buscar la luz de la Palabra de Dios, son más propensos a ignorarla o rechazarla para apoyarse en sus propias concepciones o en filosofías humanas; de ahí que la alta crítica (o crítica histórica. —*Trad.*), la evolución, la ciencia cristiana, la teosofía y otras teorías que rechazan la Biblia hagan hoy un rápido progreso mientras que se derrumban o se abandonan los antiguos credos. Sólo una minoría supo ver que el error no estaba en la Biblia sino en los credos, buscando las “sendas antiguas” y “la fe que ha sido una vez dada a los santos.” —Jer. 6:16; Judas 3

¿Cómo pudo extenderse la doctrina de la Trinidad entre los cristianos si no era enseñanza de la Iglesia primitiva? ¿No es una de las doctrinas más antiguas de la Iglesia pues se remonta al tercer siglo? Sí, respondemos, la doctrina de la Trinidad *nació* entre los siglos segundo y tercero. Es evidente para cualquiera que sondee las Escrituras sin prejuicio que la doctrina de la Trinidad no se aceptó en ningún sentido y en ningún grado durante el primer siglo, así lo muestran los escritos apostólicos del Nuevo Testamento. La doctrina de la Trinidad surgió de manera natural, en su inicio, a través de la combatividad.

En el primer siglo los apóstoles enseñaron con tesón que Cristo era no el Padre ni Jehová, sino el hijo de Jehová, el Mesías

La Reconciliación

enviado al mundo para bendecirlo, establecer el Reino de Dios y, finalmente, poner orden a la actual condición de pecado y de desorden. Su declaración de ser el Hijo de Dios se encontró con las opuestas: algunos afirmaron que era *un impostor*; otros, que solamente *un hombre bueno*; algunos, que tuvo un nacimiento milagroso, pero nunca *preexistencia*; otros, finalmente, sostuvieron la verdad, a saber: que tuvo preexistencia como Hijo de Dios en un plano espiritual, que llegó a ser Hijo de Dios en el plano humano con el fin de rescatar a la humanidad y que ahora es altamente exaltado hasta el punto de que todos deben honrar “al Hijo como honran al Padre.” Pero, como resulta bien conocido, la disposición para combatir conduce a la exageración y, por tanto, muchos de los que trataron de refutar diversos puntos erróneos relativos a nuestro Señor fueron al otro extremo y afirmaron que él era el Padre, Jehová mismo.

El Diccionario religioso del cual el Rev. Dr. Lyman Abbott, trinitario declarado, fue uno de los compiladores y editores dice en la página 944:

“No fue sino al principio del siglo cuarto que el punto de vista trinitario comenzó a *elaborarse* y formularse como doctrina y se hizo *un esfuerzo en armonizarla con la creencia de la Iglesia en un Dios único...* En el intento de solucionar este problema surgió la doctrina de la Trinidad... La Trinidad es un aspecto característico muy marcado en el hinduismo y se la encuentra en las mitologías persa, egipcia, romana, japonesa, india y en la griega más antigua.”

La idea de más de una divinidad era común en la antigüedad, a excepción de en la nación de Israel. Como todo el mundo sabe la mitología griega está llena de divinidades, muchas de las cuales prácticamente tienen el mismo poder; y a éstos parecía ridículo el concepto judío de un solo Dios e implicaba una escasez de dioses. Parece, pues, que el concepto trinitario se aceptaría rápidamente entre los conversos gentiles: era un compromiso entre la concepción general del mundo, el politeísmo (la creencia en varios dioses), y el monoteísmo (la doctrina de un solo Dios) de Israel. La idea de declarar que hay *tres* Dioses y afirmar al mismo tiempo que hay *un* solo y único Dios sin duda alguna se consideró como

una acción magistral por los teólogos de entonces; esto permitía armonizar el punto de vista de los numerosos conversos judíos con los sentimientos generales de los gentiles que, tal y como se deseaba, debían satisfacerse e introducirse en la Iglesia; de manera semejante la “Mariolatría” (culto de la virgen María) se introdujo para conciliar, satisfacer y adaptar la superstición que, desde hace tiempo, estaba de moda entre los paganos con respecto a Isis, a Diana y a otras diosas que tenían millones de adoradores. Debemos recordar que en la época en la que se introdujeron estas doctrinas los guías de la Iglesia habían abandonado su esperanza en la segunda venida del Señor para establecer su Reino, y habían adquirido una nueva: a saber, la de convertir el mundo *haciendo* así a la Iglesia terrenal una jerarquía, o Reino de Dios, en el que un representante, o papa, reinaría en el lugar de Cristo como su *vicario**.

La aceptación general de la doctrina de la Trinidad y la tenacidad con la cual se sostiene proviene del temor supersticioso inculcado por el clero romano, y más tarde por el protestante, bajo la amenaza implícita de que negarla sería tomar directamente el camino a la tortura eterna. Al mismo tiempo se admite que tal doctrina es *incomprensible*, y que, por consiguiente, nadie realmente cree en ella porque nadie puede creer en sentido estricto algo *incomprensible*. Y diversas doctrinas y prácticas no sólo del protestantismo, sino también del catolicismo, niegan la doctrina de la Trinidad; por ejemplo: todos los protestantes oran al Padre, “*en el nombre de Jesús*”, “*por el amor de Jesús*”, etc. reconociendo así que son dos personas separadas y no una sola. Los católicos romanos admiten, de manera semejante, la distinción de persona: oran a los santos para que intercedan por ellos a María, a ella para que interceda por ellos a Jesús, y a éste para que interceda por ellos al Padre.

Esta falsa doctrina, que los protestantes recibieron del papado en la Alta Edad Media, está tan arraigada y todavía se sostiene tan firmemente que la creencia en esta doctrina *incomprensible*,

* Véase *Estudios de las Escrituras*, Tomo II, cap. 9 y Tomo III, cap. 4.

La Reconciliación

irrazonable y antibíblica constituye el criterio de ortodoxia. Quien la rechaza es considerado hereje no sólo por la Iglesia de Roma, sino también por la más alta autoridad protestante: la Alianza Evangélica. La verdad es poderosa y prevalecerá en última instancia: no obstante, entretanto, las condiciones que Dios ha permitido son pruebas de carácter y de fidelidad a Dios y a su Palabra entre los que declaran ser sus hijos y enseñados por él. Por tanto pertenece a todo investigador de la verdad actuar honestamente consigo mismo y con la Palabra del Padre celestial, el único capaz de hacernos sabios para la salvación. Recordemos que la verdad sola santifica y que el error, por el contrario, siempre tiende al mal.

DIOS EL PADRE Y DIOS EL HIJO

Éste puede ser el momento propicio de presentar y examinar algunos textos de las Escrituras que se supone apoyan la doctrina de la Trinidad, aunque no la formulan.

(1) Se afirma que Jesús habla como Dios y que sólo hay un Dios; en consecuencia Dios el Padre y Dios el Hijo son dos nombres para designar a la misma persona. Examinemos esta cuestión a la luz de la Palabra, sin dar nada por descontado, sino yendo paso a paso en nuestra demostración. Trabajamos con la desventaja de que casi todos los traductores del Antiguo Testamento no han sido *exactos* ni *uniformes* al traducir los diversos apelativos de la divinidad*. Por ejemplo:

* Parece que los Trinitarios que tradujeron la Versión Común (inglesa —*Trad.*) temieron representar por todas partes el nombre de Jehová como un nombre propio, para evitar que la gente se diera cuenta de lo que la teología niega, a saber: que el título Jehová pertenece sólo al grande “YO SOY”, el Padre. También, la traducción inglesa de Leeser, hecho para los judíos, oculta la palabra, tal vez por temor a que ciertos judíos tropiecen por algunos de los raros usos de la palabra examinada anteriormente.

El judío prefiere y emplea la palabra Señor, esperando probablemente que sus correligionarios judíos reconocieran que la palabra Señor se aplica sólo a Jehová, que experimentarían de este hecho algún resentimiento hacia los que hablan

DENOMINACIONES DE LA DIVINIDAD EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

(1) El nombre “Jehová” se vierte convenientemente sólo cuatro veces, donde parece imposible hacerlo de otro modo (Ex. 6:3; Sal. 83:18; Isa. 12:2; 26:4); por *God (Dios)* doscientas noventa y ocho veces, y por Lord (*Señor —Trad.*) más de cinco mil veces.

(2) El título *Adonai*, generalmente bien traducido por Lord (*Señor —Trad.*) lo es una vez por *God (Dios)*.

(3) El título *Adon* es traducido por *Sir, Master, Lord (Maestro, Señor)*.

(4) La palabra *elohim* con sus modificaciones *eloah, elah* y *el* se encuentra más de dos mil quinientas veces. La mayoría se refieren a Jehová, pero en muchos casos, con una exactitud evidente, se aplica a otros, determinando el contexto de *quién* se trata. Con ejemplos sacados de las Escrituras quedará claro y se probará que *elohim* significa *poderoso*. Se aplica apropiadamente a Jehová, porque es *Todopoderoso*; a todos los ángeles, porque son *poderosos*, y porque en los momentos en que alguno visitó a algún hombre, según el Antiguo Testamento, eran especialmente *poderosos* pues representaban a Jehová, el Todopoderoso. Grandes hombres, personajes influyentes también fueron llamados *elohim, poderosos*. El término *elohim** se emplea en singular o en plural, según las exigencias del texto.

de Jesús como “nuestro Señor y salvador Jesucristo”, expresión consideran blasfemia.

Los traductores trinitarios prefirieron probablemente emplear la palabra Señor en lugar de Jehová con el fin de que los cristianos, acostumbrados a servirse de la palabra Señor como título de nuestro Salvador Jesús, puedan, leyendo el Antiguo Testamento, creer que es generalmente de él y no del Padre, Jehová, quien está bajo cuestión.

Las versiones Crampon y la edición Liénart (cat. rom.) conservan “Yahweh” Dios a partir del capítulo 2 de Génesis. Véase la nota interesante del Abad Crampon sobre Gén. 2:4. Léase (en inglés) el capítulo IV, pp. 22-29 (“El nombre incommunicable”) de *The Emphasized Bible* (versión Rotherham). —*Trad.*

* Referencia Strong N° 430. —*Trad.*

Éstos son hechos, y nuestras citas de la Versión Común de la Biblia los justificarán totalmente; así se demostrarán la pertinencia y coherencia de la Biblia al hablar de nuestro Señor Jesucristo como *Dios* [*elohim*], *Adon* [Maestro, Señor] y *Adonai* [mi Señor] y, sin embargo, nunca como Jehová.

ELOHIM [PODEROSOS] TRADUCIDO POR “ÁNGELES”

Salmos 8:5: “Le has [Jehová”, v. 1] hecho un poco menor que los *ángeles* [*elohim*], y le coronaste de gloria y de honra.”

Tenemos aquí una traducción exacta de *elohim*, pues el Apóstol, inspirado, lo vierte por *aggelos* [pron. *angelos*] al hablar del padecimiento que soportó nuestro Señor: “Lo hiciste un poco menor que los *ángeles*.” —Heb. 2:7,9

ELOHIM [PODEROSOS] TRADUCIDO POR “DIOSES”

Hablando de los dioses falsos de los paganos la palabra *elohim* [poderosos] se emplea ciento noventa y seis veces, y muy a propósito, porque eran *poderosos* y ejercían influencia sobre sus adoradores.

JEHOVÁ EL [TODOPODEROSO] ELOHIM COMPARADO CON OTROS “ELOHIM” [PODEROSOS]

Sal. 86:6-8: “Escucha, ¡oh JEHOVÁ!, mi oración... ninguno hay como tú entre los dioses [*elohim*, los poderosos].”

Sal. 95:3: “Porque JEHOVÁ es Dios [*el*, poderoso] grande y un Rey grande sobre todos los dioses [*elohim*, poderosos].”

Sal. 50:1: “El Dios de dioses [*el elohim*, el poderoso de los poderosos] JEHOVÁ ha hablado.”

Sal. 29:1: “Tributad a JEHOVÁ, oh hijos de los poderosos [*el*, dioses]. Dad a JEHOVÁ la gloria...”

Gén. 17:1: “Apareció JEHOVÁ y le dijo: Yo soy el Dios [*el*] Todopoderoso.”

Éxodo 15:11: “¿Quién como tú, oh Jehová, entre los *dioses* [*el*, los poderosos]?”

Gen 14:22: “He alzado mi mano a JEHOVÁ, Dios altísimo [*el*].”

Sal. 96:4: “Porque grande es JEHOVÁ, y digno de suprema alabanza; temible sobre todos los dioses [*elohim* los poderosos].”

Estos casos bastan como ejemplos; pueden encontrarlos quienes lo desean.

ELOHIM APLICADO A HOMBRES

En las ciento noventa y seis traducciones anteriores de *elohim* por *dioses* la mitad probablemente corresponde a hombres, *poderosos*: reyes, príncipes, nobles, etc; pero ahora señalaremos algunos casos donde *elohim* se aplica al pueblo del Señor.

Gén. 23:6: A Abrahán se le llama *elohim*, *poderoso* en la Versión Común inglesa [*príncipe* en Reina Valera —*Trad.*]: “Eres un *príncipe* [*elohim*] de Dios entre nosotros.”

Ex. 7:1: Moisés es llamado *dios* [*elohim*]: “Yo te he constituido *dios* [*elohim*] para Faraón.”

Ex. 21:6: A los jueces de Israel [*gobernadores*, *poderosos*] de Israel se les llamó *elohim*: “Su amo lo llamará ante los *jueces* [*elohim*].”

Ex. 22:8,10: “Si el ladrón no fuere hallado, entonces el dueño de la casa será presentado a los *jueces* [*elohim*]... la causa de ambos vendrá delante de los *jueces* [*elohim*]; y al que los *jueces* [*elohim*] condenaren pagará el doble a su prójimo.”

Ex. 22:28: “No injuriarás a los *jueces* [*elohim*].” Observe la confirmación de esta traducción por el apóstol Pablo en Hechos 23:5.

LOS SANTOS LLAMADOS ELOHIM

Sal. 82:6,7: “Yo dije: vosotros sois *dioses* [*elohim*, *poderosos*], y todos vosotros hijos del Altísimo; pero como hombres moriréis, y como cualquiera de los príncipes [*jefes*]

La Reconciliación

caeréis.” Todos los santos deben morir, pero como Cristo Jesús su “Cabeza”, en sacrificio, no como Adán por su propio pecado.

Este pasaje fue citado por nuestro Señor Jesús y aplicado a quienes recibieron la Palabra de Dios de sus labios, los que tienen oídos para “oír”, y se aplica todavía a la misma clase*. “Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él.” —Juan 10:34,35; 1 Juan 3:2; 2 Ped. 1:4

ELOHIM, TRADUCIDO POR “GRANDE”, “FUERTE”, ETC.

A veces se traduce por *fuerte*, *poder*, *grande* etc. cuando se trata de cosas inanimadas, como: “*gran [elohim] consternación*” (1 Sam. 14:15); “Con luchas [*elohim*] de Dios he contenido” (Gén. 30:8); “*altas [el poderosas] montañas*” (Sal. 36:6); “los fuertes [*el*] de los fuertes” (Eze. 32:21); “Poder [*el*] hay en mi mano.” (Gén. 31:29)

* Todo el Salmo 82 parece referirse a nuestro Señor Jesús como Libertador y Juez de la cristiandad designado por Dios al tiempo de su *parusía*. Aplicamos a Él las palabras: “Dios [*elohim*, Cristo nombrado por el Padre para juzgar al mundo ahora] está en la reunión de los dioses (*poderosos*) [entre los príncipes financieros, políticos y eclesiásticos]; en medio de los *dioses [elohim, poderosos]* juzga.” Se le representa primero como reprobando a estos príncipes y reclamando equidad, pero “no saben, no entienden, andan en tinieblas [porque será el resultado de su política]; tiemblan todos los cimientos de la tierra [la sociedad]”, tal es su decisión; es inútil intentar remendar las instituciones actuales, hace falta que “sean totalmente disueltas” con el fin de que los nuevos cielos y la nueva tierra —el nuevo mundo social—puedan reemplazarlas. Los vv. 6 y 7 se dirigen a su fiel “rebaño pequeño”. Cuando sean reunidos —al morir y pasen todos los “elegidos” de la Iglesia más allá del velo—entonces Cristo será llamado; “Levántate, oh Dios [*elohim*], juzga la tierra. Porque tú heredarás todas las naciones.” Será para establecer su Reino y emitirá sentencias con el fin de, en el “gran tiempo de angustia, como nunca fue desde que hubo nación”, humillar a los orgullosos, exaltar a los humildes e inaugurar los “tiempos de la restauración” durante tanto tiempo prometidos por los santos profetas. —Hechos 3:19-23

“DIOS” Y “SEÑOR” EN EL NUEVO TESTAMENTO

En el Nuevo Testamento la cuestión se simplifica por el uso de menos palabras; pero se puede decir que no hay absolutamente nada en los *términos* utilizados que distinguiera al Padre del Hijo al traducirse por Señor y Dios*. La cuestión se deja enteramente a juicio del lector y se indica sólo por la construcción de la oración, excepto donde se utiliza la palabra *Theos* dos veces en la misma frase, que entonces se utiliza el artículo prepositivo griego para dar contraste a *el Dios* con *un Dios*. Encontramos un ejemplo de esto en Juan 1:1: “La Palabra era con (*el*) Dios [*ho theos*] y la Palabra era *un dios* [*theos*].” El estudiante atento y sin prejuicios no tendrá generalmente ninguna dificultad para determinar el pensamiento del Apóstol; el lenguaje es tan explícito en realidad que nos asombra haber estado ciegos durante tanto tiempo.

Dios en el Nuevo Testamento, ya se refiera a nuestro Padre celestial, a su Hijo celestial, nuestro Señor Jesús, o a dioses falsos es invariablemente la traducción de la palabra griega *Theos*. Las excepciones son: *kyrios*, una vez traducida por *Dios*, y debería haberlo sido por Señor o Maestro (Hechos 19:20) y en Hechos 17:18 donde *daimonion* se traduce *dioses*, y debería haberlo sido por demonios.†

El título “Señor” se aplica a Jehová, a Cristo, al hombre o a los ángeles y es generalmente la traducción de la palabra *kyrios* que significa *Maestro* o *Señor*. Hay cinco excepciones donde “Señor” es la traducción de *despotes*‡, que habría sido vertido mejor por *Soberano* o *Autócrata*, que son:

(1) Lucas 2:29: “Ahora, Señor [*despotes*], despides a tu siervo en paz.”

* En Mat. 1:20 (“un ángel del Señor”) Darby, en nota: “Señor, sin artículo en griego, para Jehová (el Señor), aquí y en otra parte.”

† Las versiones francesas traducen correctamente por Señor en Hechos 19:20, e inexactamente por divinidades, en Hechos 17:18, pero véase notas de Darby, Lausanne y Segond. —*Trad.*

‡ Referencia Strong N° 1203. —*Trad.*

La Reconciliación

(2) Hechos 4:24: “Soberano [*despotes*] Señor, tú eres el Dios que hizo el cielo y la tierra... Los príncipes se juntaron en uno Contra el Señor [*kyrios**] y contra su Cristo.”

(3) 2 Ped. 2:1: “aun negarán al Señor [*despotes*] que los rescató.”

(4) Judas 4: “niegan... a nuestro Señor [*despotes*] Jesucristo.”

(5) Apoc. 6:10: “¿Hasta cuándo, Señor [*despotes*], Santo y Verdadero...?” (Mejor traducido por Soberano, en Darby —*Trad.*).

Rhabboni [*maestro*] es traducido una vez por Señor (en inglés: Lord). Marcos 10:51 (Véase Darby y nota de Segond —*Trad.*)[†]

Kyrieuo [*ser Señores*] es traducido una vez por “Señores”. —1 Tim. 6:15 — Segond (Referencia Strong N° 2961 —*Trad.*).

LA DIVINIDAD

Los traductores del Nuevo Testamento fueron extremadamente desafortunados al usar tres veces la palabra “*divinidad*” para traducir tres palabras distintas que no tienen el significado que sugiere a la mente del lector ordinario en inglés; a saber, un Dios con varios cuerpos y una sola cabeza. He aquí los casos:

(1) *Ho Theios* se ha traducido por *Divinidad*[‡] en Hechos 17:29 donde debía de haberse vertido por “*la Deidad*”. “No debemos pensar que *la divinidad* [*ho Theios*§ —*la Deidad*] sea semejante a oro, o plata, o a piedra.” La misma se traduce *divina* en los dos únicos casos más del Nuevo Testamento: 2 Ped. 1:3,4.

(2) *Theiotes*** se traduce por *divinidad* (en inglés: *Godhead*) en Rom. 1:20 donde debería haberse vertido por *Divinidad*[†] o

* *Kyrios*: Referencia Strong N° 2962. —*Trad.*

† Referencia Strong N° 4462. —*Trad.*

‡ *Godhead*: “Estado o cualidad de ser Dios. Dios mismo.” *Divinidad*: Larousse: “Naturaleza, Esencia divina — Dios mismo, por extensión.” *Deidad*: Nouveau Dictionnaire de Sinónimos A. Sardou: “expresa la idea de *naturaleza divina*.”

§ Referencia Strong N° 2304. —*Trad.*

** Referencia Strong N° 2305. —*Trad.*

Deidad† “su eterno poder y deidad [*Theiotes* —Deidad; véase nota de Darby].” Es la única vez en que se encuentra esta palabra en el Nuevo Testamento.

(3) *Theotes** es traducido por deidad (Darby), divinidad (Segond), (en inglés: Godhead) en Col. 2:9: “Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la *Deidad* [*Theotes* —Deidad].” Es el único ejemplo de esta palabra en el Nuevo Testamento.

En el Cristo glorificado que es el Jefe, la Cabeza de la Iglesia, mora toda plenitud de sabiduría, de gracia y de poder, no sólo para dirigir todos los asuntos de la Iglesia, su cuerpo, sino que también como el representante del Padre para hacer todo lo que se debe hacer para perseguir, hasta terminación completa, el gran plan divino sometido a sus cuidados.

“AL SEÑOR TU DIOS ADORARÁS, Y A ÉL SÓLO SERVIRÁS” —Mat. 4:10

Algunos afirman que el hecho de que Jesús recibió adoración sin rechazarla significa que es JEHOVÁ. Las palabras citadas aquí de que cualquier ser que reciba adoración, aparte de Jehová, sería una equivocación. ¡No! Para interpretar así estas palabras hay que darles un significado que no tienen y ponerlas en contradicción con las enseñanzas de otros textos bíblicos. El decreto de Jehová relativo a Cristo: “*Mi hijo eres tú, yo te engendré hoy*”, ya había sido informado por los profetas; lo mismo éste: “*Adórenle* todos los ángeles de Dios.” (Sal. 2:7; 97:7; Heb. 1:5,6) Nuestro Señor Jesús lo sabía. También sabía que se había *adorado* a los mensajeros angelicales de Jehová en el pasado como *representantes de Jehová*; y él mismo era el principal mensajero, el Hijo unigénito, “el Mensajero del Pacto” a quien el Padre había santificado y enviado al mundo: por tanto sabía que cualquiera que le honrara, honraba también al Padre. Sus propias palabras fueron: “El que no honra al Hijo, no honra al Padre que lo envió.” —Juan 5:23; Mal. 3:1

* Referencia Strong N° 2320. —Trad.

La Reconciliación

La palabra traducida por *adorar* (u honrar) en el Nuevo Testamento es *proskuneo** que significa “*besar* la mano”, como el perro lame la mano de su dueño. El significado es el de *reverencia*. En el Antiguo Testamento *adorar* es *shaw-kaw*† y significa *prosternarse* en el sentido de respeto religioso, *reverencia*. Aparece ciento setenta veces y en cerca de la mitad de los casos concierne a la adoración de Dios. Pero el hecho oculto al lector inglés es que se traduce unas setenta y cuatro veces como *doblarse*, *se inclinó*, *reverencia*, *rindió homenaje*, etc. cuando se realiza a los grandes de la tierra. Algunos ejemplos:

Abrahán *se prosternó* [*shaw-kaw*] en tierra y dijo: “Señor (la versión inglés da “Mis Señores” —*Trad.*) [*Adonai*],.. que se traiga un poco de agua, y lavad vuestros pies; y recostaos debajo de un árbol.” Esto se sitúa en el momento en el que él creía que eran sólo “tres hombres.” —Gén. 18:2-4

Lot *se inclinó* [*shaw-kaw*] en tierra ante dos de los mismos hombres. —Gén. 19:1

Abrahán “*se prosternó* [*shaw-kaw*] “delante del pueblo del país de Canaán.” —Gén. 23:7,12

Isaac bendice a Jacob: “Y *se inclinen* [*shaw-kaw*] ante de ti los hijos de tu madre.” —Gén. 27:29

David “*inclinó* su rostro a tierra e hizo *reverencia* [*shaw-kaw*]” ante Saúl. —1 Sam. 24:9 (v. 8 en la versión inglesa —*Trad.*).

Abigail “*postró* [*shaw-kaw*] su rostro a tierra ante de David y sus representantes.” —1 Sam. 25:23,41

La mujer de Thecoa “*postrándose* en tierra” [*shaw-kaw*] ante el rey David. Y Joab y Absalom “*se inclinaron* [*shaw-kaw*].” —2 Sam. 14:4,22,33

“Y Mefiboset *se postró* sobre su rostro e *hizo reverencia* [*shaw-kaw*] ante David.” —2 Sam. 9:6

Estas pruebas dan a entender que la interdicción del primer mandamiento “No les *adorarás* en absoluto [*shaw-kaw*] y no les

* Referencia Strong N° 4352. —*Trad.*

† Referencia Strong N° 7812. —*Trad.*

servirás en absoluto” no señalaba de ninguna manera ni debía interpretarse como refiriéndose a la reverencia o al homenaje debido a personas honorables o a los que ocupaban puestos honrados entre los hombres. Tampoco erraron los judíos al *rendir homenaje* [*shaw-kaw*] a los ángeles que vinieron con mensajes en nombre de Jehová y dándolo a conocer. Tal homenaje nunca fue reprobado. El mandamiento advierte contra la adoración de imágenes o contra la adoración de *dioses ajenos*. Jehová no podía tolerarlo. Por tanto, no había ninguna inconveniencia para cualquier judío que reconociese a Jesús como “Enviado de Dios” en *reverenciarle y rendirle homenaje*; tal actitud es aún mucho más aceptable para todos los que le reconocen con sus *derechos y títulos*, en su cualidad de Hijo de Dios.

En realidad, podemos estar seguros de que los fariseos que tomaron piedras para matar a nuestro Señor porque afirmaba ser el Hijo de Dios, habrían ido más allá de los límites apedreando no sólo a nuestro Señor Jesús, sino también a sus *adoradores* proclamándoles idólatras, si las concepciones del pueblo judío relativas a la adoración y a la veneración (*proskuneo*) hubieran sido semejantes a las de las personas cuyo extremismo acerca del término adorar acabamos de probar como falso.

Habría excepciones a esta libertad en los casos en que el *hombre* al cual se le rinde *respeto religioso o la veneración* sea *representante* reconocido de un dios falso (un pseudo-Cristo) o Anticristo. El homenaje a los papas caería, creemos, bajo la adoración falsa porque en su función reclama falsamente ser el “vicario de Cristo”. Fue por esta razón por la que nuestro Señor Jesús se negó a reconocer a Satanás y su gran poder en el mundo. Se trataba de un *poder activo y malévol*, deliberadamente opuesto a las leyes de Jehová. Es por eso que también la proposición hecha a Jesús de no oponerse al mal, de respetar o de *reverenciar* malas costumbres ya establecidas bajo el régimen de Satanás con el fin de obtener la cooperación de Satanás en el establecimiento de su reino fue rechazada inmediatamente y la respuesta de Jesús significaba: Estoy en pleno acuerdo con Jehová Dios y, como consecuencia, en pleno acuerdo con la declaración: “Al Señor tu

La Reconciliación

Dios adorarás (*reverenciarás*) y a él sólo servirás”; y como eres su adversario declarado no puedo *reverenciarte* a ti ni *reverenciar* tus métodos y servir a tu causa o colaborar contigo. Nuestras causas son completamente diferentes. No tengo nada que ver contigo. —Compárese con Mat. 4:10; Deut. 10:20,21

Si Jesús se hubiera puesto como *rival* de Jehová en lugar de quedar como Hijo y servidor todo homenaje dirigido a él habría sido una falta de respeto hacia el Padre, pecado e idolatría. Al contrario, sin embargo, aceptando la *reverencia* en su cualidad de Hijo de Dios pudo declarar positivamente y en público: “El Padre es mayor que yo”, enseñando a sus discípulos a dirigir sus oraciones al Padre diciéndoles: “Todo cuanto pidieréis al Padre en mi nombre, os lo dará.” —Juan 16:23

“YO Y EL PADRE UNO SOMOS” —Juan 10:30

Este texto se considera prueba de que nuestro Señor Jesús tiene derecho al nombre de Jehová, de que era al tiempo Padre e Hijo o de que no tenía Padre y no era Hijo.

Teniendo ideas vagas y misteriosas concernientes a la “Trinidad” un número sumamente importante de gente, por otra parte inteligente, parece olvidar que *hay* otro tipo de unidad además de la de *personas*. Al contrario, en *los otros* usos de la palabra el pensamiento es el de *armonía*: unidad de plan, de propósito, de voluntad y de mente. La manera en la que una teoría puede cegarnos se refleja muy bien en el hecho de que generalmente se pasan por alto la propia explicación de Jesús y la ilustración de la manera en la cual el Padre y él son UNO. Orando al Padre, dijo:

“No ruego por el mundo, sino por los que me diste; porque tuyos son... No ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, *para que todos sean UNO*; como tú, oh Padre, en mí y yo en ti, que también ellos sean UNO EN NOSOTROS... *para que sean UNO, así como nosotros somos UNO*. Yo en ellos, y tú en mí, para que SEAN PERFECTOS EN UNIDAD.” —Juan 17:9,20-23

Aquí se indica especialmente la unidad de la Iglesia, por la cual el Señor oró, para que tenga la misma unidad que hay entre el Padre y el Hijo. No hay necesidad de aclaración alguna: la unidad de la Iglesia es una *unidad de mente*, no de *personas*. Evidentemente el pensamiento en la mente del Redentor era la unidad de corazón, de propósito y de voluntad entre sus discípulos; y *esta unidad es idéntica a la existente entre el Padre y él mismo*. Esta unidad debía *alcanzarse* por la Iglesia de la misma forma que *se alcanzó* entre el Padre y el Hijo: El Hijo era uno con el Padre porque aceptó totalmente como propia *la voluntad del Padre*: “No se haga mi voluntad, sino la tuya.” Así, cada miembro de la Iglesia para estar en armonía perfecta con el Padre y con el Hijo no debe hacer su propia voluntad, sino dejar de lado la suya propia y aceptar *la de Cristo*, que es *la del Padre*. Así, y sólo así, la Iglesia alcanzará la *unidad* por la cual oró nuestro Señor y a la que hace alusión al hablar de la misma clase de *unidad* que la existente entre el Padre y él mismo. ¡Qué extraño es abusar y pervertir estas palabras de nuestro Señor para apoyar la doctrina irrazonable y antibíblica de la Trinidad, tres Dioses en *un único ser*! ¡Qué bella y razonable es, sin embargo, la *unidad* del espíritu del Padre y del Hijo y de la Iglesia, según la Biblia!

“EL QUE ME HA VISTO A MÍ, HA VISTO AL PADRE”

Después de declarar ser el Camino, la Verdad y la Vida y añadir que nadie podía ir al Padre sino por él y que quien le conociera, conocería también al Padre, Felipe dijo: “Señor, muéstranos al Padre, y nos basta.” A lo que Jesús respondió: “¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me has conocido, Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre; ¿cómo, pues, dices tú: Muéstranos al Padre?... Las palabras que yo os hablo, no las hablo por mi propia cuenta, sino que el Padre que mora en mí hace las obras.” —Juan 14:7-10

Se nos pide aceptar estas palabras de Jesús como prueba de que es Jehová (y no el Hijo de Jehová) y que, como tal, puede aplicársele convenientemente el nombre de Jehová. Pero debería

observarse que todo el contexto establece tal distinción entre el Padre y el Hijo de la que ninguna persona razonable querría servirse para sacar las conclusiones que los Trinitarios procuran. La cuestión es, pues: ¿Qué quería darnos a entender Jesús con: “El que me ha visto a mí, ha visto al Padre”? Quería darnos a entender que es imposible al hombre (ser carnal, terrestre) ver a Dios (ser espiritual). Así pudo dar el apóstol Juan este testimonio: “A Dios nadie le vio jamás: el Dios unigénito, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer.” (Juan 1:18, versión *Rotherham*). Él quería que comprendieran lo que el Señor declaró a Moisés: “No puede ver mi rostro y vivir” y, en consecuencia, si el Padre deseara mostrarse a la humanidad sólo podría ser abriendo milagrosamente los ojos del hombre para que discerniera la gloria espiritual (exponiendo así al hombre a la muerte) o *manifestándose en un cuerpo de carne**, de modo que pueda discernir algo de su carácter por el contacto y las relaciones humanas.

¿Y no es exactamente lo que Dios hizo? La mente de Dios, la voluntad de Dios, *fue plenamente representada* en su Hijo unigénito, Jesús, que se hizo carne y habitó entre los hombres. Era, por tanto, la mejor, la más cercana y la más positiva representación de Dios que era o que sería *posible jamás dar a la humanidad*. Viendo y conociendo a Jesús íntimamente Felipe y los demás apóstoles conocían al Padre en el sentido más absoluto posible para los hombres. Le conocían en el sentido más absoluto posible para el Padre de *revelarse* a la humanidad. No había, nunca habría, nunca podría haber una manifestación más clara, más absoluta y más completa de Dios al hombre que la persona de Jesucristo; porque “se hizo carne”, fue “Dios manifestado [griego:† *hecho evidente*] en carne” (1 Tim. 3:16) y también declara hablando de la Iglesia que los miembros fieles de Cristo: “estamos entregados a la muerte... para que también la vida de Jesús se manifieste [griego:† *hecho evidente*] EN NUESTRA CARNE MORTAL.” —2 Cor. 4:11

* “By God’s manifesting himself in a body of flesh.” —*Trad.*

† Referencia Strong N° 5319. —*Trad.*

El hombre perfecto es la *perfecta imagen* del Dios invisible y de este hecho el mejor concepto o ilustración que podría presentarse. Así, durante el Milenio, los beneméritos de la antigüedad *perfeccionados* serán los mejores representantes entre los hombres del Padre celestial, del Hijo celestial y de la Esposa celestial de Cristo. Quien los vea, verá a Dios manifestado en carne, *semejanza* de Dios en la carne. Todos los que quieran de la creación gimiente tendrán el privilegio de alcanzar esta condición sublime bajo la dirección del Sumo Sacerdote y de “sus hermanos”, los sacerdotes subalternos, que, ministrando a través de los antiguos dignos que, como representantes carnales del Reino, serán “príncipes” en la tierra. —Sal. 45:16

**BIENAVENTURADO Y SOLO SOBERANO, REY DE
REYES Y SEÑOR DE SEÑORES EL ÚNICO QUE TIENE
INMORTALIDAD
—1 Tim. 6:15,16—**

Muchos consideran que este pasaje significa que a su aparición, a su segunda venida, Jesús expondrá o hará conocer al mundo la grandeza del Padre celestial. Pero aunque esta opinión tiene algunos aspectos razonables nos inclinamos, en conjunto, a aplicar este pasaje a la gloria y al honor de Cristo, desde el comienzo de la Edad Milenaria. En realidad será el agente por el cual todos acepten su forma de reconocer a Jehová Dios también, pero esto no será en su aparición, sino al fin de su reino, cuando “vuelva a poner el Reino de Dios en las manos del Padre.” —1 Cor. 15:24-28

Aplicar este pasaje al Padre equivaldría negar que nuestro Señor posee la inmortalidad, mientras que las Escrituras enseñan explícitamente que él y todos los que forman parte de la Primera resurrección obtendrán por ella la inmortalidad y, así, el Padre, que sí tiene *vida inherente* (la existencia en sí mismo, la inmortalidad) *daría* al Hijo la *vida inherente* (la existencia en sí mismo, la inmortalidad). —1 Cor. 15:42-44,53,54; Juan 5:26

Aplicar este pasaje al Hijo parece ajustar cada condición perfectamente sin ignorar al Padre, Jehová, en ningún sentido ni probar que nuestro Señor Jesús es el Padre, Jehová, pues debemos recordar en todos los casos la regla invariable del Apóstol, a saber: en las comparaciones, los honores, etc. mencionados respecto al Hijo, *siempre se exceptúa* al Padre como indeciblemente por encima de toda comparación. Sus palabras son: “Claramente *se exceptúa* aquel [el Padre]”, y no debe considerarse estar bajo o sujeto a nuestro Señor Jesús y los varios poderes que le fueron conferidos por el Padre. Pues cuando el Hijo haya sojuzgado el pecado en el mundo, “entonces también el Hijo mismo se sujetará al [al Padre] que le sujetó a él [al Hijo] todas las cosas.” —1 Cor. 15:27,28

Otra declaración muy similar de la gloria del Reino dado por el Padre a nuestro Señor Jesús es que “es la cabeza de todo principado y autoridad.” (Col. 2:10) La respuesta es idéntica: el gobierno y la autoridad del Padre nunca *se contrastan* con los del Hijo, porque este último está de acuerdo (en *unidad* —Trad.) con el primero y es su representante.

“NO TUVO POR RAPIÑA SER IGUAL A DIOS” (Reina Valera 1865)

En Filipenses 2:6 la versión común inglesa (y casi todas nuestras versiones castellanas —Trad.) se registra la asombrosa declaración del apóstol Pablo de que Cristo “siendo en forma de Dios, no tuvo por rapiña ser igual a Dios.” Observemos en primer lugar que este pasaje no enseña la doctrina de la Trinidad ni que nuestro Señor *es* el Padre, Jehová; de ser así: ¿dónde estaría el lugar para planificar una *rapiña* (un robo —Trad.) o considerar una *igualdad*? Las palabras “rapiña” e “igualdad” indican positivamente que el Padre y el Hijo no son *un sólo ser*, sino dos. ¡Qué extraño que las palabras del Apóstol puedan parecer tan diferentes a las de nuestro Señor al respecto, que declara: “El Padre es mayor que yo” y “no puedo hacer nada por mí mismo!” ¿Perdió

Jesús su humildad para concluir al final que era *igual* a Dios, el Padre?

En segundo lugar observamos qué contradictoria es tal idea con la lección que el Apóstol procuraba inculcar. ¿Buscaba el Apóstol que la Iglesia aspirara y se apoderara de la honra del Padre o de cada uno? ¡Seguramente no! Al contrario, él insta contra la vanagloria y recalca la humildad de espíritu por la cual cada uno debería estimar a los demás como *mejores que uno mismo* y asegura a sus lectores que esta humildad de espíritu era la disposición de nuestro Señor Jesús: “Haya en vosotros los mismos sentimientos que hubo también en Cristo Jesús.” (RV1865) Si la disposición de Cristo Jesús hubiera sido apoderarse de la gloria y de la honra del Padre, creyendo que hacerlo no era una usurpación, entonces la misma disposición en la Iglesia del Señor significaría que cada uno de nosotros deberíamos esforzarnos por acaparar toda la gloria y toda la honra posible; por lo tanto, cada uno debería considerarlo como una operación conveniente y tendríamos así el mismo espíritu o la misma disposición que manifestó Cristo.

Pero es totalmente falso y la traducción tiene la culpa: es defectuosa y dice lo contrario del pensamiento del Apóstol. La palabra griega *harpagmos*^{*}, traducida aquí “rapiña”, aparece sólo una vez en el Nuevo Testamento y encierra la idea de robo, de adquisición ilegal, pero el pensamiento del Apóstol está vertido en sentido contrario por la mala construcción de la frase. Casi podría traducirse con las mismas palabras, pero con el significado opuesto, de la manera siguiente: “No procuró, por una usurpación, ser igual a Dios”. La conducta de nuestro Señor Jesús está en contraste con la de Satanás, que sí intentó usurpar la posición y la honra de Dios. (Isa. 14:12-14) Esto se demuestra claramente por el contexto anterior y posterior, que nada sea hecho por vanagloria: Cristo era de un espíritu muy *humilde* y nosotros también debemos tener el mismo espíritu y seguir así las pisadas de Cristo. Notemos las traducciones siguientes de *harpagmos* preferidas por eruditos

* Referencia Strong N° 725. —Trad.

La Reconciliación

eminentes de diversas confesiones religiosas (de lengua inglesa —*Trad.*):

“No pensó que esto debía ser deseado seriamente.” —*Clarke*.

“No pensó en retener ávidamente.” —*Wakefield*.

“No consideró como el objeto de un deseo ardiente.” —*Stewart*.

“Que, subsistiendo en forma de Dios, *no estimó una cosa a arrebatarse* de ser igual a Dios.” —*Rotherham*.

“Que, siendo [en margen: *originalmente*] en forma de Dios, no consideró como ventaja [en margen: *una cosa que coger*] ser en igualdad con Dios.” —*Versión Revisada*

“Que, existiendo en la forma de Dios, no estimó la posición de igualdad con Dios como una cosa de coger.” —*Comité de la Versión Revisada Americana*.

“No pensó... una cosa que coger.” —*Sharpe*.

“No cogió con pasión.” —*Neeland*.

“No hizo esfuerzos violentos.” —*Dickenson*.

[Versiones francesas: Darby: “...no vio como un objeto de arrebatarse (en nota: o rapiña) ser igual a Dios.” Nuevo Testamento de Goguel y Monnier, Payot, París, 1929* “...no consideró la igualdad con Dios como una presa de coger.”].

“No meditó una usurpación.” —*Turnbull*.

* Damos aquí la interesante nota de estos traductores: “¿Es la igualdad con Dios el botín del cual Cristo habría podido apoderarse o el botín que habría podido guardar? Él era originariamente un ser divino [*theos*, un poderoso “en forma de Dios: una forma espiritual, una condición elevada y gloriosa.” —*La Biblia Comentada*. Véase la discusión precedente sobre la “divinidad”. —*Trad.*] pero con respecto a la igualdad con Dios, estaba bien lejos. Por lo tanto, es preferible admitir la interpretación siguiente: Cristo habría podido tener la ambición de hacerse igual de Dios. No quiso. No cedió, siendo el segundo Adán, a la tentación a la cual el primer Adán había cedido. No imitó a Satanás, el arcángel (querubín —*Trad.*) caído, precipitado del cielo, por haber querido usurpar la realeza divina. Esta interpretación está en armonía con el contexto, donde Pablo combate esta vanagloria que es propiamente la manía de engalanarse de títulos. Y este sentido de la palabra vanagloria se concilia mejor con la idea de una usurpación.

La versión francesa de Darby y la de Goguel y Monnier son las únicas versiones francesas correctas. Todas las otras a nuestro entender son trinitarias, tanto católicas como protestantes. —*Trad.*

Esta última definición parece mejor en conformidad con el contexto y es la preferida y dada en el *Diaglotón Enfático* que vierte así todo el pasaje: “Quien aun siendo en forma de Dios, sin embargo, no meditó una usurpación de ser semejante a Dios, sino se despojó a sí mismo tomando forma de esclavo.”

Esta traducción es consecuente no sólo con los hechos, sino también con la argumentación del Apóstol de la cual forma parte. Su razonamiento es: cuando Jesús era un ser espiritual, cuando tenía forma y naturaleza parecidas a las de Dios, no tenía un espíritu de ambición y de deseo de usurpar la autoridad, el poder, la gloria y la honra pertenecientes a Dios, no tenía el espíritu de Satanás que luchó por exaltarse diciendo: “Seré semejante al Altísimo.” Al contrario, aunque ocupaba la posición más alta después del Padre, fue tan humilde que, por obediencia a la voluntad del Padre, él mismo se liberó de la gloria y de la majestad de su condición espiritual, intercambiando esta naturaleza y gloria más altas por una condición inferior, una condición humana (“un poco inferior a los ángeles”). El Apóstol prosigue demostrando que no sólo se manifestó esta humildad, sino que más tarde se mostró una humildad aún mayor en la que nuestro Señor Jesús, como el hombre Cristo Jesús, estuvo sometido a la muerte, hasta la muerte ignominiosa de la cruz. Toda esta humillación de sí mismo, declara el Apóstol, fue consentida por obediencia a la voluntad divina, a la voluntad del Padre. Luego, el Apóstol indica el resultado: “Por lo cual [*a causa de* su demostración de lealtad, humildad, obediencia e incluso la muerte], Dios [el Padre] también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre.” —Heb. 2:7,9; 1 Tim. 2:5,6; Fil. 2:9-11

Visto desde este ángulo, el texto, lejos de ser ayuda o apoyo para la doctrina de la Trinidad, se opone muy fuertemente a ella, armonizándose completamente con toda la Palabra de Dios y santificando el sentido común y la razón.

La Reconciliación

Dejamos este aspecto de nuestra materia con una apreciación más intensa de la longitud, de la anchura, de la altura y de la profundidad de la nobleza de la persona, del carácter y del plan del Padre celestial; apreciamos más que nunca a su Hijo noble, cuyo amor maravilloso, su lealtad y confianza en la sabiduría, la gracia y el poder del Padre han sido recompensados tan regiamente, y nos regocijamos, en realidad, de “honrar al Hijo *como* honramos al Padre”. Después de un examen completo y explícito de la revelación que nos da la Palabra de Dios acordamos completamente con el testimonio inspirado del apóstol Pablo: “Para nosotros, sin embargo, sólo hay un Dios [supremo], el Padre, *del* cual proceden todas las cosas, y nosotros somos *para* él; y un Señor, Jesucristo, *por medio del* cual son todas las cosas, y nosotros *por medio de* él.” —1 Cor. 8:6

“Gracia y paz a vosotros, de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo. Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo, según nos escogió en él... habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos *por medio de* Jesucristo,... para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él.” —Ef. 1:2-17

ESTUDIO III

EL SUMO SACERDOTE DE LA RECONCILIACIÓN EL UNIGÉNITO

“¿QUIÉN ES?”—EL LOGOS, UN DIOS—EL UNIGÉNITO DE JEHOVÁ—EL TESTIMONIO DE LA BIBLIA—“EL QUE ERA RICO”—“ANTES QUE ABRAHAM FUESE, YO SOY”—“EL PRIMERO Y EL ÚLTIMO”—“JEHOVÁ ME POSEÍA EN EL PRINCIPIO”—EL LOGOS SE HIZO CARNE—NO FUE UNA ENCARNACIÓN—ÉL SE HUMILLÓ—“EL QUE ERA RICO Y QUE, POR NOSOTROS, SE HIZO POBRE”—NINGUNA HIPOCRESÍA EN ESTE TESTIMONIO—LA CONDUCTA DE NUESTRO SEÑOR NO FUE ENGAÑOSA—EL SANTO, INOCENTE, SIN MANCHA Y SEPARADO DE LOS PECADORES

“Hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre, el cual se dio a sí mismo en rescate por todos.” —1 Tim. 2:5,6

EN LA MEDIDA en que apreciamos la obra de la Reconciliación (“At-one-ment”) con Dios, y el sacrificio por el pecado por el cual ella se cumple, estimaremos a aquel que el Padre Celestial envió para ser la propiciación por nuestros pecados, nuestro Regenerador y Dador de vida. Así, abordando la pregunta: ¿Quién es esta gran personalidad a quien Jehová Dios honró tan altamente, y quien, por la gracia de Dios, es nuestro Redentor y Salvador? conviene que primero nos demos cuenta de nuestra ignorancia personal del tema y de nuestra incompetencia de llegar a una conclusión si no somos instruidos por la Palabra de Dios. En segundo lugar, es oportuno que al mismo principio de nuestra investigación, nos acordemos del testimonio del Apóstol respecto a la grandeza de este Salvador, y del honor que le pertenece. Él dice: “Lo cual Dios también le ha ensalzado soberanamente” y al cual “le ha dado nombre que es sobre todo nombre; para que en el nombre de Jesús, toda rodilla se doble”. Está escrito también: “Para que todos honren al Hijo de la misma manera que honran al Padre.” —Fil. 2:9; Juan 5:23, *Versión Moderna*

La Reconciliación

Escudriñando con cuidado las Escrituras para notar exactamente lo que dicen, y lo que no dicen, concerniente a nuestro Señor Jesús, encontramos que su testimonio es muy explícito, muy armonioso y muy satisfactorio. Vamos a presentar primero, bajo una forma sinóptica, lo que estimamos ser la enseñanza bíblica, y daremos luego las pruebas poco a poco:

(1) Nuestro Redentor existía como un ser espiritual antes de que se hiciera carne y viviera entre los hombres.

(2) En aquella época, tanto como más tarde, él fue reconocido con razón como “un dios”, un poderoso. Como jefe de los ángeles y ocupando un rango después del Padre él fue conocido como el Arcángel (el ángel o mensajero más elevado) cuyo nombre Miguel significa “quien es como Dios”, o representante de Dios.

(3) Lo mismo que él era el más eminente de toda la creación de Jehová, era también la primera y directa creación de Dios, “el Unigénito”, y más tarde, como representante de Jehová, y en la ejecución del poder de Jehová, y en su nombre, creó todas las cosas: ángeles, principados y potestades, así como la creación terrestre.

(4) Cuando se hizo carne, para ser nuestro Redentor, no fue por coacción, sino deliberadamente, como consecuencia de su acuerdo completo con el Padre y como su consentimiento alegre para cumplir cada detalle de la voluntad divina, la voluntad que había aprendido a respetar y a amar como la misma esencia de la Justicia, de la Sabiduría y del Amor.

(5) Esta humillación en la condición de hombre no debía tener un carácter perpetuo. Ella cumple su intención cuando nuestro Señor se hubiera dado como ser humano por nuestro rescate, o “precio correspondiente.” Él no se resucitó en la carne, sino como el Apóstol lo declara: “Fue puesto a muerte carne y hecho vivo espíritu”. —1 Ped. 3:18 (griego literal —*Diaglotón Enfático* —*Trad.*)

(6) Su resurrección no le dio solamente una naturaleza de un ser espiritual*, sino también le confirió un honor aún más elevado,

* En contraste con “un ser de carne” —*Trad.*

como recompensa del Padre por su fidelidad, le hizo partícipe de la *naturaleza divina* y la más alta de todas las naturalezas espirituales* dotada de la inmortalidad.

(7) Este gran Ser, que ha sido exaltado y honrado tan altamente por Jehová, es al que nos complace a honrar, a adorar y a servir, porque es uno con el Padre Celestial, en palabra, en obra, en intención y en espíritu (disposición—*Trad.*).

TESTIMONIO DE LAS ESCRITURAS CONCERNIENTE AL HIJO DE DIOS

Ahora consideremos las pruebas bíblicas que apoyan estas posiciones. Comenzaremos con el primer capítulo del Evangelio de Juan. Se habla aquí de nuestro Señor en su existencia prehumana como “la Palabra” (en griego: *Logos*)† “En el principio era el *Logos*.” El Dr. Alexander Clarke dice con respecto a esta palabra *Logos*: “Este término no debería ser traducido, no más que traducimos los nombres *Jesús* y *Cristo*. Lo mismo que todos los títulos dados al Salvador del mundo indican ciertas excelencias de su persona, de su naturaleza o de su obra, así el epíteto *Logos* que significa palabra, palabra expresada, discurso, elocuencia, doctrina, razón o la facultad de razonar, se le atribuye muy apropiadamente”. En su epístola, el Evangelista también emplea el mismo título con respecto a nuestro Señor, denominándolo “la Palabra de la vida” o el “*Logos* de la vida.”—1 Juan 1:1

El título “Palabra de Dios” o “*Logos* de Dios” es completamente lo que conviene para describir la obra importante o la carga de nuestro Maestro antes de su llegada al mundo. El *Logos* fue la *expresión* directa de la creación por el Padre Celestial, mientras que todas las expresiones ulteriores de la sabiduría, del poder y de la bondad divinos se manifestaron por medio del *Logos*. Se nos informa que, en los antiguos tiempos, ciertos reyes se dirigían a sus súbditos mediante un mandatario; el rey se mantenía

* Tomo I, cap. X.

† Referencia Strong N° 3056.—*Trad.*

sentado detrás de un velo o un biombo, mientras que su “palabra”, su portavoz, se mantenía de pie delante de la pantalla y repetía en voz alta al pueblo lo que le cuchicheaba el rey invisible. El que hablaba así se llamaba el “*Logos* del Rey”. Que la leyenda sea verdadera o no, ilustra bien el empleo de esta palabra “*Logos*” en la existencia prehumana de nuestro Maestro y Señor y su carga muy grande de representante del Padre, que las Escrituras, en esta ocasión y en otras, definen como su carga.

Notaremos que el Apóstol, escribiendo bajo inspiración, nos dice que “En el principio, el *Logos* era con *el* Dios, y el *Logos* era *un* Dios.” Tal es la traducción literal del griego, como podemos verificarlo rápidamente, sea uno helenista o no. El artículo griego *ho* precede la primera palabra “Dios”, en este versículo, y no precede la segunda palabra “Dios”, indicando así intencionalmente a Dios el Padre y un Dios el Hijo, en un caso donde, en ausencia del artículo, el lector pudiera dejarse en confusión. También, en el segundo versículo, el artículo precede la palabra “Dios”. El pasaje entero se lee así:

“En el principio era la Palabra y la Palabra era cerca del Dios [*ho theos*], y la Palabra era un Dios [*theos*]. Ella estaba en el principio cerca “del” (en español, puesto para de el —*Trad.*) Dios [*ho theos*].” —Juan 1:1,2

¿De qué “*principio*” se trata aquí? Ciertamente no de aquel de la existencia de Jehová, el Dios, el Padre, porque “es desde la eternidad hasta la eternidad”, y nunca tuvo un comienzo. (Sal. 41:13; 90:2, *VM*; 106:48) Pero la obra de Jehová tuvo un comienzo, y es de éste que es cuestión aquí — el comienzo de la creación. Así entendida, la declaración implica que nuestro Señor Jesús, en su existencia prehumana, como el *Logos*, estaba con el Padre desde el mismo principio de la creación. Esto confirma el relato inspirado de que el *Logos* sí mismo era “el principio de la creación de Dios”; tal es precisamente la declaración del Apóstol que nos asegura que nuestro Señor no es solamente “la cabeza del cuerpo que es la iglesia”, y “el primogénito de entre los muertos”, sino también, “el *principio* de toda creación — “*para que en todo tenga la preeminencia.*” Sus palabras son: “El es la imagen del Dios

El Unigénito

invisible, *el primogénito de toda creación*. Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él. Y él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten.” (Col. 1:15-17) También escuche la palabra profética respecto al Unigénito; ella no sólo proclama su futura exaltación como Rey de los reyes de la tierra, sino que le describe ya como el *primogénito* de Jehová, diciendo: “Yo también le pondré por primogénito, el más excelso de los reyes de la tierra.” (Sal. 89:27) Note también que nuestro mismo Señor (haciendo alusión a su propio origen), declara que es “el testigo fiel y verdadero, *el principio de la creación de Dios*.” —Apoc. 3:14

El Evangelista, de acuerdo con este pensamiento de la preeminencia de nuestro Señor, desde el mismo comienzo, como el “primogénito de toda creación” y de acuerdo así con el pensamiento de que era en toda cosa el *Logos* o la Expresión del Padre Celestial, prosigue al versículo siguiente: “Todas las cosas por medio de él fueron hechas, y sin él ni una sola cosa de lo que ha sido hecho fué hecha.” (Juan 1:3, *VM*) ¡Qué alta idea esto nos da de la majestad del Hijo Unigénito de Dios, el *Logos*! Considerando este punto de vista de su grandeza y de su preeminencia originales, tenemos una idea más clara que de cualquier otro punto de vista, de la importancia de las palabras del Apóstol: “Siendo él *rico*, por vuestra causa se hizo pobre, para que vosotros, por medio de su pobreza, llegaseis a ser ricos.” (2 Cor. 8:9) De este punto de vista, podemos ver cuán rico era él en cuanto al honor y a la gloria de que él hace mención en su oración, diciendo: “Ahora pues, Padre, glorifícame tú al lado tuyo, *con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese*.” (Juan 17:5) Aunque todo lo que se relaciona con el plan divino de redención sea maravilloso, y aunque el amor de Dios, Su misericordia y Su simpatía por los hombres caídos que se manifiestan aquí nos llenen de asombro, sin embargo, de este punto de vista, todo es razonable, compatible con el carácter y las declaraciones de Dios.

La Reconciliación

Los que sostienen que nuestro Señor Jesús nunca tuvo una existencia antes de nacer como el niño en Belén, tienen una idea mediocre del plan divino para la salvación del hombre. Ellos omiten de servirse de los numerosos pasajes bíblicos citados más arriba, y otros, relativos a la gloria de nuestro Señor cerca del Padre antes que fuese el mundo, y relativos a su gran disminución, a su humillación que fuera hasta abandonar una naturaleza superior a la de los ángeles, y a aceptar una naturaleza un poco menor que la suya. El punto de vista bíblico nos libera de todas las teorías irrazonables y falsas de los hombres, por las cuales, tratando de honrar al Hijo, fueron más lejos que la Palabra de Dios, y deshonraron la Palabra del Señor y de los Apóstoles que declaran que era el Hijo (o que provenía) de Dios, y que el Padre es más grande que el Hijo. La concepción falsa ha arrastrado sus millones de partidarios en dificultades inextricables en todo sentido:

La verdad sola es razonable:
“Esto es verdad:
“Sólo ella puede satisfacernos.”

Estas exposiciones concernientes a nuestro Señor Jesús, a saber, que él fue el principio de la creación de Dios y que, por consiguiente, tuvo una existencia mucho tiempo antes de venir al mundo como hombre, para ser nuestro Redentor, son plenamente confirmadas por diversos pasajes de las Escrituras entre los cuales aquí está un ejemplo: “Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por él.” (1 Juan 4:9) Estas palabras nos afirman positivamente que él era el Hijo de Dios antes de venir al mundo y que, como Hijo de Dios, él recibió una misión para cumplir en el mundo. Tampoco debe perder de vista que aquí, lo mismo que en muchos otros ejemplos, el *Logos* se llama “el Hijo Unigénito” de Dios. El pensamiento encerrado en esta expresión es que el *Logos* en sí fue la *única* creación directa, el único ser engendrado del Padre Celestial, mientras que todos los demás hijos de Dios (ángeles tanto como hombres), fueron su creación indirecta por medio del *Logos*. De allí, la aplicación conveniente, la veracidad

de la declaración que es el Hijo “Unigénito” (versión inglesa: el único Hijo engendrado de Dios —*Trad.*)*.

Tomemos otro ejemplo: “Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él.” (Juan 3:17) Aquí también, el hecho que fuera enviado al mundo para cumplir allí una misión implica su existencia prehumana. Estas declaraciones, relativas al *Logos*, están en pleno acuerdo con la historia del acontecimiento presentado por Juan que declara: “En el mundo estaba, y *el mundo por él fue hecho*; pero el mundo no le conoció”. También: “Y el *Logos* fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad.” (Juan 1:10,14) Las propias declaraciones de nuestro Señor concernientes a su preexistencia son indiscutibles. Él nunca reconoció a José como su padre, tampoco nunca reconoció su existencia terrestre como el principio de su existencia.

Al contrario, observe que hablaba siempre de Jehová llamándole su Padre. Acuérdesse de sus palabras: “¿Al que el Padre santificó y *envió al mundo*, vosotros decís: Tú blasfemas, porque dije: *Hijo de Dios* soy?” (Juan 10:36) A María, su madre terrestre, él dijo: “¿No sabíais que en los negocios *de mi Padre* me es necesario estar?” (Lucas 2:49) A sus discípulos, él declaró: “He descendido del cielo”, “Yo soy el pan vivo que descendió del cielo.” (Juan 6:38,51) Mucha gente de su tiempo no creyó esto, y muchos todavía no lo creen, pero la verdad de esta enseñanza queda. Algunos de los que escuchaban decían: “¿Cómo puede ser esto?” Algunos de sus discípulos dijeron al oírlo: “Dura es esta palabra; ¿quién la puede oír?”. Jesús mismo, sabiendo que sus discípulos murmuraban acerca de eso, les dijo: “¿Esto os ofende? ¿Pues qué, si viereis al Hijo del Hombre *subir adonde estaba primero*?” “Desde entonces muchos de sus discípulos volvieron

* La expresión Hijo único en las versiones francesas es menos precisa que la del texto griego, cuya lectura palabra por palabra da: “su propio Hijo o el Hijo de sí mismo, el solo o único engendrado.” El acento enfático griego se refiere a las palabras “único hijo engendrado” y se señala por VERSALITAS FLACAS en el texto de la versión *Diaglotón Enfático*. —*Trad.*

La Reconciliación

atrás, y ya no andaban con él”, porque pretendía ser de origen celestial y haber tenido una existencia prehumana. —Juan 6:60-66

Escúchelo de nuevo, cuando delante de los Fariseos, él proclama la misma verdad, diciendo: “Sé de dónde he venido y a dónde voy... Yo soy de arriba... Yo no soy de este mundo... Yo de Dios he salido, y he venido; pues no he venido de mí mismo, sino que él me envió... Mi Padre es el que me glorifica... si dijere que no le conozco, sería mentiroso como vosotros.” Entonces los Judíos le dijeron: “¿Eres tú acaso mayor que nuestro padre Abraham.” Jesús respondió: “Abraham vuestro padre se gozó de que había de ver mi día; y lo vio, y se gozó.” Abrahán vio el día de Cristo con el ojo de la fe, creyendo en la promesa divina relativa al Mesías. Pudiera haber visto su día de sacrificio, tipificado en la ofrenda de Isaac, su hijo unigénito, pero en todo caso, vio venir el día de gloria del Mesías, el Milenio y sus bendiciones para todas las familias de la tierra, por esta Simiente prometida. No es asombroso que esta perspectiva le hiciera feliz. Por el ojo de la fe, él vio la ciudad celestial, la Nueva Jerusalén, la Iglesia glorificada, la clase del Reino, y también la patria celestial — el mundo bendito por este Reino. —Heb. 11:10,16; 12:22; 13:14

“Entonces le dijeron los judíos: Aún no tienes cincuenta años, ¿y has visto a Abraham? [Abraham estaba muerto desde hace dos mil años]. Jesús les dijo: “... De cierto, de cierto os digo: *Antes que Abraham fuese, yo soy.*” —Juan 8:14,23,42-58

No puede haber ninguna confusión sobre el significado de estas palabras. Nuestro Señor afirma que *existía* antes de Abrahán. En ninguna parte tampoco, las Escrituras dan a entender que el Unigénito haya dejado de existir desde “el principio de la creación de Dios”, hasta en el Calvario donde estuvo muerto por tres días; después de que, fue resucitado de entre los muertos para no morir más, la muerte no tenía más poder sobre él. (Rom. 6:9) El episodio de su nacimiento como ser humano, “un poco menor que los ángeles”, con el propósito de sacrificarse para rescatar al hombre caído en el pecado, no ocasionó una muerte a la naturaleza espiritual antes de este nacimiento como hijo humano, sino simplemente una transferencia de su vida de una naturaleza más

elevada de ser espiritual, a la naturaleza inferior, la naturaleza humana. Las palabras de nuestro Señor “antes que Abraham fuese, yo soy” significan que nunca había dejado de existir en el ínterin, e identifican positivamente a Jesús, el Hijo de Dios, en la carne, con el *Logos*, el primogénito de toda creación. Desde luego, el testimonio de Jesús no fue aceptado por muchos de los que lo oyeron, no más que lo fue por muchos después. Parece que haya entre los humanos una tendencia porfiada que rechaza las declaraciones simples y claras de la Palabra del Señor, y de preferir considerar a nuestro Señor, o sea como un miembro pecador de la raza caída, o sea como su propio padre. Sólo los mansos están dispuestos a “recibir con mansedumbre la palabra implantada” que es capaz de hacer uno verdaderamente sabio, y el testimonio de la Palabra de Dios es para éstos solamente. (Isa. 61:1; Stg. 1:21) Lo mismo que los que oyeron al Maestro, rechazaron su testimonio y le lanzaron piedras, así que ciertos hoy en día, que oyen la verdad y la rechazan están dispuestos a lapidar, figurativamente, todos los que aceptan y enseñan las palabras del Maestro en toda su sencillez. Ahora como entonces, la razón es que ellos no conocen ni al Padre, ni al Hijo como deberían conocerles, tales como se revelan.

Las palabras de nuestro Señor son siempre aplicables en este asunto: “Nadie conoce al Hijo, sino el Padre, ni al Padre conoce alguno, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar.” (Mat. 11:27) El mundo no le conoció; no supo nada ni sobre su origen elevado, ni sobre la gran humillación que había sufrido por la humanidad. Cuando nosotros recordamos que un largo período de tiempo probablemente transcurrió entre el comienzo de la creación en la persona de nuestro Señor, y el momento en que fue hecho carne, y cuando, además, recordamos que durante todo este período estaba cerca del Padre, y que “era su delicia de día en día, regocijando siempre delante de él”, no podemos estar sorprendidos que el Hijo conocía al Padre, mientras que sus discípulos y el mundo no le conocieron en absoluto, a medida que aprendemos a conocerle por medio de su Palabra de revelación y del desarrollo de su plan maravilloso de las Edades. De nuevo escuchémoslo

La Reconciliación

declarar: “Padre justo, el mundo no te ha conocido, pero yo te he conocido, y éstos han conocido que tú me enviaste.” —Juan 17:25

La declaración siguiente nos da la clave de este conocimiento maravilloso de las cosas celestiales: “El que es de la tierra, es terrenal, y cosas terrenales habla; el que viene del cielo, es sobre todos. *Y lo que vio y oyó, esto testifica*; y nadie recibe su testimonio.” (Juan 3:31,32) No es asombroso que aun sus adversarios hubieran preguntado: “¿De dónde tiene éste esta sabiduría?” (Mat. 13:54) Fueron su conocimiento de las cosas celestes y su íntima y larga asociación con el Padre que engendraron una fe entera en las promesas del Padre y lo hicieron capaz, él, hombre perfecta, de vencer al mundo, la carne y al diablo, y de presentar un sacrificio agradable por nuestros pecados. Así, estuvo escrito por anticipado por el Profeta: “Por su *conocimiento* justificará mi siervo justo a muchos, y llevará las iniquidades de ellos.” —Isa. 53:11

Actualmente, los que andan por la fe, a la luz de la Palabra divina, pueden conocer o sea al Padre, o sea al Hijo, o apreciar claramente y convenientemente la gran obra de reconciliación que los dos cumplen por la humanidad. Pero, dentro de poco después de que la selección (o la elección —*Trad.*) de la Iglesia se haya acabado, después de que la Esposa, la mujer del Cordero se haya asociado con su Señor en la gloria y que el Reino haya venido, entonces será dado al conocimiento del Señor de llenar toda la tierra; el poder del Padre, que, por el intermediario del *Logos*, creó todas las cosas, será ejercido por él, el Salvador, para restablecer y devolver la perfección a los que, teniendo el privilegio de conocerla, se plegarán a sus exigencias justas; así, finalmente, el poder de nuestro Señor, como el agente de Jehová en la creación, será plenamente igualada e ilustrada por su poder como agente de Jehová, en el restablecimiento y la bendición del mundo; así se cumplirá la predicción del Salmista: “Desde el seno de la aurora tienes tú el rocío [frescura, vigor] de tu juventud.” —Sal. 110:3

Preste oído a las palabras de nuestro Señor a Nicodemo que procuraba conocer algo de las cosas celestes, pero a quien esto fue negado porque todavía no había creído en las cosas terrestres. Explicándole lo que conocía de las cosas celestes, nuestro Señor

El Unigénito

dijo: “Nadie subió al cielo, sino el que descendió del cielo; el Hijo del Hombre, que está en el cielo”*. Nuestro Señor prosigue entonces mostrando a Nicodemo las disposiciones que Dios tomó en cuanto al mundo, con el fin de que los hombres no perezcan en absoluto sino que tengan la vida eterna, diciendo: “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su *Hijo unigénito*, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna.” —Juan 3:13,16

El *Logos*, el principio de la creación de Dios llamado también por Isaías, Admirable, Consejero, Dios Fuerte, etc. (Isa. 9:6), lo encontramos descrito por Salomón y representado bajo el nombre de Sabiduría, y sin embargo con todos los detalles que ponen en armonía el relato y el registro de Juan el Evangelista (Juan 1:1,18): “Jehová me poseía en el principio, ya de antiguo, antes de sus obras. Eternamente tuve el principado, desde el principio, antes de la tierra. Antes de los abismos fui engendrada; antes que fuesen las fuentes de las muchas aguas. Antes que los montes fuesen formados, antes de los collados, ya había sido yo engendrada; no había aún hecho la tierra, ni los campos, ni el principio del polvo del mundo. Cuando formaba los cielos, allí estaba yo; cuando trazaba el círculo sobre la faz del abismo; cuando afirmaba los cielos arriba, cuando afirmaba las fuentes del abismo; cuando ponía al mar su estatuto, para que las aguas no traspasasen su mandamiento; cuando establecía los fundamentos de la tierra, *con él estaba yo ordenándolo todo, y era su delicia de día en día, teniendo solaz delante de él en todo tiempo.*” —Prov. 8:22-30

Notamos aquí que el *Logos* no sólo era el principio de la creación de Dios y el primogénito, sino que también su Hijo Unigénito, y que todas las demás creaciones fueron por él y por su intermediario; encontramos, además, una bella declaración corroborativa en las propias palabras de nuestro Señor: “No temas; yo soy el *primero* y el *último*; y el que vivo, y estuve muerto; mas he aquí que vivo por los siglos de los siglos”, y de nuevo: “El

* Las palabras “que está en el cielo” son apócrifas: no las encontramos en los antiguos MSS.

La Reconciliación

primero y el *postrero*, el que estuvo muerto y vivió, dice esto.” (Apoc. 1:17; 2:8) Si no es en el sentido de ser la “*única*” creación directa de Dios, por quien todas las otras cosas fueron creadas, Jesús no podía ser el primero y el último de la creación de Dios. Cualquier otra concepción sería inexacta, por consiguiente, y en oposición con todas las citas precedentes de las Escrituras.

“Y EL VERBO SE HIZO CARNE, Y HABITÓ ENTRE NOSOTROS” —JUAN 1:14

La palabra *encarnación* expresa ordinariamente la idea que se hace en general de la manifestación de carne de nuestro Señor. Esta idea es, creemos, completamente inexacta, contraria a las Escrituras. Según la teoría de la *Encarnación*, el cuerpo humano de Jesús, que nació de María, era simplemente un *traje*, un *sobre* para el cuerpo espiritual. Según esta concepción, nuestro Señor, durante su vida terrestre, hubiera sido siempre un ser espiritual, exactamente como antes, con la diferencia que se hubiera servido de la carne que había nacido de María, carne que fue conocida como el hombre Jesús, a manera de velo o de medio de comunicación con el género humano, según la manera de los ángeles que aparecieron en otro tiempo bajo una forma humana, a Abrahán, a Manoa, a Lot y a otros. (Gén. 18:1,2; 19:1; Jueces 13:9-11,16) A causa de esta premisa falsa, muchas ideas confusas y no bíblicas han sido emitidas respecto a diversos incidentes de la vida y de la muerte de nuestro Señor. Por ejemplo, esta teoría pretende que el cansancio de nuestro Señor no era real, sino fingido, porque como ser espiritual, no podía conocer ningún cansancio. Si así es, para ser lógico, habría que pretender también que las oraciones de nuestro Señor fueron simuladas, ya que, según esta doctrina, Jesús era el Dios mismo, su oración habría sido dirigida a sí mismo, sus oraciones habrían sido simplemente *pro-forma*, con el fin de hacer una impresión en sus discípulos y en la muchedumbre que les rodeaba. La misma teoría es forzada de suponer que la muerte de nuestro Señor fue sólo una muerte aparente, ya que arguye que Jesús era Dios el Padre, quien, siendo

desde eternidad a eternidad, no puede morir; por consecuencia, la agonía y el grito “Dios mío, Dios mío, ¿Por qué me has desamparado?” habrían sido sólo aparentes y *pro-forma*, con el fin de azotar el espíritu de los testigos que oyeron y vieron. La conclusión lógica en la cual se acaba con esta concepción, es que no habría sido muerte real para los pecados del hombre, sino simplemente un simulacro de muerte, una puesta en escena teatral, una exhibición dramática, una representación cinematográfica, *un engaño* efectuado con buena intención, con el fin de ejercer una buena influencia sobre la simpatía y la sensibilidad de los hombres.

Todo esto es falso, y en oposición violenta a la verdad sobre el tema, tal como la presenta la Palabra de Dios. Las Escrituras no nos dicen que Jesús *se vistió* de un cuerpo de carne a manera de sobre para cubrir un cuerpo espiritual como lo hicieron anteriormente los ángeles, pero que puso a un lado efectivamente, o, como lo expresa el griego, “se despojó de” su naturaleza prehumana, y *tomó realmente nuestra naturaleza*, o, como nuestro texto más arriba lo declara, “el *Logos* fue *hecho carne*”. No hubo allí ni engaño, ni superchería; él no fingió de humillarse conservando realmente su gloria y su poder; no es en apariencia que él se hizo pobre para nosotros, mientras que en realidad había permanecido siempre rico, poseyendo la naturaleza espiritual más elevada; él no se vistió solamente de la vestimenta, la librea de un servidor. No, sino que él se hizo verdaderamente *un hombre*—“Jesucristo hombre, el cual se dio a sí mismo en rescate por todos.”—1 Tim. 2:5

Veremos más lejos, cuando consideremos en detalle el aspecto de su obra concerniente al rescate, que era absolutamente necesario que él se hiciera un hombre—ni más ni menos que un hombre perfecto—porque fue un hombre quien pecó, un hombre que debía ser rescatado, y que la ley divina exigía que la vida de un hombre pagara el precio de redención por la vida de un hombre. “Por cuanto la muerte entró por un *hombre*, también por un *hombre* la resurrección de los muertos.” (1 Cor. 15:21) Pero que nadie no nos interprete mal como si dijéramos que nuestro Redentor se había hecho un hombre tal como nosotros, lleno de

La Reconciliación

imperfecciones y de defectos hereditarios. Todo lo contrario: la misma Palabra de Dios declara que él era “santo, inocente, sin mancha, *apartado de los pecadores.*” —Heb. 7:26,28; Lucas 1:35

Su separación de los pecadores es, para muchos, uno de los puntos difíciles de aceptar. ¿Cómo podía ser un hombre, y sin embargo exento de la mancha hereditaria que afecta a toda la familia humana? Esperamos poder dar a entender exactamente cómo esto era posible y cómo la cosa fue realizada en el plan divino; pero necesitamos primero grabar bien en nuestra mente, la siguiente enseñanza: un hombre imperfecto, un hombre tarado, alguien que, por herencia, participara en la cepa adámica y de quien la vida formaba parte en cierto modo de nuestra vida, *no podía ser nuestro Redentor.* Había bastantes pecadores en el mundo, sin que Dios enviara a su Hijo para que haya uno más. Hubo muchos de estos hombres imperfectos que consintieron a dar su vida para cumplir la voluntad del Padre. Esto es plenamente atestiguado por el relato de Hebreos 11, donde se nos informa claramente que muchos “no consideraron su vida como preciosa” en su fidelidad al Señor. Pero lo que era necesario, no era simplemente *un sacrificio* por los pecados, sino *un sacrificio exento de pecados* que podría así pagar la pena (castigo —*Trad.*) del pecador. Y ya que “todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios”, y que “no hay justo, ni aun uno”, *en consecuencia*, así como las Escrituras de nuevo lo declaran: “Ninguno de ellos podrá en manera alguna redimir al hermano, ni dar a Dios su rescate.” (Rom. 3:10,23; Sal. 49:7) Es porque el Señor observó y vio que ningún hombre era competente para rescatar al mundo que él apeló a alguien que fuera poderoso para salvar — capaz de salvar totalmente a los que vienen al Padre por él. —Sal. 89:19; Isa. 63:1; 59:16; Heb. 7:25

Luego, deseamos, si es posible, comprender claramente cómo nuestro Señor Jesús se identificó con nuestra raza y se hizo un miembro por su madre María, sin heredar de ella en ninguna manera la corrupción o la mancha del pecado, sin caer bajo el azote de la maldición, de la muerte; en efecto, sí, de una manera, o de un grado, había participado en la *vida* de Adán, también habría

El Unigénito

tenido parte en la sentencia de muerte que azotó la vida de Adán, y se habría encontrado así bajo la *sentencia de muerte*; siendo de este hecho, imperfecto, azotado por la sentencia de muerte, no habría tenido ninguno de los *derechos a la vida* para dar por precio del rescate del hombre, no habría podido rescatar a Adán, al padre, y a su raza que estaban bajo el azote de la sentencia de muerte impuesta por la Justicia divina. Nos proponemos examinar esta pregunta en nuestro capítulo siguiente. Esperamos probar allí que nuestro Señor no estuvo contaminado en ningún sentido o grado, por el pecado o la imperfección a causa de su madre.

ESTUDIO IV

EL SUMO SACERDOTE DE LA RECONCILIACIÓN “SIN MANCHA”

ACUERDO ENTRE PASAJES BÍBLICOS EN APARIENCIA CONTRADICTORIOS—LA DOCTRINA CATÓLICA ROMANA DE LA INMACULADA CONCEPCIÓN DE MARÍA ES SIN FUNDAMENTO—EL NACIMIENTO DE JESÚS SEPARADO DE LOS PECADORES ES ESENCIAL PARA EL ARREGLO DIVINO—NINGÚN RESCATE POSIBLE DE OTRO MODO—LAS ÚLTIMAS DEDUCCIONES DE LA CIENCIA SOBRE LA UNIÓN DE LA VIDA Y DEL PROTOPLASMA—EL LOGOS HECHO CARNE—NACIDO DE UNA MUJER Y SIN EMBARGO SIN MANCHA—¿CÓMO MADRE IMPERFECTA PUDO Y DIO A LUZ AL QUE FUE “SIN MANCHA?”—EL MISMO PRINCIPIO OBRA EN OTROS RASGOS DEL PLAN DIVINO ASÍ COMO LO DEMUESTRAN LAS ESCRITURAS.

“¿Quién hará limpio lo impuro? Nadie.” —Job 14:4

“Y sabéis que él [Jesús] apareció para quitar nuestros pecados, y no hay pecado en él.” “Tal sumo sacerdote nos convenía: santo, inocente, sin mancha, APARTADO de los pecadores.” —1 Juan 3:5; Heb. 7:26

AQUÍ hay algunos pasajes de las Escrituras aparentemente contradictorios: el primero declara, conforme a nuestra experiencia, que a toda la posteridad de Adán afecta el virus del pecado que proviene de la fuente envenenada; los últimos afirman que nuestro señor Jesús fue un hombre diferente de otros hombres, sin defecto, sin mancha, sin tacha. Y puesto que toda la teoría de la Expiación presentada en la Escritura exige necesariamente que nuestro Redentor sea intachable—*de* nuestra raza y sin embargo *separado* de ella—éste se convierte en un punto muy importante que todo cristiano sensato debiera examinar seriamente. ¿Cómo cumplió Dios en nuestro señor Jesús lo que es imposible para el hombre según toda la experiencia humana y el testimonio de Job? En el presente capítulo nos proponemos demostrar, probándolo abundantemente, la disposición divina por la que se cumplió lo aparentemente imposible: originar un miembro de la raza, sin ninguna de sus taras, para ser su *rescate*, para pagar el precio

correspondiente (o equivalente —*Trad.*) por el primer *hombre perfecto*, cuyo pecado y maldición mancillan la raza humana.

No es esencial para la fe o para la salvación del verdadero discípulo de Dios conocer la manera*; pero a la luz de la crítica destructora (razonable o no) del tiempo actual es útil que esta verdad, tan íntimamente identificada con la Expiación, punto esencial y mismo fundamento del verdadero Cristianismo, sea sólidamente reforzada a fin de que la fe del pueblo del Señor pueda ser capaz de resistir los asaltos que el Adversario lanza contra la doctrina del rescate desde el púlpito, desde la prensa y desde los bancos de las iglesias.† Gracias a Dios las afirmaciones de la Escritura fueron más que suficientes para probar a los santos de los siglos pasados la pureza perfecta de nuestro Señor pero hoy, como “alimento a su debido tiempo” para la familia de la fe, acuden la ciencia y la filosofía a atestiguar que todo lo que declara la Palabra en cuanto a este tema es posible y se encuentra en plena armonía con “las leyes de la naturaleza.”

Por su doctrina de “la Inmaculada Concepción” de María, la Iglesia Católica Romana trata de fundar la fe en la madre de nuestro Señor, como inmaculada, sin mancha, perfecta, y de ahí probar que Jesús podía nacer puro y separado de los pecadores, mas no tenemos esta pretensión. Admitimos que la madre de Jesús era miembro de la raza de Adán al igual que el resto de sus miembros, y, al provenir su vida de la cepa adámica, heredó las debilidades e imperfecciones humanas y estaba, como todos los demás, bajo sentencia de muerte. Sostenemos que “el *hombre Cristo Jesús*” fue una excepción, la única excepción.

Dios, no lo olvidemos, manifiesta con frecuencia su solicitud providencial a los hijos de los hombres a través de *excepciones* a las leyes de la naturaleza. Por ejemplo: es una regla de la naturaleza que el calor produce dilatación mientras que el frío contrae; ¡pero qué afortunada la humanidad que el agua sea una

* Manera de hacer, método, medio. —*Trad.*

† Es decir: por medio del clero, del impreso y de los “laicos” en las iglesias. —*Trad.*

La Reconciliación

excepción a este principio pues, contrariamente a la ley general, se dilata bajo el efecto de la helada! Si obedeciera a la ley natural general de la dilatación de los cuerpos y se contrajera helando la densidad del hielo sería más alta que la del agua en estado líquido y se hundiría en el fondo de los ríos, los cuales se transformarían en un bloque de hielo que el mismo calor del verano no llegaría a deshacer. ¡Qué afortunados, también, que el antimonio sea otra excepción a las leyes naturales! De lo contrario nos sería imposible fijar claramente los bordes cortados en nuestros tipos de impresión, que se alcanza mezclando este metal, que se contrae, con otros metales que se dilatan en el calor. Así, la sola excepción a la contaminación del pecado entre la raza humana era la única esperanza para su rescate y salvación por parte de la providencia divina. Con esto en mente vamos a examinar cómo el *Logos* “fue *hecho carne*”, “nacido de mujer”, “de la simiente de Abrahán” y, no obstante, no contaminado, y por tanto sería un rescate adecuado y aceptable para Adán y su raza.

La Escritura enseña que toda *existencia*, toda *energía de vida*, o *ser viviente*, viene del padre y no de la madre. La madre recibe el espermatozoide o la simiente de vida del padre, le proporciona un núcleo celular que produce gradualmente la forma o el cuerpo; la madre alimenta el germen del ser hasta ser capaz de mantener una existencia independiente, es decir, hasta poder apropiarse para su subsistencia de los elementos necesarios para la vida que proporcionan la tierra y el aire; entonces nace.

La palabra *padre* significa *dador de vida*. Por consiguiente, Dios fue el *Padre*, o dador de vida, de Adán, mientras que la tierra fue su madre y, por consiguiente, de la raza humana. (Lucas 3:38) El organismo de Adán fue y provino de la *tierra* (por tanto le sirvió como su madre); pero la chispa de vida que le constituyó hombre vino de Dios (que fue así su Padre o dador de vida). Desde entonces el poder de transmitir esta chispa de vida o simiente para la procreación pertenece al sexo masculino.

En armonía con este principio se dice que los niños vienen *del padre* y son dados a luz *por* la madre. (Gén. 24:47) Por eso los niños de Jacob, a través de sus hijos, fueron en total setenta cuando

bajó a Egipto. De todos ellos se dice expresamente que han salido de sus lomos. (Gén. 46:26,27; Ex. 1:5) De Salomón se dice también que salió de los lomos de David. (1 Reyes 8:19; 2 Crón. 6:9) También el apóstol Pablo, y los israelitas en general, afirmaron que nacieron de los lomos de Abrahán; y de Leví está escrito que “aún estaba en los lomos de su *padre* cuando Melquisedec le salió al encuentro.” —Heb. 7:5-10

Toda la raza humana, pues, fue contenida y desciende de Adán, su *padre*, por medio de la madre Eva, pero no de ella. Es por eso que está escrito que “en ADÁN todos mueren”, pero no en Eva. La raza, proviniendo de Adán, fue probada en *su* prueba (de él), condenada en *su* fracaso (de él) y encerrada en *su* condena (de él).

He aquí lo que enseña la Biblia, que coincide con las conclusiones más recientes de la ciencia tocantes a la procreación de la especie humana y de todos los mamíferos. Los sabios hallan en la naturaleza prueba abundante y concluyente de que la *vida* o la existencia proviene siempre del macho. El ejemplo más simple es el del huevo de gallina: al inicio no contiene vida alguna, sino simplemente una célula germinativa con su reserva de elementos nutritivos necesarios para formar un *organismo* tan pronto como esta célula haya sido vivificada, fecundada o impregnada del germen de vida, o simiente, del macho.

El huevo no contiene sólo la célula germinativa, sino también los elementos nutricionales apropiados, y en la proporción adecuada, adaptados al organismo minúsculo engendrado en ella por el esperma, o simiente, y en las condiciones precisas para desarrollarse. La célula germinativa, o protoplasma, recibe el germen de vida, o esperma, que forma el embrión del pollito, el cual absorbe para su propio desarrollo la “yema alimenticia” y la albúmina, hasta quebrar la cáscara y ser capaz de alimentarse solo comiendo elementos nutritivos no elaborados. Los principios que rigen el desarrollo del embrión del hombre y de los otros animales son idénticos.

En vista de los armoniosos testimonios de la Biblia y de la ciencia, la deducción razonable es que si el padre era perfecto, el niño también. Incluso bajo condiciones moderadamente favorables

La Reconciliación

un espermatozoide o una simiente de vida perfecta, uniéndose con la célula germinativa de la hembra, produciría un embrión tan vigoroso y saludable que sería capaz de apropiarse de los elementos nutritivos convenientes y de evacuar, rechazar o neutralizar los impropios. El ser perfecto así formado poseería también el poder de neutralizar o de rechazar, por sus funciones perfectas y sin daño o inconveniencia para con él, todos los elementos no provechosos. Al contrario, en la proporción donde el espermatozoide o la simiente es imperfecto el embrión será débil e incapaz de superar las condiciones desfavorables en las cuales se encuentra y se apropiará de lo que su madre le dé, bueno o malo, convirtiéndose en presa de la enfermedad. Siendo imperfecto es incapaz de eliminar completamente los elementos nocivos el resultado es debilidad y enfermedad.

El viejo proverbio “Lo que a uno cura, a otro mata” descansa sobre el principio aquí enunciado. Una persona que posea un aparato digestivo en buen estado puede comer y extraer de su alimento los elementos nutritivos que le darán fuerza; por otra parte, el mismo alimento ocasionaría rápidamente una enfermedad, y eventualmente la muerte, en otro cuyo aparato digestivo estuviera en mal estado. La persona más vigorosa asimila los buenos elementos y elimina los perjudiciales; la más débil es incapaz de hacerlo, se envenena realmente y a menudo cae enfermo. Recordemos, sin embargo que ninguna persona está cerca de la perfección; nadie es capaz de defender su organismo imperfecto de las miríadas de enemigos que lo asaltan por el alimento, la bebida y el aire. Nadie nace perfecto y nadie puede evitar por mucho tiempo los ataques de la enfermedad, que ataca a los órganos más débiles primero y después colapsando.

Según esta forma de verlo se desprende que si hubiese pecado nuestra madre Eva sola la raza no habría muerto; mas si Adán hubiera permanecido perfecto, su vida conservada e intacta, su prole habría nacido sin defecto. E, incluso, si la sentencia de muerte hubiera azotado a la madre Eva, aportándole imperfecciones personales, éstas no habrían degradado a su prole; siendo *perfecta*, su descendencia habría asimilado los

buenos elementos y neutralizado, eliminado o puesto a un lado naturalmente y sin inconveniente todo elemento malsano y perjudicial.

Por otra parte, suponga que Adán hubiera pecado y Eva hubiera permanecido sin pecar; la condena y la muerte de Adán habrían afectado a toda la descendencia, exactamente como tuvo lugar. Por muy perfectas que sean las células germinativas y el alimento provistos por nuestra madre Eva, los seres nacidos habrían sido imperfectos y sujetos a la acción de la muerte porque habrían descendido del espermatozoide, o simiente, enfermo de Adán. De ahí la conveniencia de la declaración bíblica: “en Adán todos mueren” y “por la desobediencia de un solo *hombre* la muerte pasó a todos...” —1 Cor. 15:22; Rom. 5:12-19

¡Qué maravillosa la analogía entre el primer y el segundo Adán y sus esposas! Como la *muerte* de la humanidad no dependía de Eva, sino sobre todo de Adán, ella sin embargo participó de este pecado; así la *vida* restaurada de la humanidad redimida no depende en absoluto de la esposa de Cristo, sino de Jesús Redentor; pero, por un favor divino y según el plan de Dios, su esposa participará en la restitución de “lo que se perdió.”

Después de haberse contaminado la fuente, Adán, por el pecado y la muerte, ningún miembro de su posteridad puede librarse de la contaminación; porque “¿quién hará limpio lo impuro? Nadie.” Este versículo se aplica obligatoriamente al hombre y no a la mujer: nadie procedente de fuente contaminada puede ser limpio. Es por eso que “no hay justo; no, ninguno”. Nadie puede rescatar su propia vida y aun menos darle a Dios un rescate por su hermano. —Rom. 3:10; Sal. 49:7

Es un hecho reconocido que la mente de una madre durante el período de gestación influye grandemente sobre el carácter y la disposición de sus hijos, para bien o para mal. Hay numerosas “marcas de nacimiento”, ya mentales, ya físicas. Sería imposible determinar en las condiciones actuales a *qué grado* o en *qué proporción* un embrión perfecto, engendrado de un germen de vida perfecto, pudiera perjudicarse por una mala *mentalidad* en la madre ya que no tenemos ningún medio para comprobarlo. Ni es

La Reconciliación

necesario para nuestra argumentación determinarlo, porque no fue en tales condiciones en las que nació “el *hombre* Cristo Jesús.” Las Escrituras enseñan claramente que (1) el Señor escogió para ser la madre de Jesús a una mujer santa, “bendita entre las mujeres”, que había “encontrado gracia ante Dios” (Lucas 1:28,30,42); (2) María tenía una gran fe y alegría en el Señor por ser un instrumento en su plan y (3) sin temer los reproches por parte de José ni los del mundo vivió regocijándose en Dios: “Engrandece mi alma al Señor; y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador.” (Lucas 1:45-47) Así percibimos que la mente de la madre de Jesús, lejos de ser un obstáculo para su desarrollo perfecto, contribuyó a ello.

Resulta, pues, que el único obstáculo a la generación de un hombre perfecto por medio de una madre imperfecta, manchada pero bien dispuesta, es la ausencia de un padre perfecto apto para proporcionar un *espermatozoide perfecto*. De ahí la lógica de la enseñanza de la Escritura; a saber que, en el caso de Jesús, una *vida perfecta* (que no provenía de la fuente adámica) fue *transferida* por el poder de Dios de una condición preexistente a la condición de un embrión humano y nació “santo” (puro y perfecto) aun de madre imperfecta. (Lucas 1:35) Es completamente razonable, pues y, como acabamos de ver, en acuerdo perfecto no sólo con las Escrituras sino con los últimos descubrimientos científicos que Jesús no estaba contaminado con imperfecciones mentales, morales y físicas que su madre compartía con toda la raza humana.

Otro hecho demostrado por los científicos parece concordar con el testimonio de las Escrituras: aunque la vida (o existencia) provenga del padre, la *forma* y la *naturaleza* provienen de la madre. Las pruebas científicas de este hecho son más oscuras y difíciles de captar para una inteligencia ordinaria y esto porque, en Su sabiduría, Dios separó no sólo las diversas *naturalezas*, sino que en gran medida las ha limitado de modo que no puedan mezclarse más allá de ciertos límites sin perder su poder de fecundación. Comúnmente se da como ejemplo el mulo, animal híbrido que no puede reproducirse.

El Sumo Sacerdote Sin Mancha

Se ha abandonado la vieja idea de que forma y naturaleza provienen del macho, los naturalistas hoy están de acuerdo en que la hembra da el *organismo* y el *sustento*; de hecho, ella da todo, excepto la simiente o esperma, que viene del padre o dador de vida. Tómese como ilustración bíblica la unión contra natura entre “las hijas de los hombres” y los ángeles que no conservaron su estado o condición inicial. (Gén. 6:2,4; Judas 6; 2 Ped. 2:4) Al tomar forma humana tenían una vitalidad perfecta y engendraron niños muy superiores a los de la raza de Adán que, por aquel tiempo, ya estaba profundamente degenerada. Los seres nacidos de estos ángeles poseían una gran inteligencia y una gran fuerza física y por eso, según el relato, se les llamó “hombres de renombre”. Recordemos que estos hombres asombrosos nacieron de madres imperfectas y condenadas a muerte, pero engendrados por padres vigorosos cuyo poder permanecía intacto.

La raza moribunda de Adán habría tenido en estos poderosos *Nefilim* (en hebreo: *los caídos*) maestros duros nunca reconocidos por Dios, ya por un ensayo para la vida o por una condena a muerte. Al no haberse autorizado su existencia, aniquilarlos con las aguas del diluvio fue en realidad un acto de misericordia; y recomenzar de nuevo la raza en Noé y su familia con esta apreciación: “Noé fue perfecto en su *generación*”; estas palabras implican que la mayoría de la posteridad de Adán se había *contaminado* ampliamente y se había creado más o menos una nueva raza asociándose con los ángeles de forma humana. Decimos *nueva* raza debido a su nueva vida y a su nuevo vigor de nuevos padres.

Tan grande fue la fama de los *Nefilim* que el terror que inspiraban era tal que su rastro se encuentra desde las mitologías paganas hasta nuestros días; y siglos después de su destrucción por el diluvio, el *falso* rumor que corría de que algunos de ellos todavía vivían causó pánico entre los israelitas, animados sin embargo por la victoria de combates recientes. (Núm. 13:33; 14:36,37) Había

* “Heb. *Toledaw*: descendencia, familia. Era de cepa pura adámica.” (*Biblia Comentada*: Gén. 6:6 —*Trad.*).

ciertamente en Canaán algunos hombres de gran altura, como muestran algunos pasajes bíblicos, pero salvo este “falso informe” nunca se les llama *Nefilim*.

Otro ejemplo de que el principio de que la vida (vitalidad) proviene del padre y el organismo (naturaleza) de la madre se encuentra en el hecho de que Jehová, él mismo de naturaleza divina, ha engendrado hijos de diversas naturalezas. Es el padre o *dador de vida* de hijos de naturaleza angélica (Job 2:1; 38:7; Heb. 2:9) y de hijos de naturaleza humana (Lucas 3:38), también lo es de las *Nuevas Criaturas* que, en la primera resurrección, serán hechos participantes de su propia naturaleza *divina*. (2 Ped. 1:4) El espíritu, o *energía* de Jehová, obrando sobre sustancias espirituales, produjo y desarrolló a los ángeles; la misma energía o espíritu, ejercitándose sobre sustancias terrestres, produjo al hombre y a los animales inferiores. (Gén. 2:7; 1 Cor. 15:47) Para darnos una concepción clara de la generación de las nuevas criaturas a la naturaleza divina, Dios los representa como *engendradas* por la palabra de la promesa en el *seno** *del Pacto* que hizo con Abrahán; este Pacto fue simbolizado por una mujer, Sara, lo que nos enseña que *si* Isaac fue el heredero de Abrahán y el hijo de la promesa (por Sara), nosotros *también* como Isaac somos hijos de Dios, hijos de la promesa o del Pacto de Sara. —Véase Gál. 4:23-31; 1 Ped. 1:3,23; 2 Ped. 1:4

El mismo principio se ilustra por el hecho de que en la dispensación *típica* judaica precedente a la Edad Evangélica un hijo heredaba las bendiciones y los privilegios de su padre, según el rango de la madre y la estimación que su marido tenía por ella, lo que muestra así de nuevo que el hijo poseía la naturaleza de la madre, sus derechos, privilegios y libertades, pero no necesariamente los del padre. —Véase Gén. 21:10; Ex. 21:4; Gál. 4:30

Los argumentos precedentes se confirman por el hecho de que nuestro Señor Jesús nació de mujer. Lo “santo” nacido de mujer participó de la naturaleza de la mujer, la naturaleza humana,

* “Womb”: matriz. —Trad.

“de la tierra, lo terrestre”. Aun conservando la pureza y la perfección del estado preexistente (espíritu), el germen (conforme a la ley que examinamos) fue transferido participando de la naturaleza de la madre y “*fue hecho carne*” al “nacer de una mujer”. Sin embargo lo “puro” no salió de raza impura, sino que “procedió y salió de Dios” y simplemente se desarrolló y alimentó en el seno de María. —Juan 8:42; Gál. 4:4

Aunque está en armonía con el principio de que, aunque nuestro Señor Jesús haya sido altamente elevado, después, a la *naturaleza divina* y haya dejado de ser en lo sucesivo un ser humano, las Escrituras declaran sin embargo que será “*dador de vida*” o “padre” de toda la raza humana; enseñan también que su obra para la humanidad es *restaurarla* a la perfección de la *naturaleza humana*, perdida para todos por el pecado de Adán. Así, mientras su “padre” o dador de vida lo será en el plano divino, sus hijos estarán en el plano humano, nacidos de un Pacto de Restauración, ilustrado por Cetura, tercera mujer de Abrahán.

Si consideramos el conjunto de esta cuestión, reconoceremos que el nacimiento “milagroso” de nuestro Señor Jesús, perfecto, sin defecto, nacido de madre imperfecta, no fue contrario al procedimiento acostumbrado de los arreglos del Creador, sino plenamente de acuerdo con ellos; vemos que de la misma forma Adán, el padre, nació perfecto porque nació *de Dios*, aunque su madre (la tierra) fuera imperfecta todavía, a excepción del Jardín de Edén, preparado para un fin especial. Pues si las Escrituras nos aseguran que nuestro Señor tuvo una existencia prehumana cuyo principio de vida se transfirió al seno de María y que el ser que nació fue “santo”, lo que nos aseguran las mismas Escrituras plenamente: “santo, inocente, *sin mancha, apartado de los pecadores.*” Tal hombre que “se hizo nosotros”*, convenía a las exigencias de nuestra situación; tal hombre podía ser aceptado por la Justicia como *precio de nuestro rescate*; y, entonces. establecido

* Esta lectura de la Versión Autorizada en inglés es la de los MSS. del Vaticano y de Alejandría (véase el Nuevo Testamento de Constantin Tischendorf en Heb. 7:26). Ninguna versión castellana la da. —Trad.

La Reconciliación

Sumo Sacerdote para la humanidad en las cosas de Dios, sería capaz de tener compasión de los humanos débiles y agobiados, él mismo lleno de compasión ante de las dolencias humanas, cuando en su amor cargó con nuestras enfermedades. —Mat. 8:16,17; Heb. 7:26

Ahora pasemos al estudio siguiente: ¿Cómo pudo ser Jesús sin pecado y sin embargo “ser en todo semejante a sus hermanos?”

ESTUDIO V

EL SUMO SACERDOTE DE LA RECONCILIACIÓN HECHO “SEMEJANTE A SUS HERMANOS” PUEDE “COMPADECERSE DE NUESTRAS DEBILIDADES”

¿QUIÉNES SON “SUS HERMANOS?”—¿EN QUÉ CONSISTIÓ LA SEMEJANZA?—¿CÓMO “FUE TENTADO EN TODO SEGÚN NUESTRA SEMEJANZA, PERO SIN PECADO?”—LAS TENTACIONES EN EL DESIERTO—SU SEMEJANZA A NOSOTROS—ALGUNAS DE ELLAS “ENGAÑARÁN, SI FUERE POSIBLE, AUN A LOS ESCOGIDOS.”—¿EN QUÉ SENTIDO FUE NUESTRO SEÑOR HECHO PERFECTO POR LOS SUFRIMIENTOS?—AUNQUE ERA HIJO, APRENDIÓ LA OBEDIENCIA—¿CÓMO FUE HECHO EN SEMEJANZA A CARNE DE PECADO Y, SIN, EMBARGO SIN PECADO?—“ÉL MISMO TOMÓ NUESTRAS ENFERMEDADES”—¿CÓMO “SE COMPADECÍÓ?”

“Por lo cual debía ser en todo semejante a sus hermanos, para venir a ser misericordioso y fiel sumo sacerdote en lo que a Dios se refiere, para expiar los pecados del pueblo.”—Heb. 2:17

EXISTEN dos concepciones opuestas en conflicto con las diversas declaraciones de la Biblia en lo que concierne a la relación de nuestro Señor con la humanidad; y la tercera, la verdadera, es la única capaz de reconciliar diversos pasajes de las Escrituras o satisfacer la razón santificada. De las dos falsas una afirma que nuestro Señor Jesús era el Dios Todopoderoso, Jehová, que se revistió de carne humana, pero sin experimentar la sensibilidad real de las pruebas, de las tentaciones y del ambiente en general de la humanidad. La otra afirma que era pecador, partícipe de los defectos de nuestra raza, al igual que todos, pero que combatió y resistió el pecado con más éxito que el resto. Vamos a tratar de mostrar que estas dos concepciones son erróneas y que la verdad se encuentra entre ambas: en efecto, el *Logos* “siendo en forma de Dios”, un ser espiritual, fue realmente *hombre* cuando “*se hizo carne*”, “*Jesucristo, hombre*”, pero “*apartado* de los pecadores”; el

hombre perfecto preparado para ser el “precio correspondiente” del primer hombre perfecto cuya caída envolvió a nuestra raza y cuya redención también la abarca a ella.

Es conveniente pues, desde este punto de vista procurar demostrar la correcta visión bíblica con respecto a este asunto y examinar diversas citas de las Escrituras torcidas y mal empleadas para probar que nuestro Señor tenía defectos y estaba sujeto a las mismas pasiones de la raza caída. Creemos que de haber estado en esta condición le habría sido imposible, como a nosotros, observar perfectamente cada detalle de la Ley Divina, que es la medida plena de la capacidad del hombre *perfecto*; y que no podía observarse, pues, por humanos imperfectos. Así, el hecho de que nuestro Señor era sin pecado, de que agradó al Padre y de que era aceptable como ofrenda por el pecado, como precio del rescate de Adán (y la raza perdida), prueban indirectamente su perfección, como sostenemos que enseña la Biblia por todas partes.

Pero los “hermanos” de nuestro Señor no eran inmaculados ni apartados de los pecadores. ¿Cómo, entonces, pudo hacerse “semejante a sus hermanos” y sin embargo ser apartado de los pecadores? La respuesta se encuentra cuando se reconoce el hecho de que no son los hombres, los pecadores en general, a quienes se refiere como “sus hermanos”. Adán, a la verdad, era un hijo de Dios en su creación y hasta el momento de su transgresión (Lucas 3:38), pero no después; y a todos los miembros de su raza se les llama en las Escrituras “hijos de ira.” (Ef. 2:3) Sólo a aquellos que han “escapado de la corrupción que está en el mundo” y que han vuelto a la armonía con Dios por medio de Cristo se les autoriza por las Escrituras a considerarse hijos de Dios (Juan 1:12); de los otros nuestro Señor declara: “Vosotros sois de vuestro padre el diablo, y los deseos de vuestro padre queréis hacer.” (Juan 8:44) Nuestro Señor Jesús nunca se contó como uno de los hijos del diablo ni como uno de los “hijos de ira”, sino que declaró que “procedía y venía de Dios.” Y jamás reconoció como “sus hermanos” a ninguno de los que todavía eran “hijos de ira”. Los únicos considerados como “hermanos del Señor” son los que, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo se han reconciliado

con el Padre por la sangre de Cristo, han recibido “el espíritu de la adopción”^{*} en la familia de Dios y la promesa de la “filiación” completa al establecerse el Reino. (Rom. 8:15,23; Gal. 4:5) Ya que son *justificados*, considerados liberados de la culpabilidad adámica y hechos justos por la sangre de Cristo son semejantes a nuestro Señor Jesús, “sus hermanos” en todos los sentidos de la palabra, en posición análoga de favor divino y de separación del mundo. De los así consagrados nuestro Señor declara: “No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo”, “yo os elegí del mundo.” (Juan 15:19; 17:16) Puede verse fácilmente desde esta óptica que nuestro Señor “fue hecho semejante a sus hermanos”, *exactamente*, en todo punto. No es que sus “hermanos” estuvieran en semejante condición en el momento de humillarse y hacerse carne, porque entonces no tenía ningún hermano, excepto que esta clase fuera *preconocida* de Dios. (Ef. 1:5,11; Rom. 8:29) Pero el arreglo divino era tal que Dios previó que podía ser justo y, sin embargo, justificar a los pecadores que aceptaran su gracia por Cristo; y así cubrir sus pecados sin imputárseles, sino a aquel que “llevó... nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero”. Dios arregló por anticipado, preconoció, su intención de llamar a miembros de la Iglesia del Evangelio a ser “coherederos con Jesucristo, nuestro Señor”, de una herencia incorruptible, sin mancha, inmarcesible, reservada en los cielos. Y es en consideración al plan arreglado por anticipado que los profetas hablaron, con anterioridad a los hechos, de todos los que constituirían esta clase como los “hermanos” de Cristo. Proféticamente a nuestro Señor se le representa como diciendo al Padre: “Anunciaré a *mis hermanos* tu nombre, en medio de la congregación te alabaré.” (Sal. 22:22; Heb. 2:12) Ya que el programa divino era que nuestro Señor fuera no sólo el Redentor del mundo, sino también *modelo* para los “hermanos” que fueran sus coherederos, era pues conveniente al cumplir el programa divino que en todas sus pruebas y experiencias “fuera hecho semejante a sus hermanos.”

* “Sonship”, griego: huiiothesias: “filiación”. *Diaglotón Enfático* (Referencia Strong N° 5206 —*Trad.*).

**“FUE TENTADO EN TODO SEGÚN NUESTRA
SEMEJANZA, PERO SIN PECADO”**

—Heb. 4:15—

Esta expresión no quiere decir en absoluto que Jesús fue tentado en todo como el mundo, sino más bien como nosotros, sus discípulos. No fue tentado en el dominio de los apetitos depravados del pecado recibidos por herencia de una descendencia terrestre; sino que siendo santo, inocente, sin mancha y apartado de los pecadores fue tentado de la misma manera que sus discípulos de esta Edad Evangélica que andan no según la carne, sino según el espíritu, y que son juzgados, no según las debilidades de su carne, sino según el espíritu de su entendimiento, según su nueva voluntad, su nuevo corazón. —Rom. 8:4; 2 Cor. 5:16; Juan 8:15

Esto se ve claramente a propósito de las tentaciones de nuestro Señor en el desierto, inmediatamente después de su consagración y su bautismo en el Jordán. —Mat. 4:1-11

(1) La primera tentación presentada por Satanás es que hiciera uso del poder divino recién recibido en el Jordán para satisfacer sus propias necesidades, convirtiendo las piedras en panes. No era una tentación imputable a herencia o imperfección. Nuestro Señor había pasado cuarenta días sin comer estudiando el plan divino, buscando la luz del Espíritu Santo que acababa de recibir para determinar su propia línea de conducta en la vida a fin de cumplir la gran misión para la cual había venido: la redención del mundo. La sugerencia de emplear el poder espiritual que se le había conferido para satisfacer las necesidades de su estómago podía, a primera vista, parecer razonable; pero nuestro Señor discernió inmediatamente que tal uso sería malo, pues tenía otro destino y la rechazó: “Escrito está: No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios”. Los “hermanos” del Señor tienen a veces tentaciones semejantes del Adversario, sugerencias de utilizar dones espirituales para la consecución de intereses temporales. Las sugerencias de este tipo son insidiosas y constituyen canales por los cuales el Adversario a menudo desvía

al pueblo consagrado de Dios hacia abusos cada vez más grandes de las bendiciones divinas.

(2) El Adversario también sugirió a nuestro Señor que presentara su misión al pueblo precipitándose desde el pináculo del templo al fondo del valle ante los ojos de la multitud que, al verle salir ileso, probaría su poder sobrehumano, le llevaría a aceptarlo como Mesías y a colaborar con él en la obra a cumplir. Pero nuestro Señor se dio cuenta en seguida de que tales métodos estaban por completo en desacuerdo con el plan divino e incluso refutó un pasaje de las Escrituras mal usado por Satanás (*aparentemente* a favor del mal), pero no se desvió de los principios de rectitud e inmediatamente replicó que proceder de tal manera sería tentar a la divina providencia de un modo totalmente injustificable y, por tanto, indigna de la menor consideración. Cuando el deber o el peligro le llamaba el Maestro no vacilaba, pues se daba cuenta de la capacidad del Padre de preservar sus intereses; no obstante la verdadera confianza en Dios no implica exponerse al peligro, sin orden divino, sólo por exhibirse y con un espíritu de fanfarronada.

Los hermanos del Señor también tienen tentaciones de esta naturaleza y necesitan recordar la lección y el ejemplo del Príncipe de nuestra Salvación. No debemos precipitarnos sin reflexión en el peligro, y considerarnos soldados valientes de la cruz. “Las hazañas temerarias” pueden parecer sensatas a los hijos del maligno pero son totalmente inconvenientes entre los hijos de Dios: pues sostienen una guerra que exige un coraje aún mayor; se les llama a cumplir servicios que el mundo no aplaude ni aprecia, y a menudo se les persigue; a aguantar la ignominia y los sarcasmos del mundo; y que los incircuncisos de corazón “digan toda suerte de mal” falsamente contra ellos a causa de Cristo. A este respecto los discípulos del Príncipe de nuestra salvación siguen el mismo camino que su Maestro y caminan tras sus huellas. Y se requiere un coraje mayor para superar la vergüenza y la ignominia sufridas en el mundo, donde el servicio de Dios es tan desconsiderado, que una hazaña grande y maravillosa que provocaría el asombro y la admiración del hombre natural.

La Reconciliación

Uno de los combates más importantes de los que andan por la senda estrecha es contra su propia voluntad, con el fin de traerla a la sumisión más completa a la voluntad del Padre celestial y mantenerla allí; es la lucha por gobernar su propio corazón, aplastar las ambiciones que nacen y hasta son naturales en un hombre perfecto, apagar estos fuegos ardientes y presentar su cuerpo y todos sus intereses mundanos como sacrificios vivos en el servicio de Dios y de su causa. Tales fueron las pruebas en las cuales nuestro Jefe ganó la victoria y sus laureles y tales también son las pruebas de sus “hermanos”. “El que se enseñorea de su espíritu [trayéndolo en sumisión completa a la voluntad de Dios] es mejor que el que toma una ciudad” (Prov. 16:32) ; también es más grande el que, por una concepción falsa de la fe, saltase del pináculo del templo o hiciese otra loca temeridad. La fe verdadera en Dios no consiste en una credulidad ciega y en suposiciones extravagantes tocantes a su solicitud providencial, sino que, al contrario, consiste en una confianza tranquila en las promesas infinitamente grandes y preciosas que Dios hizo, confianza que hace a los fieles resistir los diversos esfuerzos del mundo, la carne y el diablo para desviar su atención, su confianza en las líneas de la fe y de la obediencia trazadas en la Palabra divina.

(3) La tercera tentación presentada por el Adversario a nuestro Señor es en relación con el dominio terrestre que le ofreció con la perspectiva de un éxito rápido en el establecimiento de su reino, sin tener que sufrir ni morir, sin la cruz, y a condición de alcanzar un compromiso con el Adversario. Éste pretendía, y no se discutió, que poseía el gobierno mundial y ofrecía su colaboración para que el Reino de Rectitud de nuestro Señor pudiera establecerse rápido. La insinuación de Satanás era que estaba cansado de guiar al mundo en el pecado, la ceguera, la superstición, la ignorancia y que, por tanto, sentía simpatía por la misión de nuestro Señor de ayudar a la pobre raza caída. Lo que deseaba conservar, no obstante, era una influencia principal o control en el mundo; es por eso que el precio a pagar para que lo devolviera a la vía de la justicia, el precio de su colaboración con Jesús en una obra de bendiciones de la restauración, era que Jesús le reconociera

Semejante a sus Hermanos

a él, Satanás, como gobernador supremo del mundo en su condición regenerada; de este hecho, Satanás quería que nuestro Señor le rindiera homenaje.

Recordemos que la rebelión de Satanás contra la autoridad divina tuvo como causa la ambición de ser un monarca “semejante al Altísimo.” (Isa. 14:14) Y fue el móvil principal de su exitoso ataque a nuestros primeros padres en Edén con vista a alienarlos, separarlos de Dios y hacerlos así sus esclavos. Fácilmente podemos suponer que habría preferido ser el monarca de súbditos más felices que de “la creación gimiente”: habría preferido súbditos que tuvieran vida eterna. Y pareciera también que no habría discernido el hecho de que la vida eterna y la verdadera felicidad son sólo posibles viviendo en armonía con la ley divina. Satanás quería, pues, reformarse en todos los dominios, a excepción de uno solo: su ambición; no quería más que ser el maestro supremo de los hombres; ¿no era ya “el Príncipe de este mundo” y reconocido como tal por las Santas Escrituras? (Juan 14:30; 12:31; 16:11; 2 Cor. 4:4) No es que tuviera alguna comisión divina para ser “el príncipe de este mundo”, sino que al tomar posesión de la humanidad haciendo reinar la ignorancia, presentando el error por la verdad, las tinieblas por la luz, el mal por el bien había sabido tan bien desconcertar, extraviar y cegar a los humanos que le fue fácil acaparar la posición de maestro o “dios de este mundo, ahora actuando en el corazón de los hijos de desobediencia” que forman la gran mayoría.

Así, la peculiar tentación de la sugerencia de Satanás era que parecía ofrecer una nueva solución a la restauración del hombre de su condición pecaminosa. Y lo que es más, parecía dar a entender al menos un arrepentimiento parcial de Satanás y la posibilidad de un retorno a una vida de justicia, siempre que su ambición estuviera satisfecha y pudiera reinar sobre súbditos más felices y prósperos que cuando los mantenía en el error y en la esclavitud del pecado para conservar la fidelidad a su causa. Porque es cierto que cuanto más rechazaran el pecado y apreciaran la santidad, más deseos tenían de servir y adorar a Dios.

La Reconciliación

Nuestro Señor Jesús no vaciló mucho tiempo, tenía absoluta confianza en que la sabiduría del Padre había adoptado el mejor y único plan adecuado. Por eso no sólo no discutió con carne ni con sangre, sino que no quiso negociar con el Adversario la *colaboración* con el trabajo de elevación del mundo.

Vemos también ahí uno de los asaltos especiales del Adversario contra los “hermanos” del Señor: consiguió rápidamente tentar a la Iglesia nominal induciéndole a abandonar el camino de la cruz, el camino estrecho de la separación del mundo, y a asociarse con el poder civil para adquirir así gradualmente una influencia en el mundo político. En colaboración con los “príncipes de este mundo”, animada y ayudada secretamente por el Adversario, procuró establecer el reino de Cristo en la tierra mediante un representante, un papa que pretendió ser el vicario de Cristo. Hemos visto las influencias perniciosas que resultaron: cómo este falso Reino de Cristo llegó a ser un reino del diablo, cumpliendo su obra; y sus frutos, en el transcurso de la “edad oscura”, de este reino que Dios llama el sistema del “Anticristo”*.

Aunque la Reforma tuvo un comienzo enérgico el Adversario presentó de nuevo la misma tentación a los reformadores, que resistieron sólo en parte, estando dispuestos a comprometer la verdad para ganar la protección y la asistencia de los “reinos de este mundo” con la esperanza de que éstos, de alguna manera, se convirtieran en el Reino de nuestro Señor. Pero la combinación de la Iglesia y la influencia del mundo, tal como se representa en el Protestantismo, aunque menos nefasto que la del Papado, es, no obstante, muy perjudicial y constituye un gran obstáculo para los que experimentan su influencia. Vemos que la lucha constante de los “hermanos” tiene por objeto vencer esta tentación del Adversario y mantenerse firme en la libertad por la cual Cristo nos hizo libres; sin ser del mundo, sino separados de él.

* Véase Tomo II, cap. IX. Referencia Strong N° 500 “Anticristos”, un adversario del Mesías. —*Trad.*

Además encontramos que, aunque la misma tentación se presente a todos los “hermanos”, viene de vez en cuando bajo una forma ligeramente modificada; cada vez el Adversario intenta con una habilidad muy sutil hacer con nosotros como con el Señor: se presenta como jefe a propósito de las reformas que defiende y aparentemente en abundante simpatía hacia la obra de bendecir al mundo. La última tentación de este género se presenta bajo la forma de “levantamiento social” que presenta con éxito a ojos de muchos “hermanos”. Él ahora sugiere que por muy necesario que fuera en otro tiempo andar por la “senda estrecha”, la de la cruz, no es necesario hacerlo ahora, porque estamos en punto donde todo puede resolverse fácil y rápidamente, y el mundo en general ha sido elevado a un nivel social, intelectual, moral y religioso superior. No obstante, los planes que propone siempre arrastran cooperación con él: aquí, por ejemplo, recomienda a todos los que quieran ser colaboradores en el levantamiento social unirse a los movimientos *sociales* y *políticos* hasta alcanzar el resultado deseado. Ha llegado a ser tan intrépido y tan confiado en el apoyo de la mayoría que no preconiza más como reforma la conversión individual de los pecadores, su salvación de la condenación y su reconciliación con el Padre por una fe y una consagración personales al Señor Jesucristo: su proposición es un levantamiento social que ignora las responsabilidades y los pecados individuales, que considera solamente las condiciones sociales y la edificación de una Sociedad exteriormente “limpia”. Quisiera que dejáramos de lado la enseñanza del Señor de que sólo los que vienen al Padre por Jesús son “hijos de Dios” y sus “hermanos” y en su lugar quisiera hacernos creer que todos los hombres son hermanos, que Dios es el Padre de toda la humanidad, que no hay en absoluto “hijos de ira” y que es criminalmente anticristiano y poco caritativo creer las palabras de nuestro Señor de que algunos tienen como padre al diablo. Satanás quiere así, sin decirlo tan categóricamente, hacernos ignorar y negar la *caída del hombre en el pecado*, ignorar y negar *el rescate por el mismo* y toda la obra de la reconciliación sirviéndose de expresiones falsas e ilusorias tales

como: “la Paternidad de Dios y la Fraternidad de los hombres” y la Regla de Oro.

Esta tentación del Adversario que asalta a “los hermanos” hoy seduce mucho, y probablemente seducirá a todos, excepto a los “escogidos.” (Mat. 24:24) Estos “hermanos” escogidos son los que andan escrupulosamente tras las huellas del Maestro y en lugar de prestar oído a las sugerencias del Adversario escuchan la Palabra del Señor; en lugar de inclinarse a su propio entendimiento y a los sofismas de Satanás tienen fe en la sabiduría superior de Jehová y en su plan divino de las edades. Por tanto todos son “enseñados de Dios” y saben que la obra de la Edad actual es la selección de los “hermanos” de Cristo, sus pruebas y, finalmente, su glorificación con el Señor en el Reino como la simiente de Abrahán para bendecir al mundo; y que en la edad siguiente vendrá Dios a su “debido tiempo” para el alzamiento mental, moral y físico del mundo. Por tanto no pueden ser engañados los escogidos por ninguno de los argumentos capciosos del enemigo, pues no ignoran sus intenciones ya que han sido advertidos al respecto, y miran a Jesús, que no sólo es el Autor de su fe a través de su sacrificio, sino también su consumidor, al concederles parte en la primera resurrección y hacerles partícipes de su gloria sublime y de la naturaleza divina.

Tales son los puntos esenciales de tentación de los “hermanos” y tales los de su Jefe. “*Fue tentado en todo como nosotros*”; sabe socorrer a los que son tentados y están dispuestos a la ayuda que les da, en la forma en que la da: por las enseñanzas de su Palabra y por sus infinitamente grandes y preciosas promesas. Ninguna de las tentaciones de nuestro Señor provino de debilidades hereditarias análogas a las nuestras: no tenía las inclinaciones del bebedor, ni la pasión del asesino ni la codicia del ladrón; fue santo, inocente y apartado de los pecadores. Ni tampoco sus “hermanos” tienen tentaciones de esta naturaleza. Quienes han llegado a ser sus “hermanos” por la fe, la consagración y el engendramiento del espíritu santo de filiación han perdido la disposición que los lleva a perjudicar a otros y han recibido en su lugar una nueva mente, la de Cristo, el espíritu de

Cristo, el espíritu de sobrio sentido común, el Espíritu Santo, el espíritu de amor, que busca ante todo la voluntad del Padre y procura practicar el bien hacia todos los hombres, en toda ocasión, particularmente hacia la familia de la fe. —Gál. 6:10

Estas “nuevas criaturas”, en posesión de la nueva voluntad, aún tienen ciertas debilidades hereditarias en la carne, una tendencia a la pasión o a la disputa, de modo que continuamente necesitan ponerse en guardia y ocasionalmente sorprenderse en alguna aun en contra de su voluntad; sin embargo estas debilidades no intencionales no se les contabiliza como pecados ni como actos de la “nueva criatura”, sino como imperfecciones de la vieja naturaleza. Siempre y cuando la nueva naturaleza se oponga a ellas estas imperfecciones las cubre el mérito del rescate, la gran ofrenda por el pecado ofrecida por el Príncipe de nuestra Salvación. Es la “nueva criatura” probada, examinada, perfeccionada, pulida y preparada para la herencia con Cristo en su Reino, y no el cuerpo carnal considerado para ellos muerto.

“HECHO PERFECTO POR EL SUFRIMIENTO”

“Porque convenia a aquel [el Padre], por cuya causa son todas las cosas, y por quien todas las cosas subsisten, que habiendo de llevar muchos hijos a la gloria, perfeccionase por aflicciones al autor de la salvación de ellos.” —Heb. 2:10

Al recordar lo precedente es fácil notar que Jesús no *fue hecho perfecto como hombre* por lo que sufrió como tal ni que sufrió nada antes de ser hombre. El pensamiento de este pasaje es que nuestro Señor, mientras estaba en el mundo era perfecto como hombre, la misma imagen del Padre en la carne: santo, inocente, sin mancha y apartado de los pecadores, alcanzó por sus experiencias y sus sufrimientos otra perfección sobre otro plano de existencia, y que realizó completamente desde entonces. Una cosa era que el *Logos* fuera perfecto al estar con el Padre antes de existir el mundo, perfecto en su ser, en su corazón y en su voluntad, perfectamente leal hacia el Padre; y otra cosa era que al humillarse voluntariamente al hacerse carne y tomar nuestra naturaleza, una

La Reconciliación

naturaleza inferior, fuera perfecto como hombre, apartado de los pecadores y que sea *ahora perfecto* en su condición de alta exaltación, participando de la naturaleza divina. Es a esta última a la que el texto se refiere. Antes de conceder una elevación tan alta a “la gloria, la honra y la inmortalidad” de “la naturaleza divina” la sabiduría divina encontró conveniente aplicar ciertas *pruebas* cuyo conjunto *devolvería perfecto* el título de Hijo Unigénito de Dios para participar en todas las riquezas de la gracia divina, “con el fin de que todos los hombres honren al Hijo como honran al Padre”.

Debemos recordar que con estas pruebas de obediencia al Padre, había también una perspectiva de cierta alegría para Jesús, como está escrito: “Por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio.” (Heb. 12:2) Podemos razonablemente suponer que esta alegría ante él era:

(1) por prestar un servicio que sería agradable al Padre.

(2) por redimir a la humanidad y hacer posible su liberación del pecado y de la muerte.

(3) en el pensamiento de que al cumplir la redención sería digno ante el Padre de ser el gobernante poderoso y bienhechor, el Rey y Sacerdote del mundo y de revelar el conocimiento del plan divino y elevar de la condición del pecado al favor divino a quienquiera aceptara las condiciones del Nuevo Pacto.

(4) Que el Padre le había prometido no sólo un retorno a la gloria del ser espiritual que tenía junto al del Padre antes de que el mundo fuese, sino algo más excelente: ser elevado por encima de los ángeles, principados, potestades y de todo nombre y ser socio en el Reino del Universo, cerca del Padre, a la diestra de la majestad en los cielos, y participe de la naturaleza divina con su vida inherente o inmortal.

Pero toda esta alegría propuesta a nuestro Señor era condicional, dependía de su obediencia total a la voluntad del Padre. De hecho siempre había sido obediente al Padre y había encontrado sus delicias en las vías del Padre, pero nunca antes había estado sometido a prueba. Hasta ahora siempre le había resultado agradable y honorable hacer la voluntad del Padre; ahora la prueba era saber si haría o no esta voluntad bajo condiciones

angustiosas, dolorosas y humillantes; condiciones que le llevarían no sólo a la muerte, sino a una muerte ignominiosa en la cruz. Él salió vencedor de esta prueba y nunca vaciló ni tembló, sino que manifestó en todos los detalles, y hasta el final, la fe en la Justicia, el Amor, la Sabiduría y el Poder del Padre; soportó sin vacilar todas las oposiciones y las contradicciones de los pecadores contra él y los demás asedios del Adversario; por este medio, a través del sufrimiento, “*se hizo perfecto*” a todas las alegrías puestas ante él y, en consecuencia, perfeccionado como el ser más elevado de todos los órdenes, a saber “de la naturaleza divina”. Así, fue verdad del Unigénito del Padre que:

**“Y AUNQUE ERA HIJO, POR LO QUE PADECIÓ
APRENDIÓ LA OBEDIENCIA; Y HABIENDO SIDO
PERFECCIONADO, VINO A SER AUTOR DE ETERNA
SALVACIÓN PARA TODOS LOS QUE LE OBEDECEN.”**

—Heb. 5:8-10—

Así es como el Apóstol inspirado explica que nuestro Señor, ya sin mancha, perfecto, un “Hijo” que obedecía perfectamente al Padre bajo condiciones favorables *aprendió* lo que era la obediencia en las más adversas. Tras esta prueba se le consideró digno de recibir la perfección sobre un plano de existencia más elevado, la naturaleza divina, que obtuvo al resucitarlo el Padre de entre los muertos. Tuvo la gloria excelente que se le había prometido: ser primero el Libertador de la Iglesia, su cuerpo, y, “a su debido tiempo”, el Libertador de todos los que, traídos al conocimiento de la Verdad, le obedecerán. Observe la armonía perfecta entre éste y el testimonio del apóstol Pedro: “El Dios de nuestros padres levantó a Jesús... A éste, Dios ha exaltado con su diestra por Príncipe y Salvador.” —Hechos 5:30-31

Así, nuestro Señor Jesús demostró ante el Padre, ante los ángeles y ante nosotros, sus “hermanos”, su fidelidad al Padre y a los principios de Su gobernación. Haciéndolo así magnificó la ley del Padre y la hizo honorable, demostrando que no era demasiado exigente, que no estaba por encima de la capacidad de un ser

perfecto, aun en las condiciones más desfavorables. Nosotros, sus discípulos, podemos regocijarnos con todas las criaturas obedientes e inteligentes de Dios, diciendo: “El Cordero que fue inmolado es digno de *tomar* el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza.” —Apoc. 5:12

Y como nuestro Señor glorificado es el Jefe de nuestra Salvación, implica que aquellos que quieren ser soldados de la cruz, sus discípulos y coherederos en el Reino, deben obligatoriamente *perfeccionarse* como “nuevas criaturas” por la prueba y el sufrimiento. Y como los sufrimientos por los cuales el Cristo se perfeccionó como nueva criatura fue lo que aguantó a causa de la oposición del mundo, de la carne, del diablo y el sometimiento de su propia voluntad a la del Padre, así es para nosotros: nuestros sufrimientos no son los acostumbrados de la “creación gimiente” y que compartimos, en cierta medida, como miembros del mundo. Los sufrimientos que cuentan en el desarrollo de la “nueva criatura” son los *deliberadamente* sufridos a causa del Señor, de su Palabra y de su pueblo, las dificultades que aguantamos como buenos soldados del Señor Jesucristo mientras procuramos hacer no nuestra propia voluntad, sino hacer perfecta en nosotros la de nuestro Jefe, la de nuestro Padre celestial. Así debemos seguir sus pasos, darnos cuenta de sus atentos cuidados, recurrir al trono de la gracia celestial para encontrar allí el socorro en nuestro camino y confiar en Su promesa de que todo sucederá para nuestro bien y que no permitirá que seamos tentados más allá de nuestras fuerzas, sino que proveerá el medio de escapar de cada tentación y nos concederá en cada prueba la gracia suficiente en el momento de la necesidad. Así, sus “hermanos” también están ahora en la prueba para *perfeccionarse* como nuevas criaturas en Cristo y ser “aptos para participar de la herencia de los santos en luz.” —Col. 1:12

“EN SEMEJANZA DE CARNE DE PECADO”

Lo que no podía cumplir la Ley porque era impotente a causa de la carne [ya que la carne se depravó por la caída y era incapaz de una obediencia absoluta a la Ley], Dios lo cumplió enviando a

su propio Hijo en carne [caída bajo el dominio del Pecado] como ofrenda por el pecado, el cual, aunque condenara al pecado en la carne, abrió un nuevo camino de vida en el cual la justicia de la Ley pudiera cumplirse en nosotros [que no andamos según la carne, sino según el Espíritu]. Para éstos ahora no hay ninguna condenación, porque la Ley del espíritu en Cristo Jesús [bajo su sangre preciosa] nos ha liberado del Pacto de la Ley que convencía a los hombres imperfectos de pecado y les condenaba a muerte. —Rom. 8:1-4, parafraseado.

Los que consideran más o menos a nuestro Señor como pecador, miembro de la raza caída, se han apoderado de este pasaje de la Escritura y han tratado de probar que está en desacuerdo con la razón y en contradicción con otros pasajes de las Escrituras para apoyar su teoría y probar que Cristo fue hecho “carne de pecado” exactamente, y no como carne sin pecado, es decir, como Adán antes de su transgresión. Pero creemos que según el texto parafraseado más arriba está expuesto claramente el pensamiento del Apóstol en la mente del lector. Nuestro Señor dejó la gloria de la naturaleza espiritual y “se hizo carne”, de naturaleza semejante a la de la raza que venía a rescatar; esa raza cuya naturaleza había caído en la esclavitud del pecado y vendida a él por la desobediencia de su primer padre, Adán. Nada se insinúa aquí (salvo en la interpretación dada por la traducción) que nuestro Señor fuera pecador. De hecho es una de las proposiciones más simples e imaginables pues si hubiera sido pecador, o de alguna manera partícipe de la maldición que pesaba sobre la familia humana, no habría podido ser ofrenda por el pecado, porque un pecador no puede ofrecerse por otro pecador. Según la ley divina “el salario del pecado es la muerte”; así si nuestro Señor hubiera sido en cierto sentido o en cierto grado pecador, habría perdido su propia vida y no tendría valor como *precio de rescate* de Adán o de cualquier otro pecador.

“ÉL MISMO TOMÓ NUESTRAS ENFERMEDADES”

—Mat. 8:17—

“Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido. Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados.” —Isa. 53:4,5

La perfección es lo opuesto a enfermedad y el hecho de que Jesús tuviera enfermedades podría aducirse, lógicamente, como prueba de que no era perfecto y había heredado algunas de las imperfecciones de la raza caída. Se recordará que la noche de su agonía en el Jardín de Getsemaní nuestro Señor sudó “gotas de sangre”, lo cual es considerado por ciertas autoridades médicas como una enfermedad que, aunque muy rara, ha afectado a otros miembros de la familia humana. Es prueba de una gran tensión y de una gran debilidad nerviosa. La tradición registra también que en al camino de Gólgota se le forzó a llevar la cruz, que se dobló bajo su peso y que por esto se obligó a un tal Simón de Cirene a llevarla el resto del trayecto. (Mat. 27:32) Además se afirma que la muerte de nuestro Señor en la cruz, mucho más rápida de lo habitual, fue ocasionada por una rotura literal de los músculos del corazón, lo que se confirma por el derrame de sangre y de agua saliendo a la vez de la herida hecha en su costado por la lanza tras su muerte. En todo caso, nuestro Señor no manifestó la plenitud de vigor manifestada por Adán, el primer hombre perfecto, cuya vitalidad era tal que vivió novecientos treinta años. La pregunta es: ¿No son todas estas pruebas de enfermedad* en nuestro Señor un indicio de imperfección que, ya por herencia o ya de otra manera, le faltaban las fuerzas de un hombre perfecto y era, pues, imperfecto?

Aparentemente eso parece, y sólo bajo la dirección de la Palabra divina es posible explicar de modo satisfactorio la armonía entre estos hechos y la seguridad de la Biblia de que era “santo,

* “Infirmity (en el plural: “-ties”): “1. debilidad, 2. enfermedad” (dicc. inglés —Trad.).

inocente, sin mancha y *apartado* de los pecadores”. La solución la proporciona el texto de la Escritura que examinamos. El profeta declara que nuestro Señor, como el resto de la raza, fue golpeado, condenado a muerte, azotado y afligido—la sentencia de muerte parecía destinada tanto a él como al resto de la raza humana; pero Isaías muestra que no es así en realidad; que fue por nuestros pecados y no por los suyos por los que sufrió nuestro Salvador; que sus enfermedades provenían de llevar nuestras aflicciones y de sostener el peso de nuestros dolores; que murió porque tomó nuestro lugar ante la ley de Dios y que sufrió el “justo por los injustos, con el fin de que pueda llevarnos a Dios”. Hablando al pueblo de Israel en el primer advenimiento declara: “Le tuvimos por *azotado, por herido de Dios y abatido*”, y explicando que tal opinión era inexacta añade: “Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados.”

Mateo llama la atención al cumplimiento de dicha profecía: “Y cuando llegó la noche, trajeron a él muchos endemoniados; y con la palabra echó fuera a los demonios, y sanó a todos los enfermos; para que se cumpliese lo dicho por el profeta Isaías, cuando dijo: *Él mismo tomó nuestras enfermedades, y llevó nuestras dolencias.*” —Mat. 8:16,17

La relación existente entre la curación de la enfermedad y el hecho de tomar sobre sí la carga de nuestras enfermedades no parece muy clara a la mayoría de los lectores del relato. Generalmente se supone que nuestro Señor ejerció simplemente un poder de curación que no le costaba nada, que disponía de un poder inagotable que provenía de una fuente espiritual e invisible y que permitía toda suerte de milagros sin la menor pérdida de su propia fuerza o de su propia vitalidad.

No dudamos de que “el poder del Altísimo”, concedido sin moderación a nuestro Redentor, le habría permitido hacer muchas cosas sobrenaturales y, por consiguiente, sin mostrar ningún agotamiento de sus fuerzas; ni de que se sirvió de este poder sobrehumano, por ejemplo, al convertir el agua en vino y al alimentar milagrosamente a las multitudes. Pero, según las

La Reconciliación

Escrituras, la curación de los enfermos tal como la operaba nuestro Señor no se efectuaba por tal poder puesto a su disposición, sino que, por el contrario, al curar a los enfermos gastaba en ellos parte de *su propia vitalidad*; así, cuanto más curara, mayor era su pérdida de vitalidad y de fuerza. Recuerde a la pobre mujer que “desde hacía doce años padecía de flujo de sangre, y había sufrido mucho de muchos médicos, y gastado todo lo que tenía, y nada había aprovechado, antes le iba peor”, etc. con fe, se acercó a nuestro Señor y le tocó el borde de su manto diciéndose: “Si tocare tan solamente su manto, seré salva. Y en seguida la fuente de su sangre se secó; y sintió en el cuerpo que estaba sana de aquel azote. Luego Jesús, conociendo en sí mismo el poder [*vitalidad*] que había salido de él, volviéndose a la multitud, dijo: ¿Quién ha tocado mis vestidos? Sus discípulos le dijeron: Ves que la multitud te aprieta, y dices: ¿Quién me ha tocado? Pero él miraba alrededor para ver quién había hecho esto. Entonces la mujer, temiendo y temblando, sabiendo lo que en ella había sido hecho, vino y se postró delante de él, y le dijo toda la verdad. Y él le dijo: Hija, tu fe te ha hecho salva; ve en paz, y queda sana de tu azote.”

—Marcos 5:25-34

Note lo que dice el relato de Lucas (6:19): “Toda la gente procuraba tocarle, porque poder [*vitalidad*] salía de él y sanaba a todos.” Éste es, pues, el sentido en que nuestro querido Redentor tomó las debilidades de la humanidad y sus enfermedades. Y el don de desgastar su propia vitalidad día tras día curando a los demás tenía un efecto debilitador sobre su propia fuerza, su propia vitalidad. No olvidemos que esta obra de curaciones, este gasto a profusión de vitalidad, se hacía al mismo tiempo que sus predicaciones y sus viajes, y así durante los tres años y medio de su ministerio.

Esto no nos resulta extraño al considerar nuestras propias experiencias: ¿quién, teniendo una naturaleza profundamente compasiva, no ha comprobado en ciertas ocasiones que es posible compartir las dificultades de un amigo, aliviar en cierta medida al afligido y comunicarle a cierto grado una nueva vitalidad y ligereza a su espíritu? Pero tal influencia beneficiosa y tal

sentimiento de las debilidades de los demás depende en gran medida del grado de *simpatía* que anima al que visita al enfermo y al afligido. No sólo esto, sabemos que ciertos animales sienten simpatía en diversos grados: la paloma, por ejemplo, es una de las aves más dulces y simpáticas, y uno de los representantes típicos de nuestro Redentor en la dispensación Mosaica. Se ha observado que en numerosos casos es útil introducir palomas en la habitación de los enfermos y que les resulta beneficioso. La paloma, tal vez que debido a su naturaleza simpática, toma cierta parte de la enfermedad y comunica en cambio cierta medida de su propia vitalidad: se comprueba por el hecho de que los pájaros llegan a enfermar (sus miembros aparecen como si tuvieran reumatismo, etc.) mientras que el enfermo es aliviado en una medida correspondiente.

Al recordar que nuestro amor y nuestra simpatía es todo cuanto ha sobrevivido de estos sentimientos en el transcurso de seis mil años de caída y sabiendo, en cambio, que nuestro Redentor era perfecto y que esta cualidad de amor abundaba en Él en la medida más grande, podemos comprender, débilmente, es verdad, cómo “se compadeció de nuestras debilidades”. Su simpatía fue tocada porque su naturaleza fue fina, perfecta y tangible; no endurecida por el egoísmo y el pecado heredado o por adquisición personal. De nuevo leemos que “se movió a compasión”, “al ver las multitudes, tuvo compasión de ellas” y al ver a los judíos llorar y a Marta y María en lágrimas se emocionó profundamente y “lloró”. Esta simpatía fue lejos de ser debilidad de carácter, sino lo contrario, porque el carácter verdadero del hombre, a imagen y semejanza del Creador, no es duro, sin piedad e insensible, sino tierno, amable, afectuoso y simpático. Todas estas cosas concurren a mostrarnos que habló “como ningún hombre” y se compadeció también de las condiciones, problemas y aflicciones de la humanidad como ningún miembro de la raza caída podía hacer.

Independientemente de esto debemos recordar el objeto mismo de la venida de nuestro Señor al mundo. No fue sólo para manifestar un poder que no le costara nada, sino, como él mismo explicó, para servir a los demás y *dar su vida* en rescate por

La Reconciliación

muchos. En realidad el salario del pecado no es el sufrimiento, sino la muerte; es por eso que el sufrimiento de nuestro Señor no habría pagado el salario del pecado; era absolutamente necesario que “*gustase la muerte por todos*”. Es por eso que leemos que “Cristo *murió por nuestros pecados*, conforme a las Escrituras.” (1 Cor. 15:3) Sin embargo, convenía que, *tomando el lugar del pecador*, nuestro Señor experimentara todo lo que implicaba la maldición: la pena de muerte; y dado que la familia humana muere por un proceso de pérdida gradual de vida, por flaquezas, enfermedades y debilidades, era apropiado que de igual forma nuestro querido Redentor pasara también por esta experiencia. Y puesto que no era pecador, todos los castigos del pecado que podían recaer sobre él serían por el hecho de *tomar el lugar del pecador y aguantar por nosotros* los azotes de la Justicia.

Nuestro Señor hizo esto en cuanto a la enfermedad, al dolor y a la debilidad de la mejor y más útil manera: derramando voluntariamente su vida, día tras día, durante los tres años y medio de su ministerio, regalando el don de su vitalidad a los que no apreciaban su motivo (su gracia, su amor). Así está escrito: “Derramó su vida [su ser, su existencia] hasta la muerte” y “puesto su vida [su ser] en expiación por el pecado.” (Isa. 53:10,12) Podemos ver rápidamente que desde el momento de su consagración, a sus treinta años al ser bautizado por Juan en el Jordán, hasta el Calvario, *derramó* constantemente su alma; su vitalidad salía continuamente de él para ayudar y curar a quienes servía. Y aunque todo esto *no habría sido suficiente* para pagar el precio de nuestros pecados, no obstante formaba parte de la acción gradual de la muerte que se ejercitaba sobre nuestro querido Redentor, acción que alcanzó su punto culminante en el Calvario cuando exclamó: “Consumado es” con su última chispa de vida.

Parecería necesario que Jesús sacrificara, gastara sus fuerzas y pasara por las experiencias del proceso de la muerte, mas en la cruz fue obligado a experimentar, por sólo un instante, la *separación completa* del pecador con el Padre Celestial, sin ningún socorro divino, al exclamar: “¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?” *Reemplazando* al pecador debía aguantar el

Semejante a sus Hermanos

castigo infligido a éste en todos sus detalles; pues no podía acabar su misión sacrificial antes de haber cumplido todo, antes de pasar por las pruebas consideradas necesarias por el Padre Celestial para su elevación por encima de los ángeles, principados y potestades y su asociación con el Padre sobre el trono del Universo.

Todas las *experiencias* por las cuales el Padre Celestial hizo pasar a su Hijo Bien amado antes de elevarle a la diestra de su majestad y confiarle la gran obra de bendecir a todas las familias de la tierra no eran simplemente unas *pruebas* de la fidelidad del Unigénito, del *Logos*. Las Escrituras nos aseguran que también eran necesarias con el fin de que nuestro Señor pudiera compadecerse de las debilidades de los que rescataba, sentir compasión hacia todos los que quisieran volver a una plena comunión con Dios por él y “socorrerlos”: en la Iglesia durante la Edad actual y en el mundo durante la Edad milenaria: “Para venir a ser misericordioso y fiel sumo sacerdote en lo que a Dios se refiere”, “fue tentado en todo, según nuestra semejanza, pero sin pecado”, “para que se muestre paciente con los ignorantes y extraviados, puesto que él también está rodeado de debilidad”, “por lo cual puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios”. Verdaderamente “tal sumo sacerdote nos convenía: santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores, y hecho más sublime que los cielos.” —Heb. 2:17,18; 4:15,16; 5:2; 7:25,26

ESTUDIO VI

EL SUMO SACERDOTE DE LA RECONCILIACIÓN HIJO DE DAVID Y SEÑOR DE DAVID

¿CÓMO ES EL HIJO DE DAVID?—GENEALOGÍA DE JOSÉ A TRAVÉS DE SALOMÓN—GENEALOGÍA DE MARÍA A TRAVÉS DE NATÁN—“SEA EXALTADO LO BAJO Y HUMILLADO LO ALTO”—¿DE DÓNDE LE VIENE A CRISTO EL TÍTULO DE SEÑOR DE DAVID?—¿CÓMO FUE TANTO LA RAÍZ COMO EL RENUENO DE DAVID?—SIGNIFICADO DE SU TÍTULO “PADRE ETERNO”—¿CÓMO OBTUVO ESTE TÍTULO Y CÓMO SE HARÁ UNA REALIDAD?—¿QUIÉNES SON LOS HIJOS DE CRISTO?—LA IGLESIA, SUS “HERMANOS”—LOS HIJOS DE DIOS Y PADRE DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

“Jesús les preguntó, diciendo: ¿Qué pensáis del Cristo? ¿De quién es hijo? Le dijeron: De David. El les dijo: ¿Pues cómo David en el Espíritu [por la inspiración] le llama Señor, diciendo: Dijo el Señor [Jehová] a mi Señor [adon, maestro, gobernador]: siéntate a mi derecha, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies? Pues si David le llama Señor [adon, maestro], ¿cómo es su hijo?” —Mat. 22:42-45

CABE señalar, en primer lugar, que la discusión de este pasaje no concierne a la preexistencia de nuestro Señor, sino simplemente a su relación con la familia humana. Él llegó a emparentarse con la familia humana, como hemos visto, al tomar nuestra naturaleza por María, su madre. La genealogía de María trazada por Lucas se remonta a David a través de su hijo Natán (Lucas 3:31)* mientras que la de José, tal como la da Mateo, se remonta a David por su hijo Salomón. (Mat. 1:6,16) Al aceptar José a María como mujer y adoptar a Jesús, el hijo de María, como su propio hijo, le daba a Jesús el derecho de apelar a la genealogía de José; pero no era necesario remontarse a David por esa línea, pues su madre también descendía de David por otra rama, como hemos mencionado.

* José es llamado aquí (v. 23) “hijo de Elí”, es decir, el hijo de Elí, el padre de María por matrimonio, legalmente, o como diríamos: el hijastro de Elí. Por su nacimiento José era hijo de Jacob, como indica Mat. 1:16.

Observemos, sin embargo, que la pretensión de Jesús al trono de Israel no descansa en la unión de su madre con José, como algunos han supuesto; al contrario, si hubiera sido hijo de José, habría sido privado de todo derecho ancestral al trono de David. En efecto, los sucesores de David al trono real provinieron de la descendencia de Salomón, y no de la de Natán; sin embargo ciertos pasajes de las Escrituras indican claramente que el gran heredero del trono de David no debía venir por la descendencia real de Salomón. Si lo demostramos habremos tapado al mismo tiempo las pretensiones de los que afirman que nuestro Señor era forzosamente tanto hijo de José como de María. Examinémoslo con cuidado.

En primer lugar la proposición divina es claramente inequívoca con respecto a que el gran heredero del trono del mundo, el gran Rey de Israel, debía venir de la descendencia de David. Luego declara también que debía venir de la descendencia de Salomón, de la familia reinante, pero sólo bajo ciertas condiciones. Y si se cumplen tales, vendría por esta descendencia; si no, vendría por algún otro linaje, pero en todo caso por la descendencia de David y sería tanto hijo de David como Señor de David.

Notemos la declaración bíblica:

“En verdad juró Jehová a David, y no se retractará de ello: De tu descendencia pondré sobre tu trono. *Si tus hijos* guardaren mi pacto, y mi testimonio que yo les enseñaré, *sus hijos* también se sentarán sobre tu trono para siempre.” —Sal. 132:11,12

“Y de entre todos mis hijos (porque Jehová me ha dado muchos hijos), eligió a mi hijo Salomón para que se sienta en el trono del reino de Jehová sobre Israel. Y me ha dicho: Salomón tu hijo, él edificará mi casa y mis atrios; porque a éste he escogido por hijo, y yo le seré a él por padre. Asimismo yo confirmaré su reino para siempre, *si él se esforzare* a poner por obra mis mandamientos y mis decretos, como en este día.” —1 Crón. 28:5-7

“Si tus hijos guardaren mi camino, andando delante de mí con verdad, de todo su corazón y de toda su alma, jamás, dice,

faltará a ti [no te será suprimido. Nota de Darby —Trad.] varón en el trono de Israel hombre.” —1 Reyes 2:4

La promesa del Reino mesiánico por la descendencia de Salomón y por la de su posteridad según la carne, se hace así clara y específicamente *condicional* supeditada a una cierta fidelidad al Señor, y según las reglas de interpretación del lenguaje, esto implica que la infidelidad al Señor excluiría ciertamente la posteridad de Salomón y su descendencia del trono de Israel, en relación con el Reino mesiánico según la carne. La pregunta que se plantea es: ¿Guardaron Salomón y sus sucesores en el trono de Israel “sus caminos, andando delante de mí [Dios] con verdad, de todo su corazón y de toda su alma?” Si no lo hicieron, se les excluye de la descendencia ancestral del Mesías, según la carne.

Debemos acudir a las Escrituras para conocer la respuesta. Allí encontramos que Salomón y su descendencia real no anduvieron según los preceptos divinos. En consecuencia sabemos con certeza que se suprimió y se abandonó esta descendencia como la mesiánica, y que ésta última debía venir por otra nacida de David. Escuchemos la Palabra del Señor:

“Y tú, Salomón, hijo mío, reconoce al Dios de tu padre, y sírvele con corazón perfecto... si le buscases, lo hallarás; pero si lo dejares, él te desechará para siempre.” —1 Crón. 28:9

“Y se enojó Jehová contra Salomón, por cuanto su corazón se había apartado de Jehová Dios de Israel... Y dijo Jehová a Salomón: Por cuanto ha habido esto en ti, y no has guardado mi pacto y mis estatutos que yo te mandé, romperé de ti el reino... Sin embargo no lo haré en tus días, por amor a David, tu padre; lo romperé de la mano de tu hijo. Pero no romperé todo el reino; sino que daré una tribu a tu hijo, por amor a David mi servidor, y por amor a Jerusalén, la cual yo he elegido.” —1 Reyes 11:9-13

De acuerdo con esto el relato expone que las diez tribus fueron arrancadas de la descendencia de Salomón directamente después de su muerte —las que no reconocieron lealtad a Roboam, hijo y sucesor de Salomón. Pero escuchemos la Palabra del Señor tocante a la tribu de Judá y a la de Benjamín que quedaron, durante un tiempo, fieles a la descendencia de Salomón y, por ahí, parecían

asociarse con el Reino antitípico prometido y con el Mesías, el gran Rey. Los tres últimos reyes de la descendencia de Salomón que se sentaron en su trono fueron Joacim, su hijo Joaquín (llamado también Jeconías y Conías) y Sedequías, hermano de Joacim. Observemos el testimonio del Señor contra estos hombres y la seguridad que ningún miembro de su posteridad se sentaría jamás en el trono del Reino del Señor, real o típico. Leemos:

“Vivo yo, dice Jehová, que si Conías hijo de Joacim rey de Juda fuera anillo en mi mano derecha, aun de allí te arrancaría... ¿Es este hombre Conías una vasija despreciada y quebrada? ¿Es un trasto que nadie estima? ¿Por qué fueron arrojados él y su generación, y echados a tierra que no habían conocido? ¡Tierra, tierra, tierra! oye palabra de Jehová. Así ha dicho Jehová: Escribid lo que sucederá a este hombre privado de descendencia, hombre a quien nada próspero sucederá en todos los días de su vida; porque ninguno de sus descendientes logrará sentarse sobre el trono de David, ni reinar sobre Judá.” —Jer. 22:24-30

“Por tanto, así ha dicho Jehová acerca de Joacim rey de Judá: no tendrá quien se siente sobre el trono de David.” —Jer. 36:30

Concerniente a Sedequías leemos:

“Y tú, profano e impío príncipe de Israel, cuyo día ha llegado ya, el tiempo de la consumación de la maldad, así ha dicho Jehová el Señor: Depón la tiara, quita la corona; esto no será más así; sea exaltado lo bajo, y humillado lo alto. A ruina, a ruina, a ruina lo reduciré... hasta que venga aquel cuyo es el derecho, y yo se lo entregaré.” —Eze. 21:25-27

Aquí se anuncia la caída completa de la descendencia de Salomón: era la descendencia exaltada, mas en lo sucesivo sería humillada, mientras que la descendencia degradada u oscura de Natán, que nunca había pretendido el trono, iba a ser exaltada a su debido tiempo en la persona de su representante, el Mesías nacido de María según la carne. ¿Quién podría pedir un testimonio más positivo? El Mesías no podía venir de la descendencia de Salomón, todos los derechos y las pretensiones de esta descendencia, bajo las promesas y las condiciones divinas, perdidos por la maldad de estos reyes y por su rebelión contra Dios. Es, pues, absolutamente

La Reconciliación

falso afirmar que Jesús debía ser hijo de José, y así, haber heredado sus derechos y pretensiones por José, pues ningún hombre de esta rama nunca se sentará en el trono del Señor.

Esta transferencia del reino de la rama de Salomón a otra rama de la casa de David se predice claramente en otros pasajes de las Escrituras: “He aquí que vienen días, dice Jehová, en que *levantaré a David* RENUENO JUSTO, y reinará como Rey, el cual será dichoso... En sus días será salvo Judá, e Israel habitará confiado; y este será su nombre con el cual le llamarán: Jehová, justicia nuestra.” —Jer. 23:5,6— Véase la traducción de *Young*.

María, la madre de Jesús, parecía haber captado este pensamiento e inducida por el Espíritu Santo a hablar proféticamente al expresar el cántico notable de acción de gracias citado por Lucas (1:46-55): “Esparció [Dios] a los soberbios en el pensamiento de sus corazones. *Quitó* de los tronos a los poderosos, y *exaltó* a los humildes. A los hambrientos colmó de bienes, y a los ricos envió vacíos.” Aquí la familia favorecida de Salomón contrasta con la más humilde de Natán. La diadema y la corona se les quitó a Sedequías y a la descendencia de Salomón para dárselas a quien pertenece el derecho, el Renuevo (o rama —*Trad.*) justo de la cepa de David.

Hemos visto cómo nuestro Señor es el Renuevo, el retoño o hijo de David, la descendencia por la cual debe trazarse su genealogía convenientemente, y la concordancia exacta de las Escrituras con esto. Veamos ahora en qué sentido era Señor de David. ¿Cómo podía ser tanto Hijo como Señor de David?

Respondemos que no es el Señor de David a causa de su preexistencia como ser espiritual antes de ser “hecho carne” y vivir “en medio de nosotros”, no más que el Renuevo o el Hijo de David en su existencia prehumana. Nuestro Señor *se hizo* Señor o superior de David, como “Señor de todos” (Hechos 10:36) por la gran obra que cumplió como sumo sacerdote de la Reconciliación. “*Porque* Cristo para esto murió y resucitó, y volvió a vivir, *para ser Señor* así de los muertos como de los que viven.” —Rom. 14:9 (*Diaglotón Enfático —Trad.*).

El *Logos* habría podido, en realidad, llamarse con razón *un* Señor, una alta personalidad de gran autoridad, como se llama *un* Dios, un personaje poderoso o influyente.* También el hombre Cristo Jesús antes de su muerte podía con razón llamarse un Señor como lo hacían sus discípulos: “Vosotros me llamáis Maestro y Señor, y decís bien, porque lo soy.” (Juan 13:13) Como mensajero especial del Pacto, a quien el Padre había santificado y enviado al mundo para rescatarlo y a quien el Padre honraba sobre todo, Éste testimonió: “Éste es mi hijo amado, en quien me complazco”, era apropiado que todos los que contemplaban Su gloria como la gloria del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad, le hubieran reverenciado, escuchado, obedecido y adorado—le hubieran rendido homenaje—como representante del Padre. Pero así como hemos visto en el texto citado más arriba fue en un sentido *particular* y diferente que nuestro Señor Jesús *se hizo* Señor o Maestro en virtud de Su muerte y de Su resurrección.

Este sentido particular en el que Cristo resucitado fue “Señor de todos”, “Señor tanto de los muertos como de los que viven” se relaciona de forma esencial con Su gran obra de sumo sacerdote de la Reconciliación. Fue con este propósito por el que se hizo un hombre. La humanidad depravada, “vendida al pecado” por la desobediencia de Adán, el padre, estaba sin socorro bajo el dominio del Pecado y la sentencia de muerte y su liberación de estos males conforme a la ley divina exigía que el castigo de Adán impuesto a su familia fuera cumplido plenamente. La raza necesitaba *ser rescatada* del pecado, y Cristo se hizo su comprador, su propietario o poseedor, “Señor de todos.” Es con esta misma intención por la que dejó la gloria de su condición prehumana y se hizo Jesucristo *hombre*. Las Escrituras declaran que se dio a sí mismo en rescate, como *precio de rescate* de la raza condenada en

* Aquí no discutimos el término “Jehová”, tan frecuentemente traducido por “Señor” en el Antiguo Testamento. Discutimos otras palabras vertidas por “Señor” como en el texto citado más arriba. “El Señor [Jehová] le dijo a *mi Señor* [*adon* —a mi Maestro]: Siéntate a mi derecha”, etc.

Adán. Así, el mundo entero “fue *comprado* por precio, a saber por la sangre preciosa [la vida] de Cristo.”

Aunque *comprando la raza* llegó a ser, a los ojos de la Justicia, el *dueño*, el *maestro* de esta raza, “Señor de todos”, no realizó este rescate con el propósito de poner la humanidad en esclavitud, sino, al contrario, liberar del pecado y de la muerte a todos los humanos que acepten el don gratuito de Dios. Y el objeto mismo del establecimiento del Reino mesiánico es conceder al hombre los derechos y los privilegios de los hijos de Dios, perdidos en Edén, rescatados y comprados por precio en el Calvario. Para obtener este *derecho de librar* al hombre nuestro Redentor se hizo comprador, poseedor y Señor de todos. Así, por su muerte, el Mesías se hizo Señor de David, porque David fue un miembro de la raza rescatada por la sangre preciosa del Salvador.

“LA RAÍZ Y EL LINAJE DE DAVID” —Apoc. 22:16

Estas palabras dirigidas por nuestro Señor a la Iglesia encierran casi el mismo pensamiento. Según la carne Jesús era, por su madre, el hijo, el germen, el retoño o la posteridad de David. Fue por el sacrificio de su vida inmaculada por la que se convirtió en la “raíz” de David tanto como en su Señor: pues el pensamiento sugerido por la palabra “raíz” difiere un poco del encerrado en la palabra “Señor”. La “raíz” de David significa el *origen*, la fuente de la vida y del desarrollo de David.

Las Escrituras declaran que David era “*vástago* de Jesé” (Isaí): su padre era, por tanto, su raíz, según la generación natural. ¿Cuándo y cómo se hizo Cristo raíz o padre de David? No antes de ser “hecho carne”; fue cuando se hizo carne, como hombre Jesús, que emparentó con la raza de Adán por su madre (Heb. 2:14-18) En esta condición con la raza, y con David, él era el “renuevo” (rama) y no la “raíz”. ¿Cómo y cuándo se hizo “raíz”? Del mismo modo y en el mismo momento en que se hizo “Señor de David”: por su muerte, con la cual compró los *derechos de vida* de Adán y de toda su raza, incluso los de David; el momento fue cuando él

resucitó de entre los muertos, Redentor de Adán, Redentor de la raza y, así, de David.

Resulta que no fue el *Logos* prehumano ni el hombre Jesús el Señor y la Raíz de David, sino el Mesías resucitado. Cuando David en espíritu (es decir hablando bajo influencia profética o del espíritu) llamó a Jesús Señor en estos términos: “Jehová le dijo a mi Señor [Jesús]: “siéntate a mi derecha”, etc., no hablaba de quien se sacrificaba, de “Jesucristo, hombre”, que todavía no se había sacrificado, sino del Jesús victorioso, el Señor de vida y de gloria, el “primogénito de entre los muertos, el soberano de los reyes de la tierra.” (Apoc. 1:5) Así dice Pedro: “A éste levantó Dios al tercer día... Es Señor de todos” (Hechos 10:36,40) y Pablo declara que en su segunda venida se manifestaría como “Rey de reyes y Señor de señores”^{*} —1 Tim. 6:15

“EL SEGUNDO ADÁN”

A consecuencia de su desobediencia, la primera raíz, o el primer padre de la raza humana, Adán, no pudo engendrar a una familia a su propia semejanza, la imagen de Dios; no sólo dejó de darle la vida eterna a su posteridad, sino que perdió su propio derecho a ella y transmitió a su posteridad como legado una sucesión o herencia de pecado, debilidad, depravación y muerte. El *Logos* se hizo carne, el hombre Cristo Jesús, a fin de ser el segundo Adán, tomó su lugar y le dio, así como a su raza (o a todos los que acepten las condiciones puestas por Dios), la *vida más abundante*, la vida eterna, en condiciones favorables, perdida por la desobediencia.

Algunos yerran, sin embargo, al suponer que “Jesucristo *hombre*” era el segundo Adán. ¡No! Como el Apóstol declara en 1 Cor. 15:47: “El segundo hombre, que es el Señor, es del cielo”, el Señor que vendrá del cielo y que en su segundo advenimiento asumirá las funciones y los deberes de un padre para la raza de Adán que rescató en el Calvario con su propia sangre. Para realizar

^{*} Véase página 63.

La Reconciliación

el rescate de la raza de Adán y librarla de la sentencia a muerte de la Justicia era necesario que nuestro Señor Jesús fuese el Dispensador de vida o Padre de la raza; esta gran obra sola cumplió nuestro Señor en su primera venida. En su segundo advenimiento vendrá a levantar a la humanidad a una restauración gradual, a darle vida eterna y todos los privilegios y bendiciones perdidos por el primer Adán. El tiempo comprendido entre ambas está consagrado, según el programa del Padre, a la elección de entre el mundo rescatado de una clase de personas cuyas calificaciones fueron predestinadas; y que deberían ser “conformes a la imagen de su Hijo.” (Rom. 8:29) Esta clase recibe distintos nombres: sacerdotes del Sacerdocio real, cuerpo o Iglesia de Cristo, esposa de Cristo, mujer del Cordero y coheredera de todos los honores, bendiciones y servicio de su Reino.

En consecuencia, la obra del futuro, la obra de la Edad milenaria, el gran objeto por el cual reinará el Mesías, se expresa por la palabra *regeneración*. El mundo se generó una vez a través del padre Adán, pero no pudo obtenerse la vida; se generó sólo el pecado y la muerte, su salario. Pero el nuevo Padre de la raza, el segundo Adán, propone una regeneración general. El tiempo de esta regeneración, ya que se debe hacer disponible al mundo, lo indican claramente las palabras de nuestro Señor a sus discípulos para la Edad milenaria: “vosotros que me habéis seguido también os sentaréis sobre doce tronos, para juzgar a las doce tribus de Israel.”, etc. (Mat. 19:28) Generalmente, los estudiantes de la Biblia reconocen que la Iglesia, escogida durante esta Edad Evangélica, está experimentando una regeneración, pero muchos han perdido de vista que está prevista otra regeneración netamente distinta y que ha sido preparada para el mundo: no es que todos alcancen la regeneración completa, sino que todos tendrán esa posibilidad si obedecen.

Es bueno, a propósito de eso, observar de modo totalmente particular la diferencia profunda entre la regeneración de la Iglesia y la del mundo. En el caso de la Iglesia muchos son llamados a la regeneración ofrecida durante esta Edad Evangélica y pocos son escogidos (o elegidos —*Trad.*), pocos experimentan la

regeneración completa a la que son invitados: hacerse nuevas criaturas en Cristo Jesús, participantes de la naturaleza divina. La regeneración preparada para el mundo, como ya hemos visto, no les dará una nueva naturaleza, sino una restauración, un restablecimiento de la naturaleza humana a su perfección.

Así está escrito: “Fue hecho el primer hombre Adán alma viviente [un ser animal]*; el postrer Adán, espíritu vivificante. Mas lo espiritual no es primero, sino lo animal; luego lo espiritual.” (1 Cor. 15:45-47 —Véase *Diaglotón Enfático*). En realidad, en los días de su carne nuestro Señor Jesús se identificó con el primer Adán y su raza por la simiente de Abrahán (Heb. 2:16) y fue hecho “un poco menor que los ángeles, por la pasión de la muerte, con el fin de que por la gracia de Dios probara la muerte *por todos*.” Habiendo cumplido la obra fue resucitado de entre los muertos y hecho partícipe de la naturaleza divina: ha llegado a ser el poseedor de la familia humana que acababa de rescatar, de la que no forma más parte, no siendo más “de la tierra, terrestre”, sino Señor celestial, el segundo Adán, un *espíritu dador de vida*.

El primer Adán fue la “raíz” original de la cual surgió toda la familia humana; por consiguiente, nuestro Señor en la carne, hijo de María, hijo de David, hijo de Abrahán, fue en el mismo sentido un retoño o rama sacada de Adán (pero habiendo recibido, como hemos visto, una vida intacta desde arriba que le mantuvo siempre apartado de los pecadores). Fue su *sacrificio* como *hombre* (en obediencia al plan del Padre) que no sólo le aseguró su exaltación personal a la naturaleza divina, sino que adquirió a toda la raza de Adán y el derecho de Adán como padre o “raíz” de la raza. Así, mediante la compra de derechos y el lugar de Adán, nuestro Señor es el segundo Adán. Dando su vida humana por la de Adán sacrificó también a favor de sus hijos toda perspectiva humana de procrear una raza engendrada de manera natural con el fin de poder, a su debido tiempo, aceptar “a quien quiera” de la familia de Adán como sus propios hijos, *regenerándoles* y dándoles vida eterna en condiciones razonables. No es más una rama sacada de la raíz de

* “Animal”: “carnal, opuesto a espiritual” (dicc.). —*Trad.*

La Reconciliación

Isaí (Jesé) y de David, Jesús es una nueva raíz, preparada para dar *nueva* vida y sustento a la humanidad: a Adán, Abrahán, David y a todos los demás miembros o ramas de la familia humana arruinada por el pecado, que quieran aceptar esta vida con las condiciones del “Nuevo Pacto”.

Como fue la *primera* obra de Jesús por su Iglesia durante la Edad Evangélica, así será su obra por todos los miembros de la humanidad que la acepten durante la Edad milenaria. Actualmente, la *primera* obra por Su Iglesia es la *justificación* que da derecho a la vida (la vida humana) en armonía con Dios, en comunión con Dios; es la misma vida que gozaba el hombre perfecto Jesús antes de su consagración a la muerte en su bautismo, la misma también que gozó el primer hombre perfecto Adán antes de su transgresión; excepto que las suyas fueron *realmente* perfectas mientras que la nuestra es simplemente una perfección de vida *reconocida como tal*. (De ahí la declaración de que somos “*justificados por la fe*”).

Nuestro Señor se describe a sí mismo y a la Iglesia como vid, mostrando así admirablemente lo que son los *sarmientos* y la *cepa*. Adán y su raza fueron la cepa y los sarmientos originales y, atacados por el virus del pecado, produjo malos frutos y muerte. Nuestro Señor se hizo nuevo sarmiento, fue trasplantado a la cepa adámica y llevó una especie diferente de fruto. Una particularidad de la vid es que los *sarmientos* pueden enterrarse y convertirse en *raíces*. Así nuestro Señor, el sarmiento trasplantado sobre la cepa adámica, fue enterrado para dejar de ser *sarmiento* y hacerse *cepa*. Durante la Edad actual los miembros de su Iglesia son “sarmientos” y lleva como “fruto la *santificación*” (Rom. 6:22), la nueva vida procedente de él. Se pide todavía a todos los sarmientos de esta Edad no sólo de llevar “muchos frutos” como sarmientos, como él hizo, sino ser sepultado y hacerse con él partes de la *raíz* (o cepa —*Trad.*) que durante la Edad milenaria fortifique y alimente a la raza humana *regenerada*.

La raíz caída, Adán (con la primera Eva, su compañera), engendró a la familia humana a la esclavitud del pecado y de la muerte; el segundo Adán, Cristo (con su Esposa y Compañera), tras haber rescatado los derechos del primer Adán, así como a

Adán mismo, su raza, estará preparado para regenerar a todos los humanos bien dispuestos y obedientes. Esta obra se llama “restitución” (o restauración) (Hechos 3:19-23), que devolverá a los dignos los privilegios y las bendiciones perdidos por el primer Adán, con el fin de que la humanidad restablecida, como vid del Señor, pueda llevar mucho fruto en la alabanza de Dios. Pero debe notarse que el privilegio de ser la “raíz” se reserva a Cristo, Cabeza y cuerpo, formado por los “elegidos según la presciencia de Dios en santificación del espíritu” durante esta Edad Evangélica. (1 Ped. 1:2) David y otros dignos del pasado, muertos antes de que el “sarmiento” hubiera sido enterrado y se hubiera hecho “cepa”, nunca podrán formar parte de la raíz, o cepa, y tampoco los fieles de la Edad milenaria. Todos, sin embargo, estarán *satisfechos* cuando alcancen su *semejanza*, ya sea la terrestre o la celestial. La humanidad tendrá el privilegio de alcanzar la semejanza con el *hombre* perfecto Cristo Jesús, el santo “sarmiento”, mientras que la Iglesia, su “esposa”, “su cuerpo”, sus sacerdotes fieles, que ahora completan lo que queda de los sufrimientos de Cristo y se hacen “la misma planta con él por la conformidad de su muerte”, llevarán su imagen celestial. 1 Cor. 15:48,49; Heb. 11:39,40

“EL PADRE ETERNO”

“Se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno, Príncipe de Paz” —Isa. 9:6

Ya hemos observado la conveniencia del título “Dios Fuerte” (o poderoso —Trad.) aplicado a nuestro Señor Jesús; poca gente discutirá que él es verdaderamente el Maravilloso de toda la familia del Padre celestial; ni que es un gran Consejero, o Maestro; ni que, aunque su Reino deba inaugurarse en un tiempo de angustia y de confusión causados por la destrucción de las malas instituciones actuales, nuestro Señor es, sin embargo, el Príncipe de Paz que establecerá una paz segura y duradera sobre la única base conveniente, la justicia, en conformidad con el plan y el carácter divinos.

La Reconciliación

Ahora examinemos el título “Padre Eterno”, que hallamos tan apropiado y tan significativo como los demás y no contradice, como algunos suponen, los múltiples pasajes de las Escrituras que declaran que Jehová es el Padre Eterno, “el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo”, como expresa Pedro. (1 Ped. 1:3) Al contrario, las Escrituras muestran claramente que este título se aplicará a nuestro Señor en su segunda venida de manera totalmente particular porque será el Padre de la raza humana regenerada durante el Milenio. En realidad, este título es simplemente el equivalente de los que acabamos de examinar; el nuevo “Señor” de David y de la humanidad, la nueva “Raíz”, el segundo Adán, estos títulos significan simplemente el Padre eterno, el Padre que da la vida eterna.

Puesto que nuestro Señor rescató al mundo al precio de su propia vida es en virtud del rescate que se hizo Señor, Dispensador de vida, el que lo restaurará, y ya que la idea central misma encerrada en la palabra *padre* es la de *dador de vida*, nuestro Señor no podía tomar un nombre o título más apropiado que el de “Padre eterno” para representar sus lazos con el mundo a punto de ser regenerado, nacido de nuevo de entre los muertos por el proceso de restauración, de resurrección. Los humanos recibirán la vida directamente del Señor Jesús que, como veremos pronto, la *rescató* según las disposiciones divinas y pagó a la Justicia el precio completo. Sin embargo, después de terminar el proceso de restauración, el mundo restaurado reconocerá a Jehová como la gran fuente original de vida y de bendiciones, el autor del gran plan de salvación ejecutado por nuestro Señor Jesús, el Padre supremo (“gran”) y Señor sobre todos. —1 Cor. 15:24-28; 3:23; Mat. 19:28

Durante siglos tanto el sabio como el insensato, el erudito como el comentador, y el estudiante, han estado confundidos por la siguiente declaración profética siguiente en pleno acuerdo con lo que acabamos de ver, a saber:

“EN LUGAR DE TUS PADRES SERÁN TUS HIJOS; A QUIENES HARÁS PRÍNCIPES EN TODO LA TIERRA”

—Sal. 45:16—

A los patriarcas y los profetas, especialmente los de la ascendencia genealógica a través de la cual descendió nuestro Señor según la carne por María, se les honró por mucho tiempo con el título “padres”, o antepasados del Mesías; como declaran los textos citados anteriormente: David era la raíz de donde debía brotar el Mesías, la Rama Justa, y el Mesías debía ser el hijo de David. Pero todo esto cambiará cuando la Iglesia, el cuerpo de Cristo, se complete y se una con Jesús el Jefe (o Cabeza) en la gloria, y cuando el Padre Eterno de los humanidad comience la regeneración del mundo. Los que antes eran padres serán entonces hijos. Abrahán, Isaac, Jacob, David no poseyeron *vida* en el sentido verdadero del término: todos eran miembros de la raza condenada a muerte. Al tomar Jesús nuestra naturaleza, identificarse con la simiente de Abrahán y de David y cumplir la obra de redención se aplicaba todo no sólo al mundo en general, sino a todos sus antepasados según la carne. Él rescató a todos y nadie puede obtener la *vida* (completa, perfecta y eterna) sino por él. “El que cree en el Hijo tiene la vida eterna; pero el que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida.” (Juan 3:36) Es por eso que Abrahán, Isaac, Jacob, David, todos los profetas y el resto del mundo deben recibir de Cristo la vida futura y eterna, o, sin él, sólo condenación. Es verdad pues que cuando, al debido tiempo de Dios, se les despierte de la muerte será por el gran Dispensador de vida, Jesús, que será así su Padre o el dador de la vida.

A propósito de eso es interesante notar también que las Escrituras designen claramente al Padre Celestial como el autor de la regeneración de la Iglesia, de la esposa de Cristo. Como prueba observe las declaraciones bíblicas al respecto. El apóstol Pedro declara: “Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo... *nos hizo renacer.*” (1 Ped. 1:3) El apóstol Juan también declara: “*que somos engendrados de Dios.*” (1 Juan 5:18) El apóstol Pablo declara igualmente: “Para nosotros sólo hay un *Dios, el Padre.*” (1 Cor.

La Reconciliación

8:6) Él ha enviado su espíritu en nuestros corazones, por el cual *clamamos*: “Abba, Padre.” (Rom. 8:15) Nuestro Señor Jesús dio el mismo testimonio después de su resurrección: “Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios.” (Juan 20:17) El Evangelio de Juan testimonia: “A todos los que le recibieron... les dio potestad de ser hechos hijos de Dios” y declara de ellos que “no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, ni de la voluntad del hombre, sino de Dios.” (Juan 1:12,13) El apóstol Santiago declara del Padre de las luces que “de su voluntad, *nos hizo nacer* por la Palabra de verdad, para que seamos primicias de sus criaturas.” —Stg. 1:18

En efecto, todo lo que concierne a la Iglesia indica que los fieles de esta Edad Evangélica no son los hijos de Cristo, sino los hijos de su Padre, engendrados del espíritu del Padre a la naturaleza del Padre y destinados a ser “herederos de Dios y *coherederos de Cristo*, si es que padecemos juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados.” —Rom. 8:17

El parentesco que nos une a nuestro Señor Jesús indica específicamente y en repetidas ocasiones que es fraternal y no filial. Hablando de la Iglesia el Apóstol dice que Él no tiene vergüenza de llamarles hermanos así como se había profetizado: “Anunciaré a mis hermanos tu nombre; en medio de la congregación* te alabaré”. Y en otra ocasión: “Yo y los hijos [de Dios] que Dios me dio”. Estos son “los muchos hijos” que el Padre trae a la gloria, bajo el Jefe de su Salvación, Cristo Jesús, y está escrito de nuevo con respecto a esta Iglesia que nuestro Señor Jesús, en su resurrección, fue “el primogénito entre muchos *hermanos*.” —Rom. 8:29; Heb. 2:10-13

Esta gran obra de dar la vida al mundo se aplaza hasta que el Cuerpo del Dador de vida se haya acabado, hasta que a los “hermanos”, con su Señor y Redentor, se les haya recibido como hijos de gloria y hayan inaugurado la obra de restauración. Hasta para los del mundo (los dignos de la antigüedad) cuya fe y lealtad a Dios ya han sido puestas a prueba y aprobadas no puede haber don

* Griego: *ecclesia*, Iglesia —Trad.

de vida hasta que se haya reunido por completo el cuerpo del gran Moisés antitípico (la Iglesia) (Hechos 3:22,23), como está escrito: “Para que no fuesen ellos perfeccionados aparte de nosotros [los vencedores de la Edad Evangélica, el Cuerpo del Ungido]” no heredando las buenas cosas terrestres que se les había prometido. —Heb. 11:39,40

Así, considerando que Cristo Jesús cumplió con la redención y obtuvo la autoridad, o señorío, de la tierra perdida por Adán por su sangre preciosa comprendemos que Cristo tenga derecho al título y a la carga de Dador de vida y Padre de todos los de la raza de Adán que acepten las bendiciones de la restauración bajo las condiciones del Nuevo Pacto y podemos comprender cómo es, entonces, tanto Raíz como Renuevo de David, tanto hijo de David como padre de David, el Señor de David.

En este orden de ideas puede uno preguntarse: ¿Cómo los miembros de la Iglesia de esta Edad Evangélica, una fracción del mundo, “hijos de ira, como los demás” (Ef. 2:3), y necesitando como los demás el perdón de los pecados por el mérito de la gran expiación, son, en cualquier sentido estricto, separados y distintos del mundo, de modo que debería llamárseles “hijos de Dios” mientras que a los hombres de este mundo debería llamárseles hijos del Dador de vida, de Cristo?

La distinción proviene del hecho de que el mundo no tenía sus derechos de vida humana por el rescate del Señor Jesús, sino que los obedientes tendrán que adquirir la vida *restaurada por él* a través de los procesos graduales de la Edad Milenaria. La Iglesia, al contrario, no recibe la *restitución* de la vida humana que su Señor adquirió para ella. Esta restauración de la vida *se considera dada* a los creyentes de esta Edad Evangélica en el sentido de que son justificados (hechos perfectos, restaurados como seres humanos) *por fe*, y no realmente. Y esta perfección humana, considerada tal por la fe, se da con un objetivo especial: que éstos puedan *sacrificar* la vida humana considerada como tal o imputada, y los derechos y los privilegios de ella y *recibir en cambio* la esperanza de compartir la *naturaleza divina*.

La Reconciliación

Adán perdió la vida y las bendiciones terrestres, y éstas, y no otras, las redimió nuestro Señor para los hombres y las concederá eventualmente durante la época de la restauración. Pero a la Iglesia (el cuerpo, la esposa de Cristo) se la llama de la humanidad primero; es una clase especialmente “elegida” llamada a una “vocación *celestial*”, a un “llamamiento supremo”, para ser coherederos con Jesucristo, su Señor y Redentor. Como Jesús ofreció su sacrificio perfecto, “Jesucristo, hombre”, y se le recompensó con el don de la naturaleza divina, así los creyentes de esta Edad Evangélica ofrecen su yo imperfecto (justificado por los méritos de la sangre preciosa de Jesús) sobre el altar de Dios; y al hacerlo son engendrados del espíritu para ser “nuevas criaturas”, “hijos del Altísimo”, aceptados como hermanos de Cristo, como miembros del “sacerdocio real” del cual él es sumo sacerdote.

Éstos son atraídos por el Padre, no por el Hijo, como será en el mundo durante el Milenio (compárese Juan 6:44 y 12:32). A los que el Padre atrae a Cristo se les recibe por éste como “hermanos”, su hermano mayor, y les ayuda a seguir sus pasos por la senda estrecha del sacrificio, aun hasta la muerte. Así pueden morir con él y considerarse co-sacrificadores con él y, de este hecho, considerarse dignos de heredar con él el Reino y la obra de bendecir al mundo y dar vida eterna a cuantos quisieran recibirla. De éstos (sus hermanos —*Trad.*) se dice claramente que deben “cumplir lo que falta de las aflicciones de Cristo”, “sufrir con él para reinar con él.” (Col. 1:24; 2 Tim. 2:12) La posición de la Iglesia es, pues, particularmente diferente de la del mundo en general, lo mismo que su llamamiento es un alto llamamiento, un llamamiento celestial, así su recompensa debe ser la naturaleza divina. —2 Ped. 1:4

Este es el gran “misterio” que, como declara el Apóstol, es la clave sin la cual es imposible entender las promesas y las profecías de la Palabra divina. (Col. 1:26) El Padre Celestial se propuso crear la raza humana, un poco inferior a los ángeles, de la tierra y terrestre y adaptada a ella en su condición paradisíaca, pero también conoció el resultado de la caída y, así, tuvo ocasión de manifestar su justicia, su amor, su sabiduría y su poder divinos.

Igual que dispuso que su Hijo Unigénito, el *Logos*, debería tener la oportunidad de probar su fidelidad al Padre y a los principios de la justicia, al hacerse Redentor del hombre y heredero de todas las riquezas de la gracia divina, y jefe de todos, junto al Padre, con el fin de que en todo pudiera tener preeminencia, así también ideó que antes de la restauración general de los humanos haría una selección según el carácter y fidelidad, de un “rebaño pequeño”, para que sus miembros sean coherederos del Unigénito y sus socios en el Reino, por encima de ángeles, principados y potestades, y de todo nombre.

En consecuencia, Pedro dice que somos “elegidos según la presciencia de Dios Padre en santificación del espíritu.” (1 Ped. 1:2) y Pablo lo corrobora al decir: “A los que antes conoció, también les *predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo*, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos.” (Rom. 8:29) Además, deseaba que se iluminasen los ojos de nuestra entendimiento y conocer “la esperanza de su llamamiento, y cuáles son las riquezas de la gloria de su herencia en los santos, y cuál la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos.” Declara que esta misericordia hacia nosotros se manifestó sin que hayamos hecho nada para merecerla; “Dios... aun estando nosotros muertos en nuestras pecados, *nos dio vida juntamente con Cristo...* y juntamente con él nos resucitó... nos hizo sentar juntos en los lugares celestiales con Cristo Jesús, para mostrar en los siglos venideros, las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús... Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras.” —Ef. 1:17-19; 2:4-10

ESTUDIO VII

EL SUMO SACERDOTE DE LA RECONCILIACIÓN “EL HIJO DEL HOMBRE”

LO QUE NO SIGNIFICA ESTE TÍTULO—SU SIGNIFICADO—NADIE MÁS PUEDE REIVINDICAR LOS HONORES INDISCUTIBLES QUE IMPLICA—EL HIJO DEL HOMBRE VISTO POR EL MUNDO—LAS OPINIONES DE PILATO, DE ROUSSEAU, DE NAPOLEÓN—SIGNIFICADO DE LAS EXPRESIONES: “NO HAY PARECER EN ÉL, NI HERMOSURA; LE VEREMOS, MAS SIN ATRACTIVO PARA QUE LE DESEEMOS”; Y “DE TAL MANERA FUE DESFIGURADO DE LOS HOMBRES SU PARECER”, “SEÑALADO ENTRE DIEZ MIL”, “TODO ÉL CODICIABLE”

DE LOS muchos títulos aplicados a Cristo uno de los más frecuentemente empleados por él mismo es el de “Hijo del Hombre”. Algunos tienden a creer que se trata del reconocimiento de Jesús de ser hijo de José; pero es totalmente falso, porque nunca le reconoció como su padre. Al contrario, obsérvese que este título que se aplica a sí mismo es relativo no sólo a su vida terrestre, sino a su condición y a su gloria presentes. Y de este hecho otros han ido al extremo opuesto para pretender que indica que nuestro Señor ahora es *un hombre* en el cielo, que aún conserva su naturaleza humana. Éste, como vamos a intentar demostrar, es un pensamiento absolutamente sin fundamento, una falsa interpretación del título “Hijo del Hombre”. Mientras tanto notemos que tal idea está en desacuerdo completo con la enseñanza general de la Biblia. Las Escrituras declaran con fuerza que la humillación de nuestro Señor por tomar la naturaleza humana no debía durar eternamente, sino que tenía por objeto simplemente cumplir con la redención del hombre pagando el castigo en su lugar; y probar, al hacerlo, su fidelidad personal al Padre, lo que le valió, inmediatamente después, ser elevado no sólo a la gloria que tenía cerca del Padre antes de que el mundo fuera, sino a una gloria más excelente, bien por encima de los ángeles, principados y

El Hijo del Hombre

potestades —a la naturaleza divina y a la diestra, lugar de favor, de la Majestad en las alturas.

Note con cuidado algunos de los usos por nuestro Señor de este título:

“Enviaré el Hijo del Hombre a sus ángeles”, en la época de la cosecha de esta Edad Evangélica. —Mat. 13:41

“Así será la venida del Hijo del Hombre”, en la cosecha, al fin de esta Edad. —Mat. 24:27,37

“Cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria, y todos los santos ángeles con él.” —Mat. 25:31

“El Hijo del Hombre se avergonzará también de él, cuando venga en la gloria de su Padre.” —Marcos 8:38

“¿...Si viereis al Hijo del Hombre subir adonde estaba antes?” —Juan 6:62

“El que descendió del cielo, el Hijo del Hombre.” —Juan 3:13*

Estos pasajes identifican al “Hijo del Hombre” con el Señor de gloria, con el hombre Cristo Jesús que se dio a sí mismo y con el *Logos* prehumano que descendió del cielo y se hizo carne. Y es evidente que los judíos no tenían ni idea de que el título “El Hijo del Hombre” significaba el hijo de José o, en el sentido ordinario, el hijo de un hombre, el que recibe la vida de un padre humano: lo que se demuestra por el hecho de que se informaron en estos términos: “Nosotros hemos oído de la ley que el Cristo permanece para siempre. ¿Cómo, pues, dices tú que es necesario que el Hijo del Hombre sea elevado? ¿Quién es este Hijo del Hombre?” (Juan 12:34) Los judíos identificaban evidentemente la expresión “el Hijo del Hombre” con su Mesías esperado, basando sin duda alguna sus esperanzas, en gran medida, en la declaración de Dan. 7:13,14: “Miraba yo en la visión de la noche, y he aquí con las nubes del cielo venía uno como un hijo de hombre, que vino hasta el Anciano de días, y le hicieron acercarse delante de él. Y le fue

* Las palabras “que está en el cielo” son omitidas por los MSS más antiguos. (Véase el Nuevo Testamento de Goguel y Monnier; el Nuevo Testamento de Rilliet; el *Diaglotón Enfático*, sus textos y notas. —Trad.)

dado dominio, gloria y reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran; su dominio es dominio eterno, que nunca pasará, y su reino uno que no será destruido”. Nuestro Señor se identificó con esta descripción en Apoc. 14:14, donde se representa a sí mismo como alguien “semejante al Hijo del Hombre, que tenía en la cabeza una corona de oro, y en la mano una hoz aguda”, el Segador de la cosecha de la Edad Evangélica.

Sin embargo, hasta si estamos seguros de que este título no concierne en ningún sentido al hijo de José, y a pesar de que la naturaleza humana, tomada con este propósito, fue *sacrificada para siempre* y que ahora es un ser espiritual vivificante del orden más elevado (Heb. 2:9,16; 1 Ped. 3:18; Juan 6:51; Fil. 2:9) la pregunta es: ¿Por qué nuestro Señor escogió tal título? ¿No tenemos razones para sospechar que debe haber un motivo particular para ello, si no el escogerlo no habría tenido lugar, ya que cada uno de los títulos de nuestro Señor (cuando se los comprende) tiene un significado particular?

Hay una razón muy importante para el uso de este título: es de gran honor, porque recordará a perpetuidad la gran victoria de Jesús; su obediencia humilde y fiel a todos los arreglos del Padre Celestial, aun hasta la muerte, y muerte de cruz; por su sacrificio adquirió el título a todos los honores presentes y futuros, a la gloria, a la dignidad, al poder y a la naturaleza divina. Y este título recuerda de manera directa, tanto a los ángeles como a los hombres la gran demostración de humildad del Unigénito del Padre y el principio subyacente del gobierno divino: el que se ensalza será humillado y el que se humilla será ensalzado. Así, cada vez que se emplea este título expresa todo un volumen de instrucciones de alto valor para todos los que quieran ser enseñados de Dios, que desean honrarle y hacer cosas agradables a sus ojos.

Si afirmamos que nuestro Señor fue “de la simiente^{*} de David” y “de la de Abrahán, de la de Isaac y de la de Jacob”, también lo fue de la de Adán, por Eva; y sin embargo, como hemos visto, fue “sin mancha y *apartado* de los pecadores”. Aunque “la

* O “posteridad” —*Trad.*

simiente de la mujer” es antagónica con la de la serpiente no se deja entender de ninguna manera que Eva habría tenido otra simiente aparte de la de su marido. Y si justo es pensar y decir que nuestro Señor es de la simiente de David, es también justo creer que es de la simiente de Adán por Eva. Creemos que esa es la idea escondida tras el título “El Hijo del Hombre”.

Adán, en su calidad de jefe de la raza y encargado de darle la vida, no pudo, por su desobediencia, dar la vida eterna a su posteridad; sin embargo, según la promesa divina, llegaría el tiempo en que el Mesías, identificándose con la raza de Adán, rescataría a este último y a toda su descendencia. Adán fue *el hombre* por excelencia porque fue la cabeza (jefe) de la raza humana y porque en él residía el título que daba derecho a la posesión y a la dominación de la tierra. Note la alusión profética hecha a Adán: “¿Qué es el hombre, para que tengas de él memoria, y el hijo del hombre, para que lo visites? Le has hecho poco menor que los ángeles, y lo coronaste de gloria y de honra. Le hiciste señorear sobre las obras de tus manos; todo lo pusiste debajo de sus pies: Ovejas y bueyes, todo ello, y asimismo las bestias del campo, las aves de los cielos y los peces del mar; todo cuanto pasa por los senderos del mar.” —Sal. 8:4-8

Este derecho (realeza, dominación) terrenal cayó en el desorden y estuvo perdido por la caída, pero fue parte integrante de lo rescatado por la gran ofrenda por el pecado. Como está escrito de nuestro Señor: “Y tú, oh torre del rebaño, fortaleza de la hija de Sion, hasta ti *vendrá el señorío primero.*” (Miq. 4:8) Así vemos que la esperanza del mundo, según el arreglo divino, radicaba en la llegada de un hijo ilustre y un heredero de Adán, de un hijo ilustre de Abrahán, de un hijo ilustre de David, de un hijo ilustre de María. Esto no implica tampoco que la *vida* de este hijo provendría de Adán, de Abrahán, de David o de María. Como anteriormente hemos visto a un hijastro o un yerno, bajo el arreglo divino, se le considera como miembro de la familia y tiene la capacidad de rescatar una herencia abandonada y de recuperar posesión. En el caso de nuestro Señor, hemos visto claramente que de un parentesco terrestre no le provenía la *vida*, sino sólo su organismo

físico (la *vida* le venía de Dios), y al principio se le conoció como el *Logos*.

Cuanto más estudiamos este tema, tanto más claro aparece todo lo que acabamos de decir pues el estudiante de griego puede fácilmente informar del hecho en los que nuestro Señor usa la expresión, “El Hijo del Hombre”, enfáticamente, forma que no se aprecia en las traducciones inglesas (y castellanas) y que debería enfatizarse subrayando ambos artículos: “*El Hijo del Hombre*”. Y el derecho de nuestro Señor a este título es indiscutible. Como Adán solo era perfecto y todos sus descendientes, una raza degenerada, con la excepción de este único Hijo que consintió en hacerse miembro de la raza de Adán, para ser el *Redentor* de todo lo perdido; así al cumplir Jesús el acto de redención y liberarla de la sentencia de muerte, adquirió de manera legal e indiscutible el título o el derecho de ser *el hijo del hombre*.

Este título no sólo le perteneció con toda legitimidad a Jesús durante el tiempo en que dio su vida en “rescate por todos”, sino que todavía le pertenece legítimamente durante la presente Edad Evangélica mientras progresa la selección de los trabajadores con él para realizar el grandioso programa de la restauración de todas las cosas. Y le pertenecerá mucho más legítimamente todavía durante el período de su Reino milenario, cuando él, el Hijo (ahora altamente elevado y cambiado) del hombre (Adán), persiga la obra de la restauración, “la redención [liberación] de la posesión adquirida.” —Ef. 1:14; Rut 4:1-10

“JESUCRISTO, HOMBRE” VISTO POR LOS INCRÉDULOS

No sólo los discípulos del Señor Jesucristo fueron los únicos en reconocer su sabiduría y su gracia, y señalaron que “estaba lleno de toda la plenitud de Dios”, sino que hasta sus adversarios lo reconocieron superior al común de nuestra raza. Leemos: “Y todos daban buen testimonio de él, y estaban maravillados de las palabras de gracia que salían de su boca.” (Lucas 4:22) Otros decían: “¡Jamás hombre alguno ha hablado como este hombre!”

(Juan 7:46) Y Pilato, estando poco dispuesto a destruir la vida del judío más notable que hubiera visto jamás, intentó como último recurso apaciguar la malevolencia de la multitud; porque se dio cuenta de que fue instigada por los escribas y los fariseos, envidiosos y celosos de la popularidad de nuestro Señor. Finalmente, Pilato hizo traer a Jesús delante de sus acusadores, evidentemente con la idea de que una mirada sobre los rasgos de Jesús desviaría su odio y su maldad. Pilato presentó a Jesús y exclamó: “¡He aquí *el* Hombre!”; poniendo un énfasis que no aparece en nuestras traducciones, a menos que enfatice el “*el*”, como si hubiera dicho: “El hombre a quien se me pide crucificar no es sólo *el* judío superior a todos los demás, sino *el* Hombre superior a todos los demás hombres.” Es con respecto a la condición de hombre de Jesús que Juan declara: “El *Logos* fue hecho carne y vimos su gloria, una gloria como de un hijo único de parte del Padre, lleno de gracia y de verdad.” —Juan 1:14; 19:5

Recordemos el elogio a menudo citado y bien conocido sobre “El Hijo *del* Hombre” y sus enseñanzas, por Rousseau, el escritor célebre francés, en su obra “Emilio”:^{*}

“Mirad los libros de los filósofos con todo su aparato. ¡Qué ridículos son al lado de éste (El Evangelio)! ¿Es posible que un libro tan sencillo, tan sublime, haya salido de los hombres? ¿Es posible que aquel cuya historia narra no sea más que un hombre? ¿Es ése el estilo de un ardiente seguidor o de un ambicioso sectario? ¡Qué blandura, qué costumbres más puras! ¡Qué delicada gracia en sus instrucciones! ¡Qué máximas más sublimes! ¡Qué sabiduría más honda en sus juicios! ¡Qué claridad y qué justas sus respuestas! ¡Qué gobierno de sus pasiones! ¿Dónde está el hombre, dónde el sabio que sabe obrar, sufrir y ser conducido al patíbulo sin temor ni orgullo?... ¿Pensaremos que la historia del Evangelio ha sido inventada? Amigo mío, nada se inventa así, y los hechos de Sócrates, de los que nadie duda, están menos comprobados que los de Jesucristo. En realidad, esto es desviar la dificultad sin destruirla;

^{*} Extraída de las obras completas, tomo 2, página 597 (Furne y Cie Paris, ed. 1852).

más incomprensible sería que varios hombres, puestos de acuerdo, hubiesen escrito este libro que el que uno solo haya dado materia para él. Jamás hubieran imaginado unos autores judíos ni aquel estilo ni aquella moral, y el Evangelio presenta caracteres de verdad tan grandes, tan de relieve, tan perfectamente inimitables, que aún sería el inventor más admirable que el héroe.”

El elogio que sigue sobre “*El Hijo del Hombre*” se atribuye al célebre Napoleón Bonaparte:

“Él es el mismo, desde el primer día de su vida hasta el último, siempre el mismo, majestuoso y simple, infinitamente severo e infinitamente dulce; en un comercio de vida, por decirlo así, público, Jesús no da jamás motivo para la menor crítica; su conducta sumamente prudente es siempre la admiración del mundo por una mezcla de fuerza y dulzura. Que ya hable u obre Jesús es luminoso, inmutable, impasible. Lo sublime, se ha dicho, es un rasgo de la divinidad: ¿qué nombre puede darse a aquel que reúne en sí todo el ideal de lo sublime?

“Conozco a los hombres; y os digo que Jesús no es sólo un hombre... Todo en Él me sorprende; su espíritu me abisma y su voluntad me confunde. Entre Él y cualquier otro personaje del mundo no hay término posible de comparación. Es verdaderamente un ser aparte: sus ideas y sentimientos, la verdad que anuncia, su manera de convencer, no se explican ni por la organización humana ni por la naturaleza de las cosas. Su nacimiento y la historia de su vida, la profundidad de su dogma que lleva verdaderamente a la cima de las dificultades, y de las cuales es la más admirable solución su Evangelio; la singularidad de ese ser misterioso, su aparición, su imperio, su marcha a través de los siglos y de los reinados, todo es para mí un prodigio, no sé qué misterio insondable... En esto no veo nada del hombre. Cuanto más me acerco a ello, cuanto más lo examino de cerca, todo está muy por encima de mí, todo es grande, pero de una grandeza que me anonada, y cuanto más reflexiono, menos me doy cuenta de nada... Desafío a que se me cite alguna existencia igual a la del Cristo.”

En verdad, la realidad sobrepasa la ficción, y el hombre perfecto Cristo Jesús, ungido del espíritu del Altísimo, fue tan

diferente de la raza imperfecta de la que se ocupó con vistas a su redención, que el mundo es ciertamente excusable cuando se pregunta si Jesús no era más que un hombre. Ciertamente, él fue más, mucho más, que un *simple* hombre, mucho más que un hombre pecador: fue apartado de los pecadores, y, como hombre perfecto, era la imagen y la misma semejanza del Dios invisible.

“NO HAY PARECER EN ÉL, NI HERMOSURA; LE VEREMOS, MAS SIN ATRACTIVO PARA QUE LE DESEEMOS”

“Subirá cual renuevo delante de él, y como raíz de tierra seca; no hay parecer en él, ni hermosura; le veremos, mas sin atractivo para que le deseemos. Despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto; y como que escondimos de él el rostro, fue menospreciado, y no lo estimamos.”—Isa. 53:2,3—Compárese con las traducciones de Young y Leeser.

Algunos han insinuado que este pasaje indica que la apariencia personal de Jesús era inferior a la de otros hombres pues han visto allí la prueba de que no fue apartado de los pecadores, sino que era un pecador que sufría el castigo, la degradación del pecador. Sin embargo no somos de esta opinión, pues esta concepción está en contra de la orientación general del testimonio bíblico; somos propensos, al contrario, de hacer coincidir esta declaración con el testimonio general de las Escrituras y sí puede hacerse respetando los principios correctos de interpretación, y creemos que puede hacerse y demostrarse.

Existen diversos tipos de honorabilidad, de belleza, de gracia y los ideales difieren de manera sorprendente según los pueblos, y hasta según las personas bajo diferentes circunstancias: el ideal de belleza satisfactoria para los bárbaros provoca repulsión en la gente más civilizada; el guerrero indio, pintado de rojo y amarillo, engalanado de conchas y plumas teñidas y provisto de un cinturón de cabelleras sanguinolentas, sería el ideal deseable a la mente de algunos salvajes; el boxeador en el cuadrilátero, casi desnudo para el combate, es el ideal de la forma viril para algunos en lo que se llama “el arte noble”; para otros el torero, ricamente vestido, es el

ideal supremo del desarrollo viril que provoca la admiración y los aplausos de la muchedumbre; así los ideales varían según las épocas, las circunstancias y las condiciones. Ya que este pasaje de la Escritura trata de nuestro Señor Jesús en su primer advenimiento, debemos comprenderlo como significando que Jesús no realizaba el ideal que se hacían los judíos del Mesías y lo prueba bien al presentarlo Pilatos exclamando: “¡He aquí el Hombre!” era el mismo contra quien los judíos aullaron: “¡Crucifícale! ¡Crucifícale! ¡No tenemos más rey que el César!”

Debemos recordar que en el momento del primer advenimiento la nación judía estaba bajo el yugo romano y había sido “hollada por los gentiles” por más de seiscientos años; y también que las esperanzas de Israel, basadas en las promesas hechas por Dios a Abrahán, a Isaac y a Jacob, y renovadas por todos los profetas, de que al debido tiempo de Dios éste les enviaría a su Ungido, un legislador más grande que Moisés, un general más grande que Josué y un Rey más grande que David o Salomón; y tampoco debemos olvidar que en esa misma época los israelitas esperaban un Mesías, pero un Mesías según el ideal que habían imaginado. Pero cuando se anunció que Jesús era el Mesías su apariencia era tan diferente de todo lo que habían esperado que sus corazones orgullosos experimentaron vergüenza y, por decirlo así, le escondieron su rostro, le dieron la espalda, en particular los jefes y las altas personalidades de la nación cuyo pueblo común seguía sus directivas. —Lucas 3:15

Esperaban a un tiempo a un gran general, a un gran rey y a un gran legislador, lleno de dignidad, muy altivo y muy ambicioso, imbuido de orgullo, de tesón, de arrogancia e imponente por sus palabras y por sus actos. Este era su *ideal* de las calificaciones necesarias para el Rey que conquistaría al mundo y haría de Israel la nación dirigente. Percibieron el orgullo, la insolencia y la arrogancia de Herodes, designado rey por el Emperador romano; habían aprendido a conocer a los generales, a los gobernadores y a los centuriones, etc. de Roma; se imaginaban que el emperador romano, por encima de todos en el imperio, había obtenido tal lugar porque poseía al grado más alto las cualidades que ellos

mismos preferían e, inspirándose en ellas, esperaban que el Mesías poseyera tales cualidades de forma mucho más acentuadas, ya que representa las mayores dignidad, gloria y honor de la Corte celestial y su autoridad sobre la tierra.

No es de extrañar, entonces, que con tales esperanzas no estuvieran preparados para recibir al Nazareno manso y humilde que escogía por compañeros a publicanos y pecadores y cuya única arma para conquistar el mundo fue “la espada de su boca”; no es de extrañar que al proclamarse esperanza de Israel, el Rey de los judíos y el Mesías le dieran la espalda; ni de que se sintieran decepcionados, tras sus falsas esperanzas anheladas durante tanto tiempo y de que se avergonzaran en reconocer “a Jesús, Rey de los judíos”, pues “no tiene la especie de belleza, de honor y de gloria que deseábamos. No es el soldado ideal, el estadista y el rey que cubre las necesidades de nuestra nación o que pueda realizar las esperanzas tanto esperadas”. ¡Ay sí! Los judíos, semejantes a la clase de personas que en nuestros días espera el segundo advenimiento del Mesías, estaban persuadidos de que su esperanza basada en las “tradiciones de los ancianos” estaban justificadas y descuidaron sondear honesta y seriamente las Escrituras, que les habrían hecho “sabios para la salvación.”

Parece evidente que la apariencia de Jesús, *poco deseable* a los ojos de los judíos, esta falta de “honor” (de belleza) de Jesús, es a la que el profeta hace alusión. Sería incoherente traducir e interpretar la *profecía* contrariamente a los *hechos históricos* admitidos como su cumplimiento ni sin tener en cuenta la afirmación repetida de su pureza, como el Cordero de Dios (santo, inocente, sin mancha y apartado de los pecadores) que quita el pecado del mundo.

“DE TAL MANERA FUE DESFIGURADO DE LOS HOMBRES SU PARECER” —Isaías 52:14

Aquí de nuevo una traducción defectuosa ha suscitado ideas erróneas respecto a la apariencia de nuestro Señor y, sin embargo, hasta los lectores más negligentes que han visto los rostros de

La Reconciliación

criaturas humanas seriamente desfigurados por el desenfreno, por la enfermedad o deformados a consecuencia de un accidente han encontrado imposible acostumbrarse a la idea de que el aspecto de nuestro Señor “fue desfigurado de los hombres... y su hermosura más que la de los hijos de los hombres”. *Evidentemente* hay algo anormal en esta declaración, pues Pilato no habría presentado al pueblo a un hombre que respondiera a tal descripción al decir: “¡He aquí *el* hombre!” A nadie así la muchedumbre habría aclamado como hijo de David y le tomaría por la fuerza para hacerle rey. Además, ¿tenemos la seguridad de que no se le quebrantó ninguno de sus huesos? Pero mejor se vierte esta exposición profética, más en armonía con los hechos de la historia bíblica y las deducciones lógicas de su santidad y de su pureza, al traducirse así:

“Como muchos se asombraron (tanto ha sido desfigurada su apariencia por el hombre y su forma por los hijos de los hombres), así hará estremecerse de asombro a muchos pueblos.” Lo mismo que la gente de su tiempo se sorprendió de que se sometiera a las injurias de los que le coronaban de espinas, le golpeaban, le escupían a la cara, le crucificaban y le taladraban, así otros, en todas las naciones, ahora y en el futuro, oyendo hablar de “tal contradicción de pecadores contra sí mismo” (Heb. 12:3) se asombraron y asombrarán de semejante paciencia y humildad.

“Ante él los reyes cerrarán la boca viéndolo, pues verán [ejemplificado en él] lo que no ha sido registrado [por otros]; comprenderán lo que nunca habían oído decir.” Los grandes nunca oyeron de un rey que se sometiera a semejantes insultos por parte de sus súbditos, y con el fin de hacerles bien. En realidad “su amor sobrepasa al de un hermano.” No sorprende que todos se asombren “a su debido tiempo.”

Sin duda también el rostro de nuestro querido Redentor llevaba las marcas del dolor, porque, como hemos visto, su corazón profundamente comprensivo fue “*conmovido*” de compasión por nuestras debilidades; no hay duda de que el dolor cavó surcos cada vez más profundos hasta el fin de su ministerio en el Calvario. Debemos recordar que cuanto más fino es el

organismo y más delicada su sensibilidad, más susceptible es de sufrir. Podemos fácilmente discernir que las escenas de problemas, enfermedad, dolor y depravación, a las cuales estamos más o menos acostumbramos al sufrir también las consecuencias de la caída y estar en contacto permanente con el dolor humano, deben de haber sido mucho más difícil de aguantar por el que es perfecto, santo, inocente, sin mancha y apartado de los pecadores.

Vemos la misma ilustración en cierto grado en nuestra propia experiencia. Si alguna persona de sensibilidad más bien delicada, acostumbradas al lujo, a la distinción, a la belleza en un entorno favorable visitara los barrios bajos de una ciudad y observara la degradación, las condiciones desfavorables, los malos olores, los ruidos desagradables, los espectáculos lamentables de suciedad repulsiva, seguramente se conmoverá profundamente en el ánimo; involuntariamente su rostro se retraerá y pensará: ¡Qué terrible vivir en tales condiciones! ¡Más valdría morir! Y sin embargo, haciendo estas reflexiones, tal vez perciba a niños divirtiéndose alegremente y quizás a la lavandera recuperando aire trabajando mientras canta una canción, a un hombre leyendo el periódico con el rostro satisfecho o a un pilluelo tratando de sacar sonidos de un viejo instrumento. Estas cosas muestran que los que están acostumbrados a vivir en condiciones semejantes, a ver tales espectáculos, a escuchar estos ruidos o a respirar estos olores sufren mucho menos que los que, desde su infancia, están acostumbrados a vivir en un medio distinguido.

Esta lección ilustra en pequeña medida la diferencia entre la opinión de nuestro Señor sobre la condición de pecado y de aflicción de la tierra y la nuestra. Al ser perfecto y haber dejado la gloria celestial y humillarse para compartir los dolores del hombre, mostrarle su simpatía y rescatarle, sintió ciertamente mucho más que nosotros las miserias de “la creación gimiente”. ¡Qué sorprendente, entonces, si el peso de nuestras aflicciones ensombrecían la magnífica belleza de su rostro perfecto! ¡Qué asombroso si el contacto con las angustias de la tierra y su participación voluntaria en las debilidades y enfermedades humanas (al precio de su vida, como hemos visto) ha marcado

profundamente el rostro y el cuerpo *del Hijo del Hombre!* Y sin embargo, no podemos dudar un solo instante de que el rostro de nuestro Redentor haya tenido una expresión tranquila, en la cual se observaba una mezcla de alegría y de dolor, de aflicción y de paz; su intimidad con el Padre Celestial, la comunión del Espíritu Santo y la aprobación de su propia conciencia, el sentimiento de haber cumplido toda cosa con el fin de ser agradable a Dios, todo esto era la causa de la serenidad que se leía sobre la frente de nuestro Salvador. El conocimiento que tenía del plan del Padre Celestial le había hecho ciertamente capaz de regocijarse en las cosas que sufría, completamente persuadido de que en un lapso corto de tiempo producirían no sólo una bendición para sí mismo, sino también “la salvación hasta lo último de la tierra”. Si los sufrimientos de los hombres habían ensombrecido su rostro, podemos tener la seguridad de que Jesús no conservaba menos una expresión de fe y de esperanza; la paz de Dios que sobrepasa toda inteligencia guardaba su corazón y le permitía regocijarse sin cesar en medio de las contradicciones más grandes que aguantaba por parte de los pecadores.

“SEÑALADO ENTRE DIEZ MIL”

Todo lo que se emparenta con la belleza, con la bondad, con la verdad y con el amor disgusta al corazón corrompido, envidioso y rencoroso de la naturaleza caída; no se descubre allí nada bello, nada deseable —todo es para él como un reproche, una reprobación. Nuestro Señor lo expresó con fuerza al declarar: “todo aquel que hace lo malo, aborrece la luz y no viene a la luz, para que sus obras no sean reprendidas.” (Juan 3:20) Así, un mal corazón puede odiar a veces y despreciar un rostro espléndido, un rostro amable; tenemos un ejemplo suplementario, no sólo en el caso cuando nuestro Redentor fue despreciado por los que gritaban: “¡Crucifícale!”, sino también en otros. Considere los diversos relatos de martirio por causa de la Verdad y observe cuánto se conmovieron un poco los perseguidores por la dulzura y la ternura que reflejaba el rostro de los que podían dominar sus sufrimientos

El Hijo del Hombre

personales y orar por la bendición de sus perseguidores. El testimonio que se relaciona con el primer mártir cristiano, Esteban, declara que su rostro estaba radiante y bello, hasta el punto de ser comparable al de un ángel: “Entonces todos los que estaban sentados en el concilio, al fijar los ojos en él, vieron su rostro como el rostro de un ángel.” (Hechos 6:15) Y sin embargo sus corazones eran tan duros que lejos de gustar su rostro angélico (el cual debía ser mucho menos angélico que el del Maestro) y en lugar de prestar atención a sus palabras maravillosas (que debían ser menos maravillosas que las del Gran Instructor), “arremetieron a una contra él... y apedreaban a Esteban”, lo mismo que habían gritado a Pilato de crucificar al Señor de gloria.

“Y todo él codiciable.”

ESTUDIO VIII

EL CANAL DE LA RECONCILIACIÓN EL ESPÍRITU SANTO DE DIOS

EL OPERAR DEL ESPÍRITU SANTO—AHORA Y EN EL MILENIO—DIVERSOS NOMBRES DESCRIPTIVOS DEL ESPÍRITU SANTO, “ESPÍRITU DE AMOR”, “ESPÍRITU DE VERDAD”, ETC.—EN CONTRASTE, EL ESPÍRITU NO SANTO, “ESPÍRITU DE ERROR”, “ESPÍRITU DE TEMOR”, ETC.—PRONOMBRES PERSONALES APLICADOS—EL SIGNIFICADO DE LA PALABRA ESPÍRITU—“DIOS ES UN ESPÍRITU”—“AÚN NO HABÍA VENIDO ÉL ESPÍRITU SANTO”—DONES DEL ESPÍRITU—EL PODER TRANSFORMADOR DEL ESPÍRITU SANTO—EL ESPÍRITU CON MEDIDA Y SIN MEDIDA—“EL ESPÍRITU DEL MUNDO”, ANTICRISTO—LA BATALLA ENTRE ÉSTE Y EL ESPÍRITU SANTO—LUCHAS DEL ESPÍRITU FUERA Y DENTRO DE LOS SANTOS—EL ESPÍRITU QUE NOS ANHELA CELOSAMENTE—ENSEÑANZAS DEL ESPÍRITU—EL PARAKLETOS, EL CONSOLADOR—EL OS GUIARÁ A TODA LA VERDAD Y A UNA PLENA RECONCILIACIÓN—LA SUPERVISIÓN DEL ESPÍRITU NO ES MENOR DESDE QUE LOS DONES MILAGROSOS CESARON

“Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios... Habéis recibido el espíritu de adopción, por el cual clamarnos: ¡Abba, Padre! El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios.” —Rom. 8:14-16

“Y después de esto derramaré mi Espíritu sobre toda carne.” —Joel 2:28

LA GRAN obra de la Reconciliación no podría ser considerada con propiedad, ni ser entendida claramente, si el trabajo del Espíritu Santo, en conexión con ella, fuera pasado por alto o ignorado. El Espíritu Santo tiene mucho que ver con la presentación de la Reconciliación, haciendo manifiesto al creyente el perdón divino, así como guiándolo a una plena reconciliación de corazón con Dios. Fue bajo la fecunda influencia del Espíritu Santo, recibido por nuestro Señor Jesús en su bautismo, al comienzo de su ministerio, que su corazón consagrado fue capacitado para ver y distinguir claramente la voluntad del Padre, el propio rumbo, el estrecho camino de sacrificio y, para apreciar las preciosas y grandísimas promesas, cuyo cumplimiento necesitó de su humillación, ignominia y muerte en el Calvario. Por el

Espíritu Santo nuestro Redentor fue capacitado para realizar su gran obra, siendo así guiado para hacer lo agradable y aceptable ante el Padre, lo cual proveyó de rescate a toda la humanidad. Del mismo modo el Espíritu Santo se identifica con la Iglesia: todos aquellos que han aceptado los méritos de la gran ofrenda por la expiación, que han llegado al Padre por el Sacrificio del Hijo, presentándose a sí mismos como sacrificio vivo en armonía con el supremo llamamiento para la naturaleza divina mantenido durante la Edad Evangélica, han necesitado y necesitan el auxilio del Espíritu Santo, sólo al recibir el Espíritu Santo de Dios son ellos capaces de llegar a una correcta unión con el Padre y con el Hijo, así como de estar capacitados para “probar cuál sea la buena voluntad de Dios, aceptable y perfecta” y cumplirla. Sólo por el Espíritu Santo somos guiados más allá de la mera letra del testimonio divino, hacia la verdadera apreciación de “lo profundo de Dios” y todas aquellas cosas que Dios ha reservado para quienes lo aman, las cuales el ojo humano no vio, el oído humano no oyó, ni han subido al corazón del hombre para ser entendidas y apreciadas. —1 Cor. 2:9,10

La función del Espíritu Santo será igualmente importante durante la edad Milenaria, haciendo que la humanidad vuelva a estar en armonía con Dios bajo los términos del Nuevo Pacto, a través de los méritos del sacrificio del amado Redentor. Según el profeta Joel (2:28,29), el Señor ha prestado atención a este hecho, señalando en aquel tiempo que durante la edad Evangélica derramaría su Espíritu solamente sobre sus siervos y siervas, y sin embargo “*después*” su Espíritu Santo sería derramado en general sobre la humanidad, “*toda carne*”*. Durante la edad Milenaria, entonces, el progreso del mundo estará en plena armonía con el Espíritu Santo; y en proporción a que los hombres entren en plena armonía con el Espíritu Santa, serán elegidos para las condiciones

* La declaración profética con respecto a esta bendición es breve; probablemente para oscurecer la cuestión hasta el tiempo apropiado, y así ocultar el alcance, altura y profundidad del plan divino, hasta el debido tiempo para que esto sea conocido y apreciado.

eternas de vida, gozo y bendición que permanecerán más allá de la edad Milenaria. El hecho de que el Espíritu Santo cooperará con la Iglesia glorificada en las bendiciones para todas las familias de la tierra es también declarada por nuestro Señor. Después de describirnos las glorias del Milenio y su abundante provisión de verdad como un río limpio de agua de vida, resplandeciente como cristal, él dijo: “Y el Espíritu y la Esposa dicen: Ven. Y el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente.” —Apoc. 22:17

Pero este tema del Espíritu Santo, su función y operación, ha sido penosamente mal entendido durante siglos por mucha de la gente del Señor, y sólo a la luz del naciente Sol de justicia (a la luz de la *parousia* del Hijo del Hombre), este tema se hace completamente claro y razonable, como evidentemente lo fue para la Iglesia primitiva, en armonía con todos los testimonios pertinentes en las Escrituras. La doctrina de la Trinidad, que como hemos visto, comenzó a aparecer en el segundo siglo y alcanzó un gran desarrollo en el cuarto siglo, es responsable, en gran medida, de la oscuridad que se mezcla con la verdad del tema en muchas mentes cristianas, en desmedro suyo, confundiendo y mistificando todas las convicciones religiosas.

Las Escrituras son consistentes al enseñar que el Padre y el Hijo están en plena armonía y son *uno* en propósito y acción, como ya hemos visto. Y existe la misma consistencia en las Escrituras respecto del Espíritu Santo, que no es otro Dios, sino el espíritu, influencia o poder ejercido por el único Dios nuestro Padre, y por su Unigénito Hijo, y está por tanto en absoluta unidad con ambos, que también son *uno* en completo acuerdo. Pero qué diferente es esta *unidad* del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo de aquella que es sostenida y enseñada con el nombre de doctrina de la Trinidad, la cual declara en lenguaje catequístico (Preguntas 5 y 6): “Hay tres personas en un sólo Dios, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo: ‘Estos tres son un Dios, son *los mismos en sustancia*, iguales en poder y gloria.’” Esta visión del tema se adapta bien a la “edad de las tinieblas” y ayudó a producirla. El período en el cual los *misterios* fueron reverenciados en lugar de aclarados encontró mayor preferencia por esta teoría, que no proviene de las Escrituras

y es poco razonable. ¿Cómo pueden ser *los tres una persona*, “uno en sustancia”? Y si sólo son “uno en sustancia”, ¿cómo pueden ser *iguales*? ¿No sabe toda persona inteligente que si Dios es *una* persona no puede ser *tres*? ¿Y que para *tres* personas sólo puede haber una forma en la cual sean *una*, y esta no es que sean una sola persona, sino que sean uno en propósito, en pensamiento, en voluntad, en cooperación? Realmente, si no fuera porque este sin sentido de la Trinidad fue introducido en nosotros desde la temprana infancia, y porque fue soberbiamente enseñado, en Seminarios Teológicos por profesores de cabellos grises, aparentemente sabios en muchos aspectos, nadie podría prestarle seriamente un momento de consideración. Como el gran Adversario ha tenido éxito en introducir esta idea entre el pueblo del Señor para turbarlo y confundirlo, invalidando la palabra de Dios, este misterio probablemente no será develado hasta que “conozcamos como fuimos conocidos”, en gloria.

Quien haya estudiado con cuidado los capítulos anteriores ha encontrado abundante testimonio proveniente de las Escrituras indicando que hay un único y todopoderoso Dios, Jehová; y que él ha exaltado altamente a su Primogénito y Hijo Unigénito, a su propia naturaleza y a su propio trono; y que luego de esto, por orden de importancia, estará la Iglesia glorificada, la Desposada, la esposa del Cordero y coheredera con Cristo, o dicho de otro modo sus “hermanos”. Estos serán hechos copartícipes de su gloria, como en la presente edad son llamados a ser copartícipes de su sufrimiento. Los estudiantes se habrán enterado también, que todas las Escrituras armonizan y concuerdan con el testimonio dado más arriba; y además no hay ninguna Escritura que directa o indirectamente, efectiva o aparentemente, esté en conflicto con estos resultados. La pregunta que entonces surge es: ¿quién es, dónde está y cómo es el Espíritu Santo?

Sigamos respecto de esta pregunta el mismo curso de investigación que seguimos con otras. Vayamos a la ley y al testimonio de Dios para obtener toda la información. No consultemos a los hombres. No aceptemos las dudas y especulaciones de la buena gente que está muerta, o de la buena

gente que esta viva, ni siquiera de nosotros mismos. Recordemos la declaración del apóstol sobre la palabra del Señor, que es dada “a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra.” (2 Tim. 3:17) Pongamos toda nuestra confianza en el Señor y busquemos conocer el significado de lo que él declara acerca del Espíritu Santo, dando cada Escritura un testimonio armonioso; seguros de que la verdad, y sólo ella soportará esta clase de examen. Haciéndolo así, devota y cuidadosamente, nuestros esfuerzos serán recompensados. Al que llama se le abrirá la puerta del conocimiento; al que busca le será revelado el conocimiento del Espíritu Santo. —Isa. 8:20; Mat. 7:7,8

El Espíritu Santo es definido de varias maneras en las Escrituras, y para entender correctamente el tema estas definiciones deben considerarse en conjunto, permitiendo que arrojen luz unas a otras. Note que el Espíritu Santo es nombrado de distintas maneras: “El Espíritu de Dios”, “El Espíritu de Cristo”, “El Espíritu de Santidad”, “El Espíritu de Verdad”, “El Espíritu de Dominio Propio”, “El Espíritu de Libertad”, “El Espíritu del Padre”, “El Espíritu Santo de la Promesa”, “El Espíritu de Mansedumbre”, “El Espíritu de Inteligencia”, “El Espíritu de Sabiduría”, “El Espíritu de Gloria”, “El Espíritu de Consejo”, “El Espíritu de Gracia”, “El Espíritu de Adopción”, “El Espíritu de la Profecía”.

Estos diversos nombres, repetidos en muchas ocasiones y usados indistintamente, nos dan la plena seguridad de que todos se refieren al mismo Espíritu Santo, y de hecho frecuentemente se incluye la palabra “santo” combinada, como por ejemplo: “El Espíritu Santo de Dios”, “El Espíritu Santo de la promesa”, etc. Debemos buscar un entendimiento del tema que no deseche ninguno de estos nombres, sino que armonice todos. Es imposible armonizar estas diversas expresiones con la *idea común de la Trinidad*, pero es enteramente consistente con cada una de ellas entenderlas como descripciones del espíritu, disposición y poder del único Dios, nuestro Padre y también del espíritu, disposición y poder de nuestro Señor Jesucristo, porque él está *de acuerdo* con el

Padre; también hasta cierto punto es el espíritu o disposición de todos aquellos que verdaderamente son del Señor, ángeles u hombres, que han llegado a la unidad o armonía con él.

Ayudaría a muchos saber que hay otro espíritu frecuentemente mencionado a lo largo de las Escrituras, y en términos* opuestos al primero, como: “El Espíritu de Cobardía”, “El Espíritu de Esclavitud”, “El Espíritu del Mundo”, “El Espíritu de Error”, “El Espíritu de Adivinación”, “El Espíritu del Anticristo”, “El Espíritu de Sopor”.† Nadie piensa que estas diversas definiciones, consideradas en conjunto, podrían justificar la idea de la existencia de *dos* o más Satanás. Naturalmente todos reconocen, con bastante propiedad, que estos términos designan al *mal espíritu*, el espíritu, disposición o poder que tiene su principal ejemplo en Satanás; el espíritu manifiesto en todo aquel que está en armonía con el pecado y con Satanás. Tampoco es apropiado pensar en éstos como personas espirituales. Cada una de las distintas aplicaciones de la palabra “espíritu”, en su buen sentido, no pueden considerarse como designación de diferentes seres espirituales, ni tampoco, consideradas en conjunto, como designación de *otro* Dios. En conjunto estos términos representan los diversos rasgos del carácter, la disposición, el Espíritu de nuestro Dios, Jehová, y por tanto del espíritu o disposición de todos los que han recibido su Espíritu, llegando a ser partícipes de su disposición y estando en armonía con el pensamiento divino.

Ciertas ideas que no están en conformidad con las Escrituras, y por consiguiente de ideas falsas concernientes al espíritu del hombre, que examinaremos en un capítulo siguiente, se encuentran en la misma base de la idea antibíblica y falsa del Espíritu Santo que prevalece en nuestros días de manera tan general. Los pensamientos inexactos relativos al Espíritu Santo y al espíritu del hombre se intensificaron y se hicieron más profundos por el hecho de que los traductores de la Versión Autorizada (ingl. —*Trad.*), sin menor autoridad, han empleado noventa y dos veces la expresión

* Versión Hispanoamericana.

† Versión Hispanoamericana.

“Holy Ghost” como la traducción de la palabra griega original *pneuma*, espíritu. La palabra “ghost” tiene, para los ignorantes, un significado muy vago que se identifica sin embargo, de manera muy positiva a la idea de *personalidad*. Es digno de observación que en la Versión Revisada (ingl. —*Trad.*) del Nuevo Testamento, veintiún veces la palabra “Ghost” ha sido reemplazada por la palabra “Espíritu”, y que el Comité americano de Revisión consignó por escrito su *protesta* respecto al empleo de la palabra “Ghost” en setenta y un otros casos. Y sin embargo, tanto el Comité inglés como el Comité americano fueron compuestos de trinitarios rígidos.

No hay absolutamente ningún fundamento para pensar o hablar del Espíritu Santo de Dios como de otro Dios, distinto del Padre y del Hijo en personalidad. Por el contrario, es un hecho notorio que el Espíritu del Padre le fue comunicado a nuestro Señor Jesús, como está escrito: “El *Espíritu del Señor* está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres.” (Lucas 4:18) volviendo a la profecía de la cual proviene esta cita, leemos traducida del hebreo: “El *Espíritu de Jehová* el Señor está sobre mí, porque me ungió Jehová; me ha enviado a predicar buenas nuevas a los abatidos.” (Isa. 61:1) Y con el mismo significado leemos nuevamente: “Y reposará sobre él el *Espíritu de Jehová*; *espíritu de* sabiduría y de inteligencia, *espíritu de* consejo y de poder, *espíritu de* conocimiento y de temor de Jehová.” (Isa. 11:2,3) En forma similar el mismo Espíritu de Cristo es referido como “El Espíritu de Cristo”, el pensar o sentir de Cristo: “Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús.” —Fil. 2:5

Para algunos la referencia de nuestro Señor sobre el Espíritu Santo, registrada en Juan 14:26, prueba que el Espíritu es una persona, porque la Versión Reina-Valera traduce este pasaje así: “Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a *quien* el Padre enviará en mi nombre, *él* os enseñará todas las cosas, os recordará todo lo que yo os he dicho.” Pero una mirada a este pasaje en el texto griego muestra que los traductores fueron influenciados por sus prejuicios sobre este tema, ya que no hay fundamento para el uso de las

palabras “quien” y “él”. La versión Hispanoamericana traduce este versículo así: “Mas el Consolador, el Espíritu Santo, *que* el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho.”

La misma crítica es aplicable al versículo 17, del mismo capítulo, así como en los pasajes de Juan 16:13 y 14 y en otros pasajes (véase la nota) y nada justifica el empleo de pronombres personales equivocados.*

En este pasaje la palabra griega *ékinos* es traducida “él”, pero puede ser traducida con igual propiedad como aquella, ella, esto, el cual, o aquel, refiriéndose tanto a personas como a cosas. Damos aquí un ejemplo de cada una de estas traducciones de la palabra *ekinos*:

“Será más tolerable el castigo para Sodoma que para *aquella* ciudad.” —Lucas 10:12

“*Ella*, pensando que era el hortelano, le dijo...” —Juan 20:15

“Pero sabe *esto*, que si el padre de familia...” —Mat. 24:43

“Por *el cual* yo no digo que se pida.” —1 Juan 5:16

“Y aconteció que en uno de *aquellos* días...” —Lucas 20:1

“Y era día de reposo *aquel* día.” —Juan 5:9

* **Nota del traductor:** Las tres páginas (170-172) que siguen en el texto inglés se dedican a una crítica gramatical muy interesante del procedimiento de traducción que emplearon los traductores influenciados por sus prejuicios trinitarios. Contrariamente a la lengua castellana, la lengua inglesa comprende tres *géneros*, el masculino y el femenino para las personas, y el *neutro* para los animales y los objetos inanimados con muy pocas excepciones. Los pronombres personales neutros son diferentes, en consecuencia, de los pronombres personales masculinos y femeninos. Entonces, imbuidos de la idea de una *persona* atribuida al Espíritu Santo, los traductores sustituyeron los pronombres *neutros* con los pronombres personales. La versión *Diaglotón Enfático* corrige este error grave. Los pronombres castellanos son los mismos para las personas, los animales y las cosas, *lo que añade más a la confusión*. Por eso, las preguntas bereanas relativas a estas tres páginas serán suprimidas en la presente edición castellana. La crítica se refiere a la traducción de los textos siguientes: Juan 14:26,17; 16:13,14; 1 Cor. 11:5; Apoc. 2:20; 1 Cor. 13:5; 1 Cor. 11:31; 16:15; Lucas 22:17; Juan 6:53; Mat. 6:34; Marcos 3:24,25; Juan 15:4; Rom. 14:14; Ef. 4:16; Stg. 2:17; Lucas 10:12; Juan 20:15; Mat. 24:43; 1 Juan 5:16; Lucas 20:1; Juan 5:9; Mat. 17:18, y cómo se vierten las palabras griegas *heautou* y *ékinos*.

“El muchacho quedó sano desde *aquella* hora.” —Mat. 17:18

No es infrecuente atribuir a una virtud o cualidad el género de la persona a quien pertenece. Como el Padre celestial es considerado masculino sería propio que su poder, su espíritu, su influencia y sus características se designen igualmente en género masculino. No es raro que cosas neutras en sí mismas se designen como masculinas o femeninas, de acuerdo con que ellas sean fuertes y activas o pasivas y delicadas. Así, por ejemplo, universalmente el sol es masculino y la luna femenina. En consecuencia, si no fuera por la generalizada mala comprensión de este tema, y por la prevalente idea de que el Espíritu Santo es una persona (y no meramente el espíritu, influencia o poder divinos del Padre—el *espíritu* del Padre), no formularíamos críticas sobre el uso de la forma masculina personal con relación al Espíritu Santo; porque Dios es reconocido como masculino, como el Autor y origen de vida y bendiciones. Entonces no pasemos por alto que el uso de estos pronombres (quien y él) no prueba que el Espíritu Santo de Dios sea otra persona distinta del Padre y el Hijo, otro Dios. El Espíritu Santo es el espíritu o influencia del Padre, y del Hijo también, porque ellos son uno en propósito e influencia.

EL SIGNIFICADO DE LA PALABRA “ESPÍRITU”

La pregunta que surge entonces es: ¿qué sentidos o significados tienen las palabras “Espíritu Santo” como son usadas en las Escrituras? ¿Qué cualidades o calificaciones del carácter o poder divino son representadas por la palabra “espíritu”? La respuesta se encontrará mejor si primero se examinan todos los significados estrictos de la palabra “espíritu” y luego se examinan las diferentes formas en que son usados a lo largo de las Escrituras.

(1) En el Antiguo Testamento la palabra “espíritu” se traduce de la palabra hebrea *ruach*, cuyo significado primordial es *viento*. En el Nuevo Testamento la palabra “espíritu” proviene del vocablo griego *pneuma* que también significa *viento*. Pero no debe nadie concluir apresuradamente que pretendemos probar que el Espíritu Santo es un viento santo; nada está más lejos de nuestro

pensamiento. Pero hemos decidido presentar este oscuro tema de manera que sea de ayuda para los instruidos y los no instruidos: por eso comenzamos dando el significado de estas dos palabras, y debemos averiguar *cómo y por qué* fueron usadas en las Escrituras.

Porque el viento es al mismo tiempo *invisible y poderoso*, estas palabras, *ruach* y *pneuma*, toman un significado más amplio, y vienen a representar algún poder o influencia *invisible*, buena o mala. Y como el poder divino es ejercido a través de medios y agentes más allá de la vista humana, esta palabra “espíritu” se hace más y más aplicable al proceder del Señor. También llegó a ser de uso común en conexión con las influencias humanas invisibles; por ejemplo para representar el *aliento* de vida, el *poder* por el cual el hombre vive, que es *invisible*, y es designado “espíritu” o “aliento de vida”; también el *poder* de la mente, que es *invisible*, llamado “espíritu de dominio propio”. La vida en sí misma es un poder y es invisible, y por eso fue también llamada espíritu por los antiguos. Unos pocos ejemplos de estos distintos usos de las palabras *ruach* y *pneuma* nos ayudarán.

En el Antiguo Testamento *ruach* aparece 137 veces. En cada caso comunica la idea de un *poder* o *influencia invisible*. Veamos algunos ejemplos de estas traducciones de *ruach*:

“Al *soplo* de tu aliento se amontonaron las aguas...” —Ex. 15:8

“Toda carne en que haya *espíritu* de vida.” —Gén. 6:17; 7:15

“En su mano está... el *hálito* de todo el género humano.” —Job 12:10

“Una misma *respiración* tienen todos; ni tiene más el hombre que la bestia.” —Ecl. 3:19

“Y fueron amargura de *espíritu* para Isaac.” —Gén. 26:35

“Y *percibió* Jehová olor grato.” —Gén. 8:21

“Tienen narices, mas no *huelen*.” —Sal. 115:6

“Hizo Dios pasar un *viento* sobre la tierra.” —Gén. 8:1

“Soplaste con tu *viento*.” —Exo. 15:10

“El *viento* de tempestad que ejecuta su palabra.” —Sal. 148:8

“Como se estremecen los árboles del monte a causa del *viento*.” —Isa. 7:2

La Reconciliación

En el Nuevo Testamento *pneuma* es traducida (además de “espíritu”) como “aliento”, “espirituales” y “viento”:

“Y se le permitió infundir *aliento* a la imagen de la bestia.”
—Apoc. 13:15

“Pues que anheláis dones *espirituales*.” —1 Cor. 14:12

“El *viento* sopla de donde quiere.” —Juan 3:8

No olvidemos que todas estas traducciones fueron hechas por trinitarios. No las objetamos, son enteramente apropiadas, pero llamamos la atención sobre ellas como prueba de que las palabras *ruach* y *pneuma* transcritas “espíritu” *no significan personalidad*, sino un *poder* o *influencia invisible*.

“DIOS ES ESPÍRITU”

(2) “Dios es espíritu”; es decir, él es un ser poderoso pero invisible; del mismo modo los ángeles son llamados espíritus porque en su condición natural ellos también son invisibles para el hombre, excepto cuando se revelan mediante un poder milagroso. Nuestro Señor Jesús, mientras fue hombre, no fue designado como un ser espiritual,* pero después de su exaltación se escribió de él: “Porque el Señor es el Espíritu”, o sea, él es ahora un ser invisible y poderoso. A la Iglesia de la edad Evangélica se le ha prometido el cambio de su naturaleza, a similitud del Señor, como esta escrito: “*Seremos* semejantes a él, porque *le veremos* tal como él es.” Se habla de la Iglesia como de un ser espiritual, puesto que ella esta en armonía con el Señor y es engendrada por el Espíritu a una

* Inglés literal: “spirit being” (no “spiritual being”) = Un ser espiritual cuyo cuerpo se hace de una sustancia de origen celestial, de sustancia espiritual (inmaterial), en contraste con un ser carnal, de origen terrestre (material) —1 Ped. 3:18: “...muerto (ser “de” carne (y de huesos); Gén. 2:23,24), vivificado (ser “de” espíritu.” —Juan 3:6: “Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es.” —Véase 1 Cor. 15:40-44. La traducción castellana, como la traducción inglesa, perpetúa el error de la resurrección de la carne, la sustancia resucitada que recibe solamente disposiciones espirituales, mientras que el cuerpo es espíritu y las disposiciones espirituales, lo mismo que el hombre es carne y sus disposiciones carnales. —Trad.

nueva naturaleza, una *naturaleza espiritual*, con la seguridad de que aquello que es engendrado por el Espíritu, en la resurrección nacerá del Espíritu. Este uso de la palabra espíritu debe entenderse como referido a personas o seres espirituales. —2 Cor. 3:17*; 1 Juan 3:2; Juan 3:6

(3) Otro uso de la palabra espíritu es en el sentido de poder generativo o fecundidad, como en Gén. 1:2: “Y el Espíritu de Dios *se movía* sobre la Faz de las aguas”, es decir, el poder de Dios, su vehículo de energía, fecundaba las aguas o las volvía fructíferas. En forma similar “los santos hombres de Dios hablaron siendo *inspirados* por el Espíritu Santo”, la influencia o poder santo de Dios fecundó sus mentes, induciéndolas a producir los pensamientos que Dios deseaba fueran expresados. (2 Ped. 1:21) También los hábiles trabajadores que Moisés eligió para preparar el servicio del Tabernáculo estuvieron bajo la influencia del poder divino, para vigorizar o agilizar sus facultades naturales, sin afectarlos en el sentido moral, del mismo modo que las aguas del gran abismo no fueron afectadas en un sentido moral. Así esta escrito:

“Jehová ha nombrado a Bezaleel... y lo ha llenado del *Espíritu* de Dios, en sabiduría, en inteligencia, en ciencia y en todo arte para proyectar diseños, para trabajar en oro, en plata y en bronce, y en la talla de piedras de engaste, y en obra de madera, para trabajar en toda labor ingeniosa. Y ha puesto en su corazón el que pueda enseñar, así él como Aholiab... y los ha llenado de sabiduría de corazón, para que hagan toda obra de arte y de invención.” —Ex. 35:30-35; 28:3; 31:3,4

Así mismo sabemos que Jehová Dios puso sobre Moisés y los ancianos de Israel *su Espíritu*, con poder especial para juzgar los asuntos de Israel, preservar el orden, etc. (Núm. 11:17-26) Del

* “El Señor es espíritu” (NC, TA, EUNSA); Nota del Nuevo Testamento de Goguel y Monnier (francés): “Pablo identifica distintamente al Señor y al Espíritu. Sabemos que él no quiere conocer a Cristo según la carne (2 Cor. 5:16), sino solamente al Cristo espiritual cuya acción se confunde con la del Espíritu de Dios.” —Trad.

mismo modo el Espíritu de Dios estuvo después con los reyes de Israel, todo el tiempo en que fueron leales a él. Note, por ejemplo, el caso de Saúl (1 Sam. 11:6); este Espíritu de sabiduría o juicio dado a los gobernantes de Israel dejó a Saúl y fue conferido a David, cuya posterior prudencia es especialmente registrada. (1 Sam. 16:13,14) Luego en lugar del Espíritu de sabiduría, coraje y confianza, como siervo del Señor, Saúl tuvo un espíritu malo, o más exactamente de tristeza, melancolía, pérdida de confianza, porque ya no fue reconocido por el Señor como su representante en el trono, se dice que este espíritu de melancolía provino del Señor; el sentido es, probablemente, que éste resultó del proceder del Señor al quitar de Saúl su reconocimiento, su poder sustentador y su dirección en los asuntos de Israel.

“AÚN NO HABÍA VENIDO EL ESPÍRITU SANTO”

Sin embargo, ninguna manifestación del Espíritu de Dios anterior a la primera venida de nuestro Señor Jesús fue exactamente igual a la manifestación que tuvo el Espíritu sobre Jesús, desde el tiempo de su bautismo hasta su crucifixión, y sobre la Iglesia de Cristo desde el día de Pentecostés hasta ahora y hasta el fin de la edad Evangélica, con el cumplimiento del plan para la Iglesia en la primera resurrección. En armonía con esto leemos: “Aún no había venido el Espíritu Santo excepto a nuestro Señor Jesús, porque Jesús no había sido aún glorificado.” —Juan 7:39

El *operar* del Espíritu de Dios es, durante la edad Evangélica, muy diferente de su operar en tiempos previos; esta diferencia es expresada por las palabras “Espíritu de adopción”, “Espíritu de santidad”, “Espíritu de verdad” y expresiones semejantes. Como ya hemos visto, después de la caída de Adán ninguno de sus descendientes fue aceptado como *hijo* de Dios, hasta antes del primer advenimiento de Cristo; el más alto título dado al padre de los creyentes, Abrahán, fue el de amigo: “Abraham fue llamado amigo de Dios.” Pero como el Apóstol Juan explica, cuando el *Logos* fue hecho carne se presentó ante su propio pueblo, Israel, y a todos los que le recibieron (entonces y luego), *les dio potestad*

(privilegio, oportunidad) *de hacerse hijos de Dios*; de éstos el apóstol declara que fueron *engendrados* de Dios: engendrados del Espíritu, y “lo que es nacido del Espíritu, espíritu es.” —Juan 1:12,13; 3:3-8

En este sentido de la palabra, el Espíritu Santo sólo es garantizado a la casa de los hijos de Dios; esta casa no fue conocida hasta que el Amado Hijo fue manifestado en carne y *redimió* al mundo, garantizando para aquellos que lo acepten la oportunidad de recibir la adopción de hijos. (Gál. 4:5; Ef. 1:5) Como el apóstol nos informa, esta adopción fue, primeramente la herencia de Israel, pero como en Israel no habían suficientes personas listas para completar el número predestinado de los adoptados, después de aceptar al remanente de Israel “Dios visitó a los gentiles, para tomar de ellos pueblo para su nombre”, para ser hijos de Dios, coherederos con Cristo, como fue previsto y anunciado por los profetas. —Rom. 9:4, 29-33; Hechos 15:14

Pero, ¿en qué aspectos estas manifestaciones del poder, influencia o Espíritu divino durante la edad Evangélica difieren de aquellas producidas en épocas anteriores? El Apóstol Pedro responde esta pregunta asegurándonos que los antiguos profetas, aunque altamente honrados por Dios y movidos por el Espíritu Santo, escribieron y hablaron de cosas que ellos mismos no entendieron. Dios los usó como sus siervos para escribir cosas que no entendieron, pero que en el debido tiempo serían reveladas a nosotros, la casa de los hijos, por el mismo Espíritu Santo o poder santo de Dios que está sobre aquellos que han sido engendrados de su Espíritu. En el pasado el accionar del Espíritu fue principalmente *mecánico*; para nosotros este accionar es principalmente *explicativo*, exponiendo el plan divino mediante los apóstoles y maestros especialmente “puestos en la Iglesia” de tiempo en tiempo, con el objeto de capacitar a los hijos para “comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura” de la sabiduría y bondad divinas, como lo muestra el plan divino y su revelación. En verdad, por las palabras del apóstol se hace evidente que aun a los ángeles (quienes algunas veces fueron usados por Dios como

La Reconciliación

intermediarios en las comunicaciones con los profetas, los mensajeros de su Espíritu Santo), no les fue permitido entender el significado de sus mensajes, siendo los profetas quienes escribieron las revelaciones para nuestro beneficio. Note las palabras del apóstol:

“Los profetas que profetizaron de la gracia destinada a vosotros, inquirieron y diligentemente indagaron acerca de esta salvación, escudriñando qué persona y qué tiempo indicaba el Espíritu de Cristo que estaba en ellos, el cual anunciaba de antemano los sufrimientos de Cristo, y las glorias que vendrían tras ellos. A éstos se les reveló que *no para sí mismos*, sino para nosotros, administraban las cosas que ahora os son anunciadas por los que os han predicado el evangelio por el Espíritu Santo enviado del cielo; cosas en las cuales anhelan mirar los ángeles.” —1 Ped. 1:10-12; 2 Ped. 1:21

DONES DEL MISMO ESPÍRITU, EL MISMO SEÑOR, EL MISMO DIOS

“Ahora bien; hay diversidad de dones, pero *el Espíritu es el mismo*. Y hay diversidad de ministerios, pero *el Señor es el mismo*. Y hay diversidad de operaciones, pero *Dios*, que hace todas las cosas en todos, *es el mismo*. Pero a cada uno le es dada la manifestación del Espíritu para provecho. Porque a éste es dada por el Espíritu palabra de sabiduría; a otro, palabra de ciencia según el mismo Espíritu; a otro, fe por el mismo Espíritu; a otro, dones de sanidades por el mismo Espíritu. A otro, el hacer milagros; a otro, profecía; a otro, discernimiento de espíritus, a otro diversos géneros de lenguas; y a otro, interpretación de lenguas. Pero estas cosas las hace uno y el mismo Espíritu, repartiendo a cada uno en particular como él quiere.” —1 Cor. 12:4-11

Aquí están enumerados algunos de los *dones* dados a la Iglesia por el Espíritu Santo, pero debemos distinguir claramente entre el Espíritu Santo en sí mismo y estos dones o manifestaciones otorgados a los miembros de la Iglesia primitiva.

Ellos no entendían que distintos espíritus estuvieran operando en los distintos miembros de la Iglesia, suministrándoles diversos dones, ni tampoco entendían que hubiera un Señor o Maestro distinto dando esos dones. Todos estos dones eran identificados como provenientes de una única influencia Santa derramada por un único Señor, el representante del único Dios sobre todos, Jehová, y explicados como “*diversidad de ministerios*” o de operaciones. No sólo eso, sino que el Espíritu de Dios, el Espíritu Santo, cambiaría sus ministerios en la Iglesia: mientras que la clase de “*dones*” aquí mencionados eran comunes en la Iglesia primitiva, llegaría el tiempo, como el apóstol explicó que vendría, en el cual la profecía se acabaría, cesarían las lenguas y la inspiración especial para el conocimiento desaparecería. (1 Cor. 13:8) Todos estos “*dones*” fueron evidentemente necesarios al comienzo de la Iglesia, en el inicio de la nueva era, pero se hicieron innecesarios luego que la Iglesia se estableció y el canon de las escrituras inspiradas fue completado. Estas, según declara el apóstol, son suficientes “a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra.” —2 Tim. 3:17

En realidad no todos estos dones han desaparecido o cesado; el cese de algunos de ellos no prueba que el Señor tiene menos poder hoy del que tenía hace diecinueve siglos, ni tampoco prueba que el pueblo del Señor es menos digno o menos favorecido por el Señor. Por lo contrario esto indica una “*diversidad de manifestación*”, e implica que el pueblo de Dios ya no necesitó estos primitivos métodos de instrucción y prueba de su aceptación por parte del Señor. Ahora, en lugar de tener tales dones milagrosamente otorgados, el operar del Espíritu o poder de Dios parece ser sobre cada una de las personas consagradas, en proporción a sus cualidades y a su fervor en el servicio. Y así encontramos que el apóstol en esta epístola, y en otras posteriores, incita a la Iglesia a buscar el *desarrollo* de dones, poderes y habilidades espirituales para el servicio del Señor, su pueblo y su Verdad.

Este *desarrollo personal* de los dones debe ser estimado más altamente que aquellos *otorgados milagrosamente*; por esto el

apóstol dice: “Mas yo os muestro un camino aún más excelente”, “seguid el amor; y procurad los dones espirituales, pero sobre todo que profeticéis.” (1 Cor. 12:31; 14:1) El apóstol señala que el hablar en lenguas era meramente una “señal” para atraer la atención de los incrédulos hacia la Iglesia y sus métodos. (1 Cor. 14:22) Y este don que era altamente estimado por algunos corintios, fue señalado por él como uno de los más pequeños, poco adaptable al desarrollo de la Iglesia espiritual y principalmente útil en relación con el mundo no regenerado. Este don y otros similares desaparecieron rápidamente de la Iglesia después que ésta obtuvo una posición firme y fue reconocida en el mundo.

Por lo contrario, los “*frutos del Espíritu*” deben ser fomentados y cultivados más y más, hasta producir el pleno y perfecto fruto del amor hacia Dios, de los unos con los otros y el amor de simpatía hacia el mundo. Estos frutos del Espíritu son designados por el apóstol como: “amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza.” (Gál. 5:22,23) Debe entenderse que la palabra “fruto” transmite una doble idea: es un *don*, pero su desarrollo y maduración son graduales y resultan del trabajo. Así es con los dones del Espíritu: “Toda buena dádiva y todo don perfecto descende de lo alto, del Padre”, pero tales frutos no son dones milagrosos, sino graduales e indirectos, inspirados por las promesas de nuestro Padre y por las enseñanzas de nuestro Señor a través de los apóstoles y profetas. Ellos se desarrollarán en nosotros en proporción a que estemos en armonía y obediencia de pensamiento, palabra y hecho con el Espíritu de nuestro Padre, por el cual somos engendrados y, si somos obedientes, serán desarrollados más y más los frutos de santidad o frutos del Espíritu Santo y la disposición en semejanza al amado Hijo de Dios, nuestro Señor y Redentor. Así, bajo el ministerio del Espíritu Santo de Verdad, los fieles están siendo preparados para “nacer del Espíritu” en la primera resurrección, como seres

espirituales*, ya que fueron engendrados del Espíritu en el momento de la consagración. Así perfeccionados como seres espirituales, los miembros de la Iglesia serán herederos de Dios y coherederos con Cristo, nuestro Señor, en completa unidad y confraternidad con el Padre y el Hijo (quien es la cabeza de todo principado y autoridad y el asociado del Padre en el Reino), siendo llenos del Espíritu del Padre y del Hijo: el Espíritu Santo.

De las anteriores ideas sobre el tema se desprende que el mismo Espíritu o poder del Padre celestial, Jehová, que operó en la creación del mundo, y en el pasado operó de diferentes formas sobre sus siervos, también ahora, durante la edad Evangélica, sigue operando en distintas formas para el desarrollo de la Iglesia, conduciéndola hacia la armonía con Dios, adecuándola y preparándola como el “Cuerpo de Cristo” para ser copartícipe en el Reino. Y será el mismo Espíritu Santo o influencia de Dios el que seguirá operando en formas diversas durante la edad Milenaria, a través de Cristo y la Iglesia glorificada, para poner al mundo en armonía y unidad con los principios de justicia y con el Rey de Reyes y Señor de Señores. Nada conectado con esta obra en cualquier grado o sentido necesita de otro Dios. Muy por el contrario. El hecho de que hay un solo Dios que opera bajo distintas circunstancias y condiciones, a través de diversos medios, para la realización de su propósito, nos da la seguridad de que todos sus buenos designios serán cumplidos y que, como él declara: “Así será mi palabra que sale de mi boca; no volverá a mí vacía, sino que hará lo que yo quiero, y será prosperada en aquello para que la envié.” —Isa. 55:11

* Seres espirituales en contraste con seres carnales como en “muerto en la carne, pero vivificado en espíritu.” (1 Ped. 3:18) —Tomo II, nota pp. 108-109 (en inglés). —Trad.

VOLUNTAD, INFLUENCIA, PODER Y ESPÍRITU DIVINOS

De lo anterior percibimos que una definición amplia de las palabras “Espíritu de Dios” o “Espíritu Santo” sería la de *voluntad, influencia* o *poder* divino, ejercido en todo lugar y para todo propósito en armonía con la voluntad divina, la cual, siendo una voluntad santa, implica que los pasos y acciones del Espíritu Santo estarán en armonía con la santidad. Dios utiliza su Espíritu o energía en muchas formas, usando distintos agentes para lograr diferentes resultados. Todo lo que es realizado por el Señor a través de agentes mecánicos o inteligentes, es en realidad su propia obra, como si él fuera el directo artífice, ya que estos agentes son su creación. Del mismo modo, entre los hombres, un constructor de edificios no puede trabajar en todas las partes de la construcción, pero los obreros son sus representantes y están bajo su control: el trabajo, como un todo, es obra del constructor aunque el no haya levantado una sola herramienta. El lo hizo con sus materiales y por medio de sus representantes y agentes.

Así, por ejemplo, cuando leemos: “Jehová Dios hizo la tierra y los cielos” (Gén. 2:4), no suponemos que él personalmente manipuló los elementos. Él usó varios agentes: “él dijo, y fue hecho” (dio ordenes y fueron rápidamente ejecutadas); “él mandó, y existió”. (Sal. 33:6,9) La creación no surgió instantáneamente, pues leemos que fue empleado un cierto tiempo: seis días o épocas. Y al mismo tiempo se nos informa claramente que “todas las cosas son del Padre” mediante su energía, su voluntad, su Espíritu, aunque esta energía, como hemos visto, fue ejercida a través de su Hijo, el *Logos*.

El poder transformador del Espíritu Santo de Dios actúa durante esta dispensación Evangélica para llevar a su pueblo a una plena *reconciliación* con Dios, esta es una operación más difícil de entender que la mencionada en Génesis 1:2. El poder de Dios está tratando ahora una cuestión más elevada, que involucra la mente y la libre voluntad de las personas, en lugar de la materia inerte.

El Espíritu Santo

A la luz de las Escrituras debemos entender al Espíritu Santo como:

(a) El poder de Dios ejercido en cualquier de sus formas pero siempre de acuerdo con la justicia y el amor, siendo por tanto un poder santo.

(b) Este poder es una energía vital, un poder creador o poder generador del pensamiento (creando e inspirando ideas y palabras), o un poder dador de vida, como se manifestó en la resurrección de nuestro Señor y se manifestará otra vez en la resurrección de la Iglesia (su cuerpo).

(c) El poder o influencia engendradora o transformadora del conocimiento de la Verdad en este sentido se lo designa como “el Espíritu de Verdad”. Dios rige su proceder de acuerdo con la verdad y la justicia y por tanto la Palabra de Dios, la revelación de su proceder, es llamada la Verdad: “Tu palabra es verdad.” Del mismo modo, de todos aquellos que están bajo la influencia del plan de Verdad y justicia de Dios, se dice que están bajo la influencia del Espíritu o disposición de la Verdad: ellos son apropiadamente descritos como engendrados por la Verdad para una nueva vida.

El Padre atrae a los pecadores hacia Cristo por medio de la iluminación de sus mentes, el convencimiento de que son pecadores y que necesitan un Redentor. Aquellos que aceptan a Cristo como su Salvador y Abogado, y llegan a una completa consagración a Dios por medio de Cristo, son nuevamente *engendrados* por Dios, “engendrados por la palabra de verdad”, por el Espíritu de Dios para una nueva vida. Esto es decir, llegan a estar en armonía con las condiciones y reglas divinas. Dios acepta esta actitud de consagración como la apropiada, pasando por alto o cubriendo las debilidades de la carne con el manto de justicia de Cristo; justificados por la fe, él los acepta como a “nuevas criaturas en Cristo Jesús” que desean ser guiadas por su Espíritu hacia toda la verdad y ser conducidos por esta santa disposición o Espíritu a la plena obediencia, hasta el punto del propio sacrificio y aun la muerte. De ellos se dice que han recibido el “Espíritu de adopción” y por medio, de Cristo entran en un pacto especial con Dios, como

sus hijos. Y el Padre, por medio del Autor de la Salvación, les garantiza que si permanecen en *el Espíritu de Verdad* todos los sucesos de su vida trabajarán en su favor, para desarrollar más y más el espíritu de justicia, verdad, paz y gozo; ellos tendrán más y más del Espíritu Santo a medida que progresen en la obediencia al Espíritu de Verdad. Por eso la exhortación para ellos es “sed llenos del Espíritu”, “andad en el Espíritu”, “la palabra de Cristo more en abundancia en vosotros”, porque “si estas cosas están en vosotros y abundan, no os dejarán estar ociosos ni sin fruto.” Este Espíritu Santo que opera en el creyente a partir del momento de su plena consagración al Señor, es el mismo Espíritu Santo o disposición del Padre que operó en nuestro Señor Jesucristo, y por tanto es también llamado “el Espíritu de Cristo”, y estamos seguros de que “si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él.” —Rom. 8:9

EL ESPÍRITU CON “MEDIDA” Y “SIN MEDIDA”

Nuestro Señor Jesús fue engendrado por el Espíritu Santo en su bautismo, su consagración; del mismo modo hemos visto que los miembros de su cuerpo, su Iglesia, en el momento de su plena consagración son “engendrados” por el “bautismo en su muerte” (la de Cristo), pero hay una distinción que debe ser siempre recordada; nuestro Señor Jesús, la Cabeza de la Iglesia, recibió el Espíritu Santo *sin medida*, ilimitadamente (Juan 3:34), mientras sus seguidores lo reciben con medida o limitadamente. (1 Cor. 12:7; Rom. 12:3) La razón de esta diferencia es que nuestro Señor era un hombre perfecto, mientras que nosotros, sus seguidores, aunque justificados por la fe somos en realidad muy imperfectos. El hombre perfecto como verdadera imagen de Dios puede estar en completa armonía con Dios y su Espíritu de santidad en todos los aspectos, pero en proporción a la degradación que provino de la caída, nuestra armonía con Dios y su Espíritu de santidad se han deteriorado, aunque es el deber y privilegio de cada uno buscar, conocer y hacer la voluntad del Señor y no tener deseos opuestos a ésta; así que ningún miembro de la raza caída es capaz de recibir

plenamente el Espíritu del Señor y estar en absoluta armonía con Dios en todos los aspectos. Y así entre aquellos que creen, se consagran a sí mismos y reciben el Espíritu Santo de adopción, encontramos que lo poseen en distintas medidas, y estas medidas dependen del grado de nuestra caída de la imagen divina, y del grado de gracia y fe alcanzado como miembros del cuerpo de Cristo. La rapidez con que podemos adquirir más del Espíritu Santo y llegar a un mejor conocimiento y acuerdo con los detalles del plan divino depende de la comprensión de nuestras propias imperfecciones, y del grado de nuestra consagración al Señor, por el estudio de su voluntad y su Palabra, y la práctica de ellas en las cuestiones de la vida.

A medida que los creyentes consagrados se entregan al Señor, ignorando sus propios deseos y preferencias y buscando andar en su camino, son “llevados por el Espíritu” “instruidos por el Espíritu” y pueden servir al Señor “bajo el régimen del *nuevo Espíritu*”. Para continuar bajo esta guía e instrucción ellos deben tener el “Espíritu de mansedumbre” (Gál. 5:22,23; 6:1), para que el “Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria” pueda poner en ellos el “*espíritu de sabiduría y de revelación* en el conocimiento de él, alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado, y cuales las riquezas de la gloria de su herencia en los santos.” —Ef. 1:17,18

En estas distintas presentaciones del trabajo del Espíritu Santo y en muchas otras que llegarán al conocimiento del estudiante de la Biblia, no se puede encontrar nada acerca de la necesidad de otro Dios. Por lo contrario, una concepción apropiada del único Dios muestra que sus recursos y su poder omnipotente son abundantemente suficientes y que aquel que dijo a Israel “Oye, Israel: Jehová nuestro Dios, Jehová uno es”, no necesita asistencia o ayuda. De hecho, aquellos que pretenden que es necesario *otro* Dios para atender los asuntos referidos al obrar del Espíritu Santo de Dios, deben con igual consistencia reclamar varios Dioses-espíritu (espíritu de adopción, espíritu de mansedumbre, espíritu de Cristo, espíritu del Padre, espíritu de amor, espíritu de

justicia, espíritu de misericordia, espíritu de santidad, espíritu de verdad, espíritu de paciencia, espíritu de gloria, espíritu de conocimiento, espíritu de gracia), y así un Dios separado para cada uno. Pero como el apóstol explica, todas estas manifestaciones provienen del único Espíritu del todopoderoso Jehová.

EL ESPÍRITU DEL MUNDO—EL ESPÍRITU DEL ANTICRISTO

El Espíritu del mundo es el opuesto del Espíritu de Dios. Como el mundo entero está en una condición caída y bajo la cegadora influencia del Adversario, su espíritu o disposición necesariamente están en constante conflicto con el santo, verdadero, justo y amoroso Espíritu de Dios y en conflicto, por tanto, con el Espíritu Santo recibido por su pueblo a través de su Palabra y de las distintas influencias santas ejercidas sobre ellos. Como el espíritu de egoísmo, odio, envidia y contienda de Satanás trabaja para controlar a los hijos de este mundo, el Espíritu Santo de Dios, el Espíritu de amor, mansedumbre, paciencia, bondad y fraternidad trabaja también en el mundo y controla a los hijos de Dios. Y estos dos espíritus o disposiciones, uno de amor y bondad, el otro de egoísmo y maldad, están en continuo conflicto y son completamente irreconciliables.

Las Escrituras nombran a este espíritu que trabaja en el mundo en oposición al Espíritu Santo, como “el espíritu del Anticristo”: el espíritu opuesto a Cristo. Su primer deseo es ignorar completamente a Cristo, negar que alguna vez haya venido al mundo; luego si fracasa en esto pretenderá que nuestro Señor Jesús fue un hombre más, un pecador; y si esta posición es reprobada aún sostendrá que de todos modos el Señor no logró nada o que fue meramente un ejemplo y no el Redentor. Por tanto las Escrituras nos instan a someter a prueba los espíritus (las doctrinas que se nos presentan pretendiendo ser del Espíritu de verdad). Debemos ponerlas a prueba no meramente por medio de su apariencia exterior sino mediante la Palabra de Dios. “Amados, no creáis a

todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios... en esto conocemos el Espíritu de verdad y el espíritu de error.” —I Juan 4:1,6

LA BATALLA ENTRE LAS INFLUENCIAS SANTAS Y NO SANTAS

Las perfecciones del carácter de Dios son el *modelo* de santidad, justicia y verdad para todas sus criaturas. Toda cosa y toda criatura en desacuerdo u opuesta a este modelo no es santa, ni verdadera, ni justa. Estas influencias adversas a veces son atribuidas a Satanás, porque él es el enemigo de Dios y fue el primer conspirador contra la justicia, creador del error, “padre de mentira” y engaño. Pero tenemos que distinguir entre *seres* espirituales malignos e *influencias* espirituales malignas, como hemos distinguido entre *seres* espirituales santos e *influencias* espirituales santas. La tendencia del pensamiento evolucionista entre la gente educada (que menosprecia y critica la Biblia), es ignorar la *personalidad* de Satanás y los malvados espíritus asociados con él que gozan de alta posición (Ef. 6:12), pretendiendo que no existen malas influencias *en sí mismas*, sino que el hombre solamente contiende con su propia ignorancia y con la desviación de sus buenas cualidades. Igualmente otros, aún más adelantados y educados (en el error) y que adhieren a falsas filosofías han llegado a la conclusión de que no existe un *Dios personal*, sino sólo buenas influencias que se encuentran dentro del hombre y que están evolucionando gradualmente hacia la perfección.

Pero nosotros escuchamos las enseñanzas de Dios, su Palabra, la cual como nos asegura el apóstol es capaz de hacernos sabios para la salvación, encontrando en ella un manantial de vida y luz y Espíritu Santo de verdad: con ella las teorías y luces humanas no pueden compararse. Ella nos muestra que Dios es un *ser* espiritual, que su Espíritu Santo o *influencia* está siempre en armonía con la justicia, y que todos los que están en armonía y *acuerdo* con Dios

La Reconciliación

deben tener su Espíritu de santidad: el Hijo unigénito, en quien mora la plenitud del Espíritu divino; los santos ángeles que no tienen otra voluntad más que la voluntad o Espíritu del Padre; la Iglesia, elegida de entre los hombres que tienen en alguna medida el entendimiento o Espíritu del Padre (de otro modo no serían de él), que buscan estar más y más llenos del Espíritu de santidad y despojarse de toda influencia no santa. Del mismo modo la Palabra enseña que Satanás es un ser espiritual que posee un espíritu, mente o disposición no santos y ejerce su influencia o espíritu no santo por medio de diversos canales y agentes.* Los ángeles caídos, que son también seres espirituales, cayeron al perder su espíritu de santidad, su devoción hacia Dios y sus justas normas; ellos tienen ahora una disposición o espíritu no santo y ejercen su maligna influencia siempre que tienen oportunidad.† Y la humanidad caída por medio de Adán, se ha convertido en esclava del pecado: algunos pecan voluntariamente, por el placer de pecar, y otros involuntariamente, aunque tengan el deseo de acercarse a Dios‡ son cegados y engañados por el Adversario y controlados por el espíritu de error.

La humanidad (la mente o corazón de los hombres) es el campo de batalla en el que el Espíritu Santo de luz, amor, justicia, verdad, santidad, el Espíritu de Jehová y su Hijo, el Redentor del hombre, contiende con el maligno espíritu de Satanás, un espíritu de pecado, oscuridad, mentira, odio, envidia, malicia, etc. Vendidos al pecado por nuestro primer padre terrenal Adán, su familia se convirtió en “esclava del pecado” a través de la debilidad heredada. (Rom. 5:12,21; 6:12-23; 7:14; 8:20,21) En esta condición cautiva la humanidad es cegada por el dios (gobernante) del presente mundo maligno que pone en sus mentes la maldad como si fuera bondad y las tinieblas en lugar de la luz. (2 Cor. 4:4; Ef. 6:12; Isa. 5:20) Así ha corrompido a una vasta mayoría: facilitándoles hacer el mal y dificultándoles el bien, poniendo todas

* Véase *La Torre del Vigía*, 1 de agosto de 1894 (en inglés).

† Véase el folleto “¿Qué Dicen las Escrituras Acerca del Espiritismo?”

‡ Hechos 17:25. —Trad.

las ventajas de la presente época en el mal y haciendo imposible acceder a ellas si no se está de acuerdo con su espíritu no santo, que es “el espíritu del mundo”; su control es general, primero sobre las masas por medio de la ignorancia y luego sobre los más inteligentes por medio del orgullo y el egoísmo.

La *batalla* no comenzó sino hasta el primer advenimiento de nuestro Señor, pues el Espíritu de verdad vino primero sobre nuestro Señor Jesús y en Pentecostés sobre su Iglesia.* El mundo estaba en tinieblas cuando nuestro Señor Jesús apareció lleno del Espíritu de Dios, la luz de la verdad divina, por lo cual él constituyó “la Luz del mundo”: entonces comenzó la *batalla*; la verdadera luz, el Espíritu Santo, es representado desde Pentecostés no por las iglesias nominales, sino por los verdaderos miembros del cuerpo de Cristo, poseedores del Espíritu Santo de su Cabeza. La batalla no pudo comenzar antes porque ningún hombre (siendo todos pecadores) podía ser el canal del Espíritu Santo de Dios, ni ser su representante (embajador de justicia y verdad, soldado de la cruz). La *expiación por el pecado del hombre* debió ser cumplida en primer lugar, antes que el Espíritu Santo pudiera realizar cualquier misión, antes que hubiera alguien listo para la *batalla*. La humanidad estaba sentenciada a muerte, a la eterna destrucción, como enemiga de la justicia: ¿Entonces por qué luchar por los condenados? ¿Por qué tratar de volverlos a la rectitud, cuando no había esperanza de recompensar sus esfuerzos por lograrlo? Por lo tanto era apropiado que el *rescate* viniera primero, y como el Padre lo aceptó el Espíritu Santo fue otorgado a los que fueron hechos hijos por medio de Cristo.

Pero alguien puede observar que la *batalla*, desde que ha comenzado, parece inclinarse a favor del espíritu de maldad y en contra del Espíritu Santo, ya que los servidores del pecado son hoy,

* La *batalla* de la Ley de Justicia estaba confinada a la pequeña nación de Israel, pero como lo previó Dios “nada perfeccionó la ley”, y ningún miembro de la raza caída pudo vencer en esta lucha. Esto fue así para que Cristo Jesús, el único guardador de la ley, se manifestara como el canal de la divina misericordia, y al mismo tiempo instruir un pueblo y hacer “un remanente” listo para la Dispensación del Espíritu y sus conflictos al señalarles a Cristo.

por el natural incremento de la población, más numerosos de lo que eran cuando comenzó la batalla, y aún se han incrementado más rápidamente que las denominaciones cristianas, aunque la *batalla* lleva cerca de veinte siglos.

Además el espíritu de maldad, malicia y error triunfó sobre el Espíritu Santo en nuestro Señor hasta el punto de crucificarlo, y de igual modo ha triunfado sobre los miembros del cuerpo de Cristo tergiversando, calumniando y maltratando a cada uno en distintas formas, según el tiempo, el lugar y las circunstancias. El objetivo de estos ataques del espíritu de maldad y sus siervos contra el espíritu de santidad y sus fieles es siempre el mismo: minar la influencia del Espíritu de verdad; hacer que lo santo parezca malvado; hacer que lo puro parezca egoísta e impuro; poner oscuridad donde hay luz. Los siervos del mal no siempre saben lo que hacen: imbuidos de maldad, odio, malicia, envidia y rivalidad están cegados y “no saben lo que hacen”, y aún creen que realmente están prestando un “servicio a Dios”. ¿Por qué esta derrota del espíritu de santidad? ¿Será siempre así?

Nosotros respondemos que esta derrota del Espíritu de santidad lo es sólo en apariencia y no en realidad. De hecho el Espíritu de santidad triunfó en el momento en que la batalla comenzó. Su doble misión durante la edad Evangélica ha sido cumplida con éxito:

(1) El Espíritu Santo debía estar *en el pueblo de Dios* de acuerdo a su grado de consagración y celo hacia Dios y su justicia; y en razón de la prevalencia y poder del espíritu de maldad en el mundo, las presentes condiciones demandan que aquellos que quieran *vivir piadosamente* en el presente tiempo, deben padecer persecución y oír “toda clase de mal” contra ellos y aún soportarlo, como lo hiciera su Maestro, continuando fieles al Señor y a su causa a cualquier costo, sin estimar sus vidas terrenales como preciosas para sí mismos. —2 Tim. 3:12; Mat. 5:11; 1 Ped. 2:23; Hechos 20:24

(2) La luz del Espíritu de santidad *en* el pueblo de Dios tenía que brillar *sobre* el mundo para atraer a todos aquellos que no estuvieran completamente cegados por el perverso espíritu del

Adversario. Tenía que brillar en las tinieblas del pecado *reprobándolo* y testificando contra toda injusticia, despertando la conciencia de los cegados sobre sus responsabilidades hacia Dios y el futuro día de la rendición de cuentas. Así instruyó nuestro Señor a sus seguidores que luego de recibir el Espíritu Santo fueron *testigos* de la Verdad entre todas las naciones, sea que la gente los escuchara o no.

El Espíritu Santo ha triunfado en los dos objetivos para los cuales fue enviado. El ha seleccionado un “pequeño rebaño” de fieles “vencedores”, seguidores del camino de justicia: Jesús el Capitán y su grupo de fieles soldados de la cruz, todos ellos consagrados “hasta la muerte”; a ellos les será prontamente entregada su recompensa en el Reino, cuando los últimos miembros hayan sido completamente probados y hechos perfectos a través de aflicciones por causa de la justicia. El Espíritu Santo ha triunfado también al *testificar* ante el mundo. Nuestro Señor predijo que el efecto del testimonio sería convencer al mundo de pecado, de justicia y de un futuro día de juicio justo en el cual los actos malvados en esta vida tendrán su justa retribución, de acuerdo al grado de luz poseído por el transgresor.

Este testimonio se ha dado a través de largo tiempo, y hoy el mundo entero reconoce estos tres puntos que el Espíritu de santidad presente en la Iglesia ha manifestado: pecado, justicia y juicio. Realmente el mundo no tiene ideas claras y correctas acerca de la justicia, ni tampoco del pecado, y no entiende el carácter y objeto del juicio venidero, ni que éste será un período de mil años; el mundo tampoco entiende claramente el llamado de la Iglesia durante esta edad, por el cual los elegidos se librarán de ser juzgados junto con el mundo, en razón del *sacrificio voluntario* que hacen ahora de sus intereses terrenales por causa de la justicia, siguiendo los pasos del Redentor. No es necesario para el mundo conocer estos aspectos, ya que no le conciernen. Ellos son “lo profundo de Dios que sólo puede ser apreciado por los que obedecen con sinceridad la llamada del Señor, y consagrándose a sí mismos reciben el Espíritu del Padre y por tanto, como sus hijos,

son familiarizados con los detalles del plan divino. —1 Cor. 2:10,11

En respuesta a la pregunta ¿Será esto siempre así?, nosotros respondemos: No. Tan pronto como en esta edad se haya completado el “pequeño rebaño” llamado a ser coheredero con Cristo esto terminará. La próxima acción del Espíritu Santo o poder de Jehová será establecer el Reino, en el cual pronunciará sus juicios e impartirá justicia en la tierra. El “ajustará el juicio a cordel y a nivel la justicia” y toda falsedad y decepción será reemplazada por un claro conocimiento de la Verdad. En lugar de testimoniar al mundo sobre el “juicio venidero”, el Espíritu Santo testimoniará que el juicio ha comenzado y que toda transgresión recibirá prontamente su justo castigo. En lugar de decir a los miembros de la Iglesia “no juzguéis nada *antes de tiempo*”, el Espíritu testimoniará, por lo contrario, que como instrumentos de Dios ellos han sido especialmente capacitados para juzgar al mundo con justo juicio. En lugar de seguir sufriendo por causa de la justicia, estas personas que están en armonía con Dios y poseen su Espíritu de justicia y verdad serán coronadas como reyes y sacerdotes de justicia, encargados de reinar sobre la tierra para bendecirla y restaurarla a la perfección y, para “cortar de la vida” en “eterna perdición” a todos aquellos que voluntariamente rechacen las oportunidades del bendito día de juicio, aseguradas por el amor de Dios a través de la redención dada por nuestro Señor Jesús. Así el gran Jehová y su Espíritu de santidad y todos sus seguidores triunfarán finalmente, pero Satanás y el pecado y el espíritu de maldad serán destruidos para siempre y no habrá más maldición. —Isa. 28:17; 1 Cor. 4:5; 6:2; Hechos 3:23; 2 Tes. 1:9; Apoc. 22:3

LA LUCHA DEL ESPÍRITU FUERA Y DENTRO DE LOS SANTOS

Hemos considerado la batalla como un todo, veamos ahora algunas de sus fases actuales. Podría considerarse que esta batalla

es contra la Iglesia, pero sin embargo es un conflicto *individual* con el pecado. Ya que la Iglesia saldrá vencedora, estará compuesta sólo por vencedores, y así como la victoria de la Iglesia es una victoria del Espíritu Santo de Dios, de su poder o influencia contra el espíritu de maldad e injusticia, también lo es la victoria de cada uno de sus miembros.

La mayor parte de la Cristiandad (cristianos nominales, incluso los supuestos “combatientes del espíritu”, santificacionistas, etc.), sabe poco acerca de las reales batallas y victorias del espíritu, porque la mayoría nunca se ha consagrado ni ha recibido el Espíritu Santo de Verdad. Algunos se han consagrado a una secta y han recibido un espíritu sectario de amor, devoción, servicio y sacrificio por la secta. Otros han reconocido uno o más principios morales y se han consagrado a no violar estas reglas; éstos reciben el espíritu de moralidad, un espíritu de satisfacción propia, de virtud propia. Otros reverencian alguna virtud cuyo espíritu reciben, por ejemplo paciencia, y están completamente satisfechos cuando logran un buen grado de paciencia y su espíritu. Otros se han consagrado a “trabajar” para Jesús y sólo parecen satisfechos cuando están en el bullir de la agitada actividad; les importa poco la clase de trabajo con tal que no sirva abiertamente a Satanás y ellos puedan ocupar una posición destacada: con su trabajo no buscan obtener muchos resultados y por tanto se contentan con “golpear el aire”, esperando al fin de cuentas no haber causado mucho daño. Para ellos tomarse tiempo para estudiar la Palabra de Dios y averiguar la clase de trabajadores que buscan ser, y la clase de trabajo que desean realizar, es una violación de su pacto de consagración; estas personas que se consagran al trabajo sólo encuentran satisfacción cuando están en el fervor de la excitación. Otros que son un poco más sabios se consagran a una clase particular de servicio para Dios y para el hombre, el servicio en el cual *piensan* que son más necesarios. Si *se consagran* a “trabajar para la temperancia”, reciben el espíritu de este trabajo y tienen las bendiciones que provienen de él; o si *se consagran* a trabajar para la reforma social, obtienen el espíritu de reforma social y sus bendiciones.

La Reconciliación

Todas estas consagraciones y el espíritu o disposición resultante, tienen al mismo tiempo influencias buenas y malas. Cualquiera de ellas es mejor que una consagración al mal y a su espíritu de maldad. Cualquiera de ellas es aún mejor que la consagración a sí mismo y al espíritu de autosatisfacción que la acompaña. Cualquiera de ellas también es mejor que una vida sin propósito ni consagración. Pero ninguna de éstas puede compararse en modo alguno con la consagración enseñada en las Escrituras y ejemplificada en Nuestro Señor Jesucristo, el Redentor del mundo, el ejemplo de su cuerpo, la Iglesia. Esta verdadera consagración, única que da al corazón el Espíritu Santo, el Espíritu de Verdad, al cual el mundo no puede recibir.

Esta verdadera, propia consagración difiere de todas las otras. Se inclina ante un único altar; reverencia la voluntad de Jehová, entregándose a sí mismo y a su propia voluntad como sacrificio vivo en el altar del Señor, en un culto racional. No pone condiciones ni reservas. El idioma del Sumo Sacerdote es el de cada miembro del “real sacerdocio”: “No busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió.” “He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad, como en el rollo del libro está escrito de mí.” Tales son hechos partícipes del Espíritu Santo.

Aquellos que han consagrado sus voluntades y aceptado sin reservas la Palabra y voluntad de Dios, por medio de Cristo están llamados a ocuparse de las cosas celestiales o *espirituales*. Estos se encuentran tan transformados, tan enteramente distintos de aquello que fueron en su anterior condición terrenal, que son llamados “Nuevas Criaturas”, y este nombre no sería apropiado para ellos si sólo significara el cambio radical de corazón o voluntad que han experimentado; pero significa más. Significa que éstos que ahora están siendo elegidos de entre el mundo por el Espíritu Santo de Verdad y que están acercándose a Dios por el camino nuevo y vivo que fue abierto por el gran sacrificio por los pecados, son realmente engendrados nuevas criaturas, cuya perfección en la naturaleza divina sólo espera el cambio de la resurrección, al final de esta era, completamente condicionados por su fidelidad como nuevas criaturas a los mandatos del Espíritu Santo.

El Espíritu Santo

Sin embargo, esta nueva creación mental o transformación del entendimiento, el embrión de la nueva criatura que se convertirá por completo en un ser en la resurrección, está todavía identificada con un cuerpo humano, como dijo el apóstol de ellos: “Pero tenemos este tesoro (el nuevo entendimiento, la nueva naturaleza) en vasos de barro.” (2 Cor. 4:7) Hablando del mismo tema el apóstol nos asegura que cuando la morada terrenal sea deshecha, sacrificada, muerta con Cristo, no obstante, tendremos de Dios un edificio, una nueva morada, un glorioso cuerpo en armonía y en todo aspecto apropiado para el nuevo entendimiento y su Espíritu de santidad (2 Cor. 5:1), si nosotros somos de aquellos vencedores que se mantienen hasta el fin de la peregrinación en el camino correcto, caminando en pos de las pisadas de nuestro Capitán.

La palabra *santo* significa *completo*, por tanto el Espíritu Santo es un espíritu pleno o completo. Así vemos sin sorpresa que aquellos que han recibido el Espíritu Santo o espíritu completo, en buena medida están formados en todos los aspectos de su carácter (mejor equilibrados que nunca antes en sus juicios), y tienen el “Espíritu de dominio propio”; sin embargo el ciego y adverso espíritu del mundo declara de ellos: “Demonio tiene y está fuera de sí”, porque ellos viven y trabajan gozándose con las cosas no vistas aún eternas en los cielos. —2 Tim. 1:7; Juan 10:20; 6:27

Individualmente considerado, uno de los más serios enemigos de aquellos que han sido engendrados a santidad de espíritu por medio de los consejos y promesas divinas, es el maligno espíritu de temor o cobardía. Este desearía persuadirnos de que probablemente hay algún error: que Dios no inspiró las preciosas y grandísimas promesas, o que ellas no son para nosotros, o que por alguna razón nunca podremos alcanzarlas. Todo el pueblo de Dios está expuesto al ataque de este falso espíritu de duda y temor, algunos menos y otros más persistentemente; todos tienen la necesidad de combatir y destruir con coraje a este maligno espíritu para que no mate los frutos del Espíritu santo hasta finalmente extinguirlos, alejándolos de nosotros por completo.

La Reconciliación

Mas el “espíritu de cobardía” no es un dios espiritual o un demonio maligno que ha penetrado en nuestros corazones: es simplemente una influencia mental natural en todos los miembros de la caída raza humana. Es generada por las imperfecciones personales y la falta de mérito para obtener el favor divino. El antídoto para este espíritu de cobardía es el Espíritu Santo de Verdad y la aceptación y cumplimiento de sus instrucciones en plena certidumbre de fe. El Espíritu de Verdad nos dice que había buenas razones para albergar este espíritu de cobardía, pero estas razones dejan de existir desde que nos convertimos en nuevas criaturas en Cristo. El Espíritu de Verdad nos hace ver más allá de nuestras debilidades hacia la gran Reconciliación consumada por nuestro Señor Jesús, y cita para nosotros las palabras del inspirado apóstol:

“¿Qué, pues, diremos a esto? Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros? El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó [a muerte] por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas [necesarias]? ¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió [pagando su penalidad—haciendo bien todas sus deficiencias]; más aun, el [glorificado y enaltecido Cristo] que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros.” —Rom. 8:31-34

Si el “Espíritu de fe” (una de las fases del “Espíritu de santidad”, el “Espíritu de Verdad”), se afianza y es aceptado y mantenido por la nueva criatura, la victoria sobre el espíritu de cobardía es rápidamente conquistada, obteniendo así paz y gozo en el Espíritu Santo de fe y amor y confianza en Dios. No obstante, estas batallas deben ser sostenidas repetidas veces a lo largo de la experiencia cristiana. Verdaderamente, el “espíritu de cobardía” debe convertirse en un valioso *servidor* de la nueva criatura; ya que no puede ser tolerado como un maestro, ni como un amigo o un habitante del corazón, convirtámoslo en un cancrbero apostado fuera de las puertas del corazón, y servirá a un muy útil propósito, llamando la atención sobre los ladrones y salteadores que se

aproximan furtivamente para despojarnos de nuestros tesoros de santidad, gozo, paz, amor y confraternidad con nuestro Padre y con los hermanos. Como el apóstol insta, “temamos” los ataques que provienen de afuera luego que hayamos entrado en acuerdo con Dios, echando fuera toda mala influencia y recibiendo su Espíritu en nuestros corazones. Temamos no sea que, como aquellos que están dispuestos para salir con el Novio temprano por la mañana, alguno de nosotros sea vencido por un espíritu de pereza, un espíritu de descuido, un espíritu de sopor y como las “vírgenes insensatas” no estemos listos para el gran evento (la boda), para el cual hemos hecho todos nuestros preparativos.

Recordemos entonces que, por muy útil que pueda ser como sirviente, el espíritu de cobardía no proviene de Dios y nunca debe ser admitido dentro del castillo del corazón cristiano, el cual debe ser completamente entregado a los distintos miembros de la familia del Espíritu Santo (amor, gozo, paz, etc.), porque el perfecto amor echa fuera el temor, así como también a todos los miembros de la familia del espíritu no santo (enojo, malicia, odio, celos, temor, disconformidad, soberbia, ambiciones terrenales, etc.) El apóstol declara: “Porque no nos ha dado Dios espíritu de cobardía, sino de poder, de amor y de dominio propio” —2 Tim. 1:7

Algunas veces el ataque viene por la espalda y no desde el frente: temor por los amigos, temor por el mundo, etc., la renuencia a admitir que otros crean en Dios, aunque deseemos obtener la salvación para nosotros mismos. Este también es un asunto serio ya que en gran medida aleja al espíritu de paz y gozo y desperdicia las energías. El “*espíritu de cobardía*” dice: es un gran error pensar que Cristo murió por todos, y es una gran presunción creer que todos pueden obtener alguna bendición u oportunidad de vivir como resultado de la redención. O si el temor no logra vencernos, su maligno compañero, el “*espíritu de error*”, intentará guiarnos en la dirección opuesta hasta llevarnos a creer en una salvación universal para la vida eterna, sugiriendo que el orgullo por parte de Dios le impedirá destruir a los que perseveren en el mal.

La Reconciliación

El “espíritu de error” asume ser más sabio que la Palabra de Dios y sugiere a la razón humana que ella puede juzgar a Dios de acuerdo a sus propias normas, en lugar de corregir sus propias normas con la Palabra de la revelación divina. Así, en diversas maneras, el espíritu de error, el espíritu de temor y el espíritu de esclavitud, los cuales son elementos del espíritu del Adversario (el espíritu no santo), introducen la mentira en las afirmaciones del Espíritu de Verdad, el cual declara que “Cristo Jesús por la gracia de Dios probó la muerte por todos” y que la bendita oportunidad de entrar en armonía con Dios, bajo las condiciones del Nuevo Pacto, será finalmente extendida a todas las criaturas; y que cuando cada uno sea llevado al conocimiento de la verdad será juzgado y aprobado para vida eterna o condenado a la eterna destrucción, la segunda muerte. “En esto conoceremos el espíritu de verdad y el espíritu de error.” —1 Juan 4:5; Hech. 3:23

El Espíritu de Dios, el Espíritu de santidad, es un espíritu de gozo y paz para todos aquellos que lo reciban (en la proporción en que ellos estén en acuerdo con el Padre celestial y con el Redentor, los cuales tienen el mismo entendimiento o disposición). El Espíritu del Señor nos guía hacia la fe en las promesas de Dios; el espíritu de error nos guía en la dirección contraria, a no creer en las promesas de Dios y hacia la especulación humana, la credulidad y la superstición, a creer en cosas de las cuales Dios no ha hablado y que no son razonables para aquellos que tienen el “Espíritu Santo”, “el Espíritu de dominio propio”. El Espíritu de Verdad nos conduce a la actividad y la energía en la causa divina, apreciando el privilegio de colaborar con Dios de algún modo; el espíritu de error, por lo contrario, es un “espíritu de sopor”, de descuido para las cosas celestiales y atención para las cosas terrenales descuido por la Iglesia verdadera y sus vínculos de amor, y atención para las organizaciones humanas y sus vínculos. —Rom. 11:8

EL ESPÍRITU QUE NOS ANHELA CELOSAMENTE

Como ya hemos notado, los hijos consagrados de Dios, “nuevas criaturas” *engendradas por el Espíritu*, son en el presente seres *duales*; las nuevas criaturas no están completamente desarrolladas, no han “nacido” aún, y no tienen un cuerpo apropiado, viven en el viejo cuerpo de carne capturado por la muerte. No obstante esto no implica que los cristianos tengan dos *naturalezas*, ya que un pensamiento de esta clase es contrario a las enseñanzas de la Biblia. El nuevo espíritu, la mente de Cristo, la santa disposición o voluntad sólo es reconocida por Dios y sólo puede ser reconocida por los “hermanos santos, participantes del llamamiento celestial”; sin embargo hay una continua lucha entre esta nueva disposición engendrada por la Palabra de Dios y la vieja voluntad, espíritu o disposición de nuestra decadente carne. Algunas veces en la Escritura la voluntad o disposición contraria de nuestra carne es considerada como nuestro espíritu, como cuando leemos: “El Espíritu que él ha hecho morar en nosotros (en nuestra carne no mora cosa alguna perfecta) nos anhela celosamente.” —Stg. 4:5

El nuevo espíritu, la nueva criatura, engendada del Espíritu Santo de amor, no siente celos o envidia; como está escrito: “El amor no tiene envidia, el amor no es jactancioso.” (1 Cor. 13:4) Entonces, cada vez que encontremos el espíritu de envidia, odio, contienda o vanagloria controlando en cualquier grado nuestros actos, palabras o pensamientos, es un signo seguro de que nuestro antiguo espíritu maligno está logrando una victoria sobre nosotros como nuevas criaturas, y en proporción a que podamos apartar de nosotros todo esto y ser llenos con los elementos del Espíritu Santo (gentileza, bondad, humildad, afecto fraternal, amor) estaremos creciendo en la imagen de Cristo, el cual es la imagen del Padre, y seremos llenos con el Espíritu Santo. No llenos con una *persona espiritual*, sino llenos con el espíritu, influencia o voluntad de una persona, aun de nuestro Padre Jehová, el mismo espíritu que estaba y aún está en el Hijo unigénito.

La Reconciliación

El Apóstol Pablo también escribió respecto de esta misma batalla entre el espíritu, disposición o entendimiento de nuestra carne y el nuevo espíritu, disposición o entendimiento al cual hemos sido regenerados. Pero el trata el tema desde *otro* punto de vista, diciendo que nuestra carne ya no es parte de nosotros, sino nuestra enemiga y nosotros somos reconocidos únicamente como nuevas criaturas y el Espíritu Santo como nuestro único espíritu o disposición. El dice: “Digo, pues: Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne. Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne; y éstos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisiereis.” La continua oposición y engaño de la carne son un obstáculo para la realización de *obras* perfectas, aunque por la gracia de Dios esto no impide que Dios nos acepte como “nuevas criaturas”, cuyos corazones, espíritus e intenciones son santos y aceptables para el Padre en el Amado. —Gál. 5:16,17

INSTRUIDOS POR DIOS MEDIANTE EL ESPÍRITU

Por lo que hemos aprendido respecto del Espíritu del Señor y su forma de actuar sobre su pueblo, a través de su esclarecedora influencia sobre las mentes, removiendo errores e iluminando la Palabra de vida, estamos preparados para entender y apreciar las palabras del apóstol: “Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman. Pero nos las reveló a nosotros por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios.” (1 Cor. 2:9,10) Esto es decir que, habiendo sometido nuestra voluntad al Señor, debemos ser instruidos por él y andar en sus caminos para llegar a estar en armonía con su voluntad, mente y Espíritu; así estaremos preparados desde el nuevo punto de vista (el punto de vista del nuevo entendimiento, rectamente dirigido) para ver las cosas con una nueva luz, de modo que todas las cosas son hechas nuevas para nosotros. La nueva mentalidad, la nueva voluntad nos impulsa a indagar en lo profundo de Dios, a estudiar la Palabra de

Dios, ya que debemos conocer y hacer su voluntad como hijos obedientes. Teniendo el entendimiento o Espíritu de nuestro Padre atenderemos sus instrucciones en todos sus detalles y buscaremos caminar en armonía con él. “Porque ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así tampoco nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios.” (1 Cor. 2:11) Esto quiere decir que así como ningún hombre puede conocer la mente y planes de otro hombre, excepto que éstos le sean revelados, del mismo modo nadie puede entender la mente y los planes divinos, excepto que llegue a estar en armonía con la mente divina, recibiendo el Espíritu Santo.

“Nosotros hemos recibido el Espíritu (entendimiento, disposición o voluntad) que proviene de Dios, para que *sepamos* lo que Dios nos ha concedido... pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente.” Estas cosas sólo son entendidas por aquellos que tienen el Espíritu o entendimiento de Dios, el Espíritu de sus planes, el Espíritu de Verdad. Tales deben tener un comportamiento en armonía con la rectitud y la verdad ya que ellos entienden estos principios y deben perseverar cada día más en el conocimiento de la mente de Dios, la voluntad de Dios, y para tener más de su Espíritu o disposición. Estos hijos obedientes son más y más “llenos del Espíritu” de Verdad y el espíritu de obediencia a ella. Pero ellos no logran esta condición acomodando las cosas espirituales a las cosas naturales, como el hombre natural está dispuesto a hacer, sino siguiendo el consejo divino y “acomodando lo espiritual a lo espiritual.” (1 Cor. 2:13) “El espiritual [quien ha recibido la mentalidad santa o el Espíritu Santo] juzga todas las cosas [es capaz de entender y estimar con propiedad tanto las cosas humanas como las espirituales a la luz del plan divino], pero él no es juzgado de nadie”. Ningún hombre natural puede entender o juzgar rectamente los motivos que impulsan a la “nueva criatura” a sacrificar voluntariamente cosas valiosas para el hombre natural, por esperanzas y expectativas que para éste último parecen irreales y poco razonables. De aquí que los seguidores del Señor son

considerados insensatos por la mentalidad del mundo, por aquellos que tienen el espíritu del mundo. —1 Cor. 2:12-16; 4:10

EL PARAKLETOS, EL CONSOLADOR

Parakletos es traducido Consolador en Juan 14:16,26; pero la idea que usualmente sugiere la palabra consuelo (que es calmar o apaciguar) no es la correcta aquí. El significado correcto es el de ayuda, estímulo, asistencia, fortalecimiento. Así la promesa de nuestro Señor implica que el Espíritu Santo, al cual el Padre enviaría en el nombre de Jesús y como representante de Jesús, estaría cerca de sus seguidores como un oportuno socorro en todo tiempo de tribulación, siendo el santo poder por medio del cual él guiaría y dirigiría a su pueblo, capacitándolo para “andar por fe y no por vista”. De hecho, nuestro Señor nos da a entender que todos los ministerios del Espíritu son sus propios ministerios, diciendo: “No os dejaré huérfanos; vendré a vosotros”. De este modo él identifica al Espíritu Santo consigo mismo. “Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él” y no tiene el *parakletos*, el auxilio divino.

Este poder de Dios está con toda la Iglesia, aunque cada uno recibe su parte de la santa influencia personalmente, por medio de una conexión individual con los canales del Espíritu. La Verdad en sí misma es el principal canal del Espíritu de Verdad; pero todos los que están estrechamente conectados con la Verdad y tienen su Espíritu, son también en cierto grado canales a través de los cuales el Espíritu ayuda e influencia a otros.

El poder o Espíritu de Dios es invisible para los hombres, pero sus efectos son tangibles y visibles. Esto puede ser ilustrado por la corriente eléctrica en un alambre de cobre; es invisible, pero en el momento en que el motor de un tranvía se pone en contacto con el alambre, el poder se manifiesta en el movimiento del coche. La misma corriente, mediante otro sistema, proporciona iluminación o suministra calor o comunica el telégrafo o el teléfono. Todas éstas son bendiciones que se producen bajo

arreglos favorables, pero sin embargo puede usarse esta fuerza para producir la muerte, como en la silla de electrocución. Así, el Espíritu Santo es la energía o poder espiritual de Dios que mueve, esclarece, enciende e instruye a todos aquellos que teniendo las condiciones apropiadas en sí mismos se ponen en contacto con él a través de sus propios canales; pero también traerá la muerte (la segunda muerte) a todo pecador obstinado. Cuan necesario es entonces, que cada miembro del pueblo de Dios tenga el *equipamiento* y las *conexiones* apropiadas para poder ser llenos del Espíritu y hechos activos en toda buena obra.

Nada conectado con esta referencia al Espíritu Santo como un consolador, auxiliador o fortalecedor implica que se nombre a otro Dios u otra *persona* de una trinidad de Dioses. Las referencias muestran, por lo contrario, que el consolador o fortalecedor Espíritu Santo es el Espíritu del Padre y el Espíritu del Hijo. En los versículos 18 y 23 de Juan capítulo 14 el Padre y el Hijo nos son referidos como los únicos que fortalecen, guían y confortan a la Iglesia mediante el Espíritu. Así lo declara nuevamente nuestro Señor: “He aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo” mediante el Espíritu Santo, y no en la carne.*

ÉL OS GUIARÁ A TODA LA VERDAD

Nuestro Señor indicó el canal a través del cual este poder de Dios, “el Espíritu de Verdad”, vendría a su pueblo diciendo: “las *palabras* que yo os he hablado son espíritu y son vida.” Esto es decir, Mis palabras expresan el pensamiento, la voluntad, el Espíritu de Dios. De aquí que debemos poner continuamente delante de nosotros, como necesario para nuestra victoria el estudio de la Palabra de Verdad. Oímos el mandato de nuestro Señor

* El párrafo que sigue en la edición inglesa constituye una discusión que interesa únicamente al lector de habla inglesa. Ella se apoya en el pronombre neutro *it* (él o ella para las cosas) que los trinitarios reemplazaron fraudulentamente por los pronombres personales *him* (él) o *her* (ella), dejando la impresión que se trata del Espíritu Santo (“Holy Ghost”) su tercera persona de Dios. —*Trad.*

“escudriñad las Escrituras.” Oímos al Apóstol Pablo alabando a la iglesia de Berea por su noble conducta al “escudriñar cada día las Escrituras”. Lo oímos nuevamente diciendo que “es necesario que con más diligencia atendamos a las cosas que hemos oído, no sea que nos deslicemos”; y tenemos su exhortación a Timoteo, que nos asegura “la Palabra de Dios es útil, a fin de que el hombre de Dios esté enteramente preparado para toda buena obra.” Oímos también al Apóstol Pedro urgiendo: “Tenemos también la palabra profética más segura de revelación divina, a la cual hacéis bien en estar atentos.” —Juan 5:39; Hech. 17:11; Heb. 2:1; 2 Tim. 3:17; 2 Pedro 1:19

La promesa de ser “llenos del Espíritu” o entendimiento de Dios no es para aquellos que meramente poseen la Palabra de Dios ni para aquellos que meramente leen la Palabra de Dios, sino para aquellos que la escudriñan diligentemente, buscando entenderla, y para aquellos que entendiéndola están deseosos y ansiosos por obedecerla. Si deseamos ser *llenos* del Espíritu de Dios debemos beber de las profundidades de la fuente de Verdad: su Palabra. Y como nuestros cuerpos terrenales son imperfectos, es fácil permitir a las cosas espirituales deslizarse (Heb. 2:1); en este caso el espíritu del mundo, que nos ronda constantemente rápidamente se precipitará para llenar el vacío. En realidad hay una constante *presión* del espíritu del mundo sobre el pueblo de Dios, tendiente a desplazar al nuevo espíritu, el nuevo entendimiento, el Espíritu o disposición de santidad. Por tanto todas las nuevas criaturas fieles al Señor deben vivir muy cerca de la fuente de Verdad, el Señor, y muy cerca de su Palabra, para que el Espíritu de Dios no sea apagado y en su lugar seamos llenos del espíritu del mundo.

Parece oportuno advertir que aunque el conocimiento de la Verdad, el conocimiento de las Escrituras es importante, esencial para poseer el Espíritu de Verdad, de ningún modo se puede tener *mucho* conocimiento de la Palabra de Dios sin tener *algo* de su Espíritu. Recibir el *Espíritu* de Verdad es llegar a estar en armonía con la Verdad, llegar al acuerdo y la cooperación con la Divina voluntad expresada en la Palabra. Esta condición puede ser lograda en una única forma: primero, aceptando al Señor Jesús como

nuestro Redentor y Justificador, y segundo, consagrándonos sin reservas a conocer y cumplir su voluntad.

Pero este “Espíritu de Verdad”, este “Espíritu Santo” o entendimiento en armonía con Dios y su justicia, no debe confundirse con los “*dones* del Espíritu” ni tampoco con los “*frutos* del Espíritu”, aunque su posesión siempre produce éstos últimos, “los frutos apacibles de la justicia”: humildad, paciencia, gentileza, afecto fraternal, amor. El Espíritu de Verdad debe ser nuestro *antes* de poder producir tales frutos en nuestra vida diaria; en algunos el periodo de maduración de los frutos, de buen tamaño y sabor, es más largo que en otros; pero todos debemos recordar las palabras de nuestro Señor: “En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto, y seáis así mis discípulos.” Debemos recordar también su parábola de la Viña, en la cual los pámpanos representan a sus discípulos consagrados. De éstos él nos declara: “Todo pámpano que en mí no lleva fruto, lo quitará; y todo aquel que lleva *fruto*, lo limpiará, para que lleve más fruto.” —Juan 15:2

En el momento de su consagración el cristiano es un pámpano, y es partícipe de la savia de la raíz, partícipe del Espíritu santo, mas no debe esperarse que produzca inmediatamente todos los frutos del Espíritu, ni que ellos se manifiesten en su perfección. Las primeras pruebas de la relación Iglesia—Viña serán una asociación con otros pámpanos, una conexión con la raíz, y evidencias de vida. Luego estarán los zarcillos por medio de los cuales el progreso será buscado y alcanzado. Luego vendrán las hojas, y lo último en aparecer será la flor y más tarde el fruto. Pero el fruto es extremadamente pequeño al principio, y agrio; es necesario tiempo para que las uvas desarrollen el tamaño y sabor aceptable al Gran Agricultor. Tales son los “frutos del Espíritu” de Cristo esperados cada pámpano de la Viña (en todo miembro del cuerpo de Cristo, la Iglesia). A menos que los frutos del Espíritu (humildad, gentileza, paciencia, afecto fraternal, fe, esperanza, amor) aparezcan en su debido tiempo, el pámpano dejará de ser considerado como tal y será cortado como un “chupón”, más allá de toda afiliación y privilegio.

La Reconciliación

Ya hemos visto que “*los dones del Espíritu*”, otorgados al principio de la edad Evangélica para el establecimiento de la Iglesia, difieren de “*los frutos del Espíritu*”. Los “dones” fueron conferidos por la imposición de las manos de los apóstoles, y surgieron espontáneamente sólo en casos excepcionales. (Hechos 2:4; 10:45) Simón el mago, aunque bautizado y poseedor de un don para sí mismo, no fue capaz de conferir los dones a otros, y fue reprobado por Pedro al ofrecer dinero para obtener este poder puramente *apostólico*. (Hechos 8:13-21) El mismo relato aclara que aun Felipe el Evangelista, aunque capaz de realizar “señales y grandes maravillas”, no pudo conferir los *dones del Espíritu* a aquellos que había convertido, sino que se vio obligado a llamar a los apóstoles para que ellos lo hicieran. Todo esto concuerda plenamente con lo que declaró el Apóstol Pablo, diciendo que muchos de los dones “cesarían”, “acabarían”: esto fue necesariamente así cuando todos los apóstoles murieron y todos aquellos a quienes ellos confirieron estos “dones” murieron también. Los *dones* de fe, esperanza y amor, de los cuales el apóstol declara que permanecerían, no fueron dones milagrosos sino “*cultivados*”, “*frutos*” como él los describe en otra cita. —1 Cor. 13:8; Juan 15:16

Entre los dones del Espíritu el apóstol especifica: (1) apóstoles, (2) profetas, (3) maestros. Tenemos todavía con nosotros el don de los apóstoles, ya que tenemos sus enseñanzas en el Nuevo Testamento, plenas y completas, sin requerir agregados; de aquí que los doce apóstoles no tengan sucesores, y no los necesiten, ya que hay sólo “doce apóstoles del Cordero”; ellos son “las doce estrellas”, la corona de la Iglesia; ellos son los “doce cimientos” de la Iglesia glorificada, la Nueva Jerusalén. (Juan 6:70; Apoc. 12:1; 21:14) También tenemos aún en la Iglesia los dones de los profetas o maestros, siervos de Dios y su Iglesia, que hablan en varias lenguas; pero el Espíritu ya no suministra estos dones inmediata y milagrosamente sin educación ni talento, por imposición apostólica de las manos. Tales milagros ya no son necesarios ni se siguen empleando. En lugar de esto, el Señor elige a los que por aptitudes naturales y educación están capacitados

El Espíritu Santo

para su servicio; no obstante, debemos recordar que la condición del corazón es mucho más importante a la vista del Señor que cualquier otra combinación de aptitudes. El Señor es completamente capaz de usar a aquellos que ha escogido (que están llenos de su Espíritu) para ser sus siervos y embajadores especiales: él puede proveerlos de providencial asistencia en la forma que lo desee, como por ejemplo a Moisés (su siervo especial que era lento en el habla), él le dio a Aarón para que hablara por él al pueblo.

El pueblo de Dios no ha olvidado esto, aunque la administración o método haya cambiado, el mismo Señor, por la gestión del mismo Espíritu Santo, está todavía guiando los asuntos de su Iglesia: en forma menos manifiesta y discernible, pero no por eso menos real o menos cuidadosa en cada detalle de sus asuntos. Todo el rebaño del Señor guiado por su Espíritu, e instruido por su Palabra, debe discernir entre aquellos que parecen ser maestros y evangelistas, presentándose a sí mismos como tales. El pueblo del Señor no debe recibir a todos los que pretenden ser maestros y evangelistas, sino sólo a aquellos en los que se distingue la marca del Señor, a aquellos que tienen sus dones; y una de las pruebas es su fidelidad a la Palabra de Dios, que ellos no prediquen por sí mismos, sino a Jesucristo, y a éste crucificado: el poder de Dios y la sabiduría de Dios para todo aquel que cree. Si cualquier hombre viene a nosotros con otro evangelio diferente, hemos sido particularmente instruidos para no recibirlo como maestro de la Verdad, sino para considerarlo un siervo del error, sea que haga esto voluntariamente o por ignorancia.

Así instruye a su pueblo el Espíritu o influencia de Dios, el Espíritu santo o influencia de Verdad, guiándolo (directa o indirectamente) al conocimiento de Dios. Así se convierte ahora en el canal de la reconciliación para la Iglesia, y en forma similar será el canal de la reconciliación para el mundo en la edad venidera, cuando “el Espíritu y la Esposa [la iglesia glorificada] digan: Ven... y el que quiera tome del agua de la vida gratuitamente.” —Apoc. 22:17

ESTUDIO IX

EL BAUTISMO, EL TESTIMONIO Y EL SELLO DEL ESPÍRITU DE RECONCILIACIÓN

EL BAUTISMO DEL ESPÍRITU: SOLO UNO EN TRES PARTES—EL SIGNIFICADO DE ESTE BAUTISMO—“LAS LLAVES DEL REINO DE LOS CIELOS”—OTRO BAUTISMO DEL ESPÍRITU PROMETIDO “SOBRE TODA CARNE”—SU SIGNIFICADO—ORACIÓN PARA [RECIBIR] EL ESPÍRITU—EL TESTIMONIO DEL ESPÍRITU—SU IMPORTANCIA—NINGUNA PAZ CON DIOS SIN EL ESPÍRITU—POCAS PERSONAS SABEN SI LO POSEEN O NO—“ES UN PUNTO QUE YO QUISIERA ENTENDER”—CÓMO RECONOCER EL TESTIMONIO DEL ESPÍRITU—DIFERENCIAS DE ADMINISTRACIÓN—EL TESTIMONIO DEL ESPÍRITU—“SANTIFICADOS POR EL ESPÍRITU”—“LLENOS DEL ESPÍRITU”—“EL SELLO DEL ESPÍRITU”—“LA PROMESA” QUE ÉL SELLA—HASTA EL DÍA DE LA LIBERACIÓN—ALCANZAR EL GRADO MÁS ALTO DE ARMONÍA CON EL PADRE Y MANTENERSE ALLÍ, HE AQUÍ LA META:

“Cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos unánimes juntos. Y de repente vino del cielo un estruendo como de un viento recio que soplaba, el cual llenó toda la casa donde estaban sentados; y se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, asentándose sobre cada uno de ellos. Y fueron todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablasen.”—Hechos 2:1-4

EL DÍA del Pentecostés fue de los más notables en la historia de la Iglesia del Evangelio. Revelaba que nuestro Redentor había aparecido ante Dios por nosotros, como nuestro gran sumo sacerdote, que había presentado al Padre los méritos de su sacrificio, terminado en el Calvario cincuenta días antes; que el Padre lo había aceptado plenamente y que, por consiguiente, a los apóstoles y a los creyentes que lo habían aceptado, deseosos de acercarse al Padre y de llegar a ser *hijos* de Dios (Juan 1:12), se les reconociera como tales, testificando así el Espíritu Santo su aceptación. Es por eso que se le llama “Espíritu de adopción” (o mejor: “Espíritu de filiación”)* en la familia de Dios. Era

* “Sonship” *Diaglotón Enfático*. —Trad.

apropiado que se demostrara claramente tan importante cuestión: era importante no sólo que los apóstoles y los creyentes recibieran el Espíritu Santo, el Espíritu del favor divino en su corazón, sino también que hubiera una manifestación exterior que fuera una prueba satisfactoria no sólo para ellos, sino para todos los creyentes de después, que Dios había aceptado plenamente a los miembros de la Iglesia como hijos y coherederos de Cristo.

Nada, sin embargo, en este relato en el sentido de la palabra exige la idea de un espíritu personal, independiente del Padre y del Hijo. Al contrario, el hecho mismo de que el Espíritu Santo fuera recibido por todos ellos implica que no es una persona, sino una influencia, un poder ejercido por una persona (el poder o influencia de Dios ejercido en y sobre sus recién adoptados hijos). Se evidencia por el hecho de que las diversas capacidades y aptitudes de los apóstoles se activaron, se vivificaron y se ampliaron por esta influencia. El Apóstol explica que fue aquí donde nuestro Señor Jesús “dio dones a los hombres”, dones espirituales. (Sal. 68:18; Ef. 4:8) El gran don de su propia vida ya había sido dado y constituía *el precio de la redención* del mundo entero; una porción de las miríadas rescatadas, un rebaño pequeño, se le había dado especialmente a Cristo para ser sus coherederos y socios en el Reino, y habiendo comenzado ya la selección de este rebaño pequeño, representado en los que esperaban la bendición de Pentecostés, había llegado el tiempo para su reconocimiento. Fue en este momento en que el Padre reconoció a la Iglesia de Cristo en el sentido de que el don de su Espíritu Santo, como influencia y poder, implicaba la reconciliación de los creyentes, de modo que no fueran en lo sucesivo considerados pecadores y extranjeros, ni aun siervos; ahora eran hijos, “partícipes del don celestial”. Se nos informa que este Espíritu Santo, esta santa influencia, este santo poder que emana de su fuente, el Padre, fue difundido sin embargo como convenía por el representante honrado de Dios, por quien todas las bendiciones de Dios vinieron y vendrán, es decir, por Cristo Jesús nuestro Señor y Jefe (Cabeza).

El apóstol Pedro, bajo la influencia inspiradora del Espíritu Santo, explicó que era *del* Padre y *por* el Hijo: “Jesús... exaltado

por la diestra de Dios, y habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado esto que vosotros veis y oís.” (Hechos 2:32,33) No podría hacerse demasiado hincapié en la importancia de este bautismo del Espíritu Santo, sabiendo que manifiesta la aceptación de la Iglesia y que sin él no existiría ninguna prueba de la aceptación del Sacrificio de nuestro Señor y de nuestra justificación.

Hace falta, sin embargo, oponerse con energía a la idea común, pero errónea y totalmente antibíblica, que prevalece entre numerosos cristianos sinceros de que deben esperarse bautismos frecuentes del Espíritu Santo y que hay que buscarlos. No sólo ninguna de las promesas de la Palabra de Dios nos garantiza tal espera, sino que está totalmente en contradicción con las disposiciones divinas tomadas al respecto. Debería observarse que las Escrituras mencionan sólo tres bautismos del Espíritu Santo; la necesidad de que cada uno de ellos se efectúe, y ningún otro, se manifiesta en que los tres son partes o divisiones del único bautismo: (1) El bautismo de nuestro Señor Jesús, (2) El Bautismo de Pentecostés, (3) El bautismo de Cornelio, el primer gentil converso aceptado como “hijo”. Examinémoslos en el mismo orden:

(1) El bautismo del Espíritu Santo de nuestro Señor no sólo era necesario para él personalmente, con el fin de poder ser partícipe del poder divino, lo fuera también como agente divino y como prenda de su herencia, su engendramiento en la naturaleza divina; sino, además, era conveniente también que hubiera tal manifestación exterior o reconocimiento de su personalidad que permitiera a otros reconocerle como el Ungido de Dios. La manifestación se efectuó bajo la forma de una paloma que descendió y se posó sobre él. Tampoco nos da a entender que el pueblo en general fue testigo de esta manifestación del favor divino. El pensamiento es más bien que Juan el Bautista, que hacía entonces una obra de reforma en Israel y al que se reconocía como profeta, servidor del Señor, fue el único testigo del descenso del Espíritu sobre Jesús, y dio testimonio del hecho. Su declaración fue: “También *dio Juan testimonio*, diciendo: Vi al Espíritu que

descendía del cielo como paloma, y permaneció sobre él. Y yo no le conocía [no sabía que él era el Mesías] pero el que me envió a bautizar con agua, aquél me dijo: Sobre quien veas descender el Espíritu y que permanece sobre él, ése es el que bautiza con el Espíritu Santo. Y yo le vi, y he dado testimonio de que éste es el Hijo de Dios.” —Juan 1:32-34

(2) El bautismo de la Iglesia en Pentecostés, así como lo explica Juan aquí, debía ser hecho por Cristo, “ése es el que bautiza con el Espíritu Santo”. Pedro lo confirma, como hemos visto, al declarar que Cristo derramó su Espíritu Santo. Sólo él puede bautizar así porque rescató al mundo por su sangre preciosa, y ninguno puede ir al Padre sino por él; y porque el Padre no juzga a nadie sino que ha puesto todo juicio en el Hijo, y porque el Hijo, altamente exaltado, actúa como representante del Padre para introducir a la plena comunión con el Padre a los que vienen al Padre por él. Ya hemos visto que el bautismo de la Iglesia con el Espíritu Santo era necesario como testimonio, como testigo, como fue necesario que el bautismo del Espíritu sobre nuestro Señor Jesús quedara demostrado y atestiguado.

El viento impetuoso que llenó la sala y las “lenguas repartidas, como de fuego” que “se asentaron sobre cada uno de ellos” (probablemente sobre los once apóstoles solamente, designándoles como representantes especiales del Señor y portavoces del Espíritu Santo, v. 14) no eran el Espíritu Santo, sino simplemente las manifestaciones visibles de lo invisible. Tampoco la paloma vista por Juan era el Espíritu, sino una *manifestación* para sus sentidos. La paloma, el emblema de la paz y de la pureza, representaba perfectamente la plenitud del espíritu de amor de Jehová en Jesús; también las llamas en forma de lenguas representaban muy bien la misión de los apóstoles que, bajo el Espíritu Santo, estaban encargados de “testificar” como “testigos”. —Hechos 2:32; 3:15; 5:32; 10:39,41; 13:31

(3) Fue necesaria una manifestación especial del poder divino con ocasión de la aceptación de Cornelio, primer gentil converso, porque hasta entonces los gentiles habían sido parias, inaceptables a Dios aun como siervos; por eso que los creyentes judíos no

habrían admitido que se aceptara a los gentiles en la posición de *hijos* de Dios, a menos que se concediera con este fin una manifestación clara del favor divino.

Como ya hemos visto, no estaba en el programa divino que se aceptara a los gentiles antes del fin de las “setenta semanas” de favor especial concedido a los judíos, tres años y medio después de Pentecostés* ; por consiguiente, el hecho de que algunos conversos gentiles fuesen llamados a ser coherederos (sobre una base de igualdad) con los conversos judíos, no podía señalarse en el bautismo del Espíritu de Pentecostés. Debido a los prejuicios profundamente arraigados de los apóstoles, tanto como otros judíos, era muy oportuno que la aceptación de Cornelio *se manifestase* a los apóstoles por las *mismas* pruebas que las dadas en Pentecostés. En cambio, no es necesario suponer que las “lenguas en forma de llamas” se pusieron sobre Cornelio: en común con los conversos del judaísmo, él recibió probablemente algunos de los “dones” del Espíritu que vinieron a *todos* en Pentecostés.

¿Cómo, por lo tanto, habríamos podido saber que los gentiles fueron aceptados por el Señor? Si el bautismo del Espíritu y las bendiciones de Pentecostés hubieran venido sólo sobre los creyentes de la posteridad natural de Abrahán habríamos podido quedarnos en la duda por toda la Edad Evangélica respecto a la situación verdadera del pueblo de Dios que, por descendencia natural, eran gentiles. Pero por el bautismo del Espíritu descendido sobre Cornelio el Señor mostró manifiestamente que no existía en lo sucesivo ninguna diferencia entre judío y gentil, esclavo y libre, hombre y mujer en cuanto a su aceptación en Cristo. Nadie es aceptable por sí mismo, en su propia injusticia; es por eso que sólo los que vienen al Padre por el Hijo bien amado son aceptados en él. —1 Cor. 12:13

Aparte de estos tres bautismos del Espíritu Santo no se encuentra ninguna otra alusión a este tema en las Escrituras; en consecuencia, la idea de muchos miembros del pueblo de Dios es que deben esperar, trabajar y orar con vistas a otro bautismo o a

* Véase *Estudios de las Escrituras*, Tomo II, cap. 7.

bautismos repetidos del Espíritu Santo es completamente injustificada. Tales bautismos son totalmente inútiles porque el único bautismo de Pentecostés, completado por el de Cornelio, satisface toda exigencia. Estos bautismos no vinieron simplemente sobre los individuos que recibieron la bendición, sino que, de manera representativa, estaban destinados a la Iglesia y sobre la Iglesia, al Cuerpo de Cristo considerado como un todo. El hecho de que esta obra representativa para la Iglesia se realizara en dos partes, sobre los primeros creyentes judíos en Pentecostés y sobre los primeros creyentes gentiles en la casa de Cornelio después, está por completo de acuerdo con la declaración de nuestro Señor a Pedro, antes de su crucifixión, al decirle: “Y a ti te daré las llaves del Reino de los cielos.” (Mat. 16:19) Una llave implica el poder de abrir una cerradura, una puerta; y las llaves, en plural, sobreentienden más de una puerta que abrir. De hecho, había justamente dos puertas, y justamente dos llaves; el apóstol Pedro se sirvió de ambas para abrir tanto a los judíos como a los gentiles, como el Señor había predicho: se sirvió de la primera en Pentecostés, donde fue el primero, el jefe, el principal orador que abrió la nueva dispensación del Espíritu a los tres mil que, de inmediato, creyeron y pasaron por la puerta. (Hechos 2:37-41) Además, llegado el tiempo conveniente de predicar el Evangelio a los gentiles, el Señor, según su elección, envió a Pedro a hacer esta obra, diciéndole a Cornelio que mandara llamar a Pedro y a Pedro mandándole ir a Cornelio para anunciarles a él y a su familia las palabras del Evangelio. En esta ocasión Pedro se sirvió de la segunda llave, abriendo la puerta del Evangelio a los gentiles, Dios atestiguó el hecho por las manifestaciones milagrosas de su Espíritu Santo sobre Cornelio y sobre los otros creyentes gentiles consagrados que se encontraban con él.

El pensamiento exacto en cuanto al bautismo del Espíritu Santo es el de una efusión, de un derramamiento, de una unción que, no obstante, es tan completa (*cubriendo* cada miembro del cuerpo) que puede propiamente llamarse *inmersión* , o “bautismo”. La misma unción, o bautismo, continúa descendiendo sobre la Iglesia durante toda la Edad, cubriendo, penetrando, santificando,

La Reconciliación

bendiciendo y ungiendo desde este momento hasta nuestros días a cada uno de los que *entran* en el “cuerpo” ungido. Y seguirá así hasta que se reciba y se unja por completo al último miembro. El apóstol Juan, también hablando de este bautismo, llamándolo una unción, declara: “La unción que vosotros recibisteis de él permanece en vosotros.” (1 Juan 2:27; Sal. 133:2) Él no dice las numerosas unciones que recibió, sino *la* unción, la única unción, cualquier otra unción sería completamente superflua y contraria al arreglo divino.

Desde el punto de vista divino, toda la Iglesia se reconoce como una sola unidad, como un todo, “porque así como el cuerpo es uno, y tiene muchos miembros,... así también Cristo... Vosotros, pues, sois el cuerpo de Cristo, y miembros cada uno en particular.” (1 Cor. 12:12,27) Este pensamiento también se expresa a través de las Escrituras, que nos muestran que si por una parte el Señor nos considera individualmente, y actúa en diferentes consideraciones con nosotros individualmente, por otra parte, nuestra posición delante del Padre no es tanto como unidades, sino como miembros o partes de una unidad, que es Cristo, cabeza y cuerpo. Es por eso que se nos indica que después de haber creído, el paso siguiente a realizar es entrar en el cuerpo de Cristo, bautizarse en su cuerpo.

No discutiremos aquí el bautismo en general, dejando esto para un futuro examen, pero tomamos nota del hecho de que a los creyentes se les invita a bautizarse en Cristo con el fin de que puedan venir en o bajo su bautismo del Espíritu Santo. El Espíritu Santo no es una persona, sino un poder santo poseído por la Iglesia, y todos los que quieren tener tal bendición deben entrar en el parentesco de *esta Iglesia*, el cuerpo de Cristo. No puede conseguirse de otro modo. Por esto, no queremos decir que hay que ser miembro de una iglesia terrestre (de un cuerpo metodista, de un cuerpo presbiteriano, de un cuerpo luterano, de un cuerpo católico romano o de otro cuerpo de organización humana). Entendemos la pertenencia a la *ecclesia* cuyos miembros pueden, de cierta manera, reconocerse solamente por su posesión del Espíritu Santo de amor, atestiguado por sus diversos frutos y de la cual se dio testimonio como hemos visto anteriormente.

Quien llega a estar en verdad unido a Cristo y, en consecuencia, verdaderamente unido a todos los miembros del cuerpo de Cristo, no necesita orar por nuevas bendiciones presentes o futuras de Pentecostés, sino que puede mirar hacia atrás con alegría y confianza en la bendición de Pentecostés original y en la que vino sobre Cornelio, evidencias que dio el Padre por medio de Cristo para mostrar su aceptación de la Iglesia como un todo. Y con estas disposiciones divinas de Dios, (o “arreglos” —*Trad.*), todos deberían estar por completo satisfechos. No decimos que nuestro Señor esté enfurecido con los que, a causa de sus concepciones erróneas, piden contrariamente a su voluntad de tener numerosos Pentecostés; queremos suponer más bien que tendrá compasión de su ignorancia y de sus oraciones mal dirigidas, y que, sin cambiar sus planes y arreglos les concederá una bendición, en la medida en que lo permitan sus esperanzas falsas y el descuido de su Palabra, y aceptará los suspiros de su espíritu pidiendo la comunión celestial.

Es extraño que estos queridos amigos que oran continuamente por bautismos del Espíritu nunca hayan observado que los apóstoles no oraron por otro Pentecostés ni enseñaron a la Iglesia a hacerlo. ¿Piensan que son más sabios que los apóstoles inspirados, más santos o más deseosos que ellos de ser llenos del Espíritu? Queremos creer que no tienen ideas iguales de egoísmo y presunción y que sus sentimientos son simplemente los de niños ignorantes que, aturdidamente y a veces de forma irritable, importunan a padres indulgentes para obtener bendiciones y gracias inútiles no prometidas y no se las pueden conceder.

EL BAUTISMO GENERAL DEL ESPÍRITU

“Después de esto derramaré mi espíritu sobre toda carne.” —Joel 2:28

El Espíritu Santo será el canal (o “vía”, “medio”, “intermediario” —*Trad.*) de reconciliación entre el Todopoderoso y la raza de pecadores rescatados por la vida preciosa de Cristo. Lo mismo que el objeto del sacrificio de Cristo fue abrir la vía por la

La Reconciliación

cual Dios podría ser justo y, sin embargo, justificador de todos los creyentes Jesús y que procuran llegar al Padre por él, así, su obra, como sumo sacerdote glorificado, será de traer a la plena comunión con Dios a todos los miembros de la raza rescatada que deseen volver cuando se les conceda el pleno conocimiento y la ocasión plena favorable. Hemos visto que esta obra consistente en traer a los miembros de la raza caída a la armonía con Dios se divide en dos partes: (1) la Iglesia de esta Edad Evangélica y (2) todo el resto de los otros humanos que lo deseen durante la Edad milenaria venidera.

Hemos visto que el acuerdo no se basa en el hecho de que Dios cierra los ojos al pecado, lo disculpa y nos permite regresar a sus favores quedando pecadores. Hace falta, al contrario, que los pecadores rechacen sus pecados, acepten de todo corazón el modelo divino de la rectitud y vuelvan a la plena armonía con Dios; con esta meta, buscarán y obtendrán, por los canales designados y bajo el cuidado de Cristo, el Espíritu Santo, la mentalidad, la voluntad, la disposición, del Padre Celestial que recibirán como su propia mentalidad, voluntad o disposición, y serán transformados así por la renovación de su mentalidad. Tal es, como hemos visto, el programa de Dios para la Iglesia por una parte y también, por otra, para la reconciliación del mundo con Dios por Cristo, durante la próxima Edad. Ninguna iota de la ley divina será modificada: el pecado y la imperfección no serán disculpados ni considerados como perfección y justicia.

El mundo humano estará en manos de Cristo para ser reformado y restablecido a la imagen de Dios que Adán, el padre, perdió por su transgresión. Uno de los medios de traer al mundo en armonía con Dios será hacer desaparecer la influencia de Satanás que ahora actúa en el mundo, encadenando y cegando a los humanos (2 Cor. 4:4; Apoc. 20:2); después el mundo que estaba bajo la influencia o el espíritu del engaño, del error, de la ignorancia y de la superstición estará bajo la influencia o el espíritu de la verdad, de la justicia y del amor. En lugar de influencias exteriores que ejerzan presión sobre el corazón de los hombres para llenarlo de cólera, de malicia, de odio, de disputa y de

egoísmo, esta influencia o espíritu será refrenado y, finalmente, destruida, y se desarrollará, por el contrario, la influencia o espíritu de justicia, de bondad, de misericordia, de simpatía, de amor. Así, por Cristo, el Espíritu Santo de Dios será derramado sobre el mundo humano, en primer lugar, con el fin de darles la luz; en segundo lugar, para asegurarles, la ayuda, la asistencia y la fuerza de vencer sus propias inclinaciones heredadas y, en tercer lugar para instruirles y traerles a la imagen y a semejanza de Dios, perdidas por la desobediencia del padre Adán.

Mientras que estos futuros privilegios y bendiciones para el mundo son gloriosos y regocijan nuestros corazones más allá de todo lo que el pueblo del Señor viera en tiempos pasados, no ofrecen, sin embargo, ninguna satisfacción ni a los enemigos del Señor ni a los que, cuando tengan su oportunidad, se nieguen a recibir su Espíritu y a llenarse de él. Será derramado sobre toda carne, pero será necesario para los que quieran gozar de ello sacar provecho de sus privilegios; lo mismo que es necesario para los creyentes de esta Edad Evangélica que quieran venir bajo el Espíritu Santo y ser bendecidos por él, hacer uso de los medios necesarios, es decir, consagrarse y comer la verdad con el fin de adquirir “el Espíritu de la verdad”. Cuando el gran Profeta y Dispensador de Vida, el sumo sacerdote según la orden de Melquisedec (Cristo, cabeza y cuerpo con todos sus miembros) se presente para bendecir al mundo significará una bendición para todos los que reciban sus palabras y las obedezcan; obtendrán la bendición de la vida eterna por la obediencia; esto significará también la destrucción por la Segunda Muerte de todos los que se nieguen a escucharla: “Toda alma que no oiga a aquel profeta, será desarraigada del pueblo.” —Hechos 3:23

La profecía de Joel, debe notarse, se expone en el orden inverso de su cumplimiento: la bendición para toda carne se anuncia primero y para la Iglesia después.

Fue sin ninguna duda la intención del Señor presentar las cosas en este orden para esconder algunos de los gloriosos rasgos de esta gran promesa hasta el tiempo de llegar a comprenderla. (Dan. 12:9,10) Aun leída durante siglos, no podría abrirse y

La Reconciliación

desvelar sus maravillosos tesoros antes del “debido tiempo” de Dios. A lo largo de esta Edad Evangélica el Señor derramó su Espíritu sobre sus siervos solamente; bendita ha sido la experiencia de todos los que lo recibieron, de todos los que han sido sumergidos en el cuerpo de Cristo y hechos participantes de su unción como hijos. Y es a esta característica a la que hizo alusión el apóstol Pedro en su discurso de Pentecostés citando ambas partes de la profecía, pero, bajo dirección del Espíritu Santo, no explicó la primera parte, porque no había llegado todavía el tiempo en que debía comprenderse. Es por eso que en lugar de explicar la *diferencia* entre el Espíritu Santo para los siervos durante esta Edad Evangélica (“en aquellos días”) y el Espíritu Santo para toda carne “*después de esto*”, en la próxima Edad, dice simplemente, hablando del Espíritu Santo sobre sí y los otros creyentes: “*Esto* es lo dicho por el profeta Joel”, una parte, el comienzo de lo que fue anunciado. No será completo antes del derramamiento del Espíritu sobre toda carne, lo que no ha tenido lugar todavía. Además, el profeta menciona otras cosas que no se han cumplido todavía haciendo alusión al oscurecimiento del sol y de la luna, a la llegada del gran y muy importante día del Señor, acontecimientos ahora inminentes; es el gran día de la ira que interviene y establece una separación entre la dispensación donde el derramamiento del Espíritu Santo se efectúa para la Iglesia, “los siervos y las siervas”, “en aquellos días” y la dispensación siguiente donde el Espíritu Santo será derramado sobre “toda carne”, “después de esto”.

Como hemos visto no habrá ninguna diferencia entre el Espíritu de Dios, cuando venga para el mundo en la próxima Edad y el Espíritu de Dios, que viene para la Iglesia durante esta Edad, porque es el *mismo* Espíritu de verdad, de justicia, de santidad, de santificación, de armonía con Dios, es decir, el Espíritu o la influencia que Dios ejercerá a favor de la justicia, de la bondad y de la verdad. No obstante, esto no significa lo mismo que hoy en todos los detalles. Recibir el Espíritu Santo de Dios ahora y vivir de acuerdo con él significa necesariamente entrar en conflicto con el espíritu del mundo que abunda en todas partes. Es por esta razón que a los que reciben el Espíritu Santo ahora y andan en armonía

con él se les advierte a esperar la persecución y la oposición de los que no tienen el Espíritu, es decir, la gran mayoría.

Recibir el Espíritu Santo en el futuro no implicará la persecución porque el orden (el arreglo, el gobierno) de la próxima Edad será muy diferente de la actual; mientras que el príncipe del mundo actual es Satanás, el príncipe del mundo o de la edad venidera será Cristo; y mientras que la mayoría de las personas ahora está bajo la influencia de Satanás, voluntaria o involuntariamente, sabiéndolo o no, en la próxima Edad el mundo entero estará bajo la influencia de Cristo y de su gobierno justo. La Verdad entonces se hará libre y todos la poseerán, desde el más pequeño hasta el más grande. Dado que la ley de la próxima Edad será la ley de justicia, de verdad, de bondad y la que *gobernará*, como Reino de Dios, los que se pondrán de parte de este gobierno y su ley, y que tendrán el Espíritu de la Verdad, no sufrirán, de este hecho, la persecución, sino al contrario, conocerán el favor y las bendiciones y progresarán según la parte que tendrán de este Espíritu de santidad.

La posesión del Espíritu Santo durante la Edad milenaria no significará, como durante esta Edad, un *engendramiento* del Espíritu a una naturaleza espiritual, no más que una aceptación como coherederos de Cristo en el Reino. Esta promesa pertenece sólo a esta Edad Evangélica, a la clase de los siervos que reciben el Espíritu Santo y son animados por él durante esta edad donde y, debido a la prevalencia del mal, están obligados a *sufrir por la causa de la justicia*; es por eso que, “el *glorioso* Espíritu de Dios reposa sobre ellos.” —1 Ped. 4:14

Tener el Espíritu Santo durante la Edad milenaria significará simplemente vivir en armonía con Cristo, el Mediador, y de este hecho estar en comunión con Dios; ser digno de recibir las bendiciones que Dios ha preparado para la humanidad en general. Estas bendiciones no son un *cambio* de naturaleza (a la naturaleza divina), sino una *restauración* a todo lo que se perdió por la caída del primer Adán. (Hechos 3:19-21) La posesión del Espíritu Santo por éstos será una prueba de que la obra de *regeneración* ejecutada por el segundo Adán a la perfección de la naturaleza humana

“rescatada” por la gran ofrenda por el pecado ha comenzado en ellos y que, si ella se prosigue, llevará a fin de cuentas la perfección de la restauración a la semejanza humana del Padre divino.

Debemos recordar que las bendiciones que Cristo, en calidad de regenerador del mundo, dará a los humanos durante la Edad milenaria, son las que les rescató por su sacrificio. Al darse “Jesucristo, hombre”, como precio correspondiente por el hombre Adán, sobre quien descansaba la condena, fueron la naturaleza humana, los derechos, los privilegios, la vida y el reino de Adán lo que se rescató por el gran sacrificio por los pecados; son las cosas rescatadas las que deben *restituirse* a los humanos regenerados por su regenerador o padre, Cristo Jesús, nuestro Señor, el segundo Adán. —Ef. 1:14; Hechos 3:19-23

El hecho de que Jesús no fuera el segundo Adán cuando estuvo en la carne, sino que es el segundo Adán como ser espiritual (desde su resurrección), no implica que él, como segundo padre de la raza, daría a la humanidad la vida o la existencia espiritual en su regeneración. Al contrario, debemos recordar que el pensamiento vertido por la palabra “padre” es *simplemente* el de “dador de vida”, sin consideración a la naturaleza. Así, en la creación de Adán, el padre, se le llama hijo de Dios porque fue creado a semejanza e imagen morales de Dios, lo que no implica que haya sido creado en la naturaleza divina, porque sabemos que era de la tierra, terrestre, mientras que Dios es un espíritu. Los principios fundamentales de este poder por el cual Dios, como el dador de vida, se hizo Padre de toda la creación por la empresa de su agente activo, nuestro Señor, se exponen más particularmente en un capítulo precedente bajo el título: “El que fue sin mancha”; llamamos simplemente la atención aquí a la cuestión para prevenir todo error. Las intenciones de Dios concernientes a la creación del mundo, a la del hombre en el cual es habitante y Señor, y la de los animales inferiores que son sus súbditos, no han cambiado por permitirse la desobediencia y la caída: el plan original permanece, tal como fue en el principio. Después de que el dolor emprendido por Satanás se haya eliminado finalmente el plan de Dios, tal como

ha sido concebido, será plenamente cumplido por Cristo. La Iglesia de esta Edad Evangélica, que será como hemos visto, altamente elevada y glorificada como la Esposa y la coheredera de Cristo, hace excepción a la restauración de la humanidad: está escogida por una intención especial y examinada especialmente, puesta a prueba, formada y preparada para una alta exaltación, para heredar con Cristo, para experimentar un cambio de la naturaleza humana a una naturaleza superior a la de los ángeles (“bien por encima de los ángeles, principados y potestades”); sus miembros se harán participantes de la naturaleza divina.

Si no debemos orar por nuevos *bautismos* del Espíritu Santo que nunca han sido prometidos, las Escrituras nos enseñan de modo muy positivo a buscar el Espíritu Santo y a orar por obtenerlo como parte satisfactoria de herencia.

ORAR POR OBTENER EL ESPÍRITU SANTO

“Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?”
—Lucas 11:13

Aunque “todo sea por el Hijo”, sin embargo, aquí, como en todas partes, éste da la gloria y el honor al Padre, como fuente de toda bendición. Toda la obra de redención y de reconciliación es la obra del Padre ejecutada por el Hijo. Nuestro Señor declara que es el placer del Padre que tengamos su Espíritu de santidad y nos invita a buscarlo y a pedirlo como la bendición suprema. En cuanto a las bendiciones terrestres nuestro Redentor nos dice que nuestro Padre celestial sabe qué necesitamos. Sabe mejor que nosotros qué bendiciones terrestres nos serán útiles y cuáles perjudiciales. No necesitamos, pues, como hacen los no regenerados y los paganos, tener ganas de bendiciones terrestres y orar por tenerlas, sino más bien, habiendo adquirido el parentesco de hijos y teniendo plena confianza en la providencia del Padre, esperar que él nos dé lo más conveniente y quedar satisfechos de esta promesa y de esta fe.

Le agrade al Padre celestial vernos desear y pedir una medida cada vez más grande del Espíritu Santo, una disposición cada vez

La Reconciliación

más en armonía con su Espíritu. Y todos los que así lo desean, lo piden y lo buscan tendrán sus deseos convenientes satisfechos; el Padre tendrá mucho gusto en disponer de las cosas que les conciernen con el fin de que todo lo que, en ellos o en su entorno, trababa el Espíritu sea quitado y que su Espíritu de amor pueda abundar en ellos, es decir, que puedan llenarse del Espíritu. Pero no hay nada en todo esto que sugiera la necesidad de nuevos bautismos del Espíritu Santo; el bautismo se efectuó al principio; todo lo que queda a hacer es de abrir las “compuertas” en todas las direcciones, de modo que el Espíritu Santo de amor y de la verdad penetre e impregne cada acción, palabra y pensamiento en nuestro ser. Necesitamos la asistencia divina, las indicaciones de la sabiduría y de la providencia del Señor para mostrarnos lo que obstruye las “compuertas” y ayudarnos a quitarlo.

El Espíritu de santidad en abundancia puede recibirse solamente por los que lo desean ardientemente y lo buscan con oración y esfuerzo. Hace falta que el espíritu del mundo sea sacado de nuestro corazón en la proporción en que queramos esté lleno del Espíritu Santo, la disposición o la influencia. La voluntad personal debe también dejar espacio, porque en la medida en que somos vaciados de todas otras cosas es que estamos dispuestos a recibir una buena medida del Espíritu Santo; el Señor quisiera pues que llegáramos a esta condición de deseo ardiente de ser llenos de su Espíritu de santidad, de modo que podamos estar dispuestos y deseosos de suplantar y de arrancar cualquier influencia y voluntad contrarias.

Tal es el evidente pensamiento del Apóstol en su oración para la Iglesia de Éfeso en la que habita “Cristo [el Espíritu de Cristo] por la fe en vuestros corazones [con el fin de que figurativamente, pueda sentarse como rey, gobernador, director de todo pensamiento, palabra y acto], a fin de que, arraigados y cimentados en amor [el Espíritu Santo o la disposición], seáis plenamente capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de *toda la plenitud de Dios.*” (Ef. 3:17-19) El que está lleno del Espíritu de

Cristo y de la apreciación profunda del amor que manifestó tendrá el Espíritu del Padre en una medida abundante.

Nada en el pasaje examinado indica que agradecería al Padre celestial que sus hijos le pidan a otro Dios, la tercera persona de una Trinidad de Dioses iguales entre sí. El pasaje y su contexto rechazan tal pensamiento, y los que mantienen una visión errónea de este género deben estar cegados necesariamente en la misma medida sobre la verdadera belleza y la fuerza de esta promesa. Sería extraño, en realidad, que un miembro de una Trinidad de Dioses iguales entre sí hablara de otro Dios que tendría el poder y el deseo de dar al tercer Dios de la misma manera que los padres terrestres dan pan, pez o huevos a sus niños (véanse los versículos precedentes). El pasaje entero es lógico sólo si se comprende convenientemente que el Espíritu Santo es la influencia o la disposición divina concedida de diversas maneras para reconfortar y edificar espiritualmente a los hijos de Dios.

Nuestro texto hace una comparación entre buenos padres terrestres que dan el alimento natural a sus hijos y nuestro buen Padre celestial que da su Espíritu Santo a los que se le piden. Pero lo mismo que los padres terrestres colocan el alimento al alcance de sus hijos pero no los fuerzan a tomarlo así, nuestro Padre celestial ha puesto al alcance de su familia espiritual las buenas provisiones de su gracia pero no obliga a nadie de tomarlo. Hace falta que tengamos hambre y sed de ellas, que las busquemos no con duda, sino con fe, sabiendo que nuestro Padre celestial quiere darnos buenas cosas. Cuando, por tanto, oramos por obtener el Espíritu Santo, o por ser llenos del Espíritu del Señor, debemos buscar con cuidado y encontrar la disposición que ha tomado para responder a estas oraciones que ha inspirado y ha dirigido así.

Encontramos esta disposición en la Palabra de la Verdad; pero no basta con encontrar *dónde* está; si deseamos ser llenos hace falta que comamos; ciertamente debemos tomar efectivamente parte del festín o no sentiremos la satisfacción que el alimento estaba destinado a dar. El que no quiere comer en una mesa abundantemente servida guardará el estómago vacío y tendrá hambre tan ciertamente como si no hubiera alimento. Lo mismo

que no basta con pedir la bendición sobre el alimento para restaurarnos, sino que debemos luego comerla, así no basta con poseer la Palabra de Dios y ofrecer nuestra oración por ser llenos del Espíritu; hace falta que comamos la Palabra de Dios si queremos procurar el Espíritu.

Nuestro Maestro declaró: “Las *palabras* que yo os he hablado son espíritu y son vida.” (Juan 6:63) Y es verdad lo que dice el profeta de todos los que están llenos del Espíritu: “Fueron encontradas tus palabras, y *yo las comí*.” (Jer. 15:16; Apoc. 10:9) Es absolutamente inútil orar: “Señor, Señor, danos el Espíritu” si descuidamos la Palabra de la Verdad que el Espíritu proporcionó para estar llenos de él. Si nos limitamos a orar para obtener el Espíritu y no empleamos los medios convenientes para obtenerlo, continuaremos siendo todo lo más “niños en Cristo”, buscando signos exteriores para probar nuestro parentesco con el Señor en lugar del testimonio interior que da la Palabra de la verdad proporcionada por él.

EL TESTIMONIO DEL ESPÍRITU SANTO

“El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios.” —Rom. 8:16

Pocas doctrinas tienen una importancia más grande que ésta para los hijos de Dios, porque de este testimonio depende en gran medida la posesión, para ellos, de “la paz de Dios que sobrepasa todo entendimiento.” (Fil. 4:7) ¿Cómo pueden tener la “plena certidumbre de fe.” (Heb. 10:22) si carecen del testimonio del Espíritu que atestigua su filiación, su adopción en la familia de Dios? Y sin embargo, ¿qué poca idea tienen del significado de la expresión “testimonio del Espíritu” o del género de experiencias que deben esperarse y aguardarse y que constituyen el testimonio del Espíritu a nuestra filiación!

La pregunta, por tanto, es muy importante: ¿Cómo nos da el Espíritu Santo testimonio de que estamos reconciliados con el Padre, de que nos hicimos hijos de Dios y de que, bajo la providencia divina, estamos en preparación para las cosas gloriosas

que Dios tiene reservadas para los que le aman y que deben ser coherederos de Cristo nuestro Señor, en el Reino milenarío? Hay pocos temas que hayan enturbiado más a los cristianos en general que los relativos al testimonio del Espíritu. Ignorando qué es este testimonio, muchos entre los mejores de los hijos del Señor se han visto forzados a confesar que no saben si lo tienen o no. Los que tienen más seguridad que conocimiento pretenden que tienen el testimonio del Espíritu Santo y se apoyan para probarlo en sus *impresiones* de felicidad. Pero tarde o temprano, si son sinceros, están obligados a confesar que el testimonio en el cual se basan es menos satisfactorio; les falta cuando lo necesitan más. Cuando toda la gente habla bien de ellos, cuando su salud es buena, cuando son prósperos económicamente, cuando tienen muchos amigos se sienten felices; pero en la proporción donde cualquiera de estas condiciones se vuelca se sienten tristes y pierden lo que suponían que era el “testimonio del Espíritu” y exclaman en la angustia de su alma:

“¿Dónde, pues, está la felicidad que conocí
Cuando hube encontrado el Señor?”

Tales son engañados y están extraviados por sus impresiones: de vez en cuando se sienten más felices y más cerca de Dios mientras que, en realidad, bajo el Adversario, van directamente a las tentaciones. Esto explica algunas de las “caídas de la gracia” frecuentes y súbitas probadas por ciertas personas que se asombran de ello. Engañadas por un “testimonio” indigno de confianza, se creían en seguridad, no estaban vigilantes y eran presa fácil para la tentación cuando se sentían “tan felices en el Señor” (¿?). Además, las pruebas y las decepciones de la vida que tienen como objetivo acercarnos a nuestro Padre y hacernos apreciar más la tierna simpatía y la solicitud afectuosa de nuestro Salvador quedan, en parte, sin resultados para este tipo de personas porque, perdiendo el testimonio de sus impresiones que consideraban falsamente como testimonio del Espíritu, se sienten tan afligidas, tan hambrientas y sedientas que pierden muchas lecciones preciosas que pudieran aprender sólo inclinándose con confianza en el seno del Señor y

La Reconciliación

quedándose en comunión con él, cuando pasan por los Getsemanís de la vida.

Otra clase de cristianos, sabiendo que el “testimonio” de las *impresiones* no es digno de confianza, parecen concluir que Dios ha negado toda prueba válida de su favor (para ellos al menos), todo cierto “testimonio” de aceptación como “hijos” en su familia. Sus dudas se expresan en el cántico bien conocido:

“Es un punto que me gustaría conocer
Y que a menudo me apura:
¿Sí o no, acaso amo al Maestro?
¿Soy suyo o no lo soy?”

Esta incertidumbre proviene también en parte de una incompreensión de la doctrina de la elección; sin embargo, estos amigos tienen razón por completo al concluir que sus impresiones variables no son un criterio conveniente que les permita juzgar su filiación. Otros creen ser hijos de Dios pues las Escrituras declaran: “Guardarás en una paz perfecta el espíritu que se apoya en ti”, que prueban la paz del espíritu, pero cuando consideran a los paganos y a la gente mundana ven que muchos de ellos también tienen, en apariencia, la paz del espíritu, su concepción del testimonio del Espíritu se prueba insuficiente para servir de base a sus esperanzas o darles seguridad. Entonces viene la hora sombría y dicen que es fácil ser engañado y atormentado por temor de haber entristecido al espíritu ya que “el temor lleva en sí el castigo.” —1 Juan 4:18

Personas de gran credulidad (llamada equivocadamente fe) se imaginan oír el “cuchicheo” del Espíritu en un oído interior y se felicitan en consecuencia por eso, hasta si, más tarde, saben con certeza que la información “cuchicheada” era absolutamente falsa. Otros de espíritu más lógico, que no pueden engañarse así, están perplejos comprobando que sus amigos afirman con confianza tener el testimonio del Espíritu, mientras que ellos mismos no tienen tal seguridad.

La dificultad reside sobre todo en la creencia errónea que afirma que el Espíritu es una persona y que procura establecer esta personalidad (presunta) del espíritu en sus testimonios. Cuando se

ha reconocido que el Espíritu de Dios es todo poder o toda influencia que Dios puede encontrar bueno ejercer, el tema se hace más claro y el “testimonio del Espíritu” se hace un asunto fácil de discernir. Será una bendición para los que tienen este testimonio de certeza absoluta; será también una bendición para los que no la tienen estar seguros de eso de modo que puedan llenar los requisitos y obtener el testimonio sin el cual ninguno es autorizado a considerar como hijo de Dios en una posición aceptable para el padre.

¡Qué alegría y qué paces divinas son, en cambio, para los que tienen el verdadero testimonio, para los que han pasado por estas experiencias verdaderas y han aprendido a comprender el sentido! Es para ellos, en realidad, la alegría en el dolor, la luz en las tinieblas, el consuelo en la aflicción, la fuerza en la debilidad. Las directivas explícitas sobre este tema, como sobre todos los demás, se encuentran en este libro maravilloso, la Palabra de nuestro Padre, la Biblia. Es en esta obra y por sus testimonios, que el Espíritu de Dios da testimonio a nuestro espíritu.

“¡Qué fundamentos firmes, para vosotros, santos del Señor,
Son puestos para la fe, en la Santa Escritura!
¿Qué más os hubiera dicho su Todopoderoso Autor
A vosotros de quien fue Jesús el refugio seguro?”

CÓMO CONOCER EL TESTIMONIO DEL ESPÍRITU

Podemos conocer el pensamiento o el espíritu de un hombre por sus palabras y su conducta; así podemos conocer el pensamiento o Espíritu de Dios por sus palabras y sus actos. Según el testimonio de su Palabra quienquiera que va a él (por la fe, renunciando las malas obras y las obras muertas, por Jesús) es aceptado. (Heb. 7:25) Desde entonces, las preguntas que se plantean a los que buscan un testimonio del Espíritu concerniente a su filiación son:

¿He sido alguna vez atraído bien a Cristo para reconocerle como mi Redentor por la justicia sola del cual podría tener acceso al Padre celestial y ser aceptado por él?

La Reconciliación

Si se puede responder afirmativamente a esta pregunta, la siguiente sería:

¿Me consagré totalmente, vida, tiempo, talentos, influencia, todo, a Dios?

Si se puede contestar afirmativamente también a esta pregunta, el investigador puede quedar plenamente asegurado de que ha sido aceptado por el Padre, en el Bien amado, y que Dios le reconoce como hijo. Si escudriñando los deseos y los sentimientos de su propio corazón encuentra que tiene siempre confianza en los méritos de Jesús, que siempre se consagra para hacer la voluntad de Dios, se puede permitir una confianza y una paz y dulces que este pensamiento de armonía y de parentesco con Dios trae, de poseer totalmente su corazón. Esta convicción de la gracia del Señor hacia nosotros en Cristo, edificada con hechos de nuestra propia experiencia, construido sobre el carácter inalterable de Dios y de su Palabra no es inestable, ni variable, como lo sería si fuera edificada sobre las arenas movedizas de las impresiones. Si dudas o temores se introducen en una hora sombría, simplemente tenemos que tomar la “Lámpara” (la Palabra de Dios) y examinar de nuevo los hechos y el fundamento, y si nuestro corazón es siempre leal hacia Dios, la fe, la alegría y la paz volverán instantáneamente; si encontramos, en cambio, que nuestra fe en la “sangre preciosa” se desmorona o que nuestra consagración desaparece, conocemos entonces la verdadera condición de las cosas y podemos hacer sucesivamente las reparaciones necesarias y restaurar así nuestra plena “seguridad de fe”. (Heb. 10:22) Pero obsérvese bien que quien quiera tener esta *seguridad* atestigua “que Dios es verdad” (Juan 3:33), que nuestro Señor no cambia, sino que es “el mismo ayer, hoy y eternamente”. Los miembros del pueblo del Señor pueden por lo tanto asegurarse que una vez introducidos en las condiciones del favor divino, pueden quedar allí por mucho tiempo que su corazón es leal hacia Dios y sus deseos en armonía con su voluntad; siempre y cuando obedezcan de todo corazón sus mandamientos, sumariamente encerrados en la palabra Amor por Dios y por los hombres. —Heb. 11:6; 13:8

Quienquiera ha franqueado las etapas especificadas han obtenido la seguridad, el “testimonio” de la Palabra de Dios, de que es un hijo de Dios; y durante la Edad Evangélica significa que es un sarmiento de la verdadera cepa, un miembro en prueba de la verdadera Iglesia. (Juan 15:1) Es a éstos a los que la Palabra de Dios *testifica* que han entrado en la verdadera Iglesia, el cuerpo de Cristo. Este testimonio se da a su espíritu por el Espíritu de Dios que testimonia por medio de la Palabra. El mismo Espíritu de la Verdad les asegura que si su corazón queda fiel al Señor hasta el fin de la prueba, si se encargan cada día voluntaria y alegremente de su cruz buscando lo mejor para seguir las huellas del Maestro, su pertenencia provisional como miembro de la Iglesia de Cristo pronto será convertida en pertenencia real, tras haber acabado su carrera y hacerse partícipes de la resurrección de Cristo, de la primera resurrección. —Fil. 3:10

Sin embargo, el Espíritu de Dios demuestra, por medio de la Palabra y con una claridad sin igual, que es posible para los que ya se hicieron sarmientos de la verdadera Vid ser suprimidos, si son infieles, si no producen los frutos convenientes del Espíritu de Amor: “Todo sarmiento en mí que no lleva fruto, él [el Padre] lo quita; y todo sarmiento que lleva fruto, él lo limpia, con el fin de que lleve más frutos”. El Espíritu de Dios, por medio de la Palabra, nos testifica así las reglas y las leyes seguidas por nuestro Padre celestial en sus relaciones con sus hijos: “castigos, podas, levantamiento de las escorias, y desarrollo de las cualidades que llevarán frutos”. Tener estas experiencias después de haberse hecho sarmientos de la “Vid” es tener el testimonio del Espíritu de que permanecemos siempre en la “Vid”, y somos reconocidos como sus “sarmientos”, de quienes nuestro Señor siempre se ocupa y disciplina. Si, al contrario, alguien no sufre estas disciplinas, podas, etc. después de haberse hecho sarmiento de la Vid no posee el “testimonio del Espíritu”, y por vía de consecuencia tiene razón para dudar su aceptación por el Señor. —Heb. 12:7

Si todos fuéramos absolutamente perfectos, después de haber sido probados debidamente, el caso sería diferente. Dios entonces nos amaría por nuestra perfección y nuestra armonía; entonces, el

La Reconciliación

castigo y las experiencias amargas serían algunos signos de su desfavor. Pero, en realidad, todos sabemos que somos imperfectos, que estamos muy lejos del modelo divino y que nuestro corazón nuevo, nuestra voluntad nueva, nuestra mentalidad o nuestro espíritu transformado son sólo aceptables por Dios, y esto gracias al mérito de Cristo y sólo de manera provisional, porque estamos en prueba para adquirir nuestro desarrollo y nuestro perfeccionamiento final. Es sólo en la medida en que aprendemos a apreciar las perfecciones divinas y reconocemos nuestras propias deficiencias que podemos apreciar las numerosas e importantes lecciones que deben aprenderse y la necesidad de las experiencias penosas por las cuales debemos pasar con el fin de desarrollar en nosotros la semejanza divina.

Las Escrituras nos informan de que el Padre celestial está preparando un glorioso Templo espiritual, en el cual y por el cual el mundo debe tener el privilegio de reconciliarse con Él. Vemos en las Escrituras, cuál es el ideal del Gran Arquitecto con respecto a este templo, a saber, el ideal está representado en la persona de nuestro Señor Jesucristo, su principal piedra angular, y “piedra de la cumbre”, “puesta en los cielos”. Podemos ver mejor, desde entonces, lo que se exige de todos los que serán aceptables por Dios como “las piedras vivas” de este Templo, para ser edificados juntos con Cristo la Cabeza, “para una morada de Dios por su Espíritu”. Y discernimos nuestra propia aspereza natural, nuestra discordancia con las líneas desinteresadas del Templo, dibujadas en su “piedra de la cumbre”. Podemos discernir rápidamente que se necesitan mucho cincelamiento y pulimento para nosotros si queremos estar preparados y adaptados para el lugar al cual aspiramos en este templo, por la gracia de Dios. Esto es porque los que constatan que no reciben del Señor los golpes de martillo y de cincel no tienen este “testimonio” que, según el Espíritu de Dios expresado en la Palabra divina, deben recibir todas las piedras vivas de su Templo, y de esto, hasta la gran Piedra de la cumbre no escapó. Si la providencia divina no traza para nosotros una “senda angosta” con cierta suma de dificultades y de adversidad, si se nos permite simplemente quedar sin aflicciones, sin pruebas, etc.

entonces podemos saber con certeza que Dios no nos trata como hijos, las piedras vivas que formarán alguna parte del Templo, porque nos falta este “testimonio” de aceptación y de preparación. Comprobando que tal es nuestra condición deberíamos ir prontamente al Señor y pedirle *por qué* no tenemos ni tribulaciones, ni adversidades; “nos examinaremos” con el fin de saber si permanecemos en la fe o no (2 Cor. 13:5); y si nos esforzamos o no siempre por andar escrupulosamente tras las huellas de nuestro Maestro, por consagrarnos completamente a hacer la voluntad del Padre. Pero si, en cambio, tenemos este “testimonio” de cincelamiento, de pulimento, de poda, de disciplinas, de castigos, aceptémoslos con paciencia, con alegría, con apreciación, como pruebas del amor de nuestro Padre, esenciales para ganar nuestro supremo llamamiento, en pleno acuerdo con el testimonio o el atestado del Espíritu, que somos hijos de Dios, “herederos de Dios y coherederos con Cristo, *si es que padecemos juntamente con él*, para que juntamente con él seamos glorificados.” —Rom. 8:17

“LAS DIFERENCIAS DE ADMINISTRACIÓN” DEL ESPÍRITU

“Porque el Señor al que ama, disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo... Si se os deja sin disciplina, de la cual todos han sido participantes, entonces sois bastardos, y no hijos.” (Heb. 12:6,8) Las aflicciones y las tribulaciones vienen tanto al mundo como a los santos del Señor, pero *no son marcas de filiación*, excepto para los que están totalmente consagrados a la voluntad y a la obra del Padre. El Espíritu y la Palabra de Dios “testimonian” solamente a los hijos. Las podas y los castigos no son tampoco los mismos en la familia del Señor. Es necesario para los hijos terrestres diversos géneros y grados de correcciones, lo mismo ocurre con los hijos de Dios: para algunos, una *mirada* de desaprobación basta; para otros es necesaria una palabra de reproche mientras que para otros hará falta el látigo, y en repetidas ocasiones para algunos. Un padre terrestre se regocija más del hijo que obedece para quien la palabra o la mirada desaprobadora basta

La Reconciliación

para alejarle del mal, así nuestro Padre en los cielos aprueba a los que “tiemblan a su Palabra.” —Isa. 66:5

Tales individuos colaboran con Dios en el desarrollo de su propio carácter reconociendo sus propios defectos y procurando corregirlos; prestan oído a la voz del Padre que les dirige, les instruye o les envía un tierno reproche y buscan siempre la sonrisa aprobadora del Padre; las palabras siguientes del poeta describen bien sus sentimientos:

“¡Sol de mi alma, oh mi Padre!
La noche sale cuando estás cerca.
Que nunca niebla de la tierra
A mis ojos no se esconden tus rasgos”

Tal es la clase de los que, según el Apóstol, se juzgan a sí mismos y necesitan menos castigos por parte del Señor. (1 Cor. 11:31) Para pertenecer a esta clase hay que haber hecho una plena consagración; éstos son y serán los vencedores que se considerarán dignos de heredar con Cristo Jesús en su Reino. A esta clase obediente y vigilante, el Señor declara: “Sobre ti fijaré mis ojos”, “me has guiado según tu consejo. Y después me recibirás en la gloria”. Los que sólo se guían continuamente por el látigo no forman parte de la clase de los vencedores; no se les considerará dignos de formar parte de la esposa del Señor y tener tal “testimonio” del Señor por el Espíritu de la Verdad. —Sal. 32:8; 73:24; en contraste con Apoc. 7:9,14

Los castigos no son tampoco pruebas de faltas cometidas, o “testimonio” de desaprobación del Señor. Al contrario, como para nuestro Señor así es también para sus discípulos fieles: la providencia divina conduce a los fieles y a los obedientes por la senda del sufrimiento y de la renuncia de sí; no como castigo de una voluntad contraria, sino como prueba de abnegación, de la mediad del amor y de la devoción a la voluntad del Padre y a la causa de la justicia. Como fue castigado por nuestras transgresiones y no por las suyas propias al llevar los pecados de muchos, así, en muchas consideraciones, sus discípulos sufren, no por sus propias malas acciones, sino por las de otros, porque son

llamados, como dijo el Apóstol para cumplir “lo que falta de las aflicciones de Cristo, por su cuerpo, que es la Iglesia.” —Col. 1:24

LO QUE ATESTIGUA EL ESPÍRITU SANTO

A la luz de lo precedente, cada uno de los que afirman ser hijos de Dios debe examinarse para saber si tiene o no el “testimonio del Espíritu”, si es uno de los hijos de Dios; repetir frecuentemente este examen, y así “vernors” y mantenernos en el amor de Dios, regocijándonos en el testimonio de su Espíritu.

¿Estamos siendo podados continuamente? ¿Estamos pasando por experiencias, grandes o pequeñas, como para quitarnos más o menos rápidamente las tendencias carnales que hacen la guerra al alma: la ira, la malicia, el odio, la envidia, la discordia, el egoísmo, la aspereza y cuanto es contrario a la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús, que es el Espíritu de amor? Si es así, en la medida en que podemos darnos cuenta de que la poda progresa, seremos indudablemente capaces de reconocer el crecimiento en la dirección correcta: en humildad, en paciencia, en amabilidad, en afección fraternal y en amor. Quien quiera que, después de un examen cuidadoso de estas cosas trazadas en la Palabra de Dios, se dará cuenta del progreso que ha hecho en estas experiencias y tendrá la certeza de ser acepto todavía como hijo a Dios porque tiene *este testimonio del Espíritu*.

El Espíritu de nuevo testifica que: “todo aquel que ha nacido de Dios, no practica el pecado.” (1 Juan 5:18) El hijo de Dios puede ser vencido a veces por su vieja naturaleza (considerada como *muerta*, pero que no lo es por completo en realidad); puede sorprenderse en alguna falta, equivocarse en el juicio o en palabras, pero nunca transgredirá *voluntariamente* la ley divina. Entonces si nuestro corazón puede responder que nos deleitamos en hacer la voluntad de Dios, que no queremos violarla voluntariamente ni oponernos a ella de ninguna manera y que nos gustaría la voluntad de Dios y sus planes cumplirse incluso si esto destruyera nuestras esperanzas más queridas y nuestros lazos más tiernos, entonces tenemos el testimonio de que nuestro espíritu o mentalidad está de

La Reconciliación

acuerdo con el testimonio del Espíritu de la Verdad del que hablamos aquí. Tal testimonio nos señala no sólo que fuimos aceptados en la familia de Dios en el momento dado, sino que permanecemos allí todavía.

El Espíritu testifica por la Palabra de Dios que miembros del pueblo del Señor son separados del mundo: sus esperanzas, sus metas y sus disposiciones de espíritu son diferentes: “Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero porque no sois del mundo, antes yo os elegí del mundo, por eso el mundo os aborrece”. “Y también todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución.” —Juan 15:19; 2 Tim. 3:12

¿Puede atestiguar nuestros corazones que estas palabras expresan correctamente nuestra experiencia en la vida? Si así es, el Espíritu (“mente”) de Dios todavía testifica a nuestro espíritu (“mente”) que somos suyos. No deberíamos olvidar tampoco que el mundo, de quien hablaba nuestro Señor, comprende a todos los que tienen la mentalidad del mundo, en quienes el espíritu del mundo encuentra lugar. En el tiempo de nuestro Señor esto era verdad de la Iglesia nominal judía; de hecho, todos los instructores religiosos persiguieron a Jesús. No debe asombrarnos, por tanto, si todos los que siguen sus huellas deben pasar por una experiencia semejante de decepción y encontrar que el espíritu del mundo, bajo su forma más agresiva, se manifestará en un medio donde menos podríamos esperar encontrarlo naturalmente, a saber: entre los que hacen profesión de ser hijos de Dios. Fueron los principales jefes religiosos que, al tiempo de nuestro Señor, llamaron al Maestro Belcebú, el príncipe de los demonios. El Espíritu Santo demostró por la Palabra de nuestro Señor, diciendo: “Si al padre de familia llamaron Belcebú, ¿cuánto más a los de su casa?” (Mat. 10:25) Si, pues, se nos calumnia por estar en la Verdad y a su servicio, tenemos allí una prueba o un testimonio suplementario del Espíritu de que estamos en el buen camino.

Si nuestro Señor se hubiera asociado con los líderes del pueblo en la iglesia judía, si se hubiera abstenido de decir la verdad en el amor, si no hubiera denunciado las doctrinas falsas de su tiempo no habría sido “odiado”, ni “perseguido”; al contrario,

habría sido probablemente “altamente estimado entre los hombres”. Pero, como declaró él mismo, una gran parte de “lo que los hombres tienen por sublime, delante de Dios es abominación.” —Lucas 16:15

Si nuestro Señor se hubiera quedado tranquilo simplemente absteniéndose de desenmascarar las hipocresías, los simulacros, las oraciones largas y las enseñanzas falsas de escribas y los fariseos, estos últimos sin duda alguna le habrían dejado en paz, no le habrían perseguido y no habría sufrido a causa de la Verdad. Así con sus discípulos; existe en nuestros días una clase de individuos análogos a los escribas y a los fariseos; esta gente perseguirá y odiará la Verdad y a los que tienen el Espíritu de la Verdad, que siguen las instrucciones del Señor y hacen relucir su luz. Si algunos, por estas razones y dando lo mejor para hablar de la verdad en el amor, sufren por eso, felices son, porque el Apóstol dice: “El glorioso Espíritu de Dios reposa sobre vosotros” y tienen este testimonio del Espíritu a su fidelidad en la senda estrecha. —1 Ped. 4:14

El Espíritu Santo atestigua aún, por el testimonio de nuestro Señor, que cualquiera que se avergüence de Él y de la Verdad que enseñó, el Señor se avergonzará de él cuando venga a reunir sus joyas. (Marcos 8:38) Por tanto, quien encuentra que su corazón está tan enamorado del Señor y de su Palabra que se regocija, en toda ocasión conveniente, en reconocer a Jesús como su Redentor y Maestro y a presentar fielmente el testimonio que la Palabra tiene, siempre y cuando lo hace, como el testimonio del Espíritu que es hijo de Dios y heredero del Reino. Tales tienen motivos para alegrarse en la promesa del Maestro, sabiendo que son exactamente de la categoría de los que estarán contentos de confesar delante del Padre y delante de los santos ángeles. Pero si otros no tienen este testimonio (si, al contrario, su corazón demuestra que se avergüenzan del Señor, de confesar ser sus discípulos, de tener por “hermanos” a los miembros de su cuerpo y de confesar las doctrinas que enseñó) tienen el testimonio del Espíritu de que si este estado de cosas no cambia el Señor se

La Reconciliación

avergonzará de ellos en su segunda venida y no les reconocerá delante del Padre y de sus santos mensajeros.

Además, el Espíritu Santo testimonia que: “Todo lo que es nacido [engendrado] de Dios *vence* al mundo; y esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra *fe*.” (1 Juan 5:4) Examinemos nuestro corazón, nuestro espíritu y nuestras disposiciones a la luz de este testimonio del Espíritu Santo. ¿Somos vencedores, según el ideal presentado por este testimonio? El ideal es que para pertenecer a Dios debemos estar necesariamente en desacuerdo con el mundo, en conflicto con él, con sus aspiraciones, sus esperanzas, sus ambiciones. La expresión “vence al mundo” encierra la idea de conflicto. Podemos comprender fácilmente que nadie puede “vencer al mundo” si experimenta simpatía por él, si tiene afinidades con él, si participa en su espíritu general de egoísmo, de orgullo, de ambición, etc.

Antes de determinar positivamente si hemos triunfado o no del mundo, sabemos que no debemos vencer al mundo por halago ni asociarnos con el en sus demostraciones insensatas y tratando de darles una apariencia religiosa; tampoco debemos vencer al mundo comprometiéndonos en cualquier obra moral o religiosa, enseñando en la escuela dominical, ocupándonos de asistir a los necesitados o aun relacionándonos con una iglesia sectaria. El Señor muestra, o “testimonia”, que no podemos vencer al mundo por alguno de estos métodos. Es categórico: lo que vence al mundo es nuestra *fe*. El Espíritu testimonia que para ser vencedores hace falta que “andemos por *fe* y no por vista”. No debemos mirar las cosas visibles como la popularidad, el escaparate mundano, la importancia de las denominaciones, etc.; sino las invisibles, las cosas espirituales y eternas. (2 Cor. 4:18) Debemos expresar la fe en estas palabras:

“Prefiero andar por la noche con Dios
Que seguir a la muchedumbre en flujos de luz”.

El Espíritu Santo nos testimonia aún por la Palabra que si somos hijos de Dios no estamos en la ignorancia ni de las cosas presentes ni de las “*por venir*”, porque seremos alumbrados y

enseñados de Dios, por la Palabra de su gracia, la Palabra de su Espíritu. A medida que lleguemos a cierta madurez, a medida que “crezcamos en gracia”, deseamos, buscamos y obtenemos, además de la leche de la Palabra, “el alimento sólido” que, según el Apóstol es para los de desarrollo más adelantado. (1 Ped. 2:2; Heb. 5:13,14) El crecimiento en las gracias del Espíritu, la fe, el ánimo, el conocimiento, el control de sí mismo, la paciencia, la piedad, el amor fraternal y el amor nos traerá a una comunión más estrecha con el Padre y con el Señor Jesús, de modo que el Señor podrá y deseará comunicarnos cada vez más claramente un conocimiento de sus planes misericordiosos tanto como de su propio carácter todo de gracia.

Aludiendo a este crecimiento el apóstol Pedro dice: “Si estas cosas están en vosotros, y abundan, no os dejarán estar ociosos ni sin fruto en cuanto al *conocimiento* de nuestro Señor Jesucristo. Pero el que no tiene estas cosas tiene la vista muy corta; es ciego... porque haciendo estas cosas, no caeréis jamás. Porque de esta manera os será otorgada amplia y generosa entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo.” —2 Ped. 1:8-11. Compárese con Juan 16:12,15.

Cada uno debería preguntarse si tiene o no este testimonio del Espíritu, este testimonio de su crecimiento como nueva criatura en Cristo Jesús y si está desarrollando y madurando el fruto especificado aquí. Acordémonos también de que nuestro crecimiento en el amor y en todos los frutos del Espíritu depende mucho de nuestro crecimiento en conocimiento y que nuestro crecimiento en conocimiento de las cosas divinas también depende de nuestro crecimiento en los frutos del Espíritu. Cada paso en el conocimiento lleva un paso que corresponde con el deber y la obediencia, y cada paso cumplido en el deber y la obediencia será seguido de otro paso en el conocimiento, porque (el *Espíritu lo testifica*) así será la experiencia de todos los que son enseñados de Dios en la escuela de Cristo. Si tenemos este testimonio del Espíritu de crecimiento, tanto en gracia como en conocimiento, regocijémonos y sigamos la misma senda, hasta que nos traiga bajo

la dirección divina a lo perfecto, tanto en conocimiento como en gracia.

EL FUTURO TESTIMONIO DEL ESPÍRITU SANTO

En la próxima Edad, el Espíritu Santo dará a la humanidad reconciliada un testimonio muy semejante en cuanto a la forma, pero muy diferente en cuanto a los hechos. Los que posean el Espíritu Santo no serán más siervos, sino como el profeta Joel declara, será “toda carne”. (Joel 2:28) El “testimonio” del Espíritu no existirá en lo sucesivo más: “Quien viva piadosamente será perseguido”, porque no se permitirá ninguna persecución en aquel entonces. Él no “testimoniará” en lo sucesivo más que hay una “senda estrecha” de sacrificio, porque el día del sacrificio habrá pasado: “Y habrá allí un gran camino”, sobre el cual no habrá escollos. (Isa. 35:8; 62:10) Él “testificará” que “los malignos serán destruidos. Pero los que esperan en Jehová, ellos heredarán la tierra.” (Hechos 3:23; Sal. 37:7-11) Él “testificará” bendiciones concedidas a los que hagan el bien, y castigos y destrucción a los que hagan daño voluntariamente. Es el mismo Espíritu de Dios pero ejerciendo diferentes ministerios.

Habiendo aprendido *cómo* el Espíritu Santo “testifica” y *cuáles* son algunos de sus testimonios por la santa Palabra de Dios, los encontramos verdaderamente más satisfactorios que todos los temores y las dudas inspiradas por condiciones mentales y físicas y que son sólo algunas sensaciones falsamente llamadas por algunos el testimonio del Espíritu Santo. Sin embargo, debemos llamar la atención al hecho que todos los cristianos no pueden tener, con su espíritu o disposición, los mismos testimonios del Espíritu de Dios. Todos los cristianos de gran experiencia y madurez, deberían tener testimonio sobre *todos* estos puntos y sobre otros más mencionados en las Escrituras; pero hay cristianos jóvenes que, en cambio, no progresaron bastante aún para tener todos estos testimonios, es posible que algunos puedan ser engendrados verdaderamente del Señor y haber recibido hasta aquí sólo algunos

de ellos. El gran Viñador no espera fruto, ni desarrollada ni madura, del joven y tierno retoño de un sarmiento.

El primer testimonio que los nuevos engendrados pueden tener es su aceptación por el Señor; que son jóvenes sarmientos en la verdadera Vid; y que está en ellos el Espíritu de la Vid, el deseo de crecer y de ser como la Vid y llevar mucho fruto. Tampoco debería pasar mucho tiempo después de retoñar los sarmientos, antes de que se manifiesten las hojas y los brotes del fruto. El niño recién nacido en la familia espiritual manifiesta su parentesco con los miembros que más ancianos y más desarrollados de la familia, no comen alimento sólido, que podría ahogarle, sino desean tomar la leche fortificante, que le hará crecer. —1 Ped. 2:2

Quienes se encuentran en posesión en cualquiera de los testimonios anteriores del Espíritu deberían regocijarse por ello; deberían procurar desarrollar cada rasgo particular del que carezcan, de modo que puedan en definitiva tener el testimonio del Espíritu en su favor sobre todos los puntos donde el testimonio de las Escrituras indica la senda que hay que seguir y las experiencias que hay que sufrir por el pueblo fiel de Dios. No necesitarán cantar más en lo sucesivo: “He aquí un punto que me gustaría conocer”. Al contrario, tendrán el conocimiento, tendrán la plena seguridad de fe y serán arraigados, fundados, edificados y establecidos en la fe. Tal es la vía que Dios dispuso: al seguirla, escapamos completamente del temor, nos evadimos del “Castillo de la Duda” porque nuestra confianza radica con seguridad en las promesas divinas que nunca fallan. Esto es verdad tanto en el tiempo de prueba, de adversidad y de tinieblas como cuando gozamos más especialmente de la luz de la sonrisa de nuestro Padre celestial. El poeta expresa el pensamiento exacto en estos términos:

“Cuando la noche parece tapar su rostro,
Descanso en su gracia constante.
Su juramento, su pacto y el sello de su sangre
Son mi peñasco en el seno del huracán.
Cuando mi alma va muy a la deriva
Él es mi esperanza y mi fuerza viva.”

SANTIFICADOS POR EL ESPÍRITU

“Mas ya habéis sido lavados, ya habéis sido santificados, ya habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesús, y por el Espíritu de nuestro Dios.” —1 Cor. 6:11

Santificación significa *apartar* separar. Todos los que son santificados, apartados, plenamente consagrados a Dios, deben en primer lugar ser lavados o *justificados* (ya sean efectivamente purificados del pecado o sea considerados como tales) “justificados *por fe*.” La justificación real será la vía seguida por el mundo durante el Milenio para ir a Dios bajo la dirección del gran Mediador y con su asistencia; esta justificación formará parte de la obra progresiva de la Reconciliación. La justificación supuesta, es decir, la justificación *por fe*, constituye el arreglo que obra durante esta Edad Evangélica y por el cual nosotros, pecadores por naturaleza y sin ninguna perfección en la carne, somos considerados puros, santos, justificados y agradables a Dios al aceptar a Cristo como nuestro Redentor. Creemos el testimonio bíblico que dice que “Cristo murió por nuestros pecados según las Escrituras”; y creyendo esto, y deseando escapar del pecado, somos aceptados por Dios como si fuéramos perfectos, sin pecado, fuéramos justificados por los méritos de la sangre preciosa. Siendo justificados así por la fe, tenemos la paz con Dios, podemos acercarnos a él y seremos recibidos por él; podemos entonces comenzar a *hacer obras agradables* al Padre por los méritos de nuestro Señor Jesucristo. La prueba que tenemos de nuestra justificación y de nuestra santificación nos viene por medio de la Palabra; se llama “sello” o “testimonio” del Espíritu en nosotros.

El *poder* que nos permite vivir a la altura de nuestros votos de consagración es el Espíritu Santo o la santa disposición de Dios que recibimos como resultado de nuestra fe en Cristo y de nuestra consagración hecha por “haber muerto con él”. El Espíritu de la verdad que obtenemos por el estudio de la Palabra de nuestro Padre, sometiéndonos a ella por nuestro espíritu de obediencia, nos proporciona la fuerza necesaria para vencer al mundo y nuestros propios apetitos perversos. En consecuencia, el texto que

estudiamos declara que toda la purificación que experimentamos, toda nuestra justificación y todo nuestro ajuste para la justicia y nuestra separación del pecado, todas las victorias y las bendiciones en esta dirección nos vienen por los méritos de nuestro Señor Jesús y por el Espíritu de santidad, del Espíritu de Dios, que recibimos.

Otros pasajes de las Escrituras están en perfecto acuerdo con estas afirmaciones.. El mismo apóstol Pablo oraba por la Iglesia: “El mismo Dios de paz os santifique por completo” (1 Tes. 5:23) sin contradecir la afirmación anterior de que es el Espíritu Santo de Dios el que santifica. Es Dios quien santifica, y el medio, el método o el canal que emplea es su Espíritu Santo, y no otra persona.

El apóstol Pedro declaró que la Iglesia es “elegida [escogida] por la santificación [en santidad (Darby) —*Trad.*], [puesta de lado] del Espíritu para obedecer.” (1 Ped. 1:2) Según el pensamiento expresado aquí, a los que Dios ahora reconoce como sus elegidos (que son exhortados a hacer firme su llamamiento y su elección) son escogidos, no arbitrariamente, sino según principios fijados; es decir, si el Espíritu Santo (la influencia de la Verdad) de Dios que obra sobre ellos los conduce a una obediencia entera (santificación) a la voluntad, al plan y a la Providencia del Padre, entonces, ellos constituirán los elegidos.

El apóstol Pablo, en otra de sus epístolas (Ef. 5:25,26), atribuye a la Palabra de Dios este poder de santificación y de purificación que actúa en la Iglesia: “Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella para *santificarla*, habiéndola purificado en el *lavamiento* del agua por la palabra”. No debemos suponer que el Apóstol contradice aquí su declaración anterior, según la cual es *Dios* quien santifica a la Iglesia, ni aquel que dice que es el *Espíritu* de Dios el que santifica a la Iglesia. En cada uno de estos ejemplos, el pensamiento claro y seguro del Apóstol es que Dios quiso que fuera su Espíritu Santo, actuando por la Palabra de su verdad, que produjera en nosotros la purificación, la justificación y la santificación.

Así, Jesús también oró: “Santificalos en tu Verdad; tu Palabra es verdad.” (Juan 17:17) Vemos, por tanto que diversos pasajes de

la Escritura al respecto, tomados juntos, enseñan que la santificación de la Iglesia es cumplida por el Espíritu de la Verdad, que comunica a los consagrados por la Palabra dada por Dios en esta misma intención.

Todos los que así son santificados en lo sucesivo son “*nuevas criaturas en Cristo Jesús*” y es a ellos de los que se habla como “santificados en Cristo.” (1 Cor. 1:2) No obstante, esta santificación en Cristo no se hace sin la participación del Espíritu de Dios ni sin la de la Palabra de Dios; pues es porque aceptamos el plan de Dios y sus disposiciones, es porque hemos llegado a la santificación del Espíritu, porque somos uno con Cristo, nuestro Señor. Esto se confirma por la Escritura, que dice: “Porque el que santifica y los que son santificados, de uno son todos [un espíritu, una disposición, engendrado del Espíritu de la Verdad]; por lo cual no se avergüenza de llamarlos hermanos.” (Heb. 2:11) Así es como “somos lavados, santificados, justificados, en nombre de nuestro Señor Jesús y por el Espíritu de nuestro Dios”, el Espíritu de la Verdad.

SED LLENOS DEL ESPÍRITU

“Sed llenos del Espíritu, hablando entre vosotros con salmos, con himnos y cánticos espirituales, cantando y alabando al Señor en vuestros corazones; dando siempre gracias por todo.” —Ef. 5:18-20

Este pasaje da a entender que el pueblo del Señor puede tener un grado más o menos grande de la plenitud de su Espíritu. Para pertenecerle hay que tener un poco de su Espíritu, pues “si alguno *no tiene* el Espíritu de Cristo, no es de él.” (Rom. 8:9) Depende ampliamente de nosotros, si utilizamos los medios que Dios nos proporciona de estar más o menos llenos de su Espíritu, de su disposición, de su influencia, el Espíritu o la influencia de su Verdad que ha revelado en la misma intención de santificar nuestro corazón y nuestra vida y nos aparta de los que tienen el espíritu del mundo.

Nada en este texto y en otros semejantes encierra el pensamiento de un Espíritu Santo personal, más bien lo contrario.

Si el Espíritu Santo fuera una persona, sería ilógico exhortar al beneficiario a ser más o menos lleno de ello. La persona que pudiera entrar en otra podría sólo hacer el llenado; si es grande llenará tanto más; si es pequeña, menos. Si el Espíritu Santo fue concebido como persona, una de las que forman una trinidad de Dioses, igual al más Grande, no podemos imaginar cómo podría introducirse por completo en el pequeño receptáculo de un hombre imperfecto, y ni siquiera sólo parcialmente este pequeño corazón humano. Pero cuando se comprende el pensamiento exacto de que el Espíritu Santo es el poder, la influencia de Dios, entonces la exhortación del Apóstol es completamente razonable. Debemos esforzarnos siempre por llenarnos del Espíritu Santo o de la santa disposición de nuestro Dios, según el ejemplo maravilloso que tenemos en la persona y la obediencia de nuestro querido Redentor, su Hijo Unigénito.

Este pensamiento de *llenarse* del Espíritu Santo está de acuerdo con la sugerencia del Apóstol en otro pasaje, a saber, que nuestro cuerpo mortal es como un vaso resquebrajado, hendido, defectuoso al cual Dios concede su gracia de ser lleno de Su Espíritu Santo. Conociendo, por tanto, todas nuestras imperfecciones y la posibilidad de dejar escapar de nosotros mismos la santa influencia inspirada de Dios por el Evangelio, debemos, según la sugerencia de Pablo, prestar más atención, por temor a que estas cosas se deslicen lejos de nosotros, porque “tenemos este tesoro [el Espíritu Santo, el espíritu renovado en armonía con Dios] en vasos de barro.” (Heb. 2:1; 2 Cor. 4:7) Pertenece a todos los que quieren seguir las huellas de nuestro Maestro, que desean participar en los sufrimientos de Cristo y en la gloria que seguirá, de buscar en la vía del Señor, a ser *lleno de su Espíritu*. A este fin debemos mantenernos íntimamente cerca del Señor y de los compañeros miembros de su cuerpo, íntimamente en simpatía, en amor, en colaboración; y también necesitamos mantenernos cerca de la Palabra, que es la fuente de la influencia santificante para toda la Iglesia, “Santifícalos por tu Verdad: Tu Palabra es la Verdad.”

La Reconciliación

Es en vano que procuremos llenarnos del Espíritu, si descuidamos prestar atención al arreglo divino previsto para este mismo fin. Si descuidamos la Palabra de Dios, descuidamos este poder santificante. Si descuidamos la oración, descuidamos otro privilegio y la asistencia que trae. Si descuidamos reunirnos con los que constituyen el pueblo del Señor, y en los cuales vemos el “sello” de este Espíritu, carecemos de los beneficios y los socorros que “cada coyuntura proporciona”, incluso el apoyo que Dios prometió a la Iglesia, en su conjunto, por diversos miembros a quienes colocó en el cuerpo para exponer su palabra y obtener por ella su poder o Espíritu santificante. —1 Cor. 12:25-28; Ef. 4:16

La exhortación: “sed llenos del Espíritu” significa mucho: implica que deberíamos hacer uso de las diversas disposiciones (o “arreglos” —*Trad.*) y recursos que el Señor ha preparado para nuestro desarrollo espiritual. Aunque no podamos tener contacto personal con el Señor, podemos tener una relación con Él por la oración, por los miembros de su cuerpo y por las Escrituras. Aunque no podamos tener contacto real con los Apóstoles, podemos tenerlo por sus escritos. Si no podemos tener contacto efectivo y comunión con los miembros de la Iglesia, podemos tener una relación con ellos por el correo y por medio de los impresos. Si deseamos *llenarnos* del Espíritu del Señor, debemos obedecer estas instrucciones, las suyas.

EL SELLO DEL ESPÍRITU

“En él también vosotros, habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa, que es las arras de nuestra herencia.” —Ef. 1:13,14

En otro tiempo se utilizaban los sellos para distintos fines: (1) como sello o firma, como marca de autenticidad o de ratificación. (2) Para hacer algo secreto, para evitar la indiscreción, como por ejemplo en Mat. 27:66; Apoc. 10:4; 20:3

Es en el primero de estos sentidos que se dice de los miembros del pueblo de Dios que “son sellados con el Espíritu Santo de la promesa”. El Apóstol no dice, como algunos parecen

suponer, que se nos ha sellado *por* el Espíritu Santo como persona, la supuesta tercera persona de una Trinidad de Dioses iguales: él declara que hemos sido sellados “*con* el Espíritu Santo de *la promesa*”, que es un pensamiento completamente diferente, como todos podemos entender. El Espíritu Santo viene del Padre que, por Cristo, marca con el sello *por* el Espíritu Santo, el cual es él mismo el *sello*. Es atestiguado por el Apóstol (Hechos 2:33) y está plenamente de acuerdo con la exposición de la Palabra que nuestro Señor Jesús fue el primer miembro de la casa de los hijos que fueron marcados con el sello de esta manera. Leemos en efecto: “A éste señaló Dios el Padre*” con el Espíritu Santo. —Juan 6:27

La expresión “Espíritu de *la promesa*” tiene un sentido descriptivo como otros términos que designan la santa influencia de Dios, tales como, el “Espíritu de santidad”, “el Espíritu de la Verdad”: muestra que hay una relación entre la marca del sello y la *promesa* que nos dio Dios. Son pruebas avanzadas del pacto de Dios con el que es “sellado”, que “las promesas excesivamente grandes y preciosas” de las cosas “que Dios tiene reservadas a los que le quieren [extraordinariamente]” son verdaderas y que heredará estas bendiciones prometidas después de haber aguantado escrupulosamente las *pruebas* a las cuales se someterá su amor y su devoción por Dios.

El Apóstol de nuevo hace alusión a la misma marca del sello más adelante en la misma epístola y allí identifica la “promesa” con “el día de la liberación.” (Ef. 4:30) En otras palabras: el sello del Espíritu de la promesa hasta el día de la liberación es sólo otra forma de expresión del pensamiento que nosotros (la Iglesia) “tenemos las *primicias* del Espíritu”, las arras, por decirlo así, que ratifican el pacto entre el Señor y nosotros, asegurándonos de que si no nos aflojamos en absoluto heredaremos íntegramente la promesa.

Este sello de parentesco por alianza, este sello de la filiación que da derecho a la herencia, no es un signo exterior fijado sobre nuestra frente ni una marca o manifestación del favor de Dios en

* Segond: “marcado con su sello” —Trad.

La Reconciliación

los asuntos terrestres, la prosperidad según el mundo; no lo es tampoco ahora, ni nunca fue la posesión de los “dones” de curar o de hablar en lenguas, etc. porque a muchos de los que poseyeron estos “dones” milagrosos les faltaba el sello y el testimonio del Espíritu. —Hechos 8:13-23; 1 Cor. 13:1-3

El sello del Espíritu Santo está en el corazón del que es sellado; es por eso que no lo sabe, si no es el que lo recibe (Apoc. 2:17), excepto los frutos que los demás puedan ver en su vida diaria. “Y el que nos confirma con vosotros en Cristo, y el que nos ungió, es Dios, el cual también nos ha sellado, y nos ha dado las arras del Espíritu en nuestros corazones.” —2 Cor. 1:21,22

Estas arras o este sello de filiación es el Espíritu de amor que está de acuerdo con el Padre y todos sus santos arreglos, clamando: ¡Abba, Padre! ¡Mis delicias son de hacer tu voluntad, oh mi Dios! El que tiene este sello o marca de filiación es alguien que no sólo procura hacer la voluntad del Padre, sino que, haciéndola, no la encuentra “gravosa” sino agradable. —1 Juan 5:3

El Espíritu de filiación o el espíritu que sella a los hijos (la posesión de las primicias o de las arras de la futura herencia) es por lo tanto uno de los testimonios superiores del Espíritu, el mejor aun de las experiencias cristianas de la vida presente. Antes de alcanzar este grado de experiencia hace falta que recibamos una parte de la *unción* entrando en el cuerpo ungiado de Cristo, la Iglesia, siendo *engendrados* del Espíritu de la Verdad para la santificación de nuestro espíritu con el fin de entender y de hacer la voluntad del Señor. Esta experiencia viene después de haber sido *vivificados* del Espíritu para el servicio de la justicia: constituye una prueba, por decirlo así, de que hemos pasado de la condición de embrión a la que Dios nos considere como Hijos y nos selle como tales.

Así como todos los creyentes deberían procurar acudir bajo la influencia de la unción y del engendramiento del Espíritu Santo de Dios, el Espíritu de la Verdad, también todos los que han sido engendrados del Espíritu como hijos deberían procurar alcanzar esta posición de armonía perfecta con el Padre, a quienes puede reconocer y marcar con su sello. Habiendo alcanzado esta posición, que todos se ocupen de no dañar u oscurecer el sello, de no apagar

Su Bautismo, Su Testimonio y Su Sello

o destruir este tesoro precioso ni de cambiar este espíritu de amor y de alegría en el Espíritu Santo de asociación y de comunión en un espíritu de adormecimiento, de oscuridad, de pena. El esfuerzo constante de todos los que lo reciben debería hacer que no se deteriore este sello, sino de guardarlo siempre brillante e intacto.

ESTUDIO X

EL ESPÍRITU DE BUEN JUICIO

EL ESPÍRITU DE DIOS, ENTRE SUS HIJOS, ECHA FUERA EL ESPÍRITU DE TEMOR—LA HUMANIDAD EN GENERAL ESTÁ ENFERMA MENTAL Y FÍSICAMENTE—SENTIDO EN EL CUAL EL ESPÍRITU SANTO ES EL ESPÍRITU DE BUEN JUICIO—OPERACIONES QUE PRODUCEN ESTE RESULTADO—LAS PRUEBAS DEL ESPÍRITU DE BUEN JUICIO.

“Porque no nos ha dado Dios espíritu de temor, sino de poder, de amor y de buen juicio.” —2 Tim. 1:7

SEGÚN las reglas de la lingüística, el espíritu de temor aquí está en contraste con otro espíritu. Si el espíritu de amor, de poder y de buen juicio es una persona o tres personas, hay toda razón para que el espíritu de temor también sea considerado como persona. El sofisma de tal argumento es tan aparente que basta simplemente mencionarlo para refutarlo.

Cuanto más estén llenos los hijos de Dios de su Espíritu Santo y cada vez más se expanda y desarrolle en ellos, menos cabida darán al espíritu de temor. El espíritu de temor en un cristiano es el espíritu de duda; denota falta de fe, falta del Espíritu Santo. El espíritu de temor es una fuente fecunda de mal en las cosas espirituales en cada rasgo del crecimiento cristiano tanto para el individuo como para la Iglesia; este espíritu se identifica también con la debilidad y las incapacidades físicas. El hijo de Dios lleno del Espíritu Santo es un gigante en comparación con su propio “yo” natural (o no regenerado —*Trad.*); porque sus temores están reprimidos; su corazón, afirmado, su fe, arraigada y fundada y su alma, anclada, inquebrantable, firme y segura, dentro del velo. Así está preservado de precipitarse sobre los peñascos de la catástrofe cuando dominan los vientos impetuosos de la angustia. El Espíritu Santo es, por tanto, una fuerza para los que lo poseen, hasta el punto de provocar a menudo asombro en sus enemigos.

No afirmamos que el Evangelio de Cristo actúe principalmente sobre los vigorosos de espíritu y de cuerpo y que, de este hecho, los que pertenecen a él son fuertes; al contrario,

sostenemos, y los hechos lo prueban tanto como el testimonio bíblico, que el Evangelio de Cristo escoge por norma a los débiles, a los conscientes de sus debilidades y a los que se dan cuenta, más de lo que lo hacen los fuertes, de su necesidad de ayuda. Sin embargo, la influencia del Espíritu Santo que transforma a los que lo reciben es tal que en su debilidad se hacen fuertes. Lo débil del mundo se hace fuerte por Dios (por el Espíritu, el poder de Dios) para derribar las fortalezas del error y del pecado; esta fuerza puede darles también la resistencia de los buenos soldados del Señor Jesucristo para pelear la buena batalla, y esto es el gran asombro de los que les son superiores por naturaleza. —1 Cor. 1:27; 2 Cor. 10:4; 2 Tim. 2:3,4

Era verdad antaño, cuando las debilidades del mundo abrazaban la causa de Cristo y permanecían firmes hasta el mismo fin de su vida, sufriendo el martirio, aguantando sin tropezar las pruebas y las dificultades delante de las cuales se debilitaban los más fuertes del mundo. Todavía es verdad en nuestros días para la misma clase de personas, porque aun habiendo cambiado ampliamente las características particulares de las persecuciones, sin embargo, es todavía necesario “aguantar las dificultades como buenos soldados” y “dar nuestra vida por los hermanos”. Lo débil del mundo, sí, lo que no vale nada, que Dios ha escogido, todavía confunde la sabiduría y el poder de este mundo. —1 Cor. 1:27,28

Este espíritu de Dios en nosotros no es solamente un Espíritu de poder, dice San Pablo, sino un Espíritu de amor. El amor del que se trata aquí no es el amor natural que todos poseemos en cierto grado y que posee hasta la creación animal en cierta medida; este amor es en gran parte un espíritu de egoísmo. Entre los que reciben el Espíritu Santo de amor este amor natural debería hacerse más intenso, más profundo, ensancharse y perder cada vez más su carácter egoísta para hacerse generoso, de sacrificio de sí, basado no en egoísmo, sino en los principios de la justicia, de la verdad, de la bondad, y en general sobre la posesión del Espíritu o la disposición de Dios. Este Espíritu de amor debería progresar, aumentarse y abundar cada vez más hasta alcanzar lo que es perfecto y hacer desaparecer lo parcial. —1 Cor. 13:10

La Reconciliación

No hay manifestación más maravillosa del Espíritu Santo entre los hijos de Dios que la llamada por el Apóstol: “el Espíritu de buen juicio”. Por naturaleza, los hijos del Señor no son más sanos de espíritu que la gente mundana. Al contrario, como hemos visto, la tendencia del Evangelio es atraer a los más imperfectos que comprenden su propia impotencia y su necesidad de gracia y de fuerza de lo alto; el Evangelio, en cambio, tiene poca influencia sobre los espíritus más fuertes y más sanos, y que, comparado con otros, están llenos de un espíritu y de justicia personal.

Pero cada vez que la Verdad se recibe en corazones buenos y honestos, que produce frutos legítimos y que los hijos de Dios se hacen participantes de su Espíritu Santo, ya sean fuertes o débiles, obtienen el “Espíritu de buen juicio” (sus juicios son más claros, más ciertos y más dignos de confianza que antes, porque ante todo tienen en su mente las directivas explícitas de la Palabra del Señor con respecto a lo que deben o no deben hacer), directivas que cubren cada detalle y objetivo de la vida. Quienes han aceptado al Señor como instructor y maestro, que tienen su Espíritu de obediencia a la voluntad del Padre, tienen “el Espíritu de *buen* juicio”, porque no se fían simplemente de su propio juicio, de su propia comprensión, sino por obediencia a las directivas del Señor, se les preserva de las vicisitudes de la vida, de las trampas y de las dificultades que sobrevienen a los que no lo tienen como guía y dirección a la sabiduría de arriba.

Por el efecto de la caída de nuestra raza en el pecado y su condena, la muerte, el mundo entero está desequilibrado, tanto mental como físicamente, pero en diversos grados, según las circunstancias y la herencia. Algunos son menos sanos físicamente que otros; lo mismo ocurre desde el punto de vista mental; sin embargo, todos son enfermos, como declaran las Escrituras: “No hay justo [perfecto, sano, o de cuerpo o de espíritu], ni aun uno.” (Rom. 3:10) Figurativamente, todos estamos cubiertos de heridas, magulladuras y llagas, tanto mentales como físicas. (Isa. 1:5,6) La maldición del pecado pesa gravemente sobre todo el hombre entero, espíritu y cuerpo.

El Espíritu de Buen Juicio

Es reconocido que el sufrimiento de un miembro afecta a todo el cuerpo, incluso al espíritu. El espíritu, mantenido y alimentado por un cuerpo enfermizo no estaría tampoco perfectamente sano. El estómago enfermo de un dis péptico tiene efecto directo sobre su espíritu tanto como sobre toda su organización física. La persona cuyos pulmones están enfermos no puede evitar un grado correspondiente de deterioro mental; igualmente, cuando otros órganos están enfermos y cumplen insuficientemente sus funciones, resultan indiscutiblemente en problemas sanguíneos y en un estremecimiento del sistema nervioso, cuyo centro es el cerebro. Así, un cerebro atormentado por el dolor, insuficientemente alimentado o agitado por la inactividad de los órganos secretorios se debilitará seguramente en sus diversas funciones. No podrá pensar ni razonar tan correctamente, tan lógicamente como si estuviera en una condición perfecta. Las perturbaciones del espíritu son tan comunes que el término perturbación cerebral se aplica sólo en los casos extremos que sobrepasan la debilidad, el desequilibrio medio de la humanidad. Ninguna persona con juicio y experiencia discutirá estas conclusiones.

Surge la pregunta: ¿Cómo o en qué restablece el don del Espíritu Santo el juicio del cristiano que lo ha recibido y le da el Espíritu buen juicio? Respondemos: La mentalidad divina es perfecta, “sana”; por eso, en la medida en que los cristianos son capaces de dejar de lado su propia mentalidad o juicio sobre cualquier pregunta o sobre todas, y aceptan en su lugar la mentalidad de Dios, su voluntad, su juicio, para dirigir su vida, tendrán el *espíritu* o la disposición de buen juicio, la mentalidad de Dios. No queremos decir que el cerebro de los cristianos experimenta un cambio o una inversión del orden natural del funcionamiento de las cosas; sino que bajo la dirección del Espíritu Santo el Espíritu de la Verdad estos cristianos aprenden gradualmente a *rectificar los errores* de su propio juicio sobre las preguntas que se les plantean con el fin de armonizarlas con la enseñanza del Espíritu Santo por la Palabra de Dios. Tomemos un ejemplo: Supongamos que tenemos un reloj que marca mal la hora

exacta, sin posibilidad de arreglo; también supongamos que podemos consultar frecuentemente un cronómetro de precisión absoluta que nos señala que nuestro reloj se retrasa treinta minutos cada veinticuatro horas; sabríamos entonces cómo ajustarlo: volviéndolo a poner a la hora cada veinticuatro horas. Además, aprenderíamos a estimar el error que comete en cada momento del día. Es lo mismo para nuestros juicios con respecto a las diferentes cuestiones y los asuntos de la vida: cuando los medimos con un marco perfecto de medida encontramos que somos demasiado vivos o demasiado lentos, demasiado débiles o demasiado fuertes en nuestras decisiones mentales y en nuestros actos físicos. Aunque seamos incapaces de modificar nuestra manera de pensar y de actuar para hacerla perfecta y en plena armonía con la de nuestro Señor Jesús, nuestro modelo, sin embargo, se nos da la posibilidad de ajustar nuestros pensamientos, nuestros juicios según el modelo que tenemos presente al espíritu y de alcanzar por sus indicaciones un grado de arreglo que los que no tienen este modelo perfecto o que no procuran ser ajustados por él, que no pueden apreciar ni imitar.

¿Quién no ha observado entre sus amigos y sus vecinos (tanto como a sí mismo), la prueba abundante de una mentalidad anormal incapaz de administrar honradamente sus asuntos y que causa grandes problemas al tratar de dirigir los asuntos de otros? Por vanidad juzgan a otros, chismoseando acerca de los asuntos privados de los demás, proporcionando prueba de su incapacidad absoluta por dirigir sus propios asuntos. ¿No es prueba de un espíritu enfermo, de cierto grado de locura? ¿No comprobamos que si la misma mentalidad se incita a un extremo más grande conduce a los de tal juicio desequilibrado a un manicomio? Indudablemente la suficiencia, la aprobación de sí y el temor son las principales causas de los trastornos mentales de la mayoría de los internos en asilos, del resto la gran mayoría está bajo la obsesión demoníaca. Si entrásemos en un manicomio encontraríamos a algunos de los internos con delirios de grandeza; considerándose muy ricos o imaginando ser reyes, nobles, o príncipes, y manifestando los mismos sentimientos de orgullo y de vanidad susceptibles de tales

personalidades. Sufren de manía persecutoria y creen que no son suficientemente apreciados y que hasta sus amigos le dan de lado porque temen su influencia, sus capacidades o quieren impedirles llegar a la fortuna. Por temor se imaginan que todos procuran atentar contra su vida, que el mundo entero está loco y que sólo ellos son los sanos de espíritu; creen que Dios está contra ellos y que están condenados al tormento eterno por cometer pecados imperdonables, etc.

Estos ejemplos son sólo algunos casos *extremos* de las condiciones y características mentales de la generalidad de los humanos; los observamos a diario en la vida. El espíritu del mundo con sus ambiciones y orgullo, sus supersticiones, errores y temores tiende a llevar al grado supremo estas condiciones naturales y, como resultado, encontramos que la locura en su forma extrema progresa rápido en el mundo civilizado.

Lo que le falta a toda esta gente, lo que nos falta a nosotros mismos y a toda la humanidad, es una mentalidad sana; sin embargo, la curación general de las indisposiciones mentales y físicas del mundo se efectuará sólo durante la Edad milenaria, cuando esté plenamente introducida; será obra del Gran Médico, pero esta Edad no puede inaugurarse ni su alivio ni sus bendiciones pueden llegar antes del debido tiempo. Entretanto la Iglesia del Evangelio, llamada del mundo, obtiene por su Señor y por su Palabra, su Espíritu Santo, el espíritu de *su* buen juicio, que es el mismo que la disposición mental o el Espíritu del Padre. Y en la medida en que cada miembro utilice sus privilegios al respecto, se le ayudará a superar los trastornos mentales y físicos que le asalten, como asaltan a todos. La Palabra del Señor nos exhorta: “Digo, pues, por la gracia que me es dada, a cada cual que está entre vosotros, que no tenga más alto concepto de sí que el que debe tener, sino que piense de sí con cordura, conforme a la medida de fe que Dios repartió a cada uno.” (Rom. 12:3) Para muchos cristianos es obra de toda una vida lograr vencer el orgullo demasiado alto que tienen de sí mismos y conseguir el Espíritu de buen juicio en cuanto a sus propios talentos, pero les anima en esta obra las palabras del Maestro: “Bienaventurados los mansos,

porque ellos recibirán la tierra por heredad”. También les ayuda las palabras de que “Dios resiste a los soberbios, y da gracia [favor] a los humildes” y “humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios, para que él os exalte cuando fuere tiempo.” —Mat. 5:5; Stg. 4:6; 1 Ped. 5:6

Sin embargo, y es un hecho patente, Dios no ha escogido a muchos grandes ni a muchos sabios según este mundo y según la propia estimación de su sabiduría personal; sino más bien a los pobres, ricos en fe, que se fían no en su propia sabiduría ni en su propia justicia, sino que aceptan a Cristo como su sabiduría, su justificación, su todo.

Aun así, a los que tienen “el espíritu de temor” se les ayuda a neutralizarlo por el “Espíritu de la Verdad”, “el Espíritu de amor”, si lo reciben, porque “el perfecto amor echa fuera el temor.” (1 Juan 4:18) Cuanto más aprenden a conocer a Dios por su Palabra y su misericordioso plan de las Edades expuesto allí, tanto más les quita su espíritu de la gran pesadilla del temor y del espanto que atormentan a tantos individuos. En lugar del temor les da la esperanza, una esperanza que no confunde en absoluto, porque el amor de Dios está difundido en su corazón por el Espíritu Santo, el Espíritu de buen juicio.

Así también a los que son excesivamente humildes (demasiado carentes de confianza en sí mismos) para cumplir lo que sea en la vida se les anima, se les levanta y se les hace útiles tanto para sí mismos como para otros, por el mismo Espíritu de la verdad que reprueba y corrige a los individuos demasiado satisfechos, demasiado egocéntricos, que se consideran algo, los imbuidos de sí mismos. Los primeros son animados por la seguridad de la ayuda de Dios; los últimos son restringidos, moderados, traídos a la sujeción y se les enseña lo que es agradable a Dios y útil para sí mismos; pues como dice el Apóstol: “Y si alguno se imagina [en confianza] que sabe algo [por su propia sabiduría], aún no sabe nada como debe saberlo.” (1 Cor. 8:2) Recordemos que las transformaciones de caracteres no se hacen diciendo: ¡Señor, Señor!, teniendo la Biblia o juntándose a una organización humana llamada iglesia; sino juntándose a Cristo y

recibiendo de él el Espíritu de su palabra, el Espíritu de la verdad, el Espíritu de santidad, el Espíritu de buen juicio, su Espíritu Santo y el del Padre.

El hombre que, por la gracia de Dios y por haberla aceptado, ha entrado en posesión del Espíritu de buen juicio, tiene muchas más ventajas de toda clase sobre otros porque el Espíritu de buen juicio es un Espíritu de sabiduría. Tal individuo evalúa más exactamente que otros las cosas de esta vida: la riqueza, la reputación, la situación social, etc. Desde su nuevo punto de vista ve, en relación con todas éstas, cosas que otros no. Su intelecto, instruido por la Palabra del Señor, discierne que aun poseyendo todas las riquezas del mundo, no puede llevarse nada al morir. Comprende que la fama es una cosa en verdad hueca y por completo efímera y que en la carrera precipitada de la vida a los muertos se les olvida pronto. Se da cuenta de que la sociedad es frívola y sus profesiones de estima, a menudo poco sinceras, y que su agitación febril termina con la muerte, si no antes por el desastre financiero. Capta, según una expresión del mundo, que “el juego [de la posibilidad de obtener fama, fortuna y placeres terrestres] no merece la pena”. En realidad, a los ojos del hombre del mundo de tipo medio la vida es sólo un juego de naipes que decepciona en sus resultados, porque aun para el que tiene éxito, la vida no significa comparativamente nada a fin de cuentas.

Por otra parte se ofrece a los hijos de Dios, ahora engendrados del Espíritu Santo para el “supremo llamamiento” de esta Edad Evangélica, algo que desvía su espíritu de las futilidades y de las ilusiones que ejercen una atracción a menudo frenética sobre el espíritu de los humanos en general. Sus alegrías y sus ambiciones son más elevadas; aspiran a una posición social más noble, a mayores riquezas y a un Reino: riquezas celestiales y un reino también celestial y eterno. Las ambiciones inspiradas por sus promesas celestiales son *santas* ambiciones, llenas de misericordia y de buenos frutos; que actúan en el marco del amor, mientras que las ambiciones terrestres son guiadas por los principios del egoísmo.

La Reconciliación

El hombre cuyas aspiraciones se desvíen de estas bagatelas, de estas vanidades y de tales ambiciones terrestres y las coloque sobre las cosas celestiales tiene ciertamente ocasiones mucho mejores de ejercer un juicio sano con respecto a todos los asuntos de esta vida presente, porque los considera desde un punto de vista comparativamente desinteresado. Está en el mundo, y obligado a vivir en él, a proporcionarse cosas decentes y honradas a los ojos de todos los hombres; pero liberado de las ambiciones desordenadas tocantes a las cosas del mundo, escapa a esta medida de la presión de la avaricia, de la codicia, del orgullo, etc. y es más apto para pensar y actuar rectamente y demostrar una simpatía benévola. Este espíritu de buen juicio, este juicio mejor del cristiano experimentado no se considera como mejoramiento o reparación de su espíritu terrestre o carnal, sino un *nuevo* espíritu, una nueva disposición mental engendrado desde arriba por las preciosas y grandísimas promesas de la Palabra del Señor. (2 Ped. 1:4) El cristiano es ayudado así a causa de su nueva disposición, el Espíritu o la disposición de un mental sano, el Espíritu Santo del Señor. Cuanto más se llena el cristiano del Espíritu Santo tanto más su mentalidad será sana. Será rápido o lento en la medida en que su amor por el Señor y su justicia sea ferviente o frío.

Fue el Maestro quien preguntó: “¿Qué recompensa dará el hombre por su alma? [Su ser, su existencia]?” (Mat. 16:26) Un hombre sano de espíritu no querría intercambiar la cosa más preciosa que posee por nada: riqueza, fama o status. Y así lo juzgará quien reciba el espíritu de buen juicio pues vemos a la gente mundana de hoy hacer lo contrario y probar así su desequilibrio mental. Los famosos, como los más sabios de los hombres del mundo, gastan su actividad en lo que no satisface: acumulan riquezas, luchan por honores, por una situación social y un ascenso; hacen exhibición de un lujo arrogante y aman los placeres depravados. Todos los que tienen espíritu de buen juicio pueden ver, aun si no hubiera vida futura, que tales líneas de conducta son poco juiciosas, porque la mayoría consagra su vida actual a adquirir disfrutes materiales, luego mueren dándose cuenta de que no obtuvieron lo que buscaban; comprenden que las

riquezas o la fama que dejan detrás pronto serán dispersas o, al contrario, subsistirán como un monumento a su locura, a su avaricia y a su desequilibrio mental.

La vida del mundo, privada de metas y ambiciones razonables, es lo que el Apóstol llama “vuestra *vana* [infructífera] manera de vivir [la vida], la cual recibisteis de vuestros padres.” (1 Ped. 1:18) La costumbre de trabajar por cosas que no valen la pena es hereditaria; los hombres no se paran a razonar, sino que pasan por los surcos por donde anduvieron sus padres. El Apóstol muestra que nuestro cambio de conducta proviene del hecho de que sabemos que fuimos *rescatados* por la sangre preciosa de Cristo. Hemos descubierto, por la Palabra de gracia, que la marcha del mundo era vana y que todos siguen la carrera vana a causa de la depravación, el desequilibrio del espíritu ocasionado por la caída, y habiendo aprendido el gran rescate nos consagramos alegremente al que nos rescató y recibimos su Espíritu, el Espíritu de buen juicio.

Cuando se considera la vida presente según el testimonio del Espíritu Santo que se nos da en la santa Palabra aparece en nosotros un aprendizaje escolar puro y simple, una preparación para la vida futura destinada a quienes ven este premio y oyen el “llamamiento”. Sin embargo, sólo los que tienen los ojos abiertos y ven desde el *interior* pueden discernir lo poco juicioso que es la línea de conducta de la mayoría: muy lejos de reprimir sus propias tendencias egoístas y de cultivar los elementos más nobles y justos de su naturaleza caída, minan en muchos casos su carácter y a su muerte dejan el mundo con un carácter más débil que el que tenían al nacer; y a menudo transmite una herencia de debilidad a su posteridad.

Por otro lado, si la Palabra de Dios y el Espíritu Santo de esta Palabra reprimen nuestras ambiciones para las riquezas terrestres y nos aseguran que la “raíz de todos los males es el amor al dinero” (1 Tim. 6:10), nos protegen del defecto opuesto, de la pereza, de la indolencia, enseñándole a cada uno a proporcionarse cosas honradas a la vista de todos los hombres, especialmente para asegurar las necesidades de su propia familia. Nos exhortan a no

La Reconciliación

ser en absoluto “perezosos; fervientes en espíritu, sirviendo al Señor.” (Rom. 12:11) Así, a los que tienen el Espíritu del Señor se les advierte contra la locura de los que pasan su vida por el “rastrillo de la basura” de Bunyan* reuniendo para sí mismos tesoros sin valor real; y también se les guarda contra la locura de la indolencia, y se les exhorta a ser enérgicos prestando buenos servicios útiles para la humanidad y aprobados por Dios, aceptados como si “fueran hechos al Señor”, lo que les valdrá una abundante recompensa en la vida eterna.

El Espíritu de buen juicio ve en la vida presente ocasiones que nos permiten adquirir riquezas de carácter, de gracia y amontonar tesoros que ni la polilla ni el moho pueden consumir, sino que serán alegrías duraderas y eternas. No nos conduce a vivir en el futuro y a descuidar el presente, sino que más bien nos enseña a vivir prudentemente en el presente con vistas al futuro.

El Espíritu de buen juicio da amplitud y profundidad al carácter en todas sus buenas tendencias; no sólo ayuda al que lo posee a juzgarse en su valor exacto, sino que también le ayuda a considerar exactamente a sus compañeros de degradación y desarrolla su simpatía. El que lo posee se da cuenta de sus propias debilidades mentales y corporales debidas a la caída y de su propia necesidad de misericordia y de útil corrección, tanto como de la similar perturbación común a todos los humanos, de la necesidad general de simpatía y de asistencia para el enderezamiento. Aprendiendo a rectificar las deficiencias y las desigualdades de su propia mentalidad simpatiza más con los que no tienen este principio regulador, este Espíritu de buen juicio, y a los impedidos de aceptarlo por la oposición del Adversario, “el dios de este mundo”, que ciega las mentes de los que no creen, por temor de que la luz gloriosa de la bondad divina que luzca sobre el rostro de Jesucristo brille en sus corazones y les aporte el Espíritu de buen juicio. —2 Cor. 4:4

* Alusión a la 2a parte de la obra de Bunyan: “*El Viaje del Cristiano*” (lit. “del Peregrino”) —*Trad.*

El Espíritu de Buen Juicio

En proporción en que el cristiano desarrolla este Espíritu Santo de adopción se convierte tanto más en una “nueva criatura en Cristo Jesús” y así, bajo el efecto de este Espíritu, se hace gradualmente más paciente, más simpático, más generoso, más amable, más parecido a Dios. Estas cualidades benévolas de carácter afectarán no sólo los actos exteriores de su vida, sino también a sus palabras y pensamientos. En la medida en que su Espíritu Santo desapruueba una acción deshonrosa o grosera hacia un amigo, un vecino o un enemigo; y del mismo modo desapruueba el pensamiento más ligero injusto o desatento al respecto.

El Espíritu de buen juicio hará, pues, gradualmente pero seguro del marido un mejor marido, del padre un mejor padre, del hijo un mejor hijo, de la esposa una mejor esposa, de la madre una mejor madre, de la hija una mejor hija. Lo hará cambiando pensamientos, palabras y conducta, el fundamento que, en lo sucesivo, no será más el egoísmo, sino el amor. El que posee cada vez más este espíritu de buen juicio, el Espíritu Santo, el Espíritu de amor, estará siempre menos dispuesto a reivindicar sus propios derechos, privilegios y preferencias y tendrá siempre más en cuenta los derechos, sentimientos y preferencias de los demás. La voluntad del Señor debe, desde luego, estar en primer lugar, más al lado de agradar al Señor se complace en agradar a otros con los que pueda entrar en contacto, especialmente a los de su propia familia. Para cumplir su deseo de complacer y servir primero al Señor, luego la familia del Señor y a todas las personas con las que tenga oportunidad, sus pensamientos actuarán, sus palabras serán guiadas y ajustadas, y se formará su propia conducta.

No se sigue de ello que la persona que recibió el Espíritu de buen juicio será por eso el mejor marido, la mejor esposa, el mejor hermano, la mejor hermana, el mejor padre, la mejor madre en cada particular, porque, como ya hemos sugerido, la misión del Evangelio de Cristo sobre el mundo es atraer las cosas insignificantes, las que no son en absoluto [de valor] y elevarlas en la medida en que se consagran al Señor y reciben el Espíritu de buen juicio. Al contrario, algunos mucho mejor nacidos, sobre un plano más elevado, están más dispuestos al fariseísmo y a declinar

La Reconciliación

la asistencia que el Señor les ofrece. Son tal vez maridos nobles, esposas nobles, hijos nobles, padres nobles, por su nacimiento o porque heredaron de padres cristianos un espíritu mejor equilibrado y una sabiduría más grande. Pero a menos que acepten al Salvador y el nuevo espíritu que les ofrece seguro que degenerarán, y su amabilidad, su bondad, etc. será una cuestión de formalismo exterior, recobrando un egoísmo interior que, tarde o temprano, se exteriorizará en su posteridad rebajándolo a un nivel moral inferior.

El pensamiento que deseamos subrayar es que poco importa el grado de decrepitud mental, de inmoralidad o de falta de sabiduría de una persona, si la verdad y la gracia de Dios la alcanzan, la levantarán y le harán más noble, más pura, más dulce, más caritativa hacia los demás en la medida en que reciba este nuevo espíritu, el Espíritu de buen juicio.

La falta de equilibrio mental entre los humanos en general se manifiesta en el modo de propagación irreflexiva de la raza humana. Se realiza, por decirlo así, con desprecio de las reglas de higiene y sin preocuparse mucho por saber si tienen la posibilidad de asegurar una alimentación conveniente a sus retoños; violando completamente las leyes naturales aun aplicadas en la ganadería de los animales inferiores: ganado, corderos, caballos, perros. No es asombroso, por tanto, que el Apóstol ordene a los creyentes hacer uso de buen juicio en la ocupación del más grande de los poderes naturales del hombre, el de la procreación, diciendo: “Maridos, ..., vivid con ellas *sabiamente*.” (1 Ped. 3:7) Si se siguiera este consejo y predominara el Espíritu de buen juicio, cuántos maridos que aman verdaderamente a su mujer tendrían más consideraciones por su compañera delicada y sobrecargada, portándose con ella según la sabiduría.

Hasta aquí, sólo los siervos del Señor han recibido este Espíritu Santo de Dios, este Espíritu de buen juicio. Gracias a Dios el tiempo está cerca donde, por el ministerio de estos siervos, glorificados y revestidos de poder con el Rey de gloria, todo el mundo será bendecido y el Señor derramará su Espíritu Santo, el Espíritu de buen juicio “sobre toda carne.”

ESTUDIO XI

EL ESPÍRITU SANTO DE RECONCILIACIÓN

EXAMEN DE PRESUNTAS OBJECIONES

EXAMEN DE TEXTOS DE LAS ESCRITURAS EN APARIENCIA CONTRADICTORIAS—NO APAGUE EL ESPÍRITU—NO CONTRISTÉIS AL ESPÍRITU SANTO—EL ESPÍRITU DE LA VERDAD—EL CONSOLADOR—LLENOS DEL ESPÍRITU SANTO—MENTIR AL ESPÍRITU SANTO—TENTAR EL ESPÍRITU DEL SEÑOR—PECAR CONTRA EL ESPÍRITU SANTO—“EL ESPÍRITU DICE”—“HA PARECIDO BIEN AL ESPÍRITU SANTO”—“PROHIBIDO POR EL ESPÍRITU SANTO”—“EL ESPÍRITU SANTO DA TESTIMONIO”—“EL ESPÍRITU SANTO OS HA PUESTO POR OBISPOS”—EL ESPÍRITU SANTO QUE ENSEÑA—“VOSOTROS TENÉIS LA UNCIÓN DEL SANTO”—EL ESPÍRITU INTERCEDE CON GEMIDOS INDECIBLES—CÓMO EL ESPÍRITU SANTO REPRUEBA AL MUNDO—“EN ESTO CONOCED EL ESPÍRITU DE DIOS”, DEL “ESPÍRITU DE ANTICRISTO”

LAS ESCRITURAS (tanto la Versión Común como la Revisada para los países de lengua inglesa; lo mismo para muchas de nuestras versiones castellanas) han sido traducidas por trinitarios; de hecho, muchos pasajes han sido distorsionados o torcidos; lo que resulta en desacuerdo aparente entre algunos de éstos y la exposición precedente del tema que discutimos, destacada de acuerdo con las Escrituras y con la razón, a saber, que el Espíritu Santo del Padre que actúa por medio del Hijo es, en el pueblo del Señor, el Espíritu de reconciliación. Por eso vamos a tomar una variedad de textos bíblicos, los que pensamos que pueden crear confusión en muchos. Examinémoslos juntos, con un corazón totalmente leal a la Palabra de Dios y deseoso de ser conducidos por el Espíritu de verdad; a continuación pasaremos a otros aspectos del tema que no pueden comprenderse bien antes de eliminarse las presuntas objeciones.

“NO APAGUÉIS AL ESPÍRITU” —1 TES. 5:19

Apagar significa hacer dejar de arder, de brillar: apagamos un fuego o una lámpara. La palabra griega traducida aquí por “apagar” se encuentra ocho veces en el Nuevo Testamento, y en cada caso, tiene relación con la extinción de un fuego o de una luz. Tengamos presente este pensamiento y recordemos que al poseer el Espíritu Santo o El espíritu de Dios que nos alumbrá, somos llamados “luz del mundo” (Mat. 5:14); así, vemos que lo que quiere decir el Apóstol es que si fuéramos seducidos por los atractivos del mundo, por el espíritu del mundo, resultaría en la extinción de la luz de las santas disposiciones (o Espíritu de Dios) en nosotros y no podríamos hacerlo brillar más sobre otros. Una expresión de nuestro Señor está en armonía con esto: “Si la luz que en ti hay es tinieblas [se apaga], ¿cuántas no serán las mismas tinieblas?” —Mat. 6:23

**“Y NO CONTRISTÉIS AL ESPÍRITU SANTO DE DIOS,
CON EL CUAL FUISTEIS SELLADOS PARA EL DÍA DE
LA REDENCIÓN” —EF. 4:30**

Sellar significa marcar o señalar. Se puede distinguir a los hijos de este mundo por ciertas marcas y a los de Dios, nuevas criaturas en Cristo, por otras. La de los primeros es el espíritu (mentalidad, disposición, voluntad) del mundo; la de los segundos es el Espíritu (mentalidad, disposición, voluntad) de Dios. A partir del momento de la verdadera consagración a Dios comprobamos los indicios, las marcas o el sello del Espíritu de Dios en las palabras, los pensamientos y la conducta. Estas marcas se hacen cada vez más distintivas a medida que la nueva mentalidad crece en gracia, en conocimiento y en amor. En otras palabras, el Espíritu (mentalidad) de Dios se hace *nuestra* mentalidad o espíritu en la medida en que abandonamos nuestra voluntad o espíritu humano y nos sometemos en todo a la voluntad o espíritu de Dios. Así se nos exhorta a permitir o a *dejar* implantarnos la misma mentalidad que estaba en Cristo Jesús, una mentalidad o

disposición a hacer sólo la voluntad del Padre. Así nuestra *nueva* mentalidad o nuevo Espíritu es santo o dirigido por Dios. En el texto bajo examen el Apóstol nos exhorta a no violar en nada nuestro pacto; a no hacer nada que contriste nuestra nueva disposición o que cargue nuestra conciencia porque no habríamos hecho nuestro deber, nada que hiera nuestra conciencia como nueva criatura en Cristo. No contristéis el Espíritu Santo, la santa disposición de Dios que está en vosotros y que es vuestro sello de filiación divina.

“EL ESPÍRITU DE VERDAD”

“El Espíritu de verdad... no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir.” —Juan 16:13

Este pasaje ya ha sido estudiado en el capítulo 8, pero ciertos detalles complementarios piden reexaminarse aquí. Los discípulos, como los judíos y los hombres “naturales”, habían considerado las cosas desde el punto de vista terrestre y esperaban una liberación humana y un reino terrestre devuelto a las manos de hombres caídos. Jesús les había hablado del Reino de Dios, pero hasta entonces todavía no les había explicado que él mismo debía morir, que debía dejarles e irse para recibir la autoridad del Reino, luego volvería para establecer su Reino y glorificar a sus fieles consigo como coherederos en él. (Lucas 19:12) Para consolarles de la decepción provocada por su declaración, les dio su palabra de que no estarían abandonados, sino que como el Padre lo había enviado para cumplir una obra, así, durante su ausencia, el Padre enviaría a otro Consolador en su nombre, o como su representante mientras tanto. Ellos no debían entender que el futuro Consolador sería otro Mesías, o un maestro diferente; es por eso que dice: “No hablará por su propia cuenta”; no enseñará independientemente y en contradicción con mi enseñanza que vosotros ya habéis recibido, “sino que hablará todo lo que oyere.”

En otras palabras, este mismo Consolador será simplemente un canal de comunicación entre el Padre y yo mismo, por una parte,

La Reconciliación

y vosotros, mis discípulos fieles, por otra: el Espíritu de Verdad, como mi representante, formulará con más detalle y fijará su atención más concretamente a las diversas verdades que ya les expuse pero que todavía no estáis preparados para captar con claridad (que en realidad no conviene que comprendáis hasta yo haber depositado primero vuestro rescate, haber subido a la presencia del Padre y haber presentado ante él este rescate a vuestro favor. Entonces, de acuerdo con el plan del Padre, podré, por este Consolador, comunicaros las cosas espirituales para las cuales aún no estáis preparados y a las cuales, ahora, aún no siendo reconciliados, no tenéis derecho. Cuando venga el momento conveniente en que vosotros comprendáis las futuras cosas este Espíritu del Padre, mi Espíritu, enviado en mi nombre y como el resultado de mi obra redentora, os guiará paso a paso en la plena comprensión de todo lo necesario y conveniente para vuestra inteligencia. “Él [el Espíritu Santo, la influencia o el poder del Padre], me glorificará, porque tomará de lo mío y os anunciará.” “Todo lo que tiene el Padre es mío [sus planes y los míos están en unión perfecta]; por eso dije que tomará de lo mío, y os lo hará saber.”

En consecuencia no debéis esperar una nueva enseñanza subversiva de la mía, sino más bien una exposición y una instrucción más detalladas en el marco de mi enseñanza; porque todas las instrucciones del Consolador estarán en armonía con las mías y destinadas a mostraros más completamente que yo soy el Mesías. Tampoco tenéis necesidad de dudar de la verdad de las enseñanzas del Consolador, porque es el mismo Espíritu de Verdad y viene del Padre. Este Espíritu de Verdad será mi mensajero para comunicaros mis doctrinas y mostraros las cosas por venir. —Juan 16:13

Y así es como ha sido: el Espíritu de Verdad siempre ha dado una mejor comprensión a la Iglesia, durante toda esta Edad Evangélica, de los sufrimientos de Cristo y de la necesidad para cada miembro de Su “cuerpo” de participar en ello; siempre ha señalado la mejor senda que debemos tomar para seguir a nuestro Redentor y Señor; y nos muestra cuán elevada es la gloria de su

recompensa y cuál es nuestro privilegio al hacernos “herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que padecemos juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados”. Jehová, Padre de todos, es el Autor de toda esta verdad; es por eso que todo lo que recibimos durante esta Edad proviene de él y también es él quien concede todo don perfecto y toda gracia excelente. Esta verdad la envió por canales preparados desde hace tiempo: por las enseñanzas proféticas y típicas del pasado que abrieron para nosotros las palabras inspiradas de Jesús y sus apóstoles; recibiendo el Espíritu Santo en nuestro corazón y poniendo nuestra conducta en armonía con la Palabra y el plan del Padre se nos permite apreciar las cosas que Dios tiene reservado para los que le aman, y andar por fe y no por vista.

“MAS EL CONSOLADOR, EL ESPÍRITU SANTO, A QUIEN EL PADRE ENVIARÁ EN MI NOMBRE” —Juan 14:26

Ya hemos examinado en el capítulo 8 la palabra engañosa “ghost” (empleada en las versiones inglesas), pero ahora observamos la declaración que el Espíritu Santo debe ser enviado por el Padre, lo que bien indica que se trata de una influencia o un poder totalmente bajo la autoridad del Padre y no otro ser igual en poder y en gloria, como afirman falsamente los credos de los hombres. Todas las facultades de Dios están totalmente bajo su propia autoridad, como nuestras facultades bajo la nuestra; es por eso que se dice que el Padre “*enviaría*” su Espíritu, o, como lo expresó el profeta: “Pondré mi Espíritu en ti.” Además, se declara que el Espíritu Santo ha sido enviado en *nombre* de Jesús, exactamente como se envía un siervo en nombre de su maestro y no en su propio nombre. Tenemos aquí otra contradicción de la concepción antibíblica de tres Dioses iguales en poder y en gloria. La superioridad del Padre se establece claramente aquí: el Espíritu Santo es el Espíritu, el poder, la influencia del Padre; se envía a instancias y en nombre de nuestro Redentor Jesús. ¿Por qué en nombre de Jesús? Porque toda la obra de redención y restauración de los pecadores, toda la obra de Reconciliación, ha sido confiada

La Reconciliación

al Hijo, y el Espíritu Santo del Padre es el canal por el cual el Hijo obra para conceder las bendiciones adquiridas por su sangre preciosa.

Cuando el Espíritu Santo del Padre descendió sobre nuestro Señor Jesús en su bautismo, en el momento de su consagración, fue en realidad un consuelo, una gran bendición, pero significaba para él, sin embargo, el sacrificio de toda aspiración y de toda esperanza terrestre con el fin de asegurar la ejecución del plan divino. Si nuestro Señor hubiera tenido otras disposiciones de espíritu, si hubiera sido obstinado y egoísta, las directivas del Espíritu Santo en lugar de consolarle, le habrían atormentado; su corazón habría estado lleno de descontento, de acritud y de rebelión. Así es para el pueblo del Señor: cuanto más pueda discernir el hombre “natural” los pensamientos del Señor, tanto más se hace descontento y se siente incómodo, porque están en oposición con su propio espíritu, con sus disposiciones, con su voluntad, y le reprueban. Pero para la nueva criatura en Cristo, de quien la propia voluntad está muerta y procura conocer la del Padre, y hacerla, la comprensión clara de la voluntad y del plan del Padre, y la dirección de la providencia divina en contacto con la instrucción de la Palabra de Dios, son un consuelo verdadero que proporciona paz, alegría y satisfacción hasta en medio de las tribulaciones y persecuciones. De acuerdo con este pensamiento se encuentra la declaración de Pablo respecto a la Palabra de la Verdad, cuyo espíritu debe recibirse necesariamente y apreciarse con el fin de dar el consuelo: “Porque las cosas que se escribieron antes, para nuestra enseñanza se escribieron, a fin de que por la paciencia y la consolación de las Escrituras, tengamos esperanza.” —Rom. 15:4

“LLENOS DEL ESPÍRITU SANTO”

“Y fueron todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablasen.” —Hechos 2:4

Este texto describe una operación doble del Espíritu Santo: (1) Fue la mentalidad, la disposición, el Espíritu de Dios que actúa *en* los discípulos como Espíritu de filiación, trayendo su corazón en simpatía y contacto íntimos con el Padre y con el Redentor glorificado. (2) El Espíritu Santo, el poder o la influencia de Dios actúa también *sobre* ellos confiriéndoles dones milagrosos especiales para dar testimonio al mundo y establecer la Iglesia. Mientras que sería irrazonable en extremo pensar en un Dios que se introduzca en persona en un solo hombre, y aún más absurdo creer en un Dios que entra en una persona, en una centena, en un millar o en un millón, sin embargo es sensato creer por completo que el poder del Altísimo, la influencia de Jehová, pudiera venir en y sobre centenas, millares o millones sin que esto impida de ninguna manera la presencia personal de Jehová sobre el trono del universo.

MENTIR AL ESPÍRITU SANTO

“Y dijo Pedro: Ananías, ¿por qué llenó Satanás tu corazón para que mintieses al Espíritu Santo, y sustrajeses del precio de la heredad?” —Hechos 5:3

Satanás llenó el corazón de Ananías de la misma manera que Dios llenó el corazón de los suyos, por su espíritu, su influencia. El espíritu de Satanás es un espíritu de codicia y de egoísmo que no vacila en engañar para llegar a sus fines. Pedro, que había recibido un “don” especial “de discernir los espíritus”, podía leer el corazón, los pensamientos, y ver así que Ananías y Safira actuaban groseramente fingiendo cumplir lo que no hacían realmente. Observamos al respecto que el Apóstol emplea las palabras “Dios” y “Espíritu Santo” de manera intercambiable, diciendo en el v. 3 que habían mentido al Espíritu Santo y en el v. 4 que habían mentido a Dios: el pensamiento es el mismo. El Espíritu Santo de

Dios que actuaba por los apóstoles era en el sentido más absoluto el representante de Dios; en consecuencia, mintiendo a los apóstoles que representaban a Dios y su Espíritu Santo, Ananías y Safira mentían a Dios, mentían también al Espíritu de Dios, cuyo agente y representante era Pedro.

TENTAR AL ESPÍRITU SANTO

“Y Pedro le dijo: ¿Por qué convinisteis en tentar al Espíritu del Señor? He aquí a la puerta los pies de los que han sepultado a tu marido, y te sacarán a ti.”
—Hechos 5:9

Debe comprenderse este texto de la misma manera que el precedente, pero al mismo espíritu se le llama aquí “espíritu del Señor”; el apóstol quería designar probablemente por ahí al Señor Jesús. Podemos ver rápidamente el carácter razonable de esto. El espíritu del Padre, el Espíritu Santo, estaba especialmente en la Iglesia, el representante del Señor o el Jefe (Cabeza) de la Iglesia, actuando a través del espíritu de su “cuerpo” y, en ese caso individual, por su apóstol inspirado y motivado por el Espíritu.

EL PECADO CONTRA EL ESPÍRITU SANTO

“Al que hable contra el Espíritu Santo, no le será perdonado, ni en este siglo ni en el venidero.” —Mat. 12:32

Los que consideran el Espíritu Santo como un Dios en persona, separado y distinto del Padre y del Hijo, deducen en general de esta declaración que el Espíritu Santo es un personaje mucho más importante que el Padre o el Hijo. Pero, como ya hemos visto, las Escrituras reconocen por todas partes a un solo Dios, el Padre, de quien son todas las cosas, y que está por encima de todo; y un solo Señor, Jesucristo, por quien son todas las cosas, y que viene después del Padre, exaltado a esta posición por el poder del Padre. El Espíritu Santo emanaba *del Padre por medio del Hijo* y, por consiguiente, si fuera una persona, no podría serles superior; pero hemos visto que no hay ninguna personalidad

relacionada con el Espíritu Santo; él mismo es más bien el espíritu de una persona o ser, el Espíritu del Señor, su influencia, su poder, y, en este sentido de la palabra, el representante de toda su sabiduría, de toda su majestad, de todo su poder y de todo su amor. Veamos pues lo que significa este pasaje:

Según el contexto observamos que nuestro Señor Jesús acababa de emplear este poder divino, o Espíritu Santo que se le había dado por el Padre, para expulsar a un demonio. Los fariseos que vieron el milagro, y no pudieron negarlo, procuraron quitarle toda importancia, fingiendo que se había hecho por el poder de Satanás. En respuesta, Jesús negó claramente que el poder que había sido empleado era suyo aseverando que fue un poder o una influencia divina al decir: “Yo por el Espíritu de Dios echo fuera los demonios”. Luego les reprochó atribuir con *alevosía* una indiscutible buena obra a una mala fuente, porque no había en esta obra ningún rastro de pecado, de egoísmo o aun de ambición. Los llamó generación de víboras, tan arraigados en las tradiciones de su iglesia que su espíritu estaba cegado en cuanto a las verdades más simples y manifiestas. Era completamente evidente que el poder o la influencia que había poseído al afligido era diabólico, maligno, y que todo poder que quisiera expulsarle no podía estar en armonía con esta mala disposición, de modo que estos maestros eran inexcusables, cuando pretendían, sin razón alguna, que el milagro se había cumplido por el poder de Satanás.

Nuestro Señor mostró además que no habían blasfemado intencionalmente contra Jehová ni contra él mismo en particular, sino contra el santo *poder* o Espíritu Santo que actuaba en su persona. El hecho de haber comprendido y representado mal al Dios invisible habría sido para ellos una ofensa mucho más ligera; haber hablado mal de nuestro Señor Jesús y haber disfrazado sus motivos fingiendo que intentaba sencillamente usurpar un trono y elevarse al poder habría constituido una ofensa ligera en comparación: la de juzgar sus motivos según su propia ambición y orgullo egoístas. Pero su conducta era peor porque, después de haber sido testigos de la manifestación del poder divino que cumplía una buena acción para aliviar a uno de sus semejantes del

poder del diablo, el hecho de blasfemar contra este santo poder, denotaba un grado de maldad y de animosidad de corazón mucho más profundos que lo que habría implicado cualquiera de las otras dos ofensas.

Nuestro Señor les mostró que en su ignorancia y en su ceguera podían haberle malinterpretado a él, a sus palabras y a sus esfuerzos; y con la misma ceguera habrían podido malinterpretar muchas acciones de Dios y haber hablado mal de ello; pero después de haber sido *testigos* del poder de Dios en contraste directo con el del diablo y haber hablado mal de eso, implicaba indiscutiblemente que su corazón estaba en una condición peor que la de los más impíos. Los pecados cometidos por ignorancia pueden perdonarse a los hombres, *se les perdonará* a los hombres, porque la ignorancia vino por la caída y porque se ha dado un rescate por todos los que tuvieron parte de esta caída y de su maldición. En cambio, los pecados contra manifestaciones evidentes de la gracia divina no pueden atribuirse a la debilidad de la carne y a la herencia, sino que deben imputarse, con razón, a un corazón *deliberadamente* malo, lo que es imperdonable.

El mal voluntario e intencional nunca será perdonado ni en esta Edad ni en la próxima. Dios no quiere forzar a los hombres a estar en armonía con él, pero después de haberles rescatado les dará a todos una oportunidad de llegar al conocimiento de la verdad y de ser testigos de la bondad de Dios por la obra de su Espíritu Santo: Entonces quien persista en no estar en armonía con el arreglo divino dará prueba de que es un pecador voluntario, un adversario inteligente del santo poder de Dios. Para éstos el Señor no ha reservado ninguna gracia.

Que los escribas y los fariseos hayan tenido o no una apreciación suficientemente clara del santo poder de Dios para hacerlos merecedores de la Segunda Muerte, al denunciarlo como un poder diabólico, no podemos juzgarlo. No somos capaces de juzgarlo por ser incapaces de leer su corazón y porque nuestro Señor no lo estableció plenamente en esta ocasión. Si estuviéramos seguros de que pecaron contra la luz clara, que pecaron *al grado más alto* contra el poder de Dios, no tendríamos más esperanza

Examen de Presuntas Objeciones

para ellos, sino deberíamos esperar simplemente que hayan perecido en la Segunda Muerte por haber rechazado voluntariamente la gracia de Dios. Y si no recibieron ninguna luz ni un conocimiento suficientes, si no tuvieron un contacto suficiente con el santo poder de Dios para que su prueba fuera completa hará falta que pasen por una *prueba completa* antes de exponerse al *castigo total*, la Segunda Muerte.

Pero *todo* pecado contra el Espíritu Santo, contra la plena luz y el conocimiento del poder divino es *imperdonable* porque es voluntario. Si se trata de un pecado deliberado contra cierta medida de luz, resultarán inevitablemente en “golpes”, una pena; si es un pecado voluntario contra una medida más grande de luz y un favor más grande recibido por medio del santo poder de Dios, resultará entonces una medida más grande de azotes; pero si la transgresión ha sido cometida con plena y entera concepción del bien y del mal, con un espíritu plenamente consciente de oposición al santo poder de Dios, llevará a la destrucción eterna, la Segunda Muerte, el salario completo del pecado. El *perdón* de los pecados, obtenido por el rescate, cubre los pecados debidos a la ignorancia o a las debilidades provenientes de la caída, y no los pecados personales y voluntarios deliberados contra la luz. No debemos olvidar, sin embargo, que muchos pecados parcialmente voluntarios implican también cierta medida de debilidad o de ignorancia de los principios del bien, o de los dos. Proporcionalmente a su ignorancia y a su debilidad, todo pecado es *perdonable* por la gracia de Dios en Cristo (por la fe en su reconciliación y su aceptación, y en la medida en que todo pecado es voluntario, intencional, es imperdonable) debe *expiarse* necesariamente por una pena, por “azotes”, mientras contenga este pecado unos elementos perdonables; cuando no hay ningún elemento perdonable mezclado con este pecado, es la muerte, la destrucción.

Visto desde este ángulo todo pecado voluntario es un pecado contra la luz, contra el Espíritu Santo de la verdad, y tal pecado nunca es *perdonado*.

**“Y EL ESPÍRITU DIJO A FELIPE: ACÉRCATE Y
JÚNTATE A ESE CARRO” —HECHOS 8:29**

Nada en estas palabras, ni en el contexto, parece implicar la necesidad de otro Dios. Al contrario, se cumplen todas las condiciones y se mantiene la armonía con el resto de las Escrituras al comprender que el Señor, por su Espíritu (influencia, o poder) dirigió y advirtió a Felipe de que se acercara al carro del eunuco. Ignoramos cómo dirigió el Espíritu Santo a Felipe, y no sería sabio especular acerca de este tema. Nuestro Dios tiene a su disposición medios ilimitados para comunicar sus deseos a sus hijos. —Compárese con v. 39.

**“LE DIJO EL ESPÍRITU: HE AQUÍ, TRES HOMBRES TE
BUSCAN” —HECHOS 10:19**

La respuesta hecha a la objeción precedente es aplicable a ésta. Nos es poco importante saber *cómo* el poder, la influencia, el Espíritu de Dios se dirigió a Pedro para darle esta información. Nos basta saber que el Señor dirigió al apóstol de tal modo que éste lo discernió clara y exactamente, como muestra la continuación del relato.

**“DIJO EL ESPÍRITU SANTO: APARTADME A BERNABÉ
Y A SAULO PARA LA OBRA A QUE LOS HE LLAMADO”
—HECHOS 13:2—**

Aquí, como en otras circunstancias, el Espíritu Santo emplea una expresión personal y masculina según nuestro texto. Ciertamente no se puede objetar nada a esto, ya que Dios se sirve por todas partes de la forma de expresión personal y masculina hablando de sí mismo. Tal forma de expresión no es menos apropiada aquí hablando del poder de Jehová y de la información que da. No se nos dice de qué manera el Espíritu Santo comunicó, dijo o indicó la “separación” de Pablo y Bernabé. Sabemos bien, sin embargo, que todos los miembros del pueblo consagrado del

Señor son llamados por su Espíritu para ser ministros o siervos de la verdad, y en función de sus capacidades y oportunidades de servicio que se les presentan deben ser siervos fieles y activos. El Espíritu les dice, en el llamamiento general: “¿Por qué estáis en pie aquí sin hacer nada?... Id también a mi vid”. Deben considerarse las aptitudes especiales y las oportunidades favorables un llamamiento especial del Señor para trabajar más en la obra pública del servicio de la verdad. Pero si los talentos que poseían Pablo y Bernabé debían considerarse como confirmación del llamamiento general del Espíritu Santo que se les envió con el fin de que utilizasen estos talentos especiales, sin embargo es completamente probable que en esta ocasión el Espíritu Santo empleara uno de los “dones” que operaban entonces en la Iglesia, el de profecía, para indicar la voluntad del Señor concerniente a Pablo y a Bernabé. Porque leemos: “Había entonces en la iglesia que estaba en Antioquía, profetas y maestros.” —Hechos 13:1

Debemos, no obstante, acordarnos de las palabras del Apóstol en Gálatas (1:1) respecto a su llamado al ministerio. Él declara que su autoridad venía del Padre y del Hijo, pero no habla en absoluto del Espíritu Santo como otro Dios igual, diciendo: “Pablo, apóstol (no de hombres ni por hombre, sino por Jesucristo y por Dios el Padre que lo resucitó de los muertos)”. Si el Espíritu Santo fuera una persona, si fuera *el* Dios cuyo oficio especial es nombrar a los ministros de la verdad (y esta es la pretensión general), olvidarse así de mencionarlo habría sido completamente ilógico, no razonable; pero cuando comprendemos bien qué es el Espíritu Santo, a saber, que es el Espíritu (influencia, poder o autoridad) del Padre y del Hijo, o de los dos conjuntamente, porque sus intenciones son uno, entonces todo es armonioso y razonable.

“PORQUE HA PARECIDO BIEN AL ESPÍRITU SANTO, Y A NOSOTROS” —HECHOS 15:28

Los Apóstoles se reunieron en conferencia para responder a las preguntas de la iglesia de Antioquía respecto a las obligaciones de los que no eran judíos de nacimiento podían tener hacia el pacto

judaico o el Pacto de la Ley. Estamos seguros de que la decisión tomada no fue simplemente el juicio de los apóstoles mismos, sino que este juicio fue corroborado de alguna manera por el Señor y que tuvieron la prueba de que su decisión era según los pensamientos del Señor, según el espíritu del Señor, la voluntad del Señor.

El apóstol Santiago, el principal orador de la asamblea, indica cómo se reconoció entonces la voluntad o el pensamiento de Dios, y encontramos que es el mismo método recomendado a la Iglesia entera y empleado por los fieles todavía hoy, a saber: sondear las Escrituras a la luz de la providencia divina. Él deduce el pensamiento del Señor sobre el tema, recordando las directivas providenciales especiales dadas a Pedro, diciéndole que fuera hacia Cornelio, el primer gentil convertido; cita luego una profecía no cumplida que lo confirma. Él y toda la Iglesia aceptaron la conclusión sacada de estas consideraciones enseñanza del Espíritu Santo. —Véase Hechos 15:13-18

“LES FUE PROHIBIDO POR EL ESPÍRITU SANTO HABLAR LA PALABRA EN ASIA” —HECHOS 16:6

La forma de esta expresión parecería implicar la opinión común de que el Espíritu Santo es una persona que hablaba, impedía, etc. Sin embargo, un examen de este texto en su contexto muestra que está en pleno acuerdo con todo lo ya visto sobre el tema: corrobora el pensamiento de que el Espíritu Santo es la santa influencia o poder de Jehová Dios, y de nuestro Señor Jesucristo, por el cual la voluntad del Padre y la del Hijo llaman la atención de los consagrados, sea cual sea la forma. No se nos dice específicamente cómo al Apóstol y a sus compañeros se les impidió proseguir la obra de predicación en Asia, pero es manifiesto que se les impidió, o no se les permitió, ir a Asia, previendo algunas circunstancias desfavorables. Sin embargo importa poco *cómo* se les impidió; la lección es que Dios mismo dirigía su propia obra, y que la dirección y la línea de conducta seguidas por los apóstoles estaban bajo control divino; y les dirigía,

como siervos, el Espíritu del Señor, que empleaba un poder invisible para hacerlo.

En todo caso podemos estar seguros de que la dirección del Señor era más que una simple impresión mental para el Apóstol. Un ejemplo de uno de los medios empleados por el Espíritu, en circunstancias iguales, para transmitir sus directivas se da por el contexto: Pablo vio por las noches una visión: un hombre macedonio estaba en pie, rogándole y diciendo: “Pasa a Macedonia y ayúdanos”. Y cuando hubo visto la visión, en seguida procuraron partir para Macedonia *concluyendo que el Señor los había llamado a evangelizar*. (v. 9) Estos tratos diferentes muestran que los métodos por los cuales Dios enseñaba y dirigía en esos días no eran tan diferentes de los que emplea ahora para guiar a sus siervos. Todas estas instrucciones, indirectas, impersonales se describen convenientemente como provenientes del Espíritu Santo, la influencia o el poder del Señor. Si un ángel hubiera transmitido el mensaje, como a Pedro en prisión (Hechos 5:19; 12:7), o si nuestro Señor se hubiera dirigido personalmente a Pablo, como lo hizo sobre el camino de Damasco (Hechos 9:4; 1 Cor. 15:8), este hecho *no* se habría atribuido al Espíritu Santo o al poder del Señor, sino al Señor mismo o al ángel.

**“SALVO QUE EL ESPÍRITU SANTO POR TODAS LAS
CIUDADES ME DA TESTIMONIO, DICIENDO QUE ME
ESPERAN PRISIONES Y TRIBULACIONES”**

—HECHOS 20:23—

Nada aquí requiere el pensamiento de la personalidad del Espíritu Santo. Al contrario, como ejemplo de los medios por los cuales la santa voluntad, o el Espíritu Santo de Dios, informaba a Pablo de los lazos que le esperaban en Jerusalén, observe el relato de una de estas ocasiones de testimonio en Cesárea. Había en la Iglesia de esta localidad un miembro llamado Agabo que tenía el don de profecía en aquella época. He aquí lo que dice el relato al respecto: “Viniendo a vernos, tomó el cinto de Pablo, y atándose los pies y las manos, dijo: Esto dice el Espíritu Santo: Así atarán

los judíos en Jerusalén al varón de quien es este cinto, y le entregarán en manos de los gentiles.” (Hechos 21:11) Sus amigos trataron primero de disuadir al Apóstol de ir a Jerusalén, pero éste decidió que en ninguna manera se inmiscuiría en el programa que el Señor había establecido para él, declarando, al contrario, que no sólo estaba dispuesto a ser atado, sino también a morir en Jerusalén por el nombre del Señor Jesús. (Nótese que el Apóstol no mencionó al Espíritu Santo, no declaró que estaba dispuesto a morir por el nombre del Espíritu Santo).

Cuando los amigos de Cesárea vieron la firmeza del Apóstol, dijeron: “Hágase la voluntad del Señor”. Así, en toda ocasión, el testimonio del Espíritu Santo fue aceptado por la iglesia primitiva como la voluntad de nuestro Señor Jesús, la cual era también la del Padre. —Hechos 20:10-14

EL ESPÍRITU SANTO HA PUESTO A ALGUNOS POR OBISPOS

“Por tanto, mirad por vosotros, y por todo el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto por obispos, para apacentar la iglesia del Señor.” —Hechos 20:28

Estas palabras fueron dirigidas a los ancianos de la Iglesia de Éfeso. El Apóstol llama aquí la atención al hecho de que su posición en la Iglesia como siervos de la verdad no era simplemente un nombramiento que provenía de sí mismos, ni simplemente un nombramiento o un reconocimiento por la Iglesia; sino que, en cuestión de su elección, el Señor había obrado por su Espíritu Santo. Quería darles a entender que todo el valor de su carga provenía del hecho de que era reconocida por Dios, y que eran siervos de la Iglesia designados por el Señor por medio de su Espíritu Santo o influencia que había guiado todo, dirigido todo y vigilado todo en cuanto a su elección. También, en otra parte el Apóstol, dirigiéndose a la Iglesia, dice: “A cada uno [en Cristo] le es dada la manifestación del Espíritu para provecho... Y a unos *puso Dios* en la iglesia, primeramente apóstoles, luego profetas, lo

tercero maestros... Y hay diversidad de operaciones, pero Dios, que hace todas las cosas en todos, es el mismo.” —1 Cor. 12:6,7,28

En esta exposición el Apóstol muestra que el nombramiento de todos los siervos de la Iglesia viene de Dios por la manifestación de su Espíritu Santo; no es una obra separada del Espíritu Santo aparte del Padre y del Hijo. Dios, en Cristo, vigila los asuntos de su propio pueblo, de la Iglesia, por *su Espíritu*, su santo poder que actúa con omnipotencia y omnisciencia en todo su universo. Esto contradice el pensamiento que dice que el Espíritu Santo es una persona, y muestra que la obra la cumplió el Señor por medio de su Espíritu Santo. Estos ancianos de la Iglesia se habían consagrado al servicio del Señor y fueron escogidos bajo la dirección del Espíritu Santo para ser ministros, maestros, ancianos de la Iglesia a causa de sus capacidades y talentos especiales, conforme a la voluntad (o espíritu, disposición o intenciones) de Dios. Aunque llamados a una carga por instrumentos humanos, habían aceptado el servicio como la dirección y el nombramiento divinos y debían, en consecuencia, darse cuenta de las responsabilidades de su posición.

EL ESPÍRITU SANTO ENSEÑA

“Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios... lo cual también hablamos, no con palabras enseñadas por sabiduría humana, sino con las que enseña el Espíritu.” —1 Cor. 2:10,13 y contexto

Como ya hemos sugerido, este pasaje prueba que cuando el Espíritu Santo (o las santas disposiciones de Dios) es recibido por sus hijos, dispone, prepara su espíritu, lo hace capaz de comprender su plan. Sólo al entrar en plena armonía con Dios, a través de su Palabra de verdad y del espíritu o significado real de esta Palabra, nos hace aptos para comprender las cosas profundas de Dios. Se observa aquí que el Apóstol pone en contraste “el Espíritu que proviene de Dios”, que obra en nosotros, con “el espíritu del mundo” que vive en el hombre natural y lo influencia. ¡Qué claro es que el espíritu del mundo no es una persona, sino una

mentalidad, o disposición o influencia mundana! Tampoco el Espíritu de Dios entre sus hijos es una persona, sino la santa mentalidad, influencia o disposición de Dios en ellos.

“LAS COSAS DEL ESPÍRITU DE DIOS”

“Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente.” —1 Cor. 2:14

He aquí una declaración de peso y en plena armonía con todo lo que hemos visto. El hombre lleno del espíritu mundano no está preparado proporcionalmente para ver y apreciar las cosas profundas, escondidas y gloriosas de Dios, “las cosas que Dios tiene en reserva para los que le aman”. Estas cosas profundas, o como Jesús las llama, estas “perlas”, no son para los que tienen las características de “cerdos” ni para los egoístas, llenos del espíritu de este mundo, sino para los purificados por el lavado de agua, por la Palabra, que son traídos cerca del Señor por fe en la sangre preciosa, y santificados, totalmente consagrados al Señor. A éstos, les agrada a Dios revelar sus cosas profundas, incluso hasta todas las riquezas de su gracia, poco a poco, a medida que los diferentes detalles de la verdad se hacen “alimento a tiempo.”

Esta puesta a prueba es crucial, como puede discernirse. Distingue de modo cortante entre el hombre caído y la nueva criatura, la espiritual. A quienquiera que sea ciega respecto a las verdades espirituales más profundas, le falta ciertamente el *testimonio* (o prueba) aquí mencionado, como signo de filiación, de parentesco con el Padre y de fidelidad en este parentesco. Los indiferentes a las cosas que el Apóstol menciona aquí, “las cosas que Dios tiene en reserva para los que le aman”, tienen, en esta declaración, la indicación de que la causa de su indiferencia es la ausencia en ellos del Espíritu del Señor. Sin embargo, hemos conocido a maestros titulados de la iglesia que no sólo admitían su propia ignorancia de estas cosas, sino que hasta se jactaban de ella. Proclamaban por ahí que no tenían la mentalidad de Dios, que no

Examen de Presuntas Objeciones

conocían sus planes y, por consiguiente, que no podían tener mucho de su Espíritu, el Espíritu de la verdad, y proporcionalmente, no podían poseer mucho de la verdad. Tenemos aquí la prueba o la piedra de toque que indica si poseemos el Espíritu; si podemos discernir y apreciar las cosas de Dios que se esconden del mundo es que *“Dios nos las reveló por su Espíritu.”*

UNA UNCIÓN DEL SANTO

“Vosotros tenéis la unción del Santo, y conocéis todas las cosas.”

“La unción que vosotros recibisteis de él permanece en vosotros, y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe; así como la unción misma os enseña todas las cosas, y es verdadera, y no es mentira, según ella os ha enseñado, permaneced en él.” —1 Juan 2:20,27

Las palabras *unción* y *ungir* hacen recordar a los estudiantes inteligentes de la Biblia el santo aceite de unción derramado por la cabeza de cada uno de los sumos sacerdotes y reyes que se sucedieron en estas funciones en Israel. De la misma manera que Israel era tipo del “verdadero Israel de Dios” sus sacerdotes y reyes eran tipos de Cristo, el gran Sumo Sacerdote y Rey antitípico. Lo mismo que sus sacerdotes y sus reyes estaban ungidos del “santo aceite de unción” como signo de su entrada en función, así nuestro Señor Jesús fue ungido del Espíritu Santo en el momento de su consagración. Se hizo así Cristo, ungido de Jehová.

La iglesia elegida está llamada a ser un “sacerdocio real” (sacerdotes-reyes) bajo el mando de su Señor y Cabeza “miembros del cuerpo del Ungido [el Cristo]”. El Espíritu Santo de unción vino sobre nuestro Señor Jesús en su bautismo en el Jordán. Al ser resucitado de entre los muertos por el Espíritu Santo o poder del Padre, con “toda autoridad en el cielo y sobre la tierra” (Mat. 28:18; Ef. 1:19,20), “derramó” este Espíritu Santo de unción, con la aprobación del Padre, como aceite de unción antitípico sobre los representantes de su Iglesia en Pentecostés. Allí (mantenga presente el tipo) el aceite de unción descendió de la “Cabeza”

sobre su “cuerpo”, la Iglesia; en lo sucesivo, los fieles morando *en* el cuerpo, se consideraron en la Palabra divina como “los mismos elegidos” de Dios, ungidos (de Cristo) para gobernar y bendecir al mundo después de haber sido en primer lugar “enseñados de Dios” bajo la dirección del Espíritu de unción.

El significado del término *unción* (y la palabra original griega correspondiente: *chrisma*) es dulzura, untuosidad, lubricación. Según la costumbre la palabra encerraba también la idea de olor dulce, de perfume. Así como este término muestra, con belleza y fuerza, el efecto de la *influencia* de Dios hacia la bondad, sobre los que vienen bajo esta unción antitípica: ¡santidad, dulzura, paciencia, afección fraternal, en una palabra amor! ¡Qué perfume dulce y puro esta unción del Espíritu Santo de amor les da a todos los que la reciben! ¡Tan poco agraciado, tan grosero o por muy ignorante que sea el hombre exterior, “el vaso terrestre” experimenta rápidamente la influencia suavizante y purificante del tesoro del nuevo corazón, de la nueva voluntad interior, el tesoro ungido por el Espíritu Santo y traído en armonía con “todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable!” Fil. 4:8

Las palabras “unción” y “ungir” están de acuerdo plenamente con la concepción correcta del Espíritu Santo, a saber, que es una *influencia*, un poder invisible de Dios, ejercido por sus preceptos, sus promesas, o, de diferente modo, considerado bueno por el infinitamente sabio y poderoso. Estas palabras no encierran ciertamente la idea de una *persona*. ¿Cómo podríamos, por otro lado, ser ungidos con una persona?

Tal vez alguien sugiera que en la expresión “la unción del Santo” no es la *unción*, sino el *Santo* que representa el Espíritu Santo. Respondemos: ¡no! El Santo, es el Padre. Pedro, al describir la bendición del Pentecostés, declara que fue “difundida” o *derramada* (como aceite de unción, pero no como una persona que se les habría enviado. Hablando de Jesús dice: “Habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo [en Joel], ha *derramado*

esto que vosotros veis y oís”*) este poder o influencia milagrosa que se manifiesta de distintas maneras, vivificando los pensamientos, en lenguas de llamas y en diversos idiomas proferidos por hombres ignorantes. La profecía de Joel dice de nuevo: “*Derramaré mi Espíritu.*” ¿Puede alguien pretender que es un lenguaje sensato para hablar de una *persona*, que fuera *dada* por el Padre al Hijo y derramada, vista y oída como “*esto*”? Seguramente no. Ciertamente, tal lenguaje sería irrespetuoso con respecto a la tercera persona de una Trinidad de Dioses “iguales en poder y en gloria”.

El punto, sin embargo, que asombra a todos como el más sorprendente es que quienes tienen esta unción “*conocen todas las cosas.*” ¡Cuántos entre el pueblo del Señor han sentido la certeza absoluta de que no “conocen todas las cosas” y han dudado de haber recibido la unción del Espíritu Santo! El problema se simplifica al traducir: “Vosotros tenéis la unción por parte del Santo y, lo sabéis” (*Diaglotón Enfático*)† Sí, en realidad los verdaderos hijos de Dios conocen muy bien la diferencia entre la mentalidad (corazón, voluntad) natural y el nuevo corazón (mentalidad, disposición) gobernado por el amor y la justicia.

Cuántos hijos de Dios, de los mejores y más humildes, han leído con estupefacción estas palabras: “La unción que vosotros recibisteis de él permanece en vosotros, y *no tenéis necesidad de que nadie os enseñe.*” Por desgracia han declarado no haber recibido tal, porque necesitan ampliamente que alguien les enseñe y saben que casi todo lo que conocen ha venido directa o indirectamente de un agente humano. Estas almas humildes se sentirían grandemente abatidas y desanimadas por la rectitud de su espíritu si no hubieran comprobado que los mejores de los santos que conocen necesitaban también maestros humanos y los apreciaban. Por otra parte ciertas personas menos honradas, menos rectas y menos santas se esfuerzan por ilusionarse y engañar a

* Hechos 2:33. —*Trad.*

† Las palabras “todas las cosas” se omiten por los más antiguos manuscritos griegos.

otros al fingir que no aprendieron nada de los hombres, sino que todo lo que saben se les enseñó por inspiración directa del Espíritu Santo. No ven que están reivindicando la infalibilidad de sus pensamientos y de sus palabras en el sentido más absoluto. También fracasan al ver que sus *errores* en sus pensamientos, palabras y obras, que afirman estar bajo inspiración plena del Espíritu Santo, se manifiestan contra el Espíritu Santo de Dios, responsable de sus errores y de sus locuras.

Este pasaje, tomado al pie de la letra, contradice el testimonio general de la Escritura. ¿No menciona el apóstol Pablo entre los *dones* del Espíritu a la Iglesia: apóstoles, profetas, pastores, maestros y evangelistas? ¿Por qué dar estos dones si los miembros de la Iglesia no necesitan que nadie les enseñe? ¿Qué dice el Apóstol de la *razón* para establecer estos dones especiales en la Iglesia? “A fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios.” —Ef. 4:11-13; compárese con 1 Cor. 12:28-31.

No puede suponerse que el apóstol Juan contradecía a Pablo y a los demás apóstoles, todos los cuales eran maestros que enseñaban a la Iglesia a descubrir cuál era la elección del Espíritu con respecto a los pastores, a los maestros y a los obispos, y para honrar a los que tenían “la gobernación” de la iglesia y que debían velar por los intereses de las almas, como quienes dan cuenta al Señor. (Heb. 13:17) Sin duda estaba de acuerdo por completo con la opinión del apóstol Pablo de que la Iglesia necesitaba escoger, para ser sus siervos, a hombres “aptos para enseñar”, capaces de “exhortar con sana enseñanza y convencer a los que contradicen” y, cuando fuera necesario, “reprenderlos duramente, para que sean sanos en la fe.” La Iglesia debía reconocer a subpastores que no tendrían “señorío sobre la herencia de Dios”, sino que “apacentarían el rebaño” con el alimento a tiempo y debía evitar a maestros cuyos oídos se abran a la popularidad y el halago. —1 Ped. 5:2-4; 1 Tim. 3:2; 2 Tim. 2:25; Tito 1:9,13

Además, Juan mismo era maestro y en esta misma epístola enseñaba lo que apreciamos como la sana doctrina que es necesario

enseñar. Seguro que ningún lector de los escritos de Juan podría deducir que éste los consideraba simplemente como cartas ordinarias, privadas de doctrina o de enseñanza. ¿No comienza su epístola diciendo: “Lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos [*enseñamos*], para que también vosotros tengáis comunión con nosotros?” (1:3) Y de nuevo: “Estas cosas os escribo [para enseñaros] para que no pequéis; y si alguno hubiere pecado” (2:1), “os escribo un mandamiento nuevo [*enseñanza*].” (2:8) “Hijitos, nadie os engañe [pero escuchad mi *enseñanza*]: el que hace justicia es justo.” (3:7) “Nosotros somos de Dios; el que conoce a Dios, nos oye [obedece nuestras instrucciones, nuestras enseñanzas].” (4:6) Y otra vez: “Estas cosas os he escrito a vosotros... para que sepáis [seáis enseñados].” (5:13) Y termina su epístola con una *enseñanza* muy importante: “Hijitos, guardaos de los ídolos [no permitáis a ninguna persona, ni a alguna cosa suplantar a Dios mismo en vuestras afecciones y vuestra veneración].”

Dado, pues, que no puede interpretarse al Apóstol como diciendo que la Iglesia no necesita maestros, sino que, al contrario, reconoce a maestros como los intermediarios empleados por el Espíritu Santo, especialmente “establecidos en la Iglesia” para este mismo servicio. ¿Qué puede querer decir con: “No tenéis necesidad de que nadie os enseñe” y “la unción misma os enseña todas las cosas”? Encontramos rápidamente la respuesta a esta pregunta examinando el contexto a la luz de los hechos ya discutidos.

Los eruditos suponen que esta epístola se escribió en el noventa de nuestra era. En esta fecha el cristianismo había adquirido una importancia considerable en el mundo. Había reunido el “resto” de Israel según la carne, atraído el odio y la persecución de la gran mayoría cegada de este pueblo y se difundió por todo el mundo civilizado de entonces. Muchas cosas del cristianismo las encomiaban los filósofos griegos de la época, que procuraban asociarse con él y hacerse cristianos filósofos y filósofos cristianos, sosteniendo siempre sus filosofías que Pablo decía “falsamente llamadas.” (1 Tim. 6:20) Estos filósofos estaban completamente dispuestos a reconocer a Jesús como un buen

hombre, un maestro sabio, pero no el Hijo de Dios que había dejado una naturaleza espiritual, “una forma de Dios”, y “fue hecho carne”, con el fin de hacerse redentor del hombre y autor de la vida eterna para todos los que le obedecen. Sin embargo, enseñaban una futura vida, una vida eterna, y estaban felices de ver a los cristianos enseñar la misma cosa, la diferencia era que sus filósofos (Platón y otros) enseñaban que la vida eterna es una cualidad humana, un poder inherente en la raza humana (la imposibilidad de morir, la inmortalidad) mientras que los cristianos enseñaban que la vida eterna no era inherente al hombre, sino *un don* de Dios, por Cristo, destinada solamente a los que aceptan a Cristo. —Rom. 2:7; 5:15,21; 6:23; 2 Cor. 9:15

Estos filósofos decían prácticamente a los cristianos: somos felices de encontrar a gente tan respetable, tan sensible y tan libre como vosotros. Su gran maestro, Jesús, seguramente los liberó de numerosas costumbres y supersticiones de los judíos, y les felicitamos por eso. Pero todavía estáis en cierta medida en esclavitud; al examinar nuestras filosofías tendréis todavía *más libertad* y encontraréis que habéis guardado aún muchas cosas comunes a los judíos: sus esperanzas de un reino mesiánico, sus ideas extrañas* de un solo Dios y sus ideas raras† donde vuestro Maestro Jesús era su Hijo único, etc.; estas cosas, pronto las abandonarán gracias a nuestras filosofías. —2 Ped. 2:19; Judas 4

La epístola de Juan está escrita para fortalecer a los cristianos contra estas doctrinas subversivas y les exhorta en este capítulo (2:24) a mantenerse firmes a las enseñanzas que oyeron desde el comienzo y a considerar estas enseñanzas filosóficas como mentiras y a todos estos maestros falsos como representantes del Anticristo de quien habían oído decir muy a menudo que sería manifestado en la Iglesia (2 Tes. 2:3-7; 1 Juan 2:18): “Os he escrito esto sobre los que os engañan [que procuran extraviaros de Cristo].” —v. 26

* “peculiar” —*Trad.*

† “peculiar” —*Trad.*

Examen de Presuntas Objeciones

Luego viene la expresión particular del v. 27, que ahora discutimos y que parafraseamos así:

Pero, muy amados, los hijos verdaderos de Dios no pueden ser seducidos por ninguna de estas filosofías; para nosotros ninguna filosofía puede tomar el lugar de Cristo en nuestro corazón; ninguna teoría lograría hacernos poner en tela de juicio la plenitud y la exactitud del gran mensaje que recibimos como el Evangelio de nuestro Señor Jesucristo, el Bien amado del Padre, el Ungido del Padre. Además del *carácter razonable* de “la fe una vez dada a los santos”, consideréis el efecto maravilloso de este mensaje sobre vosotros: ha sido acompañado de “dones” milagrosos de “lenguas”, “milagros”, etc. que, según estos filósofos, serían imitados por los faquires del Oriente; pero aparte de esto, vosotros tenéis otro testimonio en vuestro nuevo corazón, en la unción que ha transformado y renovado su mentalidad, produciendo en su vida diaria los *frutos* del Espíritu de santidad que los faquires no pueden imitar y que los filósofos, que quisieran seducirles, no pueden negar. Sobre estos fundamentos de nuestra santa religión (a saber, que Jesucristo no era un impostor, sino el mismo Hijo de Dios y nuestro Redentor, y que la vida eterna puede obtenerse solamente por la unión vital con él) vosotros no necesitáis ni las instrucciones de estos maestros falsos ni de mí. Mientras este Espíritu Santo de amor quede en vosotros, será para vosotros un protector contra todas estas teorías blasfemas y anticristianas. Siempre y cuando os acordéis de que “la paz de Dios que sobrepasa toda inteligencia” vino en vuestros corazones por la aceptación de Jesús como el Hijo de Dios y el único poder de Dios para salvación, por tanto tiempo este espíritu os mantendrá firme sobre este punto. Vosotros comprobaréis también que la misma prueba (de lealtad al Espíritu Santo de amor recibido por medio del Padre y del Hijo) os será útil para probar todo, porque todo lo que contradice o ignora este Espíritu de amor es un espíritu impío, una enseñanza falsa. Recordéis que, según su enseñanza, si queremos recibir una recompensa, hace falta que “permanezcamos en él”; abandonar a Cristo, es abandonar todo.

GEMIDOS INDECIBLES

“Pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles. Mas el que escudriña los corazones sabe cuál es la intención del Espíritu.” —Rom. 8:26,27

Esta expresión, destinada a dar a entender a los hijos de Dios el amor y la solicitud del Padre celestial hacia ellos, ha sido comprendida muy mal por muchos. Unos dicen que el Espíritu Santo gime por ellos ante el Padre, y hasta tratan de expresar estos gemidos de manera audible; otros suponen que sus propios gemidos ayudan un poco al Espíritu Santo que no puede expresar los suyos; pero no saben en qué medida. Sería extraño, en realidad, si el Espíritu Santo fuera una persona, y, como enseñan los catecismos, “igual en poder” al Padre y al Hijo, que encontrara necesario dirigirse al Padre y al Hijo a favor del pueblo del Señor con gemidos indecibles. Nuestro Señor Jesús dijo que podíamos acudir directamente a él y al Padre, asegurándonos que: “El Padre mismo os ama”. No obstante, de este pasaje que consideramos algunos han sacado la idea de que necesitamos ir al Padre y al Hijo por el Espíritu Santo como mediador, el cual gemiría e intercedería por nosotros con el fin de poder ser aceptados por el Padre y por el Hijo. Esta concepción cuadra bien con la confusión de ideas que reina respecto al Espíritu Santo y a su función.

Esta interpretación se nota aún más al considerar el hecho de que los gemidos que no pueden expresarse no son gemidos en absoluto, porque lo que no se pronuncia no es un gemido. Este pasaje parecería también extraño e inconsecuente si supusiéramos que el Espíritu Santo, la influencia o el poder del Todopoderoso Jehová, es incapaz de expresarse inteligentemente. Sabemos que en edades pasadas el pensamiento, la voluntad, el Espíritu de Dios se han expresado con abundancia por las palabras y los actos de los profetas, y no podemos suponer que Dios tiene hoy menos poder o capacidad que en otro tiempo. Por lo tanto, ¿qué puede querer decir este pasaje bíblico: “El Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles?”

El error consiste en suponer que es el Espíritu de Dios el que suplica. Al contrario, el Espíritu que hace intercesión por nosotros es *nuestro propio espíritu*, el espíritu del santo que suplica a Dios y que a menudo no consigue expresarse convenientemente. Una ojeada sobre el texto en su contexto justifica plenamente esta interpretación. El Apóstol acababa justamente de escribir respecto a la humanidad que cargada de pecados, gimiendo en sus cadenas, y nos asegura que será liberada de la servidumbre cuando la Iglesia, los “hijos de Dios”, bajo el Jefe de su Salvación, haya sido glorificada. (vv. 19-21) Pasa luego de los *gemidos* del mundo a la condición actual de la Iglesia, en la cual *gemimos*: “Nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo.” —v. 23

La mentalidad (o el espíritu), renovada o transformada, de los miembros de la Iglesia, en otro tiempo mundana, es ahora santa y espiritual, pero nuestro cuerpo todavía es humano y conserva las imperfecciones adámicas. Es por eso que, como nuevas criaturas, nos agobia la carne y *gemimos* por la liberación prometida que nos traerá a la semejanza de Cristo por la primera resurrección. El Apóstol explica que por la fe podemos considerar como muerto el cuerpo terrestre, como nuevas criaturas perfeccionadas y considerarnos así como *salvos ahora*, “*salvos en esperanza*.” (v. 24) Luego nos explica que desde el punto de vista de Dios somos contados como seres “nuevos”, “santos”, “espirituales”; y muestra que Dios, viéndonos desde este punto de vista, reconoce no la carne, sus debilidades y sus imperfecciones, sino el espíritu, la disposición, las intenciones, la voluntad, la “nueva criatura” consagrada a su servicio. Dios sabe cuándo nuestro espíritu santo (nueva mentalidad) está bien dispuesto y la carne débil, y nos juzga no según la carne, sino según el espíritu.

Fue nuestro engendramiento del Espíritu, nuestra adopción de una nueva voluntad totalmente consagrada al Señor, lo que nos trajo un nuevo parentesco con Dios y nos aportó estas nuevas esperanzas, de las cuales nos regocijamos: “De igual manera el Espíritu, [nuestra nueva, santa mentalidad] nos ayuda en [suple a]

La Reconciliación

nuestra debilidad [corporal]; pues qué hemos de pedir como conviene [aun menos somos siempre capaces de hacer como quisiéramos], [aun] no lo sabemos; pero el Espíritu [nuestra misma santa mentalidad] intercede [“por nosotros” se omite en los manuscritos más antiguos] por gemidos indecibles [en palabras]. Mas el que escudriña los corazones [Dios] sabe cuál es la intención [griego: *phronema* * inclinación] del [nuestro] espíritu, porque [nuestro espíritu] conforme a la voluntad de Dios intercede por los santos”.

En otras palabras, Dios se place en aceptar los deseos del corazón de sus hijos, expresados en la oración, o sea en el servicio, a pesar de las imperfecciones de su carne, de su vaso terrestre. Y, en realidad, los acepta.

¡Qué fortuna que, en nuestra ignorancia y nuestra debilidad, nuestro Padre celestial acepte las intenciones de nuestro corazón en lugar de nuestras palabras; porque frecuentemente, sus hijos le han hecho peticiones muy torpes! Pensemos en ello cada vez que oigamos a cristianos orar para que Dios quiera bautizarlo con Espíritu Santo y con fuego. La oración se ofrece con buena conciencia y con deseo de obtener sólo una bendición, pero, sin comprender el pasaje bíblico que cita, el que hace esta solicitud pide de hecho una bendición seguida de una maldición. Juan el Bautista predijo en efecto que Cristo bautizaría con Espíritu Santo y fuego. La “bendición” de esta predicción vino sobre la Iglesia que esperaba en Pentecostés, y más tarde sobre todo el “resto” fiel de Israel, pero su última parte se cumplió sobre la nación judía rechazada, por el bautismo de fuego, de destrucción, de angustia que destruyó totalmente su estado en el setenta después de J.C. En su gran benevolencia, Dios no atiende a las oraciones de sus hijos tales como las presentan, sino que lo hace según las intenciones de su corazón, concediéndoles la bendición solamente.

Algunos se han dejado sorprender en falta y han caído en la trampa del Adversario por una debilidad de la naturaleza humana caída; estaban desanimados al acercarse al trono de la gracia

* Referencia Strong N° 5427. —Trad.

celestial por medio de la oración. No podían expresarse con palabras, sino que gemían solamente en su espíritu a Dios, “*siendo agobiados*”*. Sin embargo, el Padre celestial no exigía que su petición se expresara en términos exactos y convenientes antes de querer oírlos; no, él respondía con misericordia a los deseos de su corazón, a los gemidos inexpressados de su corazón que buscaba su perdón, su bendición y su consuelo. Respondía a las oraciones inexpressadas, concedía la fuerza y la bendición, dando a entender que perdonaba.

Tal es aquí la demostración del Apóstol en este texto y su contexto; y lo resume diciendo: “¿Qué, pues, diremos a esto? [considerando el hecho de que Dios dispuso de todo en nuestro favor, ignorando nuestras debilidades y nuestras imperfecciones contrarias a nuestra voluntad y que no las estima como de nuestros actos, sin tener en cuenta la presentación defectuosa de nuestras peticiones y nuestra incapacidad de expresar nuestro deseo, y dispuesto, por el contrario, a bendecirnos según el espíritu de nuestras disposiciones, ya que hasta nosotros somos incapaces de dar expresión a nuestros gemidos en nuestras oraciones imperfectas, lo concluiremos]: “Si Dios es [así] por nosotros, ¿quien contra nosotros?” —v. 31

CÓMO EL ESPÍRITU CENSURA AL MUNDO

“Y cuando él [el Espíritu de verdad] venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio.” —Juan 16:8

Ya hemos considerado la razón por la que se aplica el pronombre masculino al Espíritu de verdad: porque representa a Dios, que es masculino. Ahora vamos a examinar este texto, que algunos emplean para probar que el Espíritu Santo actúa en los pecadores para reformarlos. Tal opinión es totalmente inexacta, que las Escrituras convenientemente comprendidas enseñan que el Espíritu Santo se concede sólo a los creyentes consagrados, que no

* Así como en 2 Cor. 5:4: “cargados” —Trad.

La Reconciliación

se da a los incrédulos y, por consiguiente, no podría actuar en ellos, como se pretende generalmente. Por el contrario, los hijos de este mundo tienen el espíritu del mundo, y sólo los hijos de Dios tienen el Espíritu de Dios, el Espíritu Santo, su pensamiento, su disposición o voluntad. “El espíritu del mundo” o “el espíritu carnal” es “enemistad contra Dios”. Aquel cuyo espíritu es carnal tampoco puede conocer las cosas del Espíritu de Dios, porque es espiritualmente como se las discierne: y sólo pueden serlo por los que tienen el Espíritu Santo. Es por eso que, por todas partes donde lo encontramos, el Espíritu Santo en armonía con Dios y en obediencia a su voluntad y a su providencia prueba la regeneración, el engendramiento a la novedad de vida. El Apóstol lo confirma al decir: “Si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él”. Los que no tienen el Espíritu de Cristo y que no le pertenecen forman el mundo en general: no son de Cristo porque *no han recibido* el Espíritu del Padre.

El Espíritu de Dios, manifestado por sus frutos y por su testimonio dado por la Palabra, es la prueba de que hemos sido regenerados. Es evidente para todos que el Espíritu Santo de Dios, que actúa en la Iglesia, no tiene nada en común con el que anima el mundo; el Espíritu de Dios no reside en ningún sentido entre los que tienen las disposiciones del mundo, de la carne, y que son designados en consecuencia en las Escrituras como “hijos de ira”, “hijos de este mundo” e “hijos de su padre, el diablo”. Sin embargo, no debemos olvidar que “el Espíritu de verdad”, “el Espíritu de amor”, ha modificado en un grado considerable el espíritu del mundo, de modo que si este espíritu es siempre un espíritu de tinieblas, un espíritu de egoísmo, un espíritu carnal, sin embargo el mundo imita, en cierta medida, algunas de las gracias del Espíritu Santo, pero de manera formalista y exterior. Sería, en efecto, extraño que las bellezas del Espíritu de santidad, representadas por la dulzura, la bondad y la paciencia no hiciera ninguna impresión sobre los regenerados.

Ciertas personas mundanas cultivan estas gracias del Espíritu porque, se dice, forman parte de las comodidades de la vida, son signos de buena educación, etc. y mucha gente cuyo corazón está

totalmente en desacuerdo con los principios del Espíritu de santidad imita estas gracias y pone un barniz superficial, para cubrir el vil metal de una naturaleza depravada, no regenerada, no santificada, egoísta, en desacuerdo con el Señor y con el Espíritu de su santidad. Debemos pues establecer una nítida distinción entre los que doran la superficie de su conducta y aquellos cuyo corazón ha sido transformado por el Espíritu del Señor. Sólo éstos son los hijos de Dios, tienen su favor y pronto serán bendecidos y glorificados.

La pregunta es: Si el Espíritu del Señor se comunica sólo a los que le pertenecen por la fe en Cristo y la consagración, ¿qué quería decir nuestro Señor declarando que el Espíritu de la verdad convencería al mundo de pecado, de justicia y de juicio venidero?

Comprenderemos fácilmente el sentido de las palabras de nuestro Señor acordándonos de que, según sus declaraciones, sus discípulos sobre los que vendría su Espíritu Santo, y en quienes viviría ricamente, en la medida de su fe y obediencia, debían ser la *luz* del mundo. Es esta luz de la verdad, proyectada por la Iglesia verdaderamente consagrada, sobre el mundo y sobre la Iglesia nominal que tiene el espíritu del mundo, que actúa para censurar sus tinieblas. Nuestro Señor dijo de sí después de haber sido ungido por el Espíritu de Dios: “Yo soy la luz del mundo” y “Entre tanto que estoy en el mundo, luz soy del mundo.” (Juan 8:12; 9:5) Y dirigiéndose a la Iglesia de esta Edad Evangélica santificada por el mismo Espíritu Santo: “Vosotros sois la luz del mundo... Así alumbre vuestra luz delante de los hombres.” —Mat. 5:14-16

El apóstol Pablo, dirigiéndose al mismo cuerpo de Cristo, dice: “Porque en otro tiempo erais tinieblas, mas ahora sois luz en el Señor; andad como hijos de luz.” (Ef. 5:8; 1 Tes. 5:5) Y: “Porque Dios [el Espíritu de Dios, el Espíritu de verdad]... es el que resplandeció *en nuestros corazones*, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios.” (2 Cor. 4:6) Así, vemos que la luz de la verdad de Dios, el Espíritu Santo, o santa disposición, que brilla en nuestros corazones, es lo que luce *en el mundo*; de ahí: “Haced todo sin murmuraciones y contiendas, para que seáis irreprochables y sencillos, hijos de Dios sin mancha en medio de

una generación maligna y perversa, en medio de la cual resplandecéis como luminares en el mundo.” —Fil. 2:14,15

Vemos así que el Espíritu Santo resplandece en el mundo no directamente, sino por reflejo. No es el Espíritu de Dios el que le comunica y actúa en él, sino que es el Espíritu Santo de Dios que, actuando entre los hijos de Dios, les sella y hace brillar la luz en las tinieblas del mundo.

El Apóstol nos da una indicación sobre la manera en la que el mundo debe ser censurado (o reprendido —*Trad.*) por el Espíritu de santidad en la Iglesia consagrada: “Andad como hijos de luz... Y no participéis en las obras infructuosas de las tinieblas, sino más bien *repreendedlas*;... porque la *luz* es lo que manifiesta todo [denuncia como malo].” (Ef. 5:8,11,13) La luz de la verdad de Dios es la expresión de su pensamiento, de su Espíritu; cuando brilla en una vida santificada es el Espíritu Santo, censurando las tinieblas del mundo, mostrando a los que ven esta luz lo que es el *pecado* en contraste con la *justicia*. Después de haber sido alumbrado así, el mundo llegará a la convicción de un futuro juicio donde la justicia reciba una recompensa y el pecado, una pena. Una vida piadosa es siempre una reprobación para los impíos, aun si no puede decirse ninguna palabra de la verdad.

Es porque el Espíritu Santo, en los hijos de Dios, condena el espíritu impío y egoísta de los que les rodean, que el Apóstol urge a los santificados a acordarse de que son epístolas vivas, conocidas y leídas de todos los hombres. (2 Cor. 3:2) La Iglesia justificada y santificada, siguiendo las huellas de Cristo, siempre ha sido una luz en el mundo, aun si su luz no hubiera tenido la influencia que habría deseado ejercer. Así fue para nuestro Señor, que declaró que todos los que eran del espíritu de las tinieblas le odiaban más porque su Espíritu de luz condenaba su espíritu de tinieblas. Es por esta razón que no sólo al Señor, el gran Portador de Luz, se le persiguió y se le mató, sino que a todos los portadores de luz que siguen sus huellas deben también tomar parte en sus persecuciones y en sus sufrimientos. —Juan 16:3; Rom. 8:17,18

Mientras que la principal misión de la Iglesia ha sido su propio desarrollo, “edificándoos sobre vuestra santísima fe” (Judas

20), siempre ha tenido, sin embargo, una misión secundaria que cumplir: dar testimonio a la Verdad, hacer brillar la luz, convencer [reprobar] al mundo. Esta reprobación se dirige necesariamente más a los que se dicen cristianos que a los abiertamente del mundo, lo mismo que en el tiempo de nuestro Señor, su luz fue proyectada sobre los que pretendían ser piadosos y santos, reprobando sus tinieblas. Nuestro Señor nos advierte de la necesidad de hacer relucir *continuamente* nuestra luz, diciendo: “Si la luz que en ti hay es tinieblas, ¿cuántas no serán las mismas tinieblas?” tanto para el alma individual en la que ha desaparecido la luz como para el mundo cuya luz se oscurece. Satanás no se lleva el triunfo más grande al seducir a un alma que había sido en un momento dado alumbrada y santificada por la verdad. La influencia de tal alma para el mal está más que duplicada. “El que piensa estar firme, mire que no caiga” y recuerde que poner su “luz debajo de un almud” es un paso cierto hacia las tinieblas.

**“EN ESTO CONOCED EL ESPÍRITU DE DIOS Y EL
ESPÍRITU DEL ANTICRISTO” —1 Juan 4:2,3; 2 Juan 7**

“En esto conoced el Espíritu de Dios: Todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en carne, es de Dios; y todo espíritu que no confiesa que Jesucristo ha venido en carne, no es de Dios; y este es el espíritu del anticristo.”

Nada debería estar más claro para el espíritu inteligente que el Apóstol no hace alusión a una persona, sino a una influencia, doctrina o enseñanza. El contexto (versículos 1 y 3) muestra, sin duda posible, que lo que quiere decir es que los hijos del Señor deben discriminar entre las doctrinas que se les presentan como verdad; hace falta que las “prueben” para saber si son santas o malas, de Dios o del Maligno, del Espíritu de la verdad o del error. Ambos se presentan como profetas o maestros. Nuestro Señor, los apóstoles y otros que seguían sus huellas sembraron la verdad o la semilla de “trigo” que engendró a creyentes consagrados a una nueva vida y a una santidad de espíritu. El enemigo y sus servidores sembraron el error o la semilla de “cizaña” que

introdujo en la iglesia nominal una multitud de “cizaña” que no tenían el santo “Espíritu de Cristo”, sino uno “del mundo” modificado con apariencia engañosa. Es por eso que cualquiera que se presente para enseñar y pretenda ser un siervo de la verdad en posesión de la santidad de espíritu, debe ser puesto a prueba para saber si recomienda la verdad o el error, si inculca el Espíritu de la verdad o el del error. La Palabra de Dios debe ser la piedra de toque que le permita aceptar a alguien como maestro verdadero o rechazarle como falso: “porque muchos falsos profetas han salido por el mundo”.

El Apóstol indica una *prueba* de carácter general para diferenciar la verdadera fe de la falsa, los maestros verdaderos de los falsos, el Espíritu de la verdad del espíritu del error, el Espíritu Santo de Cristo que conduce a la verdad del espíritu impío del Anticristo que lleva a todos los errores, destruyendo la fe una vez dada a los santos y acaba con la negación de nuestro *rescate* por la sangre preciosa del Señor. (2 Ped. 2:1) Esta *prueba* era la aceptación o la negación de la llegada del Mesías en la carne, y esto fue, y aún hoy es, una prueba segura: *la del rescate*, establecido bajo una de sus formas: toda doctrina que *niega* el rescate es un enemigo activo de la verdad, está anti- (contra) Cristo; toda doctrina que *no lo tiene en cuenta* es francamente mala, no es de Dios, cualquiera que sea el bien que pueda encerrar; es peligrosa: toda doctrina que *confiesa* el rescate es esencialmente exacta, es “de Dios” y conduce a la buena dirección.

De muy buena hora, el Adversario comenzó a atacar la verdadera fe expuesta por el Señor y los apóstoles, y esto desde dos puntos de vista, que negaban que Jesús hubiera venido *de carne*.

(1) Las filosofías paganas (contra las cuales también advirtió el apóstol Pablo —1 Tim. 6:20,21) decían que Jesús era verdaderamente un gran profeta, un gran maestro, y lo ponían a la par de sus propios filósofos; pero sostenían que no era más que otros, ni el Hijo de Dios ni el Mesías de los judíos y atribuían sus esperanzas y las profecías a la ambición y al orgullo nacionales que las incitaban a considerarse como la nación divinamente

favorecida. Así, negaban la existencia prehumana de nuestro Señor, que hubiera *venido* en la carne y que fuera otra cosa que un miembro de la raza caída, aun siendo un brillante modelo.

(2) Según su costumbre habitual, el Adversario comenzó pronto a oponer un extremo contra el otro con el fin de que en la lucha entre ambos la verdad, que se encontraba en medio, pudiera dejarse indefensa y olvidada. Es por eso que hizo surgir con respecto a este tema otro error diametralmente opuesto cuya afirmación era, y aún es, que el Mesías no era en absoluto un hombre, sino Dios mismo, el Padre; durante cierto tiempo se habría hecho pasar por un ser de carne conservando todo su poder divino, sirviéndose del cuerpo de carne como traje o disfraz para esconder su gloria y permitirle parecer llorar, tener hambre y sed y morir. Esta concepción niega también que el Mesías “*fue hecho carne.*”
—Juan 1:14

Al mirar a nuestro alrededor nos asombrará encontrar que la mayoría de los cristianos se relaciona con una u otra de estas falsas doctrinas opuestas al Espíritu de la verdad y que pertenecen al espíritu del anticristo; en cuanto a otros cristianos generalmente están en completa confusión, embrollados, sin noción clara de la verdad sobre esta cuestión y, en consecuencia, sin fundamento firme en el rescate. En efecto, quienes no comprenden claramente que “la palabra [*Logos*] *fue hecho carne*”, “Jesucristo, hombre”, son incapaces de apreciar el rescate [*precio correspondiente*], son los que consideran a Jesús como hombre imperfecto, engendrado en la carne por un padre terrestre. Así vemos que la prueba simple, expuesta por el Espíritu Santo a través del Apóstol, es siempre una prueba de doctrinas, a saber, si son de Dios y del Espíritu Santo, o más bien de Satanás y del espíritu del anticristo.

Al examinar estos textos notamos una objeción levantada contra la traducción de nuestras versiones comunes para demostrar que no es válida, pero la traducción es buena; la falta proviene del crítico que, a todas luces, no posee un conocimiento suficiente de las reglas gramaticales griegas de la sintaxis para permitirse una crítica. Su afirmación es:

La Reconciliación

(1) Las palabras griegas en estos dos textos vertidas por “*ha venido*” significan *venida*.

(2) Que con este cambio, las palabras del apóstol significarían que toda enseñanza que niega que la *segunda venida* de nuestro Señor *en carne* es un espíritu del anticristo.

A esta pretensión, replicamos:

(1) Es correcto que la palabra *erchomai** (raíz de la cual derivan *el eluthota* (1 Juan 4:2) y *erchomenon* (2 Juan 7)) significa *venida* o *llegada*; pero la cuestión es si la *venida* de la que se trata es un acontecimiento pasado o futuro lo que debe determinarse por la construcción de la frase, exactamente como empleamos la palabra “venida” aplicándola a cosas del pasado y futuro al decir, por ejemplo: “Los cristianos creen, en general, en la primera *venida* de nuestro Señor, pero creen menos en su segunda *venida*.” El contexto prueba sin ninguna duda que se hace alusión a un acontecimiento del pasado pues dice: “muchos engañadores *han salido*” y ambas declaraciones se relacionan evidentemente con la misma cosa.

(2) Algunos presentan esta afirmación para sostener que el texto corresponde a un acontecimiento futuro: afirman que nuestro Señor no es “cambiado” a la naturaleza divina, que todavía está en la *carne* y que continuará siendo un hombre, un ser humano, carnal, y llevará los estigmas de sus sufrimientos durante toda eternidad. Niegan numerosas declaraciones de la Biblia (o por lo menos no las tienen en cuenta) que dicen lo contrario: “Dios le exaltó hasta lo sumo”; “El Señor es el Espíritu” y “aun si a Cristo conocimos según la carne, ya no lo conocemos así.” (Fil. 2:9; 2 Cor. 3:17; 5:16) Su deseo es encontrar en la Biblia algunas declaraciones que apoyen su posición poco razonable y antibíblica que les induce a error con respecto a estos pasajes. En realidad podemos decir que la mayoría de los cristianos sostiene esta opinión errónea y son casi todos los que no han tenido que ocuparse nunca de la traducción de las Escrituras.

* Referencia Strong N° 2064. —Trad.

Reforzaremos sin embargo nuestra posición citando las críticas de estos textos por el Prof. J.R. Rinehart, Doctor en Filosofía, profesor de Lenguas en el Colegio (Presbiteriano de Cumberland) de Waynesburg. Después de haber citado los textos de 1 Juan 4:2 y 2 Juan 7, el profesor Rinehart declara:

“(1) Las citas precedentes son del *Diaglotón Enfático* de Wilson y se sacarían del texto original griego del Nuevo Testamento. La palabra *eluluthota* es el acusativo masculino singular del segundo participio de perfecto del verbo *erchomai*, teniendo con este verbo la misma relación que todo otro participio de perfecto tiene con su verbo. Está vinculado con el verbo *homolegei* de manera indirecta y expresa el tiempo acabado, pasado, conforme a la sintaxis griega ordinaria. —*Goodwin's Greek Grammar*, ††1588, 1288

“La traducción siguiente de la primera citación es por lo tanto esencialmente correcta: “Todo espíritu que confiesa que Jesús ha venido en carne, es de Dios.”

“(2) La palabra *erchomenon* en la segunda citación está en el acusativo masculino singular del participio de presente del verbo *erchomai*; está sometido a las mismas reglas de sintaxis que la palabra más arriba. Su relación con *eiselthon* por *homologountes*, tanto como con el contexto, justifica la traducción por un tiempo pasado. —*Ibid*, †1289

“La traducción correcta de la segunda citación es pues la siguiente: “Porque muchos engañadores han salido por el mundo, los que no confiesan que Jesucristo ha venido en carne.”

Nunca encontraremos, creemos, a un helenista que discuta esta definición, hasta si creía en la segunda venida de nuestro Señor en carne y podía tener así una preferencia por una construcción favorable a sus concepciones.

Para acabar, observamos por lo tanto que para creer realmente en el rescate es absolutamente necesario que confesemos que Cristo vino en carne durante su primera venida; la negación de este hecho significa la negación del rescate (porque de otro modo no podría darse un *precio correspondiente* (o equivalente —*Trad.* por el hombre); así todos los que creen que Cristo es un *hombre*

La Reconciliación

desde su resurrección y que vendrá una segunda vez como *hombre* niegan por ahí el rescate; porque si nuestro Señor es siempre un *hombre*, o más bien no dio su humanidad por nuestro rescate (o la dio durante tres días y *la recuperó*) recuperó el *precio* de la redención y anuló así el rescate. Pero al contrario, el rescate fue definitivo; la humanidad de nuestro Señor nunca fue recuperada: Dios ha exaltado a nuestro Señor hasta lo sumo, y le dio un nombre y una naturaleza más altos que los ángeles, principalidades y potestades y que es sobre todo nombre (sólo exceptuado el Padre). No es en lo sucesivo más un hombre ni semejante a nosotros en ninguna manera. En cuanto a nosotros, si somos fieles seremos “cambiados” y hechos semejantes a él y le veremos tal como *es*.”
—1 Juan 3:2

ESTUDIO XII

OBJETO DE LA RECONCILIACIÓN: EL HOMBRE

¿QUÉ ES EL HOMBRE?—LA RESPUESTA “ORTODOXA”—LA RESPUESTA DE LA CIENCIA—LA RESPUESTA DE LA BIBLIA—EL CUERPO DEL HOMBRE—EL ESPÍRITU DEL HOMBRE—EL ALMA HUMANA—CONFUSIÓN A CAUSA DE MALAS TRADUCCIONES—LA PROPAGACIÓN DE LAS ALMAS—¿QUÉ ES “SEOL”? ¿“HADES”? ¿ADÓNDE VAN TODAS LAS ALMAS EN EL ÍTERIN ENTRE LA MUERTE Y LA RESURRECCIÓN?—EXPOSICIONES BÍBLICAS EXAMINADAS POR SEPARADO

“¿Qué es el hombre para que tengas de él memoria, y el hijo del hombre, para que lo visites? Le has hecho poco menor que los ángeles, y lo coronaste de gloria y de honra. Le hiciste señorear sobre las obras de tus manos; todo lo pusiste debajo de sus pies: Ovejas y bueyes, todo ello, y asimismo las bestias del campo, las aves de los cielos y los peces del mar; todo cuanto pasa por los senderos del mar.” —Sal. 8:4-8

¿QUÉ gran ser es el hombre para haberse interesado tanto en su bienestar el Creador del universo y haber tomado disposiciones tan generosas para su reconciliación, incluso hasta el sacrificio de su Hijo? Deberíamos entender a fondo, dentro de lo posible, esta más alta de las criaturas terrestres de Dios; y, sin embargo, son tan limitadas nuestras facultades de juicio son tan limitadas y tan circunscrito nuestro conocimiento que en este tema dependemos casi totalmente de lo que nuestro cariñoso Creador nos ha dado a conocer en su Palabra. Aunque se haya hecho proverbial que “el tema más grande de estudio abordado por la humanidad, es el hombre”, no obstante, por muy inverosímil que pueda parecer hay pocos temas en los cuales la humanidad esté más confusa: ¿Qué es el hombre? Hay dos concepciones generales del tema, pero sostenemos que ninguna es la verdadera, la bíblica. Aunque las dos encierren ciertos elementos de verdad, ambas son seriamente falsas y conducen a errores graves. Incluso los no confundidos por completo están tan influenciados y extraviados por tales errores que numerosas verdades han perdido toda su fuerza y su

importancia y aceptan muchos sofismas que tienen apariencia de verdad. Nuestro tema es importante, por tanto, para todos los que quieren conocer la verdad y sacar de ella todo el beneficio posible por la influencia que tendrá sobre su corazón y su vida. Y reviste una importancia especial tocante a nuestra discusión: la Reconciliación. Quien no tiene una concepción clara de lo que es el hombre encontrará difícil, si no imposible, comprender cabalmente las enseñanzas de las Escrituras relativas a la reconciliación por el pecado del hombre, su operación y sus resultados.

Vamos a examinar aquí la concepción general, supuestamente ortodoxa, de la pregunta: ¿Qué es el hombre? Luego la concepción puramente científica y, finalmente, la manera de verla la Biblia, la cual, diferente de las otras dos, es mucho más razonable que ambas y constituye la única base de una armonía conveniente entre las dos.

LA CONCEPCIÓN ORTODOXA DEL HOMBRE

Con respecto a la pregunta: ¿Qué es el hombre? la concepción supuestamente “teológica ortodoxa” (que discutimos) respondería más o menos de la siguiente manera: el hombre es un ser compuesto de tres partes: cuerpo, espíritu y alma; el cuerpo nace según el modo usual común de los animales, excepto que al nacimiento Dios interviene, y, de un modo incomprensible, implanta en el cuerpo un espíritu y un alma, que son partes de sí mismo, y por este hecho indestructibles y nunca pueden morir. Estas dos partes, el espíritu y el alma, “la ortodoxia” es incapaz de separarlos y distinguirlos, y por consiguiente, emplea los términos de una manera intercambiable a conveniencia. Ambos términos (espíritu y alma) se entienden que representan al *hombre real* mientras que la carne se considera simplemente como el traje exterior del hombre real, en el cual vive durante los años de su vida terrestre, como en una casa. A la muerte, se dicen, el hombre real se libera de su prisión de carne y se encuentra en una condición mucho más adecuada.

Objeto de la Reconciliación: El Hombre

En otras palabras, la “ortodoxia” asevera que el hombre real no es un ser terrestre, sino uno espiritual totalmente inadaptado a la tierra, excepto en lo que concierne a sus experiencias en el cuerpo carnal. Según esta concepción cuando el hombre se libera del cuerpo por la muerte, experimenta una gran bendición; sin embargo al vivir este hombre se esforzaba por conservar el mayor tiempo posible su morada carnal sirviéndose de medicinas, siguiendo regímenes y empleando todos los remedios e invenciones tocantes a la higiene para prolongar su vida carnal, la cual, teóricamente, como se sostiene, es mal adaptada para su uso y disfrute. La “liberación” llamada “la muerte” es, como se pretende, otra etapa en el proceso evolucionista; en muchas mentes, tal evolución de las condiciones terrestres a las celestiales, de las condiciones animales a las espirituales, se da por una proposición razonable y por el resultado lógico de la conclusión científica que el hombre no fue creado hombre, sino que evolucionó a través de períodos largos, desde el protoplasma de los tiempos prehistóricos hacia el microbio, luego tras diversas y largas etapas, del microbio al mono y, finalmente, del mono al hombre. Se asevera además que la humanidad, en sus primeros principios, era muy inferior a la humanidad actual que la evolución poderosamente ha desarrollado, y que la próxima etapa de esta evolución será, para cada ser humano, una transformación o evolución hacia las condiciones del espíritu, en forma de ángel, de dios o de demonio.

Todo esto halaga mucho el orgullo del siglo diecinueve* porque si, por una parte, se admite un antepasado de inteligencia muy inferior, se atribuye por otra parte hoy los muy grandes conocimientos adquiridos, así como pretende a una futura elevación. Esta manera de ver se comparte por otra parte no sólo por los pueblos civilizados, sino también por casi la totalidad de los pueblos paganos; los salvajes mismos tienen, en suma, la misma concepción del hombre, excepto que no hacen remontar tan lejos su origen. Esta concepción encuentra apoyo en todas las filosofías paganas; se sostiene ampliamente, en nuestros días, por

* Escrito en 1899. —*Trad.*

los teóricos científicos, quienes, aunque definan el tema de una manera totalmente diferente, no obstante, abrigan esperanzas de una futura vida realizada en el marco de la evolución; esta gente ama satisfacer su vanidad en teorías que no concuerdan en absoluto, sin embargo, con sus propias deducciones científicas respecto a la chispa de vida que está en el hombre.

EL HOMBRE TAL COMO LO VE LA CIENCIA

Con respecto a la pregunta: ¿Qué es el hombre? la ciencia responde: el hombre es un animal del tipo más elevado que se haya desarrollado y que se conozca. Tiene un cuerpo diferente del de los otros animales por su desarrollo más elevado y más noble. La estructura de su cerebro corresponde al de los animales inferiores, pero más desarrollada y más refinada, con capacidades suplementarias y más grandes que hacen del hombre Señor, rey de la creación inferior. El aliento o espíritu de vida del hombre es igual al de los otros animales. El organismo del hombre y la chispa de vida que lo anima vienen de sus procreadores, de la misma manera que los animales las reciben de sus procreadores.

La ciencia identifica a todo hombre como alma o ser sensitivo; pero en cuanto al futuro, en cuanto a la eternidad de la existencia del hombre, la ciencia no presenta ninguna sugerencia pues ninguna base le permite sacar conclusiones, o aun una hipótesis razonable. Sin embargo, si bien la ciencia no se entrega a especulaciones, espera, no obstante, que la evolución resuelva el problema del futuro del ser humano y cree poder seguir en el pasado los rastros de un desarrollo que continúe en el futuro. La ciencia está orgullosa de las supuestas etapas evolutivas ya realizadas por su dios, la ley natural, y espera que el mismo funcionamiento de la ley natural traiga finalmente a la humanidad condiciones siempre más divinas y grandiosas que en la actualidad.

EL HOMBRE SEGÚN LA BIBLIA

El punto de vista bíblico, aun estando de acuerdo en ciertos aspectos con las dos precedentes, difiere de ambas de manera absoluta en algunos de sus puntos más importantes. La Biblia no especula, sino, más bien, siendo la voz o revelación de Dios, habla con énfasis y autoridad; y declara el principio, el presente y el futuro del hombre. La visión de la Biblia es la única lógica y, por consiguiente, la única *verdaderamente* científica y ortodoxa al respecto. Pero lo que dice la Biblia no satisface el orgullo humano: no hace del hombre su propio agente de evolución ni confía tampoco esta tarea al dios de la naturaleza, que no es Dios. Con respecto al hombre, la Biblia da a Dios la gloria de su creación original (Adán) en la semejanza divina; y pone la culpa en el hombre por no conservar tal semejanza, por caer en el pecado y sufrir sus consecuencias- degradación mental, física y moral que llevan a la muerte. También honra a Dios de nuevo al revelarnos su misericordia y magnanimidad hacia el hombre en su condición caída, en lo que proporcionó para la redención del hombre y la restauración a su condición original por el ministerio de su Redentor, durante el Milenio.

Existe una fuente fecunda de confusión en la mente de ciertos cristianos que estudian la naturaleza del hombre, y en particular cuando tratan de encontrar lo que dice la Biblia al respecto: no saber distinguir entre la humanidad en general y la Iglesia, el Rebaño Pequeño que Dios escoge de entre los hombres durante la Edad actual y que perfecciona y prepara con vistas a nuevas y sobrehumanas condiciones, espirituales. No consiguiendo “usar bien la palabra de verdad” aplican a todos los hombres las declaraciones y las promesas de las Escrituras, las del Nuevo Testamento en particular, que conciernen solamente a la clase de la Iglesia y que no tienen ninguna relación con las esperanzas de restauración ofrecidas a toda la humanidad. Estas “preciosas y grandísimas promesas” son proporcionalmente tan falsas para el mundo como son verdaderas para la Iglesia. Así, por ejemplo, las palabras del Apóstol: “El cuerpo en verdad está muerto a causa del

pecado, mas el espíritu vive a causa de la justicia” (Rom. 8:10) se aplican solamente a la Iglesia: indican las condiciones especiales y particulares del llamamiento durante esta Edad; pero se interpretan como si se aplicaran a toda la humanidad. Aquí, los términos “muerte” y “vida” se emplean en sentido relativo, hablando de los que, después de haber sido justificados por la fe, por la gracia de Dios, se consideran en seguida como liberados de la condena de muerte, con el fin de poder presentar su cuerpo en sacrificio vivo; éstos cuentan su cuerpo como muerto y lo tratan como tal para todo lo que tenía relación con los derechos y con los intereses terrestres; no se consideran en lo sucesivo más como seres carnales o humanos, sino como “nuevas criaturas” engendradas a una nueva naturaleza por medio de las promesas de Dios. Así como tales se reconocen los creyentes justificados y santificados (la Iglesia), desde el punto de vista de Dios, como habiendo obtenido un nuevo espíritu de vida por la operación de la fe en Cristo y de la obediencia a Cristo. Pero semejante uso de las palabras “muerte” y “vida” con respecto al mundo sería completamente impropio, porque el mundo no tiene otra naturaleza que la única humana; en ningún sentido de la palabra ha sido engendrado *de nuevo*.

Hay también otro texto frecuentemente aplicado sin razón al mundo y que sólo concierne al pueblo consagrado del Señor: “Tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios, y no de nosotros.” (2 Cor. 4:7) Aquí el Apóstol habla de la sola Iglesia, aquellos que han recibido su tesoro de la nueva mente y de la nueva naturaleza. Ellos tienen este tesoro, esta nueva naturaleza, en el cuerpo natural, que es considerado muerto, y llamado aquí “vaso de barro”. La imagen es completamente apropiada a la clase con la cual se relaciona, la Iglesia; pero es completamente erróneo aplicarlo a la humanidad en general, suponer que cada ser humano posee un tesoro celestial, o nueva naturaleza, y que, de tal hecho, cada cuerpo humano es un vaso o receptáculo de barro para tal nueva naturaleza. El mundo sólo tiene una naturaleza, la humana; no tiene ninguna nueva naturaleza, ni como tesoro ni en algún otro sentido; no existe tampoco una promesa que asegure una nueva naturaleza al mundo. Por el

Objeto de la Reconciliación: El Hombre

contrario, la aspiración más alta y posible abierta a la humanidad, según la Palabra divina de la promesa, es la “*restauración*”; restaurar a la plena perfección la naturaleza humana perdida en Edén y rescatada en el Calvario. —Hechos 3:19-23

Podríamos discutir un gran número de pasajes del Nuevo Testamento que no se aplican a la humanidad en general, sino sólo a la Iglesia consagrada, engendrada de nuevo por el Espíritu a una nueva naturaleza espiritual. Será provechoso para todos observar con cuidado los saludos con los cuales los Apóstoles comienzan sus diversas epístolas. No son enviadas, como muchos lo suponen, a la humanidad en general, sino a la Iglesia, a los “santos”, a “la familia de la fe”.

Recordemos, no obstante, que en este capítulo al responder a la pregunta “¿Qué es el hombre?” no discutimos qué es la Iglesia, la “nueva criatura” en Cristo Jesús, ni cuál es la naturaleza espiritual a la que ya ha sido engendrada del Espíritu y que, de ser fiel, será hecha participante al grado más alto en la primera resurrección. Al contrario, hablaremos del primer Adán y de sus hijos. Queremos saber quiénes y qué somos por naturaleza, como raza: ¿Qué es el *hombre*? Así podremos comprender mejor *de* qué cayó el hombre; *en* qué cayó; *de* qué fue rescatado, *a* qué será restaurado y otros temas análogos.

EL HOMBRE: SU CUERPO, SU ESPÍRITU, SU ALMA

Aceptando la definición clásica de la palabra “animal” (“organismo o ser viviente dotado de la facultad de sentir”) no vacilamos en clasificar al hombre como parte de los animales terrestres de los cuales es el principal y el rey, y aquí las Escrituras están plenamente de acuerdo con las deducciones de la ciencia. Notemos el texto a la cabeza de este capítulo; el profeta David muestra allí en particular que el hombre, en su naturaleza, es inferior a los ángeles; es el rey y jefe de todas las criaturas terrestres, el representante de Dios para todos los órdenes inferiores de seres sensitivos.

La Reconciliación

En ninguna parte las Escrituras declaran, ni directa ni indirectamente, que una partícula o chispa del ser divino se comunique a cada criatura humana. Es una afirmación gratuita de quienes desean construir una teoría y carecen de material. Pero ha servido de base para muchas doctrinas falsas que desfiguraron groseramente el carácter divino, sin consideración ni reverencia por la sabiduría, la justicia, el amor y el poder de Dios.

Es tal pretensión, la que asegura que una partícula del ser de Dios se concede en su nacimiento a cada criatura humana, que ha necesitado la teoría de un infierno de tormento eterno. La idea es que si el hombre hubiera sido creado como otros animales, habría podido morir como ellos sin temor de una eternidad de tortura; pero al haber comunicado Dios al hombre *una chispa de su propia vida* el hombre es, por tanto, eterno, porque Dios es eterno y, de este hecho, le es imposible destruir a su criatura, aun si tal destrucción pudiera hacerse deseable. Si el hombre no puede ser destruido se sostiene que hace falta forzosamente que exista en alguna parte por toda la eternidad; así como los hombres, en su gran mayoría, se consideran malos, un pequeño rebaño solamente siendo santo y agradable a Dios, se pretende que los que no son santos deben sufrir una eternidad de tormento proporcionado al futuro de felicidad concedida a algunos santos. De otro modo, como se admite, habría más interés para el hombre, más gloria para Dios, y más paz y prosperidad del universo si todos los malos pudieran ser *destruidos*. Se asevera por lo tanto que Dios, teniendo el poder de crear, no tiene el poder de destruir al hombre, su propia creación, porque le dio una chispa de vida divina de un modo inexplicado. Esperamos probar que toda esta teoría es falaz, sin apoyo bíblico y en contradicción absoluta con las Escrituras y una invención de los siglos de tinieblas.

Las Escrituras reconocen que el hombre está compuesto de dos elementos: cuerpo y espíritu. Estos dos elementos producen el alma, el ser sensitivo, la inteligencia, el hombre mismo, el ser o el alma mientras que el término “cuerpo” se aplica simplemente al organismo físico. No se relaciona ni con la vida que la anima ni con el ser sensitivo resultado de esa animación. Un cuerpo no es un

hombre aunque no pueda haber hombre sin cuerpo. El espíritu de vida no es el hombre, aunque no pueda haber hombre hecho sin espíritu de vida. El término “espíritu”, en el Antiguo Testamento, viene de la palabra hebrea “*ruach*”, cuyo primer significado es *aliento* (o respiración. —*Trad.*); de ahí tenemos la expresión “*aliento de vida*” o “*espíritu de vida*,” porque la chispa de vida una vez comunicada se mantiene por la respiración.

La expresión “espíritu de vida,” sin embargo, significa más que el simple aliento; se relaciona con la chispa de vida misma, sin la cual la respiración sería imposible. Esta chispa de vida que recibimos de nuestro padre es alimentada y desarrollada por nuestra madre.* Es absolutamente falso decir que la chispa de vida humana se concede de manera más milagrosa que la de los animales. Los animales inferiores, tales como el caballo, el perro, el ganado, etc. son engendrados por los machos y nacen de las hembras de sus especies respectivas, precisamente de la misma manera que la especie humana; y nada en las Escrituras sugiere lo contrario. Es pura invención humana destinada a apuntalar una teoría falsa que afirma la intervención de Dios en el nacimiento de la progenitura humana. Suponer que Dios es el creador de cada ser humano que nace en el mundo es suponer lo que contradicen las Escrituras, pues sería el autor del pecado, de la confusión y de la imperfección mientras que la Biblia declara: “Su obra es perfecta.” (Deut. 32:4) ¡No, no! Los humanos mental, física y moralmente degenerados y degradados no son obra de Dios. Están muy alejados, bien decaídos de la condición de sus procreadores perfectos, Adán y Eva; de cuya creación (de Adán y Eva) toma la responsabilidad Dios. Los que afirman que Dios crea directamente a cada ser humano le hacen responsable de la existencia de los idiotas, locos y desequilibrados del mundo entero, pero tanto la ciencia y como las Escrituras declaran que los niños heredan de sus progenitores sus vicios y sus virtudes, sus debilidades y sus talentos. El Apóstol es muy claro: “Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por [como el resultado de] el pecado

* Véase capítulo IV.

la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron [por herencia]” y el profeta hace alusión a lo mismo al declarar: “Los padres comieron las uvas agrias [pecado] y los dientes de los hijos tienen la dentera”, todos ellos son depravados. —Rom. 5:12; Jer. 31:29,30; Eze. 18:2

Pero alguien pudiera preguntar: ¿No sería posible que Dios hubiera implantado una chispa de su divinidad inmortal en nuestros primeros padres y que haya sido transmitida *volens volens** a su posteridad? Examinemos lo que dice la Biblia al respecto, mientras recordamos que no hay ninguna otra revelación, para quienquiera que sea aparte de las Escrituras; así pues podemos conocer por Ellas todo lo que puede conocerse al respecto. ¿Qué encontramos en el relato del Génesis? Encontramos, en efecto, que la creación del hombre se menciona particularmente allí, mientras que la creación animal no es tan particular. El relato se hace en un lenguaje muy simple y no contiene ninguna sugerencia de la transmisión al hombre por parte de Dios de alguna chispa de existencia sobrehumana. La superioridad del hombre sobre el animal, según el relato del Génesis, no consiste en tener un tipo diferente de aliento o espíritu, sino al hecho de tener una forma más noble, un cuerpo superior, un organismo más fino dotado con un cerebro que le permite elevarse por la razón a alturas de pensamientos superiores a la inteligencia de los animales inferiores de la creación. Nos parece que en estos aspectos el hombre fue creado, en la carne, a semejanza de su Creador, que es un ser espiritual. —Juan 4:24

EL ESPÍRITU DEL HOMBRE

Como ya hemos visto[†] la palabra “espíritu” en nuestras versiones comunes de la Biblia (también en las castellanas. —*Trad.*) es la traducción de la palabra hebrea *ruach* y de la griega *pneuma*; por eso, para apreciar correctamente la palabra *espíritu* en

* Expresión latina que equivale a la castellana: “guste o no guste” (dicc).

† Véase capítulo VIII.

Objeto de la Reconciliación: El Hombre

la Palabra de Dios, hace falta que guardemos siempre en la memoria el significado de las palabras originales a las cuales traduce. Recordemos que la palabra “espíritu” significaba primitivamente *viento* y, en segundo lugar, pasó a designar todo *poder invisible*. Aplicado a Dios este término significa que es *poderoso pero invisible*; y empleado en relación con la influencia y la acción de Dios implica que son ejercidas por un poder invisible. Se aplica a la *mentalidad* (“mind”)* porque es una fuerza invisible e intangible; a las *palabras* que son también invisibles y sin embargo poderosas; a la *vida*, la cual, aunque de toda importancia y penetrando todo, sea una fuerza o cualidad invisible como la electricidad; es por eso que la palabra “espíritu” se aplica a todas estas cosas diversas. Como resultado, las Escrituras hablan del espíritu de nuestras disposiciones: el poder invisible del espíritu; el espíritu de un hombre: las facultades mentales y la voluntad de un hombre; el espíritu de vida: la fuerza (o poder) de la vida que anima nuestro cuerpo y toda la creación; el Espíritu de Dios: el poder o influencia que Dios ejerce, sea sobre las cosas animadas o sobre las inanimadas; el espíritu de sabiduría: un espíritu juicioso: el espíritu de amor: una mentalidad o una disposición movida por el amor; un espíritu de dolor o de malicia: espíritu (o disposición) movido por la malicia; el espíritu de la verdad: el poder o la influencia que ejerce la verdad. También, los seres celestiales se describen como seres espirituales, es decir, seres invisibles, que poseen un poder, una inteligencia, etc. Esto es aplicable no sólo a Dios el Padre, del cual nuestro Señor Jesús dijo: “Dios es un Espíritu”, sino también a nuestro Señor Jesús desde su resurrección, porque se dice de él: “Ahora, el Señor es este Espíritu”. Se aplica también a los ángeles y a la Iglesia que se asegura que, en la primera resurrección, cada vencedor tendrá un cuerpo espiritual. En las Escrituras también se emplea para designar a Satanás y a sus socios, a seres espirituales, invisibles y sin embargo poderosos.

* Dicc. americano: “intelecto; manera de pensar y de sentir; sinónimos: comprensión, razón, juicio, sentido; inteligencia, memoria.”

EL ESPÍRITU CONCERNIENTE A LA NUEVA NATURALEZA EN EL NUEVO TESTAMENTO

Considerando el uso del término *espíritu* respecto al hombre observamos lo siguiente:

(1) Las palabras “espíritu” y “espiritual” se usan en el Nuevo Testamento para referirse a: (a) la *voluntad*, especialmente a la *nueva disposición* (“mind”) de los “santos,” engendrados por la Palabra y el Espíritu de Dios. Las “nuevas criaturas en Cristo” son llamadas a un cambio de naturaleza, de la naturaleza humana a la naturaleza espiritual, y se les promete que si son fieles, tendrán en la resurrección (b) *cuerpos espirituales* (“spirit bodies”) iguales al cuerpo de Cristo resucitado, e iguales también a la persona gloriosa del Padre celestial. Es por eso que, a causa de esta futura perspectiva que es la suya, la esperanza de la Iglesia se muestra como (c) *espiritual y celestial*, en contraste con las esperanzas y las promesas a las que los humanos se harán herederos durante el Milenio. El término espíritu también se emplea (d) aludiendo a los ángeles que, por naturaleza, son seres *espirituales* y no seres *carnales*. La idea de *invisibilidad* se vincula siempre con las palabras “espíritu” y “espiritual” allí donde se emplean.

He aquí algunos ejemplos de tales usos de estas palabras:

(a) “Pablo se propuso en *espíritu* [*pneuma*—pensamientos (“mind”), voluntad] ir a Jerusalén.” —Hechos 19:21

(a) “Su *espíritu* (de Pablo) [*pneuma*—pensamientos, sentimientos] se enardecía viendo la ciudad entregada a la idolatría.” —Hechos 17:16

(a) “Pablo estaba entregado por entero (absorbido, nota de Darby; “apretado en *espíritu*“: versión inglesa. —*Trad.*) [*pneuma*—en pensamiento, él fue excitado mentalmente] a la predicación de la palabra, testificando a los judíos que Jesús era el Cristo.” —Hechos 18:5

(a) “Éste [Apolos] había sido instruido en el camino del Señor; y siendo de *espíritu* [*pneuma*—de espíritu ardiente] fervoroso, hablaba y enseñaba diligentemente.” —Hechos 18:25

Objeto de la Reconciliación: El Hombre

(a) “Porque testigo me es Dios, a quien sirvo en mi *espíritu* [*pneuma*—mi nueva mentalidad, mi nuevo corazón, mi voluntad renovada] en el Evangelio de su Hijo.” —Rom. 1:9

(a) “Glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro *espíritu* [*pneuma*—disposición], los cuales son de Dios.” 1 Cor. 6:20 (nota de Darby —*Trad.*).

(a) “Ciertamente yo, como ausente en cuerpo, pero presente en *espíritu* [*pneuma*—mentalmente] ya como presente he juzgado al que tal cosa ha hecho.” —1 Cor. 5:3

(a) “*Espíritu* [*pneuma*—mental, disposición] afable y apacible.” 1 Ped. 3:4

(b) “Se siembra cuerpo animal, resucitará cuerpo *espiritual*.” [*pneumatikos*]* —1 Cor. 15:44

(b) “Hay cuerpo animal, y hay cuerpo *espiritual* [*pneumatikos*].” —1 Cor. 15:44

(b) “Mas lo *espiritual* [*pneumatikos*] no es primero.” —1 Cor. 15:46

(b) “Luego lo *espiritual* [*pneumatikos*].” —1 Cor. 15:46

(c) “El ocuparse del *Espíritu* [*pneuma*—tener un espíritu gobernado por el Espíritu Santo o voluntad de Dios] es vida y paz.” —Rom. 8:6

(c) “Vosotros que sois *espirituales* [*pneumatikos*—engendrados del espíritu y poseedores del nuevo entendimiento] restauradle con *espíritu* [*pneuma*—disposición] de mansedumbre.” —Gál. 6:1

(c) “Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición *espiritual* [*pneumatikos*—bendición de género espiritual] en los lugares celestiales en Cristo.” —Ef. 1:3

(c) “Sed llenos del *Espíritu* [*pneuma*—el Espíritu Santo de Dios], hablando entre vosotros con salmos, con himnos y cánticos *espirituales* [*pneumatikos*—cánticos conforme a su nuevo espíritu].” —Ef. 5:19

* Referencia Strong N° 4152. —*Trad.*

La Reconciliación

(c) “Que seáis llenos del conocimiento de su voluntad en toda sabiduría e inteligencia *espiritual* [*pneumatikos*—comprensión de todo lo que tuvo relación con su nuevo parentesco espiritual con Dios, y de comprensión de su plan].” —Col. 1:9

(c) “Sed edificados como casa *espiritual* [*pneumatikos*—una familia o una casa de un orden o de un género espiritual].” —1 Ped. 2:5

(d) “Una muchacha que tenía *espíritu* [*pneuma*—un poder invisible] de adivinación” por su comunión con los seres espirituales caídos. —Hechos 16:16

(d) “Éste [Pablo] se volvió y dijo al *espíritu* [*pneuma*—el ser espiritual malo que poseía a la muchacha]: Te mando... que salgas de ella.” —Hechos 16:18

(d) “Y los *espíritus* [*pneuma*] malos salían.” —Hechos 19:12,13

(d) “Respondiendo el *espíritu* [*pneuma*] malo, dijo:...” —Hechos 19:15

(d) “Los saduceos dicen que no hay... ni ángel, ni *espíritu* [*pneuma*—ser espiritual].” —Hechos 23:8

(d) “Si un *espíritu* [*pneuma*] le ha hablado, o un ángel, no resistamos a Dios.” —Hechos 23:9

EL TÉRMINO ESPÍRITU EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

(2) La palabra “espíritu” se emplea para la humanidad en general, especialmente en el Antiguo Testamento, pero siempre haciendo alusión a (e) *el espíritu de vida*, la chispa que anima y que Dios encendió primero en Adán, y que, desde entonces, descendió (alterada) a toda su posteridad—es un *poder* o cualidad *invisible*, sea (f) *el espíritu de la mentalidad* (“mind”), la voluntad—poder invisible que dirige la vida.

RUACH, PNEUMA: PODER ANIMADOR

Al hablar de la creación del hombre se trata del *espíritu de vida*, del aliento o la respiración de vida. Las Escrituras muestran claramente que este espíritu de vida es común de todas las criaturas de Dios y no lo posee exclusivamente el hombre, como demuestran claramente las siguientes citas bíblicas:

(e) “Toda carne en que haya *espíritu de vida* [*ruach*—el espíritu o el aliento de vida de toda carne].” —Gén. 6:17; 7:15

(e) “Todo lo que tenía aliento de *espíritu de vida* [en el margen: *ruach*, el *espíritu* o *poder* de vida].” —Gén. 7:22

(e) “Y viendo Jacob los carros que José enviaba para llevarlo, su *espíritu* revivió [*ruach*—las *fuerzas vitales* o el poder de vida de Jacob se animaron].” —Gén. 45:27

(e) “Y él [Sansón] bebió y recobró su *espíritu* [*ruach*], y se reanimó [su fuerza, su vigor, su energía le volvieron].” —Jueces 15:19

(e) “En su mano está el *alma* [*ruach*] de todo viviente [el *espíritu de vida* de toda la humanidad pertenece al poder divino].” —Job 12:10

(e) “Dios, Dios de los *espíritus* [*ruach*—poder de vida; espíritu de vida] de TODA CARNE, ¿no es un solo hombre el que pecó? ¿Por qué airarte contra toda la congregación?” —Núm. 16:22

La opinión de la distinción entre hombre y animal consistía en un espíritu de vida diferente, un género diferente de vida, y que al morir, uno subía y el otro descendía parece haber sido muy antigua entre los filósofos del mundo; porque encontramos a Salomón, el sabio, preguntando:

(e) “¿Quién sabe [quién puede probar] que el *espíritu* [*ruach*—espíritu de vida] de los hijos de los hombres sube arriba, y que el *espíritu** [*ruach*—espíritu de vida] del animal desciende abajo a la tierra?” (Ecl. 3:19-21) Salomón acababa de indicar cómo comprendía personalmente la cuestión:

* Nota de Darby: “aliento y espíritu son la misma palabra en hebreo.”

(e) “Porque lo que sucede a los hijos de los hombres [la muerte], y lo que sucede a las bestias, un mismo suceso es: como mueren los unos, así mueren los otros, y una misma *respiración* [*ruach*—espíritu de vida, aliento de vida] tienen todos; ni tiene más el hombre que la bestia”. A este respecto, en cuanto a la cuestión de tener un género de vida diferente, su superioridad debe buscarse y encontrarse en otra parte, como veremos.

(e) “En tu mano encomiendo mi *espíritu* [*ruach*—espíritu de vida o energía vital].” —Sal. 31:5

Tal fue la declaración profética de las últimas palabras de nuestro Señor Jesús al morir. Había recibido del Padre el espíritu de vida como un don: él, por obediencia al plan del Padre, se había hecho hombre con el fin de ser el Redentor de la humanidad: al entregar su *espíritu de vida* o energía vital, afirmó su confianza en la promesa hecha por Dios de devolverle el *espíritu de vida* por una resurrección.

De Dios, la fuente de vida, la humanidad recibió *el espíritu de vida* a través de nuestro padre Adán. Éste perdió su derecho al poder (o espíritu) de vida al desobedecer y, gradualmente, dejó escapar este espíritu de vida por una muerte lenta en el transcurso de los novecientos treinta años de su existencia. Entonces, el cuerpo regresó al polvo, donde estaba antes de la creación, y el espíritu de vida, el privilegio de vivir, el poder o el permiso de vivir, regresó a Dios, que le había dado este privilegio, este poder, exactamente como todo privilegio o favor condicional vuelve al donador si las condiciones de la donación no se cumplen. (Ecl. 12:7) Nada en este texto implica que el espíritu de vida “emprende su vuelo de regreso a Dios,” como algunos quisieran representarlo; porque el espíritu de vida no es ni una inteligencia, ni una persona, sino simplemente un *poder o privilegio* que ha sido confiscado y que, por consiguiente, regresa al donador original. La idea es que el hombre, habiendo pecado, no tiene más derecho a la *vida*; el regreso a Dios de sus derechos a la vida confiscados y el regreso de su carne al polvo devuelven su condición a lo que era exactamente antes de ser creado.

Objeto de la Reconciliación: El Hombre

Pero lo mismo que nuestro Señor Jesús confiaba en la promesa divina de un regreso de su “espíritu de vida” o poder y derechos a la vida en el arreglo divino, así, debido al sacrificio de redención de nuestro Señor, están abiertas ciertas esperanzas y promesas a toda la humanidad, por “Jesús, el Mediador del Nuevo Pacto.” (Heb. 12:24) Por esta razón los creyentes “no se entristecen como los otros que no tienen esperanza.” Nuestro Redentor *rescató* el espíritu de los derechos a la vida que nuestro mismo padre Adán había perdido para sí mismo y toda su familia. Ahora los creyentes pueden por lo tanto (y, por el conocimiento del plan de Dios, para otros también) volver a poner su espíritu (su poder de vida) en las manos de Dios también, como hizo nuestro Señor así como Esteban, llenos de fe de que la promesa divina de una *resurrección* se realizará. Una resurrección significará, para el mundo, una reorganización del cuerpo humano, su vivificación o despertar por la energía vital, un espíritu de vida (hebreo: *ruach*; griego: *pneuma*). Para la Iglesia del Evangelio los participantes en la “primera [principal] resurrección” esto significará el don del espíritu de vida o la energía de vida (hebreo: *ruach*; griego: *pneuma*) en un cuerpo espiritual—“spirit body”. —1 Cor. 15:42-45

En el cuadro vivo de la futura resurrección terrestre que nos ofrece la profecía de Ezequiel (37:5-10,13,14) se presentan claramente las relaciones entre el cuerpo y el espíritu de vida, “*el aliento*”. No importa que el profeta se sirva de ello simplemente como *símbolo*, sino que muestra (prueba), sin embargo, que un organismo humano no tiene vida hasta que reciba el *ruach*, el aliento (o respiración —*Trad.*) de vida, lo que, como hemos mostrado en otra parte, es común a todos los animales porque ninguno puede vivir sin él. Examinemos detenidamente las declaraciones de Ezequiel:

(e) “He aquí, yo hago entrar espíritu [*ruach*—espíritu de vida, energía de vida] en vosotros, y viviréis.”

(e) “Y pondré tendones sobre vosotros, y haré subir sobre vosotros carne, y os cubriré de piel, y pondré en vosotros *espíritu* [*ruach*—espíritu de vida, energía de vida], y viviréis.”

La Reconciliación

(e) “Y miré, y he aquí tendones sobre ellos, y la carne subió, y la piel cubrió por encima de ellos; pero no había en ellos *espíritu* [*ruach*—espíritu de vida, energía de vida].”

(e) “Y me dijo: “Profetiza al *espíritu* [versión inglesa: viento; nuestras versiones castellanas, con la excepción de la Reina Valera, lo vierten por: “Profetiza al aliento de vida.” —*Trad.*] [*ruach*—espíritu de vida, energía de vida; en el margen de la versión inglesa: aliento]... y di al *espíritu*, [*ruach*—espíritu de vida, aliento de vida]: Así ha dicho Jehová el Señor: *Espíritu* [*ruach*—aliento o espíritu de vida], ven de los cuatro *vientos* [*ruach*] y *sopla* [*ruach*—aliento o espíritu de vida] sobre estos muertos, y vivirán.”

(e) “Y profeticé como me había mandado, y entró *espíritu* [*ruach*, espíritu de vida, aliento de vida, energía viva] en ellos, y vivieron.”

(e) “Y sabréis que yo soy Jehová, cuando abra vuestros sepulcros, y os saque de vuestras sepulturas, pueblo mío. Y pondré mi *Espíritu* [*ruach*—espíritu de vida, aliento de vida] en vosotros, y viviréis.”

Adán tenía el privilegio, si hubiese sido obediente, de *conservar* para siempre este *espíritu* de vida (o *poder* de vida) que su Creador le había dado. Se le desposeyó por su desobediencia y *el derecho a la vida* regresó al Gran Dispensador; este espíritu de vida no era ni una persona, ni una cosa, sino un derecho o un privilegio y este espíritu de vida regresó a Dios que había dado este derecho o privilegio bajo condiciones, que se violaron. —Ecl. 12:7

(e) “No hay hombre que tenga potestad sobre el *espíritu* [*ruach*: espíritu de vida, chispa de vida] para retener el *espíritu* [*ruach*: espíritu de vida, aliento de vida].” —Ecl. 8:8

Por la gracia de Dios estos derechos o privilegios de vida perdidos que todo hombre entrega a Dios a su muerte han sido comprados con sangre preciosa, y el comprador se anuncia como el nuevo Dispensador de vida, el regenerador o padre de la raza, que dará la vida, y la vida más abundante, a todos los que, finalmente, le acepten.

Daremos sólo un ejemplo tomado del Nuevo Testamento:

(e) “El cuerpo sin *espíritu* [*pneuma*—chispa de vida, aliento de las vidas] está muerto.” —Stg. 2:26

RUACH, PNEUMA—LA DISPOSICIÓN DE ESPÍRITU,* LA VOLUNTAD

Ya que el espíritu[†] o voluntad, es un *poder* o influencia *invisible* se designa por las mismas palabras equivalentes en hebreo y en griego, como se ve en los ejemplos siguientes:

(f) “Y Ana le respondió diciendo: No, señor mío; yo soy una mujer atribulada de *espíritu* [*ruach*—mental[‡], disposición].” —1 Sam. 1:15

(f) “El necio da rienda suelta a toda su *ira* [*ruach*—planes, pensamientos, mental[‡], intención].” —Prov. 29:11

(f) “Me quejaba, y desmayaba mi *espíritu* [*ruach*—mental[‡], coraje].” —Sal. 77:3

(f) “Y mi *espíritu* inquiría [*ruach*—mental[‡]].” —Sal. 77:6

(f) “El de *espíritu* [*ruach*—disposición, temperamento[‡]] fiel lo guarda todo.” —Prov. 11:13

(f) “Todos los caminos del hombre son limpios en su propia opinión; pero Jehová pesa los *espíritus* [*ruach*—la mentalidad[‡]], los pensamientos, los motivos.” —Prov. 16:2

(f) “Antes del quebrantamiento es la soberbia, y antes de la caída la altivez de *espíritu* [*ruach*—disposición, voluntad, mentalidad[‡]].” —Prov. 16:18

(f) “Mejor es humillar el *espíritu* [*ruach*—comportamiento[‡], disposición].” —Prov. 16:19

(f) “Y también esto es vanidad y aflicción de *espíritu* [*ruach*—disposición[‡]].” —Ecl. 6:9

(f) “Mejor es el sufrido de *espíritu* [*ruach*—temperamento[§], disposición] que el altivo de *espíritu* [*ruach*—temperamento^{*},

* “Mind” —Trad.

† “Mind” —Trad.

‡ “Mind” —Trad.

§ “Mind” —Trad.

La Reconciliación

disposición]. No te apresures en tu *espíritu* [*ruach*—temperamento*, disposición].” —Ecl. 7:8,9

Algunos ejemplos tomados del Nuevo Testamento:

(f) “El niño [Juan] crecía y se fortalecía en *espíritu* [*pneuma*, disposición*, carácter].” —Lucas 1:80

(f) “No perezosos; fervientes en *espíritu* [*pneuma*, disposición*, carácter], sirviendo al Señor.” —Rom. 12:11

(f) “Nosotros no hemos recibido el *espíritu* [*pneuma*—disposición, mentalidad*] del mundo.” —1 Cor. 2:12

(f) “No tuve reposo en mi *espíritu* [*pneuma*, pensamientos*].” —2 Cor. 2:13

(f) “Renovaos en el *espíritu* [*pneuma*, carácter, disposición] de vuestra mente.” —Ef. 4:23

(f) “En el incorruptible ornato de un *espíritu* [*pneuma*—mentalidad, disposición] afable.” —1 Ped. 3:4

Los usos empleados por las Escrituras de los términos originales muestran que nuestra palabra castellana *espíritu* es un buen equivalente del original, porque no hablamos solamente del espíritu de vida, sino también de un espíritu amable, de un buen espíritu, de un espíritu o de un humor colérico, de un espíritu de amargura y de un espíritu iracundo; también nos servimos de estas expresiones tanto para los animales inferiores como para el hombre. El hecho que probamos aquí se demuestra abundantemente, a saber: el *espíritu* no es el hombre real ni otro hombre, sino que esta palabra, cuando se emplea respecto a la creación del hombre, significa simplemente la chispa de vida o poder de vida común a todos los animales.

NESHAMAH—EL ALIENTO DE LAS VIDAS

Aunque la palabra *ruach* se traduzca a veces por “aliento” o respiración, los hebreos tenían otra palabra para aliento, *neshamah*. Lo encontramos veintiséis veces, y en diecinueve de ellas se traduce por “aliento”, “inspiración” una vez, “espíritu” dos veces,

“almas” una vez, “ráfaga de viento” tres veces.* Como ejemplos del significado de esta palabra, y prueba de que significa simplemente el poder de vivir y no implica en ningún sentido el pensamiento de vida eterna o de inmortalidad, notemos los usos siguientes de la palabra:

“Entonces Jehová Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y *sopló* [*naphach*—insufló, hinchó] en su nariz *aliento* [*neshamah*[†] de *vida* [*caiyah*].” —Gén. 2:7

“Y murió toda carne que se mueve sobre la tierra, así de aves como de ganado y de bestias, y de todo reptil que se arrastra sobre la tierra, y todo hombre. Todo lo que tenía aliento de *espíritu*[‡] [*neshamah*] de *vida* [*caiyah*[§]] en sus narices, todo lo que había en la tierra, murió.” —Gén. 7:21,22

Estos dos primeros rastros de la palabra *neshamah* en la Biblia bastan para probar abundantemente nuestra afirmación de que este término no tiene ninguna referencia a la inmortalidad, ni a un principio inmortal, sino simplemente a la vitalidad, al poder de vida. Este poder de vida, se nos dice, se le dio a Adán, y el mismo poder de vida, como se declara en nuestro segundo texto, lo poseyeron todos los animales: los pájaros, el ganado, las bestias y las cosas que se arrastran en la tierra seca, tanto como por el hombre; cuando a todas estas almas o seres se les privó de este aliento de vida, dice el relato, todas estas almas o todos estos seres murieron, tanto el hombre como las criaturas inferiores. Todos murieron de la misma manera, excepto que existen disposiciones divinas a favor del hombre; en efecto, al debido tiempo, Dios proporcionó un rescate, y más tarde, al tiempo señalado, librerá a los humanos del poder de la muerte, según su promesa, por una resurrección del ser, del alma.

* En la versión común inglesa. —Trad.

† Referencia Strong N° 5397. —Trad.

‡ Nota de Darby: “lit: respiración de vida.”

§ Referencia Strong N° 2421. —Trad.

UN ALMA HUMANA

Muchos, al leer el relato de la creación en el Génesis, han notado así que, cuando Dios hubo formado al hombre del polvo del suelo y le hubo comunicado el aliento (espíritu) de vida, según el relato: “El hombre vino a ser *alma viviente*.” Tal afirmación, hecha al lector ordinario que comparte la opinión general errónea en cuanto al sentido de la palabra “alma”, basta para enturbiarle; hasta los que deberían haberle instruido convenientemente y comprendido primero el tema por sí mismos, desnaturalizaron el sentido de la palabra; se dice, sin embargo, que de una manera u otra, hay cierto fundamento para el error difundido que no comprende, sino que, supone, sus profesores de teología han profundizado y probado más allá de toda duda.

Sin captar el significado de la palabra *alma* mucha gente se toma la libertad de emplearla descuidadamente y, así, invierten la declaración bíblica y en lugar de hablar del hombre *como* un alma, hablan de él como *teniendo* un alma, lo que es muy diferente. Es necesario, por tanto, que todo investigador de la verdad deseche de su mente, en la medida de lo posible, todo prejuicio con respecto al tema, y muy particularmente a las cosas y a los puntos importantes que admite *no comprender*; porque es tendencia natural conceder cualidades y poder a lo misterioso e incomprendido. Así, según la concepción general, un alma posee un poder maravilloso, es maravillosamente inteligente, indestructible, intangible e incomprensible.

Se atribuye a un obispo metodista la siguiente definición del alma, que concuerda ciertamente bien con las supuestas teorías “ortodoxas,” aun si son absurdas al analizarlas seriamente: “El alma es sin interior ni exterior, sin cuerpo, sin forma ni miembros y podría poner un millón en una cáscara”. Tan diversas cosas se dicen sobre el alma para ayudar a sostener una concepción totalmente errónea. Según esta teoría el alma es el ser real, una chispa de la divinidad, posee cualidades divinas y una vida inteligente, etc. separada e independiente del cuerpo; vive en el cuerpo humano durante un tiempo, se sirve de él como morada, y

cuando se agota o incapacita lo abandona. Dado que nadie ha visto nunca jamás entrar un alma en un cuerpo y que no puede hallarse mientras está en el cuerpo a través del examen más minucioso y con todas las aplicaciones perfeccionadas del microscopio, de la fotografía y de los rayos "X", se supone que es "sin cuerpo, sin forma y sin miembros". Y como se la supone tan pequeña que no puede descubrirse con un microscopio sería posible afirmar que podríamos poner cincuenta millones en una cáscara. En realidad, el obispo dio allí una definición excelente de lo que no es *nada en absoluto*; podrían colocarse cientos de millones de nada en el más pequeño tipo de cáscara y todavía habría espacio disponible.

¿Pero sobre qué fundamento radica una teoría tan extravagante? Respondemos: sobre ninguno. Es el resultado de que el hombre haya adoptado su propia concepción de una vida futura y haya rechazado la concepción y el plan divinos. La concepción humana declara: debe haber algo que nunca muere, de lo contrario no podría haber vida futura; la divina declara: el mismo Dios que creó en el principio es capaz de resucitar a los muertos. Tal es la contradicción que surge entre la Palabra de Dios y todas las hipótesis humanas, tanto entre los pueblos civilizados como entre los bárbaros; todas las hipótesis humanas enseñan que el hombre no muere y no necesita ni a un Dispensador de vida ni una resurrección. La concepción de la Biblia es, por el contrario, que el hombre muere y que sin un Dispensador de vida y sin una resurrección la muerte sería verdaderamente el fin de todo y no habría ninguna vida futura.

Es para sostener su propia hipótesis que el mundo, y todos sus libros religiosos (incluso, sentimos de decirlo, la mayoría de obras de escatología escritas por quienes se dicen cristianos), enseñan la doctrina de la inmortalidad del alma, a saber: que hay en el hombre un alma que posee una vida distinta que la de su cuerpo, inmortal, indestructible y, por consiguiente, destinada a una eternidad de sufrimiento o de felicidad. Llegamos entonces a la pregunta:

¿QUÉ ES UN ALMA?

Examinando esta pregunta desde el punto de vista bíblico encontramos que el hombre *tiene* un cuerpo y un espíritu, pero que *es* un alma. La ciencia está de acuerdo con las Escrituras en este punto. De hecho, una de las ciencias, la frenología, se encarga de considerar, como suertes de índice, los cráneos humanos y los de los animales inferiores para descifrar a partir de ellos los rasgos naturales y las características de sus poseedores: ¿y acaso no se sienten todos los hombres capaces en cierta medida de juzgar un carácter por un examen fisiológico? Todos pueden distinguir al intelectual de un idiota, al amable benévolo de un depravado brutal. Quienes no han aprendido que el *organismo* (la forma del cuerpo) está vinculado indisolublemente con la naturaleza, el carácter y las disposiciones mentales han hecho mal uso de las lecciones de la vida y no están preparados para juzgar nuestro tema o cualquier otro.

La palabra “alma,” tal como se encuentra en las Escrituras, significa *ser sensitivo*; es decir, ser dotado de percepción sensorial. Con la mente libre de prejuicios, vayamos con esta definición el relato del Génesis relativo a la creación del hombre y notemos que (1) se formó el organismo o *cuerpo*; (2) se comunicó a este cuerpo el *espíritu* de vida, llamado “aliento o respiración de vida”; (3) y resultó el *alma viviente*, o ser sensitivo. Simple y fácil de entender. Esto muestra que el cuerpo no es el alma ni el alma es el espíritu o aliento de vida; más bien la unión de estos dos elementos por el Señor produjo un hombre vivo, un ser viviente -un alma viviente que poseía facultades de percepción. No hay nada misterioso, ninguna idea de una chispa de divinidad infundida en el hombre, no más que en los animales inferiores. De hecho, si la creación de los animales inferiores pasó en silencio sin describirse especialmente, se nos permite saber que en ellos el modo de proceder debe haber sido sensiblemente el mismo. Sabemos que un perro no puede existir sin un organismo o cuerpo de perro ni sin espíritu o aliento de vida en este cuerpo. El cuerpo del perro al que nunca se le hubiera animado no sería un perro. Es menester que la

chispa de vida, la respiración de vida, le haya sido transmitida antes, y entonces comienza la existencia del perro. Lo mismo es verdadero para todos los animales.

En plena armonía con lo precedente llamemos la atención a un hecho que sorprenderá muchos, a saber, que según el relato de las Escrituras, cada perro es un alma, cada caballo es un alma, cada vaca es un alma, cada pájaro y cada pez son almas. Es decir, todos son criaturas *sensitivas*, que poseen facultades de percepción por los sentidos. Es verdad que algunos están en un plano más elevado que otros, pero la palabra *alma* se aplica a propósito y bíblicamente a todas las criaturas tanto a las de planos inferiores como al hombre, el más elevado y más noble. Todos son almas. Observe que no decimos que *tienen* almas, en el sentido ordinario y erróneo de este término, sino que todos *tienen* almas en el sentido de tener *vida, ser, existencia*: Son almas vivientes. Probémoslo:

En los capítulos primero, segundo y noveno del Génesis, la expresión “alma viviente” se aplica nueve veces, en el hebreo original, a los animales inferiores, pero los traductores (preocupados, parece, por defender la divagación falsa pero común concerniente a un alma, tomada de la filosofía platónica) velaron con perseverancia sobre su obra, de modo que, en la medida de lo posible, el lector inglés (como al hispano. —*Trad.*) está sumido en la ignorancia a este respecto; él no sabe que el término *alma* es apropiado para las criaturas inferiores y se aplica tanto a ellas como al hombre según el uso de las Escrituras inspiradas. De otro modo, ¿cómo habría podido suceder que en todos estos casos, y en muchos otros ejemplos a través de las Escrituras, hayan disimulado cuidadosamente el pensamiento, empleando otra palabra inglesa (o castellana. —*Trad.*) para traducir la palabra hebrea que vierten por “alma” cuando designa al hombre? Tan celosamente han guardado este punto que esta palabra hebrea ha sido traducida por “alma” en relación con las “criaturas inferiores” en un solo pasaje de la Biblia*, a saber, en Números 31:28, y allí, es muy evidente que

* En francés, la versión Darby también señala, en nota, el hecho en Gen. 9:4; Lev. 17:12 (“Nadie = ningún alma”); Deut 12:23.

fueron forzados a revelar la cosa, a causa de la construcción particular de la frase, sin otra traducción razonable posible. El pasaje se lee así:

“Y apartarás para Jehová el tributo de los hombres de guerra que salieron a la guerra; de quinientos, uno (un alma, nota de Darby) así de las personas como de los bueyes, de los asnos y de las ovejas”. Se observe que aquí, la palabra “alma” se emplea para las criaturas inferiores tanto como para el hombre, y así aparecería en otras partes de las Escrituras si los traductores hubieran eliminado las desviaciones y torsiones de sus concepciones falsas respecto a este tema.

Ahora examinemos los nueve textos del Génesis en los cuales se encuentra el original hebreo de la palabra *alma* (*neh-phesh*) en relación con los animales inferiores:

“Dijo Dios: Produzcan las aguas seres *vivientes* [heb.: *neh-phesh*: alma*].” —Gén. 1:20

La nota a pie de la página de la versión Darby lleva: “heb.: *alma*, aquí y versículos 21:24 y Gén. 2:19”, y esto pasaba en el quinto día, o quinto período, de la creación, mucho antes de la creación del hombre.

“Y creó Dios los grandes monstruos marinos, y todo *ser* viviente [heb.: *neh-phesh*, *alma* viviente] que se mueve, que las aguas produjeron según su género.” (Gén. 1:21) Esto también pasaba en el quinto “día”, antes de la creación del hombre. Eran *almas*-peces.

“Luego dijo Dios: Produzca la tierra *seres* vivientes [heb.: *neh-phesh*, *alma* viviente] según su género, bestias y serpientes y animales de la tierra según su especie.” (Gén. 1:24) Estas criaturas eran almas de la tierra seca, superiores a los peces, pero el hombre, el alma humana, o ser humano, todavía no había sido creado.

“Y dijo Dios:... Y a toda bestia de la tierra, y a todas las aves de los cielos, y a todo lo que se arrastra sobre la tierra, en que hay *vida* [un *alma* viviente: *neh-phesh*], toda planta verde les será para comer.” (Gen 1:30) Aquí, se especifican los animales inferiores y

* Referencia Strong N° 5315. —Trad.]

se dice muy claramente, exactamente en los mismos términos que para el hombre, que todos son almas vivientes.

“Jehová Dios formó, pues, de la tierra toda bestia del campo, y toda ave de los cielos, y las trajo a Adán para que viese cómo las había de llamar; y todo lo que Adán llamó a los *animales* vivientes [heb. *alma* viviente, *neh-phesh*], ese es su nombre.” (Gén. 2:19) Todo comentario es superfluo: no se podría pretender más ahora que el *alma* es exclusivamente una parte o una cualidad *humana*: este término, bien comprendido, designa a todas las *criaturas sensitivas* desde la más ínfima hasta la más elevada, todas las criaturas que poseen poderes sensitivos.

“Todo lo que se mueve y vive, os será para mantenimiento... Pero carne *con su vida* [heb., carne, *alma, neh-phesh*], que es su sangre, no comeréis.” (Gén. 9:3,4) Aquí, la Palabra afirma no sólo que los animales de los cuales el hombre puede comer poseen un alma o *existencia*, sino que añade que su *sangre* representa su *existencia* (*ser* o *alma*) y es por eso que se le prohíbe al hombre servirse de la sangre como alimento y cultivar la sed por la sangre.

“He aquí que yo establezco mi pacto con vosotros [Noé], y con vuestros descendientes después de vosotros; y con todo *ser* viviente [heb. *alma* viviente, *neh-phesh*] que está con vosotros; aves, animales y toda bestia de la tierra que está con vosotros.” (Gén. 9:9,10) Esta exposición es muy clara; muestra que todas las criaturas vivientes son almas tanto como el hombre, aunque siéndole inferior por su naturaleza, su organismo, etc.

“Esta es la señal del pacto que yo establezco entre mí y vosotros, y todo *ser* viviente [heb. *alma* viviente, *neh-phesh*].” (Gén. 9:12) ¿Qué hay más explícito?

“Y me acordaré del pacto mío, que hay entre mí y vosotros y todo *ser* viviente [heb.: toda *alma* viviente, *neh-phesh*].” —Gén. 9:15

La misma expresión se repite exactamente en el versículo 16, y no hay ninguna posibilidad de cavilar sobre el significado de este término cuando se levanta el velo de los errores de traducción; podemos captar entonces el pensamiento que Dios deseaba transmitirnos por su Palabra.

La Reconciliación

Podríamos continuar este examen en otros libros de la Biblia, pero hemos citado bastantes textos para establecer nuestra demostración; a saber, que en el uso bíblico el alma se aplica tanto a los animales inferiores como al hombre; es falso aseverar que la superioridad del hombre sobre los animales y sus esperanzas de una vida futura provienen del hecho de que es un *alma* mientras que los animales no. Estas concepciones falsas deben cambiarse radicalmente, si queremos ver las cosas según la verdadera enseñanza de la revelación divina.

Pero que nadie no se equivoque: no enseñamos de ninguna manera que todas las criaturas vivientes que se mueven, desde la polilla hasta el elefante y desde el renacuajo hasta la ballena que son *almas vivientes*, deben tener una vida futura, ya sea por una transferencia a las condiciones espirituales o por una futura resurrección. Tal pensamiento sería un disparate absoluto que nada justificaría. Miles de millones de *almas* vivientes de estos planos más inferiores de la naturaleza animal nacen cada minuto y otros tanto mueren en el mismo tiempo.

Nuestro argumento es que el hombre mismo es un *alma* o *ser* del orden más elevado, el rey y el señor sobre los órdenes inferiores de almas o de seres sensitivos, siendo un alma animal, humana y terrestre; sin embargo, el hombre había estado constituido tan magníficamente en el principio (Adán) que podía, con razón, describirse como siendo en la *semejanza* de Dios, en la imagen del que le creó.

El hombre, como alma, difiere de los animales o almas inferiores por el hecho de su *organismo* superior; su superioridad no se afirma simplemente por la postura vertical de su cuerpo; sino por sus capacidades mentales superiores que se parecen a las de Dios, y reflejan Su semblante. El hombre fue creado a imagen de Dios por sus capacidades mentales y morales más que por su forma física. Aunque muchos de las órdenes inferiores de almas animales poseen *facultades de raciocinio* que prueban de mil maneras, no obstante, cada uno de ellos tiene un límite que no puede sobrepasar mientras que las facultades de raciocinio del hombre son casi ilimitadas al ser creado a “*imagen* de Dios”, a “*semejanza* del que

le creó”. Y a pesar de la caída del hombre en el pecado y sus miles de años de espesas tinieblas degradación todavía podemos discernir la semejanza de Dios, especialmente entre los que han aceptado el ministerio de Cristo que reconcilia con Dios; han llegado a ser de nuevo “hijos de Dios” y procuran hacerse semejantes a la imagen del querido Hijo de Dios.

Por ejemplo: podemos enseñar a caballos, perros y pájaros el significado de numerosas palabras para darles a entender muchas cosas concernientes a los asuntos de la vida. A menudo manifiestan sus facultades de raciocinio y algunos hasta son capaces de contar hasta veinte; pero, ¿quién intentaría enseñar álgebra, geometría o astronomía a un caballo, a un perro o a un pájaro? Podemos enseñarles a los animales más inteligentes cierta noción de honradez moral y de deber moral hacia sus amos: no matar las ovejas, no morder, no cocear, etc. pero, ¿quién intentaría enseñarles el Decálogo? Se les podría enseñar cierta suerte de amor por el amo y sus amigos, pero, ¿quién pensaría en enseñarles a amar o a adorar a Dios o a soportar simplemente a los enemigos que les trataron con maldad?

Es digno de notar que todas estas diferencias no se deben a que los animales inferiores tengan una especie diferente de *aliento* o espíritu de vida pues, como hemos visto, “*una misma respiración* tienen todos” (Ecl. 3:19), ni a que el hombre sea un alma y el animal no, porque hemos notado que todos son almas. Pero, como hemos encontrado, y de lo cual todos somos testigos de ello, cada ser viviente posee un organismo corporal *distinto* que le da sus diferentes características y que constituye a uno superior y a otro inferior en la escalera de la inteligencia. Nótese también que el tamaño y el peso no dan la excelencia y la superioridad, si no el elefante y la ballena serían los señores de la tierra; la excelencia reside en la “*calidad orgánica*” representada principalmente en la estructura y las funciones del cerebro.

El hombre, por tanto, es la más elevada de las criaturas terrestres, “de la tierra” y su excelencia consiste en la superioridad de sus capacidades y facultades mentales que no son el resultado de un desarrollo, sino un don de su Creador.

“EL ALMA QUE PECARE, ÉSA MORIRÁ”

Está en armonía perfecta con lo precedente, pero en claro desacuerdo con la idea general sobre el tema, pues hallamos que las Escrituras hablan en repetidas ocasiones de la muerte del alma mientras que la filosofía humana y las colecciones de cánticos de teología declaran categóricamente que es indestructible. Leemos, por ejemplo, que al pagar nuestro Señor el precio de nuestro rescate “derramó su *vida* hasta la muerte” y puso “su *vida* en expiación por el pecado.” (Isa. 53:10-12) Es necesario, porque era el *alma* de Adán la que fue condenada a muerte y la promesa hecha a la humanidad es una redención del *alma*, o ser, del poder de la muerte: “Dios redimirá mi *vida* del poder del *Seol* [condición de muerte].” (Sal. 49:15) Todas las almas son rescatadas así en la única redención que se dice de todos nuestros amigos, de toda la humanidad, que “durmieron en Jesús.” —1 Tes. 4:14

Observamos aquí que el Apóstol no podía, con esta expresión, aludir simplemente a los santos, como cuando habla de los que están “en Cristo”; porque los que menciona como “nuevas criaturas” son solamente éstas engendradas de Dios por el Espíritu para heredar con Cristo, formando su Iglesia, los miembros de su cuerpo. Pero los que “duermen en Jesús” comprenden la raza entera, porque nuestro Señor Jesús fue una propiciación por nuestros pecados y por los del mundo entero; en virtud de este sacrificio, es nuestro Dispensador de vida, mientras que el testimonio y la ocasión de aceptarlo, para la mayoría, son todavía futuros. —1 Juan 2:2; 1 Tim. 2:4-6

Según el contexto, es manifiesto que Pablo pensaba así pues exhorta a los creyentes en no afligirse como los que no tienen esperanza; y muestra que la razón de esta esperanza es que Jesús murió por el pecado del hombre y resucitó para ser su justificador, y de ahí que todos “duermen en Jesús” o sean liberados igualmente de la sentencia de muerte y estén sujetos a Jesús, que los traerá de la condición de muerte por el poder divino. Si el Apóstol hubiera dicho, o querido decir que sólo los santos serían bendecidos así por Jesús podemos ver rápidamente que los creyentes de entonces, y

los de después, habrían encontrado muy poco consuelo en sus palabras, porque la gran mayoría de los amigos de todos estos creyentes no pueden llamarse santos. Si el despertar del sueño de la muerte fuera una bendición reservada para los santos solamente, el pensamiento del Apóstol en lugar de ser consolador sería lo contrario: angustia, aflicción. Pero el Apóstol hace alusión al mundo entero dormido así en Jesús, aunque nadie lo conozca desde este punto de vista excepto el Padre celestial y sus hijos consagrados a quienes instruyó respecto a sus futuros planes desinteresados, por la Palabra de la Verdad, con el fin de que puedan regocijarse de la longitud, la anchura, la altura y la profundidad de la bondad divina, y “no os entristezcáis como los otros que no tienen esperanza [tan rica].” —1 Tes. 4:13

Lo mismo que el sueño natural, si es profundo, implica un estado de inconsciencia total, así la muerte, una figura del sueño, es un período de inconsciencia absoluta, más aun, un período de no existencia absoluta, excepto que se preserva según las intenciones y el poder del Padre. Se desprende de eso que el despertar de la muerte, para los que sean restaurados, significará un despertar a la vida consciente que será postergada por el pensamiento en el momento preciso en que la conciencia se perdió en la muerte. No subsistirá ninguna noción del tiempo que transcurrió en el ínterin: es decir, el momento del despertar será para los despertados el que sigue inmediatamente al momento de la muerte en cuanto a la apreciación consciente.

La misma condición ha sido probada por personas a consecuencia de accidentes que han ocasionado una presión sobre su cerebro y quienes, más tarde, habían estado temporalmente inconscientes sin perder sin embargo la vida. En tales casos, cuando la trepanación ha hecho cesar la compresión que actuaba sobre el cerebro, el sujeto vuelve inmediatamente al estado consciente, y en numerosos casos, acaba una frase quedada inconclusa cuando la conmoción cerebral vino a interrumpir el pensamiento. El poder divino reproducirá exactamente todas las circunvoluciones de cada cerebro y las vivificará. Así, a la hora del despertar, los humanos, el mundo en general, tendrán presentes las

La Reconciliación

mismas palabras y los mismos pensamientos que tenían al momento de expirar. Pero no olvidemos que hablamos aquí del mundo en general y no de la clase especial de los elegidos que han sido escogidos, tomados, fuera del mundo; estos últimos forman la Iglesia, el cuerpo de Cristo; tendrán parte en la primera resurrección y, de muchas maneras, conocerán una experiencia diferente.

Pero mientras que la muerte adámica que ha vuelto, debido al plan de Dios y al rescate, de ser una *destrucción* a una *suspensión* de vida, llamada sueño; encontramos, sin embargo, que las Escrituras afirman muy claramente que después del despertar del sueño de la muerte, dependerá de cada individuo ir a la perfección y a la vida bajo la dirección, el gobierno y la tutela del Cristo glorioso o tomar voluntaria, deliberada y obstinadamente la vía del pecado. De escoger ésta última recibirá el castigo destinado al principio a Adán, es decir, la muerte; pero no será más la muerte adámica, que fue la pena, será la segunda muerte, que no se designa en ninguna parte como un *sueño* y de la que no se da la menor idea de que habrá un despertar. Al contrario, se la llama “eterna perdición, excludos de la presencia del Señor.” —2 Tes. 1:9

De esta clase rescatada y despertada que tendrá, en general su prueba durante la Edad milenaria, las Escrituras declaran: “El alma que pecare, ésa morirá.” (Eze. 18:20) Tres consideraciones prueban que este pasaje no es generalmente aplicable ahora:

(1) No significa nada actualmente, ya que todos mueren—tanto los santos como los pecadores.

(2) Se expresa bajo la forma de una segunda sentencia y basado en las acciones de cada individuo, y no podría aplicarse al tiempo presente, pues ahora todos morimos a causa de la “desobediencia de un solo hombre” y de la sentencia de muerte que *le* azotó y afecta indirectamente a toda su raza. —Rom. 5:12

(3) El contexto muestra que este pasaje se refiere particularmente a los que han sido liberados del pecado adámico que prevalece en general hoy. Debe aplicarse por lo tanto especialmente a la próxima Edad, la Edad milenaria. Observe las

indicaciones del contexto y no olvide que el pacto de la ley de la Edad judaica era análoga al Pacto de la Edad milenaria, salvo que esta última tendrá un mejor Mediador, capaz y deseoso de socorrer y de ayudar a todos los que procuren andar rectamente, no imputándoles las faltas involuntarias.

El contexto declara: No se dirá más este proverbio en Israel: Los padres comieron las uvas agrias y los dientes de los hijos tienen la dentera. Al contrario, cada alma será responsable delante de Dios y “*el alma que pecare, ésta morirá*. El hijo no llevará el pecado del padre, ni el padre llevará el pecado del hijo; la justicia del justo será sobre él, y la impiedad del impío será sobre él.” (Eze. 18:2,4,20) Es evidente que aún no ha llegado este tiempo. Los hijos todavía tienen “la dentera” porque sus padres comieron las uvas agrias del pecado; estamos siempre bajo la ley de la herencia; hoy todos morimos por el pecado de Adán y no por el individual. La prueba es incontestable: cerca de la mitad de la familia humana muere en la infancia sin haber alcanzado la edad de discernimiento o de responsabilidad personal. ¿Quién no puede ver que el niño agonizante y moribundo a la edad de unos cuantos días o meses no muere por *sus propios pecados*, sino por ser miembro de la raza adámica bajo la maldición pronunciada contra nuestro padre Adán: “muriendo morirás?” Este niño heredó una parte de la maldición, y heredará también una parte de la bendición de Dios por Cristo en el despertar venidero que se nos garantiza por el mérito de la gran expiación cumplida en el Calvario.

En Jer. 31:29-34, encontramos otra referencia a las mismas condiciones exactas que las mencionadas por Ezequiel, a diferencia de que Jeremías nos da más detalles explícitos que muestran que este estado de cosas pertenece no a la Edad actual, sino a una futura:

“*En aquellos días* no dirán más: Los padres comieron las uvas agrias y los dientes de los hijos tienen la dentera, sino que cada cual morirá por su propia maldad; los dientes de todo hombre que comiere las uvas agrias, tendrán la dentera.”

Las palabras “en aquellos días” se aplican claramente a los tiempos de la restauración venidera, bajo el reino de Cristo, y no al

tiempo presente del reino del pecado y de la muerte. Observe que el profeta prosigue describiendo otros aspectos de la Edad milenaria, hablando del Nuevo Pacto que debe confirmarse en Israel y en Judá, el pacto eterno bajo el cual obtendrán su parte de las bendiciones y promesas abrahámicas que han esperado por tanto tiempo. Compárese con Rom. 11:26-31.

El pensamiento de que la muerte será de nuevo el castigo del pecado para todos los que, después de haber sido rescatados de la muerte adámica y de haber recibido el conocimiento de la gracia de Dios, recibe esta gracia en vano se demuestra por estas palabras de Jesús: “Y no temáis a los que matan el cuerpo, mas el alma no pueden matar [no temáis a los que quitan la vida presente, la cual ya está, de todas maneras, condenada a muerte; sino acordaos de que vosotros habéis sido rescatado, que se os ofrece una vida futura y que nadie puede robar lo que Dios ha reservado para vosotros por la redención en Cristo Jesús]; temed más bien a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno [Gehena].” (Mat. 10:28) Jesús afirma aquí de manera incontestable que Dios tiene el poder de destruir el alma. No ignoramos que una teología grosera procuró retorcer las Escrituras y sostener en consecuencia que este texto significa que Dios puede *destruir la felicidad* del alma en el gehena, sino que no puede destruir el alma misma. Respondemos que dar tal interpretación a este pasaje es retorcer las Escrituras y pervertirlas de una manera que no puede carecer de tener consecuencias desastrosas para los que “adulteran la palabra de Dios.” Mostramos en otra parte* que la palabra “gehena” empleada aquí significa “la Segunda Muerte” (la destrucción total) para todas las almas que no quisieran escuchar al gran profeta de Dios cuando, al debido tiempo, hable claramente a todo el pueblo, mientras que ahora, lo hace en parábolas y en lenguaje oscuro que sólo la Iglesia puede comprender. —Hechos 3:23; Mat. 13:11

Sostenemos, por tanto, que las Escrituras afirman sin la menor duda que el *hombre* es un alma o un ser que, por su pecado, perdió su derecho a la vida y ahora se encuentra bajo la maldición

* “¿Qué Dicen las Escrituras Acerca del Infierno?”

o castigo de la sentencia divina, la *muerte*; tales eran las disposiciones de Dios. La Palabra declara además que los privilegios y derechos humanos fueron rescatados por el hombre Cristo Jesús que se dio a sí mismo en rescate por todos; que la muerte actual no debe considerarse como la muerte (destrucción completa), sino simplemente como un “sueño” temporal del cual la humanidad será despertada por su Redentor en la mañana de resurrección de la Edad milenaria.

CONFUSIÓN A CONSECUENCIA DE TRADUCCIONES INEXACTAS

Cuando comprobamos a todas luces las concepciones erróneas que compartieron la mayoría de los traductores de nuestras versiones respecto al alma, al espíritu y a la naturaleza verdadera del hombre, no debe sorprendernos su turbación y su confusión: queriendo armonizar a la fuerza sus traducciones con sus ideas preconcebidas sobre este tema han embrollado diez veces más al lector medio, han escondido y retorcido el sentido de las palabras a tal punto que es extremadamente difícil para el lector discernir la luz a través del obstáculo ahora doble: él debe en efecto discernir (1) la enseñanza falsa sobre el tema y (2) las traducciones inexactas que apoyan las tales.

Sin embargo, gracias a la providencia divina, ahora vivimos en una época en que tenemos a nuestra disposición guías y ayudas de todo tipo, de forma que el hombre, incluso de cultura media, puede, con las guías ante de él, conseguir del tema una mejor concepción de la que tuvieron los traductores mismos. Existen ahora tres obras que le dan al lector inglés un conocimiento medianamente claro de la versión común y que muestran exactamente cómo tradujo los originales hebreos y griegos: (1) *The Englishman's Hebrew and Greek Concordance of the Holy Scriptures* [no confesional]* (2) Professor Young's *Analytical*

* Concordancia hebrea y griega de las Santas Escrituras para el uso del inglés.

Concordance to the Biblia [Presbiteriano]* (3) Dr. Strong's *Exhaustive Concordance* [Metodista]†. Estas obras dan cada palabra de las Escrituras y muestran la original, la raíz de la que deriva. Aunque hemos mencionado las denominaciones representadas en estas distintas concordancias, decir que, por lo que hemos podido observar, no se ha permitido que los prejuicios de las confesiones intervengan en la exactitud de ninguna de ellas. Aunque concebidas sobre datos un poco diferentes aportan testimonios armoniosos y exactos, las diferencias que existen entre ellas provienen simplemente de cuestiones de comodidad y de utilidad práctica.

¿Qué encontramos al examinar estas obras modelos? Esto: Que la palabra hebrea *neh-phesh*, generalmente traducida por “alma” (436 veces) en el Antiguo Testamento y que significa “un ser sensitivo” se traduce de treinta y seis maneras diferentes [en el inglés. —*Trad.*]‡, como lo vemos a continuación: “cualquier”: 4 veces; “apetito”: 2; “bestia”: 1; “cuerpo”: 4; “aliento”: 1; “criatura”: 9; [véase Gén. 1:21,24; 2:19; 9:10*,12,15,16; Lev. 11:46: dos veces]; “muerto”: 5; “mortal”: 1; “deseo”: 3; “descontentado”: 1; “peces”: 1 (Isa. 19:10); “espectro” o “fantasma”: 2; “voraz”: 1; “tiene”: 1; “él”: 1 (Sal. 105:18); “corazón”: 5; “cordialmente”: 1; “ella misma”: 1; “ella”: 1; “él mismo”: 4; “vida”: 100; “codicia”: 2; “hombre”: 2; “yo”: 3 (Núm. 23:10; Jueces 16:30; 1 Reyes 20:32); “mente”: 15; “mortalmente”: 1; “yo mismo”: 1 (Sal. 131:2); “uno”: 1 (Lev. 4:27); “propio”: 1 (Prov. 14:10); “persona”: 24 (Gén.14:21); (Núm. 31:19; 35:11,15,30; Deut. 10:22; 27:25; Jos. 20:3,9); “placer”: 3; “sí mismo”: 21; “matar”: 1; “cosa”: 2 (Lev. 11:10*; Eze. 47:9); “voluntad”: 3; “vuestro(a)”: 3.

La palabra griega *psuché* § [ser sensitivo] del Nuevo Testamento, correspondiente a *neh-phesh*, se traduce por “alma”:

* Concordancia Analítica del Profesor Young.

† Concordancia Exhaustiva del Dr. Strong.

‡ En francés, Darby da frecuentemente y honestamente en nota: “Heb.: “alma”, aquí y en otra parte, a menudo.” —*Trad.*]

§ Referencia Strong N° 5590. —*Trad.*

Objeto de la Reconciliación: El Hombre

cincuenta y seis veces; “espíritu”, tres veces (Hechos 14:2; Fil. 1:27; Heb. 12:3); “corazón”: una vez (Ef. 6:6); “vida”: cuarenta y una veces.

Entre estas diferentes traducciones, la última es la que más contribuyó a oscurecer la verdad y contribuyó a dar la impresión de que la *vida* es una cosa, y el *alma* o ser otra cosa, y a favorecer la idea de que un hombre puede perder su vida sin perder su alma, su ser. Los casos siguientes muestran que la palabra *psuché* se traduce por *vida*, pero que la confusión habría podido evitarse si se hubiera traducido por *ser* o *alma*:

“Los que procuraban la *muerte* [*psuché*: alma, ser] del niño.”
—Mat. 2:20

“No os afanéis por vuestra *vida* [*psuché*: alma, ser].” —Mat. 6:25

“¿No es la *vida* [*psuché*: alma ser] más que el alimento?”
—Mat. 6:25

“El que halla su *vida* [*psuché*: alma, ser], la perderá; y el que pierde su *vida* [*psuché*: alma, ser] por causa de mí, la hallará.”
—Mat. 10:39

“Porque todo el que quiera salvar su *vida* [*psuché*: alma, ser] la perderá; y todo el que pierda su *vida* [*psuché*: alma, ser] por causa de mí, la hallará.” —Mat. 16:25

“El Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su *vida* [*psuché*: alma, ser] en rescate por muchos.” —Mat. 20:28

“¿Es lícito en los días de reposo hacer bien, o hacer mal; salvar la *vida* [*psuché*: alma o ser], o quitarla?” —Marcos 3:4

“Porque todo el que quiera salvar su *vida* [*psuché*: alma o ser], la perderá; y todo el que pierda su *vida* [*psuché*: alma o ser] por causa de mí y del evangelio, la salvará. Porque ¿qué aprovechará al hombre si ganare todo el mundo, y perdiera su *alma* [*psuché*: vida, viviente]? ¿O qué recompensa dará el hombre por su *alma* [*psuché*: vida, ser]?” [¿Cuán pocos lectores de habla hispana son advertidos del hecho de que “vida” y “alma”, empleadas dos veces en este pasaje, vienen del mismo término griego *psuché*!] —Marcos 8:35-37

La Reconciliación

“El Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su *vida* [*psuché*: alma, ser] en rescate por muchos.” —Marcos 10:45

“¿Es lícito en día de reposo hacer bien, o hacer mal? ¿salvar la *vida* [*psuché*: alma, ser], o quitarla?” —Lucas 6:9

“Porque todo el que quiera salvar su *vida* [*psuché*: alma, ser], la perderá; y todo el que pierda su *vida* [*psuché*: alma, ser] por causa de mí, éste la salvará. Pues ¿qué aprovecha al hombre, si gana todo el mundo, y se destruye o se pierde a sí mismo?” —Lucas 9:24,25

“El Hijo del Hombre no ha venido para perder las *almas* [*psuché*: almas, seres] de los hombres, sino para salvarlas.” —Lucas 9:56

“No os afanáis por vuestra *vida* [*psuché*: alma, ser], qué comeréis; ni por el cuerpo, qué vestiréis. La vida es más que la comida, y el cuerpo que el vestido.” —Lucas 12:22,23

“Si alguno viene a mí, y no aborrece [no ama menos] a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y hermanos, y hermanas, y aun también su propia *vida* [*psuché*: alma, ser], no puede ser mi discípulo.” —Lucas 14:26

“Todo el que procure salvar su *vida* [*psuché*: alma, ser], la perderá; y todo el que *la* [*psuché*: alma, ser] pierda, la salvará.” —Lucas 17:33

Según el pensamiento expresado en este último texto y en muchos de los precedentes, los hijos del Señor deben acordarse de que su existencia o su ser actual está, den cualquier caso, bajo sentencia de muerte, pero que la gracia divina proporcionó la redención, no la continuación de la existencia, sino una revivificación, una resurrección, un regreso a la vida. Durante el llamamiento de esta Edad Evangélica se nos invita a poner nuestra vida al servicio del Señor, como sacrificios vivos, según el ejemplo de nuestro Redentor, porque según la promesa, todos los creyentes en Cristo que se comportan tan escrupulosamente tendrán parte con él en la naturaleza divina, por obra de la primera resurrección.

Objeto de la Reconciliación: El Hombre

Así es como recobrarán su alma, su ser, su existencia, con “la *vida* [zoée*] en abundancia.” —Juan 10:10

“El buen Pastor su *vida* [*psuché*: alma, estar] da por las ovejas [nuestro Señor “derramó su vida hasta la muerte; puso su vida en expiación por el pecado.” —Isa. 53:10,12].” —Juan 10:11

“Pongo mi *vida* [*psuché*: alma, ser] por las ovejas.” —Juan 10:15

“Pongo mi *vida* [*psuché*: alma, ser], para volverla a tomar [según la promesa y el poder divino, por la resurrección].” —Juan 10:17

“El que ama su *vida* [*psuché*: alma, ser], la perderá; y el que aborrece su *vida* [*psuché*: alma, ser] en este mundo, para vida eterna la guardará.” —Juan 12:25

Aquí, el pensamiento es que la fidelidad a Dios en las malas condiciones actuales produce necesariamente en nosotros una aversión, un descontento para tal estado de cosas y aumenta nuestro deseo y determinación de sacrificar todas las cosas terrestres en el servicio de Dios, de la justicia y de nuestros semejantes con el fin de que, según las disposiciones divinas, podamos considerarnos dignos de una existencia (alma, ser), en las condiciones más favorables de la dispensación venidera. El que ama el estado de cosas actual, que estima los disfrutes y los placeres del tiempo presente superiores a la justicia y a la obediencia a Dios, proporciona la prueba de que es indigno de la futura existencia que Dios nos ha ofrecido, indigno de recobrar su alma, su ser, en la primera resurrección.

“¿Tu *vida* [*psuché*: alma, ser] pondrás por mí?” —Juan 13:38

“Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su *vida* [*psuché*: alma, ser] por sus amigos.” —Juan 15:13

“Hombres que han expuesto su *vida* [*psuché*: alma, ser] por el nombre de nuestro Señor Jesucristo.” —Hechos 15:26

“No os alarméis, pues está *vivo** [*psuché*: alma, ser] [no espiró, devolvió el último suspiro de su existencia].” —Hechos 20:10

* Referencia Strong N° 2222. —Trad.

La Reconciliación

“Pero de ninguna cosa hago caso, ni estimo preciosa mi *vida* [*psuché*: alma, ser, existencia] para mí mismo, con tal que acabe mi carrera con gozo.” —Hechos 20:24

El Apóstol había aprendido a juzgar rectamente la *existencia* presente como de poco valor en comparación con la futura vida prometida en la resurrección. No la consideraba como “preciosa” en el sentido de valer más que el Señor, su favor y las ocasiones de servir su causa. Estaba deseoso desvivirse y gastarse totalmente en el servicio del Maestro con la esperanza de obtener la primera resurrección, como lo dice explícitamente en Fil. 3:8-11.

“Varones, veo que la navegación va a ser con perjuicio y mucha pérdida, no sólo del cargamento y de la nave, sino también de nuestras *personas* [*psuché*: almas, seres].” —Hechos 27:10

“No habrá ninguna pérdida de *vida* [*psuché*: alma, ser] entre vosotros.” —Hechos 27:22

“Sólo yo he quedado, y procuran *matarme* [*psuché*: alma, ser].” —Rom. 11:3

“Que expusieron su *vida* [*psuché*: alma, ser] por mí.” —Rom. 16:4

“Porque por la obra de Cristo estuvo próximo a la muerte, exponiendo su *vida* [*psuché*: alma, ser] para suplir lo que faltaba en vuestro servicio por mí.” —Fil. 2:30

“Puso su *vida* [*psuché*: alma, ser] por nosotros,” “derramó su alma hasta la muerte”; “puso su vida en expiación por el pecado”; también nosotros debemos poner nuestras *vidas* [*psuché*: almas, seres] por los hermanos.” —1 Juan 3:16

“Y murió la tercera parte de los seres *vivientes* [*psuché*: alma, ser] que estaban en el mar.” —Apoc. 8:9

“Menospreciaron sus *vidas* [*psuché*: alma, ser] hasta la muerte.” —Apoc. 12:11

Una vez que tengamos clara en la mente esta pregunta del alma y que obtengamos una comprensión nítida de la manera exacta en la cual las palabras *neh-phesh* y *psuché* se emplean en las

* Darby traduce correctamente por alma, en lugar de vida; pero en una nota a pie de la página casi indica siempre: vida y alma, no viendo la diferencia. —*Trad.*

Escrituras por los autores inspirados, todo misterio desaparece. El abrigo de oscuridad que envolvía los términos vagos e indefinidos de *alma* y de *espíritu* (ghost: espectro o ser fantasma, para el lector inglés. —*Trad.*) se quita y le permite no sólo al ignorante, sino que también a muchas personas instruidas de penetrar el sentido de estos términos hasta ahora indefinidos, indescriptibles e incomprensibles.

Que nadie se imagine que el cuerpo *es* también el alma; sería un error, así como las palabras de nuestro Señor muestran claramente: “Dios es capaz de destruir (*a la vez.* —*Trad.*) el alma y el cuerpo.” Pero por otra parte, no puede haber alma, ni ser sensitivo sin cuerpo, celestial o terrestre, espiritual o animal.

Según la exposición del Génesis relativa a la creación del hombre vemos que el cuerpo fue formado primero, pero que no era un hombre, alma o *ser*, hasta ser animado. Tenía ojos, pero no veía nada; orejas, pero no oía nada; una boca, pero no hablaba; una lengua, pero no saboreaba; fosas nasales, pero no respiraba; un corazón, que no latía; sangre, pero fría y sin vida; pulmones, pero que no se inflaban. No era un hombre, sino un cuerpo sin vida, un cuerpo inanimado.

La segunda etapa del proceso de la creación del hombre fue dar vitalidad al cuerpo convenientemente “formado” y en todo aspecto preparado; esta operación se describe por las palabras “sopló en su nariz aliento de vida”. Cuando una persona sana se ahoga y se suspende toda animación podemos producir a veces un regreso a la vida, se dice, maniobrando los brazos para hacer funcionar los pulmones como un fuelle y devolviendo tan gradualmente la respiración en las fosas nasales. En cuanto a Adán no hizo falta, naturalmente, ningún esfuerzo penoso por parte del Creador para hacer respirar el oxígeno vivificante de la atmósfera en el organismo perfecto que había hecho.

Cuando el aliento vivificante entró en los pulmones, éstos se dilataron, cargó de oxígeno los glóbulos de sangre que iban al corazón; a su turno, el corazón envió la sangre a todas las partes del cuerpo, despertando a la sensación y a la energía los nervios preparados, pero hasta entonces dormidos. En un instante, la

La Reconciliación

energía alcanzó el cerebro, comenzando la percepción del pensamiento, el raciocinio y el funcionamiento de los cinco sentidos (la vista, el tacto, el olfato, el oído y el gusto). Lo que era un *organismo* humano sin vida se había hecho *hombre*, un ser sensitivo: se había alcanzado la condición de “*alma viviente*” mencionada en el texto. En otras palabras, la expresión “*alma viviente*” significa ni más ni menos que la expresión “*ser sensitivo*”, es decir, un ser capaz de sentir, de percibir, de pensar.

Además, aunque Adán tuviera un organismo perfecto, debía *sustentar* la vida, el *alma* o ser sensitivo, comiendo frutos de los árboles de vida. Cuando pecó, Dios lo echó del jardín, “*que no alargue su mano, y tome también del árbol [plural árboles o bosque] de la vida, y coma, y viva para siempre [es decir, comiéndolo continuamente]*” (Gén. 3:22) ¡Cómo se disipan las nieblas y los misterios ante la luz de la verdad que proyecta la Palabra de Dios!

A causa de la caída en el pecado y la muerte, la condición del hombre está lejos de ser lo que era en su perfección original cuando el Juez supremo declaró que era “muy buena”; además, algunos, cultivando los órganos inferiores del pensamiento y no haciendo uso de las facultades intelectuales superiores, han atrofiado los órganos del cerebro que representan estas facultades; sin embargo, estos *órganos* todavía existen y son susceptibles de desarrollarse, lo que no es el caso para los tipos de animales más próximos a la perfección. Por tanto al dotar al hombre con un *organismo* superior y más delicado el Creador le diferenció del animal. Todos tienen carne y huesos de la misma naturaleza, respiran el mismo aire, beben el mismo agua y comen un alimento análogo; todos son almas o criaturas que poseen una inteligencia, pero el hombre en su *cuerpo de una cualidad superior*, posee la capacidad de una inteligencia más alta, y el Creador le trata como sobre un plano totalmente diferente; es en la medida donde el pecado degrada al hombre de su semejanza original con su Creador que se dice que está “*embrutecido*”, es decir, pareciéndose más a los animales habiendo perdido sus facultades de sensibilidad de un orden superior y más delicado.

Aquellos cuyos ojos de la inteligencia comienzan a abrirse con respecto a este tema, hasta el punto de discernir que la palabra “alma” significa inteligencia, ser, y que las palabras “aliento,” “respiración” o “espíritu de vida” quieren decir el poder divino de vivir, pueden rápidamente captar, según lo que precede, que toda criatura que posee una vida consciente tiene, en primer lugar, un cuerpo o un organismo; en segundo lugar, el espíritu de vida que anima este cuerpo, y en tercer lugar, la existencia, el ser, el alma, como resultado. Una comparación entre el calor y el alma facilitará a algunos la comprensión del tema. Si se coloca un pedazo de carbón en condiciones favorables, permitiendo la llegada del oxígeno del aire y se pone fuego obtendremos el *calor*. El carbón no es calor, aunque posea algunas propiedades que en condiciones favorables lo produzcan; el oxígeno tampoco es calor; sin embargo, en condiciones propicias, puede ser un elemento que sirva para producir calor. Así, por analogía, el cuerpo no es el alma, aunque posea las cualidades necesarias para el alma; el aliento o el espíritu de vida no es el alma tampoco, es el poder que viene de Dios y necesario para la producción de la criatura sensitiva. El cuerpo, cuando se une convenientemente con el aliento o el espíritu de vida, produce una nueva cosa, un ser, un alma, una criatura sensitiva.

La obra de desagregación, la muerte, confirma estos hechos. Si la respiración o espíritu de vida se retira resulta la muerte. Pero entonces: ¿Qué muere? ¿Muere el aliento o el espíritu de vida? Ciertamente no; nunca tuvo existencia sensitiva; es un principio o poder, como la electricidad; no tiene ni pensamiento, ni sentimiento, no podría morir. ¿Acaso muere el cuerpo? No. El cuerpo puede perder la vida de la que el Padre lo anima, pero el cuerpo mismo, aparte del aliento o el espíritu de vida, no tenía ninguna consciencia, ninguna sensibilidad, ningún sentido y no podríamos por lo tanto decir que muere; era *inanimado* antes de que el aliento o el espíritu de vida viniera a él y *animado* mientras el aliento o espíritu de vida estaba en él; vuelve a estar *inanimado*, o muerto, al retirarse el espíritu de vida.

¿Qué muere entonces? Muere el alma: el ser sensitivo deja de existir. Acordémonos de que el ser sensitivo es la unión de un

aliento o un espíritu de vida con un organismo, y que la separación o disolución de los dos provoca la cesación del ser, del alma, es decir, la muerte. Que esto sea verdad de los animales inferiores, nadie quisiera discutirlo un instante, pero ¿no es también verdad para el hombre, el animal más elevado, creado a la imagen intelectual y a la semejanza moral de Dios? Toda mente razonable lo admitirá lógicamente también. No ignoramos que algunos pasajes de las Escrituras pueden distorsionarse y verterse mal hasta ponerlos en oposición a este hecho; pero los examinaremos después y los encontraremos en perfecto acuerdo con estas exposiciones.

He aquí otra imagen que demuestra las relaciones existentes entre cuerpo, espíritu y alma: una candela apagada correspondería a un cuerpo humano sin vida; el encendido de la candela correspondería a la chispa de vida dada al principio por el Creador; la llama o luz correspondería al ser sensitivo, inteligencia o alma; la atmósfera oxigenada, que se une con el carbono de la candela y mantiene la llama, correspondería al aliento o espíritu de vida que se une al organismo físico para producir el alma o la existencia inteligente. Si se produjera un accidente que destruyera la candela, la llama desde luego dejaría de existir; así, si se destruye un cuerpo, por enfermedad o accidente por ejemplo, el *alma*, el *ser*, la inteligencia, la personalidad *deja de existir*. O si se suprimiera el suministro de aire a la llama de la candela, sea por un extintor, un apagador o sumergiendo la candela en agua, la luz se apagaría aun si la candela quedara intacta. Así el *alma*, la vida, la existencia cesaría si se apagara el aliento de vida por ahogamiento o por asfixia mientras que el cuerpo podría ser comparativamente sano todavía.

Lo mismo que la candela encendida podría, en condiciones favorables, servir para encender otras candelas, pero una vez apagada la llama, no podría volver a encenderse a sí misma ni a otras, así el cuerpo mientras está vivo, es decir, mientras sea un alma viviente o ser vivo, puede, según las disposiciones divinas, dar, originar, *propagar* otras almas o seres, procrear; pero tan pronto como la chispa de vida se haya ido de él, ha cesado el alma

o el ser y toda facultad de pensar, de sentir y de propagar. De acuerdo con esto, leemos en las Escrituras respecto a los hijos de Jacob: “Todas las *personas* que le nacieron a Jacob fueron setenta.” (Ex. 1:5) Jacob recibió de Isaac su chispa de vida así como un organismo físico y, por consiguiente, el producto de los dos, su alma o *ser inteligente*; de este hecho, su alma provenía también de Adán, el único al que Dios haya dado directamente la vida. Jacob transmitió a su vez la vida, el organismo y el alma a su posteridad, y así es para todos.

Una candela podría volver a encenderse por cualquiera que tenga la capacidad; pero por arreglo divino, el cuerpo humano privado de la chispa de vida “perece”, regresa al polvo de donde procede y la chispa de vida puede volver a encenderse sólo por el poder divino, por un milagro. La promesa de *resurrección* es por lo tanto una promesa que garantiza que la existencia animal o el alma será reencendido y reavivado; entonces, como no se puede tener un ser o un alma sin cuerpo y un poder o espíritu de vida restablecido, resulta que una restauración prometida del alma, del ser, *implica* nuevos cuerpos, nuevos organismos. Así, las Escrituras nos aseguran que no son los mismos cuerpos humanos que regresan al polvo que *se restaurarán*, sino que, en la resurrección, Dios dará nuevos cuerpos. —1 Cor. 15:37-40

El Apóstol declara aquí que en la resurrección habrá una clase especial de personas que se considerarán dignas de recibir una nueva naturaleza, espiritual en lugar de humana o carnal, y como deberíamos esperar, muestra que este gran cambio de naturaleza se efectuará dándoles a los miembros de esta clase *una especie diferente de cuerpo*. La candela puede servir aquí de nuevo para ilustrar: supongamos que la naturaleza carnal o humana se representa por una candela de sebo, el nuevo cuerpo podría ser una vela más brillante o una bombilla de arco.

Si estuviéramos en relación con un Creador menos poderoso y sabio que el nuestro, que garantizaría la resurrección, podríamos con razón, temer alguna laguna o equivocación, que haría perder la *identidad*, especialmente para los que reciban el gran cambio de *naturaleza* por una participación en la primera (principal)

La Reconciliación

resurrección como *ser espiritual*. Pero podemos, con toda seguridad, tener confianza en esto y en todas las cosas, en Aquel con quien tenemos relación en este asunto. El que conoce nuestros mismos pensamientos puede reproducirlos en nuevos cerebros, de manera que no pierdan ninguna lección de valor ni ninguna experiencia preciosa. Es demasiado sabio para equivocarse y demasiado bueno para ser desatento. Todo lo que prometió lo cumplirá de manera excelente y más allá de lo que podemos pedir o pensar.

Muchas personas suponen que los cuerpos enterrados deben restaurarse átomo por átomo, pero al contrario el Apóstol declara: “Y lo que siembras [en la muerte] no es el cuerpo que ha de salir”. Es el *alma*, el ser sensitivo que Dios se propone *restaurar* por el poder de la resurrección. En la resurrección dará a cada persona (a cada alma o ser sensitivo) tal cuerpo que su sabiduría infinita se complacerá en proveer; a la Iglesia, la “esposa” escogida en esta Edad, cuerpos de *espíritu* (o cuerpos espirituales; “Spirit body” —*Trad.*); a la clase de la restauración, cuerpos humanos, pero no los que se han perdidos en el momento de la muerte. —1 Cor. 15:37,38

Lo mismo que en la creación de Adán, la unión de un *organismo* y de *aliento de vida* (literalmente: respiración de espíritu de vida. Véase nota de Darby —Gén. 7:22 —*Trad.*) produjo un *ser sensitivo*, o una *alma*, así su separación (“disolución”) por la causa que sea, pone fin al ser sensitivo, deteniendo pensamientos y sentimientos de toda clase. El alma (es decir, el ser sensitivo) deja de existir; el cuerpo regresa al polvo de donde vino, mientras que el espíritu o aliento de vida regresa a Dios que se lo dio a Adán, y por él, a su raza. (Ecl. 12:7) El espíritu de vida regresa a Dios en el sentido de que no está sujeto más al control humano, como en la procreación, y no puede recobrase nunca excepto por intervención del poder divino. Los que son instruidos por el Señor reconocen plenamente este hecho y colocan todas sus esperanzas de una futura vida en la resurrección, en Dios y en Cristo, su representante ensalzado soberanamente ahora. (Lucas 23:46; Hechos 7:59) Así pues si Dios no hubiera

tomado ninguna disposición por la futura vida del hombre por medio de un rescate y de la resurrección prometida, la muerte habría sido el fin de todas las esperanzas de la humanidad. —1 Cor. 15:14-18

Pero Dios tomó disposiciones para asegurar nuestro regreso a la vida y, desde que hizo saber su plan misericordioso, los que hablan y escriben inteligentemente acerca de este tema (por ejemplo, los escritores inspirados de las Escrituras), describen de manera unánime el estado inconsciente que llena el intervalo comprendido entre la muerte y la mañana de la resurrección, durante el cual se suspende la sensibilidad (la existencia sensitiva), como un “sueño”. En realidad, esta imagen es excelente, porque el momento del despertar les parecerá ser el momento siguiente al de su muerte. Por ejemplo, leemos que, hablando de la muerte de Lázaro, Jesús dijo: “Nuestro amigo Lázaro *duerme*; mas voy *para despertarlo*.” Y como los discípulos eran lentos de comprender, añadió: “Lázaro ha muerto.” (Juan 11:11-14) Si la teoría según la cual el estado consciente subsiste después de la muerte fuera exacta, ¿no sería sorprendente que Lázaro no relatara su experiencia durante estos cuatro días? Nadie aseverará que estaba en un “infierno” de tormento, porque nuestro Señor le llamaba su “amigo”; y si hubiera estado en la felicidad celestial, nuestro Señor no le habría llamado de ella, pues esto habría sido para él un acto poco amistoso. Pero así como nuestro Señor lo declaró, Lázaro *dormía* y le despertó a la vida, al estado consciente, a su existencia de *ser sensitivo*, o de *alma* devuelta o revivificada; tal favor fue muy apreciado evidentemente por Lázaro y sus amigos.

El pensamiento que predomina a lo largo de las Escrituras es que ahora estamos en la noche de la muerte y del sueño, que se pone en paralelo con la mañana del despertar y de la resurrección: “Por la *noche* durará el lloro, y a la *mañana* vendrá la alegría” (Sal. 30:5), la mañana de la resurrección donde los durmientes saldrán de la tumba: “¡Despertad y cantad, moradores del polvo [de la tierra]!” —Isa. 26:19

Los Apóstoles también se han servido frecuentemente de esta figura retórica, llena de esperanza y paz. Por ejemplo, Lucas dice

La Reconciliación

de Esteban, el primer mártir, que “*durmió*,” e informando el discurso de Pablo en Antioquía, empleó la misma expresión: “David... *durmió*” (Hechos 7:60; 13:36) y Pedro dice: “Los padres *durmieron*.” (2 Ped. 3:4) Y Pablo la empleó numerosas veces como muestran las citas siguientes:

“Si su marido muriere [griego: *dormir*].” —1 Cor. 7:39

“Muchos viven aún, y otros ya *duermen*.” —1 Cor. 15:6

“Pero si no hay resurrección... entonces también los que *durmieron* en Cristo perecieron.” —1 Cor. 15:13-18

“Cristo ha resucitado de los muertos; primicias de los que *durmieron*.” —1 Cor. 15:20

“He aquí, os digo un misterio: No todos *dormiremos*.” —1 Cor. 15:51

“Tampoco queremos, hermanos, que ignoréis acerca de los que *duermen*.” —1 Tes. 4:13

“Traerá Dios con Jesús a los que *durmieron* en él.” —1 Tes. 4:14

Cuando venga el tiempo de la resurrección, el tiempo del Reino, “nosotros que vivimos, que habremos quedado hasta la *venida* del Señor, no *precederemos* a los que *durmieron*.” —1 Tes. 4:15

El profeta Daniel expone el mismo pensamiento describiendo la resurrección: “Y muchos de los que *duermen* en el polvo de la tierra serán despertados” y muestra que comprenden a buenos y a malos. (Dan. 12:2) “Durmieron” en paz para esperar el día del Señor, el día de Cristo, el día milenar, plenamente persuadidos de que [Cristo] “es poderoso para guardar mi depósito para aquel día.” (2 Tim. 1:12) El mismo pensamiento se expresa de un extremo a otro del Antiguo Testamento, a partir del momento en que Dios predicó a Abrahán el evangelio de una resurrección: la expresión “durmió con sus padres” es muy frecuente. Pero Job presenta la pregunta en un lenguaje muy poderoso, diciendo: “¡Oh, quién me diera que me escondieses en Seol, que me encubrieses hasta apaciguarse tu ira...!” El tiempo actual, durante el cual reina la muerte, es el tiempo de la ira de Dios, porque la maldición de la muerte descansa sobre todos a causa de la transgresión original.

Sin embargo, se nos promete que al debido tiempo se levantará la maldición y se traerá una bendición por el Redentor a todas las familias de la tierra, es por eso que Job continúa así: “Todos los días de mi edad esperaré, hasta que venga mi liberación. Entonces llamarás (Juan 5:25), y yo te responderé; tendrás afecto a la hechura de tus manos.” (Job 14:13-15) Nosotros que vivimos en el tiempo del Nuevo Testamento, leemos la respuesta de nuestro Señor: “Todos los que están en los sepulcros oirán la voz del Hijo de Dios [que les llamará a despertarse para adquirir un conocimiento pleno de Dios, y captar la oportunidad completa de obtener la vida eterna].” —Juan 5:25,28,29

Este “sueño” de la muerte es un período de inconsciencia tan absoluto que los que sean despertados no tendrán ningún conocimiento del tiempo pasado. En realidad, “sueño” es simplemente un término adaptado a este caso particular, porque realmente, los muertos están muy muertos, totalmente destruidos, excepto que la sabiduría de Dios conserve su identidad y decretó que, por Cristo, serían despertados, reconstituidos y revivificados. Es verdaderamente una “*re-creación*”, una manifestación del poder divino todavía más grande que la creación de Adán y de Eva. Será la “*re-creación*” de cincuenta* mil millones en lugar de dos personas. Será la reproducción de individualidades infinitamente variadas en lugar de una. Sólo nuestro Dios posee tal sabiduría y tal poder omnipotente; es tan capaz y deseoso de cumplir esta reproducción. Uno de los resultados benéficos del permiso del mal será que su extirpación hará manifiestos todos los rasgos característicos del carácter divino como nunca se habrían manifestado, ni conocer de otro modo. La *justicia* divina, el *amor* divino y el *poder* divino brillarán delante de los ángeles y los hombres, y finalmente la *sabiduría* divina, permitiendo tal demostración del carácter de Dios, será discernida y reconocida por todas sus criaturas también.

El testimonio de las Escrituras relativo a la necesidad de una resurrección de los muertos es muy claro y muy explícito. Cómo

* Véase Apéndice del 1^{er} tomo, la 1^{ra} parte (ed. 1937 en inglés) —*Trad.*

podría haber una resurrección de los *muertos* si nadie *muriera*, sino, como algunos sostienen: “Todos los que parecen morir están más vivos que nunca han estado” desmintiendo así los cinco sentidos de todo ser inteligente tanto como la declaración positiva de las Escrituras: “Aún hay esperanza para todo aquel que está entre los vivos; porque mejor es perro vivo que león muerto. Porque los que viven saben que han de morir; pero los muertos *nada saben*, ni tienen más paga; porque su memoria es puesta en olvido. También su amor y su odio y su envidia fenecieron ya; y nunca más [heb. *olam** para un período largo e indefinido] tendrán parte [interés], en todo lo que se hace debajo del sol... Todo lo que te viniere a la mano para hacer, hazlo según tus fuerzas; porque en el Seol†, adonde vas [el *alma*, el ser sensible].” —Ecl. 9:4-10; Isa. 26:14

“Haces tú perecer la esperanza del hombre [en sí mismo]. Para siempre serás más fuerte que él, y él se va; demudarás su rostro, y le despedirás. Sus hijos tendrán honores, pero él no lo sabrá; o serán humillados, y no entenderá de ello.” —Job 14:19-21; Isa. 63:16

Note la importancia de las palabras del Apóstol en su célebre cita sobre la resurrección, en 1 Cor. 15:12-54:

“Pero si se predica de Cristo que resucitó de los muertos, ¿cómo dicen algunos entre vosotros que no hay resurrección de muertos?”

Si los muertos no están muertos, sino más vivos que nunca, entonces nadie está muerto, y ciertamente no podría haber una resurrección de los muertos. El Apóstol no sostiene tal teoría, sino

* Referencia Strong N° 5769. —Trad.

† *Seol*: El estado o condición de muerte en cuanto al *alma* en contraste con el sepulcro, la tumba para un *cuerpo* muerto que se dice en hebreo *qeber* (Referencia Strong N° 6913. —Trad.): Véase Sal. 30:3; 49:15; 89:48 donde *seol* se traduce por sepulcro (la versión Darby conserva el hebreo *seol*; otras versiones castellanas en general traducen *qeber* por sepulcro). Véase 2 Cron. 34:28; Job 10:19; Sal. 88:5 donde *qeber* se vierte por sepulcro (Darby también. —Trad.). El *alma* de nuestro Señor fue al *seol*, la condición de muerte (Sal. 16:10; Hechos 2:27; pero tuvo su sepulcro [*qeber*, tumba] con los malos y los ricos. —Isa. 53:9

Seol: Referencia Strong N° 7585. —Trad.

más bien lo contrario, que sabe que los muertos han *perecido* como los animales, a menos que Dios les resucite, y que nuestras esperanzas son vanas si no son esperanzas de resurrección. Observe bien cada palabra de esta argumentación poderosa presentada por una de las lógicas más grandes de la tierra: “Si no hay resurrección de muertos, tampoco Cristo resucitó [está muerto todavía]; y si Cristo no resucitó [está muerto todavía], vana es entonces nuestra predicación, vana es también su fe [porque un Cristo muerto podría saber nada y ayudar a nadie]. Y somos hallados falsos testigos de Dios, [somos malos engañadores en lugar de ser embajadores divinamente escogidos], porque hemos testificado de Dios que él resucitó a Cristo, al cual no resucitó, si en verdad los muertos no resucitan. Porque si los muertos no resucitan, tampoco Cristo resucitó.”

Debería observarse que el Apóstol no apoya el peso de su argumentación en una resurrección del *cuerpo*, sino en una del ser, del *alma*: “Su *alma* no fue dejada en el *Seol*, *Hades*.” (Hechos 2:31,32. Véase nota de Darby) Si Pablo hubiera compartido la teoría popular de nuestra época concerniente a la resurrección, habría dicho más o menos esto: Algunos de entre vosotros hablan de la resurrección del *cuerpo* como si tuviera cierta importancia, pero, realmente, el cuerpo es una “traba,” una molestia, una “prisión” para el alma que está mucho más a gusto cuando está “liberada” de él. La resurrección del cuerpo, en cualquier momento que se efectúe, será una desgracia e implicará un nuevo “encadenamiento” del alma y una limitación de su poder.

El Apóstol no dice nada semejante, porque habría sido contrario a la verdad. Él enseñaba una resurrección del alma o del ser sensitivo que sale del estado de inconsciencia, de la muerte, pero negaba, en cambio, la resurrección del cuerpo que moría: “Y lo que siembras no es el cuerpo que ha de salir [en la resurrección del alma o ser]... Dios le da el cuerpo [nuevo] como él quiso (o como le agradó. —*Trad.*), y a cada [especie de] semilla, su propio [la especie apropiada de] cuerpo.” (1 Cor. 15:37,38) Las masas del género humano o de la simiente humana recibirán cuerpos humanos, pero no los mismos cuerpos que regresaron al polvo y

cuyos fragmentos o átomos han pasado a organismos vegetales y animales infinitamente pequeños. Los miembros de la Iglesia recibirán cuerpos espirituales semejantes a su Señor resucitado y totalmente diferentes de sus cuerpos terrestres; así Juan declara: “Aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es”, no como él fue. —1 Juan 3:2

Pero sigamos la argumentación del Apóstol:

“Si Cristo no resucitó, vuestra fe es vana; aún estáis en vuestros pecados. Entonces también los que durmieron en Cristo perecieron.” —vv. 17,18

Los que aseveran que el alma no puede morir y que de hecho no muere niegan, de este hecho, la resurrección del alma o ser sensitivo; así su argumentación les fuerza a declarar que los pasajes de las Escrituras que tratan la resurrección se relacionan simplemente con la resurrección del cuerpo; están en un dilema con las palabras del Apóstol inspirado y no saben qué hacer. Si aseveran que nuestro Señor estaba vivo, “más vivo que nunca” durante los tres días en los cuales, según las Escrituras había muerto, si piensan que su cuerpo resucitado era el que se depositó magullado y cubierto de cicatrices en la tumba de José, ¿cómo podrían pretender que la fe en un Cristo que no murió (sino que simplemente puso a un lado su cuerpo por tres días) es una fe “vana”? ¿Cómo pueden reconocer que tal fe no libera de condenación? ¿Cómo podrían sostener que Cristo “más vivo que nunca,” “liberado” de su cuerpo de carne, no podía salvar a los pecadores y que, de este hecho, todos los que durmieron en Cristo “*perecieron*”?

Toda su *teoría* contradice la exposición bíblica de los *hechos*. Niegan que el alma pueda *perecer* [griego: *apollumi* *—ser destruida], mientras que el Apóstol declara que puede, y nuestro Señor dijo también: “Dios es capaz de destruir el alma y el cuerpo.” Niegan también que algunos “*durmieron en Cristo*”, que la muerte sea un sueño a la espera del despertar la mañana de la

* Referencia Strong N° 622. —*Trad.*

resurrección, mientras que los Apóstoles, nuestro Señor y todos los santos profetas declaran por unanimidad que es un “sueño” del cual sólo el poder de Dios puede despertar, volver al estado consciente el alma, el ser sensitivo, sobre cualquier plano de existencia que sea. Porque hay que notar que las personas que experimentan el “cambio” de la primera resurrección a la naturaleza divina serán almas tan seguramente como lo fueron en su naturaleza terrestre. De Dios se declara que es un *alma*, la misma palabra *psuché* siendo empleada: “Si retrocediere, no agrada a mi *alma* [*psuché*—ser sensitivo].” —Heb. 10:38

La filosofía de Platón (según la cual el hombre no muere, no puede morir, sino que solamente parecía hacerlo) prevalecía en toda Grecia en el momento del primer advenimiento y constituía un gran obstáculo al progreso del Evangelio entre los gentiles. Leemos, por ejemplo, que cuando Pablo predicó en Atenas, fue escuchado como un gran doctor por los filósofos hasta el momento en que abordó la resurrección de los muertos; era demasiado para ellos; y no les interesó más, porque se consideraban mucho más adelantados que los judíos que anunciaban que los muertos no podían tener ninguna futura existencia, sino por una resurrección. “Pero cuando oyeron lo de la resurrección de los *muertos* [y discernieron así que Pablo estaba en desacuerdo con su teoría según la cual los muertos están más vivos que nunca], unos se burlaban, y otros decían: Ya te oiremos acerca de esto otra vez.” —Hechos 17:32

La idea pagana de que la muerte no es la muerte, sino una etapa hacia mejores condiciones de vida todavía no había impregnado el pensamiento judío en el primer advenimiento. Los fariseos formaban la principal secta de los judíos; y nuestro Señor declara que eran los sucesores y representantes de la ley mosaica al decir: “En la cátedra de Moisés se sientan los escribas [escritores] y los fariseos.” (Mat. 23:2) Los saduceos, mucho menos numerosos que los fariseos, eran los segundos en influencia; en realidad, eran los descreídos e incrédulos; negaban totalmente toda futura vida, sosteniendo que el hombre muere exactamente como el animal, y que no habrá ninguna resurrección de los muertos; no

La Reconciliación

creían en ninguna de las promesas mesiánicas y negaban también la existencia de las inteligencias sobrehumanas, como la de los ángeles, etc. Es verdad que Josefo llama la atención a una secta llamada los esenios, la cual, declara, sostenía la teoría de Platón en boga entre los gentiles, a saber, que el hombre nunca muere realmente, sino supera solamente una etapa progresiva en el desarrollo de la vida en el momento de la crisis llamada muerte. Sin embargo, debemos recordar que Josefo escribió su historia de los judíos mientras estaba en la corte de Roma y que la escribió con vistas a influenciar las disposiciones de espíritu del emperador y de su tribunal a favor de los judíos. Los romanos habían llegado a considerar a los judíos como las Escrituras los describen, es decir, “un pueblo duro de cerviz y rebelde”, y naturalmente habían concluido que la causa de esta disposición en la rebelión residía de una manera u otra en su religión. Esta suposición era exacta; es indudable que las verdades de la revelación divina tienden a producir un espíritu de libertad allí donde se aplican, suprimiendo las distinciones considerables que existen entre sacerdotes y plebe, entre reyes y súbditos, enseñando que todos están sujetos a un solo gran Juez y Rey. Pero Josefo deseaba contrabalancear esta estimación exacta del pueblo judío y de la religión judía; por eso forzó la verdad queriendo hacer triunfar su causa y demostrar en la corte romana que la religión judía era prácticamente la misma que diversas religiones paganas (1) en cuanto al estado consciente de los muertos (2) y a la creencia en el tormento eterno.* Para apoyar su causa cita a la secta de los esenios, como si fuera la principal secta religiosa entre los judíos. Al contrario, los esenios eran tan insignificantes que no se mencionan en el Nuevo Testamento e, indiscutiblemente, nunca entraron en conflicto ni con el Señor ni

* El tormento eterno nunca fue creencia judía, sino la de una muy pequeña minoría; pero los emperadores romanos, en cambio, favorecieron esta teoría porque aumentaba la influencia imperial sobre las masas populares. Más tarde, los emperadores adoptaron el título de “Pontifex Maximus”, o jefe supremo de la religión, el título adoptado más tarde por el Papado.

con los Apóstoles, mientras que constante y frecuentemente hace alusión a los fariseos y a los saduceos.

“PARA ÉL TODOS VIVEN” —LUCAS 20:37,38

Fue después de que nuestro Señor hubiera respondido a los doctores de la Ley, a los escribas y a los fariseos, y que los derrotase que los saduceos hicieron su aparición, esperando demostrar la superioridad de su posición incrédula y refutar las doctrinas de nuestro Señor. A ellos, que aseveraban que los muertos estaban muertos para siempre, nuestro Señor dijo: “Pero en cuanto a que los muertos han de resucitar, aun Moisés lo enseñó en el pasaje de la zarza, cuando llama al Señor, Dios de Abraham, Dios de Isaac y Dios de Jacob. Porque Dios no es Dios de muertos, sino de vivos, pues para él todos viven.” —Lucas 20:37,38

Nuestro Señor sugiere que esta misma afirmación es una prueba “que los muertos han de resucitar” porque Dios no haría así alusión a seres borrados totalmente y para siempre de la existencia. Muestra que el plan de Dios relativo a una resurrección está fijado y que aquellos a quienes los hombres llaman “muertos” son todos “vivos para Él” (desde el punto de vista de Dios “ellos duermen” solamente). La Palabra de Dios habla de éstos como “dormidos” y no como destruidos. Aunque la sentencia original fuera la destrucción, ahora está compensada por el rescate. Así, dice Moisés: “Vuelves al hombre hasta ser quebrantado (nota de Darby: literalmente: hasta el aplastamiento. —*Trad.*), y dices [en la resurrección]: Convertíos, hijos de los hombres.” (Sal. 90:3; 103:4) Al decir: “Soy el Dios de Abrahán” Dios habla no sólo de cosas pasadas como si estuvieran todavía presentes, sino también cosas venideras como si ya fueran pasadas. —Rom. 4:17

**EL CUERPO, EL ESPÍRITU Y EL ALMA DE LA IGLESIA
—1 TES. 5:23—**

Los términos cuerpo, alma y espíritu se emplean como figura para designar a la Iglesia en su conjunto. Por ejemplo, el Apóstol

declara: “Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo”. Esta oración debe entenderse necesariamente como si aplicara a toda la Iglesia, la Iglesia de los elegidos cuyos nombres están inscritos en los cielos. El *espíritu* verdadero ha sido conservado en el rebaño pequeño. Su cuerpo es discernible hoy también a pesar de la multitud de cizaña que quisiera esconderla y ahogarla. Y su *alma*, su actividad, su inteligencia, su ser sensitivo, está en evidencia por todas partes, levantando para los humanos el estandarte, la cruz, el rescate.

No podemos aplicar las palabras del Apóstol de ninguna otra manera, porque a pesar de la diversidad de opiniones concernientes a la preservación de los espíritus y de las almas individuales de la gente a la que la epístola fue enviada, todos estarán de acuerdo en que sus *cuerpos no han sido preservados*, no han regresado al polvo, como los de otros humanos. Además, las palabras cuerpo, alma y espíritu están en singular, no en plural.

¿QUE SE ENTIENDE POR “SEOL” O “HADES” ADONDE VAN TODAS LAS ALMAS?

Ya que se dice que las almas *van* al *seol* o *hades*,* se sostiene que el alma del hombre debe ser algo tangible y estar consciente después de la muerte, después de la separación del espíritu de vida del organismo o cuerpo. Nos conviene, pues. examinar la Palabra del Señor al respecto y verificar: ¿Qué es *seol*, *hades*?

El término hebreo *seol* se encuentra sesenta y cinco veces en las Escrituras del Antiguo Testamento. Se traduce en la versión inglesa tres veces por “*pit*” (hoyo o pozo), treinta y una por “*grave*” (sepulcro o tumba, o estancia de los muertos) y treinta y una por “*hell*” (infierno). Todas estas traducciones son erróneas si se las contempla con relación al uso general actual de las palabras

* Referencia Strong N° 86. —Trad.

infierno, sepulcro y pozo [En castellano ciertos traductores han conservado sin traducir los términos *seol* y *hades*. —*Trad.*].

Podemos expresar difícilmente el significado de la palabra hebrea *seol* (*hades* es su equivalente en griego) por una de nuestras palabras castellanas; significa un estado *escondido* o *apagado*, u *oscuro* (la condición o el estado de muerte, y tal vez la palabra *olvido* vertiera mejor que toda otra palabra de nuestra lengua las palabras *seol* y *hades*). Nada en la palabra *seol* significa alegría, miseria u otro sentimiento, son los contextos y los textos relacionados los que deben guiarnos. Examinemos pues con cuidado los usos de las palabras *seol* y *hades* y precisemos, según los textos relacionados, todo lo que podamos concerniente al “infierno”. Encontraremos que se establece claramente en la Biblia que *seol* (*hades*, *olvido*) recibe a toda la humanidad, buenos y malos; que no hay allí ni luz, ni conocimiento, ni sabiduría ni proyectos, que ninguna lengua alaba al Señor ni blasfema su nombre; que es una condición de silencio absoluto y, en suma, una condición indeseable, excepto que se ha ligado a ello una esperanza de resurrección.

Nótese también que son las “almas”, tanto las buenas como las malas, lo que va a esta condición (*seol*, *olvido*) para esperar allí la “citación” del dispensador de vida en la mañana de la Edad milenaria. No puede negarse que los traductores ingleses de la Versión común (y también ciertos traductores de nuestras Biblias castellanas) han sido inconsecuentes a veces, pero insistimos en que no puede tacharse de deshonestidad, aun si, en muchos casos, la cosa tiene tal apariencia; creamos más bien que proviene de una confusión al respecto, fuertemente arraigada en las falsas enseñanzas falsas que por largas épocas se han transmitido desde los “siglos de tinieblas”. Otra cosa que aún puede decirse para atenuar la responsabilidad de los traductores es que en el inglés “arcaico” la palabra “*hell*” (infierno) no tenía el significado que tiene en el actual. En ningún sentido de la palabra significaba ni implicaba un lugar de llamas, de tortura, de angustia o de dolor, sino más bien el de sepulcro o tumba, de condición escondida, de *olvido*. Los traductores, empleando la palabra *infierno*, se

justificaban probablemente en parte, apoyándose en su antiguo y primitivo significado que se da en los diccionarios ingleses completos.*

Examinando los pasajes siguientes que contienen la palabra *seol* se ruega al lector encarecidamente que note cuál sería el sentido del pasaje si la palabra *seol* se tradujera en cada caso por “fuego del infierno” o “lugar de tormento” y luego cómo, en cada ejemplo, la traducción sería completamente armoniosa y lógica con el contexto si se tradujera por *olvido*. Estos pasajes prueban de manera irrefutable que las “almas” van al *seol*, al *olvido*, y que no están en ningún tormento, ni tienen allí ningún conocimiento, sabiduría, actividad, alegría, pena o sentimiento de alguna suerte, sino simplemente esperan allí en el *olvido* “la voz del Arcángel y la trompeta de Dios.”

“Descenderé enlutado a mi hijo hasta el *Seol* [el *olvido*].”
—Gén. 37:35

Así, Jacob lloraba a su hijo José del que, suponía, había sufrido una muerte violenta.

“Si le aconteciere [a Benjamín] algún desastre en el camino por donde vais, haréis descender mis canas con dolor al *Seol* [al sepulcro—en *seol*, en el *olvido*].” —Gén. 42:38

Tales fueron las palabras de Jacob a la partida de Benjamín, temiendo que sería matado como José lo había sido.

Las mismas palabras se repiten de manera idéntica en circunstancias análogas en el capítulo 44:29, cuando los hermanos de José le informan de la exhortación de su padre al partir concerniente a Benjamín. En el versículo 31 los hermanos lo exponen de nuevo: “Tus siervos harán descender las canas de tu siervo nuestro padre con dolor al *Seol* [*olvido*].”

He aquí cuatro ejemplos en los cuales se traduce la palabra *seol* por sepulcro [en inglés, por el equivalente “grave”]. Invitamos a todos a considerar cuán impropio habría sido emplear la palabra *infierno* atando a ella la idea acostumbrada y ordinaria de fuego,

* Véase, para los detalles, el folleto “¿Qué Dicen las Escrituras Acerca del Infierno?” —Trad.

tormento y angustia. Es evidente que los traductores estaban completamente seguros de que la palabra *infierno*, tal como se comprende ordinariamente, habría dado ideas falsas de lo que Jacob mismo y sus hijos esperaban al respecto; en consecuencia la han traducido aquí por “sepulcro”. Sin embargo, no creían, no más que la mayoría de la gente cree, que Jacob estuvo en el sepulcro o tenía alguna idea de ir allá. El patriarca no pensaba tampoco en el entierro de su cuerpo en una tumba, porque entonces, habría empleado sin duda la misma palabra hebrea para sepulcro y de la que se sirvió hablando de la tumba de Raquel, es decir: *qebûrah** (Gén. 35:20), o sea, habría empleado la misma palabra (*qeber*)[†] y José la usó hablando de la tumba de Jacob, que Jacob mismo se había preparado antes de morir. (Gén. 50:5) Al contrario, vemos que Jacob hablaba de *sí mismo* como un alma o ser que la decepción causada por la pérdida de Benjamín habría conducido al *olvido*, a la condición, el estado de muerte, ahora que era de edad avanzada y de salud débil.

“Si Jehová hiciere algo nuevo, y la tierra abriere su boca y los tragare con todas sus cosas, y descendieron vivos al *Seol*.” (en inglés. “*pit*”: en el hoyo [*seol, olvido*]). —Núm. 16:30

“Descendieron vivos al *Seol* (inglés. “*pit*”: en el hoyo [*seol, olvido*], y los cubrió la tierra y perecieron de en medio de la congregación.” —Núm. 16:33

Estos dos textos se refieren a Coré, Datán y Abiram y nos muestran cómo fueron destruidos; no podrían traducirse lógicamente haciendo figurar la expresión “en el *infierno*” por miedo de probar que el presunto lugar de tormento está bajo la superficie de esta tierra. Pero qué simple es esta exposición cuando se comprende correctamente: la tierra abrió su boca, los tragó y descendieron de la vida activa y laboriosa al olvido, a la inconsciencia.

“Fuego se ha encendido en mi ira y arderá hasta las profundidades del *Seol* [en inglés. *hell, (infierno); seol, olvido*];

* Referencia Strong N° 6900. —Trad.

† Referencia Strong N° 6913. —Trad.

devorará la tierra y sus frutos, y abrasará los fundamentos de los montes.” —Deut 32:22

Aquí, ciertamente, es cuestión de fuego, pero no de fuego en sentido propio. Todo el contexto muestra que se trata del fuego de los celos de Dios, y leemos luego: “Consumidos serán de hambre, y devorados de fiebre ardiente... Por fuera desolará la espada, y dentro de las cámaras del espanto” No suponemos nada en cuanto a la manera en la que se cumplió esta profecía, pues el apóstol Pablo, bajo la inspiración del Espíritu Santo, hace alusión a este pasaje y lo aplica a los Israelitas según la carne y a la angustia que les cayó como nación cuando rechazaron al Señor Jesús y que a su vez ellos mismos fueron rechazados por el Señor. El Apóstol declara que la ira vino sobre ellos hasta el extremo (1 Tes. 2:16): la ira divina se encendió contra ellos y continuó consumiéndolos, como pueblo, hasta haber sufrido por sus pecados nacionales. Después de haber consumido la ira divina su transgresión nacional, entonces Dios irá a buscarlos, hasta en el olvido [*seol*] más profundo; él les hablará amistosamente diciendo a la Iglesia: “Consolaos, consolaos, pueblo mío, dice vuestro Dios. Hablad al corazón de Jerusalén; decidle a voces que su tiempo es ya cumplido, que su pecado es perdonado; que doble ha recibido de la mano de Jehová por todos sus pecados.” (Isa. 40:1,2) Entonces vendrá también la liberación de Jacob predicha por el apóstol Pablo, basándose en la declaración divina de Dios: “Y este será mi pacto con ellos, cuando yo quite sus pecados.” (Rom. 11:26,27) El mismo pensamiento, que este incendio de la ira de Dios contra Israel hasta el olvido más profundo será seguido por la bendición divina, se muestra en el contexto. —Véase Deut. 32:26-43

“Jehová mata, y él da vida; él hace descender al *Seol* [en el *olvido*], y hace subir [por una resurrección fuera del *olvido, seol*].” —1 Sam. 2:6

“Ligaduras del *Seol* [inglés: *hell (infierno), seol, olvido*] me rodearon.” —2 Sam. 22:6

El profeta David expresaba aquí el hecho de que su vida estaba en peligro, pero que Dios le libró de la mano de Saúl. El contexto, sin embargo, muestra claramente que el salmista habla de

manera profética de Cristo y del tiempo de la liberación completa del cuerpo de Cristo, la Iglesia, que se libera del presente mundo malo para entrar en las glorias del venidero. Se ve en los versículos 8-18, que la liberación del cuerpo de Cristo se efectuaría en medio de un gran tiempo de angustia y de manifestación del poder y de la indignación divina contra la maldad.

“No dejarás descender sus canas al *Seol* [olvido] en paz... y harás descender sus canas con sangre al *Seol* [olvido].” —1 Reyes 2:6,9

Es David quien hablaba a Salomón, su hijo, mostrándole que Joab era un hombre peligroso, un hombre de sangre, que merecía en toda justicia alguna retribución antes de su muerte. Los traductores creyeron evidentemente que, aunque Joab fuera un hombre depravado, no tenía que traducirse aquí la palabra *seol* por la palabra *infierno*, porque el contexto habla de canas mientras que su teoría asevera que los cabellos y todo el cuerpo físico son enterrados y que sólo el alma desnuda, el espíritu despojado, va al infierno. Es por eso que prefirieron verter *seol* aquí por la expresión *estancia de los muertos*. Pero con el pensamiento exacto en mente, no hay ninguna dificultad en el hecho de que las canas de Joab y también las de Jacob descendieron juntas al *seol*, el olvido, el estado de muerte. La expresión “canas” es simplemente una figura de retórica que significa entrado en años.

“Como la nube se desvanece y se va, así el que desciende al *Seol* [olvido] no subirá.” —Job 7:9

Job muestra aquí la destrucción completa del alma, o ser humano, en la muerte. Sin embargo en el versículo 21 concluye la argumentación con la declaración siguiente: “Dormiré en el polvo y si me buscares de mañana, ya no existiré”. Aquí el ínterin de la muerte se considera como un sueño lo mismo que se alude a la Edad milenaria como la “mañana” y a la Edad actual como la noche de lágrimas y de angustia, de muerte y de llanto. El Señor buscará a Job por la mañana por el poder de la resurrección; aunque Job, entonces, no será más, aunque la muerte haya producido la destrucción completa, sin embargo, el caso de Job no está más allá del poder divino, y es por eso que, cuando el tiempo

del Señor haya venido, “tendrás afecto a la hechura de tus manos”; cuando el día de la venganza haya pasado y que los tiempos de refrigerio hayan venido, entonces, él llamará, y Job y todos los demás responderán. —Véase Job 14:14,15.

“Es más alta que los cielos; ¿qué harás? Es más profunda que el *Seol* [olvido]; ¿cómo la conocerás?” —Job 11:8

Estas palabras son de Zofar, uno de los consoladores enfadosos de Job al que el Señor reprobó. Con esta declaración intenta mostrar a Job que los principios divinos de gobierno son insondables para la humanidad y representar la falta total de conocimiento que el hombre tiene de Dios haciendo alusión al *seol* y comparando los dos: así como no hay ningún conocimiento en el *seol*, no puede, tampoco haber allí ningún conocimiento de la sabiduría divina ni del plan divino.

“¡Oh, quién me diera que me escondieses en el *Seol* [olvido], que me encubrieses hasta apaciguarse tu ira, que me pusieses plazo, y de mí te acordarás.” —Job 14:13

He aquí la exposición más simple y explícita de la esperanza de Job. No deseaba ver perpetuarse las condiciones actuales de pecado, tristeza, angustia y dolor; estuvo completamente dispuesto a esconderse en el olvido hasta el tiempo en que la maldición, la “ira” sería levantada de la tierra y reemplazada por los tiempos de refrigerio. Pero no deseaba desaparecer de la tierra por siempre. Teniendo confianza en las disposiciones divinas decididas con vistas a una futura vida concedida por una resurrección, oraba para que Dios, a su debido tiempo, después de la desaparición de la maldición del pecado, se acordase de él y lo hiciera salir del olvido devolviéndole a la existencia, por el poder de la restauración que entonces será puesta en vigor por Cristo. —Véase Hechos 3:19-21.

“Si yo espero, el *Seol* [olvido] es mi casa; haré mi cama en las tinieblas. A la corrupción he dicho: Mi padre eres tú; a los gusanos: Mi madre y mi hermana.” —Job 17:1,14

¡Qué expresivo es este lenguaje! El olvido es la casa, o el lecho, la cama, y esta casa está llena de tinieblas: el alma de Job (su ser) duerme, está inanimado, esperando la mañana de la resurrección, mientras que su cuerpo va a la corrupción.

Objeto de la Reconciliación: El Hombre

“¿Dónde, pues, estará ahora mi esperanza? Y mi esperanza, ¿quién la verá? A la profundidad del *Seol* [olvido, por separado] descenderán, y juntamente descansarán en el polvo.” —Job 17:15,16

El siervo de Dios expresa su propia esperanza, su propia confianza, pero se pregunta cuántos humanos pueden tener tal. Él ya expresó la esperanza que su muerte será simplemente un sueño del que despertará por la mañana. Pero aunque cada uno, por separado, descienda al *seol*, al olvido, con o sin esta esperanza, todos encuentran el descanso en el polvo.

“Pasan sus días en prosperidad, y en paz descienden al *Seol* [olvido].” —Job 21:13

Job describe aquí la vida en la prosperidad material de algunos que no son los hijos del Señor y contrasta esta prosperidad con las tribulaciones sufridas por otras que constituyen el pueblo del Señor, y que viven bajo la vara de la corrección divina para modelarlas, prepararlas con vistas a mejores cosas del futuro.

“La sequía y el calor arrebatan las aguas de la nieve; así también el *Seol* [olvido] a los pecadores.” —Job 24:19

Toda la humanidad ha pecado, y por consiguiente, está sujeta a la muerte y desciende en el olvido. La única esperanza está en el que nos rescató de la muerte y que por la “mañana” nos hará salir del olvido, según su misericordiosa promesa. Sin embargo, en este ejemplo, Job hace alusión especialmente a los pecadores que apresuran su muerte por su mala conducta.

“El *Seol* [olvido] está descubierta delante de él, y el Abadón [destrucción, nota de Darby. —*Trad.*] no tiene cobertura.” —Job. 26:6

Job destaca aquí toda la sabiduría del Creador que no sólo conoce el fin desde el comienzo, sino que para él todas las cosas secretas del olvido están abiertas a su mirada inescrutable.

“Porque en la muerte no hay memoria de ti; en el *Seol* [olvido] ¿quién te alabará?” —Sal. 6:5

¡Qué clara y positiva exposición hallamos aquí, dándonos prueba de la inconsciencia del hombre en la muerte! Se observa también que este texto no se refiere a los malos, sino a los siervos

de Dios quienes desean agradecerle y loarle sus bondades. También se observa que no se trata de la *carne* muerta que está enterrada en el *qeber*, sino del alma que va al *seol*, el olvido.

“Los malos serán trasladados al *Seol* [*olvido*], todas las gentes que se olvidan de Dios.” —Sal. 9:17

La palabra hebrea *shûwb* * en este texto se traduce convenientemente por “[re]-tornarán”. Esto hace pensar en alguien devuelto del *seol*, del olvido, y muestra como algunos así devueltos serán reenviados al olvido a causa de su maldad y de que olvidan a Dios. La liberación, fuera del *seol*, de la humanidad en general, se efectuará durante la edad milenaria, como resultado del precio del rescate cumplido en el Calvario. Sin embargo, los que, una vez despertados y traídos al conocimiento de la verdad, sean entonces voluntariamente depravados, retornarán al olvido, “la Segunda Muerte,” para la cual no hay rescate ni restauración. Es evidente completamente que este pasaje no se aplica a las masas humanas (a los paganos) que nunca conocieron a Dios; según sus propios términos, tiene que ver con los que *se olvidan* de Dios después de habérselos traídos a un conocimiento claro de él y la responsabilidad que proviene de ello.

“No dejarás mi alma en el *Seol* [*olvido*]; ni permitirás que tu santo vea corrupción.” —Sal. 16:10

El apóstol Pedro, hablando del día de Pentecostés bajo la influencia plenaria del Espíritu Santo, expone el verdadero significado de esta aseveración, indicando que no era posible que fuera verdad de David mismo, porque el alma de David fue dejada en el *seol* y su carne vio la corrupción: “*Murió* y fue sepultado, y su sepulcro está con nosotros hasta el día de hoy.” “Porque David no subió a los cielos.” —Hechos 2:27-34

Las palabras del Apóstol son expresivas y completamente convincentes en dos puntos: (1) el alma de David fue al *seol*, al olvido, estaba allí todavía y hasta el momento del discurso de Pedro, no había subido al cielo; (2) el alma de Cristo Jesús fue

* Referencia Strong N° 7725. —Trad.

también al *seol*, al olvido, pero no se quedó allí, porque resucitó el tercer día y subió luego al cielo.

Estas exposiciones claras provenientes de una fuente inspirada deberían alumbrar esta cuestión para todos los verdaderos investigadores de la verdad. Nos enfrentan a los hechos siguientes: (1) A la muerte de nuestro Señor Jesús, su alma (ser) fue al olvido, al *seol*; (2) donde quedó muerto durante un poco menos de tres días; (3) y resucitó, fue vivificado, sacado del olvido y elevado a la naturaleza divina el tercer día, por el poder del Espíritu Santo de Dios, y se hizo “primicias de los que *durmieron*”. El ser o el alma de nuestro Señor dejó de existir durante su muerte: “Derramó su vida hasta la muerte; puso su vida en expiación (en ofrenda) por el pecado”. Pero su alma fue revivificada por una resurrección, habiendo recibido un nuevo cuerpo espiritual.*

“Ligaduras del *Seol* [*olvido*] me rodearon, me tendieron lazos de muerte.” —Sal. 18:5

Este texto expresa bajo una forma llena de imágenes la angustia profunda y el temor de la muerte.

“Oh Jehová, hiciste subir mi alma del *Seol* [*olvido*]; me diste vida.” —Sal. 30:3

Este pasaje es una acción de gracias por la curación de una enfermedad grave que pudiera acarrear la muerte.

“Sean avergonzados los impíos, estén mudos en el *Seol* [*olvido*]. Enmudezcan los labios mentirosos.” —Sal. 31:17,18

Aquí, como en otras partes, el salmista desea fuertemente que la tierra sea purificada de aquellos que aman y practican la maldad, lo cual no tiene ninguna relación con una futura vida ni implica tampoco una esperanza de resurrección. Cuando el Reino pertenezca al Señor, que será entonces soberano de todas las naciones, se establecerán leyes de justicia y de verdad, traerán la misericordia y el amor a cada criatura la oportunidad más completa de llegar al conocimiento y de librarse del pecado, es probable que algunos de aquellos de los malos de hoy busquen la rectitud, la justicia, sean cubiertos por la misericordia de la justicia de Cristo y,

* Tomo II, p. 108 (en inglés)

finalmente, alcancen la vida eterna por él. Es seguro que ni el profeta David, ni algún otro podrían objetar tal reformación, ni al don de la vida eterna concedida a los que cambiarán completamente de vida y serán traídos en armonía con Dios.

“Como a rebaños que son conducidos al *Seol* [*olvido*], la muerte los pastoreará, y los rectos se enseñorearán de ellos por la mañana; se consumirá su buen parecer, y el *Seol* [*olvido*] será su morada. Pero Dios redimirá mi vida del poder del *Seol* [*olvido*], porque él me tomará consigo.” —Sal. 49:14,15

La palabra *seol* no significa sepulcro en el sentido ordinario, sino olvido, como la traducimos, así como se resalta claramente en este texto; porque las ovejas no se entierran en sepulcros, aunque todas las ovejas vayan en el olvido, sean olvidadas, como si nunca hubieran existido. El profeta muestra aquí su propia confianza en la resurrección, que Dios rescataría su alma del *seol*, del olvido. Esto está en armonía completa con la declaración del apóstol Pedro que dice que “David no subió al cielo”. El alma de David fue al *seol*, al olvido, y la única esperanza de David está en la redención de su alma del *seol*, del olvido, en un regreso a la vida que el Redentor le concederá en la resurrección. Además, hasta los que van al olvido, como las ovejas, deben salir de él, porque este pasaje declara claramente que “por la mañana” de la resurrección, por la mañana milenaria, los justos “se enseñorearán” de éstos, les gobernarán, les dirigirán, los juzgarán. Así también dijo el Apóstol: “Los santos juzgarán al mundo.” —1 Cor. 6:2

“Que la muerte les sorprenda; desciendan vivos al *Seol* [*olvido*], porque hay maldades en sus moradas, en medio de ellos.” —Sal. 55:15

Este pasaje se comprende mal ordinariamente y ha sido un gran escollo para muchos hijos de Dios. ¿Cómo puede ser que un buen hombre como David haya podido orar para que sus enemigos desciendan al *infierno*, a la tortura eterna? Un buen hombre no querría orar así, y tal no era el contenido de la oración de David tampoco. Así como hemos visto, y todavía vemos, la palabra *seol* no encierra ninguna idea de fuego, de llama, de tormento o de cualquier cosa de esta especie, sino que significa simplemente el

olvido, la extinción de la vida. Resulta pues que la oración de David o su deseo con respecto a sus enemigos, los adversarios de la justicia, era un deseo perfectamente conveniente y de pleno acuerdo con las leyes de los pueblos más civilizados de nuestra época, de gran luz. Hoy, las leyes de las naciones civilizadas decretan que todos los asesinos sean ejecutados, y generalmente, escogen los métodos supuestos más fáciles y menos dolorosos de ejecución.* La ley decreta, pues, como hizo David: Que los culpables vayan al *seol*, al olvido: ¡que mueran! Sin embargo, en su misericordia, Dios rescató, por la sangre preciosa de Cristo, hasta a los más viles pecadores, porque “Jesucristo, por la gracia de Dios, gustó la muerte por todos”, “se dio a sí mismo en rescate por todos, de lo cual se dio testimonio a su debido tiempo”. Si algunos de nuestros semejantes son más depravados que nosotros puede deberse, hasta donde sabemos, a las influencias particularmente deslumbradoras que ejerce sobre ellos el adversario (2 Cor. 4:4), o sea, por una herencia peor. En todo caso, Dios proporcionó que cada miembro de la raza tenga una oportunidad completa, clara e imparcial de *elegir* por la justicia y la vida, o por la injusticia y la Segunda Muerte, para ser reenviado al *seol*. Esto se nos garantiza totalmente por el Nuevo Pacto asegurado y sellado por los méritos de la sangre preciosa de Cristo.

“Tu misericordia es grande para conmigo y has librado mi alma de las profundidades del *Seol* [*olvido*].” —Sal. 86:13

Aquí las palabras “profundidades del *seol*” podrían significar la profundidad del olvido. Se nos permite considerar, con razón, que el profeta personifica aquí al Señor Jesús, como lo hace en un gran número de sus salmos. Si es así, la expresión “profundidades del olvido” tendría una aplicación particular. Para la humanidad en general, la muerte es sólo un sueño, y el olvido donde descendió sólo es temporal porque habrá un despertar en la resurrección, como resultado del rescate. Pero el caso de nuestro Señor Jesús era diferente; por el hecho de tomar el lugar del pecador (Adán), la muerte significaba obligatoriamente para él el castigo supremo del

* Escrito en 1899. —*Trad.*

pecado, es decir, el olvido perpetuo, a menos que por la gracia y el poder del Padre debiera resucitar a los muertos y hacerse el Libertador a quienes rescató.

“Mi alma está hastiada de males, y mi vida cercana al *Seol* [olvido].” —Sal. 88:3

Aquí de nuevo el dolor profundo hasta la muerte se describe de forma breve y poética.

“¿Qué hombre vivirá y no verá muerte? ¿Librará su vida del poder del *Seol* [olvido]?” —Sal. 89:48

¡Qué lógicas son esta pregunta y las respuestas que implican! Están de acuerdo con lo que ya hemos visto hasta aquí. En cambio, ¡qué discordantes son estas palabras con la creencia generalmente admitida sobre el tema examinado! Se cree ordinariamente que ningún hombre, que ninguna *alma* pasa por una muerte verdadera, sino que en el momento de la muerte hay al contrario un crecimiento de vida; que, por consiguiente, el alma escapa completamente del poder del *seol*, del olvido, se cree que el alma no puede morir; lejos de poner en tela de juicio que pueda librarse del poder del *seol*, se admite sin discusión que el *seol* no tiene ningún poder de tocar al alma. ¡Qué lógicas son las Escrituras y la verdad y qué ilógica es la filosofía de Platón tan comúnmente aceptada!

“Me rodearon ligaduras de muerte, me encontraron las angustias del *Seol* [olvido]; angustia y dolor había yo hallado.” —Sal. 116:3

Aquí de nuevo, el temor de la muerte se describe de manera viva.

“¿Adónde me iré de tu Espíritu? ¿Y adónde huiré de tu presencia? Si subiere a los cielos, allí estás tú; y si en el *Seol* [olvido] hiciere mi estrado, he aquí, allí tú estás.” —Sal. 139:7,8

Según la concepción generalmente admitida, esto querría decir que Dios vive permanentemente en el lugar terrible de tortura que se supone que es el *seol*. Al contrario, el profeta adopta un amplio punto de vista del poder divino y nos da parte del resultado de sus investigaciones, a saber, que no hay ningún lugar del universo que no sea accesible al poder divino. Hasta el olvido de la

muerte está sujeto a nuestro Señor que declara: “Tengo las llaves de la muerte y del *hades* [olvido]” Es nuestra confianza en Dios, en su omnipotencia, lo que constituye la base de nuestra fe en una resurrección de los muertos.

“Como quien hiende y rompe la tierra, son esparcidos nuestros huesos son dispersados a la boca del *seol* [olvido].” —Sal. 141:7

El significado de este pasaje es muy oscuro; pero de todas maneras no contiene nada que favorezca la idea generalmente admitida de un infierno de tormento. La traducción de Young vierte este versículo así: “Así como se ara y se cosecha la tierra, nuestros huesos han sido dispersados al mando de Saúl.”

“Los tragaremos vivos como el *Seol* [olvido].” —Prov. 1:12

Esto parece mostrar el lenguaje de los asesinos que quisieran destruir rápidamente a sus víctimas y perderles de vista y de memoria, en el olvido.

“Sus pies descienden a la muerte; sus pasajes conducen al *Seol* [olvido].” —Prov. 5:5

Aquí se describen poéticamente las tentaciones de una mujer mala y sus funestos resultados; sus vías conducen a la destrucción, a la muerte, al olvido.

“Camino al *Seol* [olvido] es su casa, que conduce a las cámaras de la muerte.” —Prov. 7:27

Esta expresión es semejante a la precedente, pero prueba que el infierno en cuestión no es de llamas, que no es un lugar de tormento; son las habitaciones sombrías de la muerte, de la nada, del olvido.

“Que sus convidados están en lo profundo del *Seol* [olvido].” —Prov. 9:18

Aquí, en un lenguaje hiperbólico, este texto nos muestra a los invitados de la prostituta representados como muertos, como habiendo perdido todo respeto de sí mismos y toda dignidad de hombre (sin duda alguna están sobre el camino de la muerte porque la conducta depravada favorece y activa la enfermedad y la muerte). Están sobre el camino del olvido no sólo desde el punto

de vista físico, sino también porque pierden su reputación y su influencia entre los hombres.

“El *Seol* [*olvido*] y el Abadón [destrucción. Véase nota de Darby] están delante de Jehová; ¡cuánto más los corazones de los hombres!” —Prov. 15:11

Se debe observar que no hay ninguna idea de tortura aquí, sino todo lo contrario; el *seol*, el olvido, se asocia con la destrucción.

“El camino de la vida es hacia arriba al entendido, para apartarse del *Seol* [*olvido*] abajo.” —Prov. 15:24

Nuestros traductores casi lograron, por su manera de verter este texto, sostener su teoría de que los justos *suben* al cielo y los malos *descienden* al infierno. Observe la traducción de la versión revisada (inglés. —*Trad.*): “Para el sabio la vía de la vida sube con el fin de que pueda alejarse del *seol* [en margen: del sepulcro] abajo.” El pensamiento correcto podría verterse como sigue: La senda de la vida, para los sabios, es una senda que se eleva hacia la justicia con el fin de que puedan librarse del olvido por el poder de la resurrección.

“Lo castigarás con vara, y librarás su alma del *Seol* [*olvido*].” —Prov. 23:14

Inútil, sin duda, explicar que este pasaje no enseña que después de la muerte deba pegarse al cadáver con el fin de que pueda sacarse al alma de un infierno de tormento. El sentido se indica claramente por el contexto. La exhortación es que la vara no debe escatimársele al niño, si es necesario, porque así es como podrán añadirse largos y útiles años a su vida; su alma (su ser) será preservada de un olvido prematuro y tal vez salva de la Segunda Muerte, de la vuelta al olvido.

“El *Seol* [*olvido*] y el Abadón [destrucción] nunca se sacian; así los ojos del hombre nunca están satisfechos.” —Prov. 27:20

Lejos de tener el sentido de un infierno devorador, de proporciones tan formidables que nunca podría llenarse, este pasaje significa simplemente que no hay límites a la capacidad de la muerte: el olvido y la destrucción no pueden llenarse a saciedad.

“Tres cosas hay que nunca se sacian; aun la cuarta nunca dice: ¡Basta! El *Seol* [olvido], la matriz estéril, la tierra que no se sacia de aguas, y el fuego que jamás dice: ¡Basta!” —Prov. 30:15,16

Este texto, como el precedente, se dice que la muerte, el olvido. no tiene ningún límite de capacidad y por lo tanto no pueden colmarse sin medida.

“Todo lo que te viniere a la mano para hacer, hazlo con tus fuerzas; porque en el *Seol* [olvido], adonde vas, no hay obra, ni trabajo, ni ciencia, ni sabiduría.” —Ecl. 9:10

He aquí una declaración muy categórica respecto al infierno (*seol, olvido*). Se aplica no sólo a los malos, sino también a los justos, a todos los que entran en la muerte. No hay ni buenas ni malas obras; no se alaba ni se maldice a Dios; no se piensa ni en el bien ni en el mal: no hay ni conocimiento santo, ni conocimiento impío, ni sabiduría celestial ni otra sabiduría en el *seol*, en el olvido de la muerte. ¿Cómo podríamos exponer más clara y enérgicamente esta pregunta?

“Duros como el *Seol* [olvido] los celos.” —Cant. 8:6

Aquí, la condición de muerte, de olvido, se representa como la misma personificación de implacabilidad. que devora a toda la familia humana, sin excepción y sin consideración a la personalidad ni al rango.

“Por eso ensanchó su interior el *Seol* [olvido], y sin medida extendió su boca.” —Isa. 5:14

El profeta emplea aquí la palabra *seol*, olvido, para describir la pérdida de prestigio de Israel, su ignominia, su deshonor. Este pueblo había quedado como muerto; numerosos eran los que descendieron al olvido. Este pasaje no concierne ni a un sepulcro en el sentido literal, ni a un lago de fuego.

“El *Seol* [olvido] abajo se espantó de ti; despertó muertos que en tu venida saliesen a recibirte.” —Isa. 14:9

Esta expresión es eminentemente simbólica y se aplica a Babilonia. Su cumplimiento es, creemos, todavía futuro, y ahora está próximo. La gran Babilonia debe ser tragada; así como una piedra tirada en el mar, estará completamente perdida de vista y olvidada; irá al olvido, el *seol*. (Apoc. 18:21) Esto se demuestra

por el contexto que declara: “¿Cómo paró el opresor, cómo acabó la ciudad codiciosa de oro? (Véase concordancia Strong, referencia N° 4062. —*Trad.*). —Véase Isa. 14:4-8.

“Descendió al *seol* [*olvido*] tu soberbia.” —Isa. 14:11

Aquí se prosigue la misma descripción simbólica de la destrucción de Babilonia mística, cuya grandeza será pronto cosa del pasado, sepultada en el olvido y no en un infierno incandescente.

“Por cuanto habéis dicho: Pacto tenemos hecho con la muerte, e hicimos convenio con el *Seol* [*olvido*].” —Isa. 28:15

Aquí, el Señor predice una angustia terrible, el tropiezo y la caída de los que por doctrinas falsas han llegado a hacer poco caso de la enseñanza de las Escrituras afirmando que la muerte es el salario del pecado. Este tiempo de retribución está cerca, vendrá sobre los que se sirvieron de la Palabra de Dios para engañar y que, en lugar de ser santificados por la verdad, prefirieron el error. Nuestro gran adversario, Satanás, saca provecho de la creencia errónea generalmente admitida con este tema para atrapar al mundo por diversas doctrinas falsas avanzadas sobre premisas falsas. Ya ha extraviado a los papistas y a todo el mundo pagano induciéndolos a ofrecer oraciones y misas para los muertos, que se cree que no están muertos, sino muy vivos en los tormentos del purgatorio. Y en nuestros días por el Espiritismo, la Teosofía y la Ciencia Cristiana, el mismo Adversario lanza sus ataques especialmente contra los protestantes que, a causa de su creencia según la cual los muertos no están muertos, están totalmente preparados para sufrir estas influencias engañosas.

Cristianos de diversas confesiones “hicieron un pacto con la muerte”; declaran que es una amiga, mientras que las Escrituras afirman que es la enemiga más grande del hombre, que es el salario del pecado. Los cristianos de nombre están de acuerdo con el sepulcro; consideran que es sólo un lugar de depósito para el cuerpo terrestre, del cual se dicen aun felices de quitarse. Por no ver que la muerte (el olvido) es el salario del pecado, están dispuestos a aceptar la mentira de Satanás según la cual el tormento eterno es el salario del pecado. Por no creer que la muerte

es el salario del pecado están dispuestos a negar que la muerte de Cristo fue el remedio, el precio equivalente de la liberación del hombre. Desde entonces, todos los rasgos misericordiosos del plan divino del rescate y de la restauración son *más o menos confusos* a sus ojos y difíciles de comprender.

“Y será anulado vuestro pacto con la muerte, y vuestro convenio con el *Seol* [*olvido*] no será firme.” —Isa. 28:18

El Señor declara así que acabará por convencer al mundo de la veracidad de las declaraciones bíblicas concernientes a la muerte y a la condición del olvido; pero será por medio de un gran tiempo de angustia y de confusión para los que son víctimas de este engaño y que se niegan a escuchar la voz de la Palabra del Señor sobre este tema.

“Yo dije: A la mitad de mis días, iré a las puertas del *Seol* [*olvido*]; privado soy del resto de mis años.” —Isa. 38:10

Tales son las palabras de Ezequías, el buen rey de Judá, para que se cumpliera un milagro para prolongar sus días. En ellas cuenta cuáles eran sus pensamientos en el transcurso de su enfermedad. No quería decir ciertamente que había esperado descender a un infierno de tormento eterno y los traductores fueron bastante sagaces para notar que si, en este ejemplo, tradujeran *seol* por la palabra *infierno* provocarían preguntas e indagaciones de los lectores, lo que habría llevado más pronto que tarde a la verdad acerca del tema. El rey declara simplemente que se sintió cerca de la muerte, cerca del olvido, y que estaba a punto de ser privado del resto de sus días, de los que había podido razonablemente esperar a gozar.

“Porque el *Seol* [*olvido*] no te exaltará, ni te alabará la muerte.” —Isa. 38:18

Tales son las palabras de Ezequías, contenidas en la misma descripción donde habla de su enfermedad, de su temor a la muerte, de su recuerdo de la bondad y de la misericordia del Señor prolongando su vida y sus acciones de gracias al Señor. Él declara (en v. 17. —*Trad.*): “A ti agradó librar mi vida [ser], del hoyo de corrupción.” Los traductores no vertieron este texto por “No es el infierno que te alabará” de otro modo algunas mentes curiosas se

habrían preguntado de qué especie de infierno se trataba. Ezequías asocia la idea de la muerte con el olvido, el *seol*, y los emplea como sinónimos, luego declara (v. 19): “El que vive, el que vive, éste te dará alabanza, como yo hoy.” En otras palabras, un hombre vivo puede alabar al Señor, pero si un hombre está muerto, si su *alma* fue al *seol*, al olvido, no puede alabar al Señor, ni en algún sentido contar sus misericordias hasta la mañana de la resurrección, donde como declara Job, el Señor llamará y todos le responderán.

“Y fuiste al rey con unguento, y multiplicaste tus perfumes, y enviaste tus embajadores lejos, y te abatiste hasta la profundidad del *Seol* [*olvido*].” —Isa. 57:9

Esta última expresión es figurativa. No tiene nada en común ni con un infierno de tormento, ni con un sepulcro verdadero o una tumba. Representa a Israel bajo la figura de una mujer que descuida a su marido, el Señor, y busca la alianza de los reyes de la tierra hasta el punto de olvidar a su esposo, hasta el punto de haber muerto figuradamente, olvidadizo del Señor y de los principios de su verdad, y de la justicia que viene de la fe.

“El día que descendió al *Seol* [*olvido*], hice hacer luto... Del estruendo de su caída, hice temblar a las naciones, cuando las hice descender al *Seol* [*olvido*]... También ellos descendieron con él al *Seol* [*olvido*], con los muertos a espada.” —Eze. 31:15-17

El Señor describe aquí, en lenguaje figurativo, la caída de Babilonia. Así como hemos visto hasta aquí, la caída de Babilonia y las descripciones extraordinarias que se hacen de ella estuvieron parcialmente destinadas a la Babilonia literal, pero se aplican más aún a la caída completa y al derrumbamiento de la Babilonia mística. La antigua nación de Babilonia fue derrotada por los medos y los persas y descendió al olvido, al estado de muerte como nación; la Babilonia mística moderna debe igualmente caer en el olvido para no levantarse más.

“De en medio del *Seol* [*olvido*] hablarán a él los fuertes de los fuertes, con los que le ayudaron.” —Eze. 32:21

Se trata aquí de la nación de Egipto que desciende al olvido, y también de otras naciones poderosas que descendieron anteriormente a la caída de Egipto: estas últimas se representan

como hablando a Egipto respecto a su caída. Así es como decimos que la historia *nos habla* de ciertas cosas, que repite sus enseñanzas.

“Y no yacerán con los fuertes de los incircuncisos que cayeron, los cuales descendieron al *Seol* [*olvido*] con sus armas de guerra.” —Eze. 32:27

El profeta predice aquí la destrucción de Mesec y de Tubal; y cómo también descenderán en el olvido con sus armas de guerra. Las armas de guerra pueden, en realidad, caer en el olvido, y damos gracias al Señor de que ninguna de sus disposiciones prevé su restauración en la gloriosa edad venidera, cuando Emanuel haya establecido su Reino, porque la promesa positiva es que “Hace cesar las guerras hasta los fines de la tierra.” —Sal. 46:9

“De la mano [poder] del *Seol* [*olvido*] los redimiré, los libraré de la muerte. Oh muerte, yo seré tu muerte, y seré tu destrucción, oh *Seol* [*olvido*]; la compasión será escondida de mi vista.” —Oseas 13:14 (Véase nota de Darby —*Trad.*)

Quienquiera que todavía no esté convencido de que *seol* no significa un lugar de tormento puede por lo menos consolarse en este texto, en el cual el Señor declara sin reserva que *destruirá el seol*. Si por tanto alguien cree y sostiene todavía que es un lugar de tormento, admita por lo menos que no durará por toda eternidad porque el Señor mismo ha decretado su destrucción.

¡Pero qué admirablemente claro y armonioso es este texto desde su correcta perspectiva! El precio del rescate ya lo ha proporcionado nuestro Redentor y la obra que libraré la humanidad del *seol*, del olvido de la muerte, espera solamente que la Iglesia (el Cuerpo de Cristo) haya sido escogida de entre los humanos y glorificada con su Señor y Cabeza (Jefe) Cristo Jesús. Tan pronto como la resurrección de la Iglesia se complete (la primera o la principal resurrección) *entonces*, declara el Apóstol, “se cumplirá la palabra que está escrita: Sorbida es la muerte en victoria. ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro (hades. Nota de Darby —*Trad.*), tu victoria?” —1 Cor. 15:54,55

El engullimiento de la muerte en la victoria será obra de la Edad milenaria; será gradual, como gradual fue también el

engullimiento de la humanidad en la muerte. En definitiva, la sentencia de muerte que pesa actualmente sobre la humanidad, y el *seol*, el olvido que le impone, pasará completamente, porque todos han sido rescatados de su poder. Bajo las nuevas condiciones, bajo el Nuevo Pacto, con sus bendiciones y sus gracias abundantes, ninguno descenderá más a la muerte (el olvido), excepto los que pecasen intencionalmente, y esto, por su propia cuenta. Esta muerte será la Segunda Muerte, de la cual no habrá ninguna esperanza de volver.

“Aunque cavasen hasta el *Seol* [*olvido*], de allá los tomará mi mano.” —Amós 9:2

Con este lenguaje vigorosamente lleno de imágenes el Señor declara que su poder es absoluto y que dirige totalmente a la humanidad, haciendo particularmente alusión a Israel. Ya como nación, ya como individuos, los Israelitas podían escapar de los juicios divinos, y bien que debieran bajar en la muerte, como individuos y como nación, sin embargo, todas las promesas de Dios, tanto como las amenazas a su consideración, se cumplirán seguramente. Mas, después de anunciar su caída completa y dispersión entre todas las naciones de la tierra, como comprobamos hoy,* la promesa del Señor es (vs. 11-15): “En aquel día, [a la aurora del día milenario] levantaré el tabernáculo caído de David... Y traeré del cautiverio a mi pueblo Israel... y nunca más serán arrancados de su tierra que yo les di, ha dicho Jehová Dios tuyo”. Nadie soñaría cavar su camino hacia un lugar de tormento eterno; pero Israel, como nación, cavó su vía hacia el olvido nacional. Sin embargo, Dios remediará esta situación.

“Desde el seno del *Seol* [*olvido*], clamé, y mi voz oíste.” —Jonás 2:3

El seno del “infierno” (*seol*) donde se encontraba Jonás, de donde clamó al Señor, y del cual fue librado, era el vientre del gran pez que lo había tragado. Era, para él, el seno del olvido, de la destrucción, de la muerte, si no se le hubiera librado.

* Escrito en 1899. —Trad.

“Y también, el que es dado al vino es traicionero, hombre soberbio, que no permanecerá; ensanchó como el *Seol* [olvido] su alma, y es como la muerte, que no se saciará; antes reunió para sí todas las gentes, y juntó para sí todos los pueblos.” —Hab. 2:5

Aparentemente, se trata aquí de una nación ambiciosa, de una nación agresiva. Esta imagen podría aplicarse, muy a propósito, a las naciones actuales* que recorren el mundo para traer a las naciones más débiles y menos civilizadas bajo su autoridad y su patrocinio. También aplicarse al Hombre del Pecado y a su influencia mundial, gracias a la cual saca sus ingresos de todas las naciones bajo el sol. De todas maneras la idea es que la codicia es como la muerte [el olvido] en el sentido de que nunca tiene lo suficiente; sus deseos no pueden estar satisfechos.

“HADES” EN EL NUEVO TESTAMENTO

En el Nuevo Testamento, la palabra griega *hades* es el equivalente exacto a la palabra hebrea *seol*. Tenemos la prueba absoluta del hecho de que los apóstoles, en sus citas del Antiguo Testamento, vierten *seol* por la palabra *hades*. He aquí los ejemplos del Nuevo Testamento en el cual se encuentra la palabra *hades*:

“Y tú, Capernaum, que eres levantada hasta el cielo, hasta el *Hades* [olvido] serás abatida.” —Mat. 11:23

La ciudad de Capernaum no descendió ciertamente al tormento eterno, no más que estuvo en un sepulcro o una tumba, en el sentido ordinario de la palabra, pero es absolutamente cierto que Capernaum cayó en el olvido, en la destrucción.

“Yo también te digo, que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré a mi iglesia y las puertas del *Hades* [olvido] no prevalecerán contra ella.” —Mat. 16:18

Pedro acababa de confesar que Jesús era el Ungido, el hijo del Dios vivo, el Mesías. Esta verdad es la roca poderosa sobre la que debe edificarse toda la Iglesia de Cristo, formada por piedras

* Escrito en 1899. —Trad.

vivas, pues no hay ningún otro nombre por el cual podamos ser salvos. Nuestro Señor declara que Pedro es una de estas *pedras vivas*, y Pedro afirma (1 Ped. 2:5) que todos los creyentes consagrados también son *pedras vivas*, edificadas sobre esta gran roca de fundamento que es Cristo, el Ungido. Estas piedras vivas son edificadas para formar una habitación de Dios, por medio del espíritu, con el fin de ser un templo glorioso para su morada y por el cual bendecirá a todas las familias de la tierra. Dios aceptó así a los creyentes en Cristo y les considera como miembros de este futuro templo; sin embargo, permite que la muerte prevalezca actualmente contra su pueblo: todos, aparentemente, descienden a la muerte (el olvido) como lo hacen otros; necesitan por tanto la seguridad alentadora del Señor de que la muerte no dará razón de ellos y que las puertas del olvido no se cerrarán para siempre; así como la muerte, él quebró simbólicamente las puertas y salió de ello por la resurrección, gracias al poder del Padre, así también su Iglesia será librada del poder de la muerte, del olvido, y tendrá parte en su resurrección, “la primera resurrección”. Es cierto que esto está en armonía con todos los testimonios de las Escrituras, y no es menos cierto que otra interpretación de las palabras de nuestro Señor sería privada de sentido verdadero.

“Y tú, Capernaum, que hasta los cielos eres levantada, hasta el *Hades* [olvido] serás abatida.” —Lucas 10:15

Capernaum fue grandemente honrada y privilegiada por el hecho de que nuestro Señor viviera allí durante cierto tiempo; pudo gozar del privilegio de su enseñanza, ser testigo de un gran número de sus obras poderosas y es en esto que se dice, por hipérbole, que *se levantó hasta los cielos*. Pero esta ciudad no habiendo hecho ningún uso conveniente de estos grandes privilegios y oportunidades, nuestro Señor le declaró que sufriría una humillación, una destrucción, una muerte equivalentes como ciudad -que sería echada en el olvido. Esto se ha cumplido.

“Y en el *Hades* [olvido] alzó sus ojos, estando en tormentos.” —Lucas 16:23

Este es el único pasaje de las Escrituras que parece dejar, aun débilmente la posibilidad de pensamiento, de sensación física, de

tortura o de felicidad en el *hades* o *seol*. A primera vista este texto parece contrario a la afirmación que no hay ni obra, ni conocimiento ni intriga en el *seol*, y no se puede en efecto comprenderlo de una sola manera, a saber, que se trata allí de una parábola. Hablamos de eso en otra parte* en todos sus detalles, y mostramos que el hombre rico que estuvo en el olvido y no obstante fue torturado allí, era la nación judía. Israel estuvo ciertamente en el olvido, murió como nación† aunque, como pueblo dispersado entre todas las naciones, Israel todavía vio y sufrió tormentos desde el rechazo del Mesías, y lo continuará sufriendo hasta que habiendo colmado la medida de tribulación, sea restablecido en el favor divino según las condiciones del pacto divino. —Rom. 11:26-29

“Porque no dejarás mi alma en el *Hades* [*olvido*].” —Hechos 2:27

Esta cita, tomada de los salmos, es aquella con la que comenzamos nuestro presente examen para verificar si es el alma, o simplemente el cuerpo, lo que va al *hades*, al *seol*, al olvido. Este texto declara de manera absolutamente nítida que el alma de nuestro Señor fue al *hades*, al olvido, y que fue librada de allí por una resurrección. El contexto prueba que el alma de David también fue al *seol*, pero que todavía no ha sido librada de ello, y no puede serlo, según el arreglo divino, mientras toda la Iglesia, el cuerpo de Cristo, no ha sido librada primero, mientras la primera resurrección no se ha acabado. —Véase vv. 29,34; Heb. 11:32,39,40.

David “habló de la resurrección de Cristo, que su alma no fue dejada en el *Hades* [*olvido*].” —Hechos 2:31

Esta declaración categórica confirma plenamente lo que acabamos de ver.

“¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh *sepulcro* [*hades, olvido*], tu victoria?” —1 Cor. 15:55

El Apóstol presenta este texto como una cita del Antiguo Testamento para confirmar su demostración de que la única

* Véase “¿Qué Dicen las Escrituras Acerca del Infierno?”

† Escrito en 1899. Reencontró su existencia nacional en 1948. —Trad.

esperanza para los muertos reside en una resurrección. No será una resurrección del cuerpo, porque afirma que el cuerpo enterrado no será el que resucitare (véase vv. 37,38): la esperanza de la resurrección concierne al *alma*, al *ser*, importa poco la especie de cuerpo que agrade a Dios darle. No se dice: “Si su *cuerpo* no resucita su fe es vano”, sino: “Si los *muertos* no resucitan... su fe es vana... entonces también los que durmieron en Cristo perecieron.” (vv. 16-18) Es lo que duerme lo que debe ser despertado, resucitado, y no lo que va a la corrupción.

“Yo soy... el que vivo, y estuve muerto; mas he aquí que vivo por los siglos de los siglos, amén. Y tengo las llaves de la muerte y del *Hades* [*olvido*].” —Apoc. 1:18

Este pasaje se da para animar al pueblo de Dios; por consiguiente, es cierto que el *infierno* (traducción abandonada por la mayoría de las versiones modernas que prefieren verter sin explicarlo por *hades*. —*Trad.*), el *hades* no significa aquí un lugar de tormento, de otro modo ¿cuál sería el peso de esta expresión? Estas palabras implican que el pueblo del Señor desciende al *hades* (el olvido) (como todo humano) y que la esperanza del pueblo de Dios, cuando desciende al *hades*, al olvido, es que al debido tiempo, nuestro gran Redentor abrirá esta prisión figurativa de la muerte y hará salir a los cautivos de la tumba, del *seol*, del *hades*, del olvido. Tal es el significado de la expresión que dice que él posee las llaves, es decir, el poder, la autoridad, que puede abrir y que puede cerrar, habiéndosele dado todo poder.

Predicando en primer advenimiento, nuestro Señor citó la profecía de Isaías que le designaba y en la que se dice que abrirá la prisión y pondrá en libertad a los cautivos, y declaró que allí estaba el Evangelio. (Isa. 61:1; Lucas 4:18) Es el Evangelio de la resurrección, el mensaje, las buenas nuevas de la liberación de todos los cautivos, su liberación del olvido de la muerte, del poder del Adversario, del “que tiene el poder de la muerte, es decir, el diablo.” Qué significativos son estos pasajes al contemplarlos bajo su verdadero aspecto; en cambio: ¡qué desconcertantes y absurdos son cuando se ven desde otro ángulo, a menos que la ignorancia sea tan grande que cubra y esconda las contradicciones!

“Y el que lo montaba tenía por nombre Muerte, y el *Hades* [*olvido*] le seguía; y le fue dada potestad sobre la cuarta parte de la tierra, para matar con espada, con hambre, con mortandad, y con las fieras de la tierra.” —Apoc. 6:8

Haría falta verdaderamente una imaginación muy fuerte para conceder esta exposición con la opinión admitida en general según la cual el *hades* sería un lugar de tormento de tal capacidad que podría recibir y torturar a los cincuenta* mil millones de seres que han vivido en la tierra. Nadie soñaría tampoco representar lógicamente tal lugar de tormento bajo una figura simbólica viajando sobre la grupa de un caballo. En cambio, es completamente razonable mostrar la muerte y el estado de muerte, la destrucción, el *olvido*, la *inconsciencia*, recorriendo simbólicamente la tierra y barriendo en grandes masas a los humanos. Nos limitamos aquí a mostrar simplemente este carácter razonable, sin presentar ninguna explicación de los símbolos.

“Y la muerte y el *Hades* [*olvido*] entregaron los muertos que estaban en ellos; y fueron juzgados cada uno según sus obras.” —Apoc. 20:13

El resultado de la primera prueba en Edén fue que la sentencia de muerte azotara a todos los hombres. Cincuenta mil millones probablemente ya fueron al *seol*, al *hades*, al *olvido*; y centenas de millones que llamamos siempre vivos no lo están en el verdadero sentido de la palabra, sino pertenecen a los nueve décimos muertos por la acción de la sentencia de muerte. Gracias al precio del rescate depositado† en el Calvario, debe concederse una oportunidad de una nueva prueba a cada miembro de la familia humana; hay, sin embargo, sólo una minoría favorecida que obtiene tal oportunidad y tal puesta a prueba durante la Edad actual destinada a la selección de la Iglesia. Es decir, la sentencia original de muerte será quitada y toda la humanidad estará colocada en una

* Edición inglesa de 1916. —Trad.

† *Reimpresiones* p. 5880 (*La Torre del Vigía* del 1 de abril de 1916). —Trad. Véase el Prefacio escrito por el hermano Russell el 1 de octubre de 1916, a la cabeza de la obra presente.

condición de juicio o de puesta a prueba para obtener la vida eterna por sus propias obras en obediencia o desobediencia. Este pasaje nos muestra que al tiempo conveniente no sólo los muertos (los que bajo la sentencia de muerte todavía no han ido a la tumba) tendrán una prueba completa, o juicio, para determinar si son dignos o indignos de la vida eterna, sino también todos los que fueron al *seol* (*hades*, *olvido*) saldrán de la inconsciencia del sueño de la muerte para ser juzgados: esta escena del juicio se sitúa en la Edad milenaria, que es el “día del juicio” para el mundo, como la Edad Evangélica es el día del juicio para la Iglesia.

“Y la muerte y el *Hades* [*olvido*] fueron lanzados al lago de fuego. Ésta es la muerte segunda.” —Apoc. 20:14

Debe apoderarse necesariamente una gran confusión de todos los que quieren intentar interpretar *hades* como un lugar de tormento eterno al examinar este pasaje de las Escrituras; ¡pero qué razonable y armonioso es cuando se vierte por su sentido exacto! El lago de fuego (*gehena*) representa la destrucción total, la Segunda Muerte que, a fin de cuentas, destruirá completamente todo lo que es malo. “La muerte y el *Hades*” que, en este pasaje, se muestran como destruidos en la Segunda Muerte, son los mismos de los cuales acaba de hablarse en el v. 13. El estado presente de condena, el resultado de la transgresión de Adán, se llama “la muerte y el *Hades*” —la condición moribunda de los que hoy se llaman los vivos y el sueño en el olvido de los que están completamente muertos.

Lo mismo que el versículo 13 declara que todos los hombres serán liberados de estas condiciones al debido tiempo por la puesta a prueba, este versículo declara que la muerte adámica, y el sueño en el olvido que es la consecuencia, no existirán después de la Edad milenaria; y explica por qué: serán sorbidos o tragados en la condición de la Segunda Muerte. En el futuro nadie morirá a causa del pecado de Adán, que no entrará en la futura prueba. La única muerte que subsistirá en lo sucesivo será la Segunda Muerte, que azotará sólo al pecador que cometa el pecado y no sus padres ni sus hijos. En aquel día el que muera, lo hará por su propio pecado. “El alma que pecare, ésa morirá.” Estos individuos habrán

conservado debilidades de la naturaleza adámica de las cuales nunca serán liberados, por el hecho de que se negarán a emplear los medios y las oportunidades puestas a su disposición durante el Milenio por el Mediador del Nuevo Pacto; no obstante, bajo este Nuevo Pacto, estas debilidades heredadas no se les imputarán, siendo totalmente compensadas por el sacrificio de su Redentor. En consecuencia, a partir del momento en que se ofrezca esta plena oportunidad de la Edad milenaria a cada individuo, y aun cuando hubiera conservado debilidades e imperfecciones adámicas, su muerte no se contará como parte de la muerte adámica, sino como parte de la Segunda Muerte, porque si no se ha realizado ningún progreso es porque no *haya querido* y no por el hecho de la transgresión de Adán ni a causa de las debilidades heredadas.

Ahora hemos examinado cada texto de las Escrituras que contienen las palabras *seol* y *hades* y hemos adquirido la certeza de que son las almas de los hombres las que, a la muerte, pasan a esta condición expresada por estas palabras, y que la muerte es un estado o una condición, y no un lugar, aunque a veces se hable de ella de manera figurativa como tal, de una prisión de donde todos los presos saldrán la mañana de la resurrección. Hemos visto que a este estado (o condición) se le describe como estado de oscuridad, de silencio, y que las Escrituras afirman francamente que no hay ni conocimiento, ni intención, ni sabiduría, ni obra, ni maldición ni alabanza de Dios por parte de quienquiera que entre en este estado o condición de olvido. Su única esperanza radica en el Señor, quien, habiendo rescatado sus almas (sus seres) de la destrucción por el sacrificio de su propia alma, los librará al debido tiempo, los recordará y los hará salir del olvido, con los cuerpos que le plazca darles, y los colocará en condiciones más favorables que las de ahora, cuando haya pasado su ira, la maldición, y se haya inaugurado la era milenaria de bendición.

Los traductores de la Versión común de la Biblia inglesa (y los de la mayoría de nuestras antiguas versiones castellanas. —*Trad.*) y la mayoría de los comentaristas han sido influidos por concepciones erróneas relativas a la naturaleza del hombre al tiempo y al lugar de su recompensa y de su pena; han comprendido

La Reconciliación

mal la condición del hombre en el ínterin provisional de la muerte; tampoco sorprende que hayan traducido y comentado ciertos pasajes de las Escrituras según sus concepciones personales erróneas, las cuales son hasta cierto punto escollos para los buscadores de la verdad. Conviene, pues, examinar algunos de estos escollos y quitarlos de nuestro camino; pero, como no debemos alejarnos de nuestro tema propiamente dicho, dejaremos de lado estas preguntas para examinarlas con otras malas interpretaciones populares de las Escrituras en nuestro próximo tomo de ESTUDIOS DE LAS ESCRITURAS.

ESTUDIO XIII

LAS ESPERANZAS DE LA VIDA ETERNA Y DE LA INMORTALIDAD SON ASEGURADAS POR LA RECONCILIACIÓN

EL DESEO ARDIENTE O LAS ESPERANZAS VIVAS DE LA CREACIÓN GIMIENTE—NO SON PRUEBAS—LAS PROMESAS Y LAS OBRAS QUE REALIZAN LA RECONCILIACIÓN SÍ LO SON—UNA DISTINCIÓN Y UNA DIFERENCIA—¿ES EL ALMA HUMANA INMORTAL O TIENE ESPERANZA DE LLEGAR A SERLO?—¿SON LOS ÁNGELES INMORTALES?—¿ES SATANÁS INMORTAL?—LA VIDA Y LA INMORTALIDAD PUESTAS EN EVIDENCIA POR EL EVANGELIO—LOS TÉRMINOS GRIEGOS VERTIDOS POR INMORTAL E INMORTALIDAD EN LAS ESCRITURAS—¿EN QUÉ DIFIERE LA ESPERANZA DE LA IGLESIA DE LA DEL MUNDO SALVADO?

“Si el hombre muriere, ¿volverá a vivir? Todos los días de mi edad esperaré, hasta que venga mi liberación.” —Job 14:14

“Nuestro Salvador Jesucristo, el cual quitó la muerte y sacó a luz la vida [eterna] y la inmortalidad por el evangelio.” —2 Tim. 1:10

HAY en el hombre una esperanza tenaz que le dice que la muerte no pone fin a ninguna existencia; es una esperanza vaga e indefinida que hace presentir que de una u otra manera y en uno u otro lugar la vida comenzada ahora se prolongue. En algunos, esta esperanza engendra temor. Dándose cuenta, en efecto, de que son indignos de un futuro de felicidad, mucha gente teme un futuro de desgracia, y cuanto más lo temen más creen en él.

Esta esperanza indefinida de una vida futura y su contrapartida, el temor, nacieron sin duda en el momento de la condena que el Señor pronunció contra la serpiente, después de la caída de Adán en el pecado y la muerte. Declaró que al fin, la simiente* de la mujer debía magullar la cabeza de la serpiente. Nuestros primeros padres comprendieron sin duda alguna que esto

* o “posteridad”. —Trad.

significaba que por lo menos una parte de la familia adámica triunfaría finalmente de Satanás, del pecado y de la muerte, en los cuales este último los había hecho caer. No hay duda de que Dios animó tal esperanza; mas, sin embargo, habló sólo de manera vaga a Noé y por Noé, así como por Enoc que profetizó: “He aquí, vino el Señor con sus santas decenas de millares.” (Judas14) Pero *el Evangelio* (las buenas nuevas) de una salvación que libra de muerte y se ofrece a toda la humanidad al debido tiempo de Dios parece habersele anunciado con claridad primeramente a Abrahán. El Apóstol declara: “Dio de antemano la buena nueva (*el Evangelio*) a Abraham, diciendo: “En tu simiente* serán benditas todas las naciones de la tierra.” Tal era por lo menos la base de la esperanza de los judíos en una resurrección, porque siendo dado que gran número de las familias de la tierra estaban muertas y moribundas, la bendición prometida para todos ellos *implicaba* una vida futura. Cuando siglos más tarde se dispersó a Israel entre las naciones en tiempos de la cautividad de Babilonia sin duda guardaron los judíos una parte de las promesas de Dios y sus esperanzas allá donde fueron.

Es seguro que la difusión de las concepciones judaicas entre los humanos o la esperanza en la naturaleza del hombre, o ambas razones juntas, hicieron que el mundo entero creyera en una vida futura, y casi todos la creen eterna. El Apóstol llama a esto: “El anhelo ardiente de la creación”—de la creación gimiente. Pero tales *esperanzas* no son *pruebas* de la doctrina; y las promesas del Antiguo Testamento hechas a los judíos son demasiado vagas para constituir una base de fe sólida y mucho menos de una “*teología dogmática*” sobre este tema.

Sólo después de encontrar en el Nuevo Testamento las declaraciones claras y positivas de nuestro Señor, y después las igualmente claras de los apóstoles sobre este tema importante de la *Vida Eterna*, empezamos a reemplazar esperanzas vagas por convicciones positivas. En sus palabras tenemos no sólo declaraciones positivas que aseguran que se han obtenido para

* o “posteridad”. —*Trad.*

todos las posibilidades de una vida futura, sino también una exposición como en ninguna otra parte de la doctrina filosófica de este hecho y de la manera en la que se obtendrá y se mantendrá esta vida eterna.

Mucha gente no ha observado estos puntos esenciales, por eso son “débiles en la fe”. Examinemos esta doctrina filosófica y asegurémonos más que nunca de que la vida futura, la vida eterna, es una posibilidad para cada miembro de la familia humana gracias a las disposiciones tomadas por nuestro gran y sabio Creador.

Examinando el Nuevo Testamento, fundamento de esta seguridad de vida eterna, encontramos para nuestro asombro que en primer lugar se nos advierte de que en nosotros mismos y por nosotros mismos no tenemos nada que pueda darnos la menor esperanza de vida eterna; que la vida de nuestra raza estuvo perdida por la desobediencia de nuestro padre Adán; que aunque éste hubiera sido creado perfecto y adaptado para vivir por siempre, no sólo su pecado trajo el salario del pecado, la muerte, sobre él, sino que sus hijos nacían y nacen en una condición moribunda de muerte gradual y continua, herederos de estas influencias mórbidas y mortales. La ley de Dios es perfecta, como Dios mismo es perfecto, y su criatura (Adán) lo era también antes de pecar; porque de Dios está escrito: “Su obra es perfecta.” Dios aprueba por su ley sólo lo que es perfecto y condena a la destrucción todo lo imperfecto. En consecuencia la raza de Adán, “nacida en la iniquidad y concebida en el pecado”, no tiene ninguna esperanza de vida eterna, excepto por las condiciones presentadas en el Nuevo Testamento, *el Evangelio*, las buenas nuevas, a saber, que Cristo ha abierto una vía para volver de la caída a la perfección, al favor divino y a la vida eterna, para todos los de la familia de Adán que quisieran gozar de ella.

La idea principal de esta esperanza de reconciliación con Dios, y así con la esperanza reavivada de vida eterna, se encuentra en las declaraciones: (1) que “Cristo murió por nuestros pecados” y (2) que “resucitó para nuestra justificación”; porque “Jesucristo hombre, el cual se dio a sí mismo en *rescate* [precio correspondiente] por todos.” Adán y su raza que todavía estaban en

La Reconciliación

él cuando pecó y, naturalmente, tuvieron parte en su condena, “ *fueron rescatados* [comprados] por la sangre [la muerte] preciosa de Cristo.” —1 Ped. 1:19

Sin embargo, aunque las disposiciones tomadas por el Señor sean abundantes *para todos*, no son aplicables a *nadie* excepto bajo ciertas condiciones, a saber: (1) que acepten a Cristo como su Redentor y (2) que procuren evitar el pecado y vivir en lo sucesivo en armonía con Dios y la justicia. Es por eso que se nos dice: “La dádiva de Dios es vida eterna *en* Cristo Jesús Señor nuestro.” (Rom. 6:23) Las afirmaciones siguientes de la Biblia son muy claras sobre este asunto:

“El que cree en el Hijo tiene vida [un derecho o un privilegio de vida como don de Dios] eterna; pero el que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida [perfecta].” —Juan 3:36; 1 Juan 5:12

Ninguno puede obtener la vida eterna excepto por Cristo el Redentor y el *Dispensador de vida* designado por Dios; y la verdad que nos aporta el privilegio de manifestar la fe y la obediencia, y así de “ *echar mano* de la vida eterna”, se llama “agua de vida” y “pan de vida.” —Juan 4:14; 6:40,54

La vida eterna se concederá sólo a los que, al alcanzar el conocimiento así como de las condiciones en las cuales se conceda como un don, la busquen viviendo conforme al espíritu de santidad. Ellos la *cosecharán* como un don en recompensa. —Rom. 6:23; Gál. 6:8

Para ganar esta vida eterna hace falta que nos hagamos “ovejas” del Señor y que sigamos su voz, sus instrucciones. —Juan 10:26-28; 17:2,3

El don de la vida eterna no se impondrá, sino que hará falta que se le desee, se le busque y le agarren todos los que quisieran obtenerlo. —1 Tim. 6:12,19

Por tanto es una *esperanza*, más bien que algo real. Lo que Dios nos da ahora: la esperanza de poder alcanzar finalmente la vida eterna porque Dios ha proporcionado un medio por el cual puede justificar a cuantos creen verdaderamente en Cristo y le aceptan.

Por la gracia de Dios no sólo nuestro Señor Jesús nos compró

por el sacrificio de su vida dada por la nuestra, sino que además se hizo nuestro gran sumo sacerdote, y como tal, ahora es “autor [fuente] de eterna salvación para todos los que *le obedecen*.” (Heb. 5:9) “Y esta es la promesa que *nos* hizo, la vida eterna.” —1 Juan 2:25

“Y este es el testimonio: que Dios nos ha dado vida eterna [ahora por la fe y la esperanza, pronto de manera real, “cuando Cristo, nuestra vida, se manifieste”]; y esta vida está en su Hijo. El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida.” —1 Juan 5:11,12

Esta vida eterna, que Adán y toda su raza pueden obtener gracias a nuestro Creador y por medio de nuestro Redentor, se destinó y se prometió sólo a los fieles y a los obedientes; ¡en el tiempo presente se les da sólo como *esperanza*, pero *se dará efectivamente* a los fieles en la “resurrección!”

Obsérvese que las promesas formales de la Palabra de Dios difieren considerablemente de las filosofías mundanas que tratan este asunto. Estas filosofías pretenden que el hombre debe tener una vida eterna futura, *porque la espera* o, más a menudo, la teme. Pero las esperanzas y los temores no son bases razonables para establecer y fundar una creencia sobre cualquier tema. No existe tampoco base sólida que permita pretender que hay *algo* en el hombre que deba vivir para siempre. No se conoce en el organismo humano ninguna parte o elemento que tenga tal propiedad.

En cambio la concepción de las Escrituras sobre este tema no da lugar a ninguna objeción de este género: es completamente razonable considerar nuestra existencia, la existencia del alma, tal como es según la Palabra, es decir, un “don de Dios” y no una posesión adquirida que nos es limpia e inalienable. Además, esta concepción bíblica nos permite evitar una gran e importante objeción contra la cual chocan las concepciones filosóficas paganas; en efecto, cuando el filósofo pagano declara que el hombre no puede perecer, que *debe* vivir para siempre, que la vida eterna no es un *don* de Dios, como dice la Biblia, sino una cualidad inherente en el ser humano, va demasiado lejos en sus pretensiones. Según tal filosofía la existencia eterna pertenecería no sólo a los

La Reconciliación

que la usarían para el bien y para quienes sería una bendición, sino también a quienes harían mal uso de ella y para quienes sería una maldición. Las Escrituras, al contrario, como ya hemos demostrado, enseñan que este gran e inestimable *don* precioso (la vida eterna) se concederá sólo a los que crean y obedezcan al Redentor y Dispensador de vida. Aquellos para los cuales este don sería un perjuicio grave no sólo ahora no lo poseen, sino que nunca podrán obtenerlo. “La paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro.” (Rom. 6:23) Los malos (todos los que después de recibir un conocimiento claro de la verdad rehúsan voluntariamente a obedecer sus enseñanzas) serán suprimidos de en medio del pueblo de Dios por la Segunda Muerte. “Serán como si nunca hubieran existido”, “completamente destruidos.” “La destrucción eterna” será su suerte final, una destrucción que durará para siempre y de la cual no habrá ni restauración, ni resurrección. Sufrirán la pérdida de la vida eterna y de todos sus privilegios, alegrías y bendiciones, la *pérdida* de todo lo que los fieles *ganarán*. —Hechos 3:23; Sal. 37:9,20; Job 10:19; 2 Tes. 1:9

El don de Dios de la vida eterna es precioso para todo su pueblo y es importante que todos los que tienen una vida bien equilibrada y lógica tomen este don por la mano de la fe. Sólo los que han “echado mano de la vida eterna” aceptando y consagrándose a su servicio pueden afrontar en buenas condiciones y con provecho las tempestades de la vida con las que se enfrentan en la actualidad.

UNA DISTINCIÓN Y UNA DIFERENCIA

Tras examinar la esperanza de la inmortalidad según la comprensión ordinaria de esta palabra (vida eterna) y tras encontrar que la vida eterna era la disposición tomada por Dios para cuantos de la raza de Adán la acepten “al debido tiempo” bajo los términos del Nuevo Pacto, estamos preparados para dar un paso más y observar que vida eterna e inmortalidad *no son* sinónimos, como la gente supone en general. La palabra “inmortal” significa

más que el poder de vivir eternamente; según las Escrituras millones de individuos podrán en definitiva gozar de la *vida eterna* mientras que sólo un “rebaño pequeño”, un número muy limitado, será hecho *inmortal*.

La inmortalidad es un elemento o cualidad de la naturaleza divina, pero no de una naturaleza humana, angélica o de cualquier otra naturaleza. Es porque Cristo y su “rebaño pequeño” (su “esposa”) deben ser “*participantes de la naturaleza divina*”, excepciones en relación al resto de las criaturas en el cielo o en la tierra. —2 Ped. 1:4

¿ES EL ALMA HUMANA INMORTAL? ¿O TIENE ESPERANZA DE LLEGAR A SERLO?

Hemos visto que un alma humana (ser sensitivo) resulta de la unión del aliento de vida (*ruach—pneuma*) con un organismo o cuerpo humano, exactamente como en el caso de las almas (seres sensitivos) animales inferiores, con la excepción de que al hombre se le ha dotado de un organismo superior, un cuerpo superior que posee facultades y cualidades superiores. Por lo tanto nos planteamos ahora la pregunta: ¿Son inmortales todos los animales? Si se nos responde negativamente entonces somos forzados a preguntar: ¿Qué posee el hombre por encima de los animales inferiores que le haga esperar inmortalidad?

La declaración de Salomón así como nuestras propias observaciones atestiguan que el hombre está tan sometido a la muerte como los animales inferiores: “Como mueren los unos, así mueren los otros; y una misma [género de] *respiración* [espíritu de vida, *ruach*] tienen todos.” (Ecl. 3:19) En todo lugar el crespón, el ataúd, el coche fúnebre, el cementerio, todos demuestran que es verdad que el hombre muere y, en consecuencia, no es *inmortal*, porque la palabra “inmortal” significa inatacable por la *muerte* (*a prueba de muerte*, “*death-proof*”), que *no puede morir*. Cualquiera que sea la *esperanza* de la inmortalidad para el hombre, no la posee actualmente; puede ser a lo sumo una *esperanza* en alguna disposición divina futura.

La Reconciliación

Antes de profundizar en esta pregunta nos será útil examinar el significado de las palabras “mortal” e “inmortal” pues estos términos son en general mal comprendidos y a menudo traen confusión en los pensamientos.

La palabra *inmortal* significa *no mortal*, refractario a la muerte, incorruptible, indestructible, imperecedero. Todo ser cuya existencia depende de alguna manera de otro, o de condiciones tales como el alimento, la luz, el aire, etc., no es inmortal. Esta cualidad, al principio, era inherente a Jehová Dios únicamente, así como está escrito: “El Padre tiene vida *en sí mismo*” (Juan 5:26), es decir, su existencia no proviene por otra parte, y no necesita mantenerse. Es el Rey eterno, inmortal e invisible. (1 Tim. 1:17) Estos pasajes de la Escritura, de autoridad indiscutible sobre este tema, nos permiten saber sin ninguna sombra de duda que los hombres, los ángeles, los arcángeles, y aun el Hijo de Dios, antes y durante el tiempo que “fue hecho carne y habitó entre nosotros” no eran inmortales, más bien mortales.

Pero la palabra “mortal” no significa *moribundo* sino simplemente con *posibilidad* de morir (o *susceptible* de morir —*Trad.*), que posee una vida cuya continuación depende de Dios. Los ángeles, por ejemplo, no son inmortales, son mortales y podrían morir, podrían ser destruidos por Dios si se hicieran rebeldes en su gobierno sabio, justo y bueno. En él (por su providencia) viven, se mueven y tienen su existencia. Efectivamente, de Satanás, en otro tiempo ángel de luz que se hizo ángel rebelde, se declara que al debido tiempo será destruido. (Heb. 2:14) Esto prueba no sólo que Satanás es *mortal*, sino también que la naturaleza angélica es una naturaleza *mortal*, una naturaleza que puede destruir su Creador. En cuanto al hombre es “un poco menor a los ángeles” (Sal. 8:5) y por consiguiente *mortal* igualmente, lo que demuestra con abundancia el hecho de que nuestra raza no ha dejado de morir desde hace seis mil años y que aun los santos en Cristo son exhortados a *buscar* la inmortalidad. —Rom. 2:7

La definición común de mortal es *moribundo* (dicc.: sujeto a la muerte —*Trad.*), y la de inmortal es: *eterno*; las dos son falsas. Para demostrar la falsedad de estas definiciones generales

planteemos una pregunta simple:

¿ADÁN FUE CREADO MORTAL O INMORTAL?

Si se responde: “Adán fue creado *inmortal*” replicamos: ¿cómo, entonces, se le amenazó de muerte y luego condenado a ella? ¿Cómo pudo morir si era refractario a la muerte? ¿Por qué Dios al castigarle lo echó del Jardín de Edén, lejos del árbol de la vida, por temor a que, *comiéndolo*, viviera para siempre? —Gén. 3:22

Si se responde que el hombre fue creado *mortal* (según la definición errónea común, que es *moribundo* o que debe morir) preguntamos: ¿Cómo podía Dios condenar al hombre a muerte después de su desobediencia si ya era una criatura *moribunda* y nunca fue de otro modo? Y si Adán fue creado *moribundo*, ¿cómo pudo Dios declarar que su muerte vino por su pecado?

La confusión es inevitable si no se discierne claramente las verdaderas definiciones de mortal e inmortal como sigue:

Inmortal: estado o condición en la cual la muerte es imposible, condición del que es invulnerable a la muerte.*

Mortal: estado o condición en la cual la muerte es posible; condición que permite la muerte pero no necesariamente una condición moribunda o que lleva a la muerte, a menos que se haya incurrido en una condena a muerte.†

Desde este punto de vista podemos ver de inmediato que Adán fue creado *mortal*, es decir, en condición tal que era posible que muriera o viviera eternamente, según complaciera o desagradara a su sabio, justo y buen Creador. Si Adán hubiera permanecido obediente habría continuado viviendo hasta ahora y para siempre, y, sin embargo habría permanecido todo el tiempo *mortal*, sujeto a la muerte si desobedeciera. Tal condición no habría implicado sin embargo incertidumbre; porque Dios, con el que estaba en relación, no cambia; es por eso que Adán habría

* Dicc. cast: “Que no está sujeto en absoluto a la muerte.” —Trad.

† Dicc. cast: “Sujeto a la muerte.” —Trad.

tenido una *plena seguridad* de conservar la vida eterna siempre al permanecer leal y obediente a su Creador. No podíamos pedir nada más razonable al Padre Celestial.

La condición de vida de Adán antes de desobedecer era semejante a la que gozan ahora los santos ángeles; tenía la vida en su plenitud, la vida duradera, que habría conservado para siempre de haber permanecido obediente a Dios; pero no siendo *inatacable por la muerte*, ya que él mismo no tenía “la vida en sí mismo” dependía, por tanto, para continuar viviendo de las condiciones impuestas por su Creador; la amenaza hecha por Dios de que si desobedecía Adán debería morir sería pues positivo: significaba la pérdida de la chispa de vida, del “aliento de vida”, sin el cual el cuerpo volvería al polvo y *el alma* viviente (o *ser* sensitivo) dejaría de existir. Si Adán hubiera sido *inmortal*, si hubiera sido imposible que muriera, si hubiera sido invulnerable a la muerte, la sentencia de Dios habría sido sólo una amenaza vana. Pero Adán, siendo *mortal*, sujeto a la muerte excepto si mantenía su vida por los medios de existencia proporcionados por su Creador, murió, como se le había prevenido, “en el día” de su desobediencia. —Véase 2 Ped. 3:8.

A los que creen que la Biblia está llena de expresiones tales como: *alma inmortal, alma imperecedera, alma que nunca muere*, etc., no podemos dar mejor consejo que el de tomar una concordancia bíblica y buscar allí tales expresiones y otras de igual importancia. No encontrarán ninguna: y así, los investigadores sinceros de la verdad se convencerán muy rápido de que los cristianos en general han *añadido*, durante siglos, y por lo menos en pensamiento, a la Palabra de Dios, gran parte de su propia confusión.

Según las Escrituras los ángeles gozan de vida eterna pero son *mortales*; es decir, la eternidad de su existencia no proviene de que son inmortales o están fuera del alcance de los ataques de la muerte, y así no podrían ser destruidos por su Creador; sino que proviene del hecho de que Dios desea que vivan siempre y cuando empleen su vida en armonía con sus justas y misericordiosas disposiciones. Es fácil de demostrar: ¿no era Satanás uno de los

santos ángeles antes de que su orgullo y su ambición lo hicieran caer en el pecado? ¿No se hizo así uno de los inicuos (que se oponen voluntaria e intencionalmente a Dios) de los que está escrito: “Jehová *destruirá* a todos los impíos” “los cuales sufrirán pena de perdición eterna?” (Sal. 145:20; 2 Tes. 1:9) Observe la declaración explícita concerniente a la destrucción de Satanás; será aplicable en principio a todos los que siguen su mal camino y rechazan a sabiendas e intencionalmente los arreglos divinos. —Heb. 2:14

Si es verdad que las Escrituras hablan bien de la mortalidad del hombre y que, de hecho, en casi su totalidad se limitan a examinar las relaciones del hombre con Dios, enseñan más positivamente, de otra manera, la mortalidad de los ángeles, declarando que Cristo es “el único que tiene inmortalidad” (1 Tim. 6:16) —se exceptúa al Padre, como siempre. (1 Cor. 15:27) Como ya hemos visto, nuestro Señor Jesús recibió la *inmortalidad* (que es un elemento o cualidad de la “naturaleza divina” solamente) en su resurrección y en recompensa a su obediencia fiel a la voluntad del Padre, una obediencia hasta el sacrificio de sí mismo, “hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual Dios también *le exaltó.*”^{*} Aunque siempre superior a todas las demás criaturas como “Unigénito”, esta *exaltación* lo elevó, como el Apóstol declara, *por encima* de ángeles, principados, potestades y de todo nombre en los cielos y sobre la tierra. —Ef. 1:21

Así se hace evidente, según la propia revelación de Dios al respecto, que sólo él mismo y su Hijo, el Unigénito, poseían esta condición de inmortalidad en el momento en que los apóstoles escribieron sus epístolas. En efecto, si el Unigénito hubiera sido *inmortal* anteriormente a su elevación, no habría podido ser el Salvador del mundo porque *no habría podido morir*; y según el arreglo divino, para ser nuestro Redentor debía morir; leemos en efecto: “Cristo murió por nuestros pecados” y a continuación se le elevó a la inmortalidad.

El Antiguo Testamento habla de manera vaga de las

* Fil. 2:8,9.

esperanzas de una vida eterna y no menciona la inmortalidad. En efecto, el Apóstol inspirado dice de nuestro Señor Jesús que “quitó la muerte [quebró su influencia sobre el hombre] y sacó a luz la vida y la *inmortalidad* por el evangelio.” (2 Tim. 1:10) Esto muestra dos cosas: (1) que la *vida* perfecta, la vida duradera, está separada y es distinta de la *inmortalidad*, la indestructibilidad; y (2) que ninguna de las dos de estas grandes bendiciones se habían revelado o hecho accesible antes del evangelio—la “gran salvación habiendo sido anunciada *primeramente* por el Señor.” —Heb. 2:3

¿Y qué sacó, por tanto, “a la luz” el evangelio de nuestro Señor respecto a estas dos grandes bendiciones (la vida y la inmortalidad)?

(a) Por la gracia divina nuestro Señor rescató a toda la posteridad de Adán y proporcionó así a cada miembro de la raza humana una oportunidad de *volver de la muerte a la vida*; en otras palabras, anuncia la llegada “de los tiempos de la *restauración* de todas las cosas, de que habló Dios por boca de sus santos profetas que han sido desde tiempo antiguo.” La restauración, en su sentido más elevado y más completo, tendrá como objetivo hacer salir a todos los que serán restaurados no sólo de la tumba, sino también de los diversos grados de la muerte (representados por la enfermedad y la imperfección), para devolverles la *vida*, la vida duradera, como Adán gozaba antes de su desobediencia. El evangelio de Cristo nos asegura una plena oportunidad de obtener esta bendición de la *vida* concedida a todos en las condiciones razonables del Nuevo Pacto, “al debido tiempo”. —1 Tim. 2:6

(b) La “luz” del evangelio de Cristo muestra una disposición especial del plan divino con vistas a llamar, probar y preparar especialmente a un pequeño número de sus criaturas para algo más que una semejanza moral y razonable con él mismo; se trata de una invitación a conformarse a la voluntad del Padre y probarle así su fiel obediencia hasta el punto de poder hacerlos “*nuevas criaturas*”, “la imagen misma de su sustancia”, “participantes de la naturaleza divina” cuyo elemento esencial es la *inmortalidad*. Lo puso en evidencia nuestro Señor Jesús en su evangelio de la gracia de Dios.

Nos preguntamos con asombro: ¿A qué santas criaturas de Dios se dirige tan alto llamamiento: a los ángeles, a los querubines o a los serafines? El evangelio de Cristo responde que este llamamiento no se presenta en absoluto a los ángeles, sino al Hijo del Hombre y a su “esposa” cuyos miembros son escogidos de entre los que rescató por su preciosa sangre.

Considere el que, con vistas a la alegría reservada para él, sufrió la cruz, menospreció la ignominia y quien, por ello, está ahora sentado a la diestra (sitio de favor) del trono de Dios. Era rico, pero se hizo pobre. Dado que el hombre y su raza a rescatar eran humanos, fue necesario que Jesús se hiciera humano con el fin de pagar el precio correspondiente. Es por eso que se humilló y tomó la forma de siervo, y se humilló hasta la muerte, aun hasta la muerte más ignominiosa, la muerte de la cruz. “Por lo cual Dios también le exaltó [a la naturaleza divina prometida, en su resurrección] y le dio un nombre sobre todo nombre [el nombre de Jehová exceptuado, —1 Cor. 15:27].” —Heb. 12:3,2; 2 Cor. 8:9; Fil. 2:8,9

“El Cordero que fue inmolado es digno de *tomar* el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria, y la alabanza.” —Apoc. 5:9-12

Las grandes riquezas del favor divino habrían podido limitarse bien a la elevación de este Ser eminente y digno; pero no fue así, porque Dios, el Padre, había decidido que Cristo Jesús, en calidad de Jefe, conduciría una asamblea de Hijos de Dios a “la gloria, la honra y la inmortalidad.” (Heb. 2:10; Rom. 2:7) No obstante, cada uno de estos hijos debe ser necesariamente una “imagen” o una semejanza espiritual del “Primer Engendrado”. Para dar una gran lección de la soberanía divina y un sublime desmentido a todas las teorías de la evolución, Dios escoge llamar a este lugar de honor (para ser “la esposa,” “la mujer del Cordero y su coheredera” —Apoc. 21:2,9; Rom. 8:17), no a los ángeles y querubines, sino algunos de los pecadores rescatados por la preciosa sangre del Cordero. Dios *escogió el número* de los que debían ser elevados así (Apoc. 7:4) y *predestinó* lo que debían ser *sus rasgos característicos*, si ellos quisieran hacer firme su

La Reconciliación

vocación y elección para obtener un sitio en semejante asamblea tan altamente honrada; en cuanto al resto, todo ha sido entregado a Cristo que ahora actúa como el Padre lo hizo hasta aquí. —Juan 5:17

La Edad Evangélica, que dura desde Pentecostés hasta el establecimiento del Reino en la segunda venida de Cristo, es el tiempo de la selección de la clase de personas elegidas que forman la esposa de Cristo, llamada también “la Iglesia,” el “cuerpo de Cristo”, “el sacerdocio real”, la “posteridad de Abrahán” (Gál. 3:29), etc.; si en esta Edad el permiso del mal todavía subsiste es con el propósito de desarrollar a estos “miembros del cuerpo de Cristo” y de proporcionarles la ocasión de sacrificar *todo* lo poco que tienen y que ha sido rescatado, de consagrarlo al servicio del que les rescató por su sangre preciosa, de desarrollar así en su corazón su semejanza espiritual, con el fin de que al término de esta Edad sean presentados por su Señor y Redentor delante del Padre, y que pueda ver en ellos “la imagen de su Hijo”. —Col. 1:22; Rom. 8:29

Lo mismo que la recompensa de “gloria, de honra y de inmortalidad” y todos los elementos y los atributos de la naturaleza divina no fueron concedidos al “Primer Engendrado” hasta el término de su carrera, al acabar su sacrificio y su obediencia hasta la muerte, así el de la Iglesia, su “Esposa”, considerada como un todo y tratada colectivamente. Nuestro Señor, el Primogénito y el Jefe, “entró en su gloria” en su resurrección; allí se hizo partícipe de la naturaleza divina en su plenitud, por su nacimiento “de entre los muertos,” su nacimiento “del Espíritu”; allí, fue elevado soberanamente al trono y al favor más alto (“la diestra”) de Dios, y así prometió a su Iglesia, su “Esposa”, que sería cambiada en la resurrección por el poder divino pasando de naturaleza humana a la gloria, a la honra y a la inmortalidad de la naturaleza divina. —Heb. 13:20; 2 Ped. 1:4

Está escrito también hablando de “la resurrección” de la Iglesia: “Se siembra en corrupción, resucitará en incorrupción [inmortalidad]. Se siembra en deshonra, resucitará en gloria; se siembra en debilidad, resucitará en poder. Se siembra cuerpo

animal, resucitará cuerpo espiritual.” —1 Cor. 15:42-44,49

Las condiciones impuestas a todos los que desean hacer firme su vocación y su elección para obtener esta posición de favor son *rigurosas* y, sin embargo, constituyen “un culto racional”; en compensación, los fieles tienen la promesa de la “gloria, la honra y la *inmortalidad*”, “de la naturaleza divina” con el fin de que tengan parte en la elevación soberana del Redentor, “bien por encima de los ángeles”, si comparten su ignominia, andando en sus huellas, según su ejemplo en el tiempo presente en que se permite al mal triunfar.

Observemos el hecho de que toda la promesa o la sugerencia de esperanza de inmortalidad contenida en la Palabra del Señor está destinada a esta Iglesia especial elegida. Es la vida inherente a la cual nuestro Señor hace alusión cuando dice: “Porque como el Padre *tiene vida* [una vida que no exige ningún mantenimiento, la *inmortalidad*] *en sí mismo*, así también ha dado al Hijo el tener *vida en sí mismo [la inmortalidad]*” y que la daría a quien quisiera—a su esposa, a su Iglesia—a los “miembros de su cuerpo”. —Juan 5:26; Ef. 3:6

Dos palabras griegas se traducen por *inmortalidad*:

(1) *Athanasia* que Strong* define por la palabra “*deathlessness*,” es decir, la condición de lo que no está sujeto a la muerte (que no puede morir), a la destrucción, a la extinción. Esta palabra se encuentra sólo en los pasajes siguientes:

“Es necesario... que esto mortal se vista de *inmortalidad* [*athanasia*: condición de lo que no está sujeto a la muerte o la imposibilidad de morir]”—alusión a la primera resurrección en la cual sólo la Iglesia participa. —1 Cor. 15:53

“Y cuando... esto mortal se haya vestido de *inmortalidad* [*athanasia*: imposibilidad de morir]”—alusión a la misma primera resurrección de la Iglesia. —1 Cor. 15:54

“El único que tiene *inmortalidad* [*athanasia*: imposibilidad de morir]”—alusión a nuestro Señor, el Padre siendo como siempre, exceptuado en la comparación. —1 Tim. 6:16

* Referencia Strong N° 110. —Trad.

La Reconciliación

(2) *Aphtharsia** y *aphthartos*† (de la misma raíz) se vierten dos veces por *inmortalidad* y una vez por *inmortal* [en la Versión del Rey Jaime en inglés], pero lo serían más exactamente por *incorruptibilidad* e *incorruptible*; así lo traducen en general los lexicógrafos. He aquí todos los pasajes de la Biblia que contienen estos términos:

“A los que... buscan gloria y honra e *inmortalidad* [*aphtharsia*].” —Rom. 2:7

“Se siembra en corrupción, resucitará en *incorruptión* [*aphtharsia*].” —1 Cor. 15:42

“La carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios, ni la corrupción hereda la *incorruptibilidad* [*aphtharsia*].” —1 Cor. 15:50 (la misma observación que en el versículo precedente).

“Es necesario que esto corruptible se vista de *incorruptión* [*aphtharsia*].” —1 Cor. 15:53

“Y cuando esto corruptible se haya vestido de *incorruptión* [*aphtharsia*].” —1 Cor. 15:54

“La gracia sea con todos los que aman a nuestro Señor Jesucristo con amor inalterable [*aphtharsia: incorruptibilidad*].” —Ef. 6:24

“Jesucristo,... sacó a luz la vida y la *inmortalidad* [*aphtharsia: incorruptibilidad*] por el evangelio.” —2 Tim 1:10

“En la enseñanza mostrando integridad, seriedad, *palabra sana* [*aphtharsia: incorruptibilidad*].” —Tito 2:7,8

“La gloria del Dios *incorruptible* [*aphthartos: incorruptible*].” —Rom. 1:23

“Para recibir una corona corruptible; pero nosotros, una *incorruptible* [*aphthartos*].” —1 Cor. 9:25

“Los muertos [la Iglesia] serán resucitados *incorruptibles* [*aphthartos*].” —1 Cor. 15:52

“Al Rey de los siglos, *inmortal* [*aphthartos*], invisible, al único y sabio Dios.” —1 Tim. 1:17

“Una herencia *incorruptible* [*aphthartos*], incontaminada e

* Referencia Strong N° 861 y 862. —Trad.

† Referencia Strong N° 861 y 862. —Trad.

inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros.” —1 Ped. 1:4

“Siendo renacidos, no de simiente corruptible, sino de *inmarruptible* [*aphthartos*].” —1 Ped. 1:23

“En el *inmarruptible* [*aphthartos*] ornato de un espíritu afable y apacible.” —1 Ped. 3:4

Este término contiene la idea de: lo que no puede corromper, que no puede decaer ni perder su valor; *aphtharsia* es por lo tanto, en muchos aspectos, el equivalente a *athanasia* (*imposibilidad de morir*) cuando se aplica a seres sensitivos, porque el que teniendo la vida es invulnerable a la muerte se puede llamar verdaderamente incorruptible.

LA ESPERANZA DE LA HUMANIDAD PARA LA VIDA ETERNA

Los sabios y los evolucionistas más intrépidos y capaces han tratado de demostrar que la vida del hombre no es don del Creador. En sus teorías hacen descender al hombre y a todos los animales inferiores, por la vía de la evolución, de un germen microscópico, de un protoplasma que el Prof. Huxley llamó “la base física de la vida”; y con mucho gusto quisieran de una u otra forma ignorar totalmente al Creador y Dispensador de vida, pero, de hecho, no han sido capaces de sugerir por qué medio el mismo protoplasma pudo obtener su vida de materia inerte. Hasta cierto punto están obligados a admitir una primera e importante causa de la vida. Sin embargo, el que estudia la Biblia con respeto no debería sentir la menor dificultad en aceptar la declaración de las Escrituras, que atestiguan que sólo Dios mismo es la Primera Gran Causa, la Fuente de la vida, de la cual proviene la vida en todos sus planos; como dice el Apóstol: “Toda cosa es *del* Padre, y toda cosa es *por medio del* Hijo, y nosotros por medio de él.” (1 Cor. 8:6) No sólo el cristiano encuentra las pruebas de un Creador en el libro de la Naturaleza, sino que encuentra en la Biblia la revelación formal e íntima de este Creador y de esta creación y acepta como hecho la afirmación bíblica de que Dios creó a nuestros primeros padres y les concedió la vida y el poder de propagar una raza de seres

sensitivos, de almas, de su propia especie, exactamente como había procedido de manera análoga para la creación animal.

Transportándonos al Edén vemos allí a Adán y a Eva en su perfección, en posesión de facultades morales e intelectuales, a semejanza de su Creador y por este hecho, muy superiores a sus súbditos, la creación animal; eran almas de un orden superior porque poseían un organismo superior y una cualidad más alta. Así pues: ¿Cuál era la intención de Dios al crear al hombre? En lo que respecta la creación animal la intención evidente del Señor era que los animales vivieran unos cuantos años, morir luego y dar lugar a otros de su especie; su papel se limitaba, así, a ser servidores según el buen placer y la conveniencia del hombre, su maestro, que en su perfección era un maestro benévolo. ¿Pero en cuanto al hombre? ¿Debía nacer para morir como los animales? Acabamos de ver que no se le había concedido ningún atributo impercedero sino, en cambio, encontramos numerosos testimonios que Dios tomó disposiciones para asegurarles la *vida eterna* a todos los que alcanzan condiciones divinamente aprobadas: éstas consistían, no en el don de facultades y cualidades inmortales, sino en la buena voluntad y las intenciones benévolas de su Creador, por los cuales el hombre sólo “vive, se mueve, posee la existencia.”

Ocasionalmente un pensador superficial pretenderá que el hombre es inmortal, indestructible, porque la ciencia determinó que “la *materia* es indestructible.” Pero, como ya hemos visto, la *materia* no es *el hombre*, no más que el alma o el ser es la materia. El cuerpo es la materia, pero para ser cuerpo de un hombre la materia debe tener una organización particular y especial y luego debe añadirse el espíritu de vida antes de hacerse hombre o alma. Nadie pretenderá que un *organismo* sea indestructible y, en consecuencia, toda persona que razona puede comprender que el *ser* (o el *alma*) basada en un organismo o dependiente de él puede ser destruido. Además, este razonamiento absurdo (o más bien su ausencia) estaría forzado, por analogía, a pretender que todos los insectos y los animales rastreros poseen la inmortalidad, son indestructibles. Hay una diferencia considerable entre destruir la materia inerte y destruir el ser vivo.

Según la Palabra, Dios declaró a Adán que su vida estaba asegurada, que seguiría siempre y cuando permaneciera como hijo obediente de Dios y que sólo la desobediencia *le* expondría (el ser, el alma) a la muerte. Los mismos pasajes bíblicos nos hablan de la desobediencia de nuestros primeros padres y el juicio divino que los sentenció a muerte como castigo por el pecado. Deberíamos observar con atención cómo nuestro Señor habló al pronunciar esta sentencia. Dios no se dirigió al cuerpo privado de sus sentidos antes de haberlo vitalizado; tampoco al aliento o espíritu de vida, que es simplemente un poder vitalizante y privado de inteligencia. Se dirigió a Adán, al *alma*, al *ser* inteligente o sensitivo después de haberlo creado por completo. Todos estamos de acuerdo que tal manera de hacer era la única razonable y conveniente, que era al alma o al ser solo a lo que debía haber hablado. Ahora fijémonos en las palabras del Señor: “El día que de él comieres, ciertamente morirás.”

Cuando Adán transgredió la ley divina, y por la cual su alma fue condenada a muerte, el Señor habría podido ejecutar su sentencia por una muerte instantánea; pero en lugar de eso quitó simplemente las disposiciones especiales que aseguraban la continuación de la vida de Adán y lo dejó morir gradualmente. La Palabra nos explica que el hombre habría podido vivir de continuo comiendo los frutos de un vergel especial de árboles que daban la vida; habría reparado así el desgaste diario y no habría sufrido ningún debilitamiento. Tan pronto como el hombre transgredió, el acceso a estos árboles de vida, o a este vergel de vida, se le quitó, y así, como los animales inferiores de su dominio, se expuso a la muerte. En el caso del hombre, no obstante, la muerte es una “*maldición*” porque fue el resultado de la violación de las leyes divinas y, al mismo tiempo, la maldición que cayó sobre el rey de la tierra, se extendió a su dominio, y a todos sus súbditos, los animales inferiores; porque, el rey habiendo perdido su perfección, todo el dominio cayó en desorden.

Además, los hijos de Adán no pudieron conseguir de él, su procreador, los derechos, privilegios o perfecciones físicas que había perdido y continuaba perdiendo; es por eso que como

La Reconciliación

muestran las Escrituras toda la raza de Adán cayó bajo el azote de la maldición, es decir, de la muerte; en consecuencia, nosotros, criaturas a imagen de Dios y con facultades de apreciación inteligente de la vida eterna, dirigimos nuestras miradas a Dios para saber si su sabiduría, su amor, su justicia y su poder infinitos pueden, juntos, producir un plan de salvación para el hombre, por el cual Dios pueda ser justo y, sin embargo, justificador del que cree en Jesús. —Rom. 3:26

Esta esperanza no es vana tampoco. Las disposiciones de Dios realizadas por Cristo consisten, como se revela en las Escrituras, en una resurrección de los muertos, una restauración del hombre a su primera condición. Es verdad que hay algunas reservas y condiciones; no todos volverán al favor divino, sino que se dará a todos una oportunidad de volver con la probabilidad fuerte, creemos, que una mayoría de la posteridad de Adán al conocer la verdad, aceptará con gratitud la gracia de Dios por Cristo y conformará su vida a la ley del Nuevo Pacto por fe en el Redentor.

No incumbe a nadie, sin embargo, responder a la pregunta a la cual nuestro Señor se negó, a saber: “¿Son pocos los que se salvan?”(Lucas 13:23) Lo que más tenemos el privilegio de hacer es demostrar que nuestro Señor ha dado “un rescate por *todos*” así como la promesa de que al “debido tiempo” todos vendrán al conocimiento de esta gran verdad y tendrán la oportunidad de obtener la vida eterna de él, la gran luz que todavía “alumbra a todo hombre, venida a este mundo.” (1 Tim. 2:4-6; Juan 1:9) Deberíamos repetir en esta Edad a todos los que tienen “oídos para oír”, las palabras del Maestro: “Esforzaos a entrar por la puerta angosta; porque... muchos procurarán entrar y no podrán. Después que el padre de familia se haya levantado, y cerrado la puerta.” (Lucas 13:24,25) En otras palabras, el llamamiento, el único llamamiento de esta Edad Evangélica, está en el camino estrecho de sacrificio, y no debería distraernos ningún interés material ni disminuir nuestra carrera con vistas al gran premio de la inmortalidad que ahora se ofrece. Cuando el número de los “escogidos” se complete y la gran tribulación del fin de esta Edad

nos avise de que la Iglesia está completa y glorificada, habrá muchos que aprecien de manera muy diferente las futilidades del mundo que ahora les impiden cumplir sus votos de consagración.

El plan de salvación de Dios para el conjunto de la raza de Adán consiste en presentarle a cada miembro de esta raza durante el Milenio *la oferta de la vida eterna* bajo las condiciones del Nuevo Pacto que la sangre preciosa del Cordero selló para todos. En cambio no hay en ninguna parte sugerencia alguna de que la inmortalidad, la naturaleza divina, se ofrezca jamás a otros que a la Iglesia “escogida” de la Edad Evangélica, al “rebaño pequeño”, a “la esposa”, a “la mujer del Cordero”. A otros miembros de la raza de Adán se les ofrecerá la “restauración” (Hechos 3:19-21) a la vida, a la salud y a la perfección de la naturaleza *humana*, la que poseía Adán como imagen terrestre de Dios antes de perder la gracia cayendo en el pecado y la muerte. Cuando al fin de la Edad milenaria todos los humanos obedientes hayan recobrado lo que *estuvo perdido en Adán y rescatado por Cristo*, entonces todos, provistos de un conocimiento y de una experiencia perfectos, y plenamente capaces de aguantar la prueba, serán severamente probados (así como Adán), pero individualmente (Apoc. 20:7-10); sólo a los que se encuentren en armonía perfecta, tanto en su corazón como en su conducta exterior, con Dios y con sus arreglos justos, se les autorizará a pasar más allá del Milenio en las futuras edades eternas o por los “siglos de los siglos.” Todos los demás serán destruidos en la Segunda Muerte, “desarraigados del pueblo.” —Hechos 3:23

No habrá más muerte, ni llanto ni clamor, pero no los habrá porque los vencedores de la Edad milenaria serán coronados de inmortalidad, sino porque habiendo aprendido a juzgar entre el bien y el mal y sus efectos, habrán formado caracteres en pleno acuerdo con Dios y la justicia; y porque habrán sufrido victoriosamente las pruebas que demostrarán que desearían no pecar aun si la ocasión se presentaba sin acarrear ningún castigo. Éstos mismos no tendrán la vida en sí mismos, sino que su existencia todavía dependerá de los alimentos, etc., necesarios, dados por Dios para el mantenimiento de la vida. —Compárese

con Apoc. 21:4,6,8; 7:16; Mat. 5:6.

Lo mismo que la maldición trajo la muerte de la humanidad, el levantamiento de la maldición significa el levantamiento de todas las oposiciones legales que impedían al hombre volver a la posesión de todas las bendiciones originales concedidas en Edén. Sin embargo el hombre, hoy degradado e imperfecto mental, moral y físicamente, no se halla en estado de gozar de las perfecciones de Edén o de las condiciones de un Paraíso de las que Adán podía gozar; es por eso que la intención divina es que “en los tiempos de la restauración” durante la Edad milenaria el hombre cuyos pecados han sido borrados por la muerte de nuestro Señor Jesús, pueda ser devuelto por este último, el Dispensador de vida y el Libertador de la esclavitud del pecado y de la muerte, a la plenitud y a la perfección de la semejanza original con Dios. Además, según el plan divino, comprobamos que la experiencia del hombre con el pecado constituirá una lección que tendrá una influencia eterna sobre algunos; conocerán así, por experiencia personal, algo del “pecado que llegase a ser sobremanera pecaminoso”^{*} y de su salario o castigo inevitable: la muerte. De esta manera, cuando, durante la Edad milenaria, los humanos sean traídos al conocimiento de la justicia, de la verdad, de la bondad, del amor y de todas las gracias y cualidades del carácter divino, los bien dispuestos y obedientes conocerán y apreciarán el privilegio de la vida eterna de una manera que Adán, nuestro padre, nunca habría conocido y podido apreciar.

Para llegar a tal resultado la acción ejercida por la muerte sobre la raza era en su conjunto *gradual*; el proceso de la resurrección debe ser gradual: a poquitos, por decirlo así, la humanidad será levantada más allá del fango del pecado, fuera del abismo terrible de la degradación y de la muerte hasta la cima elevada de la perfección y de la vida de donde había caído Adán, el padre. Hay una sola excepción a este programa general para el mundo: las Escrituras nos muestran en efecto que a algunos individuos se les retorna a la armonía con Dios antes que al resto

^{*} Rom. 7:13. —Trad.

de la humanidad; éstos forman la posteridad de Abrahán según la carne y según el espíritu. —Gál. 3:29; Heb. 11:39,40

Visto a la luz de las Escrituras, el tema de la inmortalidad brilla de manera resplandeciente. Permite comprender que el “don [general] de Dios, la vida eterna”, podrá ofrecerse a todos los que el Redentor encuentre con buenas disposiciones para aceptarla y que los súbditos indignos estarán sometidos al justo castigo siempre proclamado por el gran juez, a saber:

“La paga del pecado es *muerte*.” —Rom. 6:23

“El *alma* que pecare, *ésa morirá*.” —Eze. 18:4,20

“El que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida, sino la ira de Dios [la maldición, la *muerte*] está sobre él.” —Juan 3:36

Así, sobre este tema, como sobre otros, encontramos que la filosofía de la Palabra de Dios es más profunda, más clara y mucho más racional que los sistemas y las doctrinas paganos. ¡Alabado sea Dios que nos dio su Palabra de la Verdad y de los corazones dispuestos a aceptarla como la revelación de la sabiduría y del poder de Dios!

Mas exclama el que duda: ¿Cómo podría Dios en la resurrección reproducir la identidad completa de los millones de individuos que vivieron en la tierra con el fin de que cada uno reconozca su propia personalidad y goce, gracias a su memoria, experiencias de la vida presente? Respondemos que aun el hombre es capaz en el cilindro* del fonógrafo de conservar sus propias palabras y de reproducirlas; ¿no es nuestro Creador aun mucho más poderoso para reproducir el organismo cerebral de cada uno de los humanos con objeto de reproducir perfectamente cada sentimiento, cada pensamiento y cada experiencia? David parece hacer alusión al poder de Dios de una manera que podría ser aplicable o sea, de manera profética, a la resurrección. Él dice:

“Te alabaré; porque formidables, maravillosas son tus obras; estoy maravillado, y mi alma lo sabe muy bien. No fue encubierto de ti mi cuerpo [organismo], bien que en oculto fui formado, y entretejido en lo más profundo de la tierra. Mi embrión vieron tus

* Escrito en 1899; hay después, el disco y el magnetófono. —Trad.

La Reconciliación

ojos, y en tu libro estaban escritas todas aquellas cosas [mis miembros] que luego fueron [gradualmente] formadas, sin faltar una de ellas.” —Sal. 139:14-16

ESTUDIO XIV

LO QUE NECESITA LA RECONCILIACIÓN ES LA MALDICIÓN

LA “MALDICIÓN” ES UN MAL PRESENTE Y NO FUTURO—DÓNDE Y POR QUÉ LA MANCHA VINO SOBRE TODOS—¿CUÁNDO CESARÁ ESTA “IRA” DE DIOS CONTRA EL PECADO?—“ESCAPAR” AHORA Y EN EL FUTURO—LA RECONCILIACIÓN ES NECESARIA A CAUSA DEL PLAN ADOPTADO POR DIOS—EL HOMBRE ES UN EJEMPLO PARA LOS ÁNGELES Y PARA LAS FUTURAS CREACIONES.

“Y no habrá más maldición.” —Apoc. 22:3

NUESTRO texto está en pleno acuerdo con la línea general de las Escrituras; a saber, que el tiempo viene en que la obra de la Reconciliación se cumplirá totalmente y donde, como resultado, la maldición del hombre y de la tierra, su dominio, se levantará por completo. Esto implica por lo tanto que la maldición todavía no se ha levantado, que pesa aún sobre la tierra y sobre la humanidad. Además, implica que en un momento dado esta maldición vino sobre todos, al infligirse, por primera vez, a la humanidad y a la tierra. Quienquiera que se tome la molestia de investigar el asunto acabará por descubrir, en estos tres puntos, una armonía tan maravillosa en las Escrituras que probablemente se asombrará de ello y se convencerá de que las Escrituras no son de origen humano: en efecto, aunque escritas por diversas personas y en diversos períodos en el transcurso de dos mil años son unánimes en su testimonio, y no hay ningún tema sobre el cual este testimonio sea más positivo, más lógico y más concluyente que sobre este tema de la maldición, sus efectos en el hombre, su redención para sustraerlo de esta maldición y del levantamiento final de ella.

Tal y como se entiende y predica, generalmente, la maldición que azota a la humanidad no es una maldición presente, sino futura, y constituida por un tormento eterno. Según las Escrituras, en cambio, es en verdad una maldición presente y actual—la muerte—que será levantada sólo en el futuro. No debemos tampoco pensar en esta maldición de la muerte según la

La Reconciliación

concepción ordinaria y estrecha que se limita a designar bajo este nombre el mismo momento de la muerte, unas horas de agonía, o unos días o unos instantes, durante los cuales expiramos, exhalamos el último suspiro, perdemos el aliento de vida. Al contrario, para darnos cuenta de qué es esta maldición de muerte necesitamos tener en mente al primer hombre perfecto, con todas sus facultades intelectuales y físicas—la imagen de su Creador en sus cualidades mentales, y tanto física como mental y moralmente declarado “muy bueno” por la Autoridad más alta en el asunto.—Gén. 1:31

Por la concisa narración histórica del Génesis y el hecho de que el diluvio hiciera desaparecer por completo toda evidencia del genio y de la obra del padre de nuestra raza y de su primera progenitura, no tenemos ninguna base para apreciar sus capacidades mentales y físicas. Por toda información ahí se nos resume en el hecho de que, según las propias declaraciones de Dios, toda su obra es “perfecta” (Deut. 32:4); Dios declara además que el hombre “buscó muchas perversiones” (Ecl. 7:29) y se manchó. Comprobamos además que, hasta bajo la maldición, y a pesar de las condiciones desfavorables en las cuales el hombre vivió después de ser expulsado del jardín de Edén, era de tal perfección el organismo humano que el padre de la humanidad prolongó su existencia durante novecientos treinta años.—Gén. 5:5

Al comparar esta vitalidad física (que no tenía a su disposición ni una gran experiencia en el desarrollo de las medicinas y de las medidas de higiene) con las condiciones actuales, discernimos que a pesar de todo nuestro progreso en ciencia, a la luz y experiencia de los siglos, la mitad de la población del globo muere con menos de diez años de edad y, en conjunto, el promedio de la vida es cerca de treinta y tres años* podemos juzgar de la pérdida enorme de vitalidad que hemos sufrido desde la caída y cuánto la “maldición” nos ha afectado físicamente. Y ya que sabemos que las facultades físicas y mentales se coordinan ampliamente en el hombre, de modo que

* Escrito en 1899.—*Trad.*

cuanto más sana sea la organización física, las energías y las facultades mentales deberían ser más poderosas y eficientes. Así pues, podemos hacernos una idea conveniente del poder mental de nuestro padre Adán, sabiendo que el Gran Creador lo declaró muy bueno y lo reconoció digno de ser su hijo, de poseer su semejanza mental y moral. —Lucas 3:38

La perfección mental y física en las condiciones en que las presenta el relato divino de la creación implica clara y positivamente la *perfección* moral; porque debemos recordar que, según las Escrituras, la falta de honradez moral y la degradación resultante de ello no habían hecho su aparición todavía. No podemos suponer tampoco que el hombre, privado de elementos morales para asegurar su desarrollo mental, podría presentarse en las Escrituras como “muy bueno” o como imagen de su Creador. Crear a Adán física y mentalmente perfecto, salvo en sus cualidades morales, habría hecho de él un hombre muy malo según el principio de que cuanto más grandes son las capacidades tanto más malo es el hombre si sus capacidades no están bajo una dirección moral.

La sentencia de muerte o “maldición,” pronunciada contra Adán, a saber, “muriendo morirás” (Gén. 2:17), no afectaba sólo a sus músculos y a su esqueleto, sino al hombre entero—tanto desde el punto de vista mental como desde el físico, y lo que comprendía también las cualidades morales ya que forman parte del mental. Este decaimiento—en toda acepción del término—del hombre se confirma plenamente ante nuestros ojos hoy; físicamente se degenera y la duración media de su vida ha caído, en las condiciones más favorables, a treinta y tres años;* mental y moralmente también vemos que es muy deficiente, aun poseyendo órganos susceptibles de un desarrollo mucho más grande de lo que le permite su corta vida. Así, hablando de las capacidades morales del hombre, el Apóstol declara: “No hay justo, ni aun uno; todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios,” todos participan del pecado original y de sus consecuencias. —Rom. 3:10,23

* Escrito en 1899. —Trad.

La Reconciliación

Además, el Apóstol muestra que a nuestro padre Adán, compareciendo ante el tribunal de Dios, se le reconoció trasgresor voluntario, y no un hombre engañado. (1 Tim. 2:14) Así nos muestra que desde el punto de vista moral Adán era capaz de obedecer las exigencias divinas, porque de otro modo habría sido injusto por parte de Dios haber probado y condenado a un ser que habría fracasado en esta prueba, incapaz por su creación defectuosa de sufrirla con éxito obedeciendo sus mandamientos. El hecho de que Adán experimentara una prueba cuya apuesta era la vida o la muerte eternas, su fracaso fue voluntario, trayendo así en toda justicia sobre él la sentencia del gran Juez, la pena máxima de la ley, todo esto debería probar a toda mente equilibrada y lógica que Adán era perfecto en toda acepción del término y que era totalmente capaz de sufrir su prueba con éxito.

Hasta después de depositar el precio del rescate* Dios se niega a poner a prueba de nuevo a la humanidad ante el mismo supremo e infalible Tribunal; y da la razón al declarar que en nuestra condición caída somos incapaces de sufrir esta prueba de justicia absoluta y que nadie puede ser justificado delante de él por sus mejores acciones; este hecho prueba de manera decisiva no sólo que la raza está caída gravemente, sino también que Dios no habría probado en absoluto a Adán si éste no hubiera sido mucho mejor que nosotros y totalmente apto para sufrir la prueba, es decir, si no hubiera sido un hombre perfecto. Está en pleno acuerdo con este pensamiento que Dios propone el juicio de la Iglesia en el transcurso de esta Edad Evangélica, para concederle el premio de la existencia espiritual eterna, y el juicio del mundo durante la Edad milenaria, para que obtenga el premio de la perfección humana eterna. “Porque el Padre a nadie juzga, sino que todo el juicio dio al Hijo.” —Juan 5:22

Si, como hacen las Escrituras, consideramos al hombre como un todo en sus elementos constitutivos de orden mental, moral y físico, podemos comprender que la maldición, la sentencia de muerte, actúa sobre todos los elementos y las partes de su ser; si

* Véase el Prefacio del Autor, p. iv. —*Trad.*

miramos luego alrededor de nosotros a través del mundo entero, comprobamos por todas partes la confirmación de este hecho. Lo mismo que en el decaimiento de las fuerzas físicas el punto más débil en algunos es el estómago, en otros son los músculos, en otros aun los huesos, así considerando al hombre como un todo, encontramos que en algunos, la pérdida más grande, o la decadencia más grande, la depravación más grande ha sido de orden mental, en otras de orden moral, en otros de orden físico; sin embargo todos son tarados en todos aspectos, todos están “perdidos” desesperadamente bajo la maldición. No puede haber ninguna esperanza para ninguna persona de liberarse alguna vez por sí solo de los lazos de la corrupción en los cuales nacimos, así como está escrito: “He aquí, en maldad he sido formado, y en pecado me concibió mi madre.” (Sal. 51:5) Esta maldición de muerte yace sobre nosotros desde el instante de nuestro nacimiento y, por tanto, prueba el hecho de que no es el resultado de nuestros pecados individuales sino de pecados heredados, es una maldición o una tara que nuestro padre Adán nos transmitió por herencia.

Se dice que “nacimos moribundos” y todos pueden testimoniar que este punto es verdad: malestares, decaimiento, males y dolores, debilidad y enfermedad, son sólo elementos del proceso de la muerte que actúan sobre nosotros. Así, si no fuera por la ceguera agravada por las engañosas deformaciones del plan divino de parte de Satanás, los hombres verían prontamente por todas partes las manifestaciones tan convincentes de la existencia de la maldición; el Apóstol declara: “La ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia” porque la menor injusticia es pecado. (Rom. 1:18) El Apóstol no dice que Dios se revelará en una vida futura y en llamas del tormento, sino que declara exactamente que se efectúa en la vida presente, en el tiempo presente, con el fin de que todos cuyos ojos están abiertos puedan comprobar las consecuencias verdaderas de estos pecados. La ira de Dios se revela por todas las consultas de los gabinetes médicos que nos hablan de enfermedad y de muerte, de todo lo que destruye a la raza. La ira de Dios se revela por cada letrero de empresario de pompas fúnebres que nos recuerda que la

La Reconciliación

humanidad es moribunda, que la ira, la maldición de Dios pesa sobre la raza. La ira de Dios se revela por cada comitiva fúnebre, por cada coche fúnebre, por cada cementerio, por cada lápida sepulcral, por cada pedazo de crespón y por cada brazaete de duelo. La ira de Dios no se revela solamente contra los pecadores más monstruosos, sino también contra toda injusticia, aun la más ligera. Así, nadie escapa, porque no hay justo, ni aun uno, y es por eso que tanto niños como viejos están sujetos a esta “ira”, a esta “maldición”.

El profeta Job en su angustia bajo el peso de la maldición de la ira, exclamó: “¡Oh, quién me diera que me escondieses en el *seol* [olvido], que me encubrieses hasta apaciguarse tu ira, que me pusieses plazo, y de mí te acordarás! Entonces llamarás, y yo te responderé; tendrás afecto a la hechura de tus manos.” (Job 14:13,15) Este tiempo de ira, que ya ha durado seis mil años, debe acabarse en el gran Día de Venganza, en el cual la Justicia ordena que haya una aflicción suplementaria para la humanidad porque ha rechazado oportunidades y privilegios más grandes y que ha desobedecido las leyes de justicia en la medida en que la cristiandad ha discernido estas leyes. Es por eso que este Día de Venganza y de ira especial, añadido al estado de cosas que reinaba anteriormente, se anuncia como: “El tiempo de angustia* cual nunca fue desde que hubo gente hasta entonces.” Los santos de Dios tienen la seguridad de que se considerarán dignos de escapar de todas estas cosas que vienen sobre el mundo y de subsistir delante del Hijo del Hombre. Escaparán de esta ira especial, pero no de la ira general que se revela desde el cielo contra toda injusticia. Ellos comparten las condiciones del mundo en muchos aspectos y, sin embargo, las Escrituras establecen la distinción siguiente, clara y nítida:

Los que aceptan a Cristo en el transcurso de esta Edad Evangélica y se consagran totalmente a él se consideran como los que han pasado de la muerte a la vida y escapado de la ira, de la

* “trouble”: “aflicción, tribulaciones y popularmente, desgracias.” (Koessler y Derocquigny)

maldición, “habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo.” (2 Ped. 1:4; 2:18,20) De hecho, están siempre en el mundo, siempre sujetos a la muerte y siempre expuestos a la enfermedad, al dolor, a la tristeza y a las tribulaciones que provienen de la maldición; el mundo no observa ninguna diferencia pero Dios considera las cosas de modo muy diferente y su manera de ver debe ser la de los creyentes. En efecto, no son contados más como sufriendo la muerte a consecuencia de la “maldición” o la “ira” divina, sino, dado que han sido justificados y luego se han ofrecido como sacrificio vivo, su muerte se considera como que forma parte del sacrificio de Cristo. Según la expresión del Apóstol en su muerte se consideran como muertos con Cristo, participantes de su sacrificio, y no como sufriendo la muerte de Adán, común a todos los demás. “Si morimos con Cristo, creemos que también viviremos con él.” —Rom. 6:8

Igualmente nuestra parte en los trastornos y dolores físicos proviene de nuestras debilidades físicas, de la herencia, etc. El Señor nos da palabra de que todo lo que sobreviene a los consagrados en este dominio él lo permite; él quiere que consideremos esto no como manifestaciones de su ira, sino como males que en su sabiduría, su amor y su poder permite llegar haciéndolos concurrir a su bien; así los disciplina con el fin de desarrollar más abundantemente en ellos su Espíritu, y, finalmente, de devolverlos adaptados y preparados para la gloria, la honra y la incorruptibilidad; para esto, opera en ellos los frutos apacibles de la justicia y de esta manera, les tiene listos para recibir, en medida superabundante, un peso eterno de gloria. (Fil. 2:13; Rom. 2:7; Heb. 12:11; 2 Cor. 4:17; 2 Ped. 1:4-11) En todas estas cosas estos consagrados andan sin embargo por fe y no por vista. Aparentemente los creyentes no tienen nada más que el mundo; de hecho, los hijos de Dios parecen tener más dificultades algunas veces, más pruebas, más dolores, más tristezas que el hombre “natural,” con quien Dios todavía no actúa porque aún no está en una condición de reconciliación (“*at-one-ment*”) con él. Hasta esta misma exigencia más grande de fe es una bendición, una disciplina, un desarrollo de carácter, un buen fruto del Espíritu.

La Reconciliación

No obstante, consideramos nuestro tema—la necesidad de la reconciliación—desde el punto de vista del mundo en general, de toda la humanidad. La maldición, la sentencia o el veredicto de la ley divina contra toda imperfección es la destrucción. Dios creó todas las cosas muy buenas y la perfección es la única condición que pueda satisfacerle en toda cosa. El hecho de que en el tiempo presente permita la existencia de cosas imperfectas—de seres imperfectos y de condiciones imperfectas—no es prueba de que haya cambiado su plan; este período de imperfección se permite porque la sabiduría divina previó la posibilidad de un desenlace final glorioso y, a este fin, Dios “hace todas las cosas según el designio de su voluntad.” (Ef. 1:11) Habría podido, por ejemplo, destruir a Satanás en el momento en el que transgredió, lo mismo que a los ángeles que cayeron y al hombre mismo, y así se habría evitado el engendramiento de una raza imperfecta. Pero, por el contrario, entraba en el plan de Dios permitirles un tiempo a los imperfectos y a los pecadores seguir su propio camino en cosas que no podrían molestar el desenlace grandioso de las disposiciones divinas. Así, Dios quiere presentar una ilustración de las tendencias degradantes y envilecedoras de pecado en Satanás, en los ángeles caídos y en el hombre.

La caída de la humanidad que la colocó bajo la condena de muerte justa, de la destrucción, fue indirectamente el resultado de la falta de conocimiento de Eva y del engaño consecutivo del que fue víctima; esta caída azota, por herencia, a mucha gente que no ha violado la ley divina ni voluntaria ni inteligentemente. Este hecho le permitió a Dios ejercer su amor y su clemencia e, incidentemente, mostrarnos también cómo se manifiestan los atributos divinos y coordinan su acción; porque no habríamos podido ver esta grandiosa manifestación del carácter divino de ninguna otra manera que pudiéramos concebir. Entraba por lo tanto en las intenciones originales del Creador mismo de revelar los atributos de su carácter a sus criaturas—no sólo a la humanidad, sino también a las huestes angelicales. Indudablemente, cuando se cumpla el grandioso plan de salvación totalmente conocerán el carácter de Dios (Su sabiduría, Su justicia, Su amor y Su poder)

tanto los ángeles celestiales como los reconciliados del mundo en un grado mucho más elevado de lo que nunca, sin las grandes lecciones ahora enseñadas con el permiso del pecado y sin la redención prometida en el plan de Dios, por medio de Cristo. Esto nos da a entender el apóstol Pedro, que nos asegura que: “los ángeles anhelan mirar estas cosas”, cosas en las cuales están interesados profundamente. —1 Ped. 1:12

Así como hemos visto, la condena de la humanidad es absolutamente justa y, sobre la única base de la justicia, no habría habido ningún recurso posible contra esta sentencia (suponemos en efecto que Adán tenía un conocimiento suficiente de su Creador para saber que debía obedecer sin restricción alguna; y además que era una disposición justa tomada por Dios de llevarse, de quitar toda vida que no fuera empleada en armonía con sus disposiciones justas y benévolas). Sin embargo, podemos ver en seguida que Dios habría podido infligir al hombre una diferente pena, y sin violar tampoco ningún principio de justicia. Tenemos la prueba en su manera de actuar con respecto a los ángeles caídos. No fueron azotados por una sentencia de muerte; al contrario fueron condenados a *ser trabados* (“encadenados” —*Trad.*), y lo son todavía, esperando la prueba final. —Judas 6

De manera semejante Dios habría podido permitirle al hombre vivir estos seis mil años, desde su pecado en Edén, sin que se deteriorara su organismo físico, sin colocarle bajo la sentencia y el poder de la muerte. Así, el hombre tanto como los ángeles que no guardaron su primer estado [posición original —*Trad.*] habrían podido conservarse con vida hasta el juicio del gran día con el fin de emitir un fallo definitivo sobre su suerte. Pero Dios no está limitado en sus acciones; observamos en la naturaleza una gran diversidad en la que una flor difiere de otra en brillo y en belleza, y una criatura difiere de otra; por eso, según “la multiforme sabiduría de Dios” (*muy diversificada*: Efe. 3:10 —*Diaglotón Enfático*), Dios escoge un método de acción con los ángeles que pecaron y otro con los hombres que se habían hecho pecadores. La ira divina se manifiesta contra unos y contra otros; es una ira de amor y de justicia, que odia todo pecado, todo mal, y quiere destruirlo; en

La Reconciliación

cambio, hará todo lo posible hacer a favor de los malos que se hagan siervos fieles de la justicia después de adquirir una gran experiencia en contacto con el pecado y con la justicia, y sus resultados respectivos.

En sus relaciones con el hombre Dios escoge apoyar con un ejemplo el fin definitivo del pecado y de los pecadores: la destrucción. Lo cual se atestigua con las diferentes declaraciones hechas al hombre: “El alma que pecare, ésa morirá.” “La paga del pecado, es muerte.” Esto quiere decir que en estas declaraciones hechas al hombre, Dios se limita a establecer la ley general siguiente, que pronto será la regla absoluta a todo su imperio, a toda la creación: todo lo que no es perfecto será destruido, y sólo lo que es perfecto, absolutamente perfecto, totalmente en armonía con la voluntad y las intenciones de Dios, continuará existiendo para siempre, porque la perfección será una bendición para el ser perfecto, un honor para el Creador y una ventaja bendita para todas sus criaturas.

El hombre fue por lo tanto un ejemplo de la implementación de este principio, de modo que cada miembro de la familia humana ha sido segado por la muerte (“la muerte pasó a todos los hombres”); sin embargo, la intención de Dios, sirviéndose así de la humanidad para ilustrar la severidad de la justicia divina en la extirpación del mal, no consiste en hacerla sufrir porque se usa de ejemplo. Al contrario, según las disposiciones divinas, la humanidad tendrá una parte en la misericordia, en el favor y en el amor divino tan grande como cualquier otra de las criaturas de Dios. Es por eso que a su debido tiempo Dios proporcionó la redención para todos, por completo adaptada a las necesidades de la situación, con el fin de que, si por la desobediencia de un solo hombre (Adán), todos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno (Jesús) muchos serán constituidos justos. —Rom. 5:19

Este texto no dice y no quiere decir que muchos (o en absoluto) deben hacerse justos durante esta Edad Evangélica; al contrario, las Escrituras declaran que habrá sólo un “rebaño pequeño” que se hará justo durante la presente Edad mala, sólo los

especialmente atraídos por el Padre y llamados a la vocación de coherencia con su Hijo. El resto de la humanidad aún no será llamado o atraído, antes de que Cristo (Cabeza y cuerpo) haya sido elevado a la vez en los sufrimientos y en la gloria, según la propia declaración de nuestro Señor: “Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo.” (Juan 6:44; 12:32) Esta atracción universal se efectuará en la futura Edad milenaria y no en las Edades presentes o pasadas. No será la atracción de algunos, ni de una clase, ni de una nación, como en el pasado, sino la atracción de toda la humanidad rescatada por la sangre preciosa.

Sin embargo, esta atracción no será una coacción, porque si en la Edad actual es posible resistir a la atracción del Padre de modo que muchos son llamados pero que pocos serán elegidos, así será posible a los humanos de resistir la atracción de Cristo en la próxima Edad. No obstante, las Escrituras nos aseguran que la vía será tan evidente y las condiciones tan razonables que sólo los que aman el pecado y lo escogen deliberadamente después de haber venido a un conocimiento de la justicia y de la verdad estarán entre los adversarios de este gran Profeta y se les destruirá en la Segunda Muerte. —Hechos 3:23

Si consideramos las artimañas de Dios hacia los humanos, en el término de la Edad milenaria, captamos que no hubo ningún acto malévolos por parte de Dios hacia la humanidad, ¡ni mucho menos! La ejecución de la pena suprema de la ley de Dios contra nosotros, acompañada, como así fue, por la obra de la misericordia divina ejercida por Cristo, en el rescate y la restauración, fue realmente una gran bendición. Podemos ver estas cosas sólo considerándolas de esta única manera. Entonces comprendemos no sólo la tristeza, el tormento y el sufrimiento, la muerte y las lágrimas del tiempo presente, el justo castigo de la transgresión (de hecho, su consecuencia natural), sino que vemos también la redención del hombre que lo libra del pecado y de su maldición, la redención adquirida en el Calvario por el Redentor, que le dará cumplimiento más tarde—la Iglesia que será escogida durante esta Edad Evangélica, según el programa divino, para ser su Esposa y coheredera en el Reino.

Severa, como la muerte, fue la condena que azotaba el pecado de Adán (incluso todos los dolores, las tristezas y los sufrimientos de esta condición moribunda durante los seis mil años pasados), creemos, sin embargo, que la condición del hombre ha sido más favorable que la de los ángeles que no guardaron su primer estado; en efecto, no fueron condenados a muerte, y, por consiguiente, no perdieron su energía vital en la muerte, no experimentaron la enfermedad y el dolor, sino que fueron simplemente trabados, restringidos en su libertad y privados de la comunión de los santos. Si al hombre se le hubiese tratado de la misma manera que a los ángeles caídos, y dejado en posesión de sus libertades en cuanto a la tierra, etc., podemos imaginarnos qué terrible estado de cosas reinaría actualmente: el mal habría aumentado sin freno alguno, la habilidad y la astucia de los humanos para hacer mal habría aumentado las aflicciones terrestres. Hasta en las condiciones actuales podemos ver que la vida breve de los hombres basta desarrollar un genio asombrado de egoísmo, una sabiduría sorprendente para alcanzar las situaciones más elevadas y para oprimir sus semejantes. Cuando consideramos que muchos millonarios en nuestros días* fueron chicos pobres y que en menos de cincuenta años acumularon cien o doscientos millones de dólares, ¿qué podríamos esperar si tales genios pudieran ejercitarse durante siglos? Tal estado de cosas empujado hasta su desarrollo lógico, sin duda alguna, habría conducido a la esclavitud y a la degradación completa, a la bestialidad para una gran parte de la familia humana, y esto para el único beneficio de algunas mentes maestras en astucia y en codicia.

Justo considerando las cosas desde este punto de vista, nuestros corazones se elevan a Dios con reconocimiento de lo que la forma de la “maldición” o sentencia que vino sobre nosotros, fue la que el Señor ha permitido, es decir, la muerte gradual: “muriendo, morirás.” Y si, mientras tanto nuestras experiencias como raza han constituido una lección práctica, no sólo para nosotros mismos, sino para los santos ángeles y los ángeles caídos,

* Escrito en 1899. —*Trad.*

podemos regocijarnos aun más de eso; por lo que sabemos, es aun muy posible que Dios quisiera hacer servir esta única gran lección en otros mundos para seres sensitivos todavía no creados, para mostrarles cuán execrable es el pecado y cuáles son los resultados inevitables. ¿Quién sabe si, en un futuro muy lejano, Dios no se servirá de instructores de justicia sacados de en medio de los humanos rescatados y restaurados que habrán tenido una experiencia real del pecado, y serán capaces de hablar por experiencia, a los mil millones de seres todavía no creados actualmente, para preservarles de la desobediencia más ligera a la voluntad divina?

El principio que consiste en dirigir el desarrollo de un estado de cosas detestable para convertirlo en bendición se ilustra admirablemente por Israel, nación llamada de entre las otras naciones y que sirvió de pueblo típico. El Pacto de la Ley de los israelitas que parecía ser para ellos una ventaja, fue en suma una segunda prueba cuyo fracaso les trajo su segunda condena, dejándoles en apariencia como un pueblo aún más condenado que el resto de los humanos. Estos últimos, en efecto, según las disposiciones divinas contenidas en su Pacto con Abrahán, debían *ser justificados por la fe*, ya que nadie podía ser justificado por las obras de la Ley. El Pacto de Israel exigía obras perfectas; los israelitas eran incapaces, por el hecho de las debilidades hereditarias de la carne, de cumplir obras perfectas, cayeron bajo el azote de la “maldición” o la sentencia de muerte de su propio Pacto. Así, este Pacto que se estableció para conducir a la vida (cuya meta era de dar la *vida* eterna) condujo a la *muerte*. (Rom. 7:9-14) Dios se sirvió, pues, de Israel como pueblo típico, como ejemplo para mostrar que ningún hombre imperfecto puede observar la ley *perfecta* de Dios; no permitió, sin embargo, que este empleo, este destino especial del pueblo judío que traía su condena, fuera su ruina eterna; es por eso que los planes de Dios se dispusieron de tal modo que el mismo sacrificio de Cristo que rescataba a toda la raza de Adán, rescatara también a la única nación especialmente favorecida, la cual, bajo el Pacto de la Ley, fue también la única nación especialmente condenada. (Rom. 2:11-13; 3:19-23) Es a

este fin que nuestro Señor nació bajo el Pacto de la Ley con el fin de poder rescatar por el mismo sacrificio a los que fueron condenados bajo esta ley y a toda la humanidad condenada originalmente en la persona de Adán. —Gál. 4:4,5

Vemos por tanto que la necesidad de la reconciliación entre Dios y el hombre, la necesidad de su unión (“*at-one-ment*”), reside en el hecho de que Dios mismo es la fuente de vida y que si cualquiera de sus criaturas debe gozar de la vida eterna hace falta que sea como *dádiva* de Dios. “La dádiva de Dios, es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro.” (Rom. 6:23) Conforme a los principios del gobierno y de la ley de Dios, Dios no puede admitir el pecado de ninguna manera (Hab. 1:13); no puede perdonar el pecado ni admitir su necesidad en ningún grado. Perfecto en sí mismo Dios ha decretado que a ningún ser imperfecto se reconocerá como hijo; es a los hijos solos que se dará la existencia eterna. Así el hombre, por el hecho de su caída, está no sólo bajo una sentencia de muerte, sino que además está manchado, degradado, depravado y ampliamente ha borrado la semejanza divina de su mente y de su conciencia; es por eso que la única esperanza de la vida eterna radica en algún poder, o vía o agente por el cual dos cosas pueden cumplirse: (1) Liberar a la humanidad de la *sentencia de muerte*, infligida por la Justicia; (2) levantar a la humanidad de la degradación del pecado y de la depravación, y devolverla con las condiciones de santidad y de perfección absolutas de las cuales el hombre cayó. Si estas dos cosas pueden realizarse, entonces podemos tener esperanza. Si ambas no pueden efectuarse, el hombre no tiene la menor esperanza de una vida eterna. Es en vano que buscamos la ayuda en la familia humana caída, porque aunque algunos sean menos caídos que otros, menos depravados, todos han pecado, todos son privados de la gloria de Dios. Si hubiera un solo justo, podría, en efecto, dar un rescate por su hermano (por Adán y por todos los condenados en la transgresión de Adán), y podría así, bajo el arreglo divino, salvar (liberar) a su raza de la sentencia; pero tal persona no se encuentra. “No hay justo, ni aun uno.” —Sal. 49:7; Rom. 3:10,23

Dios en su sabiduría lo había previsto y se había ocupado de

todo antes de comenzar la creación de la humanidad; a su debido tiempo manifestó su plan para la restauración del hombre librándolo de las manchas de la condena y de la depravación. En el momento en que no había ninguna mirada de compasión ni ningún brazo que salvar, entonces, el brazo de Dios trajo la salvación. El brazo (la potencia) del Señor que fue revelado y tendido desde lo alto de los cielos para ayudar al hombre a salir del hoyo horrible de la muerte, y del fango del pecado y de la depravación, fue nuestro Señor Jesús. (Sal. 40:2; Isa. 53:1) Es por él que Dios quiere cumplirlo, como declaró:

(1) El rescate de la humanidad que lo libera del poder del sepulcro, de la sentencia de muerte, de la “maldición,” de la “ira,” que ahora todavía pesa sobre el mundo. Este rescate se ha realizado por la muerte de nuestro Señor Jesucristo: la justicia divina ha sido plenamente satisfecha y toda la humanidad se considera como que ha llegado a ser propiedad de nuestro Señor Jesucristo, que la rescató y pagó con su sangre preciosa.

(2) La elección de un “rebaño pequeño” escogido entre los humanos rescatados. Los miembros de este rebaño pequeño se hacen herederos con Cristo, porque han sacrificado todo por él y por su causa; Dios *los considera* como partícipes en los sufrimientos y en el sacrificio de Jesús y se les concederá una parte en las glorias celestiales y en la futura obra que debe bendecir al mundo; esta obra es el resultado, el fruto del sacrificio de Cristo.

(3) La obra de restauración deben cumplirla el Gran Redentor y su coheredera, su Esposa, la Iglesia, durante “los tiempos de la restauración de todas las cosas de que habló Dios por boca de sus santos profetas que han sido desde tiempo antiguo.” (Hechos 3:19-21) Cuando a los malos conscientes y porfiados que rechazan la gracia y la misericordia divinas, bajo las condiciones del Nuevo Pacto, haya destruido este gran Mediador, Cristo, y que se haya restaurado a los otros humanos rescatados en las manos del Padre celestial, perfectos y completos, totalmente a su propia semejanza, teniendo un conocimiento más completo de Él, de la justicia y del pecado, gracias a las experiencias del reinado presente del pecado tanto como bajo el reino de la justicia durante los tiempos de la

La Reconciliación

restauración, entonces la gran obra de la Reconciliación se acabará. Todos los que comprenden con claridad estas cosas rápidamente pueden discernir la necesidad de la Reconciliación, a saber, que no puede haber bendición de los humanos excepto al traerlos en armonía absoluta con su Creador y que tal reconciliación necesita ante todo una redención del pecador, el pago de su pena. Porque es necesario que Dios sea justo al justificar a los pecadores, si no, Él nunca los justificará. —Rom. 3:26

Dado lo que precede vemos claramente que el número de humanos reconciliados por el sacrificio de nuestro Señor por los pecados (la abrogación general y legal de la “maldición”) no está determinado; nada nos permite estimar el número de los que, obedeciendo por fe, serán efectivamente liberados del pecado y de su maldición y estarán en *reconciliación* (“*at-one-ment*”) con el Padre, aprovechando las oportunidades ofrecidas a todos por nuestro querido Redentor. Nada en las disposiciones divinas, ni en otra parte, puede justificar en el hombre la creencia según la cual el favor divino y la vida eterna por Cristo puedan obtenerse por otros que por los que hayan regresado en armonía perfecta de corazón a Dios y a todas sus leyes de justicia. Nos regocijamos, no obstante, de saber que el conocimiento de la gracia de Dios y otras oportunidades mucho mejores que aquéllas de las cuales goza actualmente el mundo, se ofrecerán, al “debido tiempo” de Dios, a toda criatura. —1 Tim. 2:6

ESTUDIO XV

“UN RESCATE POR TODOS” LA ÚNICA BASE PARA LA RECONCILIACIÓN

LA RECONCILIACIÓN ES IMPOSIBLE SIN RESCATE—PROPORCIONADA PERO NO IMPUESTA—SER EL QUE PAGARÍA EL RESCATE SE HIZO UN FAVOR—SIGNIFICADO DE LOS TÉRMINOS “PAGAR EL RESCATE” Y “REDIMIR”—¿QUÉ FUE EL RESCATE PAGADO A FAVOR DEL HOMBRE?—LA JUSTIFICACIÓN POR LA FE ASÍ ASEGURADA—“HABÉIS SIDO COMPRADOS POR PRECIO”—¿POR QUIÉN?—¿DE QUIÉN?—¿CON CUÁL FIN?—¿CÓMO COOPERÓ EL AMOR CON LA JUSTICIA?—EL “RESCATE POR TODOS” NO FUE TOMADO DE VUELTA—LOS DERECHOS DE PATERNIDAD DEL PRIMER ADÁN RESCATADOS POR EL SEGUNDO ADÁN—RESCATE, NO PERDÓN—LA MUERTE DEL HOMBRE NO ES UN RESCATE—RAZONAMIENTO FALSO DE LAS TEORÍAS UNIVERSALISTAS—LA JUSTICIA NO TIENE OBLIGACIONES POR EL HECHO DEL RESCATE—EL ÚNICO NOMBRE—EL MÉTODO DEL MEDIADOR TIPIFICADO EN MOISÉS—RESCATE, SUSTITUCIÓN—¿FUE POSIBLE UN PLAN DIFERENTE?

“Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre, el cual se dio a sí mismo en rescate por todos, de lo cual se dio testimonio a su debido tiempo.” —1 Tim. 2:5,6

LA RECONCILIACIÓN entre Dios y el hombre dependía totalmente de la presentación de un sacrificio aceptable por los pecados del hombre. A menos que no pudiera ser levantada, la sentencia divina estaría constituida un obstáculo perpetuo que impediría el restablecimiento del hombre o su regreso al favor divino, a la comunión y a la vida eterna. Según la ley divina, Dios sólo podía decirle al hombre: Eres un pecador; por tu propia transgresión voluntaria en Edén, trajiste a ti mismo tu aflicción. Pronuncié en toda justicia contra ti la sentencia de muerte, y no puedo derogar esta sentencia sin violar mi propia justicia, el mismo fundamento de mi trono, de mi Reino. (Sal. 89:14) En consecuencia, tu condena debe durar para siempre. Debe ser sufrida por ti, a menos que un sustituto aceptable pueda tomar tu lugar para sufrirla.

La Reconciliación

Hemos visto claramente que el castigo o la sentencia pronunciada contra la humanidad no fue la tortura eterna, sino que como se la expuso claramente y distintamente el Creador a Adán, fue la muerte. Suponer que fue cualquier otra pena que la muerte, habría que suponer que Dios había actuado deshonestamente con Adán y Eva en Edén, que les había informado mal y les había engañado. Hemos visto que una condena de muerte fue una sentencia justa contra el pecado, y que siendo la vida un don condicional, el Creador tenía perfectamente el derecho de tomarla de vuelta. No es necesario, en cambio, ser de una inteligencia especial para discernir que infligir una eternidad de tortura a Adán, el padre, no habría sido un castigo *justo* por haber comido del fruto prohibido, aun si este acto de desobediencia había sido cometido con toda la culpabilidad, la obstinación y la inteligencia imaginables. Además, no habría sido justo haber permitido que igual sentencia de tortura eterna se repercutiera sobre los millones innumerables de seres de la posteridad de Adán. Cada uno puede comprender, en cambio, que la sentencia de muerte con su comitiva terrible de enfermedades, de sufrimientos y de aflicciones que se cayeron sobre Adán, el padre, y por él descendió naturalmente sobre su progenitura (porque de una fuente impura no puede brotar una agua pura), constituye un castigo razonable y justo, es una condena delante de la cual toda boca debe quedarse cerrada; todos deben admitir la justicia, la bondad y la severidad de Dios.

Sabiendo de manera precisa lo que es la condena pronunciada contra el pecado, podemos fácilmente captar lo que es necesario que la Justicia exija como pago por esta condena, antes de que la “maldición” pueda ser levantada, y el culpable liberado de la gran prisión de la muerte. (Isa. 61:1) No fue porque la raza entera pecó que la sentencia fue pronunciada, sino porque un solo hombre pecó, esta sentencia de muerte se cayó directamente sobre Adán sólo, e indirectamente únicamente por él sobre su raza, por herencia; en pleno acuerdo con estos hechos, la Justicia puede exigir sólo un precio correspondiente. Hace falta pues que la Justicia pida la vida de otro hombre en el lugar de la vida de Adán, antes de liberar a

Adán y a su raza. Si el precio de esta condena fuera pagado, todo sería pagado, un *solo* sacrificio por todos, lo mismo que un *solo* pecado los englobaba todos. Ya hemos visto que el perfecto Adán, el transgresor que fue condenado, no fue un ángel, ni un arcángel, ni un dios, sino un hombre, de naturaleza un poco inferior a aquella de los ángeles. La justicia más estricta no podía exigir por parte del que quisiera reemplazar a Adán, más que la misma naturaleza, las mismas cualidades, la misma perfección, es decir, exigir que fuera un hombre perfecto y libre de la condena divina. Hemos visto que ningún ser semejante no podía encontrarse entre los hombres: todos ellos eran de la raza de Adán y participaban así por herencia, en su castigo y en su degradación. Fue necesario que un ser de los lugares celestiales que tenía una naturaleza espiritual, tomara la naturaleza humana y se ofreciera entonces como un sustituto, en *rescate* por Adán y por todos los que perdieron la vida por él.

Entre los ángeles que habían conservado su primer estado y su fidelidad hacia Dios, sin duda alguna, se podía haber encontrado muchos que, alegremente, habrían emprendido a cumplir la voluntad del Padre y a hacerse el precio del rescate; pero tal tarea constituía la prueba más grande, el examen más severo al cual la fidelidad a Dios podía someterse. Es por eso que, el que manifestaría así su devoción, su fidelidad y su fe sería digno de ocupar la posición más elevada entre todos los hijos angélicos de Dios, bien por encima de los ángeles, los principados y potestades, y de todo nombre que se nombra. Entraba, además, en las intenciones de Dios, de servirse de esta ocasión para demostrar que quienquiera procura satisfacer sus propias ambiciones egoístas (así como lo hizo Satanás), será bajado, envilecido, mientras que, al contrario, quienquiera se humillará más completamente para obedecer a la voluntad y al plan del Padre Celestial, será elevado en consecuencia. Dios dispuso de Su plan de tal manera que esta condición fuera una necesidad para que por esta manifestación de simpatía y de amor divinos por el mundo, una ocasión pudiera proporcionarse también para manifestar el amor, la humildad y la obediencia del Unigénito del Padre, su Hijo bien amado que tomaba placer de honrar.

La Reconciliación

Como hemos visto, nuestro Señor Jesús (quien, en su condición prehumana, reconocemos como el arcángel más elevado o el principal mensajero, el Logos, el Unigénito del Padre, pleno de gracia y de verdad), hasta entonces, había sido el agente de Jehová en toda la obra de la creación. Siendo el primer engendrado, había estado con el Padre, desde antes de la creación de todos los demás, le había conocido íntimamente, contemplado su gloria y sido el canal de su poder. Visto que nuestro Señor ya era el primero, el más elevado en el Reino de los cielos, después del Padre, el Apóstol nos informa que esta obra de Redención—este privilegio de ejecutar la voluntad divina con respecto al hombre—se le dio como señal de confianza especial y como un favor a causa de los honores que, según la ley divina, deberían ser concedidos al que habría dado pruebas de una obediencia tan grande, de una humildad tan grande, de un sacrificio tan grande. (Mat. 23:12; Juan 4:10; 1 Ped. 5:6) Confiando en el Hijo, y deseando que alcanzara la alta exaltación que resultaría de esta fidelidad, el Padre le dio la primera oportunidad a aquel que, en todo el pasado, gozaba de la preeminencia en el plan divino, de manera que pudiera seguir siendo el preeminente “para que en todo tenga la preeminencia; por cuanto agradó al Padre que en él habitase toda plenitud, y por medio de él reconciliar consigo todas las cosas, así las que están en la tierra como las que están en los cielos [los hombres caídos y los ángeles caídos, recobrando y reconciliando a todos los de entre ellos que, cuando una oportunidad completa se les ofrece, quieran volver al favor divino], haciendo la paz mediante la sangre de su cruz”. —Col. 1:18-20

La selección de un ser espiritual para que se haga el Redentor del hombre, no implica que el sacrificio de la existencia de un ser espiritual fue necesario como precio de la redención de la existencia de un ser terrestre; por el contrario, la Justicia divina no podía aceptar más para el hombre el sacrificio de un ser espiritual que aceptar el de los toros y de los machos cabríos como el precio del rescate. Lo mismo que la sangre de los toros y de los machos cabríos nunca podía quitar el pecado, porque estos animales eran de una naturaleza inferior, así la muerte de ángeles o de arcángeles

nunca habría podido quitar el pecado ni de Adán, ni devenir para él un sacrificio de reconciliación conveniente, porque no eran de su naturaleza (humana). Era la vida del *hombre* que había sido perdida por el pecado, y, sólo la vida de un *hombre* podía ser aceptada como precio de la redención, como precio del rescate. Es por esta razón que era necesario que nuestro Señor dejara la gloria de su condición prehumana, se humillara y se hiciera un hombre, porque solamente haciéndose un hombre podía dar el precio del rescate.

Demostrando que nuestro Señor se humilló al abandonar la naturaleza espiritual superior, y al tomar la naturaleza humana inferior, las Escrituras no indican en ninguna parte que esto sea nuestra ofrenda por el pecado. Al contrario, él se humilló así, para hacerse la ofrenda por el pecado y pagar el precio de nuestro rescate. El Apóstol indica esto claramente diciendo: “Por cierto, él no tomó la naturaleza de los ángeles [como si hiciera alusión a los ángeles que pecaron], sino tomó la simiente de Abrahán”. Dado que los hijos que Dios había previsto y decidido la redención, la liberación de la esclavitud del pecado y de la corrupción, participaban de la carne y de la sangre, “él también participó de lo mismo [de la sangre y de la carne, la naturaleza humana], para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo”, y los liberó. (Heb. 2:14,16) Él demuestra el asunto aun más explícitamente, diciendo: “Porque por cuanto la muerte entró por un *hombre*, también por un *hombre* la resurrección de los muertos.” (1 Cor. 15:21) El apóstol Juan lleva un testimonio análogo en estas palabras: “El Verbo fue hecho carne.” (Juan 1:14) Nuestro Señor Jesús lo confirmó también, después de haber venido al mundo y después de haber alcanzado la edad viril, diciendo: “No envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él.” (Juan 3:17) Él no nos da a entender que el mundo ya había sido salvo, o que algo ya había sido hecho para la salvación del mundo, excepto el *envío* de aquel que, por su propio sacrificio, rescataría al mundo. La primera etapa en el cumplimiento de su misión fue indicada por las palabras de nuestro Señor “El Hijo del Hombre no

La Reconciliación

vino para ser servido, sino para servir, y *para dar su vida en rescate por muchos.*” (Marcos 10:45) Tenemos aquí la prueba positiva que al abandonar la gloria que tenía cerca del Padre antes de que el mundo fuera, e intercambiando una naturaleza superior por la naturaleza humana, nuestro Señor no había dado su vida en rescate en este momento, sino había hecho simplemente los preparativos necesarios para llevar a cabo esta obra que estaba a punto de cumplir. Además, esto es confirmado por el hecho de que después de haber alcanzado la edad viril fijada por la ley, tan pronto como tuviera treinta años, se presentó sucesivamente como sacrificio vivo, consagrando su vida, dejándola, como fue representado por su inmersión simbólica efectuada por Juan en el Jordán.

Allí se cumplió, como el Apóstol lo demuestra, la profecía de antaño: “He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad”. Había venido para hacer la voluntad de Dios, para ofrecer el sacrificio por los pecados; pues no lo había ofrecido antes. En este acto de consagración, él mismo se presentaba como sacrificio vivo, en el servicio de Dios, aun hasta la muerte. Observe que es en este momento que, según el apóstol, él mismo puso a un lado los sacrificios—tipos del Pacto de la Ley, con el fin de poder establecer el segundo, el antitipo, el sacrificio real por los pecados, su propia muerte (y la de sus miembros) con el fin de sellar el Nuevo Pacto entre Dios y los hombres, como Mediador del Nuevo Pacto. Nuestro texto nos dice la misma cosa: que fue “Jesucristo *hombre*, el cual se dio a *sí mismo* en rescate por todos”, y no el *Logos* prehumano.

LA PRIMERA ETAPA DEL PROGRAMA

El Apóstol (Heb. 2:5-9) analiza todo el plan de Dios; él observa las promesas divinas del restablecimiento humano, cita al profeta David (Sal. 8:4-8) declarando que el plan divino tiene como objetivo final la perfección del género humano, como maestro de la tierra, gobernando la tierra y a sus criaturas, en armonía con las leyes del Creador divino, y añade: “Pero todavía

no vemos que todas las cosas le sean sujetas, [al hombre, como lo indica la profecía]”. Todavía no vemos al hombre a la imagen de Dios y maestro de la tierra, sino vemos bien la primera etapa de este programa, es decir: “Vemos a aquel que fue hecho un poco menor que los ángeles, a Jesús, coronado de gloria y de honra [la perfección de la naturaleza humana], a causa del padecimiento de la muerte, para que por la gracia de Dios *gustase la muerte por todos* [haciendo posible el restablecimiento humano]”. Vemos la obra de la salvación del hombre así comenzada por Jehová, que proporcionó el precio de un rescate apropiado por nuestra redención; él encontró un ser cuya gloria, honra y perfección humana absoluta, eran semejantes a las del primer Adán. A este fin y por este propósito, este ser había dejado las glorias de una naturaleza superior y había sido hecho inferior a los ángeles, aunque anteriormente poseyera una naturaleza superior a aquella de ellos. Nosotros lo vemos, escogido, con el propósito de “probar la muerte por todos”. Vemos que él tomó la naturaleza humana “*por el padecimiento de la muerte*”, el mismo castigo que fue aplicado a nuestra raza. Comprobando estas cosas, podemos regocijarnos que los designios misericordiosos de nuestro Padre Celestial para asegurar nuestro rescate y nuestro restablecimiento, y nuestra plena reconciliación con él, han sido establecidos suficientemente y sobre un plan de justicia absoluta, lo que le permitió a Dios ser justo al justificar a los que creen en Jesús. El sacrificio que nuestro Señor Jesús dio así por el pecado del hombre no fue un sacrificio espiritual, que no habría sido un sacrificio apropiado y aceptable, porque no habría sido “*un precio correspondiente*”, es decir, en todo punto el precio exacto del rescate de Adán.

SIGNIFICADO DE “RESCATE” Y DE “REDIMIR”

Esto nos lleva a examinar el término *rescate* que, en el Nuevo Testamento, tiene un sentido muy restringido y bien definido. Se encuentra allí sólo dos veces: la primera vez en la descripción hecha por nuestro Señor de la obra que estaba llevando a cabo, y la

segunda vez en la descripción hecha por el Apóstol de esta obra terminada—nuestro texto. La expresión griega empleada por nuestro Señor es *lutron-anti*, que significa “un precio en compensación, o un precio correspondiente”. Así, nuestro Señor declaró: “El hijo del Hombre vino para dar su vida en rescate [*lutron-anti* —un precio que corresponde a] por muchos.” (Marcos 10:45) El apóstol Pablo emplea las mismas palabras pero dispone de ellas de otro modo, *antilutron*, que significan “un precio correspondiente”, diciendo: “Jesucristo hombre, el cual se dio a sí mismo en rescate [*anti-lutron* —precio correspondiente] por todos, de lo cual se dio testimonio a su debido tiempo”. —1 Tim. 2:6

Es imposible discutir o disputar con mala fe sobre el sentido de estos textos. Sólo al alterar, o torcer la Palabra de Dios, podemos ser ciegos hasta el punto de no ver la fuerza y el sentido real del testimonio del Señor en cuanto a la obra que ha sido cumplida por nuestro gran Mediador. Cuanto más concentramos nuestros pensamientos en el rescate o “*precio correspondiente*”, cuanto más esta noción nos parece poderosa y además proyecta luz sobre la obra entera de la Reconciliación. El pensamiento, el único pensamiento que encierra, es que, al igual que Adán, por la desobediencia perdió su *existencia*, su *alma*, todos sus derechos a la vida y a la tierra, así Cristo Jesús, nuestro Señor, por su muerte como *precio correspondiente* pagó el valor completo y exacto del alma, o de la existencia de Adán, el padre y, por eso, la existencia de toda su posteridad, de toda alma humana, participando en la caída y en la pérdida de Adán. —Rom. 5:12

El mismo pensamiento se expresa abundantemente en muchos otros pasajes de las Escrituras que hablan de la obra de nuestro Señor como la de un rescate, de una compra, etc. Dirigimos especialmente la atención a la palabra “rescate”, *anti-lutron* porque expresa este pensamiento bajo la forma más pura y clara. Las palabras “redimir”, “redentor” y “redención”, encierran bien la idea del pago de un precio, pero igualmente la de una puesta en libertad, una liberación de aquellos por quienes el precio fue pagado. Es por eso que estas palabras, tanto en español como en el original, son a veces empleadas para designar el

sacrificio, o el don del precio de la redención, y otras veces, ellas se remiten a la puesta en libertad de los redimidos, su liberación. Los numerosos enemigos de la doctrina del *rescate*, de la cual el jefe es Satanás, tratan a veces, con una gran astucia, de desviar la atención del precio dado para liberar al hombre de la maldición de la muerte; ellos muestran tales textos de las Escrituras en los cuales las palabras “redimir” y “redención” son aplicadas simplemente a la liberación completa de la humanidad de los lazos de la muerte. Atrayendo la atención en la liberación, y “torciendo la Palabra de Dios”, ellos tratan de oscurecer el hecho que la futura liberación, y todas las bendiciones actuales y futuras, concedidas a la humanidad por la gracia divina, vienen del Hijo y por medio del *sacrificio de sí mismo por el rescate*, que él dio en nuestro favor y que fue “cumplido” en el Calvario. —Juan 19:30

Los traductores de la versión común inglesa de la Biblia ayudaron, sin saberlo, a estos adversarios del rescate sirviéndose del término “redimir” para traducir términos griegos que tienen significados considerablemente diferentes. Con el fin de que el lector pueda tener esta cuestión claramente en mente, citaremos aquí todos los diversos términos griegos vertidos por “redimir” “redimido” y “redención”, y después de cada uno, daremos la definición proporcionada por el erudito lexicógrafo, el Prof. Young, en su *Analytical Concordance*:

El término “redimir” es a veces empleado para traducir el término griego *agorazo*. El Prof. Young lo define así: “adquirir en el foro”, o más literalmente todavía, significaría: comprar en el mercado público, porque la raíz de la palabra, *agora*, significa *sitio del mercado* y se emplea así muchas veces en las Escrituras: Mat. 20:3; Marcos 12:38; Lucas 7:32; Hechos 16:19. Los ejemplos que siguen son todos en los cuales el término *agorazo* es traducido por “redimido” en el Nuevo Testamento:

“Tú fuiste inmolado, y con tu sangre nos has *redimido* para Dios”. —Apoc. 5:9

“Y nadie podía aprender el cántico sino aquellos ciento cuarenta y cuatro mil que fueron *redimidos* de entre los de la tierra”. —Apoc. 14:3

La Reconciliación

“Estos fueron *redimidos* de entre los hombres como primicias para Dios y para el Cordero”. —Apoc. 14:4

En cada uno de estos casos, la idea es la de una compra pública, y todos los demás empleos de este término *agorazo*, en todo el Nuevo Testamento, sostienen con fuerza este sentido distintamente comercial. Se encuentra en todo treinta y una veces en el Nuevo Testamento (en inglés —*Trad.*). En los tres ejemplos más arriba, es traducido por *redimido*, en trece ejemplos por *comprado* y en quince casos por *comprar*. Atraemos atención especialmente en su significado, debido a la tendencia de negar que hubo una compra de nuestra raza efectuada por un *precio* dado para obtener la liberación del hombre de la “maldición”; esta tendencia que predomina y crece es muy subversiva a la verdadera fe “una vez dada a los santos”.

Otro término traducido por “redimir”, “redimido” y “redención”, está relacionado con el término más arriba y sacado de él por la añadidura de un prefijo, *ex*, que significa *fuera de*, es la palabra *exagorazo*. El Prof. Young da la definición siguiente “adquirir en el foro” o, más literalmente aún *comprar públicamente y tomar posesión de*. Los únicos empleos de este término en el Nuevo Testamento son los siguientes:

“Cristo nos *redimió* de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición.” (Gal. 3:13) El Apóstol indica aquí que los cristianos que, en otro tiempo eran judíos y habían estado por consiguiente bajo el Pacto judaico o el Pacto de la Ley, habían sido comprados no sólo de su sentencia, sino además fueron liberados de su dominación. La palabra *agorazo* significa la compra, y el prefijo *ex* significa la liberación proporcionada por esta compra, de modo que ellos no estaban en lo sucesivo más debajo del dominio de la Ley.

“Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley, para que *redimiese* a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos (filiación).” (Gal. 4:4,5) Esta exposición es semejante al precedente y significa la compra del pueblo judío rescatado así de la dominación de la Ley, y la

liberación de los creyentes del yugo de esta ley, con el fin de que puedan hacerse hijos de Dios. —Compárese con Juan 1:12.

“Mirad, pues, con diligencia cómo andéis, no como necios sino como sabios, *aprovechando bien* el tiempo, porque los días son malos” (Ef. 5:15,16; Col. 4:5) Este empleo de la palabra *exagorazo* es idéntico al precedente; los discípulos del Señor se dan cuenta de que viven en medio del mal cuya tendencia es de absorber su energía, su influencia y su tiempo en cosas culpables o insensatas, o por lo menos sin provecho, en comparación con los intereses más importantes que les tienen un gran interés verdaderamente, como hijos de Dios. Debemos *comprar* el tiempo y *tomarlo sobre* nuestro tiempo mal empleado, sacando de estas influencias desfavorables una proporción tan grande de tiempo como posible para consagrarlo a los intereses superiores: nuestro alimento espiritual personal y nuestro crecimiento espiritual, y la ayuda de otros en las cosas espirituales. Tal compra nos costará un poco de renuncia a nosotros mismos, de satisfacción de nuestros apetitos e inclinaciones naturales, y también un poco de la buena opinión y de la amistad de otros que “lo encontrarán extraño” que no corramos más con ellos por los mismos excesos como en otro tiempo. —1 Ped. 4:4

Otro término griego también vertido por “redimir” es *lutroo*. El Prof. Young define esta palabra como “soltar por medio de un precio”, es decir, *liberar por el pago de un precio*. La base o la raíz de esta palabra es *lutron*, que, como hemos dicho más arriba con *anti*, está empleada como prefijo o sufijo, y significa un *precio correspondiente*.

Este término “*lutroo*” se encuentra tres veces en el Nuevo Testamento, en los textos siguientes:

“Esperábamos que él era el que había de *redimir* a Israel.” (Lucas 24:21) Los Apóstoles estaban decepcionados a la muerte de nuestro Señor, y mostraron esta decepción diciendo que habían esperado que el Señor hubiera liberado a Israel del yugo de los romanos por el pago de un precio. Aún no habían recibido el Espíritu Santo, y no comprendían la longitud, la anchura, la altura y la profundidad del plan divino, por el cual, no sólo Israel, sino el

mundo entero, fueron *redimidos*, no solamente del yugo de los romanos, sino que de aquel de Satanás y de la gran prisión de la muerte por el precio del rescate dado por nuestro Señor y consumido en su muerte.

“Nuestro Salvador, Jesucristo que se dio a sí mismo por nosotros, con el fin de que nos *rescatara* de toda iniquidad.” (Tito 2:14) El precio que nuestro Señor dio en provecho de toda la humanidad no tiene por objetivo solamente proporcionarles a los hombres un despertamiento de la tumba, en el debido tiempo de Dios, durante el Milenio, y una oportunidad, en este momento, de venir en armonía con Dios según los términos del Nuevo Pacto, sino, además, les permite a los que escuchan las buenas nuevas ahora, de ser liberados actualmente ya de la esclavitud de la iniquidad — con el fin de que no seamos en lo sucesivo más servidores del pecado, sino que nos hagamos servidores del que murió por nosotros, que nos compró por su propia sangre preciosa.

“Sabendo que fuisteis *rescatados* de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación.” (1 Ped. 1:18,19) Este texto encierra el mismo pensamiento que el precedente. Él refiere menos a nuestra liberación final de la muerte por la resurrección, que a nuestra *liberación* actual de un mal camino, de una conducta fútil, de declaraciones insensatas y de la iniquidad en general. Esta libertad fue *comprada* para nosotros por la sangre de Cristo, tanto como la libertad más grandiosa de la resurrección que es todavía futura. Sin el pago del precio del rescate, sin la satisfacción de las exigencias de la Justicia, Dios no habría podido aceptarnos como sus hijos, ni tratarnos, de este hecho, como hijos, ni sellarnos como sus hijos por el espíritu de filiación que nos introdujo en su familia. No habríamos podido tampoco gozar de los diferentes instrumentos y los agentes activos de su gracia que, ahora, son accesibles a los creyentes y que son para nosotros *el poder de Dios* en salvación. Este poder divino quiebra en nuestros corazones el poder del pecado, y establece en su lugar la disposición o el espíritu del Señor, como poder reinante.

Otro término griego, *lutrosis*, es vertido por “redención”. El Prof. Young lo define como “una liberación” —literalmente: *hacer libre*, liberación. Este término no encierra la idea de que se paga un precio, y es por eso que no debería haber sido traducido por redención en la Biblia inglesa, sino más bien por “liberación” (nuestras versiones castellanas están divididas entre redención y liberación —*Trad.*). Este término se encuentra dos veces en el Nuevo Testamento:

“Esta (Ana), presentándose en la misma hora, daba gracias a Dios, y hablaba del niño a todos los que esperaban la *redención* [*liberación*] en Jerusalén.” (Lucas 2:38) Ana hablaba a los que, en Jerusalén, esperaban la liberación, el franqueo del yugo romano, pero no comprendían necesariamente que la liberación más grande debía venir por el pago del precio de un rescate.

“Pero estando ya presente Cristo, sumo sacerdote de los bienes venideros . . . no por sangre de machos cabríos ni de becerros, sino por su propia sangre, entró una vez para siempre en el Lugar Santísimo, habiendo obtenido eterna *redención* [*liberación*].” —Heb. 9:11,12

El Apóstol no indica aquí *cómo* nuestro Señor obtuvo la redención eterna de la liberación, y no hace ninguna alusión al precio pagado; él habla simplemente de la liberación actual y futura del pueblo de Dios y no del método por el cual esta liberación fue asegurada, antes de la entrada de nuestro Señor en el santo lugar (el sacrificio de sí mismo como el precio del rescate del hombre).

Otro término griego traducido por “redimido” en el Nuevo Testamento es *poieolutrosin*. El Prof. Young lo define así: “*relajar*”, es decir, *poner en libertad*, liberar. Lo encontramos una sola vez:

“Bendito el Señor Dios de Israel, que ha visitado y *redimido* a su pueblo [literalmente: operó la redención para su pueblo.]” (Lucas 1:68) El versículo precedente muestra que esta expresión era una profecía, porque ella habla aquí de cosas inconclusas como si lo hubieran sido cumplidas; el primer paso hacia la liberación de Israel había sido hecho, y hablamos de eso con alegría como si la

cosa entera ya fuera cumplida. Esta palabra no encierra la idea de *la manera en la que* se asegurará la liberación; otros pasajes de las Escrituras nos muestran, en cambio, que es asegurada por el pago de un precio correspondiente, de un rescate, y que debe venir por el establecimiento del Reino de Dios. Esta palabra no debería haber sido traducida por “redimido” (en el texto inglés —*Trad.*) sino más bien por *liberado* que habría evitado toda confusión de pensamiento por el lector (inglés —*Trad.*).

Otro término griego, *apolutrosis*, ha sido traducido impropriamente por “redención”. Él no contiene de ninguna manera la idea de un precio de compra, sino significa simplemente *liberación*, puesto en libertad. El Prof. Young lo define como un “*ensanche*”, una “*relajación*”. La palabra se encuentra diez veces, y es (en inglés) traducida apropiadamente por “liberación” una sola vez. Note lo siguiente:

(1) “Cuando estas cosas comiencen a suceder, erguíos y levantad vuestra cabeza, porque vuestra *redención* [*liberación*] está cerca.” (Lucas 21:28) No hay aquí ninguna alusión al rescate o a las condiciones que preceden la liberación de la Iglesia sino simplemente a la liberación misma.

(2) “Siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la *redención* [*liberación*] que es en Cristo Jesús. (Rom. 3:24) En este texto el Apóstol no hace alusión al rescate, sino simplemente a la liberación, considerada como tal, de la que los hijos de Dios ahora gozan, y pronto efectivamente por la resurrección, trata la pregunta desde el punto de vista divino: los creyentes son justificados gratuitamente, sin condiciones, aparte de toda obra meritoria de su parte. Esto es cumplido por la *liberación* que Dios concedió en Cristo Jesús, nuestro Señor. En el versículo siguiente, el apóstol prosigue mostrando cómo esta liberación fue efectuada, diciendo: “A quien Dios puso como propiciación [literalmente: propiciatorio, canal de misericordia] *por medio de la fe en su sangre* [el sacrificio, el precio de rescate, dado por los pecados del mundo entero].”

(3) “También nosotros mismos [la Iglesia fiel],. . . gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, la *redención*

[*liberación*] de nuestro cuerpo [la Iglesia, el Cuerpo de Cristo que debe ser glorificado con la cabeza, al debido tiempo]. (Rom. 8:23) Nada en esta declaración hace la menor alusión a la redención cumplida en el Calvario, en el precio de compra; ella se refiere puramente y simplemente a la *liberación* de la Iglesia, la cual debe ser una parte del resultado o de la redención acabada en el Calvario—el rescate.

(4) “Mas por él estáis vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y *redención [liberación]*.” (1 Cor. 1:30) Nada, aquí, se refiere al precio de la redención pagado en el Calvario. El apóstol habla, no de lo que el Señor hizo a favor de nosotros, sino de lo que todavía hará por nosotros. Es nuestra sabiduría, en que debemos dejar de lado nuestra voluntad personal y aceptar su voluntad, y en que tenemos así un espíritu de sobrio sentido común y “andemos por la sabiduría”. Es nuestra justicia, en que, siendo nuestro representante, él se dio a sí mismo en *rescate por todos* y, ahora, en su justicia, representa a todos los que vienen al Padre por él. Es nuestra santificación en que, gracias a sus méritos, somos aceptados por el Padre como sacrificios vivos contados perfectos, aunque en realidad, sea el poder de Cristo en nosotros que nos haga capaces de ofrecer a nosotros mismos, en sacrificio vivo, de andar sobre sus pisadas y de cumplir las condiciones de nuestro pacto. Es nuestra liberación (mal traducida por “redención”) en el hecho que, vive aquel que, por la gracia de Dios, nos redimió con su sangre preciosa, y, por eso, es la garantía que viviremos también; que al debido tiempo, él librará de la esclavitud, de la corrupción, de la muerte, a Su Iglesia que él redimió por su sangre preciosa. El Apóstol hace alusión aquí a la liberación y no a la compra. Sin embargo, es porque él hizo la compra, que tiene el derecho de ser para todos, sabiduría, justicia, santificación, liberación.

(5) “[Él] nos hizo aceptos en el Amado, en quien tenemos *redención [liberación]* por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia.” (Ef. 1:7) El apóstol no hace alusión, aquí, a la redención acabada en el Calvario. Al contrario, él habla de nuestra aceptación por el Padre y declara que esta aceptación

La Reconciliación

por Jehová está basada en algo que hizo por nosotros en el bien amado, nuestro Señor Jesús por cuya sangre (el sacrificio, el rescate) tenemos la *liberación*. La construcción de la frase muestra que el Apóstol hablaba de nuestra *liberación* de la condena del pecado, la muerte, porque explica que esta *liberación* consiste del “perdón de los pecados”. El sentido de este pasaje es éste: El Padre celestial que, en su espíritu, ya había predestinado la adopción de un “rebaño pequeño” para ser hijos según el plan de la naturaleza divina, y coherederos con Su Hijo, el primer Engendrado y Bien Amado, nuestro Señor, hizo todo lo que era necesario hacer, en materia de gracia, en el cumplimiento de esta intención, el suyo para con nosotros. Él nos hizo agradables al Bien Amado, porque en él, por su sangre, por su sacrificio, tenemos la liberación de la maldición y de la ira divinas, es decir, el perdón de nuestros pecados de los cuales somos hechos libres o justificados.

(6) “Las arras de nuestra herencia hasta la *redención* [*liberación*] de la posesión adquirida, para alabanza de su gloria.” (Ef. 1:14) La posesión que Cristo *compró* por el sacrificio por los pecados, reemplazando al hombre, comprende la humanidad en general o, por lo menos, todos los que acepten el favor con las condiciones del Evangelio; ella también comprende la Iglesia, la Esposa. Es en el Reino milenario que vendrá el tiempo de la liberación, y es la Iglesia que debe ser liberada en primer lugar, “desde el alba de la mañana”. Pero la tierra formaba parte de la posesión original del hombre y fue comprada por el mismo sacrificio de una vez para siempre; es, por eso, que ella debe ser liberada también de su parte de la maldición y se hará como el Jardín del Señor, el Paraíso. La *compra* es cumplida, pero la *liberación* espera el “debido tiempo” de Dios.

(7) “En quien tenemos *redención* [*liberación*] por su sangre, el perdón de pecados.” (Col. 1:14) Esta exposición es semejante al precedente. Nosotros, los creyentes, ya tenemos la *liberación*, es decir, la remisión de nuestros pecados, y como consecuencia, la armonía con el Padre. La palabra “redención” aquí no se aplica al sacrificio por los pecados, sino a su efecto sobre nosotros, *liberándonos* de nuestros pecados. Sin embargo, el Apóstol no

ignora el sacrificio, sino declara que nuestra liberación de la esclavitud y de la dominación del pecado, proviene de la eficacia de la sangre de nuestro Señor, de su muerte, de su sacrificio por los pecados, del rescate pagado.

(8) “Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la *redención* [*liberación*].” (Ef. 4:30) No hay aquí ninguna alusión hecha al sacrificio del rescate cumplido en el Calvario. No obstante, es sólo después de que el sacrificio fuera cumplido y sus méritos presentados en el Santísimo y aceptados por el Padre que el Espíritu Santo vino sobre cada uno de ellos para sellarlos como hijos de Dios. Pero ahora, los que han sido sellados deben mantener este sello de filiación, este engendramiento a la naturaleza divina, y no perderlo. Ser sellado del Espíritu es haber recibido las primicias del Espíritu y es todo lo que es concedido durante esta vida presente porque, para obtener la plena medida de la bendición de la naturaleza divina, debemos esperar hasta el tiempo marcado por el Padre, “el día de la *liberación*”, el Día milenario, el día en el cual la Biblia declara de la Iglesia, la esposa de Cristo que “Dios la ayudará al clarear la mañana.” (Sal. 46:5) Quienquiera pierde el Espíritu Santo y su sello no tendrá ni parte ni lote en la primera resurrección, por la mañana del “día de la liberación [completa]” del poder del pecado y de la muerte.

(9) “Así que, por eso es mediador de un nuevo pacto, para que interviniendo muerte para la *remisión* [*liberación*] de las transgresiones que había bajo el primer pacto, los llamados reciban la promesa de la herencia eterna.” (Heb. 9:15) Una vez más, una traducción defectuosa esconde en parte el sentido del texto; pero si, en cambio, se discierne aquí el pensamiento de *liberación*, todo se hace claro. Para Israel, la muerte de nuestro Señor tenía un alcance más grande para los Judíos que para los Gentiles. Ella no significaba solamente la redención de la transgresión adámica y de su condena de muerte, sino significaba también para los Judíos la *liberación* de la “maldición” o la condena del Pacto de la Ley que quedaba sobre esta nación porque era incapaz de someterse a sus exigencias. Los Israelitas sufrían la “maldición” que vino sobre

La Reconciliación

Adán, al igual que el resto de la humanidad; pero además, ellos estaban bajo la “maldición” de su Pacto de la Ley instituido por Moisés, su Mediador, en Sinaí. Es a la “maldición” doble sobre este pueblo que se refieren las palabras del cántico que dice:

“Malditos de Dios (por su Ley) por rebelión,
“La gracia hizo redención (una vez para siempre).”

(10) “Otros fueron atormentados, no aceptando el *rescate* [liberación].” (Heb. 11:35) Este ejemplo es el único en el cual los traductores de la Biblia inglesa tradujeron apropiadamente este término: ellos trataron probablemente de verterlo por “redención” y encontraron que habría sido extraño más bien de decir: “no aceptando la redención”, y entonces, ellos lo tradujeron correctamente por “liberación”.

En el Antiguo Testamento, los términos “redimir”, “redimido”, “redentor”, y “redención”, son, en general, buenas traducciones de las palabras hebreas originales; por ejemplo, *Gá'al* significa liberar por venganza o por reembolso. —*Young*

“Yo sé que mi *Redentor* vive”. —Job 19:25

“Y se acordaban de que Dios era su refugio, y el Dios Altísimo su *redentor*”. —Sal. 78:35

“El que *rescata* del hoyo tu vida, el que te corona de favores y misericordias” —Sal. 103:4

“Después que se hubiere vendido, podrá ser *rescatado*; uno de sus hermanos lo *rescatará*. O su tío o el hijo de su tío lo *rescatará*, o un pariente cercano de su familia lo *rescatará*; o si sus medios alcanzaren, él mismo se *rescatará*”. —Lev. 25:48,49

“Porque así dice Jehová: De balde fuisteis vendidos; por tanto, sin dinero seréis *rescatados*”. —Isa. 52:3. Compárese con 1 Ped. 1:18.

“Y vendrá el *Redentor* a Sion, y a los que se volvieren de la iniquidad en Jacob, dice Jehová”. —Isa. 59:20.

Nuestro fin, en citar los casos en los cuales el término *redención* aparece en nuestros Nuevos Testamentos castellanos, donde la palabra original griega no tiene la idea de un *precio de*

rescate, es de prevenir contra los métodos engañosos de ciertos escritores y profesores que usan sofismas. Negando el *rescate*, negando que el mundo haya sido *rescatado* por la muerte de Jesús, son llevados a citar pasajes donde la palabra *redimir* figura impropriamente en el lugar de *liberar*, y luego deducen, que *liberar* es la única acepción de la palabra *redimir*, en todos los casos. Debido al descuido de nuestros traductores el único método seguro y apropiado a seguir cada vez que el significado de una palabra tiene un gran alcance, es de regresar al término original, y verificar el sentido.

Hemos demostrado que, en varias ocasiones, el Espíritu Santo que actuaba a través de los escritores del Nuevo Testamento, había hablado del *rescate* de nuestra raza y del *precio correspondiente* pagado, en los términos más fuertes e interpretables solamente en el sentido de una *transacción comercial*, o de la *sustitución* del precio de compra por la cosa comprada. Hemos mostrado también en otros casos donde la palabra empleada significaba simplemente *liberación*, y nada contradice el pensamiento que esta liberación será asegurada como el resultado de un *rescate* [*anti-lutron*, precio correspondiente], pero que generalmente el contexto muestra explícitamente que es por este medio que se obtiene la liberación.

No obstante, si las Escrituras aseguran de manera tan positiva que nuestro Redentor *compró* al mundo con el precio de su propia vida, con “su sangre preciosa”, es simplemente con el fin de darle al pueblo de Dios una “plena seguridad de fe”, de hacerle saber que la remisión de la pena de muerte no viola la justicia de Dios, sino, al contrario, le da toda satisfacción por su amor. Esto también nos asegura que la ley divina es *inmutable*, que no podía ser violada, sino que al contrario, proporcionó la redención a gran precio. Esta seguridad que el amor y la justicia de Dios actúan en pleno acuerdo, nos da confianza que los mismos principios continuarán gobernando el universo para siempre, nos convence que la “ira”, “la maldición” será levantada para todos los que vuelvan de acuerdo con Dios por Jesús, el Mediador, y que todos los que no saquen provecho de esta gracia serán tragados en la

Segunda Muerte, porque “la ira de Dios queda sobre ellos”. —Hechos 3:23; Juan 3:36; Apoc. 22:3

Sin embargo, en cuanto a los redimidos, importa poco de saber cómo el amor y la justicia de Dios dispusieron de las cosas con vistas a nuestro perdón, porque para ellos es un don gratuito que se puede obtener sólo aceptándolo como tal. No podemos comprarlo, tampoco podemos darle a Dios compensación para este “don”. La pregunta se pone pues: Si es un “don” que se nos hace, ¿por qué deberíamos inquietarnos con buscar las causas y las razones? ¿Por qué el Señor se habría ocupado de revelarnos el hecho que este don nos fue proporcionado a un *precio*, que *costó* la muerte de Cristo? ¿Por qué las Escrituras nos muestran de manera tan precisa como su muerte fue el *precio exacto*, el *precio correspondiente* que fue debido para nuestros pecados? Respondemos que Dios nos explica en detalle sus actos en nuestro favor, a solo fin de que podamos comprender mejor su personalidad, así como sus leyes, su coordinación y su funcionamiento. Él da tales explicaciones con el fin de que podamos comprender que no deroga o no pone a un lado su propia sentencia contra el pecado, que no declara el pecado tolerable, permitido y excusable. Él desea que nos demos cuenta de que su justicia es absoluta y que no podría haber conflicto allí en el cual su amor dominaría o vencería o aboliría la sentencia de la justicia; que la única manera en la que su condena justa del pecado y de los pecadores podía ser puesta a un lado sería de satisfacer a las exigencias de la justicia por un *precio correspondiente*, un “rescate”. El hombre había pecado, el hombre había sido condenado a muerte, el hombre había ido a la muerte. Pues, no podía haber ninguna esperanza para el hombre, excepto si el amor y la misericordia pudieran proporcionar un sustituto para Adán. Y un sustituto, como hemos visto, debiera ser necesariamente de la misma naturaleza que Adán, de la naturaleza humana; también era necesario que el sustituto fuera libre del pecado, libre de la maldición, libre de la ira; también debiera ser santo, sin mancha y separado de los pecadores, aprobado de Dios, como lo era Adán antes de su transgresión.

Hemos visto que nuestro Señor Jesús fue hecho carne (no carne de pecado) sino santo, sin mancha y apartado de los pecadores,* que así, el hombre Cristo Jesús era *un hombre perfecto*, la imagen exacta del primer hombre, Adán; de este hecho, comprendemos que estaba listo totalmente para ser nuestro Redentor, nuestro rescate, para dar su vida y todos sus derechos humanos para el rescate, la redención de Adán y de la raza de Adán que, en él, perdió la vida y todos sus derechos humanos. Hemos visto que nuestro Señor, “Jesucristo, hombre” consagró, sacrificó, abandonó a favor del hombre, *todo lo que tenía*. Esto resalta claramente de su enseñanza con respecto a este tema. Él se representó en el hombre que, habiendo encontrado un tesoro escondido en un campo, se había ido de allí y *vendido todo lo que tenía*, y había comprado el campo. (Mat. 13:44) El campo representa la humanidad así como la tierra misma. (Ef. 1:14) En esta humanidad, nuestro Señor vio un tesoro—proféticamente vio el resultado de la obra redentora, la liberación de un gran número de humanos de la esclavitud de la corrupción a la plena libertad de los hijos de Dios (la Iglesia en la Edad actual y, en la Edad que viene, aquellos de los humanos que serán dignos). Es debido al tesoro que el campo fue comprado. Hablando del resultado del rescate y de la obra de redención, tal como ella se cumplirá finalmente al fin de la Edad milenaria, el Profeta dijo hablando de nuestro Señor: “Verá el fruto de la aflicción de su alma, y quedará satisfecho.” (Isa. 53:11) Nuestro Señor estuvo plenamente satisfecho de dar su vida, y todo lo que tenía entonces, para rescatar al mundo.

¿QUÉ RESCATE FUE PAGADO POR ADÁN?

Lo que nuestro Señor hizo por nosotros, este precio que dio en nuestro favor, lo que entregó o depuso en la muerte, debía corresponder exactamente a lo que fue el castigo del hombre, ya que era un *precio correspondiente*, “un rescate”. Entonces, nuestro

* Véase capítulo IV, página 90.

La Reconciliación

Señor no fue al tormento eterno: tenemos este testimonio indiscutible que el tormento eterno no es el salario del pecado ordenado por el gran Juez, sino simplemente una creencia falsa que el gran Adversario y los que él ha engañado han impuesto en la humanidad. Tan ciertamente como lo que nuestro Señor sufrió en lugar del hombre, como sustituto de este último, fue la condena entera que los hombres, de otro modo, habrían sido obligados a sufrir, tan ciertamente esto es la prueba positiva que Dios nunca pensó en el tormento eterno, no se lo infligió como castigo a los humanos y no los amenazó con eso. Los que conocen el testimonio de la Palabra de Dios, saben que ella declara que “Cristo *murió* por nuestros pecados”, que “él *murió*, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios”; que “es la propiciación* [*hilasmos*: satisfacción] por nuestros pecados [los pecados de la Iglesia], y no sólo por los nuestros, sino por los del mundo entero”, que “Jehová hizo caer sobre él la iniquidad de todos nosotros y que por sus magulladuras [las cosas que sufrió en nuestro lugar, la renuncia de sí mismo hasta la *muerte*], somos curados”. ¡Qué armonía y qué lógica observamos en esta exposición bíblica de las cosas y cuán totalmente ilógicas son los engaños contrarios de Satanás en las Escrituras y que nos transmitió la tradición, y que se hicieron populares! —1 Cor. 15:3; 1 Ped. 3:18; 1 Juan 2:2; Isa. 53:05,06

“El salario del pecado es la *muerte*.” “El alma que pecare, ésa *morirá*”, dicen las Escrituras. (Rom. 6:23; Eze. 18:4) Ellas nos muestran enseguida cómo este salario fue pagado completamente al declarar: “Cristo *murió* por nuestros pecados, conforme a las Escrituras” y se resucitó para nuestra justificación. (1 Cor. 15:3:

* Dos palabras griegas son traducidas por “propiciación”. *Hilasmos* es traducida exactamente por “propiciación” en dos textos (1 Juan 2:2; 4:10), pero *hilasterion* es traducida sin razón por “propiciación” en Rom. 3:25, mientras que significa *propiciatorio*, es decir, lugar de satisfacción o de propiciación. El “Propiciatorio” o la cubierta del Arca del Pacto era el *lugar* donde se cumplía la satisfacción—propiciatorio o *hilasterion*; pero el sacerdote, al rociar la sangre de reconciliación, la sangre de la ofrenda por el pecado sobre *hilasterion* cumplía *hilasmos*, es decir la satisfacción o la propiciación por los pecados del pueblo.

Rom. 4:25) Su *muerte* fue el *precio del rescate*, pero el pago* del precio del rescate no dio la justificación. Nuestro Señor debía presentarle en primer lugar este precio del rescate al Padre en nuestro favor; es lo que él hizo cuando “subió al cielo” con el fin de aparecer allá para nosotros en la presencia de Dios. Es en este momento que hizo utilizables para nosotros los méritos de su sacrificio del rescate. La *justificación* vino luego, proviniendo: (1) del sacrificio del rescate, y (2) de su aplicación a todos los que crean en él y le obedezcan. Así la resurrección y la ascensión de nuestro querido Redentor fueron unos actos accesorios para rendir eficaz su sacrificio acabado en la muerte.

“Sin derramamiento de sangre, no se hace remisión.” (Heb. 9:22) Durante toda la dispensación de la Ley, Dios puso en evidencia este detalle de su arreglo, exigiendo la sangre de los toros y los machos cabríos: no es que esta sangre nunca pudiera quitar los pecados, sino que con el fin de que al tiempo apropiado se pudiera reconocer en ellos tipos o ilustraciones de los mejores sacrificios por los cuales los pecados son borrados y anulados. La expresión “derramamiento de sangre” significa la muerte simple, la vida derramada; no obstante, ella indica una muerte en sacrificio y no lo que a veces se llama una muerte natural (aunque, a decir verdad, ninguna muerte es natural). Por naturaleza, el hombre debía vivir: la muerte es la violación de la ley de la existencia humana, resulta de la transgresión, y de la “maldición” o la condena que la acompañó.

En cuanto a la justicia sola, los judíos pudieran haber puesto a muerte a nuestro Señor de una manera muy diferente, y las exigencias de la Justicia habrían sido satisfechas también. La cosa necesaria era el abandono de su alma (ser) inocente en compensación o a cambio de un alma (ser) culpable cuya existencia estuvo perdida por la transgresión. Tampoco era necesario, en cuanto al rescate solo que la persona de nuestro Señor fuera magullada y que su sangre fuera pagada literalmente o

* El hecho de proporcionar el precio del rescate (Véase el Prefacio del Autor, página iv. — *Trad.*)

La Reconciliación

derramada en el suelo. El salario del pecado era la *muerte*, la cesación de la existencia, y es, por eso, que cuando este hecho fue cumplido, la condena estuvo satisfecha. Fueron otras consideraciones que exigieron la crucifixión y el costado perforado.

La sangre que caía sobre la tierra, al pie del altar del sacrificio, representaba el hecho que no sólo la humanidad había sido rescatada, sino que la tierra misma fue comprendida en este rescate, es por eso, que la sangre fue rociada sobre ella. La vergüenza e ignominia de la crucifixión pública, el suplicio de los malhechores, eran necesarios porque nuestro Padre celestial había decidido que la prueba de la obediencia de nuestro Señor Jesús sería llevada al grado más alto, no sólo fue probado para ver si sería consentidor *hacerse un hombre*, sino además, si quisiera *morir como precio de rescate del hombre* o el sustituto, y además, si estaría dispuesto a sufrir la ignominia extrema, y probar así al último grado que era digno de la elevación soberana que le concedió su Padre.

El Apóstol presenta la cosa bajo este aspecto, porque después de habernos contado cómo el Señor dejó la gloria celestial para nosotros, y se hizo un hombre, añadió: “y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y *muerte de cruz*. Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre [título, honor, dignidad] que es sobre todo nombre” — el nombre o el título del Padre exceptuado. —Fil. 2:8,9; Compárese con 1 Cor. 15:27.

Cada referencia de la Biblia a *la justificación por la fe*, mostrando que somos justificados por la sangre de Cristo, etc., es un testimonio corroborativo de lo que precede, a saber, que “Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados”, pero imputándolos al “que murió por nosotros y resucitó.” (2 Cor. 5:19,21; 1 Tes. 4:14; 5:10) La culpabilidad del pecador fue llevada por el Redentor que dio el precio correspondiente total de nuestros pecados, con el fin de que todos los que buscan la Justicia puedan ser aceptados como justos, por los méritos de su sacrificio. (Rom. 5:17-19) El hecho que

necesitábamos ser *justificados*, o hechos justos, prueba que éramos malos, injustos en los ojos de Dios. El hecho que los hombres no podían justificarse a sí mismos por obras fue demostrado por los Israelitas bajo su Pacto de la Ley, y prueba que esta maldad o pecado estaba en la misma naturaleza de los hombres; esto hizo necesario que fuéramos rescatados y justificados por los méritos y el sacrificio de otro, de un Redentor sin mancha.

Justificado quiere decir *hecho justo*, pero no somos hechos justos o perfectos *realmente*; somos simplemente *considerados* como justos o perfectos a causa de nuestra fe en la justicia de Cristo y en su sacrificio en nuestro favor y porque los aceptamos. Por todas partes en las Escrituras, se nos muestra que este poder de *justificación* por parte de nuestro Redentor proviene de su sacrificio en nuestro favor. Nuestras propias obras no podían justificarnos, o hacernos aceptables para con Dios, como lo vemos en Gál. 2:16; Rom. 3:27,28. La ley no podía justificar a los que estaban bajo ella, así como lo demuestra el Apóstol en Gál. 5:4; Rom. 3:20. Sólo la fe en la obra acabada de Cristo [probada por la consagración completa a Dios] justifica; véase Gál. 2:17; 3:13,14; Rom. 4:24,25, etc.

Diversos pasajes de las Escrituras hablan más o menos claramente de que hemos sido lavados, o blanqueados o purificados del pecado. Todos estos textos vienen al apoyo de la doctrina del rescate, porque se establece distintamente en los contextos, porque el poder purificador es “la sangre de Cristo”, los méritos del sacrificio de nuestro Señor. —Véase 1 Juan 1:7; Apoc. 1:5; 1 Cor. 6:11; 2 Ped. 2:22; Tito 3:5; Heb. 9:14; 1 Ped. 1:19.

La justificación es representada simbólicamente por un manto de justicia, de lino fino, puro y blanco, con el cual el Señor cubre los defectos y las imperfecciones de los que él acepta por la fe en su sangre preciosa. Todos nuestros esfuerzos para realizar la justicia, sin los méritos de Cristo, son representados asimismo simbólicamente como “trapo de inmundicia” de nuestra propia justicia. (Isa. 64:6) Es verdad que ciertos pasajes de las Escrituras hacen alusión a nuestros esfuerzos hacia la justicia, por la obediencia a los mandamientos de Dios, como un trabajo de

purificación que progresa durante toda nuestra carrera cristiana; el Apóstol lo expresa así: “Teniendo nuestros cuerpos lavados con agua pura”, y la purificación de la Iglesia por “el lavamiento del agua por la palabra”; estas definiciones son bien apropiadas a la purificación de nuestros corazones, a la “purificación de las inmundicias de la carne”, y comprendemos muy justamente que estos pasajes se apliquen a un trabajo diario que dura toda la vida. Sin embargo, todas estas purificaciones de pensamientos, de palabras y de acciones, todos estos esfuerzos para hacer que nuestro cuerpo mortal se conforme siempre a la voluntad de Dios en Cristo, tienen como base nuestra aceptación previa de Cristo y nuestra justificación por la fe en su sangre. Resalta de las Escrituras que desde el momento en que aceptamos* a Cristo, todas nuestras faltas, todas nuestras imperfecciones son escondidas de la vista del Señor por los méritos del sacrificio del rescate, concedidos por la gracia de Jehová, captados y apropiados por la fe. Ya que sólo lo que es *perfecto* puede ser agradable a Dios, y puesto que, a pesar de todos nuestros esfuerzos y nuestros lavamientos, seríamos siempre imperfectos, es manifiesto que somos aceptados por el Padre porque somos cubiertos por el manto de la justicia de Cristo, por su perfección que es aplicada a nuestra cuenta o imputada. Así, primero “somos aceptos en el Amado” (Ef. 1:6), y luego manifestamos diariamente nuestra devoción a la justicia y nuestro deseo de complacer al Señor por nuestros esfuerzos para alcanzar la santidad.

Cuán frecuentemente las Escrituras hacen mención de nuestro Señor como nuestra ofrenda por el pecado, “¡el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo!” (Juan 1:29) Todos los sacrificios de la Ley, todos la sangre derramada por los altares judíos anunciaban este gran futuro sacrificio por el pecado, inmolado en nuestro favor; porque, así como el Apóstol nos asegura de eso, la sangre de los toros y de los machos cabríos nunca habría podido quitar el pecado — sólo el sacrificio antitípico, “la sangre preciosa” podía hacer esto. Respecto al sacrificio por los pecados,

* O donde nos consagramos a Dios.

como lo presenta el Nuevo Testamento; véase Heb. 9:12; 10:10; Ef. 5:2; 1 Cor. 5:7; 1 Ped. 2:22-24; 1 Cor. 5:21 —*Diaglotón Enfático*.

Las Escrituras exponen muy claramente que este sacrificio fue por nosotros, la Iglesia, y por toda la humanidad: “Por la gracia de Dios, él probó la muerte por todos”, el justo por los injustos, con el fin de llevarnos a Dios, con el fin de abrir para nosotros y para toda la humanidad, una vía de regreso o de reconciliación para volver en armonía con el Padre celestial; así es como él abrió indirectamente para nosotros la vía que devuelve la vida eterna (el favor, la bendición o el don del Padre) para todos los que son, verdaderamente sus hijos. Sobre este punto, véase los pasajes siguientes: 1 Tes. 5:10; Rom. 5:8; 1 Cor. 15:3; 2 Cor. 5:14,15; Juan 10:15; 11:50-52; 1 Ped. 2:24; 3:18.

Muchos pasajes bíblicos muestran sin equívoco alguno que fue la muerte del hombre Cristo Jesús, “su sangre”, que proporcionó nuestra liberación del pecado y de la muerte; podemos rechazar esta doctrina sólo negando la inspiración de las Escrituras o al “torcer las Escrituras, o “adulterar la Palabra de Dios” Véase 1 Ped. 1:2; Hechos 4:12; 20:28; Apoc. 5:9; 1:5; Rom. 5:9; Heb. 13:12.

“HABÉIS SIDO COMPRADOS POR PRECIO” ¿POR QUIÉN? ¿DE QUIÉN? ¿POR QUÉ? ¿Y CON QUÉ FIN?

“Por precio fuisteis *comprados*; no os hagáis esclavos de los hombres.” —1 Cor. 7:23

“Con tu sangre nos has redimido [*comprado*] para Dios” —Apoc. 5:9

“Habrá entre vosotros falsos maestros, que introducirán encubiertamente herejías destructoras, y aun negarán al Señor que los *rescató*”. —2 Ped. 2:1

Los testimonios de las Escrituras, mostrando que el hombre fue “comprado” son sin equívoco alguno, y, como ya hemos indicado, la palabra griega vertida es *agorazo*, que significa *compra pública*. Las preguntas siguientes se ponen muy naturalmente: (1) ¿Por quién fue comprado el hombre? (2) ¿De

quién fue comprado? (3) ¿Por qué fue comprado? Vamos a examinar estas preguntas en su orden:

(1) Las Escrituras, ya citadas, sostienen claramente y sin equívoco no sólo que la humanidad fue comprada, sino que el Señor Jesucristo mismo fue el comprador; además, estos pasajes y otros también nos aseguran muy claramente que el precio de compra fue la sangre preciosa de Cristo, el sacrificio de su propia vida, la muerte del hombre Cristo Jesús que se dio a sí mismo en rescate [*antilitron*, precio correspondiente] por todos. Consideramos que esta pregunta ya ha sido probada irrefutablemente y pasaremos a la siguiente:

(2) ¿De quién fue comprado el hombre? Los adversarios de la verdad preguntan burlándose si el Señor nos compró del diablo; ellos pretenden que el precio no podía ser pagado a nadie más; porque según el razonamiento falso de los que niegan el *rescate*, Dios no podía haber entrado en tal transacción. Esta gente pretende que Dios buscaba siempre la comunión del hombre, que hacía siempre todo lo que estaba en su poder para realizar la reconciliación del hombre y su liberación del pecado y de la muerte. Es por eso que, razonan ellos, Dios no quisiera exigir un precio de rescate, antes de haber permitido la liberación del hombre. Respondemos que tales concepciones son completamente contrarias a la enseñanza bíblica que muestra, es verdad, que Dios es amor y que tiene compasión por el pecador: en cambio, también muestra que Dios es justo y que el hombre, habiendo sido condenado con justicia, no puede ser liberado de esta condena con justicia sin que un rescate sea pagado por él.

Las Escrituras declaran que Satanás fue la causa de la condena infligida en el hombre, la muerte, al decir: “Así que, por cuanto los hijos participaron de carne [la naturaleza humana] y sangre, él también participó de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo”; y en otra parte, ellas hablan de Satanás como el “príncipe de este mundo” sin embargo, no indican en ninguna parte que él tenga un título para reinar con autoridad en el mundo. (Heb 2:14; Juan 14:30) Al contrario, las Escrituras declaran que Satanás es el usurpador

que, sacando provecho de la condición caída del hombre cegó su espíritu con respecto a Dios, y engañándole, lo devolvió esclavo sirviéndose de su ignorancia, de sus supersticiones y de sus propias debilidades. Es en suma la personificación del pecado y es esto que constituye su poder de muerte. Si Satanás no hubiera podido servirse del pecado, no habría podido ejercer ninguna dominación sobre la humanidad. Fue a causa del pecado voluntario que el hombre fue privado del favor divino; pero estuvo más tarde, cuando el hombre no deseó hacerse más de Dios el objetivo de sus pensamientos, que Dios lo entregó a un espíritu reprobado, etc. (Rom. 1:28) La autoridad suprema a la cual Satanás pueda pretender con respecto a los humanos sería sólo el poder de un usurpador que abusa de las debilidades de sus esclavos.

Por lo demás, desde que la condena fue pronunciada por Dios: “Ciertamente morirás”, ha sido *permitido* a Satanás y a todo otro agente del mal, de cooperar en el cumplimiento de este decreto divino. Así, Dios hace concurrir a veces la ira del hombre, a veces la de los malos seres espirituales para cumplir sus planes maravillosos, y para alabarlo involuntariamente. (Sal. 76:10) Sin embargo, Dios nunca reconoció a Satanás como el poseedor de la raza humana. La raza era la creación de Dios y ella le debía todo, pero al no haberle reconocido a su Creador y haberle desobedecido, fue azotada por la condena, por la maldición de la ley divina, fue considerada indigna de la vida, y queda bajo esta condena.

Fue la Justicia divina que azotó a nuestros primeros padres con la maldición de la muerte, y está bajo la sentencia de la justicia divina que la raza todavía se queda en la condición de muerte. No puede tampoco haber una esperanza de vida para quienquiera, excepto para la redención que está en Cristo Jesús. Ya que la Justicia divina era el Juez cuya sentencia le quitó la vida del hombre, es pues a la Justicia divina que el precio del rescate debía ser pagado necesariamente, con el fin de obtener la liberación del culpable Adán, y de su raza condenada en él.

Es voluntariamente que Satanás ejerce su poder pero él no podría hacerlo si no le fuera permitida por el Gran Juez supremo Jehová; en cambio, Jehová no habría permitido que la gran

calamidad de la *muerte* fuera infligida sobre la humanidad por medio de Satanás o de una manera muy diferente, si no había sido un castigo justo por el pecado, por la transgresión de la ley de Jehová. El poder de Satanás, como el de un verdugo es “un poder de muerte” que se le delega. El verdugo es simplemente el servidor de la ley; él ejecuta sus sentencias; en cuanto a Satanás, como servidor de la ley establecida por el Juez supremo de toda la creación, es autorizado y empleado por un tiempo, como el ejecutor de la sentencia pronunciada: “El salario del pecado es la muerte”, “muriendo, morirás”.

Si el rescate o la multa de un preso debiera ser pagado, el pago no sería hecho al carcelero o al verdugo, sino al Tribunal cuyo juicio exigió el rescate o la multa. También, el rescate por el pecado no podía ser pagado a Satanás (aunque en cierta medida él sirva como ejecutor de la pena), sino ella debía ser pagada a la autoridad que condenó el pecado, que pronunció la pena y ordenó la ejecución del culpable.

Así, la razón nos respondería que el *precio del rescate* del pecado del hombre debería ser pagado a “Dios, el Juez de todos”. Ahora nos preguntamos: ¿Qué dicen las Escrituras respecto al sacrificio de Cristo, de la ofrenda que hizo? ¿Dicen que fue hecha a Satanás o a Jehová Dios? Respondemos que en todos los tipos de la dispensación judía que prefiguraban este mejor sacrificio, que quita el pecado del mundo, las ofrendas fueron presentadas a Dios, por las manos del sacerdote que tipificaba a nuestro Señor Jesús —Véase Lev. 4:3,4,24,27,31,34,35; 5:11,12; 9:2,6,7; Ex. 30:10; 2 Crón. 29:7-11,20-24.

Estos textos responden categóricamente a nuestra pregunta, y no necesitamos otros testimonios sobre este tema. Sin embargo, si deseamos otro testimonio directo, lo encontramos en las palabras del Apóstol: “Porque si la sangre de los toros y de los machos cabríos, y las cenizas de la becerra rociadas a los inmundos, santifican para la purificación de la carne, ¿cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno *se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios*, limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo? Así que, por eso es mediador de un

nuevo pacto, para que interviniendo muerte para la remisión de las transgresiones que había bajo el primer pacto, los llamados reciban la promesa de la herencia eterna.” —Heb. 9:13-15,26; 7:27; 10:4-10,12,20; Ef. 5:2; Tito 2:14; Gal. 1:4; 2:20; 1 Juan 3:16; Juan 1:29; 1 Ped. 1:19; 1 Cor. 10:20; Rom. 12:1.

Así que hemos demostrado que, según las Escrituras, era bien verdad que Dios pidió y aceptó la muerte de Cristo como el sacrificio de rescate por el hombre.

(3) ¿Por qué fue rescatado el hombre?

En el hombre, criatura caída e imperfecta, las cualidades divinas de justicia, de sabiduría, de amor y de poder son muy imperfectas; es por eso que algunos tienen más dificultades que otros para comprender el carácter razonable del método divino que exige un rescate y lo acepta. Los que no pueden comprender esto por el razonamiento pueden reconocer muy bien y aceptar el testimonio de la Palabra de Dios; ellos deberían actuar así, aun si no comprenden el por qué y el cómo del asunto. Tal es la línea de conducta apropiada y segura. Sin embargo, ofrecemos unas sugerencias que pueden ayudar a algunos a comprender el tema. Así como somos unas criaturas caídas imperfectas, estas diversas cualidades de sabiduría, de amor, de justicia, de poder, están en nosotros continuamente más o menos en conflicto mutuo; pero no es lo mismo con nuestro Padre celestial; en él, cada una de estas cualidades es perfecta, y en acuerdo perfecto con las otras. Ningún conflicto existe. La sabiduría divina entró primera en actividad, tomó una visión de conjunto y trazó el mejor plan para la salvación del hombre, con el pleno consentimiento de la justicia, del poder y del amor. Bajo la dirección de la Sabiduría, el hombre estuvo colocado sucesivamente bajo una ley, cuya violación arrastraba una condena de muerte, acompañada de la comitiva de las desgracias que van con la muerte. La sabiduría conoció por anticipado la caída del hombre que provenía de su inexperiencia, pero juzgó oportuno, sin embargo, con vistas a las lecciones provechosas, etc., de trazar así el programa de la providencia y de la línea de conducta de Dios tales como se nos revelan en las Escrituras.

La Reconciliación

Tan pronto como el hombre hubo violado la ley divina, la Justicia intervino, lo declaró rebelde, lo azotó con la sentencia de muerte, lo echó de Edén, de la fuente de subsistencia anteriormente dispuesta para él y lo entregó a Satanás, para que afronte circunstancias desfavorables y con el fin de que pudiera ser infligida la plena condena de la ley violada, “Muriendo, morirás”. Mientras que este elemento del carácter divino (la Justicia) actuaba con el hombre, el elemento del Amor no era indiferente, sino era impotente por dos razones: Primero, él no podía *oponerse* a la justicia, ni impedir la ejecución de la sentencia, ni librar al hombre del poder de la Justicia, porque es el mismo fundamento del gobierno divino; segundo, el Amor no podía intervenir entonces para levantar al hombre pagando el sacrificio del rescate por el pecado, porque esto habría estado en oposición al plan ya trazado por la Sabiduría infinita. Así el Amor y el Poder de Dios fueron retenidos por ahora, incapaces de socorrer a la humanidad; fueron forzados de aprobar la Justicia que dirigía la ejecución de la condena, y la Sabiduría que permitió esta ejecución a proseguirse en el transcurso de seis mil años de gemidos, de tribulaciones—la Muerte. De acuerdo con este plan, el Amor no intervino para librar al hombre, sino para animarle y para instruirle por las promesas y los sacrificios — tipos que prefiguraban el método por el cual el Amor cumpliría finalmente la liberación del hombre al tiempo marcado por la Sabiduría. Así el Amor esperaba pacientemente el momento propicio en que, bajo la dirección de la Sabiduría, podría actuar y más tarde llamar a su ayuda el Poder divino.

Este momento de acción por el atributo de amor vino finalmente; fue en el momento del “cumplimiento del tiempo” (Gal. 4:4), “al debido tiempo”, (Rom. 5:6), como lo expresan las Escrituras, cuando Dios envió a su Hijo como “Jesucristo, hombre”, “con el fin de que, por la gracia, [favor, bondad, misericordia] de Dios, probara la muerte por todos.” (1 Tim. 2:5; Heb. 2:9) Es solamente ahora que el Amor divino fue manifestado a la humanidad, aunque siempre hubiera existido, así como leemos: “*En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros*”, “en que

siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros”. —1 Juan 4:9; Rom. 5:8

Ejerciendo su acción conforme a la ley de Dios, y satisfaciendo las exigencias de esta ley, el Amor divino no entró en conflicto con la Justicia divina. La vía seguida por el Amor no fue una tentativa hecha para rechazar y combatir la sentencia, ni para impedir su ejecución completa, sino más bien para encontrar alguien que reemplazara al hombre, que fuera un rescate para él. Dando, para el hombre, la satisfacción a la pena de muerte infligida por la Justicia, el Amor aportó a la humanidad su liberación de la maldición adámica (la muerte) que la Justicia divina había infligido. Allí estaba el triunfo del Amor divino, no menos que el de la Justicia divina. El Amor divino triunfó ofreciendo el sacrificio del rescate, Jesús, a la Justicia, al elemento del carácter de Dios que pone vigente los decretos justos del Creador y aplica sus sanciones.

El triunfo del Amor no está completo todavía. Él realizó el rescate, pero su intención es de hacer más todavía, a saber, de efectuar un *restablecimiento* (*restitución*) para todos los humanos que, después de sus experiencias, estarán dispuestos a volver a ser fieles a Dios y a su ley justa. Pero así como el Amor esperó más de cuatro mil años bajo la dirección de la Sabiduría divina, antes de aportar el sacrificio del rescate, así debe esperar él aún cerca de dos mil años, después del pago del precio del rescate, antes de que la obra de restablecimiento pueda comenzar. (Hechos 3:19-21) Pero, en el ínterin, la Sabiduría permite al Amor ocuparse de una clase especial, el “Rebaño Pequeño”, los elegidos de esta Edad Evangélica, para sacar de los rescatados “un pueblo para su nombre” que es la esposa de Cristo y su coheredera la Iglesia.

La necesidad del rescate de la raza por Cristo reside en el hecho que Adán, el padre, había *vendido* a sí mismo y a su raza al pecado (y a su salario o castigo, la muerte) como precio por su desobediencia. (Rom. 7:14; 5:12) Necesitaba ser *rescatado* de la esclavitud del pecado, y el pago del precio del rescate era necesario antes de que quienquiera pudiera ser librado de la condena o comenzar una nueva prueba para probarse digno de la vida eterna.

La Reconciliación

Pero ahora consideremos este rescate bajo un ángulo más ancho y notemos que nuestro Señor Jesús, después de haber pagado el precio del rescate, se hizo no sólo teóricamente sino realmente el poseedor, el gobernador y el padre de la raza: en este *rescate*, tomó el lugar de Adán, el padre, que había *vendido* a su raza. Lo mismo que la raza fue vendida por Adán al pecado, para su satisfacción personal y por desobediencia a Dios, así, fue *comprada* por el hombre Cristo Jesús por el sacrificio de sí mismo para obedecer a la voluntad del Padre, lo que era un precio correspondiente o un rescate para Adán. Las Escrituras presentan así este pensamiento: Cristo murió, y resucitó y revivió, *con el fin de que dominara* tanto a los muertos como a los vivos. (Rom. 14:9) Fue en virtud de su muerte que el Señor se hizo el Maestro, el gobernador, el padre de la raza, y obtuvo el poder de actuar con la raza como con sus propios hijos, habiéndoles liberado de la maldición de la condena divina, por su propio sacrificio.

Es en este sentido de la palabra que nuestro Señor se hizo el segundo Adán, porque tomó la posición del primer Adán como jefe de la raza, rescatándola con su propia vida. Pero así como fue el *hombre* Cristo Jesús quien se dio a sí mismo como precio del rescate, no podía ser el hombre Cristo Jesús que sería el padre de la raza. El *hombre* Cristo Jesús dejó todo lo que tenía como la redención del *hombre* Adán y de su raza. Un precio equivalente perfecto, un hombre por un hombre. La raza de Adán no habiendo nacido en el momento de su transgresión, no fue condenada directamente, sino indirectamente; es por eso que necesitó ser rescatada no directamente, sino indirectamente. Una posteridad, aún no nacida en los lomos del hombre Cristo Jesús, se hizo la compensación o el precio correspondiente para la posteridad de Adán aún no nacida en el momento de la transgresión.

EL PRECIO NO TOMADO DE VUELTA

Como ya hemos visto, las Escrituras enseñan claramente que nuestro Señor fue puesto a muerte en la *carne*, pero hecho vivo *en el espíritu*; fue puesto a muerte *como hombre*, pero fue resucitado

de entre los muertos como *un ser espiritual* del orden más elevado de la naturaleza divina: habiendo acabado la obra para la cual se había hecho un hombre, y que le había cumplido el servicio de manera agradable al Padre, fue resucitado de entre los muertos y elevado al honor y a la dignidad supremos, bien por encima de los ángeles, principados, potestades, y de todo nombre que se puede nombrar.

Nuestro Señor tampoco podría haber sido resucitado de entre los muertos *como hombre*, y al mismo tiempo dejar a la Justicia *el precio de nuestro rescate*, con el fin de liberar a Adán (y a su raza condenada) de la sentencia y de la prisión de la muerte. Era necesario, no sólo que el *hombre* Cristo Jesús muriera, sino que era igualmente necesario que el *hombre* Cristo Jesús nunca volviera a la vida, hacía falta que quedara muerto, que permaneciera el precio de nuestro rescate por toda la eternidad.

Si, en efecto, nuestro Señor hubiera sido resucitado como un hombre, esto habría implicado dos males: (1) Esto habría implicado la retirada de nuestro rescate, lo que nos habría dejado, como antes, bajo la condena de la muerte. (2) Esto habría implicado para él la pérdida eterna de la naturaleza superior que había abandonado para hacerse un hombre y ser nuestro Redentor y, así, esto habría implicado que su fidelidad hacia Dios habría tenido como resultado su degradación eterna a una naturaleza inferior. Pero tales absurdidades y tales contradicciones no figuran en el arreglo divino. Nuestro Señor se humilló, y se hizo un hombre, y como hombre, abandonó su vida, el *precio del rescate* del hombre caído; en recompensa de su fidelidad, el Padre celestial no solamente lo restableció al estado de ser consciente, sino que le dio una naturaleza no sólo superior a la naturaleza humana, sino que también superior a la que tenía antes, haciéndolo partícipe de la naturaleza divina, con sus atributos y honores supremos. En su condición actual muy elevada, la muerte sería *imposible*, porque es inmortal ahora.

Ya que el hombre Jesús fue el precio del rescate, dado por la redención de Adán y su raza, no era posible que el hombre Jesús fuera el segundo Adán, el *nuevo* padre de la raza en lugar de Adán;

porque el *hombre* Jesús está muerto, muerto para siempre, y no podría ser un padre o dispensador de vida al mundo.

El que, ahora por su rescate, posee el título de padre de la familia humana, es el Jesús resucitado y glorificado, partícipe de la naturaleza divina, es él quien es el segundo Adán. Así como ya hemos visto* nuestro Señor Jesús en la carne no fue el segundo Adán; él no era el padre de una raza, sino vino simplemente para rescatar a Adán y su raza con el fin de hacerse así el padre: esta compra absorbió *todo lo que poseía* entonces y no quedó nada. Tal es el pensamiento de las Escrituras, lo que presenta el Apóstol: “El primer hombre es de la tierra, —terrenal— el segundo hombre [el segundo Adán] es el Señor del cielo [en su segunda presencia durante el Milenio] . . . Y así como llevamos la imagen del que es terrenal [Adán], nosotros [miembros de la Iglesia, coherederos con Cristo, y participantes de las promesas más grandes y más preciosas de la naturaleza divina —Rom. 8:17; 2 Ped. 1:4], llevaremos también la imagen del celestial [el segundo Adán]. Así también está escrito: “el primer hombre, Adán, se hizo un alma viva; el último [el segundo] Adán un *espíritu vivificante*. Pero lo espiritual no es primero, sino lo animal; luego lo espiritual”. —1 Cor. 15:45-48

Empujando más lejos la pregunta de saber por qué la raza fue rescatada, tenemos el testimonio del Apóstol que, por esta compra, nuestro Señor Jesús se hizo (es decir, adquirió el derecho de hacerse) el mediador del Nuevo Pacto. (Heb. 8:6; 9:14-16) El Nuevo Pacto es un arreglo que Dios proporciona por el cual puede ejercer la misericordia con respecto a toda la raza caída. El Nuevo Pacto no podría entrar en vigor sin mediador. Es menester que el mediador se hace fiador hacia Dios ciertas cosas a favor de la humanidad. En primer lugar, hace falta que él rescate al hombre pagando el precio total del rescate, y este sacrificio que hizo nuestro Señor Jesús se llama, en consecuencia, “la sangre del Pacto”, por el cual el pacto llega a ser operativo y eficaz. Habiendo

* Capítulo VI, página 123.

rescatado a los humanos de la condena que descansaba sobre ellos por el pecado, el Mediador puede sellar el Nuevo Pacto, y ponerlo vigente; desde entonces, este Mediador es plenamente cualificado y autorizado para hacer todo lo que está en su poder para los humanos rescatados con el fin de devolverlos a la plena perfección humana y la armonía absoluta con Dios, y luego, de poder presentarlos al Padre sin mancha y, irreprochables, perfectos en el amor, no teniendo más necesidad en este momento de una alianza especial de reconciliación, ni de una mediación. Pero esta obra, muy lejos de ser cumplida, comienza solamente; el mundo no ha sido aceptado todavía por el Padre, y es esta tarea que será toda la obra del restablecimiento de la Edad milenaria, para adaptar y preparar a los humanos bien dispuestos y obedientes a la armonía perfecta de una reconciliación completa con el Padre.

Mientras tanto durante esta Edad Evangélica, Dios llama un pequeño número de miembros de la raza rescatada; los que oyen el llamado divino y se acercan al Padre por la fe en el Salvador y en su obra, son *considerados* como perfectos por Dios y aceptados como tales por él, con el fin de que puedan presentarse, con su Redentor, como sacrificios vivos al servicio del Padre y de su plan, y desarrollar así en ellos la semejanza del amado Hijo de Dios. Si estas personas sufren voluntariamente y alegremente con Cristo, ellos puedan ser glorificados también con él pronto, y hechos herederos y socios con él en la obra milenaria que debe bendecir al mundo bajo las condiciones del Nuevo Pacto. Estos humanos allí, recordamos, son unas excepciones con relación al resto de la humanidad; son los “elegidos” de la Edad Evangélica, considerados como los “hermanos” de Cristo, la “Desposada” de Cristo, la “Iglesia que es su *Cuerpo*” pero nunca son llamados, en cambio, los “hijos” de Cristo. Son aceptados por el Padre celestial como hijos, y engendrados a la naturaleza celestial por la Palabra de la Verdad y por el espíritu de esta Palabra. Así como hemos visto, ellos pueden con razón reconocer a Jehová como su Padre, porque son directamente engendrados de él, y así “hermanos” de Cristo Jesús. —1 Ped. 1:3

La Reconciliación

Sin embargo, para los humanos en general el plan divino es un poco diferente: en lugar de ser justificados por la fe, luego engendrados a la naturaleza divina, etc., ellos esperan hasta la Edad milenaria. En este momento, en lugar de ser engendrados por Jehová a una nueva naturaleza, ellos obtendrán de nuevo su antigua naturaleza, la naturaleza humana, liberada de sus imperfecciones y de la corrupción producida por el pecado. La esperanza del mundo es la *restitución* (o *restablecimiento* —*Trad.*) de “lo que estuvo perdido” en Edén. (Mat. 18:11; Hechos 3:19-21) Las disposiciones de Dios destinadas al mundo son exactamente lo que vimos en el rescate: el hombre Cristo Jesús dejó su perfección humana, y los derechos y los privilegios que implicaba, con el fin de rescatar para la humanidad “lo que estuvo perdido”, la perfección humana perdida en Edén, la autoridad soberana humana y todos los derechos y privilegios del hombre, incluso su privilegio de la comunión con Dios y la vida eterna. Son las cosas que fueron compradas para la humanidad y que, al debido tiempo, deben ser ofrecidas a todos los humanos bajo el Nuevo Pacto.

La Edad Evangélica ha sido consagrada por el Señor para la selección del “cuerpo de Cristo”. Para el mundo, este hecho significa que nuestro Señor Jesús, el gran Jefe (Cabeza) de la Iglesia no reserva para él solo las funciones de *padre*, o de dispensador de vida para el mundo: él ha asociado un “rebaño pequeño” con sí mismo cuyos miembros tienen su propia semejanza; ellos han participado en los sufrimientos del tiempo presente y, deben ser participantes de la gloria que viene; con él, ellos deben constituir el gran Profeta, el sumo sacerdote, el gran Rey, el gran dispensador de Vida o Padre de la humanidad — para darle la vida a quienquiera que quiera recibirla bajo las condiciones del Nuevo Pacto. Está de acuerdo con este pensamiento que las Escrituras declaran que uno de los títulos de nuestro Señor es “Padre Eterno”. Nuestro Señor aún no ha desempeñado esta carga en ningún sentido o grado. Pero el que compró al mundo con el precio de su propia vida, recibió, en virtud de las disposiciones divinas, el poder, el pleno derecho, el título y la autoridad de conceder a todos los que quieran recibirlo según sus condiciones,

todo lo que estuvo *perdido* y todo lo que fue *rescatado*: la vida, los derechos y las perfecciones del hombre con un conocimiento más amplio.

Nuestro Señor se hizo el padre legítimo de la raza, dándole una vida que costó la suya; las Escrituras nos dan a entender que los humanos están totalmente entre sus manos; actuará con ellos de manera absoluta, y para juzgar a los que serán dignos o indignos de la vida eterna. Esto, nuestro Señor Jesús lo hará para el mundo, en calidad de Padre, en la próxima Edad; él lo hace para su Iglesia, su esposa, su Desposada, durante la Edad actual. Vemos en este hecho una ilustración de las palabras del Apóstol que muestra que lo mismo que el Padre celestial es el Jefe (Cabeza) de Cristo, así Cristo es el jefe (Cabeza) de la Iglesia, como el esposo es el jefe (cabeza) de la mujer y de la familia. En consecuencia, leemos: “El Padre no juzga a nadie, sino que le dio todo el juicio al Hijo.” (Juan 5:22) La novia de Cristo no tiene ninguna posición delante del Padre excepto en y por su futuro Esposo bien amado. Sus demandas son hechas en nombre de este último, por sus méritos, y deben continuar siendo hechas así hasta que el que es perfecto haya venido, cuando será recibida en la gloria—en la plena libertad de los hijos de Dios, por la primera resurrección.

De manera semejante, los humanos, los hijos de Cristo, deban remitirse totalmente a él, como su Jefe (Cabeza), su Padre, y no tendrán ninguna relación con el Padre celestial, ni serán aun reconocidos por Él, antes de que la Edad milenaria haya restablecido y devuelto a la perfección a los que quieran gozar de estos privilegios. Pero en el término de la Edad milenaria, cuando nuestro Señor Jesús volverá a entregar el Reino a Dios, al mismo Padre, entonces también ellos serán presentados al grande, al Padre supremo de todos, a Jehová, el Todopoderoso, y serán colocados bajo su gobierno directo. —1 Cor. 15:24

De este punto de vista, podemos ver por qué nuestro Señor Jesús se llama el Padre de la raza rescatada y restablecida, pero no fue reconocido anteriormente como el padre de Adán o sus hijos, aunque fuera el creador directo de Adán, así como está escrito: “Sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho”. La diferencia

consiste en el hecho de que en la creación original, el *Logos* fue el agente de Jehová, y cumplió una obra sin gasto alguno para sí mismo; mientras que, como el segundo Adán, les dará a los hombres los derechos a la vida que le costaron su propia vida y que él compró por su sangre preciosa.

RESCATE Y NO PERDÓN

Por no haber sabido establecer una distinción precisa, mucha gente llegó a tener ideas muy confusas acerca de este tema. Cristianos de inteligencia ordinaria le citarán textos relativos al rescate que nos rescata de la tumba y de la muerte, que nos rescata a precio, a saber, la sangre preciosa de Cristo, etc., y en el mismo instante, ellos le hablan del perdón misericordioso de todas las ofensas por el Padre. Según toda apariencia, pocos Cristianos creen, aun si muchos deben saberlo, que perdón y rescate expresan ideas diametralmente opuestas:

He aquí las principales definiciones sacadas (del *Standard Dictionary* para el texto inglés) del *Pequeño Larousse* o del *Pequeño Littré*:

Redimir: “Pagar rescate por un preso” (*Littré*); “librar a precio de dinero” (*Larousse*).

Rescate: “precio que se da para la liberación de un cautivo” (*Littré*); “lo que se da para la liberación de un cautivo” (*Larousse*).

Ahora compare estas definiciones con las de:

Perdonar: “Remitir la pena” (*Littré*).

“Renunciar a castigar” (*Larousse*). “En derecho: Liberar una condena que ha sido infligida por un veredicto” (*Webster —Trad.*).

Note también aquí la definición de otro término que, aunque muy estrechamente emparentado con *perdón*, no tiene exactamente el mismo sentido:

Remisión, Remitir: “Perdonar a un culpable de la pena que ha sido pronunciada contra él” (*Littré*): “La ley no conoce remisión.”

La inteligencia más ordinaria debe discernir que el pensamiento expresado por “redimir” y “rescate” es opuesto y contrario a lo expresado por la palabra *perdón*. Pero ya que todos

estos términos son empleados en las Escrituras y tuvieron relación con las transacciones de Dios con el hombre caído, mucha gente que estudia la Biblia cree que estos términos son empleados indiferentemente y con el mismo sentido en las Sagradas Escrituras; ellos concluyen entonces que pueden hacer según su voluntad, dar el sentido de “perdón” a los términos “rescate” y “redimir”, o, *viceversa*, atribuir las definiciones de “rescate”, y de “redimir” a las palabras “perdón” y “remisión”. Procediendo de este modo, estamos lejos de “usar bien la palabra de la verdad”, confundimos dos cosas separadas y distintas que resulta en una confusión. Muchas personas parecen no desear la verdad sobre esta cuestión y no la buscan, temiendo sin duda que sus doctrinas que *nieguen el rescate*, de este hecho, sean condenadas.

Ha sido demostrado, con una claridad absoluta, que Dios no *perdonó* la transgresión de Adán y no le remitió su condena; todo lo que pasa alrededor de nosotros, la creación gimiente y moribunda, no menos que el testimonio de la Palabra de Dios concerniente “a la ira de Dios revelada”—la “maldición” de la muerte que es el salario del pecado original, todo demuestra con fuerza que Dios no perdonó al mundo, no le remitió la condena de su pecado, bajo la cual ha sufrido desde más de seis mil años. El que confunde la *justificación* de los pecadores por los méritos del *sacrificio de expiación* de Cristo (que reemplazó al pecador, pagó el rescate) con el perdón sin pago, no ha tenido sus sentidos convenientemente ejercidos. Si Dios hubiera *perdonado* a Adán, le habría restablecido en los privilegios de Edén en medio de los árboles que mantenían la vida; él viviría allí todavía, y su numerosa familia no habría muerto por la “desobediencia de un hombre”.

Si, a cualquier momento, Dios debía venir al socorro del hombre y *perdonarle*, esto implicaría la liberación completa de toda imperfección, enfermedad, dolor y muerte: esto significaría la plena restitución de todo lo que estuvo perdido. Desde entonces, es evidente que Dios no perdonó el pecado original, sino que todavía mantiene las exigencias rigurosas de su santa ley y de la condena pronunciada contra el pecador. Para el mundo, aun no existe

ninguna señal exterior que indica que ha sido rescatado, que el rescate ha sido depositado.* Sólo los creyentes lo saben y lo aceptan, no por vista sino por fe en la Palabra del Señor; ya hemos citado numerosos textos bíblicos que confirman esto. Las pruebas visibles del *rescate* serán discernibles durante el Milenio, cuando la obra del restablecimiento esté en vías de ejecución, y cuando el Redentor comience a ejercer los derechos que ha redimido con el fin de ser el que restituye y restablece.

Los términos *remisión* y *perdón* son empleados no respecto al mundo y a su *pecado original*, sino a los que, por la fe en el Redentor y en su obra, son considerados como los que han pasado de la muerte a la vida, de la condena a la justificación. El gran Redentor que *los compró*, que redimió también las acusaciones levantadas contra ellos, los perdona gratuitamente y los pone a prueba de nuevo para la vida, sometiéndolos al espíritu de la Ley divina y no a su letra. Además de esta remisión del pasado, él continúa perdonándolos y perdonando todas sus ofensas (las cuales no serán voluntarias puesto que tendrán su nuevo espíritu o disposición —1 Juan 3:9; 5:18). Él cuenta todas estas imperfecciones involuntarias de pensamientos, palabras y actos como formar parte del pecado original y de su depravación que todavía actúa en su carne por la herencia. También, se dice del Padre Celestial que tiene *misericordia* por nosotros, que perdona nuestras transgresiones, y que nos concede su *gracia* (favor), pero la explicación consiste en que toda su gracia se nos concede a través del sacrificio de nuestro Señor Jesús: somos justificados gratuitamente por su gracia, *por la redención* que está en Cristo Jesús; al cual Dios presentó como propiciación [satisfacción] por la fe de su sangre—con el fin de mostrar su justicia por la remisión [*perdón*] de los pecados precedentes. (Rom. 3:24,25) Aun se declara: “Tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia.”—Ef. 1:7; Col. 1:14

* Véase el Prefacio del Autor. —Trad.

“Fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo”, es decir, que Dios *dejó de retener contra nosotros nuestros pecados*, porque el precio mismo de nuestro rescate había sido pagado, que había proporcionado la cosa, porque nos quiso tanto ya que dio a su Hijo para rescatarnos. Así es como “Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo, *no imputando* en absoluto a los hombres sus pecados” (sino imputándolos a su Hijo bien amado que se dio a sí mismo libremente reemplazando a nosotros). Los pecados fueron imputados a la humanidad hasta la muerte de Jesús; entonces Dios *remitió* nuestros pecados, es decir, dejó de *imputarnos* lo que había sido pagado por nuestro Redentor o Sustituto. Dios NO PERDONÓ, es decir, “*no renunció de ninguna manera la ejecución del castigo*”, sino hizo “caer sobre él [nuestro Redentor] la iniquidad de todos nosotros.” (Isa. 53:6) “Él llevó [el castigo de] nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero.” (1 Ped. 2:24) Así veamos cómo Dios nos perdonó gratuitamente, “*a causa de Cristo*” y porque pagó el castigo que era la plena satisfacción de la justicia. —1 Juan 1:7; 2:12; Ef. 4:32; Hechos 4:12; 10:43; 13:38; Lucas 24:47

Que no se cometa el error de creer que Dios *forzó* al justo a morir por los injustos. La Justicia no podía infligir el castigo del culpable al inocente, a menos que este último no *se diera libremente* reemplazando al culpable; es lo que hizo nuestro Señor Jesús. Las Escrituras declaran que él dio su vida de su propia voluntad, no por temor de la ira divina, no porque se lo forzara, sino “por el gozo puesto delante de Él [el gozo de obedecer al Padre, el gozo de rescatar y de restablecer la humanidad y de traer a muchos hijos a la gloria] sufrió la cruz.” —Heb. 12:2

Los términos griegos (*apolo*, *aphiemi* y *aphesis*) traducidos en el Nuevo Testamento por, “remisión”, “pagado” y “remitir”, y también, impropriamente por “perdón”, tienen el sentido de “Liberar de un castigo, dejar de tener resentimiento con respecto a”. Sin embargo, estos términos no significan, como a menudo lo creemos, que se trata de una liberación, de una entrega gratuita *sin contrapartida equivalente*, así como la palabra castellana *perdón* lo daría a entender. No es que Dios dejará ir al pecador sin

condiciones, sino como lo declaran las Escrituras, Dios hará salir los presos del hoyo (de la muerte), porque encontró un *rescate*. (Job 33:24) El hombre Cristo Jesús *se dio a sí mismo* en rescate (precio correspondiente) por todos. (1 Tim. 2:6) Es por eso que todos los que están en sus sepulcros (los presos en el hoyo) oirán su voz y saldrán (a su debido tiempo) cuando el Redentor “tome su gran poder y su reino”.

Aunque la palabra *perdonar* no se encuentra en el texto griego del Nuevo Testamento, hay un término griego de un significado casi idéntico *charizomai*. Ése quiere decir *remitir gratuitamente*. Vamos a dar unos ejemplos del empleo de este término y veremos así que no se opone, sino al contrario confirma la declaración que nuestro Padre no perdona, o no libera *incondicionalmente* a los pecadores del castigo del pecado. La palabra *charizomai* se encuentra en todo solamente doce veces, como por ejemplo: “*Perdonándoos unos a otros . . . De la manera que Cristo os perdonó*” (Col. 3:13); “Y no teniendo ellos con qué pagar, *perdonó a ambos*”; Aquel a quien *perdonó más.*” —Lucas 7:42,43

He aquí cuatro ejemplos en los cuales es cuestión de remisión gratuita o *perdón*. Pero observe que no es Jehová, sino Cristo Jesús y los discípulos que conceden el *perdón gratuito*. Nuestro Señor Jesús estaba proporcionando el precio del rescate de Simón, de María y de los otros, y que se daba cuenta de que la Justicia estaría satisfecha por su acto, podía en calidad de *comprador*, perdonarles gratuitamente. El mismo fin de su rescate de los pecadores era de poder liberarlos *gratuitamente* de la condena del pecado. Si nuestro Señor Jesús no hubiera sido dispuesto a *perdonar* a aquellos que había rescatado con su propia sangre, si siempre había retenido contra ellos el salario del pecado de Adán, su sacrificio habría sido *sin valor* para ellos; habrían quedado los que eran, “malditos”, condenados. Por otra parte, si el Padre nos hubiera *perdonado*, la muerte de Cristo habría sido inútil, sin valor, ya que no habría cumplido nada.

Todos supongan que Dios es justo; si es así, no infligió un castigo demasiado severo al hombre cuando lo privó de la vida. Si

esta condena era justa hace seis mil años, todavía lo es ahora, y lo será siempre durante los futuros tiempos. Si la condena fue demasiado severa y que Dios *perdona* al pecador (lo libera de la prolongación de la pena), esto prueba o que Dios fue injusto entonces, o que ahora lo es. Si fuera justo, hace seis mil años, que él prive la vida de la humanidad a causa del pecado, sería injusto, aun ahora, restituirle la vida a menos que la pena pronunciada no hubiera sido anulada justamente por el pago de un precio equivalente. Esto podía ser cumplido solamente por el sacrificio voluntario de otro ser *de la misma naturaleza* cuyo derecho mismo a la vida era intacto, dándose como sustituto o rescate.

“Tu justicia es firme para siempre
Como los montes inquebrantables.”

Este mismo principio de justicia, que dirige todos los actos de Dios, es el fundamento de nuestra confianza firme en todas sus promesas. Las Escrituras declaran que él es el mismo ayer, hoy y eternamente, y que en él, “no hay mudanza, ni sombra de variación.” (Stg. 1:17) Si era variable hasta el punto de condenar a muerte la raza en los días de Adán y, seis mil años después, de revocar su decisión, ¿qué seguridad podríamos tener que dentro de seis mil años, más o menos, él no podría cambiar de nuevo, y reenviarnos a la prisión de la muerte retirando su perdón de algunos o de todos? Como raza de pecadores no tenemos ninguna razón para esperar una futura vida eterna, excepto en el hecho de que, por la gracia de Dios, Cristo murió por nosotros y satisfizo así las exigencias de la Justicia contra nosotros.

Por eso, en lo que concierne a Jehová, obtenemos la *remisión* de nuestros pecados por el medio que él ha escogido, es decir, por Cristo. En cuanto a nuestras relaciones con nuestro Señor Jesús que nos *compró, perdona* gratuitamente a todos los que quieren ir al Padre por él. Y en lo que concierne a nosotros, somos muy favorecidos por la realización de las disposiciones divinas o del plan de Dios; de hecho, esto vuelve al mismo que si el Padre hubiera *perdonado* sin condición y sin rescate, excepto que el conocimiento del *hecho* nos permite apreciar las disposiciones

divinas por la razón, y comprender cómo, aunque nuestros pecados fueran como el carmesí, somos hechos ahora más blancos que la nieve, y cómo Dios está justificándonos y liberándonos. Así Dios nos proporcionó un *seguro* fundamento para nuestra fe y nuestra confianza.

¿NO ANULA LA MUERTE LA DEUDA DEL HOMBRE?

Cuando se capte una vez que el salario del pecado es la muerte (y no el tormento eterno), hay en muchos una tendencia de razonar falsamente en este tema, lo que fomenta, evidentemente, el gran Adversario. Este razonamiento falso hace a decir; si el salario del pecado es la Muerte, cada hombre que muere, paga pues el castigo de su pecado, y por consiguiente, como argumentamos, no hay necesidad ni de un Redentor ni de un precio de rescate, cada uno se rescata pagando el precio de su propio castigo. Otro argumento: la Justicia no tiene nada más para exigir del hombre después de la muerte ya que ejerció todos sus rigores y satisfizo todos sus derechos sobre él destruyéndola. En conclusión, pretende uno, la etapa siguiente debe ser forzosamente una resurrección de los muertos, la próxima cosa conveniente a esperar. Esta manera de ver haría de la exigencia divina que pidiera un sacrificio de rescate por el pecado del hombre una injusticia, un pago doble del castigo.

Que este razonamiento sea verdad o falso, está en oposición violenta con las Escrituras que declaran, al contrario, que nosotros necesitábamos a un Salvador y que era esencial que diera el precio de nuestro rescate, antes de que podamos ser liberados de la condena del pecado de Adán y tener cualquier derecho de una futura vida. Ya hicimos mención de estos pasajes bíblicos, y son demasiado numerosos para ser repetidos ahora: nos limitaremos a desvelar la falsedad de esta concepción precitada esforzándonos a mostrar que el razonamiento correcto sobre los hechos está en acuerdo absoluto con el testimonio de las Escrituras según el cual la muerte de nuestro Señor, como el precio de nuestro rescate era esencial, con el fin de que Dios pudiera ser justo en justificar al que cree en Jesús y lo acepta como su Redentor.

Si el castigo por el pecado hubiera sido simplemente *morir*, si el Señor le hubiera dicho a Adán: Ya que pecaste, deberás sufrir la prueba penosa de *morir*, entonces, en realidad, Adán y los otros moribundos habrían satisfecho esta condena al sufrir esta condición de *morir*. Pero esta condena es muy diferente: es la *muerte*, y no el hecho de *morir*. Entonces la muerte, es la ausencia de la vida, la destrucción. Por eso, para que el hombre pagara el precio de su condena, esto significaría que debe quedarse *muerto*, privado de la vida por siempre. “El alma” [el ser] que peca, ésa morirá”. Como ya lo destacamos, esta destrucción del *alma* (ser), conforme a la sentencia, habría sido eterna, sin la redención cumplida por nuestro Señor. Es en consideración de la redención que la muerte es transformada en lo que, figurativamente, se llama un “sueño”; en efecto, gracias a esta redención, habrá un despertamiento de este sueño de la muerte a su debido tiempo, efectuado por el Redentor, en pleno acuerdo con la Justicia divina cuyas exigencias él satisfizo. Si, como hemos visto, no hubiera sido redención [rescate], la muerte adámica habría sido lo que debe ser la Segunda Muerte, es decir, “*la destrucción eterna* de la presencia del Señor y de la gloria de su poder.” (2 Tes. 1:9) Cuando se comprende bien este tema, no puede subsistir ninguna duda en el espíritu de todo hombre razonable que el pago del castigo del pecado se le quita al hombre todo lo que tiene, y no le deja nada para sufrir, ni para regocijarse. Por otra parte, más profundizamos este tema según este punto de vista, más claramente podemos ver en qué dificultad grave fue englobada nuestra raza azotada por la sentencia divina, y más apreciamos la necesidad del rescate. Cuando hemos comprendido bien esta parte del tema, se hace evidente para nosotros que nuestro Señor Jesús, haciéndose nuestro Redentor, dándose como precio de nuestro rescate, fue azotado por la misma condena original que la humanidad, a saber, que “Jesucristo, hombre” probó la muerte por nosotros, en el sentido más absoluto del término que es el de la “destrucción eterna”. Es por eso que no conocemos más a Cristo según la carne. La carne, la naturaleza humana, fue dada como el precio de nuestro rescate, y el hecho de que no fue recuperada nos garantiza que

todas las ventajas benditas de este rescate serán válidas para toda la familia humana bajo las condiciones del Nuevo Pacto, que todas las perfecciones y todos los derechos que pertenecían a nuestro querido Redentor como hombre fueron dados a *cambio* de los derechos semejantes de Adán que habían estado perdidos por su desobediencia, y que estos derechos deban ser dados a todos los que quieran aceptarlos en las condiciones divinas durante los “tiempos de la *restauración* de todas las cosas, de que habló Dios por boca de sus santos profetas que han sido desde tiempo antiguo.” —Hechos 3:19-21

“EL CUAL QUIERE QUE TODOS LOS HOMBRES SEAN SALVOS”

“El cual quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad.” —1 Tim. 2:4

Otro peligro de razonamiento falso acerca del tema del rescate estorbe la senda de algunos. Hay mucha gente que en un tiempo creía fácilmente el testimonio de los hombres, sin prueba alguna bíblica, a saber: que el salario del pecado es el tormento eterno, el destino de todos los humanos con la excepción de “los que tienen el corazón puro”, del “Rebaño Pequeño”, de “la Iglesia elegida”; después de haber sido libradas de este error terrible, estas personas son llevadas a ir al extremo opuesto, y a aceptar bajo alguna forma o modo la doctrina de la salvación eterna universal.

La gran mayoría de los que adoptan este error “universalista” niega el rescate *de manera absoluta*, pero algunos se apegan al universalismo a causa de su *fe en el rescate*, sin embargo, no logran a comprender claramente su operación. Estos últimos se apoyan de buena gana en el texto citado más arriba y razonan así: si Dios quiere que todos los hombres sean salvos, todo está resuelto, porque el tiempo viene cuando su voluntad se haga sobre la tierra como en el cielo. Comprendemos, dicen ellos, que el rescate dado *por todos* los hombres por el hombre Cristo Jesús tiene por resultado de obtener la salvación de todos y, de este

hecho, de cumplir la voluntad de Dios. Y ellos se fortifican en su error diciendo: cuando consideramos esto, dado que Dios aceptó el sacrificio del rescate de Jesús, él está obligado, *en toda justicia*, de salvar a todos los pecadores, y de devolverles de nuevo la vida eterna perdida en Edén. Establecemos su posición tan fuertemente como posible, para poder responderles de manera satisfactoria y sin rastro de espíritu de contestación.

La dificultad tocante a este razonamiento consiste en que no es suficientemente comprensible. Él retiene unos puntos de las Escrituras, pero descuida muchos otros a los cuales habría que prestar oído y cuyo testimonio debería influir fuertemente sobre la conclusión final. Además, este razonamiento cita parcialmente e interpreta mal las Escrituras supuestas a apoyarlo de manera particular.

Nuestro Padre celestial declara: “Porque no quiero la muerte del que muere, dice Jehová el Señor; convertíos, pues, y viviréis.” (Eze. 18:32) Este gran favor de una oferta de vida, por medio de un Libertador en el mundo condenado, no es una cosa nueva por parte de nuestro Padre celestial. Él no cambia; él siempre tuvo esta buena voluntad hacia sus criaturas. Pudiera haber hecho máquinas simples, intelectualmente y moralmente, sin ser libres de querer o de actuar contrariamente a su buen placer: pero él no quiso hacer máquinas humanas, sino hombres a su propia imagen, a su propia semejanza, teniendo la libertad de escoger, de querer, pudiendo escoger el bien o el mal. Él no busca, para adorarle, a seres que no podrían hacer de otro modo o que deberían hacerlo por fuerza, sino como lo declara: “Él busca a adoradores que le adoran en espíritu y en verdad”, voluntariamente, por amor y apreciación de sus principios de justicia y de su misma persona, que estos principios representan. —Juan 4:23

No obstante, es en el mismo tiempo que Dios tenía la misma buena voluntad hacia los hombres, que le permitió a Adán hacer su propia elección entre la obediencia y la desobediencia, y cuando este último hubo escogido la desobediencia, el mismo Dios, que no toma ningún placer en la muerte de aquel que muere, pronunció la condena y, desde hace seis mil años, asegurar de hecho la

ejecución. Ahora que él proporcionó una redención en Cristo Jesús, y una ocasión para cada miembro de la familia humana de volver en armonía con él y de obtener por Cristo la vida eterna, al mismo tiempo y de manera indiscutible, ha fijado *condiciones* necesarias para obtener esta vida eterna. Según los términos del Nuevo Pacto, todo hombre deba renovar su corazón, tener un espíritu correcto hacia Dios, y obedecerle totalmente. La ejecución de las exigencias de este Nuevo Pacto es solamente posible gracias a la ayuda del Mediador de este Pacto; es por eso que se declara que el que tiene el Hijo puede tener la vida, y que el que no siente ningún interés hacia el Hijo no verá en absoluto la vida, pero la ira de Dios queda sobre él. —Juan 3:36

Esto está en pleno acuerdo con la declaración hecha que Dios no toma placer en la muerte de aquel que muere, y de acuerdo también con la exposición del Nuevo Testamento que “Dios quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad”. Sin embargo, las Escrituras indican que los que rechazan la misericordia divina ofrecida en Cristo, desprecian, al hacerlo, el favor divino y morirán seguramente de la Segunda Muerte que es el salario o el castigo del pecado que prefirieron a la justicia.

Además, observe que el texto que examinamos indica simplemente que es la voluntad de Dios que todos los hombres sean salvos de la ignorancia, de la ceguera y de la degradación que se cayeron sobre la raza por el hecho del pecado de Adán. Aquí no hay la menor alusión a una salvación *eterna*; se trata de volver simplemente en posesión de lo que estuvo perdido por Adán; no debemos olvidar que Adán el padre no perdió la vida eterna, porque aunque poseyera una vida perfecta libre de todo elemento de muerte, sin embargo, estuvo colocado en Edén para ser *puesto a prueba*, con el fin de mostrar si, por su obediencia a Dios, desarrollaría un carácter en armonía con Dios, y sería considerado así digno de la vida eterna. Si Adán y su raza son rescatados de la maldición de la muerte, esta redención, esta salvación que los libera de la sentencia de muerte no les confiera la vida eterna, sino les otorga simplemente el derecho en las condiciones favorables

perdidas por Adán, y ofrecerles una nueva prueba para obtener la vida eterna.

Esta nueva prueba, proporcionada a Adán y a toda su raza, será verdaderamente más favorable, en ciertas consideraciones, que fue la prueba original de Adán, a causa del conocimiento muy aumentado en los humanos. El hombre tuvo una oportunidad de aprender la culpabilidad excesiva del pecado, y tendrá aquella de aprender la felicidad de la justicia, y por la gracia de Dios en Cristo. Este conocimiento será de una gran ayuda a todos los que se servirán de eso durante la nueva prueba para obtener la vida eterna en la Edad milenaria, cuando, durante mil años, el mundo entero será puesto en juicio o bajo prueba, delante del gran trono blanco, para obtener la vida eterna. —Apoc. 20:4

Esta salvación que libera *de* “maldición”, esta reanudación de posición *frente* a ocasiones favorables de conocimiento, es lo que Dios quiere; y es para esto que designó como Mediador entre Dios y el hombre, el hombre Cristo Jesús, que se dio a sí mismo en rescate por todos, de lo cual se dio testimonio a su debido tiempo.

Esta declaración de que es la voluntad de Dios que “todos los hombres sean salvos” de la sentencia adámica, encuentra un paralelo en la declaración hecha por el mismo Apóstol en Rom. 11:26: “Y así, todo Israel será salvo”. El pensamiento expresado en este último pasaje, no es que todo Israel será *salvo eternamente*, sino simplemente que todo Israel será *salvo de su ceguera*, librado de la ceguera que se cayó sobre el pueblo en su conjunto, porque la nación rechazó al Mesías. Así, el pensamiento del texto examinado también es de alcance restringido y se aplica solamente al desastre adámico: Dios quiere que todos los hombres sean salvos, no sólo de la sentencia justa que pronunció y que puso término a la prueba de Adán (él ya cumplió esto con la muerte de su Hijo), sino también quiere que todos los hombres sean librados de la ignorancia y de la ceguera por los cuales, desde la caída, Satanás oscureció su espíritu: “El dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios.” (2 Cor. 4:4) Dios quiere que todos sean librados así de toda la comitiva de

dolores que siguieron el pecado de Adán y su maldición, con el fin de alcanzar el conocimiento de la verdad. ¿Por qué él quiere esto? Con el fin de que teniendo un conocimiento claro de la verdad, puedan hacer el mejor uso posible de la nueva prueba para la vida que el sacrificio (el rescate) de su Redentor obtuvo por ellos. Es para cumplir este programa, la voluntad de Dios, que el Redentor inaugurará su Reino milenar, atando primero a Satanás (suprimiendo todas las malas influencias exteriores) y luego liberará al hombre de su ceguera, como está escrito “los ojos de los ciegos se abrirán.” (Isa. 35:5) Por la misma razón, a saber, que la nueva prueba será la más favorable para el hombre, Dios dispuso que esta obra se haga gradualmente y exija mil años.

LA JUSTICIA NO TIENE OBLIGACIÓN A CAUSA DEL RESCATE

Otro error es el de pretender que Dios ahora está obligado, por su propia justicia, de restablecer a cada humano. Encontramos, al contrario, que Dios no contrajo ninguna obligación; él simplemente ha *vendido* a la raza al Señor Jesucristo que, como lo vimos anteriormente, “nos *compró* con su sangre preciosa”. El Padre celestial no asumió ninguna responsabilidad con respecto a la raza; él no tiene relaciones con ella; él aun no tiene la intención de juzgar a los miembros, para saber si serán dignos de obtener la vida eterna; la Palabra nos asegura, al contrario, que él volvió a poner todo este asunto al Hijo: es el último quien *compró* la raza; a consecuencia, él es el Señor, el maestro, el gobernador, el poseedor, el Juez, el Profeta, el Sacerdote y el Rey; en armonía con el plan del Padre, él dispone de toda cosa para hacer conforme con él mismo la Iglesia elegida de esta Edad Evangélica; ésta debe participar en la obra grandiosa que consiste en alumbrar al mundo y en restablecer los que serán obedientes.

El hecho de que el Padre celestial dispuso de la raza entera a favor de nuestro Señor Jesús no quiere decir que no siente ningún interés hacia ella, sino dispuso así de las cosas para satisfacer a las exigencias de su ley. Las leyes divinas son inflexibles y no toleran

la imperfección más ligera, el pecado más pequeño, porque estas leyes son hechas para seres perfectos, y nuestro Padre celestial nunca creó nada imperfecto. Todo en lo que hay imperfección y pecado vino de la depravación que sobrevino después de la terminación de la obra creativa de Dios. Entonces, si él debiera admitir el pecado entre los humanos, y entrar en relación directa con el hombre imperfecto, esto significaría: (1) que todos ellos serían condenados prontamente como imperfectos e indignos de vivir o sea (2) que Dios no tendría en cuenta nuestras faltas, no las condenaría y perdonaría nuestras imperfecciones, que estaría en violación de las leyes de su imperio. Entonces, es para el bien del hombre, tanto como para preservar intactas sus propias leyes, que el Padre volvió a poner toda la raza en las manos de Jesús, su Redentor. Jesús, en cambio, puede negociar con la raza para ser *misericordioso* (no “justo”) hacia los seres imperfectos que buscan la perfección, hasta que les haya traído grado por grado, más arriba, más arriba, más arriba, a la *perfección* al fin del Milenio. En este momento, los que hayan obedecido al gran Profeta estarán dispuestos a ser restablecidos por el Mediador en las manos del Padre, porque habrán alcanzado, por medio de Cristo, la perfección, conforme al modelo divino, mientras que todos los demás sean suprimidos en la Segunda muerte. (Hechos 3:23) Entonces si, hasta con nuestros pecados pasados borrados, fuéramos puestos a prueba delante del tribunal de la justicia absoluta del Padre, nuestras *imperfecciones actuales* arrastrarían una nueva condena de muerte; es por esta razón que el Apóstol, advirtiéndonos contra el peligro de jugarse con las oportunidades que se nos ofrecen en Cristo, declara: “Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo.” (Heb. 10:31) Las disposiciones divinas con respecto a los pecadores no conocen ninguna misericordia, excepto en Cristo y por él, por su obra de reconciliación y de restablecimiento en calidad de Redentor: aparte de esta disposición, la ley de Dios es la justicia rígida, sin indulgencia alguna, lista para consumir como un fuego todo lo que está manchado.

¿Quién no puede ver que si Dios pudiera negociar con los pecadores y que, perdonando sus pecados, pudiera aceptar sus

mejores esfuerzos, a pesar de sus imperfecciones, no habría necesidad de un Redentor, ni de un Nuevo Pacto en su sangre? Además, cada uno de los santos ángeles podría lógicamente, si lo quisiera, decir: Dios perdonó un pecado en la familia humana, él no sería menos misericordioso hacia nosotros, pues, si tenemos el deseo, seremos libres a cometer un pecado, y se nos permite contar con la misericordia divina para perdonárnoslo y esperar que Dios no nos rechace privándonos de su comunión. Por eso, todos los que todavía no habían participado en el pecado peligrarían de cometerlo, durante toda la eternidad. Los que se confiaran en una misericordia divina dominando la justicia y la ley divinas, disculpando y perdonando su pecado, serían un ejemplo deplorable que invitaría a los santos ángeles a probar también el pecado y a confiarse en el perdón divino. En tales condiciones, no nos sorprende que Dios, en interés de todas sus santas criaturas, tanto como para su propio placer, haya decidido que admitiría sólo la perfección absoluta en todas sus criaturas, y que hace de la *Justicia* la base de su trono. —Sal. 89:14

“NO HAY OTRO NOMBRE . . . EN QUE PODAMOS SER SALVOS”

De este punto de vista, nosotros comprendemos más claramente como nunca antes que todas las misericordias divinas hacia la raza caída se obtienen en Cristo y por él, que el Padre celestial no conceda personalmente, o independientemente del Hijo, ninguna misericordia y que “no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos.” (Hechos 4:12) Comprendemos también que la obra del Salvador no se cumple simplemente rescatando la raza, sino que después de haberla comprado, es necesario que el sea el Gran Médico, para curarla de la enfermedad del pecado, y para restablecerla a la vida y a todas las perfecciones de la naturaleza humana; así, eventualmente, por la obra gradual del restablecimiento en el transcurso de los mil años de su reino, Cristo acabará la preparación final de todos los

que le obedezcan, para presentarlos absolutamente perfectos al Padre, al fin del Milenio.

Dirigiéndonos entonces hacia el Salvador, a aquel que ha sido dado “todo el poder” para salvar, nos preguntamos si él se propone salvar por la eternidad todos los que rescató, o sea, si hizo reservas a este respecto. Comprobamos que las Escrituras exponen claramente que hay unas restricciones: por ejemplo, ellas nos describen la Edad milenaria como el tiempo en que la maldición adámica será levantada y no descansará más en los hombres, el tiempo en que no tenga más vigencia el proverbio que dice: los padres comieron uvas agrias y los dientes de los hijos tienen la dentera, “porque en aquellos días, cada uno de los que morirán, morirá por su propio pecado y no por el de otro.” (Jer. 31:29,30) También encontramos la declaración que cuando el Señor reine sobre las naciones, “los malignos serán destruidos.” (Sal. 37:9) Por otra parte, el apóstol Pedro, después de haber hablado de estos “tiempos de restauración”, o la Edad milenaria, declara que entonces “Toda alma que no oiga a aquel profeta, [el Cristo glorificado—cabeza y cuerpo] será *desarraigada* del pueblo.” (Hechos 3:19-23) Haciendo alusión al mismo tipo, otro de los Apóstoles declara “El que viola la ley de Moisés, por el testimonio de dos o de tres testigos muere irremisiblemente. ¿Cuánto mayor castigo pensáis que merecerá el que pisotear al Hijo de Dios, y tuviere por inmunda [literalmente: común, ordinaria] la sangre del pacto [de sacrificio] en la cual fue santificado [hecho aceptable a Dios, *justificado*], e hiciere afrenta al Espíritu de gracia [divina]?... ¡Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo!” “Porque si pecáremos voluntariamente después de haber recibido el *conocimiento de la verdad* [el conocimiento de la gracia de Dios en Cristo, al cual Dios quiere que todos vengan en cierto momento] ya no queda más sacrificio por los pecados, [la expiación por el pecado adámico no cubrirá los pecados voluntarios contra la luz y el conocimiento], sino una horrenda expectación de juicio [retribución], y de hervor de fuego que ha de *devorar* a los adversarios.”—Heb. 10:26-31

Se nos demuestra claramente aquí que los adversarios del Moisés antitípico (el Cristo glorificado) serán devorados o destruidos de manera más severa que los que se opusieron a Moisés. Pero si los que se opusieron a Moisés fueron castigados por muerte, ¿cómo pueden ser tratados más severamente los que se oponen a Cristo? Respondemos que la muerte infligida por Moisés afectaba simplemente el resto de la vida adámica poseído por los condenados, pero no podía tocar el ser, o el alma verdadera que Dios se había propuesto *redimir* y qué redimió efectivamente por el sacrificio del rescate de Cristo. Sin embargo, el que, después de haber tenido el conocimiento de su redención, se niegue a obedecer al Moisés antitípico, será castigado más severamente, porque perderá no sólo unos años de su vida condenada, sino que también su alma, su ser, su existencia para siempre, y esto sin esperanza alguna de liberación; éstos y todos los adversarios serán devorados, consumidos como caña de las gramíneas, espinas y los cardos que obstruyen el suelo.

De manera semejante, todo el Nuevo Testamento demuestra categóricamente que la ley de Dios contra el pecado será aplicada rigurosamente por el Mediador, las únicas excepciones a esta regla absoluta, siendo hechas para tener en cuenta las debilidades y la ignorancia de los humanos; tenemos el testimonio también que por el hecho de que estas debilidades y esta ignorancia serán vencidas durante la Edad milenaria, por la obra gradual del restablecimiento, las exigencias de la ley de Justicia se harán cada vez más estrictas hasta que, finalmente, el juicio por el cual nuestro Señor probará, al fin de la Edad milenaria, a todos los que se queden, no será menos severo, menos crucial, que el del Padre celestial; en esta prueba, caerán en la Segunda Muerte todos los que practiquen el pecado o simpaticen con él bajo cualquier forma sin importar el grado. La perfección que entonces habrá sido realizada por los humanos que hayan sido dignos bajo el efecto de la obra gradual del restablecimiento, las exigencias de la Justicia estarán en conformidad rigurosa con todas las prescripciones de la rectitud, con respecto a toda palabra, a toda acción y a todo pensamiento.

Podemos ver así que la voluntad de Dios será hecha sobre la tierra como en el cielo y se nos acordará: (1) que es la voluntad de Dios que todos sean librados de la maldición adámica y alcancen el conocimiento de la verdad; (2) que es la voluntad de Dios que la vida eterna sea dada a todos los que obedecen; (3) que también es la voluntad de Dios que todos los que desobedecen “sean *desarraigados* del pueblo”. Este cumplimiento de la voluntad de Dios se efectuará sobre la tierra, también, y nadie pueda impedirlo.

El rescate habiendo sido proporcionado al efecto que todos los hombres puedan ser librados de la transgresión adámica, algunos suponen que se debe esperar un restablecimiento *instantáneo* a la perfección completa de la naturaleza humana para el género humano. Pero tal espera no es bíblica ni es razonable. Las Escrituras no dejan a entender en nada que la obra del restablecimiento será instantánea, sino al contrario muestran que será gradual. La tendencia que se espera un restablecimiento instantáneo a la perfección absoluta de la naturaleza humana es el resultado de un razonamiento falso por el cual se supone que la raza no podría ser convenientemente puesta a prueba para la vida eterna, sin estar colocada en circunstancias tan favorables como lo fue Adán el padre, es decir, sin ser hecha tan perfecta como lo era. Vamos a probar que esto es falso, que los hombres pueden recibir una prueba mucho más favorable mientras son imperfectos. Este razonamiento falso ya precitado supone también que las debilidades y las imperfecciones, comunes en todos los hombres a consecuencia de la caída, serían unos obstáculos invencibles que impedirían a los rescatados de obedecer la ley divina, pero veremos que Dios se ocupó abundantemente de todas las exigencias de la situación. Si, al contrario, la humanidad en general fuera restablecida instantáneamente a la perfección de la naturaleza humana idéntica a aquella de la cual gozaba Adán, esto significaría para los humanos:

(1) Que siendo *seres perfectos*, se les exigiría la obediencia *perfecta* a la *ley perfecta* de Dios, y que ninguna excusa no sería admitida lo mismo que ninguna fue para Adán, el padre. Si es verdad que un pequeño número de humanos pudiera pasar

La Reconciliación

favorablemente una prueba de este género, a causa de la experiencia presente del pecado y de las lecciones aprendidas bajo esta experiencia, debemos, sin embargo, recordar que la mayoría de los humanos sería tan deficiente con respecto al *conocimiento* del pecado y de su castigo como fue Adán, el padre, porque la mayor parte de los humanos murieron en la primera infancia, y otros, en una gran proporción, murieron en una ignorancia relativamente grande de las diferencias entre la rectitud y la iniquidad.

(2) Tal manera de proceder anularía, en una gran medida por lo menos, la gran lección que Dios le enseñó al mundo durante seis mil años para darle a entender cuán execrable es el pecado y debe ser evitado, porque hasta aquí la mayoría de los humanos tuvieron verdaderamente muy poco conocimiento de la justicia. El curso de instrucción será acabado para la humanidad, sólo cuando hayan recibido, durante la Edad milenaria, las lecciones que se refieren al lado opuesto de la cuestión, mostrando cuán juicioso y provechoso es practicar la justicia.

(3) La raza, si fuera restablecida instantáneamente a la perfección, sería prácticamente una nueva raza que estaría perdida, para decirlo así, todo el beneficio de sus experiencias, porque ninguno de sus miembros resucitados perfectos, con facultades y poder perfecto, sería capaz de identificarse completamente con el ser que, anteriormente, poseía facultades y capacidades imperfectas; en cuanto a los niños que nunca hayan tenido conocimiento, aun de estos mismos, sería imposible de identificarlos. Entonces, si tal era el plan de Dios, podría haber creado además en primer lugar en Edén millones de seres humanos, y ponerlos todos a prueba entonces, en vez de adoptar un plan que, por un restablecimiento instantáneo, colocaría millones de seres en condiciones idénticas, sin provecho alguno que sea de sus experiencias actuales con el pecado.

(4) Si cada individuo fuera hecho así perfecto, instantáneamente, no habría para la Iglesia, con su Señor, como posteridad de Abrahán, ninguna ocasión de bendecir al mundo, ni de desempeñar hacia él la misión del “Sacerdocio real”. (Gal.

3:16,29) La disposición tomada por Dios para formar un “Sacerdocio real” implica que hay unas debilidades, imperfecciones entre algunos a quienes los sacerdotes deben ayudar e instruir. Éstos también tendrán que aceptar sacrificios y ofrendas por el pecado, presentados por los humanos, que recibirán de ellos, en cambio, la misericordia y el perdón de los pecados. No habría ninguna razón para formar tal sacerdocio, si el plan de Dios implicara un restablecimiento instantáneo en el segundo advenimiento.

(5) Si el restablecimiento debía ser una obra instantánea, ¿por qué al “tiempo de restauración”, debería haber fijado mil años, mientras que un solo año estaría el tiempo que bastaría ampliamente para un restablecimiento instantáneo para la perfección humana y para una prueba como la que experimentó Adán?

(6) Si los humanos debieran ser traídos instantáneamente a la perfección absoluta, esto implicaría que no habría en lo sucesivo ninguna posibilidad de misericordia en su favor. Ellos estarían sin excusa con respecto a toda transgresión voluntaria, deliberada e intencional. Además, todo individuo culpable de transgresión, sería azotado personalmente por la sentencia de muerte, como pecador voluntario. No habría más redención posible para éstos; no sería más de todo como para Adán, cuando por “la desobediencia de *un hombre*”, una raza entera fue implicada en la condena, y que así otro hombre perfecto se hizo el redentor de esta raza. En nuestro caso particular, cada individuo, sería un transgresor personal, y sería azotado *personalmente* por la sentencia de muerte. Si se quería entonces liberar de nuevo a un transgresor individual del mismo castigo de una sola transgresión, haría falta una vida para rescatar su vida: si hubiera un millón de transgresores, haría falta que un millón de humanos perfectos y santos murieran en sacrificio para expiar sus pecados; pero Dios, habiendo tomado disposiciones *completas* por todos en Cristo, no tomó ninguna disposición con vistas a cualquier otro sacrificio por los pecados. Los humanos, una vez restablecidos a la perfección por Cristo, no pudieran aspirar a nada más por el mérito de su sacrificio porque

todos ellos habrían recibido todos los dones misericordiosos proyectados y asegurados por su rescate. Los que hubieran sufrido un restablecimiento completo no tendrían, desde entonces, ningún derecho de gozar del sacrificio por los pecados.

Pero ahora consideremos el carácter razonable del plan divino de un restablecimiento gradual que progresa en proporción al desarrollo de la reconciliación del hombre con el Creador y su ley, y los beneficios de este plan para la humanidad:

(1) Todos, en virtud del rescate dado, deben ser despertados de la muerte adámica, como si se tratara de un sueño, será la primera fase de las bendiciones del restablecimiento. Ellos estarán desde entonces bajo los cuidados, bajo la guardia, bajo la alta vigilancia de los miembros del sacerdocio real, que la experiencia del pecado y la victoria sobre el pecado, en esta Edad Evangélica, hayan formado y preparado a ser pacientes y caritativos hacia aquellos sobre los que reinarán, como Reyes tanto como Sacerdotes. —Apoc. 5:10

La identidad del individuo será conservada, por el hecho de que será despertado exactamente en las mismas condiciones que aquellas perdidas en su muerte. Diversas etapas de su liberación progresiva del pecado y de las debilidades del tiempo presente, serán para él unas lecciones muy provechosas en cuanto al pecado y en cuanto a los beneficios de la justicia. Así, paso a paso, el gran Redentor educará hacia la perfección a los humanos que hagan progreso para obtenerlo, y esto en la proporción donde *quieran* seguir esta vía; los que, en cambio, no hagan progreso a pesar de todo el conocimiento y las oportunidades que entonces se les concedan, serán suprimidos, a la edad de cien años, de la tierra de los vivos, en la segunda muerte, sin esperanza alguna de un restablecimiento o de una oportunidad futura; en efecto, habiendo tenido esta oportunidad, y alcanzado un conocimiento notable del bien y del mal, hayan rechazado la gracia de Dios en Cristo, no teniendo en cuenta las instrucciones del Gran Profeta, y se hayan negado a andar por el camino real de la santidad (Isa. 65:20; 35:8). Sin embargo, como lo indica el Profeta, muriendo a la edad de cien años, ellos puedan ser considerados simplemente como niños,

porque todos los que quieran hacer progreso, puedan continuar viviendo por lo menos hasta el fin de la Edad milenaria.

(2) En esta marcha ascendente y progresiva sobre el camino real de la santidad, en el transcurso de la Edad milenaria, los humanos, aunque siempre imperfectos, en esta medida todavía están *cubiertos por los méritos del sacrificio del rescate* mientras aprendan gradualmente lecciones preciosas y mientras cultiven diversos frutos del Espíritu; en el ínterin, algunas infracciones o desviaciones todavía se producirán, debidas a la imprudencia o en consecuencia de ensayos de otros métodos: estas faltas serán todavía consideradas como debilidades adámicas y, hasta tal punto, serán perdonables por el Sumo Sacerdote.

Pretender que la perfección física o la perfección del conocimiento sean necesarias para una prueba por la vida eterna o la muerte eterna, es negar que la Iglesia ahora esté en prueba en estas condiciones, mientras que todos deben conceder que las Escrituras afirman lo contrario. Perfecciones de este género no serán más esenciales para la prueba del mundo. Los humanos serán traídos, como nosotros, primero al conocimiento de la gracia de Dios en Cristo antes de que alguna prueba pueda comenzar, y este conocimiento, Dios prometió que lo tendrían. Mientras ellos sufren la prueba, y para cubrir sus debilidades hereditarias, tendrán *los méritos de Cristo, el Mediador del Nuevo Pacto y esto durante el tiempo fijado para alcanzar la perfección*. No es antes del fin del reino del Mesías que los humanos obedientes alcancen la perfección completa.

(3) Las Escrituras muestran que el Milenio es el Día del Juicio del mundo, diciendo: “Dios ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con justicia, por aquel varón [el Cristo, la cabeza y el cuerpo] a quien designó.” (Hechos 17:31) Si el plan de Dios era de forzar al mundo entero o de salvar eternamente a todos los miembros de la raza de Adán, ¿por qué llamaríamos la próxima Edad un Día de Juicio? Juicio significa *prueba, test* (o *examen, o ensayo* —*Trad.*), y esto implica el rechazo de los que han sido considerados impropios al fin propuesto y, en cambio, la

aceptación y la bendición de los que se probaron dignos. El Juicio es para la vida eterna o para la muerte eterna.

Hay que observar que la parábola de nuestro Señor sobre las ovejas y los cabritos es aplicable, no a la Edad Evangélica, sino al mundo en el Milenio. Ella empieza así*: “Cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria”—y se sentará en su trono glorioso cuando, según su promesa, su esposa, la Iglesia “elegida” tome parte en su trono y en su gloria—“entonces serán reunidas delante de él *todas las naciones*”; y él los juzgará, y separará las ovejas, poniéndolas a la derecha de su favor, y los cabritos a la izquierda de su desfavor. Esta separación y este juicio ocuparán toda la Edad milenaria, y al fin, las “ovejas” serán totalmente acogidas en el favor del Padre—la vida eterna—y los “cabritos” desobedientes, con su jefe Satanás y todos los malos, serán castigados por la “*destrucción eterna, suprimidos*”, de la vida *para siempre*, destrucción simbolizada por un estanque de fuego y de azufre, la Segunda Muerte.

Las Escrituras muestran el juicio de este gran día de Juicio milenario como efectuarse delante de un gran trono blanco de pureza y de justicia; ellas nos muestran qué será la decisión del Juez: los que hayan, durante este tiempo, cultivado y desarrollado el espíritu del Padre celestial, el espíritu de amor, hasta la perfección, serán contados como el pueblo del Señor y recibirán el “Reino [el Reino terrestre] preparado para ellos desde la fundación del mundo”. Los que, durante esta ocasión favorable, no hayan desarrollado, al grado más alto, el espíritu de amor en su carácter, a la semejanza del Señor, serán contados como adversarios del Señor y, con Satanás, serán destruidos. —Compárese con Apoc. 20:9-13

RESCATE — SUSTITUCIÓN

La doctrina de la sustitución, claramente enseñada en las Escrituras, y firmemente defendida durante siglos por los cristianos,

* Mat. 25:31. —*Trad.*

tiende hoy a estar abandonada por los que creen en el tormento eterno: razonando más claramente que en el pasado, ellos discernen en general que si el tormento eterno es el salario del pecado y si nuestro Señor Jesús fuera nuestro sustituto en el pago de nuestra condena, esto implicaría que, como sustituto, hace falta que esté en el tormento eterno, de otro modo nosotros no podríamos ser liberados del pecado. Este razonamiento es bastante justo, la dificultad es que las premisas son falsas porque el tormento eterno no es el salario ni del pecado ni la pena infligida en el hombre. Sin embargo, en el espíritu de muchos, queda un prejuicio general contra la idea de *sustitución*, aun después de que ellos comprendieran que el salario del pecado es la muerte, que nuestro Señor podía ser y fue el sustituto del hombre en la muerte, y que sufrió exactamente lo que el hombre debía sufrir, en el sentido más positivo y más absoluto. Mucha gente tiene un prejuicio contra esta palabra *sustitución* y pregunta: ¿Acaso se emplea en las Escrituras el término “sustitución”? ¿Si no, por qué emplearlo?

He aquí nuestra respuesta: La palabra “sustitución” es un término castellano [e inglés también —*Trad.*] y ninguna palabra castellana [ni inglés —*Trad.*] se emplea en las Escrituras que fue escrita en griego y en hebreo. Sin embargo, si los traductores de nuestras versiones castellanas habían querido hacerlo, ellos podían, con una conveniencia perfecta, emplear la palabra “sustitución” porque indudablemente, el texto griego contiene la idea de sustitución y de sustituto en numerosos lugares. El hecho de que la palabra no se encuentra proviene simplemente de que los traductores no la emplearon; sin embargo, dado que procuramos convencernos del pensamiento de las Escrituras en los textos originales, es apropiado que esta palabra “sustituto” sea utilizado porque todo lo que está en oposición a la idea encerrada en el *sustituto* también está en oposición con la idea contenida en la palabra *rescate*. Así como ya lo vimos, las Escrituras abundan en declaraciones que hemos sido comprados por la sangre preciosa de Cristo que nos libró entregando su propia alma en la muerte para pagar el rescate de la nuestra. ¿Qué es esto, si no una sustitución?

Cuando se *compra* una cosa, lo que es pagado por la cosa comprada es *sustituido* a esta última. Por ejemplo, si compramos un pan con una moneda, intercambiamos el dinero por el pan, es decir, sustituimos el dinero al pan. Si un granjero lleva un saco de trigo del molino, y recibe en cambio un valor equivalente de harina, el trigo ha sido sustituido a la harina y la harina ha sido sustituida al trigo. Uno es un *precio correspondiente* [o equivalente —*Trad.*] un rescate, un sustituto por el otro. Así es como en el sentido más absoluto de la palabra, nuestro Señor, el hombre Cristo Jesús mismo, se entregó a la muerte como el rescate, reemplazando en la muerte a Adán el padre (y a la raza que había perdido la vida en él); fue un rescate por todos, un sustituto, un precio correspondiente. A la verdad, en este último ejemplo, los hechos son más precisos que en casi cualquier otro ejemplo que podríamos suponer, excepto en el caso de un intercambio de prisioneros de guerra, donde se procede generalmente con gran minucia: la de intercambiar a soldado por soldado, coronel por coronel, general por general, cada adversario que exige un precio equivalente, hombre por hombre. La compra del pan con dinero no es un ejemplo tan perfecto, porque el pan y el dinero, aunque del mismo *valor*, no son de la misma *especie*. En el caso de la redención del hombre, Dios exigió que hubiera correspondencia absoluta en especie, en perfección, en toda cosa: un sustituto perfecto, un precio perfectamente correspondiente debía ser pagado antes de que la raza pudiera ser liberada de la sentencia divina.

Un empleo de la palabra “sustituto”, común entre los hombres, sirvió para echar confusión a este respecto. En tiempos de guerra, cuando un contingente es necesario, y cuando se toma un hombre para servir en el ejército, él es a veces autorizado para buscar un sustituto que lo reemplaza, sirve en su lugar en el ejército; el hombre que proporciona el sustituto luego es liberado de toda obligación militar. Este empleo particular de la palabra “sustituto” en las cosas militares conviene bastante bien en el sentido de que el hombre que es aceptado por el oficial, como el sustituto del que es liberado, debe responder a las exigencias físicas del momento; en segundo lugar, hace falta que sea un

hombre no llamado a sí mismo y, por consiguiente, libre de ofrecerse como sustituto. Estos detalles corresponden al caso que consideramos. Nuestro Señor se ofreció a sí mismo para ser el sustituto en el lugar de Adán el padre; él respondía a todas las exigencias del gobierno divino, en que, de toda manera, era cualificado para ser el sustituto de Adán, respondía también a la exigencia que ya no estaba bajo la sentencia de muerte cuando tomó nuestro lugar, se ofreció a sí mismo y fue aceptado. Él tenía una vida libre para dar por la vida perdida de Adán.

Pero aquí se para la analogía entre ambas sustituciones, porque, en el caso del soldado, el llamado o la sentencia era de tomar parte en la guerra y en sus pruebas y dificultades, etc., mientras que en el caso de Adán, el llamado, la sentencia era por la muerte. La armonía entre estos dos empleos de la palabra “sustituto” termina cuando el soldado es aceptado y se va al ejército, lo que corresponde a la aceptación por Dios de la ofrenda de nuestro Señor Jesús y, en su partida para la muerte. Al haber sido aceptado el soldado sustituido en el ejército, el nombre del recluta fue rayado de las listas del llamado, como eximido; cuando Cristo entró en la muerte por Adán, el nombre de Adán fue rayado de la lista de la condena divina. El paralelo no va más lejos.

Actuaremos ciertamente con sabiduría no buscando sin necesidad a imponer este término “sustitución” a los que, ya, son víctimas del prejuicio, a consecuencia de una mala comprensión del tema y que, en la misma razón de este prejuicio, se encontrarían impedidos a conceder a esta cuestión toda la atención apropiada y toda la seriedad que merece. Sin embargo, debemos procurar especialmente en nuestro propio corazón, que seamos totalmente fieles a la idea de sustitución la cual es *la* idea del rescate. Quienquiera, después de haber comprendido convenientemente el tema, no cree que Cristo fue nuestro sustituto, no ejerce la fe en el rescate y, por eso, no posee la fe que justifica delante de Dios.

¿NO ERA POSIBLE OTRO PLAN DE SALVACIÓN?

Mucha gente que comprende sólo insuficientemente el tema del rescate, tiende a debatirlo, y a decir que no pueden ver por qué Dios no podría haber salvado al mundo de otra manera que por la muerte de Su Hijo, como sustituto o precio del rescate del hombre. Les respondemos que no ven el tema de la manera apropiada. La pregunta que ellos deberían ponerse no es de saber si Dios no podría haber adoptado otro medio, sino más bien: ¿adoptó él cualquier otro medio, o adoptó el plan del rescate?

Sin duda alguna, la sabiduría de Dios podría haber adoptado otro plan de salvación para la humanidad, pero podemos, tan positivamente, poner en principio que ningún otro plan, que pudiera haber sido elaborado, no habría sido mejor y, para que nuestro juicio y nuestro conocimiento puedan llevarnos a concebirlo, ningún otro plan podría haber sido hecho, aun por el Todopoderoso, que hubiera sido tan bueno como el que adoptó, todas las circunstancias y los resultados con eso teniéndose en cuenta. El hecho de que Dios adoptó un plan diferente con respecto a los ángeles caídos prueba, podríamos decir, que podría haber adoptado un plan diferente con respecto al hombre caído. Podría haber hecho con el hombre lo que hizo con los ángeles, pero*, como hemos visto, esto no habría sido más favorable, sino menos deseable tal vez, según el juicio de muchas personas.

Aun si debiéramos suponer que por tales planes, Dios habría bendecido y finalmente restablecido un número tan grande de humanos, veríamos otras desventajas de este método, a saber: (1) ¡cuánto más terrible habría sido la degradación moral de nuestra raza, si hubiera sido dejada en posesión de todas sus facultades mentales y físicas, y si se le hubiera permitido caer simplemente moralmente! ¡Qué suma de pecados puede ser aprendida a fondo en el período corto de diez, veinte, cincuenta o cien años, y qué abismos de maldad podrían haber sido explorados, y explotados, si los humanos habían continuado viviendo con facultades intactas

* Véase “¿Qué Dicen las Escrituras Acerca del Espiritismo?”

durante seis mil años, separados de Dios, pero no condenados a muerte!

(2) Aun si tal plan de salvación lograba salvar, eventualmente, un número tan grande de humanos que lo hará el plan adoptado por Dios, nunca nos habría revelado al mismo grado las cualidades del carácter divino: (a) vemos la Justicia de Dios en la imposición de la pena de muerte, “aun en los que no pecaron a la manera de la transgresión de Adán” sino que nacieron simplemente en el pecado, fueron concebidos en la iniquidad y dados a luz como pecadores, por herencia (Rom. 5:14,12; Sal. 51:5), Dios nos reveló así una *justicia* que, en ningún sentido, no pagará al culpable, y no aceptará nada que no sea absolutamente, perfecto. (b) Él nos reveló así un *amor*, infinitamente más grande que el que podríamos haber concebido de otro modo, un amor que nos siguió y que tomó posesión de nosotros “mientras todavía éramos pecadores”, pagando por nosotros el gran precio del rescate de nuestra liberación. (c) La adopción de este plan que consistió en condenar al hombre a la muerte, en rescatarlo de la muerte, y luego, a su debido tiempo, restablecerlo librándolo de la muerte por una resurrección, proporciona a Dios la oportunidad de desplegar su *poder* divino en un grado que sobrepasa con mucho todo lo que tenía relación con su creación anterior, tan maravillosa que fuera; es incontestable en efecto, que hace falta un poder más grande para cumplir la promesa divina de la resurrección de millones de seres que vivieron y que están muertos—para hacerlos volver con su propia identidad, su personalidad consciente siendo lo que era—que la que fue necesaria para la creación del primer hombre. (d) Después de su terminación completa, este plan divino revelará la *sabiduría* divina de una manera tal que ningún otro plan pudiera haberla mostrado, para que seamos aptos a considerar otros planes. Mostrará cómo Dios conocía el fin desde el comienzo, y cómo ejecutó toda cosa según el consejo de su propia voluntad, aun cuando los ángeles y los hombres no comprendían el fin y la intención de sus operaciones, y aun cuando los ángeles caídos y Satanás suponían que desbarataban la voluntad divina. Éste demostrará de manera indudable que Dios puede hacer concurrir

toda cosa al bien, y a la realización de la intención divina. En fin de cuentas, demostrará que la Palabra que sale de su boca no regresa a él sin efecto, sino que ejecuta todo lo que es su buen placer y cumple las cosas para las cuales la envió. —Isa. 55:11

Además, con respecto al hombre, si Dios hubiera seguido el mismo plan con los ángeles que pecaron, u otro plan concebible, Dios nunca habría ofrecido una ocasión tan espléndida para la elección de la Iglesia del Evangelio que debe ser el cuerpo de Cristo; no habría sido, en efecto, la misma ocasión magnífica para el Logos de ser probado, de demostrar su fidelidad, su obediencia al Padre celestial, luego a causa de esto, de ser elevado soberanamente y de hacerse partícipe de la naturaleza divina. No habría sido ninguna ocasión tampoco para el rebaño pequeño de los redimidos de andar en las huellas del Maestro. Y finalmente, vemos que estas lecciones no son destinadas a la humanidad solamente, sino también a todas las criaturas inteligentes de Dios sobre cada plano de existencia; estas lecciones no sólo servirán por unos siglos, sino por toda la eternidad.

“¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos! Porque ¿quién entendió la mente del Señor? ¿O quién fue su consejero? . . . Porque de él, y por él, y para él, son todas las cosas. A él sea la gloria por los siglos. Amén.” —Rom. 11:33-36

ESTUDIO XVI

EL MINISTERIO DE LA RECONCILIACIÓN O DEL REGRESO A LA UNIDAD*

ESTE MINISTERIO SE CONFÍA AL SACERDOCIO REAL—UNGIDO PARA PREDICAR LA RECONCILIACIÓN—¿POR QUÉ NO SE APRECIAN LAS NUEVAS ALEGRES? LOS RESULTADOS DE ESTE MINISTERIO—PERSECUCIÓN Y GLORIA—CÓMO SE PONE A PRUEBA LA FIDELIDAD—SÓLO LOS FIELES PODRÁN PARTICIPAR EN LA FUTURA OBRA DE LA RECONCILIACIÓN

“Y nadie toma para sí esta honra, sino el que es llamado por Dios, como lo fue Aarón. Así tampoco Cristo se glorificó a sí mismo haciéndose sumo sacerdote.”
—Heb. 5:4,5

TODO EL “Sacerdocio Real”, del cual nuestro Señor Jesús es jefe o sumo sacerdote, participa en el ministerio de la reconciliación o del regreso a la unidad.* Todos los sacerdotes participan en los “sacrificios mejores” que han progresado durante toda esta Edad Evangélica y que terminarán a su fin (Rom. 12:1); todos los que toman parte así en los sufrimientos de Cristo tendrán, también, parte en su gloria futura como participantes con él en el gran y glorioso ministerio de la reconciliación del Reino milenario.

En cuanto a estos subsacerdotes “eran por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás”; necesitaban ser reconciliados primero o devueltos a la unidad (“at-oned”) con Dios antes de poderseles llamar a este sacerdocio, pues “nadie toma para sí esta honra, sino el que es llamado por Dios.” Es sólo después de haber recibido la reconciliación de las manos de nuestro Redentor, el Sumo Sacerdote, que tenemos el privilegio de ser considerados como cosacerdotes, comedidores, correconciliadores.

Quienquiera que ha recibido el “espíritu de adopción” que le hace un hijo de Dios y un sacerdote es empujado inmediatamente

* “At-one-ment”

por aquél a comenzar el ministerio de la reconciliación, cada uno según sus diversas capacidades y oportunidades. Cada uno se da cuenta, como hizo el Sumo Sacerdote, las directivas de ese Espíritu Santo, diciendo: “El Espíritu de Jehová el Señor está sobre mí, porque me ungió Jehová; me ha enviado a predicar buenas nuevas a los abatidos [no es todavía el momento para los orgullosos, los arrogantes, los de corazón duro y los profanos], a vendar a los quebrantados de corazón, a publicar libertad... a proclamar el año de la buena voluntad de Jehová”,* es decir, el período durante el cual le agrada a Dios aceptar un rebaño pequeño como sacrificios vivos, gracias a los méritos del Redentor.

El apóstol Pablo, uno de los subsacerdotes, sintió la influencia de este Espíritu que le incitaba a emprender la obra de proclamación del “rescate por todos”, cumplido por el sacrificio de nuestro querido Redentor; de la cual habló con todos los que entró en contacto y que tenían “oídos para oír”; exhortó a todos a reconciliarse (“At-oned”) con Dios y a comenzar a andar inmediatamente por las sendas de la justicia (o “rectitud”. —*Trad.*).

Observe lo que dice el Apóstol al respecto en 2 Cor. 5:17-20: “De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron [los antiguos pecados, ambiciones, esperanzas, etc.]; he aquí, todas [estas cosas nuevas] son hechas nuevas. Y todo esto proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por Cristo, y nos dio el ministerio de la reconciliación [*katallage*, la misma palabra traducida por “reconciliación” en Rom. 5:11]; que Dios estaba en[†] Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados [su penalidad siendo llevada por Cristo], y nos encargó a nosotros [al sacerdocio real] la palabra [el mensaje, las buenas nuevas] de la reconciliación [del regreso a la unidad]. Así que, somos [porque Dios nos ha llamado y nos ha dado este ministerio en su nombre y este mensaje de favor a proclamar] embajadores en nombre de Cristo [nuestra Cabeza o

* Isa. 61:1,2. —*Trad.*

† Véase nota en el *Diaglotón Enfático*.

Jefe oficial o Sumo Sacerdote, y el representante del Padre], como si Dios rogase por medio de nosotros; os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios.”

Este mensaje alegre que, convenientemente apreciado, debería conseguir un acuerdo pronto en todo lugar y de todas las clases de la sociedad, se rechaza generalmente, y el profeta, hablando por el Sacerdocio Real, exclama: “¿Quién ha creído a nuestro anuncio? ¿y sobre quién se ha manifestado el brazo [Cristo, el poder de Dios para salvación] de Jehová?” (Isa. 53:1; Juan 12:38) Este brazo es ahora eficaz sólo para un determinado número de personas comparativamente pequeño, para todos los que el Señor nuestro Dios llama para formar parte del Sacerdocio, porque ninguno se atribuye este honor, sino el que es llamado de Dios.

La razón por la cual se rechaza este mensaje en general aparece claramente: la reconciliación, o el regreso a la unidad con Dios, significa oposición al pecado; la paz con Dios es una lucha contra todas nuestras debilidades y deseos depravados, suprimidos en nuestra naturaleza humana caída; es un *cambio* y una *conversión* completos que nos traen del servicio del pecado a aquel de la justicia (o rectitud. —*Trad.*). Mucha gente que desprecia el pecado (por lo menos bajo sus formas más groseras y viles) aspira a una reconciliación con Dios y se interesa por las bendiciones que se conceden sólo a los “hijos de Dios”; emprenden la senda de la justicia reformándose; pero ven pronto que sus propias debilidades son demasiado difíciles de vencer y que además el mundo entero se ha colocado al lado del pecado. Los únicos que pueden liberarse de esta esclavitud, en los cuales todos nacieron, son los que, buscando la liberación, prestan atención al testimonio del Maestro: “Nadie viene al Padre, sino por mí”, el único Mediador, ”el Camino, la Verdad y la Vida.” Además, el Apóstol nos informa que el gran Adversario, “el dios de este siglo cegó el entendimiento” de la gran mayoría de los humanos con tales errores que no pueden apreciar la ventaja contenida en la oferta de *reconciliación* (“at-one-ment”) obtenida por medio del Redentor.

En tales circunstancias, cuando el pecado abunda por todas partes, ¿es de extrañarse que ser embajadores verdaderos y fieles

La Reconciliación

para Dios, en nombre de Cristo y en su lugar (como miembros de su cuerpo) signifique que los subsacerdotes deben andar en las huellas del sumo sacerdote y sufrir necesariamente con él por causa de la *justicia*? El gran sumo sacerdote que proclamó muy claramente “la Palabra de la reconciliación” fue despreciado, rechazado y crucificado por los que hacían profesión de amar y de practicar la justicia. Los apóstoles fueron maltratados igualmente a causa de su fidelidad, de su negativa de comprometer el mensaje, “la palabra de la reconciliación”.

“Y seréis aborrecidos de todos por causa de mi nombre” “por mi causa... digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo.” “No os extrañéis si el mundo os aborrece, sabed que a mí me ha aborrecido antes que a vosotros.” Estas palabras debían ser verdaderas “hasta el fin del mundo.” Son tan verdaderas hoy como antes. Quienquiera *ejerza* escrupulosamente sus funciones de embajador y anuncie atrevidamente todo el consejo de Dios no tardará a conocer algo de los sufrimientos de Cristo y podrá verdaderamente decir: “Los vituperios de los que te vituperaban, cayeron sobre mí.” —Mat. 5:10-12; 10:22; Sal. 69:9; Rom. 15:3

Aquí de nuevo contemplamos la sabiduría maravillosa del plan divino; porque es mientras que cumple su ministerio sacerdotal de la “palabra de la reconciliación”, al cual el espíritu de unción le incita, que cada sacerdote comprende la necesidad de ofrecerse en sacrificio vivo, santo y agradable a Dios, que es vuestro culto racional.* —Rom. 12:1

La medida de sacrificio de sí mismo y de los sufrimientos por Cristo, aguantados por cada uno de los consagrados, se hace, por tanto, una medida (desde el punto de vista de Dios por lo menos, porque el hombre no puede discernirla siempre) de la fidelidad de cada uno en sus funciones de embajador. Todo sacerdote a quien le faltan los sufrimientos por la causa de Cristo, por la causa de la Verdad, debe haber sido por lo tanto un embajador y un ministro infiel del Pacto Nuevo. Sólo los que, ahora son fieles, como buenos

* *Diaglotón Enfático*: “servicio religioso racional” (razonable, inteligente, sabio —Trad.).

Su Ministerio

soldados de la cruz, obtendrán el privilegio inestimable de participar con el gran sumo sacerdote en la obra gloriosa de reconciliación (“at-one-ment”) en las condiciones favorables de la Edad milenaria. Si sufrimos, también reinaremos con él. Si le negáremos, él también nos negará [entonces]. —Rom. 8:17; 2 Tim. 2:12,13; Tito 1:16

“Retén lo que tienes, para que ninguno tome tu corona.”
—Apoc. 3:11

“Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida.”
—Apoc. 2:10

Índice De Los Textos Bíblicos Citados

Génesis

1:2	159,166
1:20	308
1:21	308
1:21,24	318
1:24	308
1:30	308
1:31	8,392
2:04	166
2:7	92,303
2:17	8,393
2:19.....	308,309, 318
2:23,24	158
3:17	8
3:22	324,375
3:23	8
5:5	392
6:2,4	91
6:6	91
6:17	157,297
7:15	157,297
7:21,22	303
7:22	297,328
8:1	157
8:21	157
9:3,4	309
9:4	307
9:9,10	309
9:10,12,15,16	318
9:12	309
9:15	309
9:16	309
12:3	8
14:21	318
14:22	53
17:1	52
18:1	29
18:1,2	80
18:2-4	58
18:18	8
19:1	58,80

21:10	92
21:24	308
22:14	28
23:6	53
23:7,12	58
24:47	86
26:35	157
27:29	58
30:8	54
31:29	54
35:20	341
37:35	340
42:38	340
44:29	340
44:31	340
45:27	297
46:26,27	87
50:5	341

Éxodo

1:5	87,327
3:2	29
3:3-15	29
6:3	26,51
7:1	53
15:10	157
15:11	53
15:18	157
17:15	28
20:2-5	26
21:4	92
21:6	53
22:8,10	53
22:28	53
28:3	159
30:10	436
31:3,4	159
35:30-35	159

Levítico

4:3,4,24,27,31, 34,35.....	436
4:27	318

5:11,12	436
9:2,6,7	436
11:10	318
11:46	318
17:12	307
25:48,49	424

Números

11:17-26	159
13:33	91
14:36,37	91
16:22	297
16:30	341
16:33	341
23:10	318
31:19	318
31:28	307
35:11,15,30	318

Deuteronomio

6:4,5	26
10:20,21	60
10:22	318
12:23	307
27:25	318
32:4	291,392
32:22	342
32:26-43	342

Josué

20:3,9	318
--------------	-----

Jueces

6:23,24	28
13:9-11,16	80
15:19	297
16:30	318

Rut

4:1-10	138
--------------	-----

1 Samuel

1:15	301
------------	-----

Índice De Los Textos Bíblicos Citados

2:6	342	17:15,16	345	55:15	348	
11:6	160	19:25	424	67	15	
14:15	54	21:13	345	68:18	193	
16:13,14	160	24:19	345	69:9	478	
24:9	58	26:6	345	73:24	216	
25:23,41	58	33:24	450	76:10	435	
2 Samuel			38:7	92	77:3	301
9:6	58	Salmos			77:6	301
14:4,22,33	58	2:4-9	33	78:35	424	
22:6	342	2:7	57	82:6,7	53,54	
1 Reyes			6:5	345	83:18	51
2:4	118	8:4-8... ..	137,283, 412	86:6-8	52	
2:6,9	343	8:5	52, 374	86:13	349	
8:19	87	9:17	346	88:3	350	
11:9-13	118	16:7-11	37	88:5	332	
20:32	318	16:10	332,346	89:14	407,460	
1 Crónicas			18:5	347	89:19	82
28:5-7	117	22:22	97	89:27	73	
28:9	118	23:1	31	89:48	332,350	
2 Crónicas			24:7-10	30	90:1,2	30
6:9	87	29:1	52	90:2	72	
29:7-11,20-24	436	30:3	332, 347	90:3	337	
34:28	332	30:5	329	95:3	52	
Job			31:5	298	96:4	53
2:1	92	31:17,18	347	97:7	57	
7:9	343	32:8	216	103:4	424	
7:21	343	33:6,9	166	105:18	318	
10:19	332,372	36:6	54	106:48	72	
11:8	344	37:7-11	222	110:1,4,5	34	
12:10	157,297	37:9	461	110:3	78	
14:4	84	37:9,20	372	115:6	157	
14:13	344	40:2	405	116:3	350	
14:13,15	396	41:13	72	131:2	318	
14:13-15	331	45:2-11	34	132:11,12	117	
14:14	367	45:16	63,129	133:2	198	
14:14,15	344	46:5	423	139:7,8	350	
14:19-21	332	46:9	357	139:14-16	390	
17:1,14	344	49:7	82,89,404	141:7	351	
		49:14,15	348	145:20	377	
		49:15	312,332	148:8	157	
		50:1	52	Proverbios		
		51:5	395,473	1:12	351	
				2:21,22	15	

Índice De Los Textos Bíblicos Citados

31:15-17 356		
32:21 54,356		
32:27 357		
37:5-10,13,14 299		
47:9 318		
48:35 28		
Daniel		
7:13,14 135		
12:2 330		
12:9,10 201		
Oseas		
13:4 19		
13:14 357		
Joel		
2:28.... 148,199, 222		
2:28,29 149		
Amós		
9:2 358		
9:11-15 358		
Jonás		
2:3 358		
Miqueas		
4:1-3 30		
4:8 30,137		
5:2 30,31		
5:4 31		
Habacuc		
1:13 404		
2:5 359		
Malaquías		
3:1 57		
3:1-4 34		
3:6 20		
Mateo		
1:6,16 116		
1:16 116		
1:20 55		
2:20 319		
4:1-11 98		
4:10 57,60		
5:3 246		
5:5 238		
5:6 388		
5:10-12 478		
5:11 174		
5:14-16 275		
6:9,10 30		
6:23 246		
6:25 319		
6:34 155		
7:7,8 152		
8:16,17 .. 94,111		
8:17 110		
10:22 478		
10:25 218		
10:28 316		
10:39 319		
11:11 14		
11:23 359		
11:27 77		
12:20 32		
12:32 252		
13:7 16		
13:11 316		
13:41 135		
13:44 427		
13:54 78		
16:18 359		
16:19 197		
16:25 319		
16:26 240		
17:18 ... 155,156		
18:11 444		
19:28 ... 124,128		
20:3 415		
20:28 319		
22:37,38 26		
22:42-45 116		
22:44,45 35		
23:2 335		
23:12 410		
23:34-38 33		
24:24 104		
24:27,37 135		
24:43 155		
25:31 ... 135,468		
25:41,46 15		
26:28 13		
26:67 37		
27:26,30 37		
27:32 110		
27:66 228		
28:18 263		
Marcos		
3:4 319		
3:24,25 155		
5:25-34 112		
8:35-37 319		
8:38 135,219		
10:45... 320,412, 414		
10:51 56		
12:38 415		
13:32 22		
14:24 13		
Lucas		
1:28,30,42 ... 90		
1:35 82,90		
1:45-47 90		
1:46-55 120		
1:68 419		
1:80 302		
2:29 55		
2:38 419		
2:40,52 37		
2:49 75		
3:15 142		
3:23 116		
3:31 116		

Índice De Los Textos Bíblicos Citados

3:38... 86,92,96, 393	1:29 432,437	7:39 160
4:18 154,362	1:32-34 195	7:46 139
4:22 138	3:3-8 161	8:12 275
6:9 320	3:6 158,159	8:14,23,42-5876
6:19 112	3:8 158	8:15 98
7:32 415	3:13 135	8:18 29
7:42,43 450	3:13,16 79	8:28 36
9:24,25 320	3:17 .. 21,75,411	8:38 35
9:56 320	3:20 146	8:42 93
10:12 155	3:31,32 78	8:44 96
10:15 360	3:33 212	9:5 275
11:13 205	3:34 168	10:10 321
12:22,23 320	3:36 129,370, 389,426,456	10:11 321
13:23 386	4:10 410	10:15 ... 321,433
13:24,25 386	4:14 370	10:17 321
14:26 320	4:23 455	10:20 179
16:15 219	4:24 292	10:25 22
16:23 360	5:9 155	10:26-28 370
17:33 320	5:17 380	10:28 29
19:12 247	5:19-23 38	10:30 60
20:1 155	5:22 394,445	10:34,35 54
20:37,38 337	5:22-27 33	10:36 75
21:28 420	5:23 23,34,57,69	11:11-14 329
22:17 155	5:25 331	11:50-52 433
22:29 24	5:25,28,29 .. 331	12:25 321
23:46 328	5:26 63,374,381	12:31 101
24:21 417	5:30 21,29	12:32 ... 132,401
24:47 449	5:39 188	12:34 135
24:49 22	5:43 22	12:38 32,477
	6:27 179,229	12:41 33
	6:38,39 45	12:50 22
	6:38,51 75	13:13 121
	6:40,54 370	13:38 321
	6:44 132,401	14:6 14
	6:45 35	14:7-10 61
	6:51 136	14:16,26 186
	6:53 155	14:17 155
	6:57 29	14:18,23 187
	6:60-66 76	14:24 35
	6:62 135	14:26 ... 154,249
	6:63 208	14:26,17 155
	6:70 190	14:28 22
	7:16-18 35	14:30 ... 101,434
		15:1 213

Juan

1:1 29,55
1:1,2 72
1:1,18 79
1:3 73
1:9 386
1:10,14 75
1:12..... 14,96, 192,417
1:12,13 130,161
1:1480,139, 279,411
1:18 62

Índice De Los Textos Bíblicos Citados

3:27,28	431	8:19-21	271	3:23	128
4:17	337	8:20	12	4:5	176
4:24,25	431	8:20,21	172	5:3	295
4:25	429	8:23	271,421	5:7	433
5:1	39	8:23-25	13	5:21	433
5:6	438	8:24	271	6:2	176,348
5:8	433,439	8:26,27	270	6:11	224, 431
5:8,9	10	8:29...16,97,124,		6:20	295
5:9	433	130,133,		7:23	433
5:10	11	380		7:39	330
5:11	476	8:31	273	8:2	238
5:12.... 292,314,		8:31-34	180	8:4,6	39
414,439		9:4,29-33	161	8:6.... 30,46,68,	
5:12,18,19	11	11:3	322	130,383	
5:12,21	172	11:8	182	9:25	382
5:12-19	89	11:26	457	10:20	437
5:14,12	473	11:26,27	342	11:3	34,40
5:15,21	268	11:26-29	361	11:5	155
5:17-19	430	11:26-31	316	11:31	155,216
5:19	400	11:33-36	474	12:4-11	162
6:8	397	12:1.... 437,475,		12:6,7,28	261
6:9	76	478		12:7	168
6:12-23	172	12:3	168,237	12:12,27	198
6:22	126	12:11	242,302	12:13	196
6:23.... 268,370,		14:9	3,120,440	12:25-28	228
372,389,		14:14	155	12:28-31	266
404,428		15:3	478	12:31	164
7:9-14	403	15:4	250	13:1-3	230
7:13	388	16:4	322	13:4	183
7:14	172,439			13:5	155
8:1-4	109			13:8	163,190
8:4	98			13:10	233
8:6	295			14:1	164
8:9	168,226			14:12	158
8:10	288			14:22	164
8:14-16	148			15:3....114,428,	
8:15	130			433	
8:15,23	97			15:6	330
8:16	208			15:12-54	332
8:17.... 130,215,				15:13-18	330
379,442,				15:14-18	329
479				15:16-18	362
8:17,18	276			15:17,18	334
8:17-24	11			15:20	330

1 Corintios

1:2	226
1:27	233
1:27,28	233
1:30	421
2:8	29
2:9,10	149,184
2:10,11	176
2:10,13	261
2:11	185
2:12	302
2:12-16	186
2:13	185
2:14	262

Índice De Los Textos Bíblicos Citados

15:21 81,411	4:7. 179,227,288	1:11 398
15:22 89	4:11 62	1:13,14 228
15:24 445	4:17 397	1:14... 138,204, 422,427
15:24-28. 16,29, 32,63,128	4:18 220	1:17,18 169
15:25-28 25	5:1 179	1:17-19 133
15:27...377,379, 430	5:4 273	1:17-22 25
15:27,28 64	5:14,15 433	1:19,20 263
15:28 30	5:16 98,159,280	1:21 377
15:37,38 328, 333,362	5:17-20 476	2:3 3,96,131
15:37-40 327	5:19,21 430	2:4-10 133
15:40-44 158	8:9 73,379	3:6 381
15:42 382	9:15 268	3:10 3,399
15:42-44,49 381	10:4 233	3:17-19 206
15:42-44,53,54 63	13:5 215	4:8 193
15:42-45 299	Gálatas	4:11-13 266
15:44 295	1:4 437	4:16 155,228
15:45-47 125	2:16 431	4:23 302
15:45-48 442	2:17 431	4:30... 229,246, 423
15:46 295	2:20 437	4:32 449
15:47 92,123	3:8,16,29 12	5:2 433,437
15:48,49 127	3:13 416	5:8 275
15:50 382	3:13,14 431	5:8,11,13 276
15:51 330	3:16,29 465	5:15,16 417
15:52 382	3:29 380,389	5:18-20 226
15:53 ... 381,382	4:4 93,438	5:19 295
15:54 ... 381,382	4:4,5 404,416	5:23 34
15:54,55 357	4:5 97,161	5:25,26 225
15:55 361	4:23-31 92	6:6 319
15:57 31	4:30 92	6:12 171,172
16:15 155	5:4 431	6:24 382
2 Corintios	5:16,17 184	
1:21,22 230	5:22,23 164,169	Filipenses
2:13 302	6:1 169,295	1:27 319
3:2 276	6:8 370	2:5 154
3:17 159,280	6:10 105	2:6 64
4:4 5,46,101, 172,200,242, 349,457	Efesios	2:8 36
4:6 275	1:2-17 68	2:8,9... 377,379, 430
	1:3 295	2:9 .. 69,136,280
	1:5 161	2:9-11 23,67
	1:5,11 97	2:13 397
	1:6 432	2:14,15 276
	1:7 421,448	

Índice De Los Textos Bíblicos Citados

2:30	322	2:5,6 . 67,69,407	2:5-9	412
3:8-11	322	2:6 ... 3,378,406,	2:7,9	52,67
3:10	213	414,450	2:9	92,438
4:7	208	2:14	2:9,10	36
4:8	264	3:2	2:9,16	136
Colosenses		3:16	2:10	105,379
1:9	296	4:10	2:10-13	130
1:12	108	6:10	2:11	226
1:14	422,448	6:12,19	2:12	97
1:15-17	73	6:15	2:13	34
1:18-20	410	6:15,16	2:14... 374,377,	
1:22	380	6:16	434	
1:24. 28,132,217		6:20	2:14,16	411
1:26	132	6:20,21	2:14-18	122
2:9	57	2 Timoteo	2:16	125
2:10	64	1:7 .179,181,232	2:17	95
2:12	132	1:10.... 367,378,	2:17,18	115
3:13	450	382	2:18	37
4:5	417	1:12	4:15	98
1 Tesalonicenses		2:3,4	4:15,16	115
2:16	342	2:12,13	5:2	115
4:13	313,330	2:25	5:4,5	475
4:14.... 312,330,		3:12	5:8	36
430		3:17.... 174,218	5:8-10	107
4:15	330	3:17.... 152,163,	5:9	371
5:5	275	188	5:13,14	221
5:10	430,433	Tito	7:5-10	87
5:19	246	1:3	7:22	13
5:23	225,337	1:9,13	7:25	82,211
2 Tesalonicenses		1:16	7:25,26	115
1:9 ... 6,176,314,		2:7,8	7:26	84,94
372,377,453		2:10	7:26,28	82
2:3-7	268	2:14 16,418,437	7:27	437
1 Timoteo		3:5	8:1,2	24
1:1	21	3:4-6	8:6	442
1:17	374,382	Hebreos	8:11	5
2:3,5	21	1:2-4	9:11,12	419
2:4	6,454	1:5,6	9:12	433
2:4-6	312,386	1:8,9	9:13-15,26 ..	437
2:5	81,438	1:13	9:14	431
		2:1	9:14-16	442
		2:3	9:15	423
			9:15-20	13
			9:22	429

Índice De Los Textos Bíblicos Citados

10:4-10,12,20 437	1:4 383	1:3 267
10:10 433	1:10-12 162	1:7 431,449
10:12 24	1:12 399	2:1 267
10:12,13 35	1:18 241,424	2:2 312,428
10:22 ... 208,212	1:18,19 418	2:8 267
10:26-31 461	1:19... 370,431, 437	2:12 449
10:31 459	1:23 383	2:18 268
10:36,40 123	2:2 221,223	2:20,27 263
10:38 335	2:5 296,360	2:24 268
11 82	2:9,10 16	2:25 371
11:6 212	2:22-24 433	2:26 268
11:10,16 76	2:23 174	2:27 198,269
11:32,39,40 361	2:24 433,449	3:2.. 54,159,282, 334
11:35 424	3:4 295,302,383	3:5 84
11:39,40 127, 131,389	3:7 244	3:7 267
12:2. 25,106,449	3:18.70,136,158, 165,428,433	3:9 448
12:3 144,319	3:22 25	3:16 322,437
12:3,2 379	4:4 417	4:1,3 277
12:6,8 215	4:14 203,219	4:1,6 171
12:7 213	5:2-4 266	4:2 280,281
12:11 397	5:6 238,410	4:2,3 277
12:22 76	5:9 28	4:5 182
12:24 299		4:6 267
13:12 433	2 Pedro	4:9 74,439
13:14 76	1:3,4 56	4:10 428
13:17 266	1:4 ... 54,92,132, 240,373,380, 397,442	4:14 21
13:20 380	1:4-11 397	4:18 210,238
Santiago	1:8-11 221	5:3 230
1:17 451	1:19 188	5:4 220
1:18 130	1:21 ... 159, 162	5:7 41
1:21 77	2:1 .. 56,278,433	5:11,12 371
2:17 155	2:4 91	5:12 370
2:26 301	2:18,20 397	5:13 267
4:5 183	2:19 268	5:16 155
4:6 238	2:22 431	5:18... 129,217, 448
1 Pedro	3:4 330	2 Juan
1:2.127,133,225, 433	3:8 376	7... 277,280,281
1:3. 128,129,443	1 Juan	Judas
1:3,23 92	1:1 71	3 47
		4 56,268

Índice De Los Textos Bíblicos Citados

6	91,399	5:9-12	379	19:7	28
14	368	5:10	466	20:2	200
20	277	5:12	108	20:3	4,5,228
25	19	5:13	24	20:4	457
Apocalipsis		5:9-13	23	20:7-10	387
1:1	22	6:8	363	20:9,14,15 ...	15
1:5. 123,431,433		6:10	56	20:9-13	468
1:17	80	7:4	379	20:13 ...	363,364
1:18	362	7:9,14	216	20:14	364
2:8	80	7:16	388	21:2,9	379
2:10	479	8:9	322	21:4	15
2:17	230	10:4	228	21:4,6,8	388
2:20	155	10:9	208	21:9	28
3:11	479	12:1	190	21:14	190
3:12	28	12:11	322	22:3....	176,391, 426
3:14	73	13:15	158	22:16	122
3:21	24	14:3	415	22:17 ...	150,191
5	22	14:4	416		
5:9	415,433	14:14	136		
		18:21	353		